

ADAM FAWER

EL TEOREMA



**SEUIL
THRILLERS**

Lectulandia

David Caine es epiléptico, posee una espectacular capacidad para las matemáticas y el cálculo mental y pasa todas las noches jugando al póquer. A causa de sus frecuentes y terribles ataques de epilepsia ha perdido su trabajo de profesor de estadística en la universidad, ha recaído en su adicción al juego y su vida se ha convertido en un infierno. Confía en su don para calcular probabilidades y así ganar mucho dinero, lo que le permitiría empezar de nuevo, pero lo improbable no es imposible y acaba debiéndole una fortuna a un peligroso capo de la mafia rusa.

A fin de librarse de su enfermedad y recuperar el control de su vida, Caine decide arriesgarse con un medicamento en pruebas, administrado por un misterioso doctor de oscuras intenciones que lo utiliza para un experimento sobre la predicción del futuro basado en la teoría matemática conocida como el demonio de Laplace. Desde que inicia el tratamiento, Caine tiene visiones alucinatorias, que podrían ser tanto un signo de su recién adquirida habilidad predictiva como síntomas de episodios psicóticos, efecto secundario de la medicación.

Para escapar del enloquecido científico, Caine contará con la ayuda de su hermano gemelo, Jasper, y de la arisca agente de la CIA Nava Vaner. Los tres se verán envueltos en una trama de múltiples ramificaciones, y será la capacidad de Caine para ver el futuro lo que les permitirá resolver la compleja situación.

Una auténtica golosina para cualquier curioso sobre las regiones más oscuras de la ciencia moderna, donde lo racional se confunde con lo paranormal.

Lectulandia

Adam Fawer

El Teorema

ePUB v1.0

LeoLuegoExisto 06.06.12

más libros en lectulandia.com

Título de la edición original: *Improbable*

© Adam Fawer, 2004

Traducción del inglés: Alberto Coscarelli, 2005

Editor original: LeoLuegoExisto (v1.0)

ePub base v2.0

Citas de una conferencia sobre estadística de David T. Caine

Vale, hablemos de las probabilidades. Primero, el tema favorito de todos: la lotería.

Las probabilidades de ganar en al lotería son de aproximadamente de una contra 120 millones. Desde que se implantó en Estados Unidos en 1977, más de 50 personas han «desafiado las probabilidades» y se han llevado el primer premio, cosa que los convirtió en las personas más afortunadas y ricas del planeta. Odio a esas personas. Pero me aparto del tema.

Ahora hablemos de otro hecho con pocas probabilidades: que la civilización sea aniquilada por el choque de un asteroide gigante contra la Tierra. Los astrofísicos han calculado que la probabilidad de que esto ocurra en cualquier año es de aproximadamente de una entre un millón.

Dado que nuestros antepasados, los simios, han rondado por el planeta durante más de siete millones de años, la probabilidad de que un asteroide ya hubiese acabado con todos nosotros es ahora de aproximadamente 700%. En otras palabras, tendríamos que estar todos muertos. No una vez, ni dos, sino siete veces.

Sin embargo, como la mayoría de ustedes ya saben, a tenor de los archivos históricos de la humanidad, nunca hemos sido aniquilados.

Entonces, ¿adónde quiero ir a parar? Bueno, no es que todos acabaremos muertos por un asteroide. Pero sí quiero que comprendan algo sobre los acontecimientos con bajas probabilidades, y es lo siguiente: a veces ocurren desgracias.

Hechos médicos

Cuando las células nerviosas del cerebro se vuelven hiperactivas, emiten unas señales incontroladas y aparentemente al azar. Estas señales pueden causar sensaciones anormales, movimientos extraños o incluso aberraciones psíquicas. Estos trastornos se conocen comúnmente como ataques.

Un 2% de los adultos tendrá al menos un ataque antes de morir. La mayoría nunca volverá a tener otro. Sin embargo, algunos soportarán numerosos ataques durante sus vidas. Esta enfermedad ha sido conocida con muchos nombres a lo largo de la historia: lunatismo, enfermedad demoniaca, innombrable calamidad, e incluso el azote de Cristo. Hoy la llamamos epilepsia.

En ocasiones los médicos son capaces de rastrear la causa de un ataque epiléptico; por lo general son microscópicas cicatrices cerebrales, tumores cerebrales o genéticos. No obstante, al 75% de todos los epilépticos —más de 1,9 millones sólo en Estados Unidos— se les dice que su enfermedad es idiopática.

«Idiopatía» viene del griego, *idio* significa «peculiar, separado, distinto o propio» y *patía* significa «sentir o sufrir». Literalmente, «idiopatía» se podría traducir por «sufrimiento peculiar», aunque la definición moderna es «enfermedad sin ninguna causa conocida que la condicione».

En otras palabras, a pesar de los impresionantes avances de la ciencia médica durante los últimos siglos, los médicos continúan sin tener idea de por qué se producen la mayoría de los ataques epilépticos. Ninguna en absoluto.

PRIMERA PARTE

Víctimas de las circunstancias

Un jugador, ya sea alguien que apuesta a los caballos o encuentros deportivos, en los casinos o a las gotas de lluvia que bajan por los cristales de las ventanas, es alguien que juega con las probabilidades en contra. Un jugador de póquer, si sabe lo que hace, es alguien que apuesta con las probabilidades a favor. El primero es un romántico, el segundo un realista.

ANTHONY HOLDEN, jugador de póquer

Es casi siempre el juego lo que nos permite formarnos una idea bastante clara de la manifestación del azar; el juego dio origen al cálculo de probabilidades..., por lo tanto, es el juego lo que debemos esforzarnos por comprender, pero se debe entender en un sentido filosófico, libre de todas las ideas vulgares.

LOUIS BACHELIER, matemático

Capítulo 1

—Van veinte, Caine. ¿Vas o pasas?

David Caine oía las palabras, pero no podía responder. La nariz no le dejaba. El olor no se parecía a nada que hubiese olido antes: era como una asquerosa mezcla de carne rancia y huevos podridos flotando en un cubo de orina. Había leído en la red que algunas personas se suicidaban porque su olor se les hacía insoportable. En un primer momento no se lo había creído, pero ahora... ahora no le parecía tan desquiciado.

Aunque sabía que el olor era un subproducto de unas pocas células nerviosas despistadas, eso no contaba. Según su cerebro, el olor era real. Más real que la nube de humo que flotaba sobre la mesa. Más real que el olor grasiento a McDonald's de la cena de Walter, que aún flotaba en el aire. Más real que el olor de sudor mezclado con el desespero que impregnaba toda la habitación.

El olor era tan terrible que le lagrimeaban los ojos, pero a pesar de ello, Caine no lo aborrecía tanto como lo que representaba. El olor significaba que otro se aproximaba y a juzgar por la intensidad del hedor nauseabundo, prometía ser uno de los fuertes. Para colmo, venía deprisa, y de todos los momentos en que podía ocurrir, no podía permitirse que ocurriera ahora.

Caine cerró los ojos con fuerza durante un momento con la vana intención de detener el destino. Después los abrió y miró la aplastada caja roja y amarilla de las patatas fritas que Walter tenía delante. Latía ante sus ojos como un corazón de cartón. Caine se volvió, dominado por el súbito miedo de que pudiera vomitar.

—¿David, estás bien?

Caine sintió el contacto de una mano tibia en el hombro. Era la hermana Mary Straight, una antigua monja con una enorme dentadura postiza que tenía más años que él. Era la única mujer en la mesa. Diablos, era la única mujer en todo el club excepto por un par de esqueléticas camareras rumanas que Nikolaev tenía sólo para asegurarse de que nadie tuviese ningún motivo para levantarse. Pero la hermana Mary era la única que jugaba. A pesar de que todos la llamaban «hermana» era algo así como una madrastra para los hombres que vivían en el sótano. O como los rusos preferían llamarlo, el *podvaal*.

Técnicamente, nadie vivía de verdad en el *podvaal*, pero Caine estaba dispuesto a apostar a que si le preguntaba a cualquiera de los veintitantos hombres apiñados alrededor de las mesas dónde se sentían más vivos, responderían que allí, en el abarrotado sótano sin ventanas, cinco metros por debajo del East Village. Todos los habituales eran como Caine. Jugadores. Adictos. Claro que algunos tenían elegantes despachos en Wall Street o trabajos importantes en el centro y tarjetas con letras en relieve plateadas, pero todos sabían que nada de todo eso importaba. Lo único

importante eran las cartas que te daban y si apostabas.

Todas las noches regresaban al abarrotado sótano debajo de Chernóbil, el club restaurante ruso de la avenida D. El bar era sucio, pero las partidas que organizaba Vitaly Nikolaev era limpias. Cuando Caine vio por primera vez a Vitaly, con su palidez enfermiza y los brazos delgados como los de una niña, hubiese dicho que era un contable del Estado más que un mañoso ruso.

Pero todas sus dudas desaparecieron la noche en que Vitaly Nikolaev le propinó una paliza de órdago a Melvin Schuster, un viejo inofensivo que escogió el club equivocado para hacer trampas. Antes de que Caine se diera cuenta de lo que estaba pasando, Nikolaev había transformado el rostro mofletudo del abuelete en una masa de pulpa sanguinolenta. Después de aquello nadie intentó hacer trampas en el *podvaal*.

Aun así, ése era el lugar que Caine prefería llamar «hogar». El minúsculo estudio que tenía en el Upper West Side no era más que el lugar donde dormía, se duchaba y de vez en cuando se afeitaba. A veces invitaba a alguna chica, pero eso no pasaba desde hacía tiempo. Nada sorprendente, si se consideraba que la única mujer con la que Caine tenía alguna relación era la hermana Mary.

—¿David, estás bien? —La pregunta de la hermana devolvió a Caine al mundo de los vivos. Parpadeó un par de veces y le hizo un gesto a la hermana con la cabeza, lo que fue suficiente para que reaparecieran las náuseas.

—Sí, de coña, hermana. Gracias.

—¿Estás seguro? Porque te veo un poco nervioso.

—Sólo intento ganar algunas fichas —respondió Caine con una media sonrisa.

¿Hemos acabado con la cháchara o vais a pedir una habitación? —se mofó Walter. Tenía los dientes amarillentos. Se acercó tanto a Caine que le olió el aliento a cebolla—. Veinte para ti. ¿Vas o pasas?

Caine miró su mano y luego otra vez las cartas descubiertas, al tiempo que levantaba los largos y nervudos brazos por encima de su cabeza de cabellos negros despeinados. Se tragó la náusea y se obligó a pasar del olor mientras decidía qué hacer.

Deja ya de calcular las probabilidades y apuesta —dijo Walter, que se tiraba de un padraastro.

Caine era famoso por hacer mentalmente complejas operaciones para calcular las probabilidades de casi todo. La única variable que Caine no podía cuantificar era la probabilidad de que sus oponentes se estuvieran echando un farol, pero de todas maneras lo intentaba. Caine tenía la sensación de que Walter intentaba meterle prisa, así que dedicó al viejo una mirada aburrida y continuó analizando la mesa.

Jugaban al póquer abierto, el Texas Hold 'Em y las reglas eran sencillas. Cada jugador recibía dos cartas, y luego seguía «el montón» que eran las tres cartas que se

colocaban boca arriba para que todos las vieran. Entonces el crupier giraba una cuarta carta, conocida como «la vuelta», y a continuación la quinta y última carta, conocida como «el río». Se apostaba en cada ronda, en la que se repartían cartas, y luego los jugadores mostraban sus cartas. Aquel que tuviera la mejor mano —combinando las cinco cartas del centro de la mesa y las dos que tenía en la mano— ganaba.

Lo bueno del juego era que en cualquier momento, un jugador inteligente podía mirar las cartas en la mesa y saber cuál era la mejor mano que se podía hacer. Cuando Caine miró el montón, no vio tres cartas. Vio centenares de probabilidades. La que más le importaba era la que le indicaba si podía ganar. Con las cartas que tenía, Caine juzgó que la probabilidad era alta. Tenía un par de «balas»: el as de corazones y el as de diamantes. El montón consistía en el as de trébol y un par de picas: la jota y el seis. El trío de ases de Caine era la mano más alta posible en la mesa, pero aún quedaban un montón de cartas ocultas.

Comenzó a calcular todas las probabilidades posibles. Durante los pocos y preciosos segundos que Caine dedicó a los cálculos, las neuronas que insistían en que el aire olía a carne quemada tuvieron la bondad de permanecer calladas.

Cualquiera con dos picas tenía un total de cuatro picas: dos en la mano, dos en la mesa. Dicha persona necesitaría otra pica en la mesa para completar un color. Caine hizo el cálculo. Su mente jugaba con los números con la facilidad de un niño que recitaba el abecedario.

Había un total de trece picas en la baraja, así que si alguien tenía dos picas en la mano, como máximo sólo podían quedar nueve picas (las ocultas). La probabilidad de que una de las dos cartas siguientes fuese una pica era del 38 por ciento. Alta, pero las probabilidades de que a alguien le hubiesen tocado dos picas era sólo del 6 por ciento.

Caine activó el mecanismo mental para obtener la respuesta final, las probabilidades de recibir dos picas y de que aparecieran tres en la mesa. Exhaló un suspiro cuando el número apareció en su cabeza, como un resplandeciente letrero de neón: apenas un 2,3 por ciento. Aceptable.

Repitió el ejercicio. Esta vez calculó la probabilidad de que alguien recibiera una pica y completara un color: sólo el 1,6 por ciento. Las probabilidades de que alguien consiguiera un color con tréboles en lugar de picas era todavía menor: 0,2 por ciento. No había que preocuparse por ese lado.

La escalera era más preocupante. Con un as y una jota en la mesa, y sin otra figura o un diez a la vista, significaba que había doce ocultas que podían hacer una escalera (cualquiera de los cuatro reyes, reinas o dieces). Sin embargo, sólo había una probabilidad del 3,6 por ciento de que alguien ya tuviera las otras dos cartas necesarias para ligar una escalera. Teóricamente, todavía estaba viva la escalera de color, pero era tan difícil que ni siquiera se molestó en calcular las probabilidades.

Dado que Caine ya tenía tres ases, lo que necesitaba de verdad era otro as, una jota o un seis. Si conseguía el as, tendría póquer. Una jota o un seis le darían un full, ya fuera de ases y jotas o ases y seises. Con siete ocultas (un as, tres jotas y tres seises) las probabilidades de conseguir cualquiera de las cartas necesarias era del... Caine parpadeó, se le aceleró el pulso... 28 por ciento. Nada mal.

Miró a Walter, dispuesto a leer sus ojos llorosos, pero allí no había nada excepto el aburrido cansancio, que Caine conocía de sobra de su propia imagen reflejada en el espejo. Eso, y el ansioso anhelo, el intenso deseo de jugar, jugar, jugar. Entonces lo asaltó otra oleada del apestoso hedor. Un torrente de agria bilis le inundó la boca pero se lo tragó.

Caine sabía que debía ir al baño, pero no podía. En mitad de una mano ganadora, no. Ni soñarlo. Aunque estuviera muriéndose, no se levantaría hasta que recogieran las cartas. Caine cogió las fichas y las arrojó ciegamente al bote.

—Subo veinte.

—Veo.

La hermana Straight estaba dentro. Caine confiaba en que tuviera una pareja de jotas y que no estuviese buscando la escalera como tenía por costumbre.

—Veo.

Mierda. Stone también estaba dentro. Como siempre, permanecía inmóvil como una estatua. Casi nunca se movía, pero no se había ganado el apodo por eso; se lo había ganado porque era una maldita piedra. Stone siempre jugaba de acuerdo con las reglas, nunca entraba por capricho o una intuición, y se atenía a las probabilidades. No había manera de que entrara a menos que tuviera cartas para una escalera o color.

Caine se maldijo a sí mismo por no haber apostado fuerte antes para eliminar a todos los que buscaban una escalera. No hubieran entrado si él los hubiera asustado desde el principio. Pero el olor le nublabá el cerebro, le hacía jugar como un idiota. Intentó convencerse de que no, de que sólo había apostado poco para engañarlos, porque era codicioso, pero no era verdad. Era el olor. El olor, el olor, el olor. Si cerraba los ojos, podía imaginar montañas de carne putrefacta cubierta de gusanos blancos que se retorcían.

Walter jugó con las fichas, las hizo deslizar sobre sus nudillos con una facilidad rutinaria. Por un segundo, Caine creyó que Walter iba a subir, pero sólo vio. Sí, todos estaban esperando la ronda, aguantaban con lo que tenían hasta tener una idea más clara de lo que venía.

La carta siguiente fue una visión gloriosa. Para Caine, era más bonita que un desplegable del Playboy y más hermosa que una puesta de sol en el Gran Cañón: el as de picas. Con un par de balas en la mesa y otras dos en la mano, tenía póquer.

La única mano que podía ganarle era una escalera de color, pero era poco probable. La siguiente carta tendría que ser el rey, la reina o el diez de picas, y

además haría falta que alguien tuviese las otras dos picas altas para completarla. Imposible.

Sin embargo... Caine hizo un rápido cálculo mental, con los párpados entornados para ocultar los rápidos movimientos de sus ojos: las probabilidades de recibir cualquiera de las tres combinaciones de picas necesarias (rey-reina, rey-diez o reina-diez) era de 150 contra una. La probabilidad de recibir una de estas parejas y que saliera la tercera carta era de 3.500 contra una. Sí, era imposible.

El bote era suyo; ahora sólo era cuestión de saber hasta dónde podría aumentarlo antes de que acabara la mano. Si apostaba demasiado fuerte podría espantar a todas las presas. Pero si decidía esperar y jugar lento, entonces podría acabar desperdiciando su mano ganadora. Tenía que apostar una chocolatina: ni demasiado grande, ni demasiado poco... lo justo.

—Van veinte. —Walter arrojó cuatro fichas rojas al bote y se reclinó en la silla, como si se preparara para una larga espera.

Caine miró sus fichas y cogió lentamente un par de verdes.

—Que sean cincuenta.

—Paso —anunció la hermana Straight, disgustada, y arrojó sus cartas con una mano mientras que con la otra toqueteaba la cruz de plata que llevaba colgada al cuello.

—Yo, también —dijo Stone. No se movió porque ya tenía las cartas boca abajo, en la mesa. Probablemente ambos habían buscado la escalera y suponían que algún otro había conseguido un color en la ronda.

—Eso nos deja a ti y a mí —señaló Walter, mientras masticaba con aire distraído una patata fría—. Hagamos que resulte interesante. Subo otros cincuenta. —Dijo con voz melosa. Sus fichas tintinearón en el centro del bote.

Caine intentó controlar el olor y concentrarse. ¿Qué estaba haciendo Walter? Bien podía ser que no tuviera más que basura, pero Caine no lo creía. Con un par de balas en la mesa, no. Además, había algo en la mueca arrogante del hombre que le hizo creer que tenía algo. Entonces Caine lo adivinó: Walter tenía en la mano una pareja de jotas o una pareja de seises. Tenía un full, probablemente de jotas y ases; el único problema para Walter era que un full no podía ganarle al póquer de Caine.

De no haber sido por las náuseas, Caine hubiese sonreído. Cuando estuviese vomitando en la taza del baño después de acabar la mano, al menos tendría el consuelo de una bonita pila de fichas. Caine se concentró en hacer que su voz sonara normal, aunque cada palabra que salía de su boca tenía el gusto de la leche agria.

—Cincuenta más. —Caine lanzó al bote una ficha de cien. El círculo negro mate llamó la atención de Nikolaev y se acercó para mirar el desarrollo de la mano. Walter echó una negra de su pila y retiró dos verdes para tener cambio. Entonces el crupier mostró el río —el rey de picas— y el estómago de Caine se contrajo.

Con el as, el rey y la jota de picas a la vista, la escalera de color estaba oficialmente vivita y coleando. Miró de nuevo sus cartas y después las de la mesa, mientras intentaba no hacer caso del olor. Dio un largo trago de su copa para espantarlo, pero no le sirvió de nada. «Piensa, piensa, piensa. No te concentres en el olor, concéntrate en las cartas, en los números».

Ésa era la manera. Los números lo ayudarían. Ellos serían su guía. Los recitó en su mente, toda su energía en la letanía de las probabilidades. Tenía cuatro ases. Cuádruple. ¿Eso qué significaba?

El olor, el espantoso olor, estaba en todas partes.

«No, concéntrate. Concéntrate en los números».

Hay 133 millones de manos posibles que se pueden hacer con siete cartas. De estos 133 millones de cartas, sólo 224.848 son cuatro del mismo valor. Por lo tanto, sólo hay un 0,16% de probabilidades de conseguir un cuádruple: 595 a 1.

¿Qué pasa con la escalera de color?

Sólo hay 17.238 combinaciones de siete cartas que pueden formar una escalera de color de cinco cartas. Un 0,013% de probabilidades. Una en 7.761 manos.

Pero ¿cuáles eran las probabilidades de que salieran ambas al mismo tiempo? ¿Cuántas combinaciones había? La cabeza le daba vueltas. No podía pensar. ¿Cuántas combinaciones? No muchas. Pocas. Minúsculas. Insignificantes. Los cálculos lo superaban en su estado actual. Sólo sabía que había un pequeño resto de 17.238 manos que también podía incluir cuádruples. Probablemente algo así como 5.000 manos. Cinco mil combinaciones de siete cartas entre 133 millones posibles: 26.000 contra 1.

No había manera. Pero era posible. Coño, el olor lo estaba matando. Cerró los ojos, con la ilusión de que cuando los abriera todo volvería a ser normal. Pero cuando los abrió el mundo tenía el aspecto de una imagen de esos espejos que hay en los parques de atracciones. El rostro macilento de Walter se estiraba del suelo al techo. Las ojeras debajo de sus ojos tenían el tamaño de platillos volantes. Su boca podía engullir un televisor de 20 pulgadas.

—Chico, ¿estás seguro de que te sientes bien?

La voz sonó a un millón de kilómetros de distancia. Caine volvió la cabeza y la habitación se sacudió con tanta fuerza que a punto estuvo de caerse.

—Epa, grandullón. —Era Stone; había alargado la mano Para sujetar el brazo de

Caine. En un primer momento Caine no comprendió la razón, pero entonces se dio cuenta de que estaba sentado en un ángulo de 45 grados a la izquierda. Se sujetó al borde de la mesa con las dos manos y se enderezó.

—Estoy bien —balbuceó Caine—. Sólo ha sido un vahído. Lo siento. —Su voz sonó como si llegara de un túnel muy largo.

—Creo que deberías echarte unos minutos, cariño.

—Primero tiene que acabar la mano —dijo Walter, y luego se volvió hacia Caine—. A menos que quieras abandonar.

—No seas tan gilipollas, Walter. ¿No ves que está enfermo?

—¿Gilipollas? ¿Le rezas a Dios con esa boca, hermana? Quiero decir...

—¡Walter, cállate! —La hermana Straight lo dijo con tanta autoridad que Walter cerró la boca. Se inclinó hacia Caine—. ¿Quieres acostarte un ratito en el sofá? —Caine vio por el rabillo del ojo que Vitaly Nikolaev lo miraba. No parecía preocupado; parecía cabreado.

—No, no, estoy bien —respondió Caine, con toda la fuerza que pudo poner en la voz—. Sólo deja que acabe esta mano. —Antes de que la hermana Straight pudiese responder, Caine puso una ficha negra en el bote—. Van cien —dijo. Ahora que se había destapado la última carta, el juego estaba limitado al bote; la apuesta no podía superar el monto del bote.

Walter miró a Caine en un intento de encontrar una pista de lo que llevaba. Si había alguna. Lo agudo del malestar de Caine las ocultaba. Todo lo que Walter sacó en limpio de la observación fue que Caine parecía un muerto viviente. Después de un segundo, Walter murmuró volviendo la cabeza:

—Vitaly, haz la suma. —Nikolaev se acercó a la mesa y con gran rapidez apiló todas las fichas del bote. Cinco negras, ocho verdes y quince rojas: un total de 775 dólares—. Veo tus cien y subo el bote —anunció Walter y cogió diez billetes de cien dólares del billetero que tenía junto a sus fichas—. Tienes que poner 875 dólares para ver.

Walter quería que Caine creyera que llevaba una escalera de color, pero ni hablar. Era imposible según el cálculo de probabilidades. Walter sencillamente estaba intentando comprar el bote, pero Caine no se lo iba a permitir. Miró su pequeña pila de fichas y luego el trozo de papel que había debajo. Era una línea de crédito de quince mil dólares, para recompensar a Caine por pagar siempre sus deudas puntualmente. Cuando Nikolaev se la había dado, Caine se había jurado que nunca la utilizaría a menos que tuviera algo absolutamente seguro. Si cuatro ases no eran algo seguro, entonces que alguien le dijera qué lo era.

Le hizo un gesto a Nikolaev, pero podría haberse ahorrado la molestia. Nikolaev ya había llamado a su gigantesco guardaespaldas, que inmediatamente colocó una pila de diez fichas moradas delante de Caine. Si veía los 875 dólares, la mano se

acabaría en cinco segundos. Si perdía, estaría endeudado con Nikolaev por mil dólares; no era algo deseable, pero podía reunirlos en pocas semanas. Caine intentó engañarse y decirse que estaba considerando esa opción, pero tenía claro que era mentira. No podía ver. Con cuatro ases, no. Después de que Walter intentara robarle el bote, no. Ver ya no era una opción. Tenía que subir.

Caine empujó lentamente cuatro fichas moradas hacia el bote y retiró cinco negras para tener cambio.

—Van 3.500 dólares. Tú hablas.

Se oyó una discreta exclamación de la hermana Mary. Incluso Stone estaba impresionado; Caine lo sabía por la diminuta arruga que había aparecido en su frente. Desapareció todo el aire de la habitación. Hasta el hediondo olor desapareció por un momento mientras Caine miraba los ojos llorosos de Walter.

—Tienes que poner 2.625 dólares, Walter. ¿Vas o pasas?

—Mañana querrás darte de bofetadas —replicó Walter despreciativamente. Miró a Nikolaev y le colocaron delante diez fichas moradas. Walter las acercó todas al bote, y luego añadió, una a una, cinco negras—. Subo. ¿Lo ves?

Caine sintió que el corazón se le detenía. No podía subir más. Ya estaba. Tenía que poner 7.875 para ver. Si perdía, la deuda con Nikolaev sería de once mil dólares, que eran 10.600 dólares más de lo que tenía en el banco. Era una deuda de cuidado con un acreedor de cuidado. Al menos a Caine ya no le hacía falta plantearse si tenía o no un problema con el juego. Su padrino en Jugadores Anónimos estaría muy orgulloso.

Pero nada de todo eso importaba. Si no utilizaba sus cuatro ases para llevarse el bote, que ahora era de 15.750 dólares, se pegaría un tiro.

—Voy —contestó con un débil suspiro y un nudo en el estómago. Acercó las ocho fichas moradas al bote y después añadió—: Enséñalas.

Caine notó que todos se inclinaban sobre la mesa ansiosos por saber si Walter tenía la reina y el diez de picas para hacer una escalera de color o si no era más que basura. Walter descubrió sus cartas una por una. Cuando Caine vio que la primera era la reina de picas, supo que Walter la había conseguido. Pero, con todo, ni se movió cuando el viejo destapó el diez negro. Escalera de color real. Era la única mano posible capaz de derrotar los cuatro ases de Caine. Lo había perdido todo. No parecía real. Las probabilidades eran tan bajas que casi se acercaban a lo imposible.

Caine intentó decir algo pero no pudo. Consiguió mover la boca, pero antes de que un sonido pudiese escapar de su garganta, el olor lo cubrió, lo engulló como una enorme ola. Notó cómo se le filtraba en la piel, se le metía en las venas, se abría paso a través de la nariz, la boca y los ojos. Era peor que nunca. Era el olor de la muerte.

El mundo se volvió oscuro mientras Caine caía al suelo. En la fracción de segundo antes de que perdiera el conocimiento Caine descubrió una emoción que le

sorprendió: alivio.

Capítulo 2

Exactamente a las 2.15, Nava Vaner se detuvo en la esquina de la Veinte con la Siete para encender un cigarrillo. Era su único vicio, y como todo lo demás en su vida, lo tenía controlado. Se permitía un cigarrillo al día, a menos que estuviera haciendo un seguimiento, en cuyo caso no los contaba. Sin embargo, ese día no tenía una misión, así que éste sería el primero y último.

Echó la cabeza hacia atrás, le dio una larga calada y miró cómo resplandecía la brasa contra el sucio cielo nocturno. Al exhalar el humo, simuló comprobar si se acercaba algún coche antes de cruzar la calle. No era precisamente el tráfico lo que le interesaba. Buscaba una sombra.

Aunque era de madrugada, las aceras estaban llenas de clientes de los clubes, vagabundos y otros aventureros de la noche del sábado. El instinto le dijo que la estaban siguiendo, pero no tenía claro quién. Se volvió bruscamente y se introdujo en medio de la multitud de transeúntes, en un intento por identificar a su perseguidor.

Un andrajoso negro se apartó de su camino con tanta prisa que chocó con un trío de siniestros que lo apartaron a empujones. Las alarmas se dispararon instantáneamente en la cabeza de Nava, pero tardó un segundo en saber la razón. No había nada en el aspecto del hombre que pudiera sugerir que no era lo que parecía ser, pero Nava no se dejó engañar.

Fue el olor lo que lo denunció, o mejor dicho, que no olía. A pesar de las ropas andrajosas y el rostro mugriento, no olía como alguien que vive en la calle. Mientras continuaba caminando. Nava sacó la polvera de la mochila de cuero negro y observó al hombre reflejado en el pequeño espejo circular. Ahora que Nava sabía quién era, el disfraz se hizo más evidente. El enorme poncho manchado y el andar encorvado ocultaban un cuerpo grande y musculoso.

Nava tenía que ir a donde él no pudiera seguirla para descubrir al otro miembro operativo de seguimiento. En cuanto vio su nuevo destino, aceleró el paso hasta que se mezcló con la multitud que esperaba delante del Twi-Fly. Le dio una última calada al cigarrillo y lo aplastó con el tacón un tanto dolida por no haberse podido acabar su dosis de nicotina diaria.

Como Nava era una mujer muy atractiva con una figura delgada y atlética, largos cabellos castaños y tez morena, no tuvo ningún problema para abrirse paso entre la muchedumbre y acercarse al gorila rubio platino. Le dedicó una sonrisa y le metió un billete de cien dólares en la mano. Sin decir ni palabra, el hombre desenganchó el cordón de terciopelo de delante de la entrada y la hizo pasar.

Nava cruzó un oscuro vestíbulo, con paredes de espejos, que daba a una sala del tamaño de un hangar. El ritmo de la música tecno y el parpadeo de las luces asaltaron inmediatamente sus sentidos. Sabía que eso le haría más difícil identificar al segundo

perseguidor, pero también que ella fuese más difícil de seguir.

De pie y de espaldas contra una pared de luces estroboscópicas, Nava se quedó mirando la puerta. Permaneció allí unos diez minutos antes de que la pelirroja con la piel de alabastro hiciera su entrada. Aunque la mujer estaba en el centro de un grupo de chicas, resultaba obvio por el vestuario y el maquillaje que no estaba con ellas. La confirmación la tuvo cuando las chicas fueron a la pista de baile. La pelirroja se quedó atrás e hizo todo lo posible por apoyarse despreocupadamente contra la barra del bar mientras examinaba la sala.

Nava esperó otros cinco minutos para ver si algún otro sospechoso entraba después de la pelirroja, pero no entró nadie. Sabía que podía haber más agentes, pero el instinto le dijo que sólo la seguían la pelirroja y el vagabundo. Mientras observaba a la mujer, estudió el siguiente paso que debía dar.

No creía que intentasen matarla. Si la querían muerta, hubiese sido mucho más lógico utilizar a un francotirador. A menos que desearan que pareciera un accidente. Nava había matado de esa manera: esperar hasta el último momento antes de dar un rápido empujón cuando iba a pasar un autobús o un camión. Pero eso era poco probable. Parecía tener más sentido que sólo intentaran descubrir si dejaba o entregaba algo. Eso o ver con quién se encontraba.

Nava decidió que había llegado la hora; si de verdad eran asesinos, quería llevar la iniciativa. Con los músculos tensos, caminó con paso firme hacia el bar. En cuanto estuvo segura de que la pelirroja la había visto, Nava se alejó rápidamente hacia la salida. Salió al fresco aire nocturno y cruzó la calle en dirección al falso vagabundo negro.

Aunque era más fuerte que la pelirroja, Nava quería tener el factor sorpresa de su parte; mientras que el hombre podía subestimar a Nava, la mujer estaría preparada para un altercado. Nava le pasó por delante, a unos cinco metros, y continuó caminando por la Sexta Avenida, en busca de un lugar que ofreciera cierta protección.

Quería que el hombre la siguiera mientras su compañera estaba lejos. La boca de la estación del metro de la calle Veintitrés parecía la elección obvia. Apuró el paso con la esperanza de que sólo el hombre mantendría el contacto visual y la mujer se quedaría un tanto retrasada. Nava avanzó a buen paso hacia la escalera de la estación y bajó los escalones de dos en dos.

En cuanto llegó al pasillo, dobló una esquina y se apretó contra la pared. Metió la mano en la mochila para sacar la cachiporra, un cuarto de kilo de plomo con un mango de acero envuelto en cuero. Simple, pero efectiva. Dobló el codo y echó el brazo un poco hacia atrás para tener algo de impulso en el momento de golpear.

Unos segundos más tarde, oyó el ruido de los zapatos cuando el hombre bajaba por la escalera. Sin desviar la mirada del suelo, observó cómo se aproximaba la larga sombra. Nava no esperó a que diera la vuelta para atacar. Abandonó su escondite y lo

cogió por la garganta con la mano izquierda al tiempo que le descargaba la cachiporra en la cabeza con la derecha. El hombre soltó un grito de dolor y levantó el brazo para protegerse la cabeza. Nava le sujetó la muñeca y se la retorció cruelmente, aunque se detuvo antes de rompérsela.

Sin soltarle la muñeca, dejó caer la cachiporra, se apoderó del arma de la sobaquera que llevaba oculta bajo el poncho, le quitó el seguro y apretó el cañón contra su cuello para obligarlo a retroceder contra la pared.

—¿Para quién trabajas?

La mirada del hombre se fijó por un instante en el arma y después miró de nuevo a Nava, como si no pudiese entender qué había pasado.

—Tu compañera estará aquí en treinta segundos. No puedo ocuparme de vosotros dos, así que a menos que comiences a hablar, te mataré y le sacaré la información a ella. —Nava no pestañeó—. Te doy diez segundos. Nueve, ocho, siete...

—¡Dios santo! —exclamó—. ¡Soy de la agencia como tú, sólo estoy haciendo un seguimiento de rutina! ¡Mi cartera está en el bolsillo de delante, mírala tú misma!

En cuanto habló, Nava supo que decía la verdad, pero debía asegurarse. Hundió todavía más el cañón del arma en su cuello mientras buscaba la cartera. Como la mayoría de los agentes, tenía dos. La del bolsillo izquierdo contenía el carnet de conducir mientras que en el de la derecha llevaba la placa de la CIA: «Agente León Wright». Nava exhaló un suspiro y dio un paso atrás.

Wright se apoyó en la pared y se acarició suavemente la muñeca lesionada. En aquel momento, oyó el eco de las pisadas de su compañera, que bajaba corriendo por la escalera. Le hizo un gesto a Wright y el agente gritó:

—Me ha pillado, Sara. Tranquila, se acabó.

Nava se adelantó con las manos levantadas y la pistola de Wright colgada del pulgar para que la mujer no se asustara. El rostro de la pelirroja mostró sorpresa, desencanto y furia antes de sumirse en la resignación. Cuando Sara vio a Wright, silbó. En un costado de la cabeza tenía una protuberancia del tamaño de una pelota de golf.

—Estoy dispuesta a olvidar que esto ha ocurrido si me dejáis que siga con mi paseo nocturno —ofreció Nava.

Sara estaba a punto de protestar, pero Wright la interrumpió.

—Hecho —dijo Wright, que consiguió contener la mueca que quería deformar la comisura de su boca. Nava puso el seguro a la pistola del agente y se la arrojó a Sara junto con la placa.

—Entonces os deseo buenas noches —se despidió Nava.

Sin mirar atrás, subió por la escalera. Le temblaban las manos. Casi lo había matado. Dios mío. Estaba perdiendo facultades. Había habido un tiempo donde hubiese sido capaz de adivinar las intenciones de un compañero sólo por su manera

de caminar, pero últimamente se sentía cansada, rendida. Miró atrás, súbitamente inquieta por la posibilidad de que no hubiese sido más que un engaño. Pero no había nadie. Estaba sola.

Nava sabía que el hecho de que vigilaran sus movimientos no significaba que el gobierno norteamericano la considerara sospechosa de traición. De haber sido así, entonces los dos agentes no la hubiesen dejado marchar sin más. Se estaba volviendo una paranoica. Sólo era lo que Wright le había dicho: un seguimiento de rutina, al que eran sometidos todos los agentes de vez en cuando para asegurarse de que todos estuvieran en el buen camino.

No obstante, Nava dio tres vueltas a la manzana para asegurarse. Entonces abrió la puerta principal de un viejo edificio sin ascensor con una de las llaves que su contacto le había deslizado en el bolsillo la noche anterior. Una vez dentro, subió hasta el rellano del segundo piso, se detuvo y sacó su pistola, una Glock 9 milímetros. Exhaló lentamente, mucho más tranquila al tener la pistola en la mano. Apuntó con el arma a la puerta principal y esperó durante cinco minutos para asegurarse de que nadie más la seguía.

Nadie la seguía.

Satisfecha, subió los otros tres pisos hasta el apartamento, metió la llave en la cerradura y giró el pomo. Abrió la puerta con una mano mientras movía la pistola de un lado a otro en un rápido barrido de la habitación. El pequeño coreano sentado en la única silla apenas se movió. Su rostro ancho y lampiño era inexpresivo. Nava avanzó un paso y echó una rápida ojeada para asegurarse de que estaban solos.

—¿Por qué está tan nerviosa esta noche? —Su inglés era muy bueno, pero había un rastro de acento, las palabras demasiado juntas.

—No estoy nerviosa. Sólo soy precavida.

El hombre asintió y luego señaló el ordenador portátil; la pantalla emitía un resplandor verdoso. Nava levantó el índice en una señal de advertencia antes de sacar de la mochila un pequeño artilugio: un cilindro de unos doce centímetros de longitud y cinco de diámetro. Apretó un diminuto botón negro en la base y tres antenas de acero salieron por la punta. Colocó el aparato en el suelo con mucha suavidad y a continuación apuntó las antenas hacia el techo. Al cabo de pocos segundos, el aparato emitió un zumbido y se encendió un piloto rojo.

—¿Otra cuidadosa precaución? —preguntó el agente de la Spetsnaz.

—Impide que cualquier micrófono direccional capte nuestra conversación —respondió Nava, que en aquel momento vio que el hombre llevaba un auricular. Sabía que el distorsionador de señales no afectaría a su transmisor, pero no era de los coreanos de los que intentaba protegerse. Pasó una mano por los bordes del ordenador—, ¿Es seguro?

—La tarjeta módem del móvil tiene un código de 128 dígitos. En cuanto

compruebe la información, transferiré el dinero a su cuenta. Entonces podrá usted llamar a Suiza.

Nava aflojó la hebilla de su cinturón, sacó un diminuto disco Y lo introdujo en el lector del ordenador. Escribió la contraseña e quince caracteres y la pantalla se oscureció por un momento antes de volver a encenderse.

El hombre que ella conocía con el nombre de Yi Tae-Woo se levantó para acercarse al ordenador. Sus movimientos eran tan fluidos que parecía flotar. Al ver cómo se movía, Nava comprendió que se trataba de un experto en la lucha cuerpo a cuerpo. Claro que todos los agentes de la Spetsnaz lo eran, sobre todo los de la Unidad 695, el grupo de agentes de élite encargados de organizar células clandestinas de la división de contraespionaje norcoreana: el Departamento de Documentación de Inteligencia Externa.

Nava recordó el día en que los hombres de la República Democrática Popular de Corea se habían presentado por primera vez en el centro donde ella se había entrenado. Había sido en 1984 y Kim Jong II había decidido enviar a sus mejores agentes a Pavlovsk para que aprendieran las técnicas de las fuerzas especiales soviéticas conocidas como Voiska Spetsialnogo Naznachencia, o Spetsnaz en breve. El entrenamiento incluía todos los tipos de combate con y sin armas, terrorismo y sabotaje.

Los norcoreanos admiraban tanto a sus maestros soviéticos que adoptaron el nombre de Spetsnaz para sus propias tropas. Sin embargo, la República Democrática Popular de Corea había conservado su propio lema: «Uno contra cien». Y se lo creían. Nava se preguntó de nuevo si no había cometido un error al tratar con ellos. Aunque no eran peores que los agentes del Mossad israelí o el MI-6 británico, a los que normalmente les vendía información, no confiaba en los norcoreanos. En cualquier caso, aquello iba a acabarse pronto. Esa sería la última vez que trataba con ellos.

Yi Tae-Woo verificó el contenido de la pantalla del ordenador. De vez en cuando detenía el paso del texto para leer una página cualquiera y luego aceleraba para saltarse apartados. Nava lo dejó trabajar y esperó sin impacientarse a que él comprobara que le había entregado lo prometido. El coreano se apartó del ordenador al cabo de cinco minutos.

—Todo parece estar en orden. Han transferido el dinero. Puede usar el ordenador si desea comprobarlo.

—No se ofenderá si decido pasar de su oferta, ¿verdad? —replicó Nava con una sonrisa.

—Faltaría más —dijo Yi Tae-Woo, contrariado.

Nava no tenía la intención de utilizar un ordenador del contraespionaje coreano para verificar la transferencia. No sólo podía pasarle información falsa, sino que si

registraban el tecleo conocerían la clave y le vaciarían la cuenta. Aunque se hubiese sorprendido si el contraespionaje coreano la hubiese timado, las estafas en el mundo del espionaje no eran infrecuentes. Después de todo, los espías también tenían sus presupuestos.

Abrió la tapa del móvil, que tenía su propia clave cifrada de 128 dígitos, y efectuó la llamada. Le dio al empleado del banco la contraseña y él le confirmó que acababan de ingresarle en su cuenta tres cuartos de millón de dólares. Le dio al empleado otra clave para que cumpliera con las instrucciones que le había transmitido el día anterior. Nava esperó unos segundos a que él le respondiera y luego cortó la comunicación. Cuando se volvió para mirar a Yi Tae-Woo, su dinero (menos el 1,5 por ciento de comisión) estaba a salvo en las islas Caimán.

—¿Todo está en orden? —preguntó el coreano.

Sí. Muchas gracias. —Nava recogió el aparato distorsionador de señales y lo guardó en la mochila. Yi Tae-Woo estaba entre ella y la puerta. Estaba a punto de apartarse para dejar que pasara Nava cuando ella oyó el rumor de las palabras en el auricular. Tae-Woo dio un paso atrás al tiempo que desenfundaba la pistola y apuntaba directamente al pecho de la mujer.

—Hay un problema —dijo sencillamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Nava, que se obligó a mantener la calma.

—Uno de los archivos es ilegible. Tiene que haber algún problema con el disco. —Yi Tae-Woo le señaló el ordenador con un leve movimiento de la barbilla—. Compruébelo.

Nava sacó el disco. Lo sostuvo entre el pulgar y el índice, y lo movió para que la luz se reflejara en la superficie. Vio con toda claridad una pequeña raya del tamaño de una pestaña. Seguramente se había dañado cuando forcejeaba con Wright.

—El disco está rayado —admitió.

—Entonces tendrá que devolver el dinero.

Nava sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—No puedo —contestó sin volverse—. Di orden estricta de que no se moviera el dinero por lo menos hasta veinticuatro horas después del ingreso. —Cuando ella había comunicado a su banquero esta precaución, se había creído muy lista; ahora había cambiado de opinión.

—En ese caso tenemos un problema muy grave.

Nava era consciente de que sólo tenía una oportunidad. Dio la vuelta como una peonza, le sujetó el antebrazo y se lo movió hacia arriba antes de que pudiera apretar el gatillo. Con la otra mano, utilizó el disco como si fuese un puñal y le cortó la mejilla. La sorpresa ante el dolor de la súbita herida que sangraba profusamente le dio a Nava la ventaja que necesitaba; con la base de la Palma de la mano lo golpeó en la nariz con tanta fuerza que se la aplastó. El agente dejó caer el arma y retrocedió,

tambaleante.

Nava metió la mano debajo de la chaqueta para coger la Glock pero la puerta se abrió violentamente y entraron tres hombres vestidos de negro y armados. Nava puso las manos detrás de la nuca y se dejó caer de rodillas sin perder ni un segundo, consciente de que no tenía escapatoria. Uno de los hombres le propinó un puntapié en el estómago. El dolor hizo que se retorciera en el suelo; el hombre la retuvo allí, con la bota apoyada en la base del cráneo y la metralleta Uzi apuntada a su espalda. Los hombres mantuvieron una breve conversación en su idioma, y luego la maniataron a una silla.

Yi Tae-Woo se inclinó ante ella para mirarla a la cara.

—¿Qué quiere? —preguntó Nava.

—Queremos que nos devuelva el dinero —respondió Yi TaeWoo, con una voz nasal debido a la nariz rota—. Ahora.

—Ya se lo he dicho; no puedo.

El agente se irguió para apuntarle a la cabeza con su Sigsauer.

—Tae-Woo, espere. En menos de veinticuatro horas puedo conseguirle la información. Sólo tengo que ir al despacho y descargarla.

Yi Tae-Woo mantuvo una breve comunicación en coreano con la persona que estaba al otro extremo del auricular. Luego miró de nuevo a Nava.

—Dentro de veinticuatro horas nos dará el resto de la información y devolverá el dinero.

—Eso es injus... —Nava decidió no acabar la frase al ver la mirada solemne en los ojos de Yi Tae-Woo. Comenzó de nuevo—. Gracias por ser tan razonable.

—No se merecen. —Yi Tae-Woo le hizo un gesto a sus hombres, que se apresuraron a desatarla y la ayudaron a levantarse—. Recuérdelo, veinticuatro horas.

—Lo recordaré —prometió Nava, que se resistió al deseo de frotarse las muñecas.

Sin decir nada más, salió del apartamento y bajó la escalera. No aflojó la mandíbula hasta haberse alejado ocho manzanas, momento en el que se sorprendió a sí misma al detenerse para vomitar sobre una montaña de bolsas de basura. Cuando acabó, se limpió los labios con la manga; una pequeña mancha amarilla ensució la tela.

Mientras continuaba su camino, Nava, en un acto inconsciente, encendió un cigarrillo. Estaba a punto de apagarlo cuando decidió que aquel día fumaría todos los que le apetecieran.

No tenía muy claro si habría para ella muchas más mañanas.

Capítulo 3

El doctor Tversky pensaba en Julia mientras repasaba los informes de sus últimos experimentos. Últimamente la muchacha se paseaba por el lugar, toda sonrisas y risitas, que nada tenían que ver con el tímido comportamiento que había mostrado durante sus dos primeros años en el laboratorio. Muy pronto los demás comenzarían a sospechar alguna cosa, si no lo hacían ya.

Tampoco le preocupaba mucho; después de todo, que los profesores se follaran a las graduadas en prácticas era algo que se remontaba a los albores de la historia. A la administración no le importaba siempre que fueras discreto. Diablos, incluso lo esperaba; era uno de los beneficios tácitos de los profesores.

Por supuesto, eso no era lo que le había dicho a Julia. Ella era un tanto ingenua, y él creía que el secreto de la aventura aumentaba su excitación, así que hacía todo lo posible por alimentar sus fantasías. En honor a la verdad el sexo tampoco era nada extraordinario. Ella era voluntariosa pero torpe, todo dientes y uñas cuando se la mamaba y cuando la montaba ella sencillamente se quedaba quieta como un saco de patatas con una sonrisa idiota en el rostro. También estaba su manía de llamarlo «Petey» cuando estaban solos. Sólo pensar en ese apodo juvenil hacía que se estremeciera.

Después del primer mes había decidido cortar la relación, pero entonces se dio cuenta de que el enamoramiento infantil de Julia le ofrecía una oportunidad única. En un primer momento ella había titubeado a la hora de participar en un ensayo humano, pero cuando le explicó lo importante que era para él, Julia había aceptado en el acto. Hasta el momento, los resultados habían sido extraordinarios. La información que había conseguido obtener de Julia durante sus estados de amnesia temporal era increíble. Sospechaba que podía ir más allá pero le preocupaban los efectos secundarios.

A pesar de que parecía estar bien, la recién descubierta afición de Julia por las rimas resultaba inquietante. Los patrones de lenguaje desorganizados como los de ella eran una primera señal de esquizofrenia. Sabía que alterar la química cerebral de la muchacha probablemente acabaría con su equilibrio mental, pero le sorprendía que hubiese ocurrido tan rápido. Sin embargo, valía la pena, independientemente de los riesgos para Julia.

Después de todo, si los experimentos daban los resultados deseados, entonces la seguridad de Julia no sería un motivo de preocupación, sino la suya propia.

El doctor James Forsythe siempre había sabido que no era brillante.

Sin embargo, el hombre bajo, calvo y barbudo también sabía que la brillantez no

era un atributo necesario para convertirse en un gran científico. Por supuesto, tener una gran inteligencia ayudaba, hasta cierto punto. Pero superar ese límite se convertía en un lastre. Los científicos típicos eran unos introvertidos, carentes de las capacidades sociales necesarias para destacar en el mundo real, Forsythe se alegraba de no figurar entre ellos.

Cada vez que oía a uno de sus investigadores afirmar que Forsythe no era un «científico» de verdad, él sonreía. Forsythe sabía que el comentario pretendía ser un insulto, pero él lo aceptaba como un cumplido. Después de todo, los llamados «genios» científicos no eran más que las abejas trabajadoras del Laboratorio de Investigación de Ciencia y Tecnología, mientras que él era el director.

A pesar de que el LICT era un laboratorio del gobierno, la mayoría de los civiles no sabían nada de su existencia, algo que probablemente era de agradecer. Aunque el laboratorio en sí sólo tenía unos veinte años, su verdadero origen se remontaba a 1952, cuando el presidente Truman había firmado la directiva del Consejo Nacional de Inteligencia y Seguridad que permitió la creación de la Agencia de Seguridad Nacional.

A principios de los ochenta, dicha agencia espiaba más de doscientos cincuenta millones conversaciones al día en más de ciento treinta países. Si bien su misión era analizar sólo las relacionadas con la seguridad nacional y descartar el resto, de la misma manera que un chico coge el supletorio para escuchar a su hermano mayor hablar de sexo, cuando la ASN escuchaba algo interesante, era incapaz de colgar.

Con tanta información en sus manos, la ASN tenía problemas para procesarla, sobre todo lo referente a la información científica. Fue el director de criptografía quien dio con la solución. Se le ocurrió crear un laboratorio dedicado a descifrar, analizar e interpretar la información recogida de científicos de todo el mundo, para evitar que cualquier país pudiera superar a Estados Unidos.

Cuando le presentaron el plan a la Casa Blanca durante la presidencia de Reagan como otra manera de mantener controlados a los regímenes comunistas en el mundo, la administración aceptó la idea con los brazos abiertos. Fue así como, el 13 de octubre de 1983, nació el Laboratorio de Investigación de Ciencia y Tecnología.

En los primeros tiempos este laboratorio, el LICT, sólo espiaba a los científicos extranjeros. Pero cuando acabó la guerra fría e Internet promovió una mayor cooperación internacional, el laboratorio se encontró espiando inadvertidamente a los científicos norteamericanos. Sin embargo, para aquel entonces el gobierno se beneficiaba tanto de las investigaciones del LICT que no le importó lo más mínimo.

El proceso de «investigación» del LICT era sencillo. Los analistas leían miles de páginas de trabajos científicos de todo el mundo que aparecían en la red y comunicaban a los científicos de la casa cualquier nueva tecnología prometedora para que la investigaran. Luego ellos reproducían los experimentos claves y verificaban la

viabilidad de cualquier nueva tecnología.

Una vez validada la nueva tecnología, el LICT pasaba la información a la correspondiente agencia gubernamental. Si, en cambio, la tecnología había sido desarrollada por un país extranjero y tenía una explotación comercial, el laboratorio la filtraba a dos o tres multinacionales norteamericanas «partidarias» del gobierno. El LICT no tardó mucho en convertirse en el más importante distribuidor de novedades tecnológicas de todo el planeta.

En cuanto Forsythe asumió el cargo de director en 1997, se sorprendió al descubrir cuánto dinero y capital político había dejado sobre la mesa el anterior director. El LICT controlaba la distribución de tecnología robada a no menos de seis agencias gubernamentales (la CIA, DoD, FBI, FDA, NASA y NIH) y también a un puñado de las empresas más innovadoras de Silicon Valley. El único obstáculo entre Forsythe y su «cliente» era la junta de control del LICT, formada por tres senadores que tenían muy claro el poder que les daba su posición.

Forsythe sabía que el poder real estaba en ser el único que tomara las decisiones. Sin embargo, para ser ese hombre, Forsythe necesitaba tener el control. Para ello, se hizo con un extraño aliado en su búsqueda del poder, un zarrapastroso pirata informático de la ANS llamado Steven Grimes. El tal Grimes sólo había tardado dos semanas en descubrir información que obligaría a la junta, presidida por Geoffrey Daniels, el senador de Utah, a mostrarse más receptiva a las recomendaciones de Forsythe.

A pesar de que el inagotable deseo de Grimes de espiar a los demás resultaba inquietante, su naturaleza inquisitiva había demostrado ser muy útil. Forsythe seguía sin saber cómo Grimes había conseguido las fotos de Daniels con aquel adolescente, y en honor a la verdad tampoco quería saberlo. Lo único importante era que después de mostrarle las fotos a Daniels, el senador no había puesto la menor pega a las «sugerencias» de Forsythe.

John Simonson, el senador más joven de la junta, también se había mostrado mucho más receptivo en cuanto Grimes descubrió que evadía el pago de impuestos a través de una cuenta en las islas Caimán. Después de aquello, nunca más se rechazó ninguna de las propuestas de Forsythe. En realidad el resultado de las votaciones era siempre de 2 a 1, pero Forsythe sólo necesitaba la mayoría, cosa que tampoco estaba mal, porque Grimes nunca había podido encontrar absolutamente nada del tercer miembro, un senador de la ultraderecha religiosa de Louisiana.

Durante casi seis años, Forsythe había controlado la junta del LICT y se había aprovechado abiertamente para obtener dinero y favores de los grandes empresarios y funcionarios del gobierno. La vida había sido muy dulce. Pero ahora se estaba acercando a su final, gracias al muy inoportuno fallecimiento del senador Daniels, que había sufrido una parada cardiaca mientras dormía.

Cuando Forsythe se enteró de la muerte de Daniels por la televisión, maldijo para sus adentros. Sabía que el reemplazo de Daniels sería John «Mac» MacDougal, un senador liberal de Vermont. Dos años antes, MacDougal había fracasado en su intento de hacerse con un puesto en la junta y no había desistido en el empeño. Forsythe estaba seguro de que MacDougal ya se estaba moviendo para ocupar la vacante.

Consciente de que MacDougal bien podía conseguir algún día su meta, Forsythe se había preocupado de pedirle a Grimes que intentara descubrir algún trapo sucio del senador. Por desgracia, la única información que Grimes había encontrado era que MacDougal tenía un primo en la industria farmacéutica que intentaba conseguir algún contrato del gobierno.

Aquella misma mañana, cuando Forsythe había llegado al laboratorio, ya había un mensaje del despacho de MacDougal donde le solicitaba una entrevista. Entonces tuvo la confirmación de que duraría en el cargo hasta final de mes. Siempre había sabido que su posición no duraría siempre, pero había creído que por lo menos aguantaría hasta las siguientes elecciones al Senado.

Afortunadamente, no lo habían pillado del todo desprevenido. En los últimos meses había reunido 12 millones de dólares para crear su propio laboratorio de investigación. Los inversionistas pocas veces daban cheques en blanco como habían hecho con Forsythe, pero también había que tener en cuenta que casi nunca tenían la oportunidad de financiar a un hombre con miles de ideas explotables en sus manos.

El único problema era que Forsythe siempre había creído que dispondría como mínimo de un año para encontrar la idea perfecta, en lugar de menos de un mes. Pero aún podía conseguirlo. Dedicaría los dos meses siguientes a leer los resúmenes de todos los proyectos en estudio que se estaban realizando en el mundo entero hasta dar con uno digno de ser robado. En cuanto identificara el proyecto, lo borraría de los archivos del LICT para asegurarse de que el gobierno no se convirtiese en un futuro competidor.

Por una de esas cosas de la suerte, uno de los resúmenes que había leído unos días antes parecía prometedor. Describía los experimentos ilegales que estaba realizando un bioestadístico que el LICT llevaba vigilando desde hacía algún tiempo. El buen doctor había estado inyectando a un sujeto humano un misterioso compuesto que producía un efecto muy interesante en sus ondas cerebrales. Aunque Forsythe no conocía el nombre de la cobaya humana (dado que sólo aparecía mencionada como «el sujeto Alfa») sí conocía al profesor.

Se daba la coincidencia que el profesor ya había solicitado una entrevista. Probablemente estaría buscando que le dieran una subvención. Era perfecto. Forsythe cogió el teléfono y llamó a su secretario.

—Necesito que me conciertes una cita lo antes posible. Debes tener por ahí la información de contacto... Mañana me va bien... Se llama Tversky.

Capítulo 4

Caine olió el aire con recelo. Era frío y estéril, con un muy sutil rastro de alcohol. Después de pasar las manos por las sábanas almidonadas, supo que estaba en el hospital. Abrió lentamente los ojos, todavía con miedo de que el mundo continuara siendo alargado y distorsionado, pero todo tenía las proporciones correctas, sólo se veía un poco borroso sin las lentillas. Levantó el brazo para limpiarse los párpados legañosos y vio la aguja del suero clavada en el dorso de su mano. Tenía una extraña sensación de *déjà vu*, como si hubiese despertado en esa misma cama en otras ocasiones y con los mismos pensamientos. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

—Unas ocho horas, hermanito. Te has ido despertando a ratos y no has dejado de hablar en sueños. Bienvenido.

Sorprendido, Caine movió la cabeza instantáneamente hacia la izquierda. Jasper levantó una mano en un tímido saludo. Caine contuvo la respiración. «Esa es la pinta que tendría si me volviera loco», pensó.

Jasper tenía un aspecto terrible. La piel tenía una palidez enfermiza y sus huesos amenazaban con perforar la poca carne que cubría su esqueleto. Incluso así, había un brillo en los hundidos ojos verdes de Jasper que le recordó a David Caine la enorme inteligencia que encerraba la torturada mente de su hermano.

—No sabía que tú... —Caine luchó con las palabras—. Me refiero, vaya, a que estés aquí. Es fantástico, tío.

—Dices bien —respondió Jasper, mientras balanceaba el peso de un pie al otro—. No sabías que me habían dejado salir del loquero.

Caine mostró una expresión avergonzada antes de asentir. Su hermano siempre le leía el pensamiento.

—Sí —dijo Jasper, con una voz cansada y divertida—. La buena gente de Mercy me dio el alta el viernes pasado. Llevo fuera casi una semana.

—Coño, tío, ¿por qué no me llamaste?

Jasper se encogió de hombros.

No lo sé. Sólo quería orientarme un poco primero. Por cierto, gracias por las visitas.

Caine hizo una mueca.

—Jasper, yo...

Jasper levantó una mano como un guardia que detiene el tráfico.

Calla. —Se volvió para mirar por la ventana durante un rato antes de romper el silencio—. Lo siento. Te comprendo. Probablemente yo tampoco hubiese ido a visitarme en ese sitio.

—Aun así, tendría que haber ido.

—Bueno —replicó Jasper con un tono ligeramente burlón—, siempre hay una

segunda oportunidad.

Ninguno de los dos hermanos dijo palabra y luego, simultáneamente —como siempre hacen los gemelos— se echaron a reír. Era muy agradable reír. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Caine se había reído de verdad, y mucho más desde que se había reído con su hermano mayor. A pesar de que su hermano sólo había nacido diez minutos antes, Jasper nunca le permitiría olvidar quién era el mayor y quién el pequeño.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Me llamaron del hospital al móvil después de que te ingresaran. Cuando llegué aquí, la enfermera me dijo que habías tenido un ataque.

Caine asintió.

—También mencionó que llevas casi un año sufriendo ataques. Evidentemente creyó que estaba al corriente. ¿Te importaría compartir-decir-reír-oír?

Caine miró a Jasper un tanto asustado, pero su hermano se limitó a reír como si hubiese hecho el chiste más gracioso del mundo. Fuera lo que fuese que le hubieran hecho en el psiquiátrico, no había sido suficiente. Ahora identificó la otra cosa que le recordaba el brillo de la mirada de Jasper: la alteración mental de su hermano.

—¿La enfermera ha comentado alguna cosa más? —pregunto Caine, en un intento por no hacer caso del extraño comportamiento de Jasper.

—Poca cosa, excepto que ha sido un episodio bastante grave. Según tus amiguetes rusos, estuviste inconsciente durante unos veinte minutos antes de que llegara la ambulancia para recogerte.

—Mierda —exclamó Caine, de pronto preocupado por la reacción de Nikolaev—. ¿Tuvieron que llamar a Urgencias?

—Sí —contestó Jasper—. Por cierto, ¿qué estabas haciendo en un club restaurante de la avenida D a las dos de la mañana?

Caine se encogió de hombros como si la cosa no fuera con él.

—Tienen buen vodka.

—Apostaría a que sí, o, mejor dicho, tú apostarías. —Jasper frunció el entrecejo.

—Diría que no vas muy desencaminado.

—¿En cuánto estás pillado?

—Tranquilo. Estoy en paz —replicó Caine un poco demasiado rápido.

—Si fuera así dudo que Vitaly Nikolaev se hubiese molestado en llamar aquí tres veces para interesarse por tu estado.

Caine aflojó los hombros como si se rindiera.

—¿No es coña?

—No es coña, hermanito. A menos que quiera enviarte una botella de vodka para desearte una rápida mejoría, supongo que en realidad le preocupa su inversión. Así que te lo preguntaré de nuevo: ¿cuánto?

Caine cerró los ojos e intentó recordar aquella última mano. A medida que la recordaba entre la bruma mental, soltó un gemido.

—Once —respondió sin abrir los ojos.

—¿Mil cien? Tampoco es para tanto. Creo que tengo una tarjeta de crédito de la que podría...

—No.

—Venga, Dave, te puedo ayudar.

—Sí, pero no debo mil cien.

—Entonces, ¿cuánto? —Caine se limitó a mirar el rostro demacrado de su hermano—. ¡Mierda! —exclamó Jasper cuando se dio cuenta de cuál era el verdadero importe de la deuda—. ¿Once mil?

—Sí.

—Diablos, David. ¿Cómo has podido perder tanto?

—No tendría que haber perdido, era algo seguro.

—No tan seguro.

—Mira Jasper, ya tengo bastantes problemas sin necesidad de que vengas aquí y me juzgues. La cagué. Lo admito, ¿vale? Si no recuerdo mal, tú también la cagaste un par de veces.

Jasper exhaló un suspiro y se sentó en una de las sillas de color naranja chillón.

—¿Qué tenías? —preguntó Jasper, con la evidente intención de calmar las cosas.

—Cuádruples.

—¿Pequeños?

—No. Balas.

Jasper silbó por lo bajo.

¿Perdiste con cuatro ases? Mierda —dijo Jasper con mucho respeto—. ¿Qué pasó?

El otro tipo hizo una escalera de color con la quinta carta.

Vaya. —Jasper sacudió la cabeza—. ¿Qué plazo tienes para pagar?

Tal como es Vitaly, querrá el primer pago mañana. Pero como soy un amigo, probablemente dejará que me atrase hasta el final de semana antes de que uno de sus matones me envíe al hospital para una temporada.

—La enfermera me ha dicho que ya pasas bastante tiempo aquí sin necesidad de que te ayuden.

—Sí. Diría que si Nikolaev no me mata, es probable que lo hagan los ataques.

—Joder, tío —manifestó Jasper, con una emoción sincera en la voz—. La última vez que hablamos gozabas de una salud perfecta y no habías hecho ni una apuesta en cuánto, ¿un año? ¿Qué demonios ha pasado?

Caine se quedó sin saber qué decir. Comenzaba a darse cuenta de la situación. Todo el año anterior había sido como una gigantesca catástrofe ferroviaria. ¿Había

pasado un año desde el primer ataque? No podía ser que fuera tanto. Entonces recordó que había transcurrido más de un año y medio desde que había dado clases. Notó una sensación rara en el estómago. Curioso. Hubiese dicho que tardaría mucho más tiempo en arruinar su vida.

Al parecer se había equivocado.

A diferencia de la mayoría de los profesores en el departamento de Estadística, a Caine le encantaba enseñar. Después de dar su primera clase, descubrió que tenía un don especial para transmitir su pasión por la estadística de una manera que intrigaba y entusiasmaba a los estudiantes.

Si bien no sentía la misma emoción que cuando ganaba un bote de los grandes, había algo en abrir a sus estudiantes las Puertas del mundo de las probabilidades que le apasionaba. Por una de esas ironías del destino, el hecho de perder todo su dinero en partidas de póquer clandestinas por toda la ciudad había hecho que acabara en una aula. No tenía otra alternativa; necesitaba el dinero y como estudiante de cuarto de estadística en la universidad de Columbia, dar clases de una parte de la «Introducción a la teoría de las probabilidades» era el único trabajo a su alcance.

Como se había quedado sin dinero ni crédito, no podía jugar al póquer hasta recibir el primer sueldo. Pero cuando se lo pagaron, Caine se dio cuenta de que ya no le apetecía jugar. Aquella noche, no soñó con cartas sino con la clase del día siguiente.

Aquél fue el momento en que comenzó a cambiar todo. Por supuesto que a la mañana siguiente se despertó con el ansia y el deseo que sólo puede comprender el verdadero jugador, pero se obligó a tragarse aquellos sentimientos y a canalizarlos hacia el mundo académico. La enseñanza le había dado finalmente aquello que decenas de reuniones en Jugadores Anónimos no le habían dado: control.

Los dos meses siguientes habían sido casi tranquilos, e iba tomando conciencia de que podía dominar su adicción. Durante un tiempo, Caine llegó a creer que las cosas iban finalmente de la manera que quería, hasta el momento en que todo se vino abajo.

Aún podía recordar el instante preciso en que su vida comenzó a derrumbarse. Había sido en el mismo lugar donde las cosas habían comenzado a enderezarse: el aula. Había estado apoyado contra la pizarra, con un trozo de tiza en una mano y un vaso de café en la otra. Entonces comenzó con una improvisada lección de historia.

—Veamos, ¿alguien conoce de dónde viene la teoría de las probabilidades?

Silencio.

—Muy bien, os ofreceré varias respuestas. La teoría de las probabilidades surgió de una serie de cartas entre dos matemáticos franceses que discutían de... (a) física, (b) filosofía o (c) dados.

Ninguna respuesta.

—Si alguien no levanta la mano en los próximos cinco segundos, esto entrará en el examen. —Veinte manos se levantaron en el acto—. Eso está mejor. Jerry, ¿tú qué dices?

—¿Física?

—No. La respuesta correcta es (c), dados.

»El hombre al que debemos el cálculo de las probabilidades nació en 1623 y se llamaba Blaise Pascal. Como muchos niños privilegiados de la época, Pascal fue educado en su casa por su padre y varios tutores. Sin embargo, el padre de Pascal no quería que su hijo se esforzara en exceso y por lo tanto decidió que Blaise debía concentrarse en los idiomas y dejar a un lado las matemáticas.

»Como era un chico normal, el hecho de que no pudiera estudiar matemáticas sólo sirvió para incentivar su curiosidad, así que decidió estudiar geometría en su tiempo libre. —Alguno de los estudiantes habían puesto los ojos en blanco, y Caine añadió—: Escuchad, esto fue antes de los videojuegos; no había muchas cosas que un chico pudiera hacer para divertirse.

Risas.

—En cuanto el padre se enteró del don natural de Blaise para los números, le regaló Los elementos de Euclides; recordad que tampoco había televisión, así que la gente leía esas cosas llamadas «libros». —Esto cosechó un par de carcajadas—. Después de ver cómo Blaise se tragaba Euclides, el padre contrató a los mejores maestros de matemáticas, algo que resultó ser una muy sabia decisión porque Blaise Pascal se convirtió en uno de los matemáticos más importantes del siglo XVII. Entre otras muchas cosas, una de sus invenciones ha tenido una gran repercusión en las vidas de todos los que están presentes en esta sala. ¿Alguien sabe qué era?

—¿El ábaco? —Arriesgó una de las alumnas.

—Creo que confundes a los franceses con los antiguos chinos —le dijo Caine—. Aunque vas por el camino correcto. Inventó la primera máquina de calcular, que más tarde evolucionó hasta ser la calculadora actual. Durante el resto de su vida, estudió matemáticas y física, aunque unos pocos años antes de su muerte renunció a su obsesión por los números y, aunque resulte una ironía, lo hizo porque se demostró matemáticamente que aprovecharía mejor su tiempo si lo dedicaba a la religión y la filosofía.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó un estudiante barbudo sentado en la última fila.

—Buena pregunta y la responderé en un instante. Bien, ¿por dónde iba? Ah, sí... —Caine bebió un sorbo de café y continuó—: Antes de que Pascal abandonara las matemáticas, un noble francés llamado Chevalier de Méré, en 1654, le planteó varias preguntas. Intrigado por esas preguntas, Pascal comenzó a cartearse con un viejo amigo de su padre, un antiguo consejero del reino llamado Pierre de Fermat. Resultó ser que De Méré era un jugador compulsivo y sus preguntas se referían a un juego de

dados muy popular donde el jugador tira cuatro dados. Si lo hacía sin sacar un seis, cobraba la apuesta, pero si sacaba un seis, entonces ganaba la casa. De Méré quería saber si las probabilidades estaban a favor de la casa. Escuchad bien, si sólo tenéis que aprender una cosa de esta clase, espero que sea esto.

Caine se volvió hacia la pizarra y escribió con grandes letras mayúsculas: «LAS PROBABILIDADES SIEMPRE ESTÁN A FAVOR DE LA CASA».

Se oyeron unas cuantas risas.

—Bien, ¿alguien puede decirme por qué es así? Jim.

El estudiante favorito de Caine se animó.

—Porque si las probabilidades no estuviesen a favor de la casa, entonces la casa perdería más dinero del que gana, así que al final no habría casa.

—Exactamente —asintió Caine—. En mi opinión, incluso antes de la creación de la teoría de las probabilidades, el señor De Méré tendría que haberlo sabido. Pero, por supuesto, si los nobles franceses hubiesen sido listos probablemente no les habrían cortado la cabeza.

»La cuestión es que Pascal y Fermat demostraron matemáticamente, sorpresa, sorpresa, que las probabilidades estaban efectivamente a favor de la casa. Demostraron que si un jugador hacía 100 tiradas, probablemente no sacaría un seis y ganaría 48 veces, pero sacaría un seis y perdería 52 veces. Por lo tanto, las probabilidades del juego estaban a favor de la casa, 52 a 48. Así nació la teoría de las probabilidades, porque un noble francés quería saber si apostar a que no sacaría un seis con cuatro dados era una apuesta inteligente.

Unas cuantas cabezas asintieron, cosa que Caine había aprendido que era el código para «vaya, interesante». Un estudiante afroamericano sentado entre los últimos, levantó la mano.

—¿Sí, Michael? —preguntó Caine.

—¿Cómo demostró Pascal que debía dedicar su vida a la religión?

—Oh, tienes razón, ya casi lo había olvidado. Utilizó una teoría que más tarde se llamaría «valor esperado». Básicamente consiste en sumar los productos de las probabilidades de varios acontecimientos y multiplicarlo por lo que recibirías si sucediera cada acontecimiento.

Caine vio las expresiones en blanco de los estudiantes.

—Muy bien, de acuerdo, tomemos un ejemplo del mundo real: la lotería. ¿Cuál es el bote de esta semana? ¿Alguien lo sabe?

—Diez millones de pavos —dijo un listillo de la última fila.

—Vale, por ahora, vamos a fingir que vivimos en un país de fantasía donde no existen los impuestos. Se da el caso que sé que las probabilidades de ganar el bote son de aproximadamente de una contra 120 millones, dado que ése es el número que hay de posibles combinaciones numéricas. La manera de calcular lo que espero ganar

si pago un dólar por un cupón es ésta: multiplicaría la probabilidad de ganar por la cantidad que ganaría y luego lo sumaría a la probabilidad de perder multiplicada por cero, dado que no gano nada si pierdo.

$$\begin{aligned} & \text{Valor esperado (cupón de la loto)} \\ &= \text{prob(ganar)} \cdot \text{bote} + \text{prob(perder)} \cdot (0 \$) \\ &= (1/120.000.000) \cdot (10.000.000 \$) \\ &+ (119.999.999/120.000.000) \cdot (0 \$) \\ &= (0,00000083\%) \cdot (10.000.000) + (99,99999917\%) \cdot (0 \$) \\ &= 0,083 \$ + 0,000 \$ = 0,083 \$ \end{aligned}$$

»Esto significa que si esta semana juegas a la loto, esperarías ganar sólo 8,3 centavos. Sin embargo, como el cupón cuesta un dólar y el valor es de 8,3 centavos, de acuerdo con la teoría de las probabilidades, no tiene ningún sentido jugar porque el coste es superior al valor esperado. Por consiguiente, incluso si creéis que valdría la pena que a cambio de un dólar uno tenga la oportunidad de ganar 10 millones, estaríais cometiendo un error, porque en realidad ni siquiera vale la pena jugar diez centavos. —Caine bebió otro sorbo de café mientras calaba lo dicho. Cuando estuvo seguro de que todos habían entendido la explicación, planteó una pregunta—: ¿Cuándo valdría la pena jugar? Madison.

La rubia vivaracha se irguió en su asiento.

—Sólo cuando el bote fuera mayor de 120 millones de dólares.

—Correcto. ¿Por qué?

—Porque si el bote fuese, digamos de 125 millones y las probabilidades de ganar son de una contra 120 millones, entonces el valor esperado de cada cupón sería de...

—Madison hizo una pausa mientras efectuaba los cálculos— de 1,04 dólares, que es superior al coste de un dólar.

—Exactamente. Desde el punto de vista del valor esperado, sólo tiene sentido ganar cuando el valor es superior al coste. Por lo tanto, en este caso sólo deberías jugar cuando pudieras ganar más de 120 millones.

—Pero ¿qué pasa con la decisión de Pascal de dedicar su vida a la religión? —insistió Michael.

—Pascal utilizó el valor esperado para probar que debía dedicarse a la religión. Como todos los buenos matemáticos, redujo la pregunta a una ecuación:

¿Qué es mayor?

(a) Valor esperado (vida hedonística) o

(b) Valor esperado (vida religiosa) donde

(a) = $\text{Prob}(\text{no vida eterna}) \cdot (\text{placer del hedonismo}) +$

Prob(vida eterna) • (condenación eterna)

y

(b) = Prob(no vida eterna) • (placer de la religión) +
Prob(vida eterna) • (felicidad eterna).

»La lógica de Pascal era sencilla: si (a) era mayor que (b), entonces debía ser hedonista, pero si (a) era menor que (b), entonces debía ser religioso.

—¿Cómo hizo para resolver el problema sin conocer el valor de las variables? —preguntó Michael.

—Hizo un montón de suposiciones, en particular que el valor de la felicidad eterna era infinito positivo y que el valor de la condenación eterna era infinito negativo.

felicidad eterna = $+\infty$

condenación eterna = $-\infty$

»Cada vez que introduces infinito en una ecuación lo que haces es anular todo lo demás porque es un número ilimitado, así que puedes decir que (a), vida hedonística, tiene un valor esperado de infinito negativo mientras que (b), vida religiosa, tiene un valor esperado de infinito positivo.

(a) hedonismo = $-\infty$ y (b) religiosa = $+\infty$

así que...

(a) < (b), por consiguiente...

valor esperado (hedonismo) < valor esperado (vida religiosa).

»¿Está claro? Incluso si la probabilidad de una vida eterna es increíblemente pequeña, la alegría que Pascal esperaba ganar con la vida religiosa aún sería mayor que la alegría que esperaba con la vida hedonística y arriesgarse a la condenación eterna. En cuanto Pascal lo comprendió, la respuesta a si debía dedicar o no el resto de sus días a la religión fue obvia.

—¿Eso significa que usted vive una vida religiosa? —preguntó Michael para diversión de los demás.

—La verdad es que no —respondió Caine, con una sonrisa.

—¿Cómo es eso?

—Por dos razones: primero, creo que la alegría de una vida suficientemente hedonística es infinito positivo mientras que la alegría de la vida religiosa es infinito negativo. —Unos cuantos estudiantes lo aplaudieron. Caine levantó una mano—. Segundo, vivo una vida hedonística por la misma razón que juego a la lotería; algunas veces tienes que decir «al diablo con las estadísticas» y hacer lo que te gusta.

Todos se rieron y algunos incluso silbaron para expresar su aprobación. Caine se disponía a dar por terminada la clase cuando miró el trozo de tiza en su mano. Entonces advirtió que había comenzado a crecer.

Se alargaba más allá de la mano como un bastón gigante. Acercó los dedos de la otra mano para tocar la punta, y ellos también parecieron crecer para convertirse en cuatro salchichones. Por un momento, fue incapaz de moverse. Pero entonces, cuando la tiza pareció doblarse hacia él, la arrojó al suelo donde se hizo trizas, y los trozos comenzaron a moverse como lombrices.

Casi sin respiración, miró la pizarra para centrarse, pero sólo empeoró las cosas. La pizarra era como una torre y las ecuaciones parecían ondear como cintas. Desesperado, se volvió para mirar a los estudiantes, confiando en que la visión de objetos animados lo devolvería a la realidad. No podía estar más equivocado. Tres de los estudiantes tenían las manos levantadas, y sus brazos se elevaban de sus cuerpos como gigantescas palmeras que se mecían suavemente con la brisa.

Entonces notó el olor. Fétido y rancio. Le inundó el cerebro con imágenes de carne en descomposición. Su mente se esforzó por comprender lo que estaba pasando, pero era demasiado tarde. De pronto sintió como si alguien le hubiese dado un puñetazo en el pecho y le hubiese vaciado todo el aire de los pulmones. Apenas si consiguió llegar a la papelería cuando vomitó y perdió el conocimiento. Se golpeó en la cabeza con el borde de la mesa cuando cayó al suelo.

Afortunadamente, uno de sus estudiantes era interno en la sala de neurología del Hospital Monte Sinaí, así que Caine se ahorró la humillación de despertarse con un billeteo metido entre los dientes como le había sucedido cuando perdió el conocimiento en el metro dos meses más tarde. Por supuesto, entonces no sabía que debía estar agradecido. Todo lo que sabía era que su nueva vida parecía haberse muerto ante sus ojos.

Pasaron casi tres semanas antes de que fuese capaz de reunir el coraje para presentarse en el aula, pero cuando lo hizo, fue un desastre. Al mirar todos aquellos rostros expectantes, lo único que vio su mente fueron unas manos monstruosas que se movían como los decorados de una mala película de Tim Burton. Cuando abrió la boca para hablar, no emitió sonido alguno. Caine respiró profundamente y se le dilataron las aletas de la nariz en cuanto recordó el terrible hedor.

—¿Está bien, profesor?

Caine oyó la frase de uno de los estudiantes de la primera fila, pero fue incapaz de responder. Lo que hizo fue subir la escalera corriendo hasta el fondo del aula y abrir las pesadas puertas de acero. Una vez en el exterior, notó cómo se le normalizaba el ritmo del corazón. Con mucha cautela respiró el aire fresco y se relajó al descubrir que el olor había desaparecido.

Intentó continuar con las clases una vez más después de aquello, pero fue inútil. En el intento siguiente, el ataque de pánico comenzó en el mismo instante en que entró en el aula. Cuando llegó al estrado, apenas si podía respirar. Las gotas de sudor le perlaban la frente y le hacían arder los ojos. En una horripilante repetición de su primer ataque, se tambaleó hasta la papelera y vomitó el burrito que había sido su desayuno.

Mientras miraba la repugnante mezcla naranja de huevos y salsa a medio digerir, comprendió que se había acabado. Nunca más volvería a enseñar. Se levantó a duras penas, se limpió la boca y abandonó el aula con la firme convicción de que no regresaría.

Al principio intentó convencerse de que era algo bueno: al no tener que dar clases tres veces por semana, podría concentrarse en acabar su tesis: La influencia de los extremos estadísticamente significativos en el análisis regresivo logístico.

Durante casi todo un mes pareció que estaba bien. Canalizó toda su energía nerviosa y el machacón deseo con el que se despertaba todas las mañanas («Venga, tío, ¿no tienes ganas de jugar una partidita de póquer?») en su tesis doctoral. Pasaba los días encerrado en la biblioteca de la Universidad de Columbia, encorvado sobre su ordenador portátil, muy ocupado en preparar los gráficos de curvas de distribución de diversos fenómenos naturales hasta que se tumbaba agotado en la cama por la noche.

Entonces ocurrió de nuevo. Esta vez fue mucho peor que la anterior. Una tarde, mientras miraba la pantalla del portátil, se sintió súbitamente envuelto por el hedor. El olor parecía emanar del ordenador, la pantalla se ampliaba ante sus ojos como una gigantesca boca desdentada.

Caine intentó retroceder pero estaba paralizado. Entonces fue como si hubiesen apagado las luces. Se despertó tumbado en el frío suelo de cemento. Se dio la vuelta y escupió un montón de sangre caliente y salada junto con un trozo de uno de los caninos. El ordenador estaba en el suelo, junto a sus pies. Tenía el aspecto de haber sido aplastado por un camión de gran tonelaje: la pantalla estaba rajada, el teclado hecho trizas.

Con la mente obnubilada, apretó el puño ante la visión de su Sony Vaio de 2.500 dólares, cuyo único uso a partir de ese momento sería como pisapapeles o escultura de arte moderno. Entonces se dio cuenta de que tenía un trozo del ordenador clavado en la mano. Abrió los dedos y se encontró con que la tecla «F» se le clavaba en la palma.

Parecía estar burlándose de él. «F» De «final». «Éste es el final, muchacho. Más vale que lo dejes. Te has quedado frito, has destrozado el ordenador, por cierto aún no sabes cómo, y ahora estás tendido en el suelo escupiendo trozos de diente. Llamemos las cosas por su nombre: estás acabado. La "F" es de "finito" y eres tú. ¿Qué, creías

que te podrías librar? Tienes el gen loco, amigo. Tu hermano gemelo lo tiene, y ¿sabes qué? Tú también. Bienvenido a la fiesta».

Caine arrojó la tecla contra la pared, donde dejó una diminuta marca roja antes de caer al suelo. Y entonces admitió para sus adentros que su pequeño «problema» no desaparecería solo. A la mañana siguiente pidió hora con uno de los neurólogos del Instituto Neurológico de Columbia. Tres días, un escáner, una tomografía y dos resonancias magnéticas más tarde, un doctor indio con cara de pan entró en su habitación para comunicarle las malas noticias.

Capítulo 5

Caine padecía de ELT, epilepsia del lóbulo temporal. El médico le informó de que las alucinaciones olfativas y visuales eran típicas antes de un ataque, como lo era oír voces o tener la sensación de *déjà vu*. Los olores, las visiones, los sonidos y las sensaciones previos al ataque estaban todos agrupados dentro de una misma clasificación llamada «aura». Caine supuso que saber que el aura era algo común a todos los pacientes de ELT tendría que haberle hecho sentirse mejor, pero tuvo el efecto contrario.

El año siguiente fue como un mal sueño, mientras Caine entraba y salía del hospital, y los ataques eran más fuertes cada vez.

—David, no tenía ni la más mínima idea —dijo Jasper, cuando Caine acabó de relatarle la historia—. Lo siento.

Caine se encogió de hombros.

—Incluso si lo hubieses sabido, tampoco hubieses podido hacer nada.

—Lo sé, pero, con todo, hubiese preferido que me lo dijeras. —Jasper movió los hombros—. ¿Sabes qué te provoca los ataques?

—Mi médico dijo que es «idiopático», o sea, que no tienen idea.

—¿No pueden tratarlo?

Caine negó con la cabeza.

—Durante el año pasado probé seis antiepilépticos diferentes, pero lo único que consiguieron fue que vomitara hasta las tripas.

—Demonios. Creía que la epilepsia se podía tratar...

—Los medicamentos y otros tratamientos funcionan en un 60% de los casos. Yo me cuento entre el afortunado 40%.

Antes de que Jasper tuviera tiempo de responder, llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó el doctor Kumar y entró en la habitación sin esperar una respuesta.

—Por supuesto —dijo Caine, aunque el hombre ya había entrado.

El doctor Kumar cogió el informe de Caine y comenzó a hojearlo al tiempo que asentía vigorosamente, como si estuviese manteniendo una conversación consigo mismo. Luego lo dejó a un lado, iluminó con su linterna los ojos de Caine y después se apartó.

—¿Cómo se siente?

—Cansado, pero bien.

—¿Durante cuánto tiempo nota el aura antes de tener el ataque?

—Sólo unos pocos minutos.

—Ajá. ¿Ésta fue el aura más breve desde el tratamiento ENV?

—Sí. —Caine se tocó automáticamente la cicatriz donde los médicos le habían

hecho la intervención. Tres meses antes, el doctor Kumar le había implantado un aparato alimentado con una pila debajo de un nervio en el cuello. La técnica, conocida con el nombre de Estimulación del Nervio Vago, funcionaba sólo en un 25 por ciento de los pacientes. A pesar de eso, la desesperación hizo que Caine lo probara. Por desgracia, en su caso no había funcionado.

—Ya no sé qué decirle, David. —El doctor Kumar suspiró—. Ya no quedan más tratamientos y tampoco ha respondido a ninguno de los medicamentos disponibles en el mercado. Con toda sinceridad, se ha quedado sin alternativas. —El médico hizo una pausa—. A menos que haya cambiado de opinión respecto a mi estudio.

Habían pasado casi nueve meses desde que el doctor Kumar le había propuesto participar en los ensayos de un medicamento que estaba experimentando. Caine había aceptado. Incluso se había sometido a todos los análisis de sangre y había rellenado todo el papeleo, pero en el último momento, cuando el doctor Kumar le había informado de todos los posibles efectos secundarios, se había echado atrás.

Pero aquello había sido antes del procedimiento de la estimulación del nervio vago, cuando aún había esperanzas. Ahora, como el doctor Kumar había expresado con tanta delicadeza, Caine se había quedado sin alternativas. Si continuaban los ataques, acabaría convertido en un vegetal en pocos años. Hasta que eso ocurriera, viviría atenazado por el miedo, sin saber nunca cuándo perdería el conocimiento y acabaría moviéndose en el suelo como un pez fuera del agua.

—¿Todavía queda sitio en su estudio?

—Hasta ayer la lista estaba completa, pero uno de mis pacientes se dio de baja esta mañana, así que...

—¿Por qué se dio de baja? —lo interrumpió Caine.

—¿Qué? Oh, se quejó de que el medicamento le provocaba unas pesadillas terribles. Personalmente creo que era psicósomático... —El médico calló bruscamente para respirar hondo—. En cualquier caso, ahora tengo un hueco, pero tendrá que decidir ya.

—De acuerdo —aceptó Caine con resignación.

—¿Recuerda los posibles efectos secundarios?

—¿Cómo podría olvidarlos?

—Ah sí, usted tiene un historial de esquizofrenia en la familia, ¿correcto?

Jasper levantó una mano. El doctor Kumar se volvió hacia él como si advirtiera la presencia del hermano de Caine, por primera vez.

—Ah, usted debe de ser el gemelo. David me dijo que había tenido una recaída.

Jasper miró a Caine, que asintió. Como si le dijera: «Tú responde a las preguntas y yo ya te lo explicaré después».

—Sí —contestó.

—¿Cuánto tiempo hace desde que le dieron el alta?

—Cinco días.

—¿Cuáles son los medicamentos que toma?

—Ahora mismo tomo Zyprexa, aunque también he tomado Seroquel y un poco de Risperdal.

—Interesante. ¿Tiene los síntomas controlados?

—Las voces han dejado de decirme que el gobierno quiere apoderarse de mi cerebro, si a eso se refiere-quiere-viere —respondió Jasper con una sonrisa forzada.

Caine observó que el doctor Kumar miraba a Jasper, con la intención de ponerse en el lugar del médico y ver lo que él veía. El aspecto de Jasper había sido destrozado por la esquizofrenia: ya no era apuesto y tenía el aspecto de alguien que cualquier persona cuerda hubiese intentado evitar a toda costa. Después de un momento el doctor Kumar se volvió hacia Caine.

—¿Qué decide? —preguntó.

—¿Tengo otra alternativa? —Caine exhaló un suspiro—. Lo haré.

—Bien —replicó el doctor Kumar, casi con una sonrisa—. Le diré a mi ayudante que se ocupe del papeleo. Mañana saldrá del hospital, pero tendrá que volver cada tres días para los análisis de sangre. Quiero que lleve la cuenta del tiempo y la duración de las auras y los ataques. Si experimenta cualquier síntoma esquizofrénico como alucinaciones, trastornos en el habla, o cualquier otra cosa no relacionada con un ataque parcial, entonces...

—Caray. —Jasper levantó las manos para interrumpir la monótona letanía del doctor Kumar—. ¿Por qué va a tener síntomas esquizofrénicos?

El doctor Kumar se volvió hacia el hermano de Caine como si se tratara de un chiquillo malcriado, pero cuando vio la feroz mirada en los ojos de Jasper, decidió responder a la pregunta.

—La sustancia antiepiléptica que estoy probando tiene el efecto secundario de aumentar la producción de dopamina. Como ya debe de saber, los niveles altos de dopamina han sido relacionados con la esquizofrenia. Como el AED estimula la producción de dopamina, es posible que David pueda tener un ataque esquizofrénico. —Al ver cómo se miraban los hermanos, el médico se apresuró a añadir—: No digo que ocurrirá, sólo que existe un pequeño riesgo.

—¿Cómo de pequeño? —preguntó Jasper.

—Menos del 2 % —respondió el doctor Kumar en el acto.

—En el caso de que comience a suceder, dejo de tomar el medicamento. ¿No? —preguntó Caine.

El doctor Kumar negó con la cabeza.

—Oh no, eso podría ser muy peligroso. Incluso si pareciera que el AED no funciona, aún podría estar teniendo algún efecto. Si dejara de tomar la medicación bruscamente entonces es probable que sufriera algunos ataques extremadamente

severos.

—Entonces, en el caso que comenzara a volverme loco, ¿qué es lo que debo hacer?

—Es muy difícil autodiagnosticar una enfermedad mental, así que le sugiero que se reúna con mi ayudante una vez a la semana para una evaluación psíquica.

Caine se dejó caer de nuevo en la cama. Veía por la expresión de Jasper que su hermano era el único que se compadecía de su situación. Cojonudo. Cerró los ojos en un intento por aislarse del mundo. Las palabras del doctor Kumar continuaban resonando en su cabeza: «ataque esquizofrénico». Le parecía imposible que se estuviera ofreciendo voluntariamente a correr ese riesgo. Pero los ataques... si no conseguía detenerlos, acabaría peor que Jasper. No había otra alternativa.

—Vale —dijo Caine, entre aliviado y aterrizado.

—Bien. —El doctor Kumar ya caminaba hacia la puerta cuando se detuvo y se volvió—. Eso me recuerda que debe firmar una autorización que me permita ingresarlo en una institución psiquiátrica si es necesario. —Antes de que Caine pudiera responderle, el pequeño hombre asiático ya se había marchado.

—Un tipo agradable —comentó Jasper con un tono desabrido.

—Sí. Todo un cabronazo.

Permanecieron en silencio un instante.

—¿De verdad estás dispuesto a seguir adelante? —preguntó Jasper.

—Debo hacerlo.

—¿No tienes miedo de acabar como tu hermano mayor? ¿Chalado y echando espuma por la boca como un perro rabiosooso-toso-piojoso?

Caine contuvo la respiración.

—Jasper, ¿estás seguro de que te encuentras bien? ¿Hacer rimas no es un síntoma...?

—No es nada —lo interrumpió Jasper. Esbozó una sonrisa—. Rimar me hace sentir bien, eso es todo. Me gusta el sonido. —Chasqueó dos veces la lengua, como si quisiera remarcar lo dicho—. Volvamos a lo tuyo. ¿Estás absolutamente seguro?

—No tengo ninguna otra alternativa. No puedo seguir viviendo de esta manera. Si los ataques continúan como hasta ahora, bueno... —Caine dejó que su voz se apagara.

—¿Quieres que me quede? Puedo dormir en tu sofá durante un par de días si quieres.

Caine negó con la cabeza.

—No, estaré bien. Quiero hacer esto por mi cuenta. Ya me entiendes.

—Sí. —Jasper se rascó la barbilla—. Creo que sí.

—¿Te importa si te hago una pregunta?

—Adelante.

—¿Cómo es? Me refiero a la esquizofrenia —dijo Caine avergonzado, consciente de que nunca le había hecho antes esa pregunta a su hermano—. ¿Qué se siente?

—No se siente nada que se parezca a ninguna otra cosa. —Jasper se encogió de hombros—. Las alucinaciones parecen reales. Naturales, incluso obvias. Como si fuese la cosa más normal del mundo que el gobierno esté espiando tus pensamientos o que tu mejor amigo intente matarte. —Calló por un momento—. Por eso es tan espantoso. —Jasper tragó saliva antes de continuar—: Lo importante es que, independientemente de lo que esté pasando, o tú creas que está pasando, sigues teniendo el control. Sólo intenta recordar que sigues siendo tú. Deja que se agote. Procura encontrar maneras de anclarte, lugares donde te sientas seguro o personas en las que confíes. Además intenta tomar decisiones inteligentes dentro del mundo que te has creado. Al final acabarás encontrando el camino de regreso a la realidad.

Caine asintió al tiempo que rogaba para sus adentros no tener nunca la necesidad de utilizar los consejos de Jasper.

—¿Dónde vives ahora? —preguntó Caine, en un intento por llevar la conversación hacia algo más normal.

—En el mismo apartamento en Filadelfia, a unas pocas calles del campus.

—Perfecto.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato, cada uno sumido en sus pensamientos, preocupados por las cosas que les depararía el futuro. Finalmente, Jasper consultó su reloj y se levantó.

—Si no quieres que me quede, tendría que marcharme ahora para tomar el próximo autobús de regreso.

Caine se sorprendió al ver lo desilusionado que se sentía porque su hermano quisiera marcharse. Debió reflejarse en su rostro, porque Jasper se apresuró a dar marcha atrás.

—Por supuesto, si quieres, puedo llamar y decir que estoy enfermo y quedarme un par de días.

—No, no pasa nada. No quiero que tengas problemas en el trabajo. Estoy seguro de que no es sencillo conseguir un empleo cuando... —Caine se interrumpió antes de acabar la frase, pero el significado de la frase era obvio.

—¿Qué, cuando estás loco? —preguntó Jasper.

—Venga, tío —respondió Caine, con una sensación de cansancio—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí. Lo siento, estos días estoy un poco nervioso.

—No pasa nada. Yo, también. —Caine le tendió la mano a su hermano, casi un extraño en su vida, y se preguntó cómo habían podido complicarse tanto las cosas—. Gracias por venir. Te lo agradezco, sobre todo si se tiene en cuenta que no me he dejado ver mucho.

Jasper descartó las palabras de Caine con un gesto.

—¿Para qué están los hermanos gemelos? —Caminó hacia la puerta pero se detuvo en el umbral con un pie dentro y el otro fuera—. Si necesitas cualquier cosa, tienes mi móvil-automóvilchernobil.

—Gracias —respondió Caine, un tanto inquieto—. Eso significa mucho. —Hacía rato que Jasper se había ido cuando Caine se sorprendió al comprender que era verdad.

Julia sabía que estaba enamorada.

Lo sabía por lo mucho que lo añoraba cuando estaban separados y por cómo le temblaban las manos cuando estaban juntos. Y porque apenas si podía respirar cuando estaban en la cama y por cómo se sentía después de acabar, con el cuerpo caliente y laxo, como si los huesos se hubiesen convertido en gelatina. Había algo todavía más importante, siempre se sentía increíblemente segura. Cuando estaba entre los brazos de Petey, nada ni nadie podía hacerle daño.

Petey. A él le encantaba el apodo. Julia no se podía creer hasta qué punto él había cambiado su vida. Cuando lo conoció, ella no era más que una niña, pero ahora, era una mujer.

Dos años antes cuando había comenzado los cursos de posgrado, Julia había renunciado a encontrar alguna vez a alguien. Sabía que probablemente era demasiado joven para descartar el amor, pero como nunca había salido con nadie, tampoco sacrificaba gran cosa. Ni uno solo de los chicos del instituto ni tampoco en la universidad había demostrado nunca el más mínimo interés. Había comenzado a creer que había algo terriblemente malo en ella. Algo que veían todos los demás. Harta de hacerse ilusiones, harta de los fracasos, había acabado encerrándose en sí misma. Así había sido hasta que conoció a Petey.

Jamás hubiese creído que él sería quien acabara con su virginidad. Su tutor, que le llevaba más de veinte años, era un hombre bajo y peludo, con unas cejas enormes y mechones de pelo gris que le salían de las orejas. Sabía que a las otras chicas del departamento les parecía feísimo, pero a Julia no le importaba. No se había enamorado de él por su aspecto, sino por cómo pensaba. Petey era sencillamente el hombre más brillante que había conocido y su trabajo era innovador. Estaba segura de que si —no, no «si», cuando— probara sus teorías, se convertiría en un hombre famoso.

No sólo ganaría el Nobel, sino que todos los programas se pelearían para conseguir que el gran doctor explicara ante su audiencia cómo el tejido mismo de sus vidas estaba interconectado, marcado en un gigantesco y cambiante tapiz de energía, espacio y tiempo. Si no hubiese sido por que la universidad era tan rúcana a la hora de financiar sus trabajos, ya habría acabado.

Se encogió al recordar la última conversación que había tenido sobre el tema.

—¿De verdad crees que esta vez conseguirás la subvención? —le había preguntado Julia mientras pasaba una mano entre su abundante cabellera entrecana.

Petey se había quedado de una pieza; ella había estropeado el momento perfecto.

—Lo siento —se disculpó Julia, arrepentida de sus palabras—. No pretendía...

—No, no pasa nada. Tengo que enfrentarme a los hechos. Si esta última serie de pruebas no da los resultados que necesito, esos miserables burócratas de la universidad habrán ganado.

Petey tenía toda la razón; no eran más que burócratas. Si de verdad les importase la ciencia, no hubiesen abandonado el mundo de la investigación para convertirse en administradores. E iban a por él porque envidiaban su inteligencia, y no hacían más que ponerle trabas cada vez que él estaba a punto de cruzar el umbral del descubrimiento. Pero no podrían detenerlo. Estaba seguro de que sus últimos experimentos demostrarían su teoría. Cuando sucediera, vendrían corriendo a ofrecerle dinero y sus ideas serían calificadas de geniales.

Julia no podía esperar más. Él le había prometido que cuando eso ocurriera haría pública la relación y se acabaría el experimento. Suspiró y pensó con deleite en el alivio que sentiría cuando ya no tuviera que volver a... aquel lugar nunca más. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, el terror mezclado con una extraña sensación de ansiedad. Cerró los ojos y casi llegó a verlo, pero entonces desapareció.

Le resultaba difícil recordar aquel lugar cuando estaba despierta, pero todas las noches aparecía en sus sueños. Últimamente soñaba mucho. En sus sueños todas las cosas extrañas tenían sentido, pero tan pronto como se despertaba se volvían confusas. Durante unas cuantas semanas había soñado con números encerrados en esferas gigantescas rojas y blancas que brillaban tanto que le hacían daño en los ojos.

La noche anterior había soñado que jugaba al póquer, algo curioso porque ni siquiera conocía las reglas. Pero en el sueño era una jugadora extraordinaria y podía calcular todas las probabilidades en un abrir y cerrar de ojos, a pesar del repugnante olor a pescado podrido que había inundado su cerebro.

Petey decía que los sueños no significaban nada, pero Julia sospechaba que los causaban los experimentos. Por mucho que le entusiasmara ser parte del estudio de Petey, sabía que estaba mal, y que el día en que se acabaran las pruebas marcaría una nueva etapa en su relación. Se acabarían los encuentros en bares de mala muerte al otro extremo de la ciudad o hacer el amor en el laboratorio. Se volvió en la cama y estiró las piernas mientras con la mirada perdida imaginaba que él estaba a su lado.

¿Cómo sería despertar entre sus brazos? Harían el amor y luego ella le serviría el desayuno en la cama. Después de que se tomara el café (con leche, sin azúcar) volverían a gozar del sexo. Se acarició la cara interior de los muslos y sintió el calor que se extendía por su cuerpo.

Por primera vez en su vida, Julia era feliz. Mientras movía la mano por su vientre desnudo, comenzó a sonar la alarma del reloj. Sin vacilar ni un segundo, saltó de la cama y corrió al baño, donde tenía las píldoras. No había ninguna etiqueta en el frasco transparente. Petey no quería dejar ningún rastro que permitiera ligarlas con su laboratorio.

—Píldora, pil, pil, dora —cantó en voz alta y se rió de la tonta rima mientras sacaba dos píldoras de 50 miligramos. Últimamente le había dado por las rimas. No tenía muy claro el motivo, pero por la razón que fuera le parecía la mar de divertido. Por desgracia, Petey no parecía compartir su diversión. La primera vez que había hecho una rima después de hacer el amor, ella había notado que su cuerpo se ponía rígido, y no de una manera agradable. Si le preocupaba, dejaría de hacerlo. Lo único importante era que él fuera feliz.

Echó la cabeza hacia atrás y se tragó las dos píldoras. Luego bebió rápidamente un vaso de agua. Tenían un regusto amargo y a tiza que tardaba en desaparecer. Pero no era tan malo como el olor. Al principio se había asustado, pero Petey le había dicho que era un efecto neurológico secundario de menor importancia, nada que debiera preocuparla. Así que ella no había hecho caso.

Después de todo, Petey nunca le diría una mentira.

Las cosas no parecían mejor con la luz del día. Nava apagó el despertador de un manotazo y se dijo que no podía continuar de esa manera. Había estado vendiendo secretos norteamericanos a varios gobiernos sin ningún problema durante más de seis años, pero la noche anterior había sonado la campana de alarma. Sólo era una cuestión de tiempo que la atraparán o la matarán.

Si hubiese estado dispuesta a vender a los otros agentes de la CIA o negociar con tecnología armamentística, a estas alturas estaría viviendo en alguna isla tropical, pero éstas eran dos cosas que no estaba dispuesta a tocar. Nava sólo vendía información que consideraba útil para salvar vidas humanas o nivelar las diferencias. No le importaba si vendía terroristas palestinos al Mossad israelí o fotos de satélite de la República Checa al contraespionaje austríaco. No tenía lealtad ni país.

El pago de la noche anterior era el más grande que había conseguido, el resultado de más de ocho meses de trabajo. En esos momentos tenía un millón y medio de dólares en su cuenta en las islas Caimán. No era suficiente para vivir como una reina, pero sí lo suficiente para escapar. Se podía marchar de inmediato. No tenía más que coger los documentos de una de sus seis identidades y subirse al primer avión con destino a cualquier parte. En cuarenta y ocho horas habría desaparecido.

La idea era tentadora, pero impracticable. Aunque a la CIA no le haría ninguna gracia la desaparición de uno de sus asesinos, dudaba que fueran a perseguirla. Desafortunadamente, no podía decir lo mismo del Spetsnaz. Los norcoreanos nunca

la dejarían tranquila. Quizá tardarían años, pero acabarían por encontrarla y la matarían.

No, escapar era imposible; necesitaba robar otra vez la información sobre la célula terrorista islámica itinerante del banco de datos de la CIA y entregársela a los norcoreanos. Después podría convertirse en un fantasma. Nada más acabar con los norcoreanos, se marcharía de Nueva York y comenzaría de nuevo. Acababa de tomar la decisión cuando su comunicador BlackBerry comenzó a vibrar.

Los mensajes siempre eran iguales: el lugar y la hora de la entrega de esa noche, donde recogería el disquete con los datos de su nueva misión. Aunque la transferencia física de la información sobre sus nuevas misiones era anticuada, seguía siendo la única manera de que la agencia tuviera la seguridad de que nadie más se enteraba. Sólo el mecanismo había cambiado.

Veinte años atrás los agentes recibían los informes de sus misiones imprimidos en impresoras matriciales; ahora les entregaban DVD fotosensibles que se volvían ilegibles a los veinte minutos de estar expuestos a la luz. El DVD sólo se podía leer en ordenadores con una configuración especial, como el que Nava tenía en la otra habitación, y que estaba equipado con una pequeña cámara. Servía para escanear la retina de la persona que miraba la pantalla y verificar que sólo la persona adecuada pudiera abrir el archivo con la información.

Nava fue al baño y se mojó la cara con agua fría antes de leer el mensaje en el BlackBerry. Cuando lo vio, se le paralizó el corazón. En lugar de la hora y la dirección, sólo había una palabra en la pantalla: «Preséntese».

La única persona que podía llamarla era su director. ¿Lo sabía? Imposible, estaba segura de que nadie la había seguido hasta su apartamento la noche anterior. Pero ¿qué otro motivo había para convocarla a una reunión personal? No, era ridículo. Si el director sabía que ella estaba vendiendo secretos del gobierno, no le hubiese pedido que acudiera a su despacho; en ese mismo instante habría un operativo armado a la puerta.

Sin embargo, quizá era eso lo que querían que creyera. En el caso de que intentaran detenerla por la fuerza, siempre existía la posibilidad de que se escapara, pero una vez dentro de la sede de la delegación de la CIA en Nueva York, no habría escapatoria posible. Si quería escapar, tenía que hacerlo inmediatamente, a menos que ya fuese demasiado tarde. Si ya estaban vigilando el apartamento, nunca le permitirían abandonar la ciudad.

Su mente funcionaba a tope, consciente de que disponía de muy poco tiempo para tomar una decisión. Al recibir el mensaje, el aparato había enviado automáticamente a la agencia su localización por GPS. Si no estaba en el despacho al cabo de media hora, sabrían que algo no iba bien. Nava cerró los ojos y respiró lenta y profundamente, a sabiendas de que el reloj corría.

Quedarse o huir. Las opciones no podían ser más sencillas. Pero no ocurría lo mismo con las repercusiones. Después de casi un minuto, Nava abrió los ojos: había tomado su decisión. Recogió sus armas favoritas: una Sigsauer de calibre 9 mm en la sobaquera, una Glock semiautomática del mismo calibre en la funda sujeta a la pantorrilla y una daga en la bota, junto con cuatro pasaportes falsos y cinco cargadores, y caminó hacia la puerta.

Antes de salir, miró de reojo a su apartamento por última vez. Dudaba que lo volviera a ver de nuevo. En cuanto salió a la calle, llamó a un taxi. Tendría que darse prisa.

Hacía tanto frío que Jasper veía el vaho de su respiración, pero no le importaba. El frío le parecía fantástico, el entumecimiento de los dedos helados le recordaba cómo era estar vivo. Estaba preparado para el ataque. Había dejado de tomar los antipsicóticos hacía unas semanas y prácticamente había eliminado los medicamentos de su organismo. Tenía la sensación de que alguien le había metido una manguera en la oreja para limpiarle todo aquel velo que le nublabla el cerebro. Si las calles no hubiesen estado tan abarrotadas, hubiese echado a correr por la acera por el puro placer de pasar corriendo delante de los edificios.

Se sentía de coña.

—¡Coña-ñoña-doña-roña! —gritó sin dirigirse a nadie en particular.

No le importó en lo más mínimo que algunos lo miraran con desconfianza. Le entusiasmaba hacer rimas. El sonido rebotaba dentro de su cabeza como una esfera perfecta.

No veía la hora de regresar a Filadelfia. Él...

«Todavía no puedes volver».

Jasper se detuvo tan súbitamente que alguien tropezó con él. Sin hacer caso del mundo físico, Jasper inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviese intentando escuchar un sonido lejano. Había sido la Voz. La Voz que había sido su fiel compañera durante casi todo un año, hasta que los medicamentos la alejaron.

Cuando oyó el eco de la Voz en su cerebro comprendió cuánto la había echado a faltar. Amaba tanto a la Voz que quería llorar. Había un suave zumbido en los oídos, el aviso de que la Voz quería decirle algo. Jasper cerró los ojos. Siempre escuchaba mejor a la Voz con los ojos cerrados.

Tienes que quedarte.

«¿Por qué?»

Porque tienes que proteger a tu hermano.

«¿Qué le pasará?»

Muy pronto vendrán a buscarlo. Tienes que estar aquí, para ayudarlo.

«¿Quiénes vendrán?»

El gobierno.

«¿Por qué vendrán a buscarlo?»

Porque es especial. Ahora escucha atentamente...

Jasper escuchó, inmóvil en mitad de la acera, con la multitud que pasaba a su lado como si fuese una roca en mitad de un torrente. Cuando la Voz acabó de murmurar en su cerebro, Jasper abrió los ojos y sonrió. Se volvió y comenzó a caminar lo más rápido que podía, vivificado por la misión que iba a emprender.

Ayudaría a David. Su hermano no sabía que vendrían a buscarlo. Pero Jasper sí. Mientras siguiera fielmente las instrucciones de la Voz, todo iría sobre ruedas. Sin darse cuenta de las miradas airadas de los transeúntes que apartaba de su camino, Jasper comenzó a correr. Tendría que darse prisa.

Aún tenía que comprar un arma.

Capítulo 6

Nava se armó de valor cuando cruzó la puerta blindada del edificio de la delegación de la Agencia Central de Inteligencia en Nueva York. Si la intención era detenerla, lo harían allí, en el vestíbulo. Mientras las hojas de la puerta se cerraban, Nava miró a los dos guardias armados, en busca de alguna pista sobre sus intenciones. Pero sus expresiones eran impasibles.

Caminó lentamente hacia el último puesto de control. Las luces rojas del arco del detector de metales se encendieron cuando pasó, pero los guardias no la detuvieron. Sabían que estaba autorizada a llevar armas de fuego en el edificio. Apoyó la mano sobre el escáner que había junto a la puerta y esperó mientras la línea de luz blanca se deslizaba debajo de sus dedos.

Se oyó el chasquido de la cerradura electrónica y se abrió la puerta blindada. Nava entró mucho más tranquila. Lo primero que vio fue la recepción. Excepto por el escudo de la CIA en la pared, tenía el mismo aspecto que cualquier otro edificio de oficinas, incluida la pareja de recepcionistas: una guapa, la otra con aspecto de intelectual. Cuando Nava les dijo su nombre, la intelectual la llevó por un laberinto de cubículos hasta el despacho del director.

El director Bryce se levantó para estrechar la mano de Nava cuando ella entró en el pequeño despacho sin ventanas. Era un hombre alto y delgado, con el pelo canoso, ojos castaños, mirada aguda, y un apretón de manos firme. Se parecía más a un ejecutivo de la revista *Fortune* que a un agente de inteligencia. No perdió el tiempo y fue directamente al grano.

—La voy a trasladar.

—¿Qué? —Nava había estado preparada para oír que la arrestaba, y el anuncio la pilló por sorpresa.

—El laboratorio de Ciencia y Tecnología de la ASN va falto de personal y ha solicitado el envío de un agente.

Nava no salía de su asombro. La ASN tenía cinco veces más agentes que la CIA. Además, un traslado interdepartamental era algo desconocido. Debía de ser una trampa. Necesitaba reunir más información.

—Pero señor, no puedo.

Puede y lo hará. El traslado es efectivo inmediatamente.

Aquí tiene su nueva tarjeta de identificación —dijo Bryce y empujó una tarjeta flamante a través de la mesa—. Puede devolver la tarjeta de la agencia a seguridad cuando se marche.

—Señor, ¿por qué necesita la ASN a un agente de la CIA?

—Evidentemente no tienen el menor interés en decirlo, porque de lo contrario hubiesen solicitado nuestra ayuda en lugar de un traslado en toda regla —replicó el

director. La inquina en la voz le dijo todo lo que ella necesitaba saber. El traslado no había sido cosa suya. Después de todo no era una trampa, sólo algo que le habían obligado a hacer.

—¿Por qué yo? —preguntó, todavía despistada.

—Usted es el único agente que en estos momentos no tiene una misión y que cumple los requisitos necesarios. —Al oír estas tres últimas palabras, todo encajó en su lugar. La única razón para que la ASN solicitara el traslado de un agente de la CIA como Nava es que necesitaban interrogar, secuestrar o matar a alguien. El director cogió una hoja de papel de la bandeja de su impresora láser y se la dio.

—Ésta es la dirección del laboratorio. Tiene que presentarse a mediodía, así que será mejor que se dé prisa. —Volvió su atención a la pantalla del ordenador, una clara señal de que había terminado con ella—. Ahora, si me perdona...

Un guardia armado esperaba a Nava fuera del despacho del director. La miró con expresión severa.

—Me han ordenado que la acompañe hasta la salida, señora.

Nava pensó deprisa. Necesitaba entrar en el banco de datos y copiar la información en otro disco. Miró al guardia con una expresión coqueta.

—¿Puedo utilizar uno de los terminales para leer mi correo? Sólo tardaré un segundo.

—No puede, señora. Sus códigos de seguridad ya no están activos. Tengo que pedirle que me acompañe.

Nava se encogió de hombros como si no tuviera ninguna importancia y dejó que el guardia la acompañara hasta la salida del edificio. Se preguntó qué harían los norcoreanos cuando les dijera que ya no tenía acceso a la información. En cuanto pisó la acera, encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Al otro lado de la calle vio a un coreano alto con gafas de sol que hablaba por el móvil. Mierda. Ya la estaban siguiendo.

Fingió no haberse dado cuenta y comenzó a caminar hacia el laboratorio, que estaba a quince manzanas. El hombre la siguió, sin molestarse mucho en ocultar sus intenciones. Nava sabía que los agentes del Spetsnaz estaban mucho más capacitados. Ella había podido descubrirlo sin problemas sólo porque él había querido que lo viera. Estaba allí para recordarle que la vigilaban. Como si pudiera olvidarlo.

Dejó de preocuparse por el coreano y se obligó a pensar. El plan original de copiar otro disco en la agencia era en esos momentos del todo imposible. Tendría que pensar qué otra cosa podía ofrecer a los norcoreanos. Si no cumplía con la entrega en las dieciséis horas siguientes, la matarían.

La única esperanza de Nava era descubrir algo en el laboratorio que se pudiera considerar un cambio equivalente. Era un disparo a ciegas, pero tenía que intentarlo. Si no encontraba nada, tendría que correr.

Nava continuaba pensando en sus planes de fuga cuando entró en el edificio de oficinas que albergaba el laboratorio de Ciencia y Tecnología de la ASN. Después de recibir la autorización de seguridad, subió en el ascensor hasta el piso veintiuno. La esperaba una recepcionista con una gran sonrisa.

—Bienvenida, agente Vaner —dijo la mujer—. Por favor, acompáñeme. El doctor Forsythe la está esperando.

El doctor Tversky notó que Julia temblaba cuando la besó en la frente.

—¿Estás bien, cariño?

—Estoy muy bien —murmuró Julia, con los ojos cerrados—. Siempre me siento bien cuando estoy contigo, Petey.

Demonios. Sabía que ella estaba enamorada como una adolescente, pero eso rozaba lo ridículo. Se preguntó cuánto tiempo más tendría que seguir con esa pantomima. En el fondo de su mente, se dijo que si el experimento acababa en un estrepitoso fracaso, al menos acabaría con la relación.

Puso su mejor empeño en fingir ternura y le apretó el brazo antes de apartarse para observar a su amante, el sujeto. Estaba acostada en la camilla, desnuda excepto por una delgada sábana de algodón cuidadosamente colocada en sus partes íntimas. Los pequeños pechos estaban a la vista, los pezones marrón oscuro erectos por el aire frío del laboratorio.

Tenía seis electrodos pegados debajo de los pechos y los cables bajaban por el estómago antes de desaparecer debajo de la camilla y serpentear por el suelo hasta el electrocardiógrafo. Otros ocho electrodos estaban fijados en la cabeza, dos para cada lóbulo: occipital, central, frontal y temporal. Los cables estaban conectados al electroencefalógrafo, que medía los impulsos eléctricos emitidos por el cerebro. Dejó de mirar a Julia y fijó su atención en los monitores colocados junto a la camilla. Le interesaba ver la gráfica de las ondas cerebrales.

Tversky, que era un gran aficionado a la historia, se maravillaba de la cadena de acontecimientos que lo habían llevado allí. Se remontaba a 1875, cuando un médico de Liverpool llamado Richard Catón había descubierto las señales eléctricas neurales mientras experimentaba con cerebros de animales vivos. Cincuenta años más tarde, Hans Berger, un psiquiatra austríaco, había inventado el electroencefalógrafo, que medía la fuerza y la frecuencia de las ondas cerebrales humanas. Como Tversky, Berger también era un firme partidario de los ensayos con humanos. En 1929 había publicado los primeros setenta y tres encefalogramas, todos hechos al mismo sujeto: su hijo, Klaus.

Pero había sido la investigación realizada por Berger en pacientes epilépticos en los años treinta lo que había interesado de verdad a Tversky. Berger había descubierto que los impulsos eléctricos de las ondas cerebrales de los epilépticos durante los

ataques eran más fuertes que en los pacientes normales. Pero lo más interesante era que las ondas cerebrales casi eran planas inmediatamente después de un ataque, como si hubiesen sufrido un cortocircuito temporal. Tversky consideraba esta polaridad como la chispa que lo había llevado al estudio de las ondas cerebrales de aquellos que padecían de la enfermedad conocida en otros tiempos con el nombre del azote de Cristo.

Tversky siempre había tenido claro que las ondas cerebrales eran la clave de lo que buscaba. Beta, alfa, zeta, delta: allí estaba la respuesta. Mientras miraba las lecturas de Julia, se descubrió momentáneamente hipnotizado por el movimiento del punto electrónico, con su larga cola brillante, que representaba las ondas alfa de Julia.

La frecuencia de la onda, medida en hercios, ilustraba el número de veces que una onda se repetía por segundo; la amplitud o altura de la onda representaba la intensidad de los impulsos eléctricos del cerebro. Aunque siempre había actividad en cada una de las cuatro categorías de las ondas cerebrales, cualquiera de ellas podía ser dominante en un momento dado.

En ese instante las dominantes eran las ondas alfa de Julia, algo del todo normal. Las ondas alfa eran el ritmo natural de los adultos relajados. Las ondas eran más fuertes cuando una persona soñaba despierta y a menudo se las describía como un puente al subconsciente, ligado a la memoria y la percepción. La frecuencia de las ondas alfa de Julia era de diez hercios, exactamente en el medio de los límites normales.

Tversky decidió comprobar las ondas beta antes de desconectarla. Las ondas beta sólo eran dominantes cuando las personas tenían los ojos abiertos o escuchaban con atención, pensaban o procesaban información, así que le hizo una pregunta para hacer que su cerebro funcionara.

—Cariño. Quiero que comiences a contar los números primos hasta que yo te diga que pares. Ya puedes comenzar.

Julia asintió con un gesto y luego comenzó a contar en voz alta.

—Dos, tres, cinco, siete, once, trece...

Al principio no hubo muchos cambios en la actividad cerebral, probablemente porque se sabía de corrido los primeros diez números primos. Sin embargo, a medida que Julia seguía contando, tuvo que hacer trabajar la mente consciente y aparecieron los picos en las ondas beta, que subieron rápidamente a los 19 hercios, como era normal.

—Muy bien, Julia. Ya puedes dejarlo.

Julia dejó de contar; la amplitud y la frecuencia de las ondas beta comenzaron a bajar. Una vez más, las ondas alfa se convirtieron en las dominantes. Tversky llenó una jeringuilla con dos centímetros cúbicos de una solución amarillenta.

—Te voy a inyectar un sedante suave. Te escocerá durante un segundo.

Tversky clavó la aguja en su brazo y Julia se tensó por un momento. Al cabo de unos pocos segundos la vio relajarse, como si todos los músculos se hubieran aflojado al mismo tiempo. Comenzó a respirar lenta y profundamente y su cabeza se cayó hacia un costado. Tversky chasqueó los dedos muy cerca del rostro de la muchacha. Julia parpadeó unas cuantas veces, pero después dejó que los ojos se cerraran.

—¿Julia, me oyes?

—Te oigo —murmuró ella.

No estaba del todo inconsciente, pero sí muy cerca, exactamente como él quería: a las puertas de Dormilandia. Miró el monitor y asintió. En esos momentos las ondas zeta eran las dominantes, la confirmación que Julia estaba en algún punto entre la vigilia y el sueño. Las ondas zeta eran las que más relación tenían con la creatividad, los sueños y las fantasías.

Si bien era raro que las ondas zeta fueran las dominantes en los adultos conscientes, eran absolutamente normales en los niños hasta la edad de trece años. Los científicos no sabían si las ondas zeta dominantes en los niños eran la causa o el resultado de su vivida imaginación, pero sabían que, al menos desde el punto de vista bioquímico, el niño normal era mucho más creativo que un adulto.

La mente de Tversky continuó divagando mientras miraba cómo las ondas zeta de Julia aumentaban de intensidad. Los párpados parecían latir sobre las pupilas, que no dejaban de moverse. Le inyectó otra dosis de un centímetro cúbico. Esperó unos minutos a que la sustancia hiciera todo el efecto.

Al cabo de un rato las ondas zeta disminuyeron en frecuencia y amplitud para dejar espacio para sus ondas delta. El ciclo de estas ondas era mucho más bajo que el de todas las demás —sólo 2 hercios— pero la intensidad era mucho mayor. Julia estaba ahora sumida en un sueño muy profundo y sin actividad onírica, controlada totalmente por el inconsciente. A él le interesaban sobre todo las ondas delta, porque estaban vinculadas a aquello que Tversky luchaba por comprender: la intuición.

Entonces, cuando las ondas delta de Julia estaban en su punto máximo, Tversky le puso una última inyección, pero esta vez en la base del cráneo. A diferencia de las anteriores, no era un sedante: era el nuevo suero que Tversky había desarrollado. Había tardado nada menos que cuatro años en ser capaz de sintetizar el compuesto base que conseguía el efecto deseado en los monos rhesus y otros dos años de pruebas con sujetos humanos.

A aquellos pobres desgraciados los había encontrado en las clínicas que trataban la epilepsia, todos ellos ansiosos de una cura milagrosa. Estaban tan desesperados, que hubiesen hecho cualquier cosa. De haber comprendido claramente lo que Tversky intentaba conseguir, sospechaba que no se hubiesen mostrado tan dispuestos. Hubiese sido una mentira decir que se sentía culpable por su suerte. Era verdad que

lamentaba el resultado final, pero lo sentía más por la ciencia que por los sujetos.

Después de haber eliminado los fallos del sistema y con mucha confianza en el éxito, había iniciado el experimento con Julia. Si al fin conseguía su objetivo, quería alguien a quien pudiera controlar, y ¿qué mejor sujeto que una estudiante perdidamente enamorada de él? Miró a su amante y le acarició con suavidad la cabeza, atento a no desplazar ninguno de los electrodos. Qué conejillo de Indias más encantador.

Entonces, bruscamente, comenzó a pitar el electrocardiógrafo. Los latidos se habían casi duplicado a ciento veinte pulsaciones por minuto. Tversky sintió que se le aceleraba el corazón, como si pretendiera igualar el ritmo. La intensidad de las ondas beta, alfa y zeta de Julia tenían la misma amplitud que las de las ondas delta. El científico apenas si podía respirar. Si estaba en lo cierto, Julia sería en ese instante capaz de procesar información mientras se mantenía en contacto simultáneamente con su inconsciente.

Estaba tan nervioso que le temblaban las manos. Se obligó a sí mismo a respirar profundamente, retener el aire por un momento y exhalar muy despacio. Una rápida mirada a la cámara de vídeo confirmó que filmaba todo lo que estaba ocurriendo. Sintió el perverso deseo de mirarse al espejo para saber si estaba bien peinado; al fin y al cabo, si había tenido éxito, era un momento histórico, pero apartó el pensamiento de su mente. Preocúpate del presente, no del futuro. «Preocúpate por lo que está sucediendo ahora». Asintió mientras repetía la frase una y otra vez.

«Preocúpate por lo que está sucediendo ahora. Preocúpate por lo que está sucediendo ahora».

Cuando estuvo seguro de que la voz no se le quebraría o temblaría, se inclinó hasta quedar muy cerca del rostro de Julia, y le formuló la pregunta que le había torturado durante años.

—Julia —preguntó con la voz ahogada—, ¿qué ves?

Julia volvió la cabeza hacia él sin abrir los ojos.

—Veo... el infinito.

Caine miró la cápsula alargada, intrigado por saber si la sustancia lo llevaría más allá de la cordura.

—No puedo marcharme hasta que se tome la medicación, señor Caine —dijo la enfermera.

—Lo sé —contestó Caine suavemente.

—¿Hay algún problema?

—Todavía no. —La enfermera no captó el chiste. Sin pensárselo más, Caine se llevó el vaso con la cápsula a la boca y echó la cabeza hacia atrás para tragársela. Después cogió el vaso de agua y lo levantó en un brindis hacia la enfermera—.

Brindo para que las cosas sigan de la misma manera.

La enfermera respondió a la sonrisa nerviosa de Caine con una mirada de desconcierto. Miró debajo de la lengua de Caine para asegurarse de que se había tragado la cápsula y salió de la habitación. Caine se quedó a solas con sus temores. Su estómago tardaría veinte minutos en digerir el plástico de la cápsula que contenía los granos del medicamento experimental del doctor Kumar. Después de eso, se habían acabado las apuestas.

Caine se preguntó qué debía hacer con sus (potencialmente) últimos momentos de cordura. Se planteó escribir un testamento, pero no poseía nada de valor. De no haber visto ese día a Jasper, le hubiese dejado una nota a su hermano gemelo, pero le pareció que ya no era necesario. Al final, se decidió por encender el televisor y ver la última mitad de «Jeopardy!».

Un hombre regordete llamado Zeke estaba destrozando a los otros dos concursantes. En la segunda ronda se mostró imbatible y no dejó de ajustarse las gafas de montura negra entre pregunta y pregunta. Pero después Zeke se mostró codicioso en la siguiente ronda y perdió más de la mitad de sus ganancias, cosa que le dejó en segunda posición por unos pocos centenares de dólares. Habría que esperar a la final. Tras la tanda publicitaria de alimentos para perros, furgonetas y fondos de inversión, reapareció Alex Trebek para dar la respuesta final.

«Cuando Napoleón le preguntó a ese astrónomo del siglo XVII por qué en su libro sobre el sistema solar no se mencionaba a Dios, el científico respondió: "Sire, no necesito esa hipótesis"», dijo Alex, que pronunció cada palabra con mucha claridad antes de que comenzara a sonar la sintonía de «Jeopardy!».

—¿Quién es Pierre Simón Laplace? —le preguntó Caine a la papelera vacía junto a la cama.

Estaba seguro de que había acertado; sin embargo, antes de que pudiera confirmar la respuesta, Caine se quedó dormido y desperdició lo que quizá podían haber sido sus últimos tres minutos de cordura.

Forsythe utilizó todos los eufemismos posibles para describir lo que hacían en el laboratorio de Ciencia y Tecnología, pero ninguno de ellos consiguió engañar a Nava ni por un momento. Podía resumir el cometido del laboratorio en una sola palabra: «robar», y era una palabra que Nava conocía a la perfección. Sólo esperaba que aquello que Forsythe le encomendase robar fuese de interés para el servicio de inteligencia norcoreano.

En cuanto le asignaron su lugar de trabajo, Nava comenzó a leer el listado de los archivos que los piratas informáticos del laboratorio habían bajado del ordenador de Tversky. Junto a cada documento aparecía el tamaño del archivo, la fecha de creación y las fechas de las tres últimas modificaciones, algo que la ayudaba a calcular su

utilización. Nava separó los archivos y comenzó a abrir los que mostraban el mayor nivel de actividad.

Tal como esperaba, el grueso del material estaba mucho más allá de sus posibilidades. Necesitaría volver a la escuela durante casi una década y ponerse al día en biología, física y estadística para entender algo del diario de Tversky. Sin embargo, el intento había valido la pena. Siempre procuraba ir a la fuente para no depender de las interpretaciones de los demás. Pero en este caso no tenía otra opción.

Abrió algunos de los resúmenes escritos por el equipo de científicos de Forsythe. A medida que leía, sus ojos se agrandaban. Por primera vez en las últimas doce horas, le sonreía la suerte. Aquello que Tversky proclamaba haber descubierto rozaba la ciencia ficción. Aunque los datos no eran concluyentes, parecía estar muy cerca. Nava no se podía creer semejante golpe de buena fortuna. El valor en el mercado negro de ese material era incalculable.

Incluso si los norcoreanos no estaban interesados, Nava pensó que podría darles largas durante el tiempo necesario para encontrar a otro comprador. Personalmente, no creía en el proyecto de Tversky. Nava no entendía la bioquímica o la física cuántica en que se sustentaban sus teorías, pero entendía lo suficiente del mundo como para saber que lo que él sugería era sencillamente imposible. Tenía que serlo. Pero eso no significaba que un gobierno extranjero no lo creyese; estaba segura de que en alguna parte encontraría un comprador para las descabelladas ideas de Tversky.

En cuanto vendiera la información, se largaría para siempre. Metió la mano en la mochila y sacó sus gafas de lectura. Se aseguró de mantener la cabeza totalmente inmóvil mientras pasaba las páginas de los resúmenes y los archivos originales para permitir que la cámara de fibra óptica oculta en una de las patillas de las gafas tuviera una imagen clara de la pantalla. Cuando llegó a la última página, repitió el proceso a la inversa para asegurarse de que no se había dejado nada.

Cuando Nava acabó, miró el título de la teoría y se preguntó por qué demonios Tversky había decidido darle a su proyecto un nombre tan curioso. No tenía importancia. Borró el pensamiento de su mente y consultó su reloj. Era la una. Aún disponía de catorce horas para negociar por su vida.

En el camino de regreso a su casa se fumó dos cigarrillos. Cuando llegó a su apartamento, ya tenía un plan. Dedicó las horas siguientes a conectarse con el DDIE, el servicio de inteligencia norcoreano, el Mossad y el MI-6 por correo electrónico. Mientras esperaba las respuestas, se paseó por las habitaciones, cigarrillo en mano. A las cinco, ya había fijado un encuentro, y una hora más tarde, tomó un taxi que la llevó al Bronx, y luego subió al último vagón del metro, en dirección a Manhattan.

En una voz apenas audible, el conductor anunció que el tren paraba en todas las estaciones hasta Coney Island. A medida que el tren viajaba hacia el sudoeste se llenó

cada vez más, y llegó al máximo en la calle Cuarenta y dos. A partir de entonces, el número de pasajeros disminuyó poco a poco hasta que sólo quedaron un puñado. Los dos que quedaban de los doce que habían subido con ella en el Bronx eran coreanos: un hombre gordo que leía el periódico y el hombre de las gafas de sol.

Como en ese momento Nava estaba segura de que la CIA no la había seguido en el tren, cerró el libro y lo guardó en la mochila. Ésa era la señal. Casi de inmediato, el hombre gordo se metió el periódico debajo del brazo y se sentó a su lado.

—¿Dónde está Tae-Woo? —preguntó Nava.

—A Yi Tae-Woo le están curando la nariz —respondió el hombre con un tono solemne—. Mi nombre es Chang-Sun. —Nava sabía que Chang-Sun era un alias, pero no le importaba. Estaba segura de que el nombre de Tae-Woo también era falso. Lo único importante era saber si Chang-Sun estaba autorizado a negociar.

—¿Tiene una respuesta? —Era innecesario molestarse en ser amable con el hombre.

—Nuestros científicos en el ministerio han analizado los datos y los consideran muy interesantes —declaró Chang-Sun sin comprometerse. ~¿Y?

El hombre se molestó ante la brusquedad de Nava, pero le respondió:

—Nuestro trato quedará completo a la entrega de los archivos con la información original junto con el sujeto Alfa.

—El sujeto Alfa no era parte de la oferta.

—No hay trato sin él —repuso Chang-Sun sencillamente y abrió las manos apoyadas en los muslos como una demostración de que él no podía hacer nada al respecto.

Nava se lo había esperado. Sus otras dos conversaciones, la primera con los británicos, la segunda con los israelíes, habían sido prácticamente idénticas. Ningún gobierno estaba interesado en el material sin el sujeto. Sin embargo, cada uno le había ofrecido más de dos millones de dólares, mucho más que el valor de la información que Nava le había dado antes al DDIE. Sabía que tenía margen para negociar, porque los archivos de Tversky valían más para los norcoreanos que matarla.

—Necesitaré otro millón de dólares —dijo Nava.

—Eso queda descartado.

—Entonces no hay nada más que discutir. Su oferta es demasiado baja. —Nava se levantó como si tuviera la intención de bajar del tren; el agente norcoreano puso una mano sobre su brazo. Ella se volvió para mirarlo a la cara por primera vez, satisfecha de estar por encima del agente.

—No sabía que esto fuera una subasta.

—A pesar de mi actual situación, no creerá que usted era el único al que acudiría con algo tan valioso, ¿verdad?

—¿Quiénes son los otros postores?

—Eso es irrelevante.

Chang-Sun hizo un gesto de asentimiento.

—¿Se la ha ofrecido quizá a la Madre Rusia? —preguntó. A pesar de la sorpresa, Nava consiguió controlar sus emociones. Pero él sabía que había captado su atención —. Estoy seguro de que sus viejos camaradas del servicio de inteligencia ruso estarían muy interesados en saber cómo su antigua espía se ha entregado totalmente al capitalismo.

Nava se concentró en la respiración. Se preguntó cómo había descubierto el DDIE su identidad cuando su propio país no lo había conseguido. Nava miró a Chang-Sun como si fuese un insecto.

—No sé muy bien de qué habla. De todos modos, eso no cambia el precio.

—¿No? —Chang-Sun la obsequió con una gran sonrisa que dejó a la vista sus dientes perfectos, producto de la odontología occidental. La tenía pillada. Cualquier cosa que los norcoreanos pudieran hacerle —incluso matarla— no sería nada en comparación con lo que sucedería si los rusos descubrían su existencia.

—Quinientos mil dólares. Si sigue sin estar interesado, estoy segura de que Corea del Sur lo estará.

El cuello del agente se tornó rojo ante la mención de la República de Corea del Sur. Se trataba de un farol por parte de Nava, porque no tenía ningún contacto fiable en el gobierno surcoreano. Sin embargo, sus palabras tuvieron el efecto deseado. ChangSun asintió rápidamente.

—Tendré que consultar el nuevo precio con mis superiores, pero en principio tenemos un acuerdo.

—Me pondré en contacto con usted cuando tenga al sujeto en mi poder.

—¿Cuándo será eso?

—Dentro de una semana.

—Dos días.

—Eso no es...

Chang-Sun le clavó los dedos en el brazo y la acercó para hablarle con un tono bajo y amenazador.

—Ya no estamos trabajando de acuerdo con su horario. Dentro de dos días nos entregará al sujeto Alfa junto con todo el resto de la información de los trabajos científicos. Si no cumple el plazo, ocurrirán dos cosas. Primero, les diré a mis superiores que falsificó los documentos científicos. Segundo, yo personalmente llamaré a Pavel Kyznetsov en el servicio de inteligencia ruso y le relataré todas sus actividades durante los últimos diez años. Ya no ha cumplido con dos plazos. No falle una tercera vez.

Chang-Sun la soltó en el mismo momento en que el tren se detenía y se abrían las

puertas. Sin esperar a la respuesta, se apeó y la dejó sola en el vagón con el hombre de las gafas de sol. Cuando el tren salía de la estación, Nava se preguntó cómo conseguiría secuestrar al sujeto Alfa del doctor Tversky sin que la ASN dedujera lo que había pasado. Mientras analizaba mentalmente los diferentes escenarios, no se le ocurrió la manera de conseguirlo sin matar a alguien.

Sería lamentable, pero si había que hacerlo para salir del embrollo, lo haría. No tenía más alternativas.

Capítulo 7

Tommy estaba chupando el orificio metálico cuando sonó el teléfono. El sonido del timbre le produjo tal susto que a punto estuvo de volarse los sesos.

Si bien había planeado suicidarse, planearlo no era lo mismo que hacerlo. En cuanto apretara el gatillo, ya no habría una segunda oportunidad, así que quería estar absolutamente seguro. El sonido agudo había estado a punto de impedirle tomar la decisión. Tommy se sacó de la boca el cañón de la pistola calibre 45 y la dejó sobre la mesa.

«La próxima vez descolgaré el teléfono», pensó.

—¿Hola?

—¡Tommy! ¿Lo has visto?

Era Gina, su antigua novia. Era la última persona de la que hubiese esperado saber algo esa noche.

—¿Saber qué?

—¡Las noticias! ¡Los números!

—No sé de qué me hablas pero ahora mismo estoy metido en otra cosa... ¿Puedo llamarte más tarde y...?

—No lo sabes, ¿verdad? —le interrumpió Gina, con un tono muy excitado.

—No, te acabo de...

—¡Tommy, has ganado! ¡Han salido tus números! ¿Me oyes? Has... ganado... cabronazo. —La muchacha dijo las palabras lentamente, las separó en sílabas como si estuviese hablando con alguien que no estuviese del todo bien de la cabeza. A pesar de su cuidadosa pronunciación, Tommy tardó unos segundos en comprender lo que le decía.

—¿Quieres decir...? —Tommy dejó que su voz se apagara; tenía miedo de acabar la frase.

—Sí, Tommy.

—¿Estás segura?

—¡Sí, claro que estoy segura! Estaba en la cocina cuando dijeron los números. Lo supe en el instante en que los oí. Después de tantos años de oírte hablar sólo de ellos, ¿cómo no voy a saberlo? De todas maneras, corrí al salón y fui cambiando de canal hasta que los repitieron y los anoté, sólo para estar supersegura. Joder, Tommy... eres millonario.

Tommy se limitó a mirar por la ventana, sin saber qué decir, mientras iba haciéndose a la idea. Era millonario. Tommy DaSouza, millonario.

—¿Tommy? ¿Estás ahí, Tommy?

—Eh... sí.

—Tommy, ¿quieres que vaya? Podríamos celebrarlo, como en los viejos tiempos,

claro que esta vez, tendríamos algo que celebrar de verdad.

Las palabras de Gina lo pillaron desprevenido. La había echado tanto de menos que se quería morir. Pero después de oír el tono de entusiasmo en su voz, comprendió que estar con Gina en esos momentos quizá haría que se sintiera más solo, no menos.

—Creo que... creo que prefiero dejarlo para otro momento, ¿vale?

—Sólo deja que me ponga los zapatos y... —Gina se interrumpió cuando entendió las palabras de Tommy—. Sí, claro, vale. Quieres estar solo. Lo comprendo.

—Gracias —respondió Tommy, que de pronto se sintió como si midiera tres metros de altura. Nunca antes le había dicho «no» a Gina. Ni se le hubiese pasado por la cabeza.

—Tommy, todavía te quiero. Lo sabes, ¿no?

«Curioso, no es eso lo que me dijiste hace tres semanas, cuando me gritaste que dejara de llamarte», quiso responderle Tommy. Pero todo lo que salió de su boca fue:

—Tengo que irme.

Colgó antes de que ella tuviera la oportunidad de responder, asustado ante la posibilidad de que si continuaba la conversación acabarían liados otra vez. Era extraño si tenía en cuenta que dos minutos antes hubiese dado lo que fuera por estar de nuevo con ella. Pero en ese instante...

Se sentó en el sofá y cogió el mando a distancia, que estaba junto a la pistola. Sólo tardó un par de minutos en encontrar un canal donde estuvieran repitiendo los números ganadores: 6-1219-21-36-40 y el complementario, el 18. No necesitaba anotarlos como había hecho Gina, ni tampoco tuvo que sacar el boleto para ver si correspondía. Eran sus números. Los había jugado todas las semanas durante los siete años anteriores.

No podía explicar exactamente por qué el 6-12-19-21-3640 + 18 eran sus números. Ninguno correspondía a su cumpleaños ni nada por el estilo. Los números siempre habían estado allí, iluminados en su cerebro, como enormes números de neón detrás de sus párpados. Todos eran de un color blanco brillante, excepto el último dígito, que era rojo como una brasa en una hoguera que se apaga. Nunca supo qué significaban hasta que la Powerball llegó a Connecticut.

La primera vez que vio los números en el informativo de las diez —seis blancos y uno rojo, exactamente como en su sueño— comprendió que no podía tratarse de una coincidencia. Estaba destinado a ganar la Powerball. En un primer momento le había asustado la posibilidad de haber perdido su oportunidad, que los números —sus números— ya hubiesen salido. Pero cuando recibió la notificación de la Junta de la Lotería, respiró tranquilo al descubrir que sus números seguían vírgenes.

Al día siguiente, Tommy tomó el tren a Connecticut para jugar los números que habían estado en su cabeza desde hacía más tiempo del que podía recordar. Tardó más de dos horas en llegar a un 7-Eleven y volver, pero valió la pena. Razonó que, con un

bote de 86 millones de dólares, era como ganar 43 millones de dólares por hora. La noche que anunciaron la combinación ganadora había estado tan seguro de que se cumpliría su destino, que le pagó una ronda a todos los tipos que estaban en O'Sullivan. Le costó 109 dólares, más la propina, con lo que se quedó sin un centavo, pero no tenía importancia. Sabía que al final de la noche sería tan rico que podría comprarse todo el bar.

Pero los números que dieron en las noticias aquella noche no fueron los suyos. De siete, sólo había acertado dos. Estaba tan seguro de que ganaría que Tommy creyó que la televisión se había equivocado. Pero al día siguiente, el periódico le confirmó que el presentador de cabellos blancos no se había equivocado. Tommy había perdido.

A pesar de que su confianza había sufrido un duro golpe, aún se aguantaba. Sólo tenía que insistir; nada más. A la semana siguiente, subió de nuevo al tren para jugar sus números. Como en la primera vez, sólo acertó dos. Al cabo de unos pocos meses, comenzó a desilusionarse. Hubiera renunciado a esos números de no haber sido porque le quemaban como el fuego cuando dormía. Así que Tommy continuó comprando boletos, sin fallar ni una semana, por si acababan por salir.

Después de los primeros dos años, Tommy ya no tenía esperanzas de ganar, pero nunca dejó de comprar boletos, y cada vez que se emborrachaba, cosa que era más y más frecuente en los últimos tiempos, le decía a cualquiera que lo escuchara que algún día sería millonario. «Espera y verás». Pero aquel «algún día» nunca había llegado.

Continuaron pasando los días, y las cosas fueron de mal en peor. Tampoco peor, exactamente, pero tampoco mejor, que venía a ser más o menos lo mismo. Habían pasado diez años desde que había salido del instituto y aún continuaba en el mismo cuchitril de Brooklyn, con el mismo trabajo de mierda. Al principio tanto el apartamento como el trabajo le habían parecido cojonudos, pero Tommy aprendió que lo que era cojonudo a los dieciocho es patético a los veintiocho.

Para colmo, las tías también lo sabían. Las tías como Gina. Claro que era divertido para salir de vez en cuando, pero como Gina le había explicado con detalle, Tommy carecía de «potencial a largo plazo». Él había intentado convertirse en el hombre que Gina quería que fuese, pero era imposible. Los tíos de veintiocho años sin una educación universitaria y cuya única experiencia laboral era como cajero en Tower Records sencillamente no se despertaban una mañana con el dichoso potencial a largo plazo.

«Excepto hoy —pensó—. Hoy sí que tengo potencial a largo plazo».

Tommy se acercó a la mesita y recogió el arma. La hizo girar en sus manos mientras se preguntaba por qué aún quería meterse el cañón en la boca y apretar el gatillo.

Ya no necesitaba matarse. Ahora que había ganado el dinero, todo iría rodado, ¿no? Por alguna razón no estaba muy seguro. En lo más profundo, sabía que el dinero no cambiaría nada; seguiría siendo el mismo fracasado de siempre. Pero también sabía algo más: que a pesar de seguir siendo el mismo tipo que había estado dispuesto a reventarse los sesos unos minutos antes, no tenía por qué seguir siendo aquel tipo. Podía transformarse en... ¿en qué?

En alguien con un objetivo, eso era. Exhaló un suspiro de anhelo y asintió para sí mismo. «Al menos puedo intentarlo». Sí. Con un esfuerzo para no pensar, Tommy ocultó el arma en el fondo del armario, debajo de una pila de camisetas negras que había adquirido en conciertos a lo largo de los años. Solía usarlas a todas horas, pero últimamente sólo se las ponía cuando iba a la lavandería y se le había acabado la ropa limpia.

Cerró la puerta del armario, se acabó la cerveza y se acostó en el sofá, y aunque pensó mucho en los números antes de quedarse dormido, por primera vez en diez años, no resplandecieron en sus sueños.

Era de noche cuando Caine se despertó. La luz de la pantalla del televisor se reflejaba en las paredes oscuras y creaba unas sombras amorfas que recorrían toda la habitación. En la pantalla, una joven muy risueña leía los números ganadores de la lotería. Apretó el botón del mando a distancia y la habitación quedó a oscuras. Caine miró al vacío, a la espera de que sus ojos se acomodaran.

Tenía la molesta sensación de que se olvidaba alguna cosa. ¿Era algo que había soñado? No, no era eso. Había dormido como una marmota. Si había soñado, sus sueños ya habían sido eclipsados por la mente consciente. Entonces lo recordó. Se había tomado la cápsula. Cogió el móvil de la mesita de noche para saber la hora. Eran casi las dos: la sustancia llevaba once horas en su organismo.

Volvió la cabeza a la izquierda y luego a la derecha, y parpadeó mientras lo hacía. No notó ninguna diferencia. Hasta entonces todo en orden. Claro que ¿no era eso lo que Jasper había dicho? «No se siente nada que se parezca a ninguna otra cosa». Con todo, Caine pensó que reconocería la diferencia si algo se había desajustado en su mente. Lo sabría. Tendría que saberlo.

El móvil comenzó a vibrar en su mano. Se asustó tanto que estuvo a punto de soltarlo. Miró la pantalla para ver quién lo llamaba.

ID bloqueada.

Por un momento consideró la posibilidad de no responder y luego decidió hacerlo. Le costó abrir el móvil con las manos entumecidas.

—Hola, Caine, soy Vitaly. ¿Cómo estás?

Caine notó una opresión en la boca del estómago.

—Eh, hola. Me siento bien, gracias. ¿Cómo estás? —pregunto Caine, sin saber

qué otra cosa decirle a un hombre al que le debía once mil dólares.

—No muy bien, Caine. Pero confío en que tú le pondrás remedio. —Nikolaev hizo una pausa. Caine no tenía muy claro si le tocaba hablar, pero después de unos momentos se sintió obligado a romper el silencio.

—Supongo que llamas por el dinero. —Ninguna respuesta.

A Caine se le secó la lengua, como una esponja abandonada al sol—. Lo tengo, Nikolaev. En cuanto salga del hospital, te podré pagar.

—Más los intereses.

—Eso es, más los intereses. Por supuesto. —Caine intentó tragar, pero era imposible—. Por cierto, ¿cuánto es el interés?

—El habitual. Cinco por ciento al día, compuesto semanalmente... A ver si lo he entendido bien. Tú tienes el dinero, ¿correcto? Me refiero a que me encanta verte en el club. Quiero asegurarme de que te seguiré viendo.

—Sí, por supuesto —mintió Caine—. Tengo el dinero. Ningún problema.

—Fantástico —exclamó Nikolaev, en voz baja y con tono amenazador—. ¿Está en el banco?

—Estee... sí. —Caine quería vomitar.

—Bien. Como estás en cama, te enviaré a Sergey. Le puedes dar tu tarjeta y entonces yo sacaré el dinero por ti. De esa manera no tendrás que molestarte en venir al centro —dijo Nikolaev—. Sólo tendrás que ocuparte de ponerte bien.

—Oh, gracias —respondió Caine tontamente, en un intento por darle largas. Lo que menos deseaba era una vista de Sergey Kozlov, el guardaespaldas de Nikolaev, que pesaba 130 kilos—. El caso es, Vitaly, que quizá tenga que hacer unas operaciones, ya sabes cómo son estas cosas. Tengo unos dos mil en el banco, pero el resto está en bonos. Necesitaré vender algunos.

—Creí entender que tenías todo el dinero en el banco. —Nikolaev permaneció en silencio durante unos segundos—. Éste no es un buen momento para comenzar a mentirme, Caine.

—Claro que no. Lo tengo; sólo que no está todo en líquido. Pero puede estarlo. —Silencio—. Te pagaré, Vitaly. Tan pronto como pueda salir.

—De acuerdo. Te diré lo que haremos. Sergey está esperando en el vestíbulo. Le diré que suba para recoger tu tarjeta. Él sacará mil esta noche y otros quinientos cada día hasta que tú salgas del hospital y cambies los bonos. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, Vitaly. Es perfecto —respondió Caine, aunque lo sería mucho más si en realidad hubiera más de cuatrocientos dólares en su cuenta.

—Bien. Sergey sólo tardará unos minutos.

—Vale, gracias, Vitaly.

—Ningún problema —dijo Vitaly magnánimamente—. Ah, Caine, una cosa más.

—¿Sí?

—Ponte bien pronto. —Se oyó un clic y se cortó la comunicación.

Caine cerró el teléfono, consciente de que había llegado el momento de largarse del hospital. Apartó la sábana almidonada y se bajó de la cama, con miedo de que las piernas no fueran a sostenerlo. Notó el frío y la suavidad del linóleo en las plantas de los pies. Era agradable estar de nuevo de pie. En cuanto se aseguró de que no iba a caerse, se vistió apresuradamente con las prendas guardadas en el armario.

Consultó su reloj. Habían pasado menos de tres minutos desde que había colgado. Si Nikolaev había llamado a Kozlov un segundo después de hablar con él, Caine no disponía de mucho tiempo para escapar. No dudaba que el gigante ruso conseguiría eludir al servicio de seguridad del hospital, la única pregunta era saber cuánto tardaría. Caine confió en no saberlo nunca, porque quería estar bien lejos antes de que Kozlov se presentara en su habitación.

Caine se acercó a la puerta y asomó la cabeza al pasillo en penumbras. En el momento en que lo hizo, vio a Kozlov que avanzaba en su dirección. El guardaespaldas más que caminar se contoneaba apoyando su peso de un pie a otro. Se sintió perdido. Demasiado tarde. Tendría que darle a Kozlov la tarjeta del banco. En cuanto Nikolaev descubriera que Caine le había mentado sobre el dinero que tenía en la cuenta se habría acabado todo.

De pronto, cosas intangibles como los ataques y la esquizofrenia le parecieron una menudencia comparadas con el mundo físico. Caine miró en derredor, desesperado por encontrar algún lugar donde ocultarse, pero lo único que vio fue la pálida silueta de su compañero de habitación, que respiraba tan débilmente que se preguntó por un segundo si el hombre aún estaba vivo. La única cosa que demostraba que continuaba en el mundo de los vivos eran los monótonos pitidos del electrocardiógrafo.

En el momento que vio el movimiento de la pelota eléctrica, tuvo una idea.

—Código azul. 1012. Código azul. 1012.

La enfermera Pratt habló ante el micrófono con una firmeza y una tranquilidad fruto de la práctica. No tenía ningún sentido alarmar a los pacientes porque alguien se estaba muriendo en la habitación 1012. Sujetó el carrito con el equipo de emergencia y echó a correr por el pasillo. No advirtió la presencia del gigante barbudo hasta que se lo llevó por delante.

El hombre se volvió con una expresión feroz en el rostro, pero ella no perdió el tiempo en meterle una bronca. Apartó el carrito de su corpachón y continuó la carrera. Fue la primera en llegar. ¿Por qué demonios los viejos siempre tenían que palmarla en su turno? Éste era el tercero en lo que iba de semana. Cuando entró en la habitación encendió las luces y se acercó al señor Morrison, que estaba tan gris que ya parecía un cadáver.

Y entonces lo vio: uno de los electrodos estaba en el suelo. En aquel mismo momento uno de los nuevos internos con cara de niño entró en la habitación tan precipitadamente que a punto estuvo de hacerla caer.

—¿Cuánto tiempo hace que...?

—Es una falsa alarma. Se ha soltado uno de los electrodos.

—¿Qué...? Oh, vaya —exclamó el interno mientras miraba el cable en el suelo que le indicaba la enfermera.

Ella se agachó para recoger el electrodo. Qué extraño, el esparadrapo todavía estaba pegajoso. Se preguntó por un momento cómo era posible que se hubiese despegado, pero descartó la pregunta casi en el acto. Después de dieciséis años de oficio, había aprendido a no sorprenderse por las cosas extrañas que pasaban allí.

Después de todo, aquello era un hospital. A todas horas pasaban las cosas más extrañas.

Desde la oscuridad del portal de la habitación 1013, Caine intentó hacerse invisible mientras observaba cómo la enfermera y el interno salían de su antigua habitación. Cuando al cabo de unos pocos segundos, Kozlov se coló en la 1012, Caine abandonó su escondite y caminó con paso rápido por el pasillo, en dirección a la luminosa señal roja de la salida. De pronto vio que las resplandecientes letras rojas parecían aumentar de tamaño y se alargaban hasta tocar el suelo. A Caine se le hizo un nudo en la garganta.

«Ahora no, maldita sea, ahora no».

Caine cerró los ojos con fuerza y deseó con toda su alma que desapareciera la alucinación. Mientras lo hacía, sintió que se mareaba. Alargó la mano y se sujetó a un carrito que estaba junto a la pared. Esperó a que el mundo dejara de dar vueltas, abrió los ojos y vio que el carrito estaba lleno de batas y chaquetas blancas sucias. En un acto totalmente reflejo, cogió una chaqueta y se la puso.

En aquel mismo instante, oyó los sonoros taconazos de unas botas a su espalda. Era Kozlov. Caine se preparó para recibir el impacto cuando el gigantón ruso avanzó hacia él. En cuanto sintió que la manaza de Kozlov se apoyaba en su hombro, comprendió que no tenía escapatoria. Pero en lugar de aplastarlo contra la pared, Kozlov lo apartó de un empujón y luego desapareció al dar la vuelta en una esquina.

Caine se quedó atónito por un instante, sin tener muy claro lo que había pasado, hasta que comprendió que la chaqueta blanca había engañado al matón. Kozlov lo había confundido con un médico. Sin demorarse más, se escabulló rápidamente por las puertas batientes al final del pasillo. Llegó a los ascensores y cuando se disponía a apretar uno de los botones plateados notó una vibración en la cadera. Lo llamaban por teléfono.

—¡Mierda! —Caine metió la mano en el bolsillo para apagar el móvil. Pero ya

era demasiado tarde; se abrieron las puertas batientes y apareció Kozlov con un móvil en la mano. Sonreía.

Caine miró con desesperación las puertas de los ascensores y deseó con toda su alma que se abrieran para facilitarle una vía de escape, pero permanecieron cerradas. Kozlov avanzó lentamente por el pasillo, con la intención de disfrutar de la calma que precede a la tormenta. En aquel instante se abrieron las puertas de uno de los ascensores y apareció un hispano con una fregona metida en un enorme cubo con ruedas.

—Lo siento —dijo Caine al tiempo que arrebatava la fregona de manos del hispano y hacía rodar el cubo por el pasillo. No pudo ser más oportuno. Kozlov consiguió esquivar el proyectil rodante, pero, al hacerlo, el mango de la fregona golpeó contra su hombro. El cubo se volcó y el agua jabonosa se derramó por el suelo. El guardaespaldas resbaló y se estrelló contra el suelo.

De un salto Caine se metió en el gran ascensor que usaban para las camillas y apretó desesperado un botón al azar, con la esperanza de que las puertas se cerraran antes de que Kozlov pudiera levantarse. En el mismo momento en que las puertas comenzaron a cerrarse, Caine atisbo el corpachón del ruso, que se acercaba. Kozlov estiró el brazo para detener el ascensor pero llegó demasiado tarde. Las puertas metálicas se cerraron y el ascensor comenzó a subir.

Mientras Caine miraba cómo se encendían los números de cada piso, fue consciente de lo ridículo de la situación. ¿Qué estaba haciendo? ¿Correr por el hospital para escapar de un mañoso ruso? ¿Cómo había llegado a esa locura?

Entonces lo recordó: la cápsula. Se había tomado la cápsula cuando estaba despierto y después... ¿qué?

Quizá era eso, quizá estaba viviendo un episodio esquizofrénico, sólo se estaba imaginando que la mafia rusa iba a por él. Pero era imposible. Eso era real. Había perdido el dinero de Vitaly Nikolaev mucho antes de tomar la cápsula. Vale que los últimos minutos habían sido una locura, pero eso no significaba que estuviese loco, ¿verdad?

Bien podía ser que todo eso sólo fuese una pesadilla, provocada por la medicación. Se pellizcó el brazo para asegurarse de que estaba despierto. Le dolió. Pero ¿era una demostración clara? Quizá sólo soñaba que le dolía. ¿Era un interminable bucle de lógica o ilógica? ¿Podía una mente alucinada identificar cuándo tenía una alucinación?

¿Qué pasaría si se trataba de eso?

¿Qué pasaría si se sumergía en la locura, perdido para siempre?

Las palabras de Jasper resonaron en su mente con un tono burlón: «No se siente nada que se parezca a ninguna otra cosa... Por eso es tan espantoso».

El ascensor se detuvo con un leve rebote y un ping que a Caine le recordó el reloj

de un microondas. Las puertas se abrieron, y, sin pensarlo, Caine salió al vestíbulo del piso quince. No había ningún indicio de las enfermedades que trataban allí; la planta era idéntica a la suya. Las puertas se cerraron.

Caine consideró la posibilidad de llamar a otro ascensor, pero algo le dijo que no lo hiciera. Fue casi como si una voz invisible en el interior de su cabeza le advirtiera: «Todavía no, aún no has acabado». ¿Una nueva prueba de que se estaba volviendo loco? No. Se negó a aceptarlo. Se dijo que sólo era una intuición. Tenía intuiciones constantemente, y la mayoría de las veces, muy buenas, excepto, por supuesto, la que le dijo que apostara once mil dólares a una mano perdedora.

Sin hacer caso del diálogo interno, Caine caminó por el vestíbulo desierto, acompañado por el eco de sus pisadas en el suelo de linóleo, hasta que llegó a las puertas batientes. Cuando tocó los pulidos tiradores, sintió una increíble sensación de *déjà vu*.

Todo le resultaba tan conocido... la suavidad del frío metal al tacto de sus dedos; la luz fluorescente encima de su cabeza; el olor del alcohol y los medicamentos. La sensación lo abrumó, lo envolvió como una enorme ola que lo dejó sintiéndose... ¿cómo? ¿Presciente? ¿Consciente? ¿Con poderes paranormales?

De pronto se sintió invadido por una extraña seguridad en sí mismo, como si tuviese en la mano una escalera de color real y supiera que no podía perder de ninguna manera. Así que abrió las puertas para ver qué había al otro lado. El aire frío le acarició el rostro mientras caminaba por el pasillo en penumbras y dejaba atrás las silenciosas habitaciones. Lo absorbía todo, dispuesto a saborear cada momento mientras lo vivía, tal como lo había previsto.

Caine descubrió que había algo relajante en la experiencia, pasar junto a los cuerpos dormidos y preguntarse qué sueños y pesadillas poblaban sus inconscientes.

Pilas de pastelillos de arándanos hasta el techo... perros rabiosos que echan espuma por la boca... una acalorada discusión con una vieja amante.

Cada pensamiento pasaba por su mente como vividos recuerdos de un tiempo muy lejano. Sentía un extraño consuelo y la sensación de estar conectado... pero ¿conectado a qué?

A sus mentes —le susurró la voz (¿la intuición?). Se dijo que eso era una locura.

Por supuesto que lo es. Pero eso no hace que sea una falsedad.

Sacudió la cabeza, asustado. «Ya está. He perdido la cabeza, estoy alucinando». Sin embargo, era demasiado real para ser una alucinación. Las sensaciones eran

reales. Entonces oyó de nuevo las palabras de Jasper en su mente: «Las alucinaciones parecen reales. Naturales, incluso obvias. Como si fuese la cosa más normal del mundo que el gobierno esté espiando tus pensamientos o que tu mejor amigo intente matarte».

Al cabo de un momento notó la piel fría y pegajosa. Tenía que concentrarse. Comenzó a prestar más atención al entorno. Cada una de las puertas ante las que pasaba tenía un número y una tarjeta blanca, donde estaban escritos los nombres de los ocupantes en grandes letras. HORAN, NINA, KARAFOTIS, MICHAEL, NAFTOLY, DEBRA, KAUFMAN, SCOTT.

Cuando dejó atrás la cuarta habitación Caine se dio cuenta de que había estado leyendo los nombres como si buscara a alguien. En su cabeza, mientras hacía una pausa delante de cada puerta, su cerebro había estado diciendo: «No, no, no, no».

Se detuvo cuando leyó el nombre de la quinta puerta. Oyó un leve sollozo que provenía del interior.

Sí, es ella.

Caine entró sin vacilar.

Las sábanas estaban ligeramente arrugadas en la gran cama, aunque no parecía haber nadie debajo de ellas. Mientras sus ojos se acomodaban a la oscuridad de la habitación, vio la pequeña cabeza de una muñeca. Entonces la cabeza se volvió hacia él y lo miró con unos enormes ojos llorosos.

Caine casi chilló pero fue capaz de morderse la lengua antes de que se le escapara el alarido. Y entonces comprendió que esa criatura no era una muñeca. Era una niña. En la enorme cama, la pobre parecía muy pequeña y solitaria.

—¿Estás bien? —le preguntó Caine con un leve titubeo.

La niña no habló pero a Caine le pareció ver que movía la cabeza arriba y abajo.

—¿Quieres que llame a una enfermera?

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—¿Quieres que me quede contigo un momento?

Otro leve gesto de asentimiento.

—Vale. —Caine acercó una silla a la cama de la niña y se sentó—. Mi nombre es David, pero mis amigos me llaman Caine.

—Hola, Caine. —La voz de la niña sonaba muy débil, pero dentro, había una chispa de algo, ¿esperanza, quizá? ¿O era otra cosa? Caine no estaba seguro. De pronto se avergonzó de lo asustado que había estado sólo unas horas antes. Después de todo, era un adulto. La niña que tenía delante era muy pequeña. No podía imaginarse a sí mismo solo en un hospital a su edad.

—Te llamas Elizabeth, ¿no?

—Sí. —La niña se sorbió los mocos.

—Es un nombre muy bonito. ¿Sabes?, si alguna vez tengo una niña, creo que la llamaré Elizabeth.

—¿De verdad? —preguntó la niña, que se limpió la nariz con aire ausente.

—De verdad —respondió Caine con una sonrisa. Luego se inclinó hacia ella y le guiñó el ojo—. Ahora es cuando me dices que te gusta mi nombre, aunque no sea ni la mitad de bonito que el tuyo.

Elizabeth se rió.

—Tu nombre también es bonito.

—¿De verdad? —preguntó Caine, imitando la voz aguda de la pequeña.

Elizabeth se rió de nuevo.

—De verdad —contestó, con una sonrisa que dejó ver que le faltaba uno de los incisivos. Después añadió—: Eres diferente de los otros.

—¿Qué otros?

—Los otros médicos —dijo la niña, como si fuese la cosa más obvia del mundo—. Ninguno de los otros me habla excepto para decirme que diga «aaah» y cosas así.

—Sí, los médicos son unos tipos duros. Pero tienen un trabajo pesado, todo el día con enfermos, así que yo intento aliviarles un poco la faena.

—Me lo supongo —replicó la niña con más tristeza de la que cualquier niña de su edad debería tener—. Es que me canso.

—Sí —asintió Caine, que súbitamente se sintió muy cansado—. Lo sé.

Elizabeth entrecerró los ojos en un intento por verle el rostro en las sombras.

—¿De verdad eres un médico, Caine?

Caine sonrió.

—¿Te gustaría menos si no lo fuese?

—Qué va. Me gustarías más.

—Bien, en ese caso, no soy un médico.

—Me alegro, porque no me gustan mucho los médicos.

—A mí tampoco —declaró Caine.

Permaneció en silencio durante un rato y Elizabeth abrió la boca en un gran bostezo.

—Creo que ésa es la señal para que me marche. A estas horas ya tendrías que estar durmiendo. —Caine se levantó, pero antes de que pudiera apartarse, Elizabeth movió una mano y le sujetó el brazo. Caine se sorprendió al notar su fuerza.

—Por favor no te vayas todavía. Quédate un poquito más. Hasta que me quede dormida, ¿vale?

—Vale —dijo Caine y se sentó. Apartó suavemente la mano de Elizabeth y la apoyó sobre su falda—. Te prometo que no me moveré de aquí hasta que comiences a roncar.

—¡Yo no ronco!

—Ya lo veremos. —Caine la arrojó con la manta—. Ahora cierra los ojos y comienza a contar ovejas.

Elizabeth obedeció. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia él, con los ojos cerrados.

—¿Vendrás a visitarme mañana por la noche?

—Creo que para entonces ya me habré ido, Elizabeth.

—Entonces, ¿quizá en mis sueños?

—Claro... Quizá en tus sueños.

Pasaron unos minutos y la respiración de Elizabeth se hizo más profunda. Caine salió de la habitación de puntillas, con la total seguridad de que lo que la había llevado al hospital acabaría por desaparecer por sí mismo.

Jasper daba vueltas a la manzana, a la espera de que la Voz le dijera cuándo era el momento. Nunca había disparado un arma, pero no le preocupaba. Era lo mismo que sacar una foto: apuntabas y disparabas. La única diferencia era que una Nikon de 35 mm no tenía el retroceso de una Lorcin L de calibre 9 mm.

Había considerado la posibilidad de practicar un poco en Harlem, donde había comprado la pistola, pero sólo disponía de dos cargadores y no quería desperdiciar ni un solo proyectil. No sabía cuántos necesitaría, porque la Voz había sido un tanto vaga en sus instrucciones. Sólo le había dicho que comprara un arma y que regresara pitando al centro, y eso había hecho. Ya practicaría en otro sitio.

Se preguntó si tendría que matar a alguien. No quería hacerlo, pero sabía que si la Voz le decía que matara, lo haría. La Voz nunca lo llevaría por el camino equivocado. Era sencillamente imposible: la Voz lo sabía todo, todo lo que se podía saber.

Jasper no tenía claro cómo lo sabía, pero lo sabía. La Voz nunca le había dicho que lo sabía todo, pero cuando le hablaba, una parte de su cerebro veía lo que ella veía, y cuando eso ocurría, Jasper lo veía todo. Veía a todas las personas que urdían planes para perjudicar a David. Algunos querían venderlo por dinero. Otros querían experimentar con él. Unos pocos querían verlo muerto.

Ésa era la razón por la que Jasper había tenido que hacerse con una pistola. Como protección. Como protección contra aquellos que querían dañar a David. Él nunca les permitiría que hicieran daño a su hermano menor. Nunca.

Es la hora.

Jasper se detuvo en la acera desierta y ladeó la cabeza.

«Tengo la pistola tal como me dijiste».

¿Estás preparado?

«Sí».

Bien. Esto es lo que debes hacer...

Mientras escuchaba, Jasper cerró los ojos para ver un trozo del infinito. Una sonrisa idílica apareció en su rostro cuando supo cuál era su verdadero propósito. Luego la Voz se calló. Cuando abrió los ojos, las imágenes que había visto escaparon de su mente consciente y sólo quedaron sombras.

A pesar de que Jasper no podía recordar todo lo que había visto, sentía como si pudiese volar, como si todo su cuerpo estuviese lleno de la más pura alegría. Apretó con fuerza la culata de la pistola y apuró el paso. Tendría que correr si no quería llegar tarde.

En cuanto salió de la habitación de Elizabeth, Caine se sintió más tranquilo. La intuición (¿Voz?) que le había urgido a entrar en la habitación se había callado. Ahora no había ninguna razón para continuar allí, así que Caine volvió a caminar hacia el vestíbulo donde estaban los ascensores. Pero cuando llegó a la planta baja, una vez más sintió como si algo lo retuviera, algo que le susurraba al oído.

No salgas por la puerta principal, te estarán esperando. Sal por la sala de urgencias.

Temeroso de no hacer caso de las intuiciones (¿o era la Voz?), Caine caminó por un laberinto de pasillos hasta que llegó a la sala de urgencias. Se parecía muy poco a la de la serie de televisión que llevaba el mismo nombre. No había médicos guapos que gritaban cosas como «¡Parada!» o «¡Fibrilador!». Sólo había docenas de sillas ocupadas por personas de aspecto triste que tosían, estornudaban, sangraban y supuraban.

En cuanto vio la salida, Caine se abrió camino entre el mar de sillas. Pasó junto a una embarazada que discutía con su marido, y un súbito mareo hizo que la habitación se ondulara, como si la estuviese viendo a través de una catarata. Caine se detuvo y se sujetó al respaldo de la silla más cercana; cerró los ojos con todas sus fuerzas. Intentó no hacer caso de la pareja que discutía de pie cerca de la puerta, pero la conversación se coló en su conciencia.

—No puedo estar sola. Tú te pasas todo el día en ese ridículo tren y yo estoy aquí, a centenas de kilómetros de distancia.

—Pero cariño...

—No me vengas con eso de «pero cariño». No es seguro. Se lo preguntaremos a

él. ¿Usted qué opina? —Hubo un momento de silencio—. ¿Doctor? ¿Doctor?

Caine abrió los ojos, mucho más tranquilo al comprobar que había desaparecido el mareo. La embarazada lo miraba fijamente.

—¿Sí? —preguntó Caine, despistado.

—¿Es seguro que una mujer que ya ha tenido tres partos antes de tiempo y que perdió a su primer hijo se quede sola en casa mientras su marido conduce un tren arriba y abajo por la Costa Este?

Caine miró al marido de la mujer embarazada en busca de ayuda, pero el hombre se limitó a encogerse de hombros.

—No estoy seguro —respondió Caine mientras pensaba en alguna cosa inteligente que decir—. ¿Tiene algún familiar en la zona?

La mujer negó con la cabeza.

—Sólo una hermana en Filadelfia.

—Qué coincidencia, mi hermano también vive en Filadelfia. El mundo es un pañuelo —comentó Caine, casi para sí mismo. Entonces añadió—: ¿Por qué no se queda con su hermana? Sólo hasta que llegue el momento del parto.

Al marido se le iluminó el rostro.

—Eh, ésa es una gran idea, cariño. Puedes quedarte con Nora los dos meses que faltan. Luego, cuando nazca el bebé, podrás volver a casa. Todo el mundo gana.

La mujer se miró las manos regordetas, que se entrelazaban como si cada una tuviese miedo de estar sola. Acabó por asentir lentamente.

—De acuerdo. La llamaré.

El hombre exhaló un suspiro de alivio, besó a su esposa en la frente y le tendió la mano a Caine.

—Muchísimas gracias, doctor.

—No se merecen —respondió Caine, mucho más tranquilo al ver que se había acabado la extraña conversación—. Les deseo suerte.

—Gracias —repitió el hombre, que continuaba estrechándole la mano.

Mientras acompañaba a su mujer hacia la puerta, ella comenzó a decirle que debía llamarla a cada hora mientras estaba en el trabajo. Lo obligó a repetir el número del móvil para asegurarse de que se lo sabía de memoria porque no habría «ninguna excusa» si no la llamaba.

Caine esperó un minuto antes de seguir a la pareja al exterior, asustado por la posibilidad de acabar mediando en otra discusión. En cuanto tuvo la seguridad de que el terreno estaba libre, caminó los últimos veinte pasos que lo separaban de la libertad. Cuando cruzó la salida, el viento helado lo hizo estremecer.

A pesar de que detestaba el frío, Caine disfrutó con el aire helado que le hacía arder las orejas y le atravesaba la delgada chaqueta blanca mientras se alejaba. Lo había conseguido. Tuvo la sensación de que todo saldría de perlas hasta que unas

ásperas manazas lo cogieron por el cuello y lo estrellaron contra la pared.

La cabeza de Caine rebotó contra el cemento, y el dolor le recorrió toda la columna vertebral. Antes de que pudiera defenderse, el hombre le rodeó el pecho con uno de sus enormes brazos, lo llevó en volandas hasta doblar la esquina y llegaron a un solar, donde lo arrojó al suelo, cubierto de escarcha. Luego sujetó a Caine por la garganta y lo levantó para apoyarlo contra un muro de ladrillos.

Caine no alcanzaba a ver el rostro del atacante en la oscuridad, pero el fuerte acento del hombre le informó de todo lo que necesitaba saber.

—Señor Caine —gruñó Kozlov—, lo estaba buscando.

Capítulo 8

La detonación fue ensordecedora. Mucho más fuerte de lo que esperaba. Al oírla, el atacante de su hermano se quedó inmóvil, con el puño en el aire y echado hacia atrás como un boxeador en la viñeta de un cómic.

—Suéltalo. —Había un ligero temblor en la voz de Jasper, pero a él no le importó. La manaza que había estado oprimiendo la garganta de su hermano aflojó la presión y lentamente se levantó. David cayó de rodillas y comenzó a toser violentamente.

—¿Estás bien? —preguntó Jasper.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó David entre toses.

—No me creerás si te lo digo. ¿Quién es? —Jasper señaló al gorila que aún tenía las manos en alto.

—Este es Sergey —respondió Caine con voz ronca mientras se levantaba, procurando mantenerse fuera del alcance del gigante ruso—. Sergey, dile a Vitaly que tendrá su dinero a final de semana.

—Al señor Nikolaev no le gustará —gruñó Sergey.

—Sí, probablemente no —admitió David—. Tú díselo, ¿vale?

Sergey se encogió de hombros como si dijera: «Es tu funeral».

David retrocedió hasta situarse detrás de Jasper, quien hizo girar el arma en la mano y descargó un tremendo culatazo en la nuca de Sergey. El gigante se desplomó como alcanzado por un rayo.

—Tenemos que largarnos pitando antes de que tu amigo se despierte —afirmó Jasper, con la respiración agitada.

Por primera vez, David miró a la cara de su hermano.

—¿Cómo has sabido...?

Jasper quería decírselo, pero sabía que David aún no estaba preparado. Era importante mostrarse lo más normal posible. Si se comportaba como un loco, David no confiaría en él. Tampoco le costaría mucho; llevaba haciéndose pasar por cuerdo la mayor parte de su vida. Sabía cómo fingirlo.

—Supongo que fue sólo suerte —mintió Jasper—. Venga, vámonos.

Sujetó a Caine del brazo y se lo llevó del lugar. Caine se detuvo cuando sólo habían recorrido unas manzanas.

—Espera, ¿adónde vamos? —preguntó David.

—A tu apartamento.

—No, no podemos —dijo Caine. Negó con la cabeza—. Es el primer lugar donde Nikolaev irá a buscarme.

—No, no lo hará —dijo Jasper muy seguro.

—¿Cómo lo sabes?

Jasper no respondió. Sujetó de nuevo a su hermano del brazo y echó a correr. Caine solo pudo seguirlo.

Cuando llegaron al apartamento, las primeras luces de la mañana alumbraban un trozo del suelo. A través de la ventana Caine vio que el sol asomaba por encima del horizonte. El reloj de la pared señalaba las 6.28. Era el único artefacto electrónico que quedaba en el apartamento además del contestador. Habían robado todo lo demás. Debía reconocer que Nikolaev era un tipo concienzudo.

Las piezas de ajedrez de piedra pulida estaban desparramadas por el suelo. Caine se agachó para recoger un caballo negro. Una esquirola había saltado del hocico. Se sintió invadido por la tristeza. El juego de ajedrez era la única cosa que poseía que tenía un valor real, un regalo de su padre cuando había cumplido seis años. Desde el momento en que su padre había colocado aquellas piezas de extraño aspecto en los cuadros blancos y negros, Caine se había sentido hechizado.

—El ajedrez es como la vida, David —le había dicho su padre—. Cada pieza tiene su función. Algunas son débiles, otras, fuertes. Algunas son buenas al principio del juego y otras más valiosas al final. Pero las necesitas todas para ganar, y como en la vida, no hay marcador. Puedes tener diez piezas y ganar la partida. Eso es lo bueno del juego, siempre te puedes defender. Todo lo que necesitas hacer para ganar es saber lo que está ocurriendo en el tablero y deducir lo que el otro tipo se dispone a hacer antes de que lo haga.

—¿Te refieres a algo así como predecir el futuro? —preguntó Caine.

—Predecir el futuro es imposible, pero si sabes bastante del presente, puedes controlar el futuro.

En aquel momento Caine no había comprendido el significado de las palabras de su padre, pero eso no le había impedido disfrutar del juego. Todas las noches, después de que él y Jasper recogieran la mesa, su padre se sentaba y jugaba una partida con cada uno de ellos antes de que hicieran los deberes. Jasper nunca le ganaba a su padre. Caine lo hacía sistemáticamente.

Caine recogió el rey blanco y lo colocó en su lugar. Habían pasado más de diez años desde la muerte de su padre. Aún echaba de menos aquellas partidas.

La voz de Jasper sacó a Caine de su ensimismamiento.

—Sabes, creo que tú le caías mejor a papá porque jugabas muy bien.

—Yo no era el preferido de papá —replicó Caine, aún a sabiendas de que había bastante de verdad en las palabras de Jasper—. Además, tú jugabas bien cuando te concentrabas. Tu problema era que nunca conseguías estarte sentado el tiempo necesario. Siempre cometías errores tontos que te dejaban al descubierto.

—La concentración es lo tuyo, no lo mío. —Jasper se encogió de hombros—. ¿Tienes una almohada?

«Se acabó la hora de los recuerdos», pensó Caine. Como la conversación se había terminado, preparó el sofá para Jasper antes de acostarse en su cama. Se quedó dormido casi al momento. Su mente se fue sumergiendo poco a poco hasta llegar al mar del inconsciente. Y entonces estaba...

En un tren a Filadelfia.

El vagón se mece suavemente de izquierda a derecha, y lo amodorra. El traqueteo del tren se convierte en un sonido constante en su cerebro, los árboles al otro lado de las ventanillas se funden en una mancha marrón. Baja la mirada, un tanto sorprendido por lo que ve. En la palma de su mano izquierda hay otra mano mucho más pequeña. Pertenece a Elizabeth. Ella le obsequia con una gran sonrisa y le aprieta uno de los dedos.

Caine se mira la mano derecha. Una mano grande y suave con largas uñas rojas le aprieta los dedos. Caine mira a la mujer para pedirle que afloje la presión. Cuando ella se vuelve para mirarlo, le resulta vagamente conocida. No se da cuenta de quién es hasta que ve la curva de la barriga. Es la mujer embarazada del hospital.

—¿Adónde vais? —les pregunta a las dos.

—Al mismo lugar donde vas tú —responden al unísono.

—¿Por qué? —pregunta Caine, sin tener muy claro qué pretende averiguar con la pregunta.

—Porque es así como funciona —contesta Elizabeth.

—Ah —dice Caine, como si la respuesta fuese de una lógica aplastante.

En un rincón de su cerebro, ahora inundado con dopamina, la tiene.

El doctor Tversky se ajustó la corbata antes de que las puertas se abrieran. Dos hombres vestidos con prendas de camuflaje verdinegras lo recibieron. Nunca había comprendido por qué en un entorno urbano, el personal militar vestía con unas prendas diseñadas para confundirse con la vegetación de la selva. En la habitación gris, las prendas de camuflaje sólo servían para que los corpulentos soldados parecieran como los personajes de un videojuego.

—¿Me permite su identificación, señor? —Las palabras sonaron como un ladrido. La petición del guardia era una orden.

El doctor Tversky le entregó el carnet de conducir. Esperó mientras el soldado imprimía una tarjeta de identificación de visitante y se la daba. Echó una rápida ojeada a la superficie plastificada antes de prendérsela en la solapa. Su nombre aparecía escrito en grandes letras mayúsculas, TVERSKY, P., encima de un código de barras. Se preguntó en qué momento habían comenzado las personas a aceptar como

algo natural que las marcaran como a una pastilla de jabón.

Se sorprendió al ver su foto en la esquina superior derecha. Seguramente se la habían hecho unos momentos antes con alguna de las muchas cámaras ocultas en todo el edificio. Tversky miró la imagen: nunca había visto una foto de sí mismo tan espontánea. Por un instante se quedó desconcertado: el hombre de la fotografía no tenía buen aspecto. Parecía furioso y bastante asustado. Se preguntó si las emociones que veía en su cara serían tan obvias para Forsythe.

Eso no le convenía en absoluto. Forsythe veía el miedo y se aprovecharía, máxime cuando las probabilidades de que Forsythe lo creyera eran pocas. En opinión de Tversky, Forsythe no era un tío muy listo, sino más bien un administrador con muchas ínfulas. No obstante allí estaba Tversky para pedirle a ese hombre, un hombre inferior, su dinero.

Además de su ayuda.

Forsythe miró a su viejo colega desde detrás de su gran mesa de escritorio. Tversky acababa de describirle algo que era increíble. No, increíble, no. Imposible. Pero incluso si su relato contenía sólo una pizca de verdad, no podía pasarlo por alto. De hecho, podía ser exactamente lo que necesitaba. Forsythe decidió apretarle las clavijas, para ver hasta qué punto el hombre creía en sus propias teorías.

—Desde luego, has planteado un caso muy interesante —dijo Forsythe sin comprometerse—. Pero ¿qué quieres exactamente de mí?

—Necesito tu apoyo. Es obvio que no dispongo de los fondos necesarios para estudiar debidamente este fenómeno. Pero con tus recursos..

—Lo harías. —Forsythe acabó la frase por él y cruzó las manos sobre el regazo.

—Sí. Lo haría —respondió Tversky con un rechinar de dientes. Forsythe sacudió mentalmente la cabeza. Cualquiera hubiese dicho que un hombre inteligente como Tversky tendría que saber controlar el enfado a esas alturas. Sobre todo cuando hablaba con alguien que podía darle los fondos que deseaba. Claro que era la ineptitud para las relaciones humanas de Tversky y los que eran como él lo que le había permitido a Forsythe triunfar mientras ellos fracasaban.

—Me gustaría ayudarte —dijo Forsythe—, pero lo que describes va en contra de más de setenta años de física cuántica. Como bien sabes, el principio de la indeterminación de Hei...

—Heisenberg se equivocó —afirmó Tversky.

—¿Eso crees? —Forsythe estaba habituado a enfrentarse con el increíble engreimiento de los científicos, pero la descarada afirmación de Tversky lo pilló por sorpresa. Aunque aún quedaban unos pocos renegados que insistían en que el principio de indeterminación de Heisenberg era erróneo, casi todos los grandes físicos del planeta coincidían con los principios de la mecánica cuántica tal como los

había formulado Werner Heisenberg.

En su famoso trabajo de 1926, Heisenberg había demostrado matemáticamente que era imposible observar un fenómeno sin modificar su resultado. Para demostrarlo, imaginó un escenario donde un científico señalaba la posición y la velocidad precisas de una partícula subatómica.

Esto sólo se podía conseguir con la proyección de una onda de luz sobre la partícula. Luego, analizando la deformación de la onda de luz, los científicos podían determinar la posición de la partícula en el momento en que había sido alcanzada por ésta. Sin embargo, este experimento tenía un efecto no deseado: como la velocidad de la partícula era desconocida hasta el momento en que la luz y la partícula colisionaban, la velocidad de la partícula se modificaba de una manera imprevisible.

Por consiguiente, Heisenberg demostró que era imposible predecir simultáneamente la velocidad y la posición de una partícula, y que siempre había un nivel de indeterminación en el mundo físico. De esta manera, Heisenberg rechazó el concepto de los absolutos que los físicos newtonianos siempre habían sostenido, y afirmó que el mundo no era blanco o negro, sino gris. Demostró que en el mundo real, las partículas subatómicas no tenían posiciones exactas, sólo tenían posiciones probabilísticas, y, por lo tanto, aunque una partícula individual probablemente está en un lugar, en realidad no está en ninguna posición singular hasta que es observada.

De esa manera, Heisenberg fue capaz de demostrar que la única información que se podía obtener a través de la observación no era la posición de una partícula tal como existe en la naturaleza, sino la posición de una partícula que es observada en la naturaleza. Aunque muchos científicos no se sintieron muy a gusto con esta idea, la teoría de Heisenberg de un universo probabilístico era del todo coherente con las previamente aceptadas (pero inexplicables) ecuaciones físicas.

Finalmente, en 1927, los físicos se reunieron para ponerse de acuerdo en lo que se conocería como la Interpretación de Copenhague, que apoyaba las teorías de Heisenberg y afirmaba que los fenómenos observados obedecen a leyes físicas diferentes de los fenómenos no observados. Esto no sólo planteaba algunas preguntas filosóficas muy interesantes, sino que también forzó a los científicos a admitir que cualquier cosa era literalmente posible, dado que todos los resultados existen en un mundo regido por las probabilidades en lugar de las certezas.

Por ejemplo, si una partícula está probablemente en el laboratorio de un científico, también podría estar en el otro extremo del universo. Ese fue el nacimiento de la física cuántica moderna, y si bien la mayoría no podía afirmar que comprendía cómo era posible, nadie podía refutarlo.

No obstante, la teoría no fue bien acogida por todos, especialmente por los científicos que eran acérrimos newtonianos y creían en la teoría del determinismo: que el universo estaba gobernado por leyes inmutables y que nada era incierto. Los

deterministas creían que todo era consecuencia de alguna causa anterior que se podía predecir perfectamente si la humanidad fuese capaz de comprender las «verdaderas» leyes del universo y su estado actual.

Mientras Forsythe recordaba todo eso, también buscaba la mejor manera de atacar la afirmación de Tversky.

—Descartar a Heisenberg es abrazar el determinismo —opinó Forsythe cautelosamente—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Quizá lo sea. Desde mi punto de vista, el determinismo nunca ha sido desaprobado del todo.

—¿Qué me dices de Charles Darwin?

Tversky puso los ojos en blanco al oír que Forsythe mencionaba al hombre que había sido uno de los primeros en poner en duda el determinismo. Si bien el principio de la indeterminación de Heisenberg a menudo se consideraba el tiro de gracia (aunque el más abstracto) del determinismo, la teoría de la evolución de Darwin era la más importante y la más fácil de comprender.

Cuando Darwin escribió su revolucionario *El origen de las especies*, ofreció a filósofos y científicos una visión del mundo que no estaba planificada por un poder divino, sino otra que había evolucionado a través de millones de años a través de infinitas mutaciones al azar. Después de la publicación de la obra, en 1859, cualquiera que aceptara la hipótesis de la evolución en lugar del creacionismo también tenía que descartar cualquier idea de predestinación y por lo tanto, el determinismo.

—¿Ahora me sales con que niegas la evolución? Por favor no me digas que eres un creacionista.

Tversky rechinó los dientes por un segundo antes de contestar; Forsythe sonrió. La única cosa que le gustaba más que un debate intelectual era fastidiar a los tipos que vivían en una torre de marfil. Sabía que tildar a Tversky de creacionista era ridículo, pero eso era lo que lo hacía tan divertido. Sin embargo, fue obvio que para Tversky era demasiado, porque de inmediato comenzó a perorar como un pedante.

—Claro que creo en la evolución, a pesar de que el postulado de Darwin de que la evolución y la selección natural resultan de las mutaciones al azar no ha sido demostrado en absoluto. Sólo porque la ciencia moderna no ha sido capaz de determinar qué causa las mutaciones eso no significa que sean al azar. La aleatoriedad es sólo la apariencia de un fenómeno que actualmente es incomprensible. Hay más de 3,2 miles de millones de bases nucleótidas dentro del genoma humano. ¿Quién puede decir que no hay estructuras químicas dentro de los genomas que reprograman intencionadamente las características físicas del hijo de una persona cuando se enfrenta a ciertas adversidades medioambientales como el oscurecimiento de la piel en los climas tropicales o que los pómulos sean más altos en

las zonas con vientos muy fuertes?

Forsythe levantó las manos para contener el chaparrón.

—De acuerdo, has dejado claro tu postura. Lo retiro, no creo que seas un creacionista. Pero ¿qué me dices de Maxwell?

James Clerk Maxwell, el tatarabuelo filosófico de Heisenberg, había sido uno de los más brillantes físicos del siglo xix, muy conocido por sus estudios de las ondas electromagnéticas y también de la termodinámica, o movimiento del calor. Su mayor logro había sido el descubrimiento de la ley de entropía, que afirmaba que el calor siempre fluye de un cuerpo a mayor temperatura a otro de menor temperatura hasta que las temperaturas de ambos cuerpos se igualan.

Demostró que cuando se echaba un cubo de hielo en un vaso de agua caliente, el frío del hielo no se transmitía al agua, sino que el calor relativo del agua era absorbido por el hielo. El agua calentaba el cubo hasta que se derretía y todo el líquido alcanzaba el equilibrio térmico. Sin embargo, como Heisenberg, Maxwell no creía mucho en las leyes absolutas y aunque había dedicado la primera mitad de su carrera a intentar descubrir las, dedicó la última parte a intentar desmontarlas.

Su principal éxito en ese aspecto fue cuando demostró que la segunda ley de la termodinámica no era una ley en absoluto. La famosa segunda ley afirmaba que, en cualquier sistema, la energía tiende a dispersarse y extenderse. Esencialmente la segunda ley se utilizaba para explicarlo todo; desde por qué las piedras no rodaban montaña arriba a por qué una batería agotada no se cargaba súbitamente. La razón era que las dos cosas requerían que la energía se concentrara de manera espontánea, algo directamente opuesto a la afirmación de la segunda ley; que la energía siempre se dispersaba; un sistema siempre fluye hacia el estado de mayor desorden. Así fue como la segunda ley se ganó el apodo de «Flecha del tiempo» porque parecía dirigir el curso del tiempo.

No obstante, Maxwell fue capaz de demostrar que la segunda ley no era absoluta. Lo hizo imaginando un tubo de ensayo lleno de gas. Dado que la segunda ley afirmaba que toda la energía en un sistema se dispersaba, entonces se podía deducir que las moléculas de gas se dispersarían por igual hasta llenar todo el espacio disponible. Esto sugeriría que todas las zonas del tubo de ensayo tendrían una temperatura uniforme, dado que el incesante movimiento aleatorio de las moléculas generaba calor.

Luego Maxwell postuló que, dado que la dirección y la velocidad de las moléculas eran aleatorias, todas las moléculas más rápidas debían acabar en un extremo del tubo de ensayo. Esto a su vez causaría un pico de temperatura momentáneo producido por la concentración espontánea de la energía: una refutación total del enunciado de la segunda ley de que la energía siempre se dispersa.

De esta manera, Maxwell demostró que la segunda ley sólo era

probabilísticamente cierta, o que era verdad sólo «la mayor parte del tiempo». Al hacer esto, probó que la mayoría de las leyes físicas nunca podían ser absolutamente precisas.

—Las personas a menudo citan la demostración de Maxwell de que la segunda ley de la termodinámica es sólo probabilística como una prueba de que la aleatoriedad existe. Pero yo sostendría que la aleatoriedad es sólo la apariencia, no la realidad.

Forsythe enarcó las cejas ante la atrevida afirmación de su colega. Lo que estaba proponiendo estaba casi más allá de la comprensión. Ambos sabían a qué se refería, pero necesitaba que lo dijera en voz alta, aunque sólo fuese para oírlo.

—Entonces, ¿crees que la velocidad y la dirección de los electrones no son aleatorias?

—Si de verdad crees en la teoría de Heisenberg de que cualquier cosa es posible —replicó Tversky—, también tendrás que aceptar la posibilidad de que los movimientos de los electrones no son aleatorios.

—Pero si el movimiento de los electrones no es aleatorio, entonces ¿qué hay detrás de ellos?

—¿Importa? —preguntó Tversky.

—Por supuesto que importa —afirmó Forsythe con un gesto.

—¿Por qué?

Forsythe miró a su viejo colega, sin saber muy bien qué decir.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a —respondió Tversky, inclinándose hacia delante—, ¿por qué importa qué es responsable del movimiento de los electrones? Podrían ser partículas organizadas más pequeñas que los quarks que aún están por descubrir, o el flujo de energía de una realidad no local, diablos, hasta podría ser que los electrones sean conscientes. A lo que voy es que no importa por qué el movimiento no es aleatorio sino sólo que no es aleatorio.

—Pero la variable que controla el movimiento de los electrones...

—Es un concepto muy interesante, pero fuera del objetivo de mis investigaciones.

Forsythe tomó un sorbo de café y lo saboreó mientras pensaba en las afirmaciones de Tversky.

—Aún no me has explicado el razonamiento «erróneo» de Heisenberg.

—No tengo que hacerlo. Si aceptas el hecho de que los electrones se mueven con algún tipo de propósito, también debes aceptar que existe una fuerza que ejerce dicho propósito. ¿No lo ves? Si esa fuerza incógnita e inmensurable existe, es posible que haya maneras de observar un electrón sin utilizar una onda de luz.

Forsythe no pudo menos de mirar al hombre con unos ojos como platos.

—Tu lógica es a un tiempo circular y paradójica. ¡Estás diciendo que como

cualquier cosa es posible en un universo probabilístico entonces el universo podría ser determinista más que probabilístico! Estás utilizando la teoría de la indeterminación de Heisenberg para rebatirlo.

Tversky se limitó a asentir. Su arrogancia era apabullante, y sin embargo, había una curiosa lógica en sus ideas que resultaba atrayente. De todas maneras, Forsythe no quería revelar que Tversky había comenzado a convencerlo. Se aclaró la garganta.

—¿Por qué, exactamente, se supone que debo aceptar estas hipótesis heréticas?

—No te estoy pidiendo que las aceptes literalmente, sólo que creas que podrían ser posibles.

—¿Sobre qué base?

—La fe —contestó Tversky, con los ojos brillantes.

—Debes admitir que no es el argumento más convincente.

Tversky se encogió de hombros.

—Mira, James, no soy un vendedor. Soy un científico. Pero te estoy diciendo que tengo razón. Lo vi. Si hubieses estado allí, lo comprenderías.

—No estaba.

—Yo sí.

—Lo siento, pero eso no basta. —Forsythe negó con la cabeza para reforzar la negativa—. No puedo destinar fondos sin pruebas. No puedo...

Tversky estrelló el puño en la mesa.

—¿Por qué demonios no? La ciencia solía ser revolucionaria. La practicaban unos pobres genios que trabajaban en sus sótanos veinticuatro horas al día porque tenían la teoría de que el universo funcionaba de una manera diferente de como todo el mundo creía que funcionaba. Tenían una visión, y el coraje de creer en su visión. —Tversky se levantó para inclinarse hacia Forsythe—. Te lo suplico, por una vez intenta no ser un burócrata e intenta ser un científico.

Forsythe se reclinó en la silla.

—Soy un científico. La única diferencia entre tú y yo es que vivo en el mundo real y comprendo las limitaciones. Soy lo bastante listo como para trabajar dentro del sistema en lugar de quejarme de sus maldades. Me estás diciendo que tenga coraje, bueno, yo te pregunto: ¿dónde está tu coraje? ¿Qué has hecho que sea tan condenadamente peligroso en tu búsqueda científica?

Tversky se quedó mudo. Forsythe no estaba seguro si era de furia o por falta de palabras, pero no le importaba. Las dos cosas le iban bien.

—Ya me lo parecía. —Forsythe se levantó y abrió la puerta del despacho—. Si eso es todo, tengo un día muy ocupado. Puedes volver cuando quieras para presentarme de nuevo tus teorías, siempre que tengas alguna prueba.

—Conseguiré las pruebas —afirmó Tversky, muy convencido—. Aunque cuando las tenga, dudo mucho que venga aquí para enseñártelas. —Se volvió y se alejó con

paso decidido.

Forsythe se volvió hacia el soldado que estaba junto a la puerta y le dijo amablemente:

—Por favor ocúpese de que el doctor Tversky encuentre el camino de salida.

—Sí, señor —respondió el soldado y se alejó rápidamente para ocuparse del científico.

Forsythe permaneció un momento en el pasillo desierto y luego entró en su despacho. Cuando cerró la puerta una sonrisa apareció en su rostro. Estaba seguro de que sus pullas habían encendido la proverbial irritabilidad de Tversky. Como ya conocía las pruebas «secretas» de Tversky con el sujeto Alfa, a buen seguro que sus provocaciones harían que Tversky se arriesgara mucho más que hasta entonces.

Era el momento de sentarse y esperar. Si el siguiente experimento de Tversky acababa en fracaso, Forsythe podría centrarse en otros proyectos. Pero si Tversky tenía razón... bueno, en ese caso le diría a la agente Vaner que entrara en escena y se encargara de hacer lo que hacía mejor. Después, Forsythe podría continuar donde Tversky lo había dejado.

Y la ciencia no perdería nada.

Capítulo 9

Jasper ya se había marchado cuando Caine se despertó. Había una nota pegada en el sofá que decía: «Estoy haciendo recados, volveré». Caine no sabía qué recados tenía que hacer su hermano, pero tampoco le preocupó. A pesar de su leve inestabilidad mental, estaba cada vez más claro que Jasper podía cuidar de sí mismo. El que tenía problemas era él.

Apenas si podía pensar en lo que había ocurrido la noche pasada. Parecía absolutamente irreal. Decidió prepararse un café; siempre pensaba mejor con una dosis de cafeína. Mientras oía el sonido del líquido que caía en la cafetera, vio el parpadeo de la luz roja del contestador. Apretó el botón con resignación. Un segundo más tarde, la voz almibarada de Vitaly Nikolaev llenó la habitación.

«Hola, Caine. Soy Vitaly, sólo quería saber qué tal estás. ¿Por qué no te das una vuelta por el club? Estoy preocupado por ti».

—Ya lo puedes decir —le respondió Caine a la caja plateada. Había otras cinco llamadas sin mensaje. La misma historia en el buzón del móvil. Era martes; le debía a Nikolaev once de los grandes desde hacía dos días. Dado que Nikolaev cargaba el 5 por ciento de interés por semana, ahora Caine le debía 11.157 dólares. Estaba con el agua al cuello.

En el camino de regreso desde el hospital, había vaciado su cuenta de ahorros. Todo lo que tenía era 438,12 dólares, menos que el interés de una semana. Tenía que pensar en qué hacer con Nikolaev. Caine abordó el problema como haría cualquier buen estadístico: con el análisis de las probabilidades y los resultados de todos los escenarios para decidir qué era lo mejor que podía hacer.

Desafortunadamente, tenía que pagar o desaparecer.

Pero debido a los ataques, desaparecer no era viable. No había manera de que pudiera largarse y seguir con el medicamento experimental. Tenía que presentarse dos veces por semana para el análisis de sangre y sólo tenía veinte pastillas, lo justo para diez días. Incluso si encontraba el modo de escabullirse de Kozlov, nunca podría escapar de los ataques. No, tenía que seguir siendo parte del estudio del doctor Kumar, aunque sólo fuera para saber que lo había intentado.

Así que tenía que pagar; era eso o hacer las paces con Nikolaev. Quizá podía encontrar la manera de cancelar la deuda. Caine sacudió la cabeza en el mismo instante en que se le ocurrió la idea. ¿Cancelarla cómo? ¿Convertirse en guardaespaldas del ruso? Algo poco probable. Suspiró. No había forma de evitarlo, tendría que conseguir el dinero.

Pero ¿cómo podía ganarlo? La primera respuesta era bastante obvia: de la misma manera que lo había perdido, es decir, jugando. Inconscientemente manoseó los pocos billetes que tenía en el bolsillo. Podía presentarse en otro local con sus 400

dólares e intentar que se multiplicaran. No estaba fuera del reino de las posibilidades.

Si tenía suerte, podría ganar un par de miles al acabar la noche. Por supuesto, si perdía, estaría todavía más metido en el agujero. Además si Nikolaev se enteraba de que Caine estaba jugando en otro club, no le haría ninguna gracia.

¿Qué tal Atlantic City? Podía subirse a un autocar e intentar ganarles la pasta a los turistas en las mesas de póquer abierto. No había ninguna duda de que ganaría si jugaba en plan conservador; el problema era que tardaría demasiado. Los perdedores sólo apostaban cantidades pequeñas, y además siempre había al menos algún otro listillo en cada mesa. Con apuestas pequeñas, Caine sólo tenía la seguridad de que podría ganar veinte o treinta dólares a la hora. No estaba mal, pero con ese promedio no acabaría nunca. Incluso si jugaba durante dieciséis horas seguidas, sólo se llevaría entre 320 y 480 dólares, el interés de una semana.

No, jugar en el casino quedaba descartado. En cuanto a jugar en otro club, Caine decidió reservarse la opción por el momento. La única alternativa era conseguir un empleo, pero era imposible conseguir un empleo fijo a corto plazo. En la actual situación económica y con su curriculum, que mostraba un largo período de inactividad, era imposible. No le costó nada imaginarse la entrevista:

—Dígame, señor Caine, ¿qué ha estado haciendo desde 2002?

—Verá, estuve encerrado durante unos meses porque un par de veces a la semana veía cosas y luego tenía convulsiones. Pero desde setiembre pasado frecuento el club de Vitaly Nikolaev: lo mío es el póquer abierto. Ah, ya que estamos, ¿podría adelantarme ocho mil dólares? Tengo que pagarle a la mafia rusa antes de que me maten.

Quizá podía meterse en algún trabajo de investigación. Era una buena idea, pero probablemente mejor en la teoría que en la práctica. Esos trabajos estaban muy buscados y no había manera de conseguir que te pagaran por anticipado; además, el sueldo era una minucia. El dinero grande estaba en el sector privado, por eso los mejores profesores hacían doblete como consultores financieros.

De pronto Caine tuvo una idea: podía pedirle a su antiguo tutor de la universidad que lo contratara para algunos de sus trabajos de consultoría. Si Caine le vendía el alma, entonces quizá Doc le permitiría hacer el trabajo analítico. Diablos, si tenía suerte, Doc quizá incluso le adelantaría algún dinero. Miró el reloj; pasaban unos minutos de las diez.

Doc solía dar la clase de Introducción a la Estadística en Columbia, que empezaba a las 10.30. Daba una clase en lugar de un seminario para licenciados para poder consagrarse a la investigación y no tener que preparar clases magistrales. Como la mayoría de los profesores, Doc detestaba enseñar, aunque nadie lo hubiese adivinado después de presenciar el gran espectáculo que ofrecía a sus estudiantes.

Una rápida llamada a la secretaría le confirmó que ese día Doc daba la primera

clase del nuevo semestre. Si se daba prisa, conseguiría pillarlo antes de comenzar la clase. C cogió la chaqueta de cuero y el frasco con las cápsulas blancas cayó del bolsillo. Entonces recordó que era la hora de la siguiente toma. Mientras sacaba una de las cápsulas, no pudo dejar de pensar que quizá la alucinación auditiva de la noche anterior había sido real, sólo que activada por ese medicamento experimental.

Le daba miedo tomarla, pero también le asustaba no hacerlo. Se la tragó antes de perder el coraje y salió del apartamento. Mientras bajaba los escalones de dos en dos, tuvo la sensación de que olvidaba algo, pero no fue capaz de descubrir qué demonios era. Con todo, notaba que aquello le rondaba por el borde de su conciencia, justo fuera de su alcance. Caine se despreocupó, a sabiendas que acabaría por recordarlo.

Siempre era así.

Veintisiete minutos más tarde, Caine respiró profundamente y entró en el aula. Buscó un asiento en el fondo y se sentó. El corazón le retumbaba en el pecho, pero no tenía la sensación de que fuera a desmayarse. Podía hacerlo. No era más que una aula. No era él quien tenía que dar la clase. Estaría perfectamente mientras permaneciera sentado.

En el frente del aula, Doc cogió una tiza y escribió en la pizarra con grandes letras mayúsculas:

LA PROBABILIDAD ES ABURRIDA.

Unos cuantos estudiantes se rieron.

—¿Alguien no está de acuerdo? —Nadie dijo nada—. Muy bien, ahora que lo tenemos claro, permitidme que os diga que el tiempo que le dediquéis a esta asignatura valdrá realmente la pena, porque en esta clase no hablaremos de la teoría de las probabilidades. Vamos a hablar de la vida, y la vida es interesante. Al menos la mía lo es, no tengo ni la menor idea de qué tal pinta la vuestra... La teoría de las probabilidades no es más que la vida expresada en números. Os pondré un ejemplo. Necesito un voluntario de entre el público. Manos.

Se levantaron varias. En aquel momento, la puerta al fondo del aula se cerró sonoramente y todas las miradas se centraron en el estudiante que llegaba tarde. El muchacho ya se estaba sentando, con la visera de la gorra de béisbol casi sobre los ojos. Doc caminó con paso enérgico hasta el fondo del aula y lo cogió del brazo.

—Éste es lo que yo llamo un voluntario forzado. —Levantó el brazo del muchacho como si fuese un boxeador que acaba de ganar el combate—. ¿Cómo te llamas?

—Mark Davis.

Doc se volvió para coger una hoja de la mesa y se la entregó a Mark.

—¿Qué es esto?

—Eehh... parece una lista de alumnos.

—Exactamente. Ahora dime, ¿cuántos estudiantes aparecen en la lista?

Mark miró la lista durante un minuto y luego respondió:

—Cincuenta y ocho.

—¿Aparecen las fechas de nacimiento junto a los nombres?

—No.

—Esto promete ser divertido —le comentó Doc al resto de la clase con un tono de complicidad antes de mirar de nuevo a Mark—. ¿Te gusta apostar?

—Sí.

—¡Excelente! —Doc dio una palmada. Metió una mano en el bolsillo y sacó cinco billetes nuevos de un dólar que mostró a la clase como un prestidigitador que se prepara para un truco—. Te apuesto estos cinco preciosos pavos que al menos dos personas presentes en esta aula cumplen años el mismo día. ¿Qué me dices?

Mark miró a sus compañeros y luego a Doc con una sonrisa burlona.

—Vale. Acepto la apuesta.

—Fantástico. Quiero verlo.

Mark frunció el entrecejo, despistado.

—El dinero, la pasta.

Mark se encogió de hombros pero sacó un billete de cinco dólares arrugado. Doc se lo arrebató de la mano y lo dejó sobre la mesa de un manotazo. Después se volvió hacia los estudiantes y sonrió al tiempo que señalaba a Mark con el pulgar, sin volverse.

—Pardillo —dijo. La clase se rió y a Mark se le subieron los colores—. Si Mark supiese algo de la vida, o sea, las probabilidades, tendría que haber sabido que acaba de hacer una pésima apuesta. ¿Alguien sabe por qué?

Ninguna respuesta.

—Muy bien, entonces necesitaremos más voluntarios. —Nadie se movió. Entonces Doc vio a Caine. El intentó hundirse en la silla, pero ya era demasiado tarde—. Hoy tenemos en la clase a un invitado especial. Uno de mis mejores estudiantes: David Caine. David, levanta la mano. —David levantó la mano con desgana, tenía la garganta seca. El resto de la clase se volvió para mirarlo—. Yo llamo a David Rain Man porque es el único tipo en todo el departamento que no necesita una calculadora. ¿Quieres ayudarme, Caine?

—¿Tengo otra alternativa? —replicó Caine, que hizo todo lo posible por hacer caso omiso de que su corazón amenazaba con estallarle en el pecho.

—No, la verdad es que no —replicó Doc.

—En ese caso, me siento honrado. —La clase se rió. Caine obligó a su corazón a

reducir la velocidad. Era como montar en bicicleta. Podía hacerlo.

—Excelente. —Doc entrelazó las manos—. ¿Cuáles son las probabilidades de que tú y yo cumplamos años el mismo día?

—Alrededor de un 0,3 por ciento.

—Por favor explícanos a nosotros, pobres mortales, cómo has conseguido esa respuesta.

—Es uno dividido por trescientos sesenta y cinco.

—Exactamente. Dado que cada uno de nosotros nació en uno de los 365 días del año, entonces hay exactamente una entre 365 probabilidades de que tú y yo naciéramos el mismo día. —Doc corrió a la pizarra y escribió:

$$1/365 = 0,003 = 0,3\%.$$

»¿Lo han entendido todos? —Se oyó un ruido de papeles y algunas quejas mientras todos se daban cuenta de que había llegado el momento de tomar apuntes—. Muy bien. Si te hubiese preguntado si quería apostar a que no cumplíamos años el mismo día, hubieses dicho que sí, ¿correcto?

—Correcto.

—Ésa hubiese sido una apuesta inteligente; probablemente ganarías. Yo nací el 9 de julio. ¿Cuándo naciste tú?

—El 18 de octubre.

—Ya está. Sólo había una probabilidad entre 365 de que nuestro día de cumpleaños fuera el mismo, y una probabilidad de 364 entre 365 de que fuera diferente. Ahora dime las probabilidades de que cumplas años el mismo día que cualquiera en esta habitación, incluido yo.

Caine pensó por un segundo, y luego miró a Doc.

—14,9 por ciento.

—Correcto. Por favor explícalo.

—Si quieres calcular las probabilidades de que yo cumpla años el mismo día que cualquiera de las otras cincuenta y nueve personas presentes en el aula, primero tendrás que calcular las probabilidades de que yo no cumpla años el mismo día que cualquier otro, que son de 364 sobre 365 elevado a la 59.ª potencia. Es lo mismo que calcular la probabilidad de que yo no cumpla años el mismo día que cualquier otro estudiante multiplicado por sí mismo cincuenta y nueve veces porque hay cincuenta y nueve estudiantes.

Doc escribió mientras Caine hablaba:

$$\text{Prob (diferente cumpleaños que todos)} = (364/365)^{59} = 85,1\%.$$

—Por lo tanto —continuó Caine—, la probabilidad de que mi cumpleaños no coincida con el de otro es del 81,1 %, y por consiguiente que sí cumpla años el mismo día es del 14,9%.

$$\text{Prob (mismos días)} = 1 - \text{Prob (dif. cumple)} = 100\% - 85,1\% = 14,9\%.$$

—Perfecto —dijo Doc—. ¿Todos me siguen? —Varias cabezas asintieron mientras los estudiantes acababan de copiar el cálculo en sus cuadernos—. Muy bien, volvamos atrás. Como sabemos que tú y yo no cumplimos años el mismo día, ¿cuál es la probabilidad de que ambos no cumplamos años el mismo día que cualquier otro?

—Primero calculas la probabilidad de que yo no cumpla años el mismo día que cualquier otro, y ya sabemos que es del 85,1 por ciento, luego calculas las probabilidades de que tu cumpleaños no coincida con el de otro, siempre teniendo en cuenta que no cumplimos años el mismo día.

—Caray, vas demasiado rápido —exclamó Doc con una voz teatral. Le arrojó el trozo de tiza a Caine, que lo cogió instintivamente—. ¿Puedes acercarte y mostrarme qué quieres decir?

Todos se volvieron para mirarlo. Le sudaban las manos y el corazón le latía desbocado, pero se obligó a levantarse. Mientras caminaba hacia el frente del aula, cada paso le pareció una eternidad, y sin embargo, cuanto más se acercaba a la pizarra, más confiado se sentía. Hasta que finalmente llegó allí y se encontró delante de la clase. Parpadeó unas cuantas veces y el mundo continuó enfocado. El medicamento del doctor Kumar funcionaba. Estaba de nuevo donde pertenecía.

—Vale —dijo Caine y miró a los alumnos—. Como iba diciendo, ya sabemos que Doc y yo no cumplimos años el mismo día. Para calcular la probabilidad de que ninguno de los dos tenga el mismo cumpleaños que cualquier otro de la clase, primero hay que calcular la probabilidad de que Doc no cumpla años el mismo día que cualquier otro.

»Lo haré de la misma manera que calculé que mi cumpleaños no coincidía con otro, excepto que esta vez 363 será el numerador y 364 el denominador, porque ya sé que él y yo tenemos cumpleaños diferentes, así que debo eliminar un día. Luego, elevo la fracción a la 58a potencia en lugar de a la 59a porque sólo tengo que compararlo con 58 personas en la clase, no 59, porque me excluyo a mí mismo.

»Por consiguiente, la probabilidad de que Doc no tenga el mismo cumpleaños que cualquier otro de los presentes es del 85,3 por ciento.

$$\text{Prob Doc (dif. cumple que los demás)} = (363/364)^{58} = 85,3\%.$$

Caine se volvió para mirar a los alumnos. Por un instante tuvo la horrible visión de manos como palmeras y se le revolvió el estómago. Cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo. Estaba bien. Las palmeras habían desaparecido. Hizo un par de respiraciones profundas y continuó:

Por lo tanto si queréis saber la probabilidad de que ninguno de los dos tenga el mismo cumpleaños que cualquier otro, tenéis que multiplicar las dos probabilidades:

$$\begin{aligned} & \text{Prob (Caine y Doc dif. cumple, a todos)} \\ & = \text{Prob (Caine dif.)} \cdot \text{Prob (Doc dif. dada dif Caine)} \\ & = (364/365)^{59} \cdot (363/364)^{58} \\ & = (81,1\%) \cdot (85,3 \%) \\ & = 72,5\%. \end{aligned}$$

»La probabilidad de que ni Doc ni yo cumplamos años el mismo día que cualquier otro es del 72,5%. Por lo tanto, la probabilidad de que Doc o yo celebremos el cumpleaños el mismo día que otro es del 27,5%.

$$\begin{aligned} & \text{Prob (C y D mismo cumple)} \\ & = 1 - \text{Prob (dif. cumple)} \\ & = 100\% - 72,5\% = 27,5\%. \end{aligned}$$

—¿Alguno se ha perdido? —La súbita intervención de Doc lo sorprendió. Casi había olvidado que ésa no era su clase—. Muy bien —dijo Doc cuando nadie respondió—. De acuerdo, última pregunta: ¿cuáles son las probabilidades de que dos personas cumplan años el mismo día?

—En ese caso —respondió Caine, que se volvió de nuevo hacia la pizarra—, si suponemos que no se sabe que nuestros días de cumpleaños son diferentes, no hay más que repetir el mismo cálculo que hice para determinar si usted y yo celebrábamos el cumpleaños el mismo día que cualquiera de los estudiantes de la clase, sin olvidar restar cada vez uno del numerador.

$$\begin{aligned} & \text{Prob (no dos cumple, iguales)} \\ & = (364/365) \cdot (363/365) \cdot (362/365) \\ & \dots \\ & (308/365) \cdot (307/365) \cdot (306/365) \\ & = 0,006 \\ & = 0,6\%. \end{aligned}$$

»Dado que sólo hay una probabilidad del 0,6 por ciento de que ninguno tenga el mismo día de cumpleaños, entonces hay una probabilidad del 99,4 por ciento de que al menos dos personas tengan el mismo día de cumpleaños.

Doc unió las manos lentamente. Se volvió para embolsarse los billetes que estaban sobre la mesa y después palmeó a Mark en la espalda.

—Gracias por el dinero, señor Davis. Ya puede sentarse.

—Un momento —protestó Mark.

—¿Qué pasa?

—Sólo porque su colega diga que estoy equivocado no quiere decir sea verdad.

—Ah, un incrédulo. ¿Me está diciendo que no cree en la teoría de las probabilidades?

—No al cien por cien —replicó Mark con una expresión burlona.

—¡Blasfemia! —gritó Doc y levantó las manos como un predicador—, ¡Hermanos y hermanas, tenemos a un incrédulo en nuestro seno! ¡Ayudadme a salvar el alma de este hombre! Que se levanten todos los que nacieron en enero.

Se levantaron cuatro estudiantes.

—Digan la fecha de su cumpleaños, empezando por atrás.

Ninguno cumplía años el mismo día. La sonrisa de Mark aumentó. Doc se limitó a encogerse de hombros.

—Si yo estuviese en su lugar borraría esa sonrisa de la cara. Dentro de un segundo parecerá la de un tonto. —Doc miró a la clase y continuó—: Muy bien, enero, pueden sentarse. Febrero de pie y a contar.

Esta vez se levantaron cinco alumnos. Una vez más, ninguno cumplía años el mismo día. Obtuvo los mismos resultados con marzo, abril, mayo y junio. Mark estaba cada vez más ufano. Hasta que le llegó el turno a julio.

—3 de julio —dijo un larguirucho estudiante de ingeniería.

—12 de julio —dijo otro, alto, con el pelo al rape.

—¡Eh, yo también! ¡12 de julio! —exclamó una pequeña muchacha asiática con una camiseta de color rosa.

Doc sonrió de oreja a oreja, abrió los brazos y se inclinó como un artista en el escenario.

—Caso cerrado.

Mark hizo una mueca y se sentó.

—Muy bien, ¿cuál es la moraleja del cuento? Primero, cuanto mayor es la muestra, mayor la probabilidad. En otras palabras, con las suficientes observaciones, cualquier cosa puede suceder, no importa lo improbable que sea. Si tenemos una clase de, digamos, diez personas, quizá Mark no se iría a su casa como un perdedor, porque las probabilidades de que dos personas tenga el mismo día de cumpleaños sería de... Rain Man, ayúdame.

Caine cerró los ojos durante unos segundos, y luego los abrió de nuevo:

—Sólo de un 12 por ciento.

—Correcto. —Doc sonrió—. ¿Por dónde iba? Ah sí, la segunda moraleja del cuento. —Doc miró directamente a Mark—. La teoría de las probabilidades nunca miente. Creed en ellas, porque es el único y verdadero Dios.

Doc se inclinó de nuevo pero menos y algunos de los alumnos llegaron a aplaudir. Él estaba radiante.

—Muy bien ahora repasaremos la lección.

Caine lo interpretó como la señal para que volviera a su asiento. Mientras caminaba por el pasillo, se sintió invadido por la alegría. Lo había conseguido. Aunque las dos espadas de Damocles llamadas «epilepsia» y «Vitaly Nikolaev» aún pendían sobre su cabeza, durante aquel momento, no le importaban. Durante unos minutos, había dado una clase. Por primera vez en casi dieciocho meses, Caine creyó súbitamente que quizá podría recuperar su vida. De haberlo sabido antes, no hubiera esperado tanto para entrar en las pruebas clínicas del doctor Kumar.

Doc acabó la clase al cabo de cuarenta y cinco minutos.

—Pueden marcharse. Nos veremos de nuevo el miércoles. Quizá si somos afortunados, el señor Caine considere conveniente sumarse a nosotros una vez más.

Aunque la mayoría de los estudiantes abandonaron el aula apresuradamente, Caine esperó mientras unos pocos empollones rodeaban a Doc para hacerle preguntas sobre la lección. En cuanto se marcharon todos, Caine se acercó a su viejo mentor.

—Es un placer verte de nuevo, Caine. —Doc le dio una palmada en el hombro—. Creo que deberíamos llevar nuestro espectáculo de gira.

—No tengo muy claro que la gente esté dispuesta a pagar para verlo.

—¿Bromeas? Acaban de hacerlo cincuenta y ocho estudiantes, que están pagando 14.000 dólares cada uno por cuatro cursos. Eso hacen...

Caine parpadeó.

—Ciento treinta y cuatro dólares con sesenta y dos centavos por estudiante y clase.

—¡Exacto!

—Genial —dijo Caine—. Entonces, mi parte por la clase de hoy es de tres mil novecientos cuatro dólares. ¿Podría darme un cheque?

El camión blanco con las letras mayúsculas de color azul y naranja apagó el motor al otro lado de la calle, delante mismo de Sam's Diner. El camión de FedEx era uno de los cuarenta que había comprado una empresa tapadera de la Agencia Nacional de Seguridad. Sin embargo, excepto por el exterior, el vehículo se parecía muy poco a los otros camiones de la empresa de transportes; estaba equipado con un motor mucho más potente y con los más modernos equipos de vigilancia electrónica.

Ninguno de los tres ocupantes del camión llevaba identificación alguna, excepto por unas placas falsas en los uniformes robados. Steven Grimes era el jefe del equipo. Era uno de los principales expertos en vigilancia del país, aunque no encajaba mucho en su papel con aquel grasiento pelo negro y aquella palidez enfermiza.

Cuando estaba en el centro de vigilancia, se sentaba en una gran butaca de cuero, desde donde veía diez monitores y tenía acceso a cinco teclados. Pero sobre el terreno, las cosas se reducían; sólo tenía tres pantallas, dos teclados y un taburete de metal atornillado al suelo. Sin embargo era en el camión donde disfrutaba, porque en el fondo Grimes era un adicto al trabajo sobre el terreno.

Por encima de todo lo demás, le encantaba mirar. Cuando se trataba de mirar, Grimes era el mirón por excelencia. A pesar de no tener una titulación, era un genio de la electrónica, y gracias a tener a un padre delincuente, un experto ladrón. Esas dos habilidades le habían permitido construir microcámaras caseras e instalarlas allí donde consideraba conveniente, algo que comenzó haciendo en el vestuario de las chicas, en el instituto. Después de que lo expulsaran de allí, Grimes decidió que quería ser un mirón profesional, así que presentó una solicitud de ingreso a la ANS. Se la rechazaron prácticamente en el acto, pero fue capaz de hacerles cambiar de opinión cuando se coló en la red de la agencia y escribió una nota personal al director de Criptografía, que le aparecía en pantalla cada vez que se conectaba.

A Grimes lo contrataron al día siguiente y los ocho años posteriores fueron el paraíso del mirón. Le dieron su propio laboratorio de electrónica y un presupuesto que rayaba el infinito para comprar juguetes de espías. La única cosa que no le gustaba de su trabajo era todo el papeleo burocrático y su jefe, el doctor James Forsythe. Forsythe —o, como a Grimes le gustaba llamarlo, doctor Jimmy— era un enorme grano en el culo, peor que todos aquellos burros del Ejército.

Hasta hacía poco habían mantenido una relación beneficiosa para ambos aunque bastante áspera. Pero eso había sido antes de que Grimes lo perdiera todo gracias a un soplo en la Bolsa que le dio Forsythe. De no haber sido por el doctor Jimmy, Grimes aún tendría más de 200.000 dólares en el banco. En cambio, dos meses antes Grimes lo había invertido todo en Philotech, porque el doctor Jimmy le dijo que el senador Daniels patrocinaba una importante ley de defensa que garantizaría a la empresa un multimillonario contrato gubernamental.

Cuando la noticia se hizo pública al cabo de unas semanas, las acciones subieron como la espuma, desde la cotización de 20,24 dólares la acción que mantenía desde hacía cincuenta y dos semanas a 101,50. En lugar de recoger beneficios, Grimes invirtió el doble, dado que sabía que el contrato del gobierno triplicaba las expectativas de Wall Street. Estaba destinado a hacer una fortuna, hasta que Daniels amaneció muerto y todo se fue al demonio. Sin Daniels se acabó la ley de defensa y cualquier contrato para Philotech, y todo aquello ocurrió antes de que el escándalo

contable apareciera en las primeras planas.

En la primera hora de negocio, las acciones perdieron el noventa y ocho por ciento de su valor y Grimes se quedó en la ruina. Todo su paquete de acciones no valía ya ni diez mil dólares. Pero ¿había compartido Forsythe su desgracia? De ninguna manera. El capullo había vendido justo cuando las acciones alcanzaron los tres dígitos y se había forrado.

No había nada que Grimes pudiera hacer. Peor todavía, seguir con Forsythe era la única oportunidad que tenía de ganar dinero; así que allí estaba, a la disposición de su amo. En aquel momento sonó el móvil y apretó un botón. El MP3 que había estado escuchando fue reemplazado por la irritante voz del doctor Jimmy.

—¿Ya tienes audio? —preguntó Forsythe sin siquiera molestarse en saludarlo.

—No se me mee en los calzoncillos, doctor Jimmy —respondió Grimes y disfrutó con las risitas de los otros tipos del camión—. Augy está en eso. Lo tendremos dentro de un par de minutos.

—Bien —gruñó Forsythe—. En cuanto lo tengas pásamelos de inmediato por Ethernet.

El doctor Jimmy colgó y Grimes volvió a mirar el monitor, donde aparecía un viejo en un restaurante. Se preguntó qué tendría de importante el tal Tversky para que el doctor Jimmy quisiera que el equipo de Grimes vigilara al tipo mientras comía.

Capítulo 10

El restaurante favorito de Doc tenía un gran letrero luminoso encima de la puerta, que anunciaba las «HAMBURGUESAS Y SOPA MÁS FAMOSAS DEL MUNDO». Caine siempre había creído que era una combinación extraña, porque no recordaba haber comido nunca juntas las hamburguesas con sopa, pero servían una comida excelente. Mientras Doc lo ponía al corriente de los últimos artículos, Caine reunió el coraje para pedirle un empleo a su viejo profesor. Pero estaba nervioso. Había algo en Doc que parecía... raro. Le había metido una bronca de padre y muy señor mío a la camarera cuando se había equivocado con las bebidas. No era propio de él.

Caine se dijo que sólo era su imaginación, que buscaba excusas, y se obligó a preguntar. Por desgracia, antes de que pudiera plantearle la pregunta, entró un hombre que miró a Doc con una expresión expectante y éste lo invitó a acercarse con un gesto. El hombre era el opuesto físico del profesor, vestido muy elegante, con traje y chaleco gris, y una pajarita color burdeos. Caine lo reconoció como la persona que a veces hacía investigaciones con Doc, pero no recordaba su nombre.

—Recuerdas a David, ¿no? —le preguntó Doc al hombre, sin molestarse en presentarlo.

—Por supuesto, es un placer verlo —dijo el hombre. Estrechó la mano de Caine con la firmeza de una acelga y lo miró como si fuese un animal en el zoo.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Doc a su colega—. Pareces cabreado.

Pajarita se pasó una mano por el pelo y masculló:

—Tengo un mal día. He tenido una discusión con alguien sobre Heisenberg. Me ha dado dolor de cabeza.

—Cuéntamelo —dijo Doc, con una expresión pensativa—. Nunca he sido un fan de Heisenberg. ¿Tú qué, Rain Man?

«—¿Eh? —exclamó Caine, sorprendido de que Doc lo hubiese metido en la conversación—. Oh, no lo sé. Nunca he conseguido encontrarle el sentido a lo que decía.

—¿De verdad? —preguntó Doc, con los ojos brillantes—. ¿Qué no entiendes?

Caine se hubiera dado de bofetadas. Se había olvidado del insaciable apetito de Doc por explicar los fenómenos complejos. A lo largo de los años, Caine se había pasado horas atrapado en el despacho de Doc mientras el profesor hablaba poéticamente de todo, desde el Big Bang a la teoría del caos.

Caine miró a Pajarita en busca de ayuda, pero el hombre ya estaba muy ocupado con el menú, ajeno a la conversación.

—Creo que nunca entendí por qué los físicos creen que una partícula no tiene una posición singular sólo porque son incapaces de descubrir dónde está. No es probable que pueda estar en dos lugares al mismo tiempo.

—En cierta manera sí que puede —afirmó Doc, evidentemente feliz por haber llevado la conversación hacia un tema que le permitiera hacer una disertación—. Los físicos han utilizado el experimento de la doble rendija para demostrarlo.

—Vale, he picado —dijo Caine. Sabía que ya no había manera de parar a Doc, así que decidió que podría aprovechar para aprender algo—. ¿Qué es el experimento de la doble rendija?

—Imagina que proyectas una luz a través de una rendija en una hoja de papel sobre este plato. ¿Qué esperarías ver?

Caine se encogió de hombros.

—Una línea de luz, ¿no?

—Exactamente. —Doc extendió un poco de ketchup por en medio del plato vacío—. Los fotones de luz que pasan por la rendija impactarán en el plato y crearán una línea. —Hizo una pausa para beber un sorbo de agua—. Ahora, imagina que proyectas una luz a través de un trozo de papel con dos rendijas. ¿Qué verías?

—Dos líneas de luz.

—Error —dijo Doc—. Verías una serie de líneas borrosas y sombras, como éstas. —El profesor trazó más líneas con ketchup paralelas a la primera y luego las mezcló con una patata frita—. Si piensas en la luz como una onda, este dibujo no te sorprenderá, porque te puedes imaginar las diferentes ondas de luz que se interfieren las unas con las otras al otro lado del papel, en su camino hacia el plato, cosa que causa este confuso dibujo. Incluso si piensas en la luz como lo que es: una serie de partículas, también podrás explicar el dibujo, porque cada fotón tiene su propia frecuencia, así que también se interfieren los unos con los otros para crear el dibujo confuso en el plato.

—Vale, es explicable. ¿Qué es tan importante? —preguntó Caine.

Doc levantó un dedo para pedirle paciencia.

—Estoy a punto de llegar a eso. No hace mucho, unos físicos desarrollaron una fuente de luz que sólo emite un fotón a la vez y repitieron el experimento. ¿Adivinas qué pasó? Se encontraron con exactamente el mismo dibujo confuso en el otro lado.

Caine frunció el entrecejo.

—¿Cómo puede haber una interferencia en el otro lado si a través de la rendija sólo pasa un fotón a la vez? ¿Con qué interfiere?

—Cada fotón individual debe interferir consigo mismo al otro lado del papel porque pasan simultáneamente por las dos rendijas durante el experimento. —Doc sonrió ufánamente.

—¿Cómo?

—Porque un fotón, que antes se creía que era una partícula, también es una onda. Cuando sólo hay una rendija, actúa como una partícula, pero cuando hay dos, actúa como una onda. La razón es que el fotón tiene simultáneamente las propiedades de

una partícula y una onda. Esto se llama dualidad partícula-onda. Esencialmente, toda la materia es dos cosas a la vez, con diferentes propiedades, en distintas localizaciones, todo al mismo tiempo, hasta que se mide.

—Pero eso no tiene sentido —señaló Caine.

—Bienvenido a la física cuántica —dijo Doc, y masticó otra patata frita.

Pajarita finalmente se animó.

—Si realmente lo quieres desconcertar —le dijo a Doc como si Caine no estuviese allí—, háblale del gato de Schrödinger.

Caine levantó una mano.

—La verdad es que...

—Venga, sólo tardaré un minuto —le interrumpió Doc—. Te prometo que será rápido e indoloro.

—Muy bien —aceptó Caine—. Uno más.

Caine se había olvidado de lo divertido que era estarse sentado y hablar sin preocuparse por si el tipo a su lado se estaba echando un farol. Por segunda vez en el día, se permitió olvidarse de los problemas y disfrutar del momento. Resultaba agradable, aunque estuviesen hablando de física cuántica.

—A pesar de que Erwin Schrödinger fue uno de los padres de la física cuántica, se dio cuenta de lo ilógica que era, especialmente cuando se aplicaba al mundo real. Así que planteó un problema filosófico sobre su gato en el mismo momento en que Heisenberg estaba completando su principio de la indeterminación.

»Básicamente era algo así: imagina que tienes un átomo radiactivo que oscila entre dos estados: «excitado», durante el tiempo en que da una sobrecarga de energía, o «no excitado», durante el tiempo que está en reposo. La física cuántica nos dice que, mientras observamos, el átomo estará en uno u otro estado, pero mientras no lo observamos, está simultáneamente en los dos estados, de la misma manera que el fotón del ejemplo anterior estaba en dos lugares al mismo tiempo.

»El problema filosófico de Schrödinger es el siguiente: ¿qué pasaría si pones a un gato en una caja con una botella de gas cianuro, un átomo radiactivo y un martillo programado para que golpee cuando detecta energía? Si el átomo radiactivo se excita, entonces el martillo golpeará en la botella, que dejará escapar el gas y el gato morirá. Pero si el átomo radiactivo no está excitado, entonces el martillo permanecerá quieto y el gato vivirá.

»Sin embargo, hasta que no abres la caja y observas el átomo, éste no estará excitado ni no excitado, sino una combinación probabilística de los dos. Por lo tanto, la pregunta es: ¿qué le pasa al gato mientras la caja está cerrada?

Caine pensó en la respuesta durante unos segundos.

—Supongo... —Su voz se apagó y entonces sonrió—. Ah, ya lo tengo. Dado que el átomo está teóricamente en dos estados a la vez, entonces el gato está

simultáneamente vivo y muerto hasta que abres la caja y observas el átomo, momento en que el gato entra definitivamente en un estado u otro.

—¿Lo ves? —Doc sonrió—. Y decías que no entendías la física cuántica.

—La cuestión, obviamente —intervino Pajarita, que ahora dirigió toda su atención a Caine—, es que si bien la mecánica cuántica es técnicamente correcta, es todavía mucho más ilógica de lo que parece cuando se intenta aplicar al mundo real.

—¿Estás diciendo que no crees en Heisenberg? —le preguntó Doc a Pajarita.

—¿Crees tú? —replicó el otro.

Doc se encogió de hombros.

—La mayoría de las veces, sólo creo aquello que veo con mis propios ojos. Todo lo demás es sólo teoría. —Luego miró de nuevo a Caine—. Lo siento, ibas a preguntarme algo antes de que nos desviáramos a esto.

Caine cogió una de las patatas fritas de Doc, de pronto avergonzado por tener que pedir ayuda, especialmente delante de un tercero.

—Verá, tengo un pequeño problema...

—Oh —dijo Doc, preocupado—. ¿De qué se trata?

—Tengo un pequeño problema de liquidez.

—Sabes que te daría de nuevo el trabajo de ayudante de cátedra, pero después de tus... problemas, el director del departamento no me lo permitiría. Al menos, en este semestre. Pero siempre está el año que viene.

—Sí, lo sé, sólo que mis necesidades monetarias son un poco más inmediatas. —Caine se sintió mortificado, y más aún porque el amigo de Doc no había tenido la cortesía de excusarse. Se limitaba a mirar a Caine como si oliera algo demasiado maduro. Caine hizo todo lo posible por no hacer caso del bioestadístico de la pajarita y siguió adelante—. Si tuviese algún proyecto de investigación privado para el que necesitara ayuda, aunque fuese un trabajo rutinario, lo haría. Estoy un tanto desesperado.

Doc contempló el techo durante un segundo, sumido en sus pensamientos. Cuando volvió a mirar a Caine, su expresión no era alentadora. Negó con la cabeza lentamente.

—Si hubiese alguna manera de ayudarte, lo haría. Pero ahora mismo no tengo nada.

Caine intentó no desmoronarse en la silla, pero le costó lo suyo.

—Lo siento —añadió Doc.

—No pasa nada —dijo Caine, aunque pensaba todo lo contrario—. Tenía que intentarlo. No se preocupe, ya se me ocurrirá alguna cosa.

Caine miró la mesa para no tener que mirar a los ojos de Doc. Pasó la última patata frita a través del plato para untarla en el ketchup que Doc había empleado en su ejemplo de la doble rendija. Mientras se llevaba la patata frita a la boca, una gota

de ketchup cayó de la punta y se estrelló contra el plato y unas minúsculas líneas rojas se extendieron alrededor del punto de impacto.

Mientras Caine las observaba, notó que el tiempo se ralentizaba.

...

Las líneas rojas se ensanchan para llegar al borde del plato. La pequeña gota es ahora un charco rojo que crece, lleno de vida. Crece hasta convertirse en una masa que comienza a desbordarse, se extiende por la mesa y las gotas rojas se elevan por el aire.

(Una probabilidad del 92,8432%)

Vuelan en cámara lenta hacia los rostros de Doc y su colega, trazan líneas en sus frentes y mejillas, crean enormes manchas en sus camisas. Las gotas atraviesan las prendas y la piel. Ahora los dos doctores sangran, la sangre de un color rojo oscuro corre por sus rostros y mana de sus pechos.

(Una probabilidad del 96,1158%)

Caine se levanta, no puede respirar. La boca de Doc forma palabras, pero no se oye ningún sonido. Su garganta está llena de sangre, que brota por sus labios. Caine tiene la sensación de que ha desaparecido todo el oxígeno del local. Jadea, pero no hay nada, sólo vacío y un dolor intenso en su cabeza.

(Una probabilidad del 99,2743%)

Está ocurriendo. Otro ataque. Pero éste no se parece en nada a ninguno de los anteriores. Ha tenido otras alucinaciones visuales, pero nada como esto. Nada que se le parezca. Quisiera poder gritar, detener lo que está sucediendo pero no puede.

Todo se detiene.

Doc, su amigo, los otros clientes, están inmóviles como estatuas; la sangre flota en el aire como resplandecientes gotas de lluvia roja. Luego lentamente, las cosas comienzan a moverse. Pero hay algo que no está bien. Caine tarda un momento en darse cuenta de que todo se está moviendo hacia atrás.

(Una probabilidad del 98,3667%)

Las gotas rojas vuelven a su fuente. Las heridas se cierran y cicatrizan, pero no sin antes expulsar diminutos trozos de cristal, que pasan como proyectiles junto al rostro de Caine en su camino hacia la enorme ventana que ahora es un agujero en la pared.

(Una probabilidad del 94,7341 %)

Se mueven rápidamente mientras la parrilla retorcida de un camión aparece de la nada y comienza a salir del restaurante por encima de la mesa. El camión desaparece; los diminutos trozos de cristal se unen como

las piezas de un gigantesco rompecabezas y se funden para recrear la ventana.

...

Caine jadeó.

Doc y su amigo estaban como antes: intactos, enteros. Caine miró su plato y el charco de sangre había desaparecido, reemplazado por una pequeña gota de ketchup. Abrió la boca en un gesto de sorpresa y la patata frita escapó de sus dedos para acabar en el suelo.

—¿David, David? —Era Doc. Su habitual expresión burlona había sido reemplazada por otra de preocupación—. ¿Estás bien?

—¿Eh? —replicó Caine. Sacudió la cabeza como quien se despierta de una siesta—. ¿Qué ha pasado?

Sangre... tanta sangre.

—Te has quedado en blanco durante unos segundos. —Doc miró a Caine.

Caine parpadeó rápidamente y sostuvo la mirada de Doc, pero lo único que veía era la sangre que corría por su rostro. Lentamente, Caine extendió una mano temblorosa. Doc no se movió. Caine se preparó, a la espera del contacto húmedo, pegajoso e inconfundible de la sangre. Pero cuando sus dedos temblorosos tocaron el rostro de Doc, sólo notó el roce de la barba. La sangre había desaparecido.

—¿Rain Man? —dijo Doc, esta vez con un tono suave, como si tuviese miedo de despertar a un tigre dormido. De pronto, Caine lo comprendió. El camión. El camión había atravesado la ventana y los había matado a todos. ¿Los había? No, no los había. Todo estaba muy mezclado, hecho un lío en su cabeza. No había, lo haría. El camión atravesaría la ventana. La única pregunta era saber si ellos aún estarían sentados allí cuando lo hiciera.

...

(Una probabilidad del 94,7341 %)

...

—Tenemos que marcharnos —susurró Caine con voz ronca.

—¿A qué te refieres? —preguntó Doc.

—El camión... la sangre —respondió Caine, consciente de que sonaba ininteligible—. Vamos a morir a menos que nos marchemos.

—Vale, David, claro —dijo Doc, con el tono de voz que las personas emplean con los perturbados—. Espera a que pague la cuenta y nos iremos. ¿Vale?

Caine negó con la cabeza lentamente.

—No. No vale. ¡Tenemos que irnos ahora! —exclamó Caine, y su voz subió de tono, a sabiendas (ésa era la palabra correcta, ¿no?) a sabiendas; porque él sabía, de alguna manera sabía que había una probabilidad del 94,7341 por ciento de que sólo

les quedaran diez segundos más de vida.

—Creo que necesita respirar a fondo y relajarse —opinó Pajarita, y frunció la nariz—. Está montando una escena.

Caine cerró los ojos e intentó pensar. Todo era tan confuso... absolutamente desquiciado. ¿Estaba sufriendo un episodio esquizofrénico? Parecía del todo real, pero era así como Jasper había dicho que sería. Sin embargo, el grito en su cerebro le decía que en esos momentos le quedaban menos de cinco segundos. En una fracción de segundo Caine decidió lo que haría. Abrió los ojos y se levantó.

Quedaban cuatro segundos.

Tendió las manos y cogió a los viejos profesores, cada uno por un brazo. Los obligó a levantarse.

Tres segundos.

Caine retrocedió y chocó con alguien...

...

Es una camarera, se llama Helen Bogarty, vive en el quinto piso de un edificio sin ascensor en la calle Trece, ha decidido adoptar a una niña china.

...

... y arrastró a Doc y a su amigo con él.

Dos.

—¡Eh! —gritó la camarera mientras cuatro tazas de café se hacían añicos contra el suelo. A Caine no le importó. Después del accidente, tampoco le importaría a ella.

—¡Abajo! —gritó Caine, y los hizo caer a todos.

Uno.

Se oyó un estruendo ensordecedor, los trozos de metal y cristal volaban por el aire como metralla. Caine no lo vio porque tenía los ojos cerrados, pero lo sabía. Veía la escena en su mente como si fuera una película que hubiese visto un millón de veces. Los miles —19.483 para ser exactos— de trozos de cristal en el aire, la parrilla del Chevrolet Silverado Z71 que asomaba por el agujero, la mesa aplastada debajo de las ruedas, destrozada cuando el camión atravesó la ventana después de cruzar la acera.

Entonces todo cambió. Era diferente. Los trozos de cristal volaron en trayectorias diferentes, sin tocar la carne blanda en la que se habían hundido antes... pero no era antes. Era ahora. Pero no este ahora. Otro ahora. Un ahora que hubiese podido suceder, pero que no había sucedido.

Fue entonces cuando Caine perdió el conocimiento. De haber estado consciente durante aquel primer instante de inconsciencia, lo hubiese comprendido todo. Pero no lo estaba, así que no sintió nada, y eso no estuvo mal, por el momento.

Humo.

Fue lo primero que Caine advirtió mientras recuperaba la conciencia. El humo le quemaba los pulmones, le ardía en los ojos. Notaba el calor a su alrededor. Entonces Caine notó que alguien lo arrastraba entre lo que quedaba del restaurante. Notaba la luz a través de los párpados cerrados; el aire fresco y puro, mientras su salvador lo dejaba en el suelo.

Respiró con precaución y se tranquilizó al descubrir que podía respirar con normalidad. Caine tosió y se llenó los pulmones con el aire fresco.

—¿David, estás bien?

Caine miró con los ojos entrecerrados a la silueta inclinada sobre él. Era Doc.

—Sí, eso creo. —Doc le ofreció la mano y lo ayudó a sentarse. Caine miró en derredor. No vio a Pajarita por ninguna parte—. ¿Dónde...?

—Estoy bien. —El amigo de Doc apareció en su campo visual—. Gracias a usted.

—¿Qué? —A Caine le daba vueltas la cabeza.

—Si no nos hubieses hecho salir de ahí, el camión nos hubiese matado. —El profesor inclinó la cabeza hacia un lado y bajó la voz—. ¿Cómo lo supiste?

Caine lo miró; el profesor tenía los cabellos desordenados y su chaqueta de un corte impecable se veía muy chamuscada. Caine no sabía qué decir. Cerró los ojos mientras intentaba recordar. Las imágenes que acudían a su mente eran un embrollo, destellos que se unían como un pésimo vídeo musical. Ketchup. Sangre. Cristales. Camión. Muerte.

—No lo sé —respondió Caine. De pronto le entraron ganas de vomitar. Se levantó tambaleante. Cuando oyó el ulular de las sirenas, decidió que lo mejor sería no estar allí cuando la policía comenzara a hacer preguntas—. Tengo que irme. —Se volvió pero no había dado ni un paso cuando notó que le sujetaban el brazo.

—David, creo que deberíamos hablar de lo que acaba de ocurrir —dijo Pajarita.

Caine miró los ojos del hombre y no le gustó lo que vio.

—No ha pasado nada. Sólo vi el camión por el rabillo del ojo. Eso es todo. Ahora suélteme. —Lentamente, Pajarita le soltó el brazo, pero la mirada no cambió. Caine se volvió hacia Doc—. Ya le llamaré. —Luego se despidió de Pajarita—. Adiós, profesor.

:—David, olvídense de las formalidades y llámeme por mi nombre. Me llamo Peter.

Caine no se molestó en responder. Se marchó sin más.

Caine no sabía cuánto tiempo llevaba errando por la ciudad. Caminaba por calles y avenidas, según la dirección que le marcaban los semáforos. Mientras caminaba, los hechos del restaurante se repetían en su mente una y otra vez.

No había ninguna explicación racional. Pero eso no era exactamente la verdad. Había una explicación plausible y muy racional, sólo que él no quería admitirla: la

medicación contra los ataques lo había llevado más allá del límite; se estaba volviendo loco. Todo esto era parte de un episodio esquizofrénico, una alucinación increíblemente real.

Pero había sucedido. Bastaba con mirar sus prendas chamuscadas, ¿no? Pero ¿no sería eso también una alucinación? ¿Podía ser que estuviese vagabundeando por la ciudad con las prendas impecablemente limpias y que él creyese que estaban chamuscadas y olían a humo? Eso no tenía más sentido que... ni siquiera se atrevía a pensarlo. Diablos, ¿por qué no? No tenía más que decir la palabra: precognición.

Así que era eso a lo que se enfrentaba.

¿Qué era más lógico: que estuviese loco o que hubiese adquirido poderes paranormales? Tenía que recuperar el control de sí mismo. Necesitaba hablar con alguien. Mientras cruzaba una calle, sacó el móvil. Vio en la pantalla que tenía tres llamadas perdidas. Eso no era exactamente así, dado que no las había perdido en absoluto, sólo las había evitado.

¿A quién llamas cuando te estás volviendo loco? Sólo había una respuesta correcta. Caine buscó en la agenda del móvil, seleccionó el nombre apropiado y luego apretó la tecla de llamada. La voz en el otro extremo respondió después del primer timbrado.

«Hola, soy Jasper y éste es mi contestador automático». Bip.

Caine pensó en dejar un mensaje, pero decidió no hacerlo. ¿Qué diría? «Hola, Jasper, me estoy volviendo loco. Llámame». Guardó el móvil y de inmediato comenzó a vibrar. Miró la pantalla antes de responder, sólo por si era Nikolaev. No lo era. No conocía el número, pero sí el prefijo: era alguien de Columbia.

—¿Hola? —dijo Caine, con voz insegura.

—David, me alegra encontrarlo. Soy Peter.

Caine permaneció en silencio.

—Escuche, iré directamente al grano. Creo que tengo una oportunidad que podría interesarle. Unos dos mil dólares.

—¿Ha dicho dos de los grandes?

—Sí.

—Tiene toda mi atención.

—Ahora mismo estoy realizando un estudio y creo que usted podría ser un buen candidato...

Caine contempló el techo y comenzó la cuenta atrás a partir de cien. Odiaba las agujas, pero valía la pena; al cabo de unos diez minutos se embolsaría dos mil dólares. El técnico de laboratorio retiró la hipodérmica del brazo de Caine y puso un trozo de gasa sobre el pinchazo.

—Sujételo durante un minuto —dijo distraídamente mientras ponía las etiquetas

en los tres tubos de ensayo con la sangre. Caine obedeció, feliz de que los acontecimientos del día estuviesen llegando a su término. No recordaba que le hubiesen hecho tantas pruebas desde la primera vez que le habían diagnosticado que padecía epilepsia. Cuatro resonancias magnéticas, cuatro escáneres cerebrales, un análisis de orina y otro de sangre. Peter había sido muy reservado cuando Caine le había preguntado cuál era el tema del estudio, pero no insistió a pesar de la curiosidad. Lo único importante era que le pagarían en el acto.

Después de haber hablado con Peter el día anterior, había llamado a Nikolaev para llegar a un acuerdo. Vitaly había aceptado no acosarlo y Caine había aceptado pagarle dos mil a la semana durante siete semanas, o sea un total de catorce mil dólares. Caine no tenía idea de dónde sacaría el dinero para el segundo pago, pero a Nikolaev no le ayudaría saberlo. Caine sólo necesitaba tiempo. Si lo conseguía, ya se le ocurriría algo.

Una hora después del último análisis de sangre, Caine entró en Chernóbil; Nikolaev y Kozlov lo estaban esperando. Kozlov miró a Caine, como si deseara tener alguna razón para darle una paliza. Caine intentó no hacerle caso y se centró en Nikolaev.

—Hola, Vitaly.

—Caine, me alegra mucho ver que te has recuperado —manifestó Nikolaev con una gran sonrisa—. Estás un poco pálido, ¿no?

—Ha sido un día un poco largo —respondió Caine, que se sentía un tanto desfallecido después del examen médico, que había durado cinco horas.

Nikolaev asintió. Caine sabía que al ruso no le importaba en absoluto cómo se sintiera siempre que le pagara. Nikolaev apoyó una mano pesada en el hombro de Caine.

—Vayamos abajo y charlemos.

Caine siguió a Nikolaev hasta el sótano. Tuvo que agacharse para bajar por la empinada escalera, con Kozlov pegado a los talones. En el interior del *podvaal*, tuvo que parpadear varias veces hasta que sus ojos se habituaron a la penumbra. En una esquina estaban jugando una partida, la mayoría eran habituales. Caine saludó a algunos de ellos con un gesto y aquellos que no participaban en la mano le devolvieron el saludo.

Caine entró en el pequeño despacho, donde sólo había lugar para un diván, una mesa pequeña y una silla giratoria. Se sentó en el diván, que tenía el tapizado cubierto de quemaduras de cigarrillo; Nikolaev se sentó a la mesa. Kozlov permaneció de pie, con su corpachón apoyado en la pared como si estuviese aguantando el edificio.

Sin esperar a que se lo pidieran, Caine sacó un grueso fajo y contó veinte billetes de cien dólares. Nikolaev cogió un billete al azar y lo sostuvo a contraluz para ver la marca de agua. En cuanto estuvo satisfecho, cogió todos los billetes y los hizo

desaparecer en un bolsillo de su americana.

—Siento lo de tu apartamento —dijo Nikolaev—, fue sólo una cuestión de negocios.

—Por supuesto —aceptó Caine, como si fuese una práctica habitual robarle a un hombre el televisor, el vídeo y el equipo de sonido.

Nikolaev se inclinó hacia delante, con las palmas de las manos apoyadas en la mesa.

—Dime, ¿de dónde sacarás el dinero para pagarme? Sólo lo pregunto porque me preocupa que éste sea el primer y último pago.

Caine se levantó y le sonrió con toda tranquilidad.

—No te preocupes; lo tengo todo arreglado.

Nikolaev asintió. Caine estaba seguro de que el ruso no le creía, pero no le importaba. Si Caine no se presentaba con otros dos mil al cabo de una semana, Kozlov le rompería un brazo. Así de sencillo. Nikolaev también se levantó y le estrechó la mano, con un apretón un tanto fuerte y una mirada fría y aguda.

—¿Quieres quedarte a comer? Invita la casa.

—Gracias, pero ya he comido —contestó Caine. Lo que menos deseaba era quedarse con Nikolaev ni un segundo más de lo necesario—. Quizá la próxima vez.

—Claro —dijo Nikolaev—. La próxima vez.

Capítulo 11

El doctor Tversky leyó la ficha médica de Caine por quinta vez. Se la sabía casi de memoria, pero aún se sentía obligado a leerla de nuevo, con un interés especial en los niveles de dopamina de Caine y el análisis químico del medicamento experimental contra los ataques. Estaba todo en orden. El médico de Caine había dado con el agente detonante sin ni siquiera darse cuenta. Todo lo que debía hacer Tversky ahora era modificar la fórmula actual y entonces...

Se resistía a probar la nueva medicación con Julia antes de hacer un ensayo en animales, pero el reloj no detenía su paso. Ella misma lo había dicho: en cualquier momento se corría el riesgo de que el precario equilibrio de su química cerebral sufriera una modificación, y él perdería su oportunidad. El error no era la acción, sino la inacción. Tenía que comenzar ahora.

Volvió su atención a la ficha, la leyó de nuevo para asegurarse de que no había pasado nada por alto. Sólo tendría una oportunidad, así que necesitaba que su triunfo fuera seguro. Si lo conseguía, entonces sabría cuáles debían ser los pasos siguientes. En realidad, sabría más que eso.

Lo sabría todo.

—¿Está preparado? —El señor Sheridan estaba tan nervioso que daba la impresión de que en cualquier momento reventaría las costuras de su traje barato. A Tommy, la enorme sonrisa de plástico del agente publicitario de la Powerball le provocaba náuseas.

«Sólo son nervios, nada más —pensó—. Estás nervioso porque estás a punto de ser famoso».

Pero Tommy sabía que no era verdad. Tenía ganas de vomitar desde el segundo en que se había despertado, horas antes de que le dijeran que aparecería en la televisión. El ácido que chapoteaba en su estómago no se debía a la inminencia de la fama, sino a que la noche anterior no había soñado.

Hubo un tiempo en que había considerado sus sueños una maldición, cuando habría dado cualquier cosa por pasar una noche sin verse acosado por los gigantescos números resplandecientes. Pero en ese instante comprendía que sin ellos se sentía vacío, solo. Intentó librarse de la sensación.

«Tiene sentido que desaparecieran —se dijo—. Ya no los necesito. He ganado».

Sabía que era verdad, pero eso no le hacía sentir mejor.

—Venga, vamos —dijo el señor Sheridan con su sonrisa gigante, y le dio una fuerte palmada en la espalda. Tommy siguió al señor Sheridan y ocupó su lugar en el pequeño estrado que la Asociación de la Lotería Multiestatal había montado para el

acto. Miró a la multitud de fotógrafos pero antes de que pudiera verlos bien lo cegaron veinte fogonazos, que parecieron producirse al mismo tiempo, seguidos rápidamente por los zumbidos y los chasquidos de las cámaras.

Tommy puso su mejor sonrisa, y agradeció sinceramente a la maquilladora los veinte minutos que había dedicado a teparle los granos. Hipnotizado por las luces, se sobresaltó cuando sintió la mano del señor Sheridan en su hombro.

—... nuestro ganador es un cajero de veintiocho años que vive en Manhattan. ¡Ahora vale más de 247 millones de dólares! —La descomunal sonrisa del señor Sheridan se hizo todavía más grande—. Eso, hasta que el tío Sam se lleve su parte. — Los reporteros se rieron cortésmente—. ¡Ahora, sin más demoras, me siento muy feliz de presentarles al señor Thomas DaSouza!

El señor Sheridan se apartó a un lado y empujó a Tommy para situarlo delante de un ramillete de micrófonos instalados en el podio. Se repitieron los fogonazos mientras veinte reporteros gritaban su nombre. El señor Sheridan se inclinó por delante de Tommy.

—Por favor, uno a uno. —Miró a la multitud y después señaló—: Primero escucharemos a Penny y luego a Joel.

Una rubia platino con un traje pantalón rojo brillante se levantó sonriente de su silla.

—¿Cómo se siente ahora que es multimillonario?

Tommy miró al señor Sheridan, quien le señaló los micrófonos con un gesto. Tommy se inclinó un poco, en un intento por hablar en todos los micrófonos.

—De perlas.

Risas.

—¿Cómo escogió los números? —gritó un calvo.

—Los soñé. —En cuanto las palabras salieron de su boca, comprendió que había sido un error, pero ya era demasiado tarde. Los reporteros comenzaron a gritar al unísono.

—¡Uno a uno, uno a uno! —gritó el señor Sheridan—. Curtis, Bethany, Mike y luego Bruce.

Un hombre negro, muy grande, se levantó para llamar la atención de Tommy.

—¿Cuánto tiempo llevaba teniendo esos sueños?

—Creo que casi toda mi vida.

—¿Cómo eran? —preguntó una mujer que se había hecho demasiados estiramientos de piel.

Tommy cerró los ojos por un instante y recordó los grandes globos.

—Eran hermosos.

Durante los siguientes quince minutos a Tommy le preguntaron de todo, desde si creía en Dios a si era republicano o demócrata. Respondió a las preguntas que sabía y

tartamudeó «No lo sé» a las demás. Cuando el señor Sheridan dio por acabada la conferencia de prensa, Tommy tenía la sensación de que volaba.

Se sentía feliz. Por primera vez hasta donde conseguía recordar, Thomas William DaSouza se sentía feliz. Pero mientras regresaba a su casa en la limusina que habían puesto a su disposición la buena gente de la Asociación de la Lotería Multiestatal, pensó en sus sueños y en cómo sería su vida si realmente se habían acabado.

Nava intentó encontrar una foto de Tversky, pero no había ninguna. La de Grimes seguramente estaba actualizada en las imágenes del servidor; tendría que comprobarlo más tarde para saber qué aspecto tenía su presa.

Después buscó la información personal. Dos matrimonios y dos divorcios. Tversky vivía solo en un apartamento de un dormitorio. El primer matrimonio había acabado por «diferencias irreconciliables». En el segundo la esposa había acusado a Tversky de crueldad mental y de adulterio con una de sus estudiantes.

La aventura no tendría que haber sorprendido a la segunda señora Tversky, si se tenía en cuenta que ella, también, había sido una de sus estudiantes y probablemente la razón para que se deshiciera el primer matrimonio del profesor. Nava escribió en su agenda que debía pedirle a Grimes que le diera un listado de todas las llamadas telefónicas de las estudiantes para saber con cuál de ellas se acostaba en esa época. Por lo que Nava sabía de Grimes, el tipo disfrutaría espiando sus vidas sexuales.

Nava, aunque probablemente no necesitaría esa información, era una firme partidaria de la sobrepreparación. Si tenía que secuestrar a Tversky, conocer todos los detalles de su vida personal podía ser útil.

Luego volvió su atención al expediente académico. Había acabado la universidad a los diecinueve años, y con matrícula de honor en Matemáticas y Biología. Había hecho su tesis doctoral en la Costa Este, en la Johns Hopkins, de donde había regresado con el título de bioestadístico antes de cumplir los veinticuatro. Después, en su expediente aparecían las mejores universidades: Stanford, Pensilvania, Harvard y luego Columbia. En todos esos años había obtenido varias becas y una de ellas, lógicamente, de la ANS.

Nava sacudió la cabeza. Otro genio convencido de que podría cambiar el mundo con la ayuda de su gobierno. Sí, le habían dado dinero, pero al final se había convertido en otra herramienta política. Ella, también, había sido así de ingenua en una ocasión, una arma de su propio gobierno. Pero gracias a un afortunado cambio en el orden mundial, todo aquello había cambiado una década antes.

Su condición de agente secreto al mejor postor era una ironía si se consideraba que se había criado en el comunismo. Dudaba que Dimitry lo hubiese aprobado, pero ¿cómo hubiese podido culparla? Lo dudaba. Pero no tenía importancia. Dimitry Zaitsev había muerto hacía mucho, estaba tan muerto como Tanja Aleksandrov, la

muchacha que había sido antes de convertirse en Nava Vaner.

Cambiar su identidad había sido como ponerse un vaquero nuevo. Al principio era incómodo: prieto en algunos lugares, demasiado flojo en otros. Pero con el tiempo, se había ajustado hasta convertirse en una segunda piel. Poco a poco se había ido olvidando de Tanja, hasta que se convirtió en un recuerdo muy lejano, como el de una vieja amiga que no había vuelto a ver desde la infancia.

Ahora Nava no era nadie. No tenía lealtades, familia o país. Llevaba tanto tiempo viviendo de esa manera que se había olvidado de lo que era sentir de verdad. Nava quería cambiarlo, pero sabía que era imposible a menos que abandonara sus actividades. Comenzaría una vez más una nueva vida, pero ahora lo haría bien. El único obstáculo en su camino era el doctor Tversky y su sujeto Alfa.

Tenía que descubrir la identidad del sujeto en las treinta y seis horas siguientes. Si no conseguía reunir la suficiente información de los archivos, se vería obligada a seguir a Tversky. Si eso tampoco funcionaba tendría que recurrir a sacarle la información por la fuerza. Sin embargo, si tenía que recurrir a esa vía, tendría que mantener al científico en cautiverio hasta hacerse con el sujeto Alfa. Eso o matarlo. Ninguna de las alternativas le hacía gracia.

Tendría que haber un camino más fácil, alguna pista en sus notas que condujera a Nava hasta la identidad del sujeto Alfa. Estaba allí, sólo tenía que encontrarlo. Durante las tres horas siguientes, Nava buscó en las mil y pico páginas del archivo la respuesta que necesitaba. Ya estaba a punto de renunciar, cuando encontró lo que buscaba: «Al sujeto Alfa se le suministraron 5 miligramos de fenotoína (1 miligramo por cada 10 kilos de peso)».

Ya lo tenía. Si la dosis era de 1 miligramo por cada 10 kilos de peso, entonces el sujeto Alfa pesaba aproximadamente 50 kilos. Nava sonrió. El sujeto Alfa era una mujer. Después de leer la historia de las conquistas de Tversky, tendría que haberlo sabido. Probablemente alguien de su laboratorio. Nava cogió su chaqueta y salió a la carrera de su despacho, a la búsqueda de una licenciada en prácticas de 50 kilos.

Con una tripa descomunal, la piel picada de viruela y el pelo largo y grasiento, Elliot Samuelson no tenía una vida social muy activa y pasaba la mayor parte de sus horas en el laboratorio. Era precisamente lo que Nava estaba buscando. Dio con él en un puesto de perritos calientes, junto a la puerta de entrada a uno de los edificios de Columbia.

En circunstancias normales, Nava hubiese establecido una relación con Samuelson a lo largo de un período de varias semanas, para sonsacarle la información que necesitaba sin despertar sospechas. Sin embargo, no tenía tiempo para sutilezas. Por lo tanto, asumió la identidad de una investigadora privada que trabajaba para una de las ex esposas de Tversky. Al principio Elliot se había resistido a responder a las

preguntas de Nava, pero en cuanto le puso en la mano un billete de cien dólares, le costó Dios y ayuda hacerlo callar. Después de escucharlo hacer un listado de todos los atributos físicos de casi todas las mujeres en el laboratorio, Nava acabó por interrumpirlo.

—¿Hay mujeres pequeñas? ¿Digamos que ronden los cincuenta kilos?

—Hum —pensó Elliot en voz alta mientras se rascaba un brazo—. Está Maiy Wu, es pequeña. Aunque últimamente ha estado en Cambridge escribiendo un artículo con un gilipollas de Harvard.

Nava tachó a Wu de su lista de licenciadas en prácticas que le había dado Grimes. Según los archivos de Tversky, había estado experimentando con el sujeto Alfa al menos dos veces por semana durante los últimos tres meses.

—Candace Rappaport y María Parker también son pequeñas —añadió Elliot—, pero Candace está prometida y corre el rumor de que María es lesbiana.

Elliot podía descartarlas, pero no Nava. Sabía que estar prometida no eliminaba tener aventuras y no tenía ninguna fe en la teoría lesbiana de Elliot. Continuó con los otros nombres, pero según Elliot, ninguna más encajaba. Nava ya estaba a punto de marcharse cuando Elliot la detuvo.

—Espere, hay alguien más.

—¿Sí?

—Sí. Técnicamente no es parte de nuestro laboratorio porque es una estudiante de la universidad de Nueva York, pero trabaja aquí desde hace un par de años en un programa de intercambio. En cualquier caso, es pequeña, no mide más de metro cincuenta y dos o cincuenta y cuatro, pero no creo que sea su chica.

—¿Por qué no?

—No lo sé. —Elliot se encogió de hombros—. Es rara. Sobre todo últimamente. Desde hace un par de semanas le ha dado por llevar una gorra de béisbol. Sé que le molesta porque no deja de rascarse la cabeza y tiene que acomodársela continuamente para que no la incordie cuando utiliza el microscopio, pero nunca se la quita.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Nava, con la mente desbocada. Era posible que la chica tratara de ocultar un mal corte de pelo, pero Nava sospechaba que había otro motivo para la súbita afición a las gorras.

—Nada más, excepto por las rimas.

Nava contuvo la respiración. Tversky había escrito que el sujeto Alfa había presentado unos pocos síntomas de esquizofrenia, incluido el trastorno en el habla, específicamente, las rimas.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que últimamente cuando habla de pronto dice algo como: «Voy a buscar algo de comer-poner-tejer». Es muy extraño.

Nava actuó con naturalidad, a pesar de que el corazón amenazaba con estallarle en el pecho. No quería que Elliot recordara su interés por la muchacha el mismo día en que Nava estaba dispuesta a hacerla desaparecer.

—Lo comprobaré de todas maneras, aunque probablemente no sea la muchacha correcta. ¿Cómo dijo que se llamaba?

Julia se vio en el espejo y se sobresaltó, aterrorizada por un momento. Había creído que una siniestra extraña se había colado en su baño.

«Soy yo —se dijo—. Este es el aspecto que tengo ahora, ¿lo habías olvidado?»

Se mordió el labio inferior para dominar el temblor. Aunque nunca había sido presumida, Julia siempre había creído que su pelo, aunque de un color castaño apagado e ingobernable, era su mejor rasgo. Ahora había desaparecido. Se pasó un dedo por el cuero cabelludo, que estaba cubierto por una pelusa áspera.

Vio los ocho círculos que Petey había dibujado en su cabeza para marcar los puntos donde insertaba los electrodos. En el centro de cada círculo azul oscuro había un pequeño punto rojo. Se tocó uno con mucha suavidad e hizo una mueca. Aún le dolía de la noche pasada. Julia se sorbió los mocos y contuvo las lágrimas. La voz en su cerebro que ella identificó como la de su conciencia empezó a hablar.

¿Cómo ha podido hacerte esto?

«Él no hace nada que ambos no queramos».

¿Bromeas? ¡Mírate en el espejo! ¿Querías afeitarte la cabeza? ¿Querías que te hiciera parecer como uno de esos dibujos que se hacen uniendo los puntos?

«Calla. Él me quiere y yo lo quiero. Además, estamos tan cerca del final...»

Lo único que tienes cerca es la muerte. Los medicamentos te han afectado tanto el organismo que duermes la mitad del día. Apenas si comes, estás en los huesos. Déjalo ya, antes de que sea demasiado tarde. Te lo ruego.

«No. Por fin tengo a alguien y soy feliz. ¿Por qué no me dejas en paz?».

Julia cerró los ojos y comenzó a repetir «Me quiere. Me quiere. Me quiere» hasta que apartó las dudas de su mente.

En cuanto sintió que volvía a ser ella misma, abrió los ojos y se puso la peluca. No se parecía exactamente a su pelo, pero se acercaba bastante. La llevaba desde hacía dos semanas y hasta ahora nadie lo había advertido. Excepto Petey, nadie la miraba nunca. Nadie la miraba de verdad.

Salió del apartamento, cruzó la calle y se fijó por un instante en una morena alta que fumaba un cigarrillo. Repugnante. Nunca había comprendido a los fumadores,

sobre todo cuando eran mujeres hermosas. Por qué insistían en un comportamiento autodestructivo era algo que la sobrepasaba. Consultó su reloj: las 14.19. Tendría que correr si quería llegar al laboratorio puntualmente.

A Petey no le gustaba que lo hicieran esperar.

Nava se acabó el cigarrillo y después aplastó la colilla con el tacón de la bota. Dejó que Julia Pearlman se alejara hasta poco más de la mitad de la manzana antes de comenzar a seguirla. No le preocupó que la viera; la muchacha parecía demasiado preocupada para prestar atención a lo que pasaba a su alrededor. Además, no se trataba de una vigilancia de larga duración. En cuanto tuviera la primera oportunidad, la secuestraría.

Siguió a Julia a lo largo de siete manzanas y miró desde la acera opuesta cómo entraba en el edificio de diez pisos donde estaba el laboratorio de Tversky. Julia le enseñó el pase al guardia de seguridad y desapareció de la vista. Nava esperó unos minutos antes de entrar en el edificio. Se acercó al guardia con su sonrisa más coqueta.

—Perdone, tenía que encontrarme aquí con una amiga hace veinte minutos pero no ha aparecido. ¿El edificio tiene alguna otra salida?

—No, señora —respondió el guardia, que hizo lo imposible por entrar la tripa—. Excepto por las salidas de emergencia, todos han de pasar por aquí.

—Gracias —dijo Nava—. Seguramente no la he visto salir.

Nava salió por la puerta giratoria, cruzó la calle y compró un paquete de Parliaments en un quiosco. Sin apartar la mirada del edificio, sacó un cigarrillo. En cuanto la nicotina entró en su torrente sanguíneo, se dejó llevar. Le aguardaba una larga espera, pero no le importaba. Había encontrado al sujeto Alfa.

Las dudas se habían esfumado en el momento en que Nava vio la horrible peluca debajo de la gorra de béisbol. Tenía su lógica. Si Tversky controlaba constantemente las ondas cerebrales de Julia, entonces querría insertar los electrodos en el mismo punto en todas las sesiones. La manera más fácil de hacerlo, por supuesto, era afeitarse la cabeza.

Cuando Julia saliera del laboratorio, Nava la seguiría, la haría subir a la furgoneta que había aparcado un poco más allá y la entregaría a los norcoreanos, junto con el disquete que contenía toda la investigación de Tversky. Luego Nava subiría al avión con destino a Sao Paulo, cambiaría de identidad, tomaría otro avión a Buenos Aires y desaparecería. Así de sencillo.

Sólo tenía que esperar a que Julia saliera del edificio. Después, todo marcharía sobre ruedas.

A pesar de que Caine fingía que sólo estaba dando un paseo, sabía que era una mentira. Cuando anocheció estaba en la calle Mott, en la acera opuesta a Wong's Szechwan Palace, con la mirada puesta en el resplandeciente cartel luminoso del restaurante, que mostraba una montaña de fideos amarillos en un enorme cuenco rojo. Palpó el billetero, donde estaba todo lo que tenía. Podía hacerlo. Estaba seguro. No tenía más que jugar con calma y si se controlaba cada vez que le entraba la tentación de arriesgar, ganaría.

Por supuesto, eso era lo que se había dicho antes de entrar en el garito de Nikolaev y perdido once de los grandes. Pero aquello había sido diferente. Un hecho único, con unas probabilidades ínfimas de que pudiera repetirse. Un increíble golpe de mala suerte como aquél significaba que ahora le sonreiría la fortuna. Ahora volvería a la normalidad probabilística. Soltó el aire de los pulmones lentamente.

Caine no quería jugar, pero no tenía otra alternativa. Al cabo de seis días tendría que pagarle a Nikolaev otros dos mil y el poco dinero que tenía no era suficiente para evitar que Kozlov lo enviara al hospital. Si podía ganar doscientos sesenta y siete dólares durante los próximos seis días, entonces podría pagar el segundo plazo y aún le quedarían cuarenta y dos dólares para comer. Caine había tenido muy buenas rachas. Una vez, cuando era un adicto, había ganado más de tres mil dólares en una partida maratónica que había durado treinta y seis horas.

Cuando era un adicto.

Curioso. Como si ahora no lo fuese. Correcto. Aparte de a su padrino en Jugadores Anónimos, no engañaba a nadie, y Caine probablemente ni siquiera se engañaba a sí mismo; no es que le importara. Gracias a Nikolaev, Caine había aprendido finalmente la lección. Lo dejaría, en cuanto acabara con eso. Si jugaba con inteligencia no pasaría nada.

En cuanto liquidara la deuda, lo dejaría de una vez para siempre. Iría a cinco reuniones al día, lo que hiciera falta. Caine asintió para sus adentros, satisfecho con su plan. Nervioso pero seguro de sí mismo, Caine cruzó la calle y entró en el restaurante. La muchacha en la caja registradora apenas si lo miró. Caine cruzó la ruidosa cocina hasta la habitación del fondo.

A pesar de que el club parecía poca cosa, Caine sabía que el local de Billy Wong era uno de los lugares más seguros de la ciudad. Todo el mundo sabía que el hermano de Billy era Jian Wong —el *dai lo dai* o jefe— de los Fantasmas, la mayor y más despiadada banda china de Nueva York. Junto con los Dragones Voladores, los Fantasmas lo controlaban todo en Chinatown, desde las drogas y la prostitución al juego y la usura. Sí, Caine estaba absolutamente a salvo.

—¡Mucho tiempo no ver! —exclamó Billy Wong cuando vio a Caine al otro lado de la puerta reforzada con acero. Los padres de Billy eran chinos pero su acento era de Brooklyn—. ¡Pasa! —añadió al tiempo que le rodeaba los hombros con el brazo.

—Me alegra verte, Billy —respondió Caine, y advirtió para su sorpresa que era sincero.

—¿Tienes dinero? —preguntó Billy con toda naturalidad, como quien pregunta la hora.

—Billy, tú me conoces.

—Sí, y también conozco a Vitaly Nikolaev. Dicen por ahí que le debes veinte de los grandes.

—Son sólo doce incluidos los intereses, y los tengo cubiertos.

—Por supuesto que sí —manifestó Billy, con los ojos brillantes—. Pero te aviso que no podré darte crédito. No es nada personal.

Caine asintió. La gravedad de su situación era como un peso que le aplastaba los pulmones. No había ningún aprecio entre Billy y Nikolaev; en realidad, se despreciaban abiertamente. Así que si Billy sabía que Caine tenía una deuda con Nikolaev, también lo sabía toda la ciudad. Tendría que borrar los números rojos con el dinero que tenía.

—Hoy creo que es mi día de suerte, Billy. No necesitaré ningún crédito.

Billy echó la cabeza hacia atrás y se rió sonoramente.

—¡Por supuesto que no! —Le dio una palmada en la espalda—, ¿Cuánto quieres?

Caine metió la mano en el bolsillo y sacó todo el fajo: 438 dólares. Se los dio a Billy menos un billete de 20 dólares; lo suficiente para tomarse unas cuantas copas en el Cedar's si las cosas no salían como esperaba. Billy le entregó las fichas y luego lo acompañó hasta la mesa; incluso tuvo el detalle de apartarle la silla para que se sentara.

En cuanto Caine se sentó, los demás jugadores lo miraron expectantes, con la ilusión de ver el rostro de querubín de algún muchacho rico de Wall Street con un billetero lleno y que no supiera de qué iba la cosa. Se llevaron una decepción cuando vieron a Caine. Aunque la mayoría de los hombres no lo conocían, tuvieron bastante con ver las bolsas debajo de los ojos y la palidez de su rostro para saber todo lo que necesitaban. No era ningún novato. Era uno de ellos. Quizá era bueno o quizá no, pero no era un pardillo.

Los jugadores lo saludaron con un gesto y volvieron a prestar atención a las cartas. Caine observó el desarrollo de la mano, con la intención de aprender un poco de cada uno de ellos antes de entrar en la partida. El bote se lo llevó un tipo con cara de pájaro sentado en una esquina que había apostado fuerte en la tercera carta y luego los había echado a todos cuando destaparon el resto. Sonrió con una expresión ladina mientras recogía las fichas y mostró triunfante una pareja de reinas.

A juzgar por la rapidez con la que los demás no iban cuando Cara de Pájaro apostaba, Caine decidió que el tipo nunca entraba a menos que tuviera algo bueno. Ahora Caine sólo necesitaba deducir cómo jugaban los demás, esperar recibir buenas

cartas, jugar tranquilo y ganar. En cuanto reuniera doscientos sesenta y siete dólares, se retiraría. No se dejaría arrastrar, no abusaría de la suerte; se levantaría de la mesa y se marcharía.

Estaba chupado.

Capítulo 12

Tversky observó la lectura del electroencefalograma de Julia con las manos temblorosas. Estaba tan adelantado en sus investigaciones que sólo había tardado unas pocas horas en sintetizar el suero necesario para estimular la amplitud máxima de las ondas. Miró el cuerpo inerte de Julia en la camilla. Habían pasado casi diez minutos desde que le había puesto la última inyección. Su química cerebral tendría que ser ahora prácticamente idéntica a la de Caine. Sólo tenía que esperar. Todas las teorías y deducciones que lo habían conducido hasta este punto pasaban en ese momento por su cabeza. La teoría de la relatividad de Einstein, el principio de indeterminación de Heisenberg, el gato de Schrödinger, el multiuniverso de Deutsch, y, por supuesto, el demonio de Laplace.

Ninguno de estos famosos pensadores, excepto Laplace, hubiesen creído que esto fuese posible. Por supuesto, ninguno de ellos había visto lo mismo que él. No habían estado en aquel restaurante. ¿No había demostrado Maxwell que las leyes de la física no eran absolutas? ¿Qué hubiese dicho de la teoría de Tversky? ¿Infinitamente improbable, pero no imposible?

De pronto Julia se volvió hacia él. Tenía los ojos cerrados cuando preguntó en voz baja:

—¿Qué es ese terrible olor?

Nunca había oído nada que se le pareciera. Era tan fuerte que a Julia le pareció que la palabra «olor» no podía definirlo.

Eso tenía que ser lo que buscaban. Tenía que ser el principio, el aura. A Julia el corazón le dio un brinco. Sabía que debía concentrarse, pero el olor se imponía a todo lo demás, le atacaba la nariz, los ojos y la garganta. Los restos de su comida le inundaron la boca; escupió los restos mezclados con la bilis, saboreó el regusto agrio cuando pasaron por la lengua y agradeció la momentánea distracción del olor.

Se dio la vuelta en la camilla y cayó al suelo. Oyó que Petey gritaba algo, pero como muy lejano. Se puso a gatas, con el rostro casi pegado al charco amarillento del vómito. Aunque tenía los ojos fuertemente cerrados, veía el charco en el suelo. Detrás de los párpados cerrados, sus pupilas seguían los movimientos de cada bacteria, de cada molécula.

Notó cómo se escapaba su conciencia. ¿Era eso, o es que estaba a punto de perder el conocimiento? No, no podía fallarle a Petey. Había llegado hasta allí, no podía dejarlo ahora sin una respuesta. Tenía que concentrarse. Su cerebro obnubilado intentó obedecer, pero no podía; impulsada por la desesperación intentó responder a la pregunta que la había traído hasta allí, a ese lugar. Y entonces lo vio... y lo

comprendió todo.

...

Es más que complicado porque es infinito. Es la eternidad que se extiende en todas las direcciones a la vez, una carretera con tanta vueltas y revueltas que se parece más a un plano que a un sendero. Pero el plano no está solo; en cada intersección entre cuatrillones de nódulos que forman su superficie hay otro plano, que se expande en un ángulo imposible, que se tuerce y retuerce, que se pliega sobre sí mismo una y otra vez.

...

Julia gritaba. Un terrible dolor le recorría todo el cuerpo. Su espalda se arqueó cuando levantó la cabeza y luego la estrelló contra el suelo. Y entonces oyó la Voz. Conocía a la Voz de una ocasión anterior. Era una entre el trillón que conocía ahora, pero a ésta la conocía de otra manera.

La Voz le susurraba. Le prometió que la dejaría ir a condición de que mirara un pequeño trozo de la gran eternidad. Sólo un trozo y entonces todo habría acabado. Sólo un trozo.

...

Así que ella mira. Dado que todo está en todas partes, está allí donde mira. El desafío es distinguirlo entre todo lo demás. Entonces lo ve, allí mismo... pero no es singular, sino un millón, un billón. Muchísimos son iguales, pero también muchísimos son diferentes, desde lo general a lo particular.

Puede escribir un millar de libros sobre el Durante que quiere conocer. Y sin embargo, no hay tiempo. No hay tiempo... curioso. Aquí no hay tiempo, pero allá, en el Durante del que ella viene, sabe que se le está acabando el tiempo. Allá, en el Durante, ella sólo tiene tiempo para decirle lo que debe hacer.

...

Julia levantó la cabeza para transmitir su mensaje. Su voz era débil. Petey se inclinó tanto para acercar la oreja a su boca que su pelo le hizo cosquillas en el rostro. Mientras habla,

...

Ve cómo los planos se mueven en respuesta, cómo cambia el Instante. Finalmente, es el Instante, que cambia y se amolda para dar forma a las palabras que aniquilan su cordura. Es más de lo que puede soportar, el Instante evoluciona ante sus ojos, y ella está en el centro. Es demasiado, es

demasiado, es...

...

Julia oyó respirar, pensaba, no, no pensaba, sabía...

...

Porque ella ahora ve por sí misma, en medio del Instante, que su tiempo casi se ha acabado.

...

Tiene que aguantar. Todavía tiene que hacer tantas cosas... Confía en tener tiempo. Y, entonces,

...

Porque Julia lo desea, ella le muestra la manera de conseguir que así sea.

...

Julia se desplomó en sus brazos y Tversky se estremeció. Le buscó el pulso. Se lo encontró. Era débil, pero aún tenía. Le levantó un párpado y después el otro, pero lo único que vio fue blanco. Los ojos de Julia miraban hacia dentro. La abofeteó suavemente en un intento por reanimarla, pero sabía que era inútil.

Hasta la última fibra de su cuerpo le gritaba que la había perdido. La colocó de nuevo en la camilla y le insertó los electrodos que se habían desprendido con la caída. En un primer momento creyó que los electrodos se habían dañado, pero después comprendió la verdad: no había actividad cerebral. Nada. La conciencia que había sido Julia Pearlman había desaparecido; su corazón aún latía débilmente en su pecho, pero su mente estaba destruida.

Tversky miró con desesperación de un extremo a otro del laboratorio mientras pensaba qué podía hacer. Quería sentarse y recuperar el aliento, pero sabía que no disponía de tiempo. ¿Cómo podía explicar esto? Un sudor frío brotó de todos los poros de su cuerpo y comenzó a hiperventilar.

Miró el reloj en la pared: las 23.37. El personal de limpieza llegaba sobre la medianoche: al cabo de veintitrés minutos. Tenía que pensar. Podía llamar a una ambulancia. Ella estaba viva, quizá podrían salvarla. Pero una mirada a Julia le dijo que no serviría de nada. Tenía el cráneo cubierto con los círculos azules. Si finalmente fallecía, le harían la autopsia. Lo sabrían.

El médico forense descubriría las sustancias en la sangre. No haría falta ser un genio para saber que él estaba involucrado. El solo hecho de llamar lo convertiría en un sospechoso. Quería salir corriendo del laboratorio como alma que lleva el diablo, pero estaba el guardia de seguridad. Recordaría haber visto a Tversky marcharse muy tarde.

Demonios. ¿En qué había estado pensando? Siempre había sido muy precavido, ¿cómo es que no había preparado un plan de emergencia? Miró a Julia con una expresión de odio. La maldita puta se iba a morir en su laboratorio y lo estropearía todo.

Veintiún minutos.

Tversky se pasó las manos sudadas por el pelo y comenzó a pasearse por la habitación. No había manera de salir del atolladero. Estaba jodido. A las puertas del descubrimiento científico más importante de todo el planeta, iría a la cárcel.

Veinte minutos.

Se le escapaba el tiempo. Necesitaba encontrar una salida. Necesitaba... una ventana. Corrió hasta la ventana. Estaba atascada, pero consiguió abrirla después de muchos esfuerzos. Se sujetó al marco y se asomó para mirar el callejón, seis pisos más abajo. Podría funcionar. Si era listo y no se asustaba, conseguiría que funcionara.

Corrió hasta el fregadero y se llenó las manos con el detergente industrial. Tenía que lavarle las marcas de la cabeza. Mientras le frotaba el cuero cabelludo, repasó la lista de todas las demás cosas que debía hacer...

Dieciocho minutos.

...antes de que llegara el personal de limpieza. En cuanto acabara de lavarla y de limpiar el vómito del suelo, tendría que ocultar la información —el vídeo, las gráficas del electroencefalograma, las notas— tendría que hacer una copia de todos los archivos y borrarlos del disco duro. Tversky volvió a respirar con normalidad y se apartó para observar el resultado del trabajo. Las marcas azules habían desaparecido. Por desgracia no podía hacer nada para eliminar los diminutos puntos rojos. Quizá si el cráneo se aplastaba en la caída, nadie los vería. Sólo podía rezar para que así fuera.

Se cargó al hombro el cuerpo de Julia y lo llevó a través de la habitación. Lo había apoyado en el marco de la ventana cuando oyó el sonido. Un largo y ronco gemido. La miró a la cara en busca de alguna señal de que su cerebro volvía a funcionar pero no vio nada más que la mandíbula floja.

Nueve minutos.

Se quedó paralizado durante un momento, al comprender que una vez acabado ese acto final ya no habría vuelta atrás. Entonces ella gimió de nuevo. Era un sonido espantoso. Tversky hubiese jurado que era imposible que cualquier sonido pudiera transmitir tanta tristeza. Su voz sonaba como el maullido de un animal moribundo.

Ocho minutos.

No podía soportarlo. Se volvería loco si tenía que oír aquel sonido un segundo más. Utilizó todas sus fuerzas para arrojar el cuerpo por la ventana. Un instante más tarde oyó el ruido del impacto y de algo que reventaba. Después, nada. Tversky dio un largo suspiro de alivio.

Ordenar el laboratorio y copiar la información en un CD sólo le llevaría unos

minutos. Se habría marchado antes de que llegara el personal de limpieza y al cabo de media hora estaría en su casa. Le consumía el deseo de ver el vídeo. Julia había dicho muchas cosas y él apenas si había alcanzado a oírlas, pero había una frase que se repetía una y otra vez en su mente.

«Mátalo —había susurrado Julia—. Mata a David Caine».

SEGUNDA PARTE

Minimizar los errores

Al descubrir tantos secretos, dejamos de creer en lo desconocido. Pero sin embargo allí está, relamiéndose tan tranquilo.

HENRY LOUIS MENCKEN, escritor

Algunas veces creo hasta en seis cosas imposibles antes del desayuno.

LA REINA DE CORAZONES, soberana del País de las Maravillas

Capítulo 13

Nava cruzó la calle a la carrera cuando oyó el choque. Estaba demasiado oscuro para ver qué había caído, pero tenía la horrible sospecha de que se trataba de una persona. En cuanto entró en el callejón, la asaltó el hedor de la carne podrida. Se tapó la nariz con una mano y se abrió paso entre el montón de bolsas de basura rotas que rodeaban los contenedores, sin hacer caso de los chillidos agudos de las ratas que se apartaban de su camino.

Entonces vio el cuerpo. La mujer estaba desnuda y no tenía ni un pelo en el cuerpo excepto el pequeño mechón de pelo en el pubis. Sus miembros estaban doblados de una forma absolutamente antinatural, y le daban la apariencia de un maniquí. La única señal de que una vez había sido un ser vivo era el largo corte en el estómago del que todavía manaba sangre.

Nava movió suavemente la cabeza de la mujer muerta. A pesar de que tenía el rostro desfigurado por la agonía, no había ninguna duda de su identidad. Era Julia Pearlman, el sujeto Alfa. El desánimo se apoderó de Nava. Los norcoreanos no tolerarían otro fallo. Sin el sujeto Alfa, la matarían o la entregarían a los rusos.

Luego la invadió un muy fuerte sentimiento de culpa al comprender que no se había apenado ni por un momento por la pobre muchacha muerta. ¿Cómo era posible que las cosas se hubieran liado tanto? ¿Cuándo se había vuelto tan insensible que sólo pensaba en ella misma? Pero incluso mientras se hacía esos reproches, la parte del cerebro de Nava que se ocupaba de la supervivencia trabajaba a pleno rendimiento para encontrar una salida.

Sacó un pañuelo de papel del bolsillo, lo pasó por la herida en el vientre de Julia Pearlman y luego lo envolvió en un trozo de plástico arrancado de una bolsa de basura. Quizá una muestra de sangre apaciguaría a los norcoreanos hasta que se le ocurriera alguna otra cosa. Entonces oyó un sonido que le heló la sangre.

La muchacha muerta le hablaba.

Julia dijo lo que necesitaba decir.

Ahora era el momento de descansar.

Ahora. La palabra pasó por su mente y le pareció una tontería. Recordó lo importante que le había parecido todo, pero aquel tiempo se había acabado. Al cabo de 3.652 segundos se habría acabado el Ahora. Sólo el puro y hermoso Instante. En el Instante, no había olores. Aunque sólo fuese por eso, estaba agradecida.

Julia respiró una última vez y abrió los ojos.

Caine había ganado trescientos sesenta dólares en menos de cuatro horas. Casi cien más de lo que había calculado. Sabía que era el momento de marcharse, pero no podía. Se repitió a sí mismo la vieja historia. Estaba de racha. Era su momento. Y, por supuesto, la madre de todas las mentiras de los jugadores: en cuanto se me giren las cartas, lo dejo.

Pero entonces perdió estúpidamente un bote de ochenta dólares; su trío de dieces no pudo con una sencilla escalera. Después hizo exactamente aquello que había jurado no hacer: insistió. Estaba tan enfadado por haber perdido aquellos ochenta dólares que se negó a pasar en las cinco manos siguientes aunque sus cartas no valían nada. Sabía que estaba jugando como un imbécil, pero no podía evitarlo. Su gran pila de fichas, acumuladas gracias a su juego conservador, desapareció en menos de media hora.

Después de perder la última apuesta, Caine se levantó y se marchó en silencio. En la calle, metió las manos en los bolsillos para protegerlas del frío. El solitario billete de veinte dólares le rozó los nudillos, como si se burlara de él. Caine ni siquiera tenía ganas de gastarlo en el propósito inicial: emborracharse.

Emprendió el regreso a su casa por el camino más largo, aterido de frío durante las dos horas de trayecto, sin dejar de maldecirse a sí mismo ni un solo instante. ¿Cómo podía haber sido tan rematadamente estúpido? ¿No tenía bastante con deberle doce mil dólares a Nikolaev sino que además había tenido que perder sus últimos cuatrocientos dólares?

Caine se preguntó como de pasada si Peter no tendría otro experimento en el que pudiera participar.

Delante del edificio donde vivía su hermano, Jasper consultó su reloj por quinta vez en el mismo minuto: las 12.19.37, siete horas desde que David había entrado en el garito. La Voz dijo que ellos no tardarían en llegar. Jasper había querido coger el arma, pero la Voz dijo que no, así que él dejó el arma en la mesita de centro.

Consultó de nuevo su reloj en el momento en que la lectura digital cambiaba a las 12.20.00. Ya casi era la hora. A pesar del frío, Jasper sudaba copiosamente, consciente de la paliza que estaba a punto de soportar. No era la primera vez que le daban una paliza, pero siempre había sido a manos de los enfermeros del Mercy y acababan con una gratificante inyección de Thorazine. Nunca había participado en una pelea callejera y estaba seguro de que esa noche no habría una posterior gratificación farmacéutica.

Pero la Voz dijo que él debía proteger a David, así que allí estaba.

«Ya llegan. Relájate. Pronto acabará».

En aquel mismo instante, un coche negro aparcó junto al bordillo, con los faros encendidos. El conductor se apeó del Lincoln sin molestarse en apagar el motor. Un

segundo más tarde, estaba delante de Jasper, con una expresión furiosa. Jasper apenas si tuvo tiempo de recordar el nombre del gigante ruso antes de que Kozlov le diera un puñetazo en el estómago. El aire escapó de sus pulmones y Jasper se dobló por la cintura. El matón le cogió un mechón de pelo y lo obligó a levantarse para golpearlo en la barbilla. Perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, la bota de Kozlov le aplastaba el rostro contra la acera helada.

—Vitaly quiere que te dé un mensaje, Caine. Dice que recuerdes que tu dinero no es para jugártelo, sino para pagar. Si tienes más dinero, le pagas a Vitaly. No te lo gastas con los amarillos, ¿vale?

La bota de Kozlov continuó aplastándole la cara hasta que Jasper se dio cuenta de que debía dar una respuesta.

—¡Sí, sí! ¡Vale!

—Bien.

Kozlov apartó la bota y a Jasper le pareció sentir que su cráneo recuperaba la forma. Luego aquél buscó en los bolsillos de Jasper hasta que dio con la cartera, pero el ruso se la arrojó a la cara al ver que sólo contenía un dólar. La Voz le había advertido que la vaciara. El matón se agachó para poner su rostro casi pegado al de Jasper.

—Nos veremos dentro de cinco días —dijo y le dio otro puñetazo en la boca a modo de despedida. La cabeza de Jasper rebotó en la acera y una vez más perdió el conocimiento.

Tversky no se permitió respirar hasta después de echar el cerrojo. Lo había conseguido. Dejó la bolsa en el suelo y se desplomó en una butaca. Con los ojos cerrados, intentó analizar todo lo que había ocurrido en los últimos treinta minutos. Su mente trabajaba a gran velocidad y sólo se detenía unos instantes para analizar un detalle más a fondo y luego continuaba.

Procuró centrarse. Todo había sucedido a una velocidad de vértigo. Necesitaba una copa. Fue hasta el bar, se sirvió cuatro dedos de whisky de malta, bebió un buen trago y disfrutó con el calor de la bebida. De pie se acabó la copa y después se sirvió otra. Cuando finalmente volvió a sentarse, el mundo le pareció un lugar más amable.

—Mejor —dijo en voz alta—. Muchísimo mejor.

Se acabó la segunda copa antes de poner la cinta en el vídeo. Se sirvió una tercera. Media botella más tarde, apuntó el mando a distancia y con mano temblorosa apretó el botón de encendido.

Se observó a sí mismo en la pantalla, hechizado por la brillante imagen. Dijo la hora y la fecha, y después presentó al sujeto Alfa (a él le resultaba más fácil hacerlo de esta manera, pensar en ella sólo como una parte más del experimento, más que

como una persona... una persona a la que había asesinado), que ya estaba inconsciente en la camilla. Luego le inyectó la dosis que ahora sabía que sería la última.

El electroencefalograma aparecía en una esquina de la pantalla, cuatro líneas que subían y bajaban suavemente. Al principio sólo las ondas zeta subían con alguna intensidad mientras que las demás languidecían como una onda en un lago. Luego la máquina comenzó a pitar y todas las ondas mostraron picos, cada vez más altos, como la gráfica de un tsunami. Puso el vídeo en cámara lenta, con los ojos fijos en la pantalla, en un intento por ver dónde se había equivocado y en qué había acertado.

Pero no había nada que ver. Sólo otro encefalograma imposible y la imagen de una mujer cuyos ojos se movían con tanta rapidez debajo de los párpados cerrados que daban la impresión de que estallarían en cualquier momento. Luego ella vomitó, cayó de la camilla bruscamente y quedó fuera del campo visual de la cámara. La imagen en la pantalla en esos momentos sólo mostraba la camilla vacía.

Apretó el botón para que el vídeo volviera a la velocidad normal y escuchar de nuevo sus últimas palabras. Subió el volumen. Con el siseo de la cinta, su voz, apenas un poco más que un susurro, sonó con un tono siniestro. Habló exactamente durante tres minutos y doce segundos, y la voz subía y bajaba como si le estuviese hablando mientras viajaba por una montaña rusa.

Algunos fragmentos eran del todo incoherentes, pero otros eran muy lúcidos e incluían instrucciones detalladas para todos los escenarios posibles. Después de ver la filmación seis veces, apagó el televisor. El silencio reinó en la habitación, pero las primeras palabras del sujeto Alfa llenaron su mente.

«Mátalo. Mata a David Caine».

Había rezado para que las instrucciones hubiesen sido otras cualquiera. Pero ahora, después de escuchar el ronco susurro una y otra vez, no había manera de negarlo. Si quería obtener ese conocimiento, no podía hacer otra cosa que lo que ella le había dicho.

Fue tambaleándose hasta su mesa y entró en internet. Esperó a que se cargara la página de inicio y luego escribió un nombre junto al logo de Google; menos de un segundo después en la pantalla aparecieron las diez primeras páginas de 175.000. Marcó la séptima, tal como había dicho Julia. La página principal de esa web advertía:

La información contenida en esta página trata de actividades y dispositivos que pueden violar diversas leyes federales, estatales y locales. Los responsables de esta página no abogan por el incumplimiento de ninguna ley y no tienen ninguna responsabilidad legal por el uso que se pueda hacer de su contenido. Nuestros archivos SÓLO TIENEN UN PROPÓSITO INFORMATIVO.

Por favor clique «Entrar» si ha leído y acepta los términos y condiciones antes expuestos.

Tversky clicó rápidamente en el hipervínculo. Cuando se cargó la pantalla, comenzó a leer.

Nava se dejó caer en su silla Aeron negra, que se movió suavemente mientras se acomodaba a su peso. Encendió la lámpara que únicamente iluminaba el teclado con una suave luz blanca y dejó en sombras el resto del despacho.

Apretó el pulgar en el lugar indicado en la pantalla. Hubo un fugaz destello y su pulgar se iluminó con un color rosa fuerte. En la pantalla plana aparecieron tres palabras: «HUELLA DACTILAR CONFIRMADA».

Había entrado. No se molestó en leer ninguna de las últimas actualizaciones de la información sacadas del ordenador de Tversky. Navegó por el sistema hasta que llegó a la aplicación conocida vulgarmente como «La guía telefónica».

El programa estaba conectado a todas las bases de datos del gobierno, incluidos los de la CIA, el FBI, la Seguridad Social, los servicios de inmigración y, por supuesto, el de Hacienda. Si el hombre que había mencionado Julia Pearlman existía, la guía telefónica se lo diría.

Como no estaba muy segura de la ortografía del nombre, escribió varios.

APELLIDO: cañe, cain, caine, kame, kain, kaine.

NOMBRE: david

CIUDAD: nueva york

ESTADO: ny

Apretó «Entrar» y esperó mientras el ordenador buscaba en las bases de datos. No tuvo que esperar mucho.

LA BÚSQUEDA HA ENCONTRADO SEIS RESULTADOS.

1. Cañe, David L. 14 Middaugh Street, Brooklyn, NY
2. Cain, David P. 300 West 197th Street, Manhattan, NY
3. Caine, David M. 28 East 10th Street, Manhattan, NY
4. Caine, David T. 945 Amsterdam Avenue, Manhattan, NY
5. Kane, David S. 24 Forest Park Road Woodhaven, NY
6. Kain, David. 1775 York Avenue, Manhattan, NY

INTRODUZCA EL NOMBRE PARA UNA NUEVA BÚSQUEDA.

Nava se centró en la segunda y cuarta entradas, porque ambas direcciones estaban en un radio de seis manzanas de la universidad de Columbia. Marcó «Cain, David P».. Hubo una breve pausa y después la pantalla se llenó con la información. La mirada de Nava recorrió la página, atenta a cualquier detalle que le llamara la atención, pero no había nada. Sólo un neoyorquino medio que tenía muchas deudas y pagaba un alquiler demasiado caro.

Pasó a la siguiente entrada y clicó «Caine, David T».. Abrió mucho los ojos en cuanto vio que era un estudiante de Columbia.

Tenía que ser el que había mencionado Julia. Miró la fotografía del pasaporte. David T. Caine le devolvió la mirada, con una expresión dura en los ojos, y la sombra de una sonrisa en las comisuras de los labios, como si supiese que ella lo estaba mirando.

Nava leyó el resto del archivo; memorizaba la información sobre la marcha. Cuando acabó, volvió a la foto.

—¿Por qué es tan importante, señor Caine? —preguntó. Lamentaba no haber tenido más tiempo para hablar con Julia. De pronto oyó el sonido de unas suaves pisadas. Alguien se acercaba. Nava apenas tuvo el tiempo justo de borrar la pantalla cuando Grimes apareció en el círculo de luz. Le dio un buen mordisco a una manzana y se sentó al otro lado de la mesa. Le dirigió una sonrisa que dejó ver sus dientes amarillentos mientras masticaba.

—¿Quieres un poco? —le preguntó mientras le ofrecía la fruta.

—No gracias —respondió Nava, que intentó disimular el asco—. Ya he comido.

Grimes hinchó los carrillos y después tragó sonoramente.

—Tú misma. —Dio otro mordisco, más grande que el anterior, y continuó comiendo. Se reclinó en la silla y apoyó los pies descalzos en la mesa.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó Nava.

—Quizá. ¿Quién sabe? —contestó Grimes, con la boca llena.

El tipo era algo increíble.

—Te lo diré de otra manera: ¿qué quieres?

—Nada. Sólo estoy pasando la noche como tú y me acerqué para decirte hola.

—Hola —replicó Nava.

Grimes dio otro mordisco y masticó el bocado con la boca abierta y la mirada fija en el techo. Era obvio que no haría caso de la indirecta.

—En ese caso, si no quieres nada más, continuaré con mi trabajo —añadió Nava.

—Claro, ningún problema —dijo Grimes, aunque no hizo el menor gesto de que fuera a marcharse. Nava le dirigió una mirada furiosa—. Vale, vale, me voy. Diablos, sólo intentaba ser sociable. —Se levantó pero se detuvo cuando estaba a medio camino de la puerta—. Por cierto, ¿cómo has sabido lo de David Caine?

Nava mantuvo la cara de póquer.

—¿A qué te refieres? —preguntó con la voz tranquila.

—Estabas mirando su archivo, ¿no?

—¿Por qué crees eso?

—Lo creo porque lo sé, tía —dijo Grimes y dio otro mordisco a la manzana—. Tengo controlados todos los archivos en los que trabajo para saber quién accede a ellos y cuándo lo hacen.

—¿Por qué estás trabajando en el archivo de David Caine? —preguntó Nava, esta vez con un tono coqueto.

—El doctor Jimmy, quiero decir Forsythe, quiere toda la información que tenemos de Caine antes de que tú lo pilles mañana.

Nava se sintió desconcertada. Dejó que su mano se apoyara en la pierna para tocar el arma guardada en la funda sujeta a la pantorrilla. Resistió el impulso de desenfundarla y estrellársela contra la sien. Con un tono lo más despreocupado posible, preguntó:

—No estaba enterada de que mañana tuviese que «pillar» a alguien, y mucho menos a David Caine.

—Bueno, todavía no es oficial, pero sé cómo piensa el doctor Jimmy. Querrá tener a Caine a buen recaudo.

—¿Por qué?

Grimes la miró como si ella fuese una idiota.

—Porque es el sujeto Beta. —Dio un último mordisco a la manzana y arrojó el resto a la papelera. Pegó en el borde y cayó al suelo. Grimes no se molestó en recogerlo—. El otro día metí un espía en el ordenador de Tversky —dijo con un tono de orgullo—, de forma tal que cada vez que elimina un archivo que está copiado en alguna otra parte, el ordenador me lo envía automáticamente. Esta noche me hice con todo el botín. Al parecer Tversky borró todos los archivos alrededor de la medianoche. La mayoría ya los tenía, pero en uno de los nuevos aparece toda la ficha médica de David Caine, y lo identifica como el sujeto Beta. Dado que nadie más ha visto esa información, me preguntaba cómo lo has sabido.

—Vigilancia de cerca —manifestó Nava, como si eso respondiera a todas sus preguntas.

—Ah, lo viste cuando se reunió con Tversky, ¿no? —preguntó Grimes, impresionado—. Me gusta eso del espionaje. Es guay. En cualquier caso, dado que el doctor Jimmy está muy cabreado porque no sabe quién es el sujeto Alfa, estoy seguro de que querrá capturar al sujeto Beta en menos que canta un gallo.

Nava asintió.

—Bueno. Tengo que volver a mi ordenata. Tengo un torneo de Halo dentro de cinco minutos. Nos vemos.

Sin esperar respuesta, Grimes se alejó en la oscuridad hasta el siguiente círculo de luz en el pasillo. Nava se pasó una mano por el pelo. Si Grimes tenía razón en cuanto a Forsythe, entonces las cosas acababan de complicarse mucho más.

Deseó haber tenido más tiempo para trazar un plan, pero el reloj seguía corriendo. Accedió rápidamente a los planos del apartamento de Caine en los ordenadores del ayuntamiento, cogió el abrigo, la mochila y un macuto negro, y salió del apartamento. En la calle llamó a un taxi.

—Al 945 de Amsterdam Avenue —le dijo al conductor. La brusca aceleración del taxi la empujó contra el respaldo del asiento. Nava palpó el arma y cerró los ojos. Estaban a unas cien manzanas del apartamento de Caine. Le quedaban menos de quince minutos para tomar una decisión.

Cuando Caine se acercó a su edificio, vio a un vagabundo tumbado en el portal. El hombre le dio pena, en parte porque Caine sospechaba que él tampoco tardaría en vivir en la calle. Subió los escalones y se agachó para incorporar al hombre y colocarlo boca arriba.

—Eh, amigo, está... —Las palabras murieron en sus labios en cuanto vio el rostro ensangrentado del hombre. Era el suyo. Por un instante Caine sintió que su cordura se alejaba y luego volvía como una goma elástica. No se estaba mirando a sí mismo, sino a Jasper—. Maldita sea Jasper, ¿qué ha pasado?

—Me encontré con uno de tus amigos rusos. —Jasper se limpió la sangre de la nariz—. Por cierto, Vitaly te manda saludos.

—Oh, tío, lo siento.

Caine pasó uno de los brazos de Jasper por encima de su hombro y lo ayudó a caminar hasta la puerta. Metió la llave en la cerradura y de nuevo ayudó a su hermano a subir los escalones, mientras rogaba para sus adentros no encontrarse con más sorpresas en el interior.

En la azotea de un edificio al otro lado de la calle, Nava apartó los prismáticos de visión nocturna mientras Caine ayudaba a un extraño hasta la puerta. Había algo que le llamaba la atención en el desconocido, pero no acababa de saber qué era. La sangre en el rostro le impedía ver las facciones. Cogió la pequeña cámara digital, que también estaba equipada con lentes de visión nocturna, y sacó varias fotos del rostro del desconocido. Ya las analizaría más tarde.

Volvió la atención al trípode que había montado antes. Miró a través del visor, apuntó a una ventana del quinto piso y esperó a que se encendieran las luces. Después de observar el cristal oscuro durante casi un minuto, comenzó a preguntarse si había acertado con el apartamento, pero entonces atisbo un pequeño rayo de luz.

Caine había abierto la puerta y la luz provenía del pasillo. Lo tendría en la mira en cuestión de segundos. Nava tensó los hombros, a la expectativa.

Caine abrió la puerta, encendió las luces y los dos hermanos entraron tambaleándose. Se sujetó en el pomo de la puerta para evitar que ambos cayeran al suelo.

—Venga, Jasper. Ya casi lo hemos conseguido.

Jasper soltó un gruñido y abrió el ojo derecho. Intentó abrir el izquierdo pero fracasó; la hinchazón era tremenda. Apeló al resto de sus fuerzas para dar los últimos pasos y se dejó caer en el sofá. Caine se apoyó en el marco de la puerta y oyó la respiración forzada de su hermano.

En cuanto recuperó el aliento, se acercó a Jasper y le desabrochó la camisa con mucho cuidado para observar las heridas. Tenía un enorme morado en el pecho, pero ninguna costilla rota; era en su rostro donde se habían ensañado.

Todo el ojo izquierdo era una mancha morada y una de las mejillas presentaba diversos cortes con la sangre coagulada. La nariz, hinchada y sucia de sangre, no parecía estar rota. También tenía un chichón en la nuca del tamaño de un huevo.

Caine entró en la pequeña cocina. Llenó un cazo con agua tibia, cogió un rollo de papel y volvió a la sala para limpiar a su hermano. Cuando acabó de limpiarle la sangre, el aspecto de Jasper mejoró sensiblemente. Aún tenía el aspecto de haber librado un asalto con Myke Tyson, pero no parecía que se fuera a morir en los siguientes minutos.

Por un momento pensó en llevarlo a un hospital, pero no había nada que pudiera hacer un médico que no estuviera a su alcance, más allá de recetarle algún calmante. Lo que su hermano necesitaba era dormir toda la noche en lugar de pasarse cinco horas de espera en una sala de urgencias.

—Eh —murmuró Jasper, y Caine dio un respingo al oírlo.

—¿Cómo estás?

—No muy bien, pero probablemente mejor de lo que aparento —respondió Jasper. Se sentó en el sofá e intentó levantarse.

—Eh, ¿adónde te crees que vas? —preguntó Caine, con las manos apoyadas en los hombros de su hermano.

—Al baño, ¿quieres mirar? —replicó Jasper y apartó las manos de su hermano. Sin embargo, al incorporarse, lo único que evitó que cayera de bruces fue sujetarse de nuevo al brazo de su hermano.

—¿Qué te parece si te ayudo a llegar? —sugirió Caine.

—Pues no te diré que no.

Caine esperó junto a la puerta del baño. Jasper no tardó en reaparecer. Aún tenía un aspecto horrible, pero al menos sonreía o intentaba hacerlo.

—Acabo de mirarme al espejo y he cambiado de opinión; me siento tal y como aparento. —Jasper se tocó con mucho cuidado el chichón en la nuca—. ¿Tienes algún medicamento bueno?

Caine sacudió la cabeza.

—No tengo nada más fuerte que la aspirina. A menos que quieras probar una de las pastillas experimentales.

—Me quedo con las aspirinas.

—Sabia decisión. —Caine entró en el baño—. ¿Cuántas quieres? —preguntó y le mostró el envase.

—¿Cuántas tienes?

Caine cogió cuatro y Jasper se las tragó a palo seco, como un profesional. Caine lo acompañó hasta el sofá y se sentaron.

—¿Te importaría decirme en qué lío te has metido esta noche? —preguntó Jasper.

—Nada de lo que no pueda salir —respondió Caine, con la ilusión de que sus palabras dieran una impresión de seguridad que no sentía.

—Supongo que por eso el ruso me ha hecho una cara nueva.

—Te confundió conmigo, ¿verdad?

—Sí.

Caine se miró las manos, sin saber muy bien cómo formular la próxima pregunta:

—¿Mencionó por qué quería darme una paliza?

—Dijo algo sobre que no te juntaras con los amarillos.

—¡Mierda! —No podía creer que Nikolaev hubiese podido enterarse tan pronto de lo de la partida en el garito de Billy Wong. Algún jugador tendría que haberle dado el chivatazo—. Caray, lo siento, tío.

Jasper descartó la disculpa con un ademán.

—No fue tu intención que ocurriera.

—Sí, pero aun así... Quizá lo mejor para ti sería marcharte de la ciudad durante un tiempo. Nueva York no es precisamente el lugar más seguro para mí en estos días, ni para las personas que se me parezcan.

—Eso mismo estaba pensando. Me marcharé a Filadelfia mañana. —Jasper se rascó la nariz con mucho cuidado—. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Me gustaría, pero necesito quedarme para los análisis del doctor Kumar. Por lo que parece, el nuevo medicamento contra los ataques funciona.

Jasper negó con la cabeza.

—Tienes que irte de la ciudad.

—No puedo. —Caine se levantó del sofá. Se pasó las manos por el pelo—. No tendré una vida normal hasta que no consiga controlar los ataques. Ésta es mi última oportunidad.

—Tampoco tendrás una vida si ese tipo te mata.

—Vaya, no se me había ocurrido —replicó Caine.

—Oye, sólo intento ayudarte.

Ninguno de los dos dijo nada por unos momentos. Caine fue quien acabó por romper el silencio.

—Lo siento, Jasper. Es que me siento acorralado. En circunstancias normales encontraría una solución para liquidar la deuda, pero tal como están las cosas con mi salud, para no mencionar... —Caine se interrumpió. No quería hablar de lo ocurrido en el restaurante—. No lo sé. Tengo la sensación de haber perdido el rumbo.

Caine se dejó caer en una silla. De pronto se sentía absolutamente abrumado. Al mirar el rostro maltrecho de su hermano, todo le parecía demasiado real.

—Vamos a dormir —dijo Jasper. Cerró los ojos y se tumbó en el sofá—. Quién sabe... ojalá consigas la respuesta en tus sueños. Cosas más extrañas han pasado.

—Sí —asintió Caine, y recordó lo sucedido en el restaurante—. Así es.

Capítulo 14

Después de oír los sonidos de la respiración profunda del sueño, Nava se quitó los auriculares y comenzó a desmontar el micrófono direccional mientras pensaba en lo que haría a partir de entonces. Podía esperar a que los dos hombres salieran del apartamento, pero aún quedaban cuatro horas hasta el amanecer.

Consideró la posibilidad de dormir un poco y reanudar la vigilancia al amanecer, pero había algo que la preocupaba. Tenía el presentimiento de que la identidad del amigo de Caine era importante. Así que en lugar de regresar a su apartamento, fue al laboratorio una vez más.

En cuanto se sentó delante del ordenador, cargó las imágenes digitales del desconocido. Eran nueve en total, tomadas de ángulos un tanto diferentes, dado que el hombre se había movido mientras Nava sacaba las fotos. Amplió la imagen de la cara en cada una de las fotos, pero las imágenes eran oscuras, borrosas y distorsionadas.

Apretó unas cuantas teclas y el programa de identificación fácil realizó su magia; las nueve fotografías individuales se fundieron en una única imagen tridimensional del rostro del hombre. Poco a poco, la nariz fue tomando forma, y luego los ojos y la estructura de los huesos. Uno de los ojos estaba muy hinchado, el rostro aparecía bañado en sangre. Apretó unas cuantas teclas más y desapareció la sangre, reemplazada por un color de piel idéntico al resto de la cara. Comenzaba a parecerse a alguien conocido.

Eliminó el ojo hinchado y lo sustituyó con la imagen invertida del derecho. A continuación afinó la nariz deformada. Cuando acabó, hizo girar el rostro para tenerlo de frente. Durante unos segundos creyó que había cometido un error, pero después de una rápida verificación, comprendió que no. El hombre era la copia exacta de David Caine.

Entonces cayó en la cuenta. Buscó el archivo de Caine y allí estaba, claro como la luz del día: un hermano gemelo. Nava pensó rápidamente en cómo podía aprovechar esa inesperada información en su propio beneficio. Dudaba que Grimes hubiese leído el archivo con la atención necesaria para fijarse en que David Caine tenía un hermano gemelo. Si estaba en un error, descubrirían su subterfugio de inmediato. Pero si estaba en lo cierto...

Tenía que tomar una decisión: esperar y probablemente perder la iniciativa, o moverse y arriesgarse a que la descubrieran. En situaciones como ésta, siempre confiaba en su intuición. Tal como lo veía, todas las elecciones podían tener consecuencias negativas: el truco consistía en analizar los riesgos y minimizarlos. No había manera de eliminarlos, al menos no del todo.

Nava decidió que debía actuar.

A pesar de que no tenía la autorización para editar un archivo maestro de la ANS, Nava conocía otro camino. Unos pocos meses antes, había sobornado a uno de los analistas de sistemas de la Seguridad Social para que le diera una identificación y una contraseña a fin de crear identidades falsas. Habían pasado casi seis semanas desde que había empleado la contraseña ilícita, pero aún debía de ser válida.

Accedió a la base de datos de la Seguridad Social y pulsó «Entrar». La pantalla se puso negra. Por un momento Nava creyó que habían limpiado el sistema y que su contraseña había sido eliminada. Se imaginó que sonaba una alarma silenciosa, que se abrían las puertas de seguridad y que un pelotón de hombres armados corría hacia su mesa de trabajo. En cambio, la pantalla se iluminó de nuevo y apareció un menú.

Apretó «FIO» para editar los datos en el archivo de la Seguridad Social. Sólo tardó cinco minutos. Cuando acabó, volvió a la base de datos, seleccionó el archivo de Caine y clicó «Actualizar». En la pantalla apareció el icono del reloj de arena mientras buscaba en la base de datos. Al cabo de treinta segundos en la pantalla apareció el archivo actualizado.

Todos los datos eran los mismos con la excepción de un campo. Ya estaba hecho. Si Grimes buscaba la copia de seguridad del archivo que acababa de modificar advertiría el cambio, pero entonces ya no tendría importancia. Para cuando las cosas llegaran a ese punto, ella ya tendría la ventaja inicial que necesitaba. Empezó el camino de regreso hacia el apartamento de David Caine por segunda vez aquella noche.

Sabía que de una manera u otra, sería la última.

James Forsythe ya no estaba enfadado.

Ahora estaba furioso. La única razón para no matar a Grimes en el acto era que todavía lo necesitaba. Forsythe se obligó a cerrar los ojos hasta que consiguió controlar las emociones. Se concentró en la respiración. Espirar. Inspirar. Espirar. Inspirar.

—¿Se encuentra bien, doctor Jimmy? —preguntó Grimes, mientras que en un gesto inconsciente se escarbaba el oído.

—Doctor Forsythe. FOR-SYTHE —masculló Forsythe y abrió los ojos.

—Sabe que sólo es una broma. —Grimes sonrió—. Escuche, lamento no haberlo despertado anoche, pero no lo sabía.

—¿Crees que no quería que me informaran cuando desapareciera el científico que estábamos vigilando?

—Técnicamente, no ha desaparecido. Otra cosa es que no hayan podido encontrarlo desde que comenzaron la búsqueda.

—Comenzaron la búsqueda hace tres horas, y en tu guardia.

Grimes arrastró sus pies por el suelo.

—Mire, no sé qué quiere que le diga. Lo hecho, hecho está.

Forsythe estaba a punto de responderle cuando comprendió que el muy idiota tenía razón. Ya tendría tiempo para tomarse la revancha.

—Muy bien, de acuerdo. —Forsythe exhaló un suspiro y se reclinó en la silla—. Cuéntame todo lo que sabes. Desde el principio.

Grimes puso en pantalla el archivo y comenzó a leer. «Según el informe de la policía, en algún momento entre las 11 y las 12 de la noche falleció una licenciada en prácticas llamada Julia Pearlman. Al parecer la muchacha saltó desde una ventana del sexto piso. Un vagabundo la encontró desnuda en un contenedor. El forense no ha determinado todavía la causa de la muerte, pero el informe preliminar habla de la columna vertebral seccionada. Hasta ahora lo consideran un caso de suicidio, aunque aún no han descartado que pueda ser un homicidio».

—¿Creen que Tversky puede estar involucrado?

—Quieren hablar con él, dado que la muchacha saltó desde su laboratorio y muchos otros estudiantes han declarado que ella y Tversky a menudo se quedaban a trabajar hasta muy tarde.

Forsythe soltó una exclamación cuando de pronto todas las piezas encajaron.

—Ella era el sujeto Alfa.

—Sí, eso es lo que parece. Recibí una descarga de los archivos de su ordenador cuando borró el disco duro. Estaba probando un compuesto nuevo en la muchacha antes de que muriera. Por lo visto lo había obtenido de un tipo al que había analizado ayer y que tenía las mismas características. Lo llamó «sujeto Beta».

—Diablos —exclamó Forsythe—, otro sujeto desconocido.

—Hemos deducido quién es. Se llama David Caine.

—¿Cómo has averiguado su identidad? —preguntó Forsythe, mucho más animado.

—Cuando vi que Tversky había recibido los resultados de todas esas nuevas pruebas —respondió Grimes con una sonrisa—, cruce el número de identificación con el departamento de contabilidad. El mismo día extendieron un cheque a nombre de David T. Caine con el mismo número de referencia.

—Espera un momento, has dicho «hemos». ¿Quién es el otro?

Grimes frunció el entrecejo.

—La agente Vaner, aunque su explicación de cómo lo había hecho fue un tanto vaga. Supongo que es toda esa mierda del espionaje.

—¿Dónde está ella ahora?

—La última vez que lo comprobé estaba delante de la casa de Caine.

Forsythe se alegró al oír por una vez una buena noticia.

—Muy bien. Dile que no pierda de vista a Caine y después localiza a Tversky.

—Sí, sí, capitán Jimmy. —Grimes entrechocó los talones, dio media vuelta y se

marchó.

En cuanto se quedó solo, Forsythe comenzó a leer las últimas notas de Tversky. Aunque estaban incompletas, eran sorprendentes. A pesar de que sus pruebas de la capacidad de Caine eran anecdóticas, los análisis químicos parecían apoyar su teoría. Y los electroencefalogramas de Julia Pearlman no se parecían en nada a ninguno que Forsythe hubiese visto antes. Menos de un minuto después de haberle inyectado el compuesto, las ondas cerebrales del sujeto Alfa habían alcanzado el máximo en perfecta sincronía. Aun con la pega de que el experimento de Tversky había matado a la muchacha, las implicaciones científicas del estudio eran revolucionarias.

Si bien sería más fácil continuar con el estudio con la colaboración de Tversky, tampoco era imprescindible. Lo que necesitaba de verdad era hacer más pruebas con David Caine. Sin embargo, si las teorías de Tversky eran correctas, Caine era un sujeto muy peligroso. Consultó su agenda, cogió el teléfono y marcó el número. Después de esperar cinco minutos, el hombre que necesitaba se puso al aparato.

—Buenos días, general —dijo Forsythe, sentado bien erguido en la silla—. Tengo que pedirle un favor...

Mientras Caine cruzaba la calle, cargado con dos vasos de café y una bolsa de bollos, tuvo la sensación de que algo estaba a punto de ocurrir. No hizo caso e intentó concentrarse en la música que sonaba en los auriculares. Cada vez que se sentía estresado, utilizaba los cascos como refugio. Giró el dial para encontrar alguna emisora más variada pero acabó sintonizando una de rock clásico. Escuchó el final de *Comfortably Numb* antes de que *The Jefferson Airplane* comenzara a cantar sobre las drogas que tomaba Alice^[1].

Entonces el olor llenó su mente.

Oh, no.

Se detuvo bruscamente y un hombre alto que hablaba por el móvil tropezó con él. Caine se tambaleó hacia delante. Se le cayó uno de los vasos de café y chocó con una mujer negra increíblemente obesa que lucía un vestido azul y que llevaba dos bolsas de la compra cargadas a tope. La mujer se inclinó a la izquierda, pero perdió el equilibrio, las bolsas cayeron al suelo y las naranjas y las manzanas rodaron por la acera.

Las piezas de fruta caídas aumentaron el caos. Un hombre calvo con una camiseta blanca muy ceñida derramó su *frappuccino* sobre la blusa amarilla de una mujer mayor. Una asiática con una falda roja cayó al suelo y se rompió dos uñas. Un fornido trabajador de la construcción dejó caer su caja de herramientas sobre el pie de un empresario vestido con mucha elegancia, de modo que no sólo le fracturó el dedo gordo sino que también le estropeó sus mocasines Gucci.

En un santiamén, Caine había cambiado el curso de sus días. El hombre calvo compraría otro frappuccino. La mujer mayor tendría que regresar a su casa para cambiarse. La asiática necesitaría otra manicura. El trabajador de la construcción tendría que contratar a un abogado para que lo defendiera en la demanda presentada por el empresario que no podría asistir a la reunión del consejo ejecutivo porque estaba esperando en la sala de urgencias a que alguien se ocupara de su dedo gordo.

Cada uno de esos cambios causaría otros tantos. Caine los veía extenderse ante él, como las ondas en un lago cuando tiras una piedra al agua. No acababa de saber qué era, pero Caine sabía que algo iba mal. Entonces lo comprendió: nada de todo eso tendría que haber sucedido.

El calvo tendría que haber ido al gimnasio, donde conocería a un hombre que se convertiría en su amigo, y después en su amante. El trabajador de la construcción tendría que haber tenido otro hijo, pero el estrés provocado por la demanda del empresario lo llevaría al divorcio. El empresario tendría que haber muerto al cabo de dos meses, pero su médico descubriría algo anormal en su corazón en el transcurso de la inesperada visita, cosa que llevaría a una intervención quirúrgica preventiva que le salvaría de sufrir un infarto mortal. La mujer mayor se tendría que haber caído camino del metro y romperse la cadera, pero ahora ya estaría bien. La asiática tendría que haber asistido a una comida de negocios que le hubiese supuesto un ascenso.

Las imágenes desfilaron por su mente en una fracción de segundo y desaparecieron. Caine tuvo la sensación de que el corazón iba a estallarle en cualquier momento. El sudor le chorreaba por el rostro. Se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados, así que los abrió lentamente e intentó aflojar los puños. «Respira profundamente, sólo respira profundamente, intenta comprender lo que acaba de ocurrir. ¿Ha sido intuición? ¿Presciencia?» No, no era más que un enloquecido soñar despierto, una ridícula variante del juego que solía jugar con Jasper cuando eran unos críos. Escogían a alguien al azar y predecían lo que le ocurriría durante el resto del día.

«Respira profundamente, respira lenta y profundamente. Sí, ya está. Sigue así». Sólo había soñado despierto. Ya empezaba a desaparecer. Se volvió mientras el empresario comenzaba a gritarle al trabajador de la construcción, y después lo envolvió la oscuridad. Una fresca y plácida oscuridad.

Un latir. Le pareció que el cráneo se expandía y contraía con cada latido del corazón. Abrió los ojos. Estaba tumbado de espaldas, rodeado por un círculo de rostros expectantes.

—Creo que ya vuelve en sí —afirmó una rubia regordeta.

—¿Estás bien, tío? —preguntó una cara negra.

Caine intentó levantarse, pero un par de manos fuertes lo retuvieron contra la acera.

—No dejen que se levante, puede que tenga rota la columna —ordenó un hombre desde detrás del círculo.

—Tranqui, tío. —Era de nuevo el rostro de color, que parecía estar relacionado con los brazos que lo sujetaban—. La ambulancia viene de camino.

Caine cerró los ojos de nuevo. Las caras parlantes le provocaban náuseas. La oscuridad era mucho mejor, así que volvió a sumergirse en su refugio favorito.

Go ask Alice. When she's ten feet tall.

—¿Qué pasa? —La voz de Forsythe sonó con fuerza en el auricular.

—Ahora mismo estamos repasando la información, pero por lo que parece se desplomó sin más en mitad de la acera —respondió Grimes, y se volvió para mirar los monitores que tenía delante. El de la esquina inferior derecha repetía una y otra vez las imágenes del incidente. Ya las había visto diez veces, pero seguían fascinándole.

—Explícame exactamente lo que pasó.

—El objetivo se detuvo bruscamente y un tipo chocó con él, cosa que hizo que el objetivo chocara con una gorda enorme, y entonces ella dejó caer una bolsa con frutas que se desparramaron. Otro montón de personas resbaló con toda esa mierda, y luego el objetivo miró en derredor, se llevó las manos a la cabeza y se desplomó sin más.

—¿Está bien?

—Perfectamente, aunque es probable que tenga un dolor de cabeza de tomo y lomo. Alguien llamó a una ambulancia, pero el objetivo no quiso ir con ellos. Sintonicé su frecuencia y el conductor informó de que parecía estar bien, como mucho una leve contusión.

—Mira la cinta unas cuantas veces más y hazme saber si ves alguna otra cosa. Mientras tanto, no lo pierdas de vista.

—Roger, Roger. —*Aterriza como puedas* era una de las películas favoritas de Grimes, y le encantaba citarlas, especialmente cuando se burlaba del doctor Jimmy. Grimes sabía que lo había molestado, porque tardó diez segundos en responderle. Estaba seguro que si escuchaba de nuevo la llamada, amplificaba el volumen y eliminaba los ruidos de fondo, oiría al bueno del doctor maldiciendo por lo bajo. Tendría que comprobarlo más tarde.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Forsythe.

—Va camino de su casa. Lo estamos siguiendo con el camión y Vaner está en la calle. También lo tengo enfocado con un par de satélites, y tenemos un micrófono direccional que apunta a su apartamento. No se preocupe, doctor Jimmy, lo tenemos cubierto.

—Avisa a Vaner de que un equipo de asalto está de camino para ayudarla.

Grimes silbó por lo bajo. ¿Un equipo de asalto? Aquello prometía ser algo

grande.

Caine le arrojó un bollo envuelto en papel de aluminio a su hermano y dejó el New York Post en la mesa de centro.

—De cebolla con crema de queso, ligeramente tostado.

—¿No hay café? —preguntó Jasper.

Caine sopesó decirle: «Acabo de tener otra visión, perdí el conocimiento y derramé tu café en la acera». En cambio respondió:

—Lo siento, me olvidé.

—No te preocupes —farfulló Jasper con la boca llena. Masticó lentamente y luego tragó—. ¿Qué, la almohada te dio alguna solución?

—Qué va. Lo único que tengo es un día menos para pagarle a Nikolaev dos mil dólares que no tengo.

—Es una verdadera pena que no seas este tipo —comentó Jasper y cogió el periódico.

En la primera página aparecía un titular a toda plana que decía: «¡¡¡MILLONARIO DE LA LOTO!!!» que flotaba sobre un hombre con un cheque gigante de 247,3 millones de dólares. Caine no sabía por qué se había molestado en comprar ese periódico, cuando era un lector habitual del Times; pero cuando había visto el titular, no se había podido reprimir.

—Mierda... es Tommy DaSouza —exclamó Jasper, y levantó el periódico para que Caine viera la foto—. ¿No lo recuerdas? Era del barrio.

—Caray, ni siquiera lo he reconocido —dijo Caine, que miró la foto, desconcertado. Tommy pesaba como mínimo quince kilos más que la última vez que lo había visto—. ¿Estás seguro de que es él?

Jasper buscó la página donde estaba la crónica y asintió varias veces.

—Thomas DaSouza, veintiocho años, todavía vive en Park Slope, a sólo cinco manzanas de donde creció.

—Pues me alegro mucho por él, pero eso no me ayuda en nada.

—¿Qué dices? El chico te adoraba. Nos siguió por el patio durante todo un año después de que le salvaras el culo.

Caine se encogió de hombros. Acababa de recordar el día en que había intervenido cuando uno de los matones de la escuela estaba a punto de darle una paliza a Tommy.

—Eso fue hace mucho tiempo, Jasper.

Sí, pero tú siempre fuiste un buen amigo de Tommy. Diablos, si tú no le hubieses ayudado con el álgebra, probablemente hubiese tenido que abandonar el instituto.

El instituto. En aquel entonces, Caine no veía la hora de acabar el curso. En esos momentos hubiese dado cualquier cosa por volver a aquellos años. Él y Tommy se lo

habían pasado a lo grande. Pero cuando acabaron, cada uno había ido por su lado. Tommy había conseguido un empleo y Caine había ingresado en la universidad. Después de un par de años, Caine había descubierto que ya no tenía muchas cosas en común con su viejo amigo.

—No he hablado con él en casi cinco años.

Jasper cogió el teléfono inalámbrico de la mesa y se lo arrojó a su hermano.

—Yo diría que es un buen momento para renovar la amistad.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lo llame y le diga: «Hola, Tommy, felicidades. ¿Puedo pedirte prestados doce mil dólares?»? Ni hablar. —Le arrojó el teléfono de nuevo a Jasper.

—Muy bien —contestó Jasper. Marcó el número de información y dijo—: Brooklyn. Thomas DaSouza. —Escribió el número en un papel y luego se lo pasó a su hermano junto con el teléfono. Caine miró el papel como si Jasper le hubiese pasado una rata muerta—. Escucha, si tú no lo haces, lo haré yo. ¿Cuál es el problema? El tipo acaba de ganar más de lo que podrá gastar en toda su vida y a ti están a punto de matarte por unos miserables doce mil dólares. Si te dice que no, no estarás peor que antes. Si te dice que sí, estás salvado. No pierdes nada con intentarlo.

—¿Qué hay de mi orgullo? —replicó Caine.

—Preocúpate de tu orgullo después de pagarle a la mafia rusa —dijo Jasper—. Ahora haz... la puta... llamada-sonada-tocada.

A pesar de que la rima de Jasper le produjo una sensación desagradable en la boca del estómago, Caine sabía que su hermano tenía razón. A regañadientes, cogió el teléfono y marcó el número. Una voz impaciente lo atendió al primer timbrado. —¿Sí?

—¿Tommy DaSouza? —preguntó Caine.

—Óigame, no sé lo que vende, pero no me interesa, ¿vale? Como aparezco en la guía, envíeme el catálogo de lo que sea por correo y yo lo llamaré si me interesa. Adiós.

—¡Espera, no vendo nada! —gritó Caine, súbitamente desesperado al comprender que ésa podría ser su única oportunidad—. Soy David, David Caine.

Hubo unos momentos de silencio durante los cuales Caine creyó que Tommy iba a colgar. Luego escuchó:

—¡Caray, Dave! ¿Cómo coño estás, tío?

—Bueno ya que lo preguntas... —contestó Caine, que miró a su hermano mientras se pasaba el teléfono de una oreja a la otra—. Te llamaba porque verás...

—¿Tienes el dinero?

Tversky casi dio un salto. Se volvió, pero no vio en el callejón a nadie más que un chiquillo huesudo. No podía tener más de doce años, y la gorra de los Yankees, que

llevaba con la visera a un lado lo hacía parecer todavía más joven.

—¿Tienes el dinero o no, viejo?

—¿Tú eres Boz? —preguntó Tversky, sorprendido.

El chico se echó a reír.

—¿Estás de coña o qué? Boz nunca vendría a reunirse con un pirado que no conoce de nada. Soy Trike.

—Me dijeron que me encontraría con Boz.

—¿Sí? ¿Pues sabes qué? La reunión se ha cancelado. Ahora te reúnes conmigo. —Las manos del chico desaparecieron en los bolsillos de la cazadora, que le venía enorme—. Déjame ver el dinero o me piro.

Tversky sacó un sobre blanco del bolsillo de la chaqueta, mientras luchaba por controlar el temblor de las manos. Trike intentó arrebatarse el dinero, pero Tversky lo mantuvo fuera de su alcance.

—Primero déjame ver lo que he venido a buscar.

Trike le sonrió; tenía dos dientes de oro.

—Eso está hecho, abuelo. —Sacó del bolsillo una bolsa de papel.

Tversky miró en derredor para ver si alguien los vigilaba, pero el callejón estaba desierto. Cogió la bolsa que le ofrecía Trike, y se sorprendió al notar lo mucho que pesaba.

—Ahora dame los putos ñapos.

Tversky le entregó el sobre. El chico se lamió un dedo, contó rápidamente los billetes y se guardó el dinero en un bolsillo del pantalón.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo —dijo antes de desaparecer rápidamente del callejón. Tversky guardó la bolsa en su maletín y caminó a buen paso hacia Broadway.

No se atrevió a sacar la bolsa del maletín hasta que no estuvo sano y salvo en la habitación del motel de ínfima categoría. Había abandonado su apartamento inmediatamente después de ver la cinta de vídeo. Julia le había dicho que se alojara allí, así que lo había hecho.

Echó las cortinas antes de colocar la bolsa en el centro de la cama. Tuvo que armarse de valor para meter la mano dentro de la bolsa y tocar los suaves cilindros de plástico. Los notó fríos al contacto con sus dedos bañados en sudor. Respiró profundamente y comenzó a sacar los cartuchos de escopeta uno tras otro. Los dispuso en una hilera. Había diez en total. Durante unos instantes se limitó a mirarlos mientras se preguntaba cómo había ido a parar a aquel lugar y aquel momento.

Ahora ya era demasiado tarde para echarse atrás. Después de lo que le había sucedido a Julia —después de lo que él le había hecho a Julia— era demasiado tarde. Tenía que seguir adelante con eso hasta acabarlo. Consultó su reloj; aún disponía de unas horas hasta las seis de la tarde. Si David no se presentaba, Julia se había

equivocado. Pero no le parecía probable.

Hasta entonces todo había sucedido tal como ella le había dicho: todo, desde dónde sentarse en el restaurante, a cómo encontrar al pequeño vendedor de armas. Si ella había previsto todo aquello correctamente, no había ninguna razón para creer que el resto no sucedería. Tampoco tenía otra alternativa.

Aunque eso no era del todo cierto... No estaba obligado a cumplir con sus instrucciones. Era libre de cambiar de opinión, de escoger un camino diferente. No obstante, incluso mientras deseaba tener otra alternativa, era consciente de que no la escogería. Le entristecía tener que matar a David para conseguir lo que deseaba, pero lo haría.

Era demasiado tarde para tomar otro camino.

Capítulo 15

Nava escribió su número de identificación y clicó «Buscar». Las palabras en la pantalla azul fueron reemplazadas en el acto por un plano de la ciudad de Nueva York con dos puntos luminosos que parpadeaban: uno marcaba la actual posición de Nava y el otro correspondía a Caine. El GPS funcionaba perfectamente.

Había marcado la chaqueta de cuero de Caine con un micropunto a primera hora de la mañana. Ahora sólo tenía que esperar a que apareciera su gemelo. En cuanto marcara a Jasper Caine, lo utilizaría como señuelo para Grimes mientras ella se hacía con David Caine. Después, Nava podría desaparecer.

Consultó su reloj. Eran casi las once. Si Jasper tardaba mucho más en salir del apartamento, sus planes se irían al garete. Mientras miraba al otro lado de la calle, un camión de FedEx se detuvo delante de ella y le impidió la visión. El conductor se inclinó sobre el asiento y abrió la puerta del acompañante.

Nava subió al camión y cerró la puerta. Una vez dentro, deslizó el tabique que separaba la cabina de la zona de carga y entró. Grimes y su compañero apenas si se fijaron en ella, enfrascados en sus respectivos teclados, mientras miraban alternativamente los tres monitores que tenían delante.

No había ningún lugar donde sentarse, así que Nava esperó de pie a que Grimes terminara. Al cabo de un minuto, Grimes tendió la mano, aunque no consideró necesario darse la vuelta.

—Dame tu placa, tengo que actualizar la información.

Nava le dio a Grimes la placa metálica con un gesto automático. En cuanto dejó de tenerla en la mano, comprendió su error, pero ya era demasiado tarde. Grimes la metió en una ranura vertical de la consola y apretó un botón. El plano de Nueva York reemplazó la imagen en el monitor central.

—Ah, fantástico, ya lo tienes marcado. Enviaré las coordenadas a todo el equipo de vigilancia. —Sus dedos volaron por el teclado—. Listo. Ahora todos saben dónde está el objetivo, por si lo pierdes.

¿Ahora es un objetivo? —preguntó Nava.

Sí. —Grimes giró en su sillón—. El doctor Jimmy dio oficialmente la luz verde a la operación esta mañana. Tú estás en misión táctica; un equipo de asalto está de camino.

—¿Qué?

—Míralo tú misma. —Grimes le señaló el monitor de la derecha y un teclado auxiliar. El expediente del primer comando ya aparecía en la pantalla. Como la ASN no disponía de personal de combate, Nava había esperado que asignarían a agentes de seguridad que conocieran el uso de unas pocas armas de fuego.

Se había equivocado.

NOMBRE: Spirn, Daniel R.

UNIDAD: Fuerzas especiales.

GRADO: Sargento.

ARMAS: Pistola (9 mm, cal. 45, cal. 38), M16A2/M4A1, escopeta (cal. 12), fusil M24, lanzagranadas M203, arma automática M249, granada de mano, AT-4, ametralladora M240B, ametralladora M2HB, pistola lanzagranadas MK-19, mortero (60 mm, 81 mm, 120 mm), explosivos, mina Claymore M18A1/A2, minas (en general), misiles TOW, Dragón, fusiles sin retroceso (RCL-84 mm, 90 mm, 106 mm), AT-4, armas antitanques ligeras.

COMBATE SIN ARMAS: Aikido, Choi Kwang Do, Hapkido, Judo, Ju Jitsu, Muay Thai, Tae Kwon Do.

Nava leyó los expedientes de otros tres soldados. Con la excepción de González, que era experto en demolición, todos tenían el mismo entrenamiento y habían entrado en combate; varios en misiones secretas. Nava suspiró. Esto haría que las cosas fuesen mucho más complicadas. Miró a Grimes.

—¿No crees que es pasarse un poco? ¿Cuatro tíos de operaciones especiales para coger a un civil?

—¿Qué quieres que te diga? —Grimes se encogió de hombros—. El doctor Jimmy está de los nervios. No quiere que nada salga mal.

—¿Cómo es que tiene acceso a los de las fuerzas especiales?

—No lo sé. Supongo que se habrá cobrado algunos favores, como hizo contigo. Con éste va a por todas. —Grimes sacó un caramelo de una bolsa de plástico que sujetaba entre las piernas y se lo ofreció. Nava negó con la cabeza. Sin molestarse, Grimes se lo metió en la boca. Comenzó a hablar mientras masticaba—: Estarán aquí dentro de unos minutos. Después de las presentaciones, el doctor Jimmy quiere que lo atrapéis.

El terminal de Grimes comenzó a pitar. Se volvió y apretó un botón.

—¿Sí? Está aquí, espere. —Se quitó los auriculares y el micro y se lo pasó a Nava—. Es Forsythe.

—¿Doctor?

—Agente Vaner, sólo quiero asegurarme de que el señor Grimes le ha dado toda la información necesaria.

—Eso creo, señor. Si no lo he entendido mal, dirigiré al equipo para hacernos con el señor Caine y llevarlo al laboratorio.

—Correcto. Quiero que esté usted al mando porque es algo de la máxima discreción. Los hombres que colaborarán con usted no destacan precisamente por la sutileza; desgraciadamente fueron los únicos que pude conseguir con tan poca anticipación. Confío en que pueda controlarlos.

—Haré todo lo que pueda, señor.

—Bien. Utilice todas las precauciones posibles cuando trate con el señor Caine. Es más peligroso de lo que parece.

—Entendido —contestó Nava y se preguntó a qué venía la advertencia de Forsythe.

—Buena suerte, agente Vaner.

—Gracias, señor. —Se oyó un clic y se cortó la comunicación. Nava se quitó los auriculares y se disponía a devolvérselos a Grimes cuando vio que él ya llevaba otros.

—Siempre tengo otros de recambio —dijo él con una sonrisa—. El doctor Jimmy es un mariconazo. «Utilice todas las precauciones posibles cuando trate con el señor Caine» —articuló cuidadosamente cada palabra como había hecho Forsythe. Nava no tenía muy claro si le sorprendía más que él hubiera espiado la conversación o que lo reconociera abiertamente con tanto orgullo—. Esto está chupado, ¿no te parece? —preguntó Grimes despreocupadamente—. No tenéis más que reventar la puerta y cogerlo.

Nava bajó del camión sin responderle. El problema era que Grimes estaba en lo cierto. Su plan de ataque era el mejor —sencillo, directo, y sin ningún riesgo para el entorno— y si los tipos de las fuerzas especiales eran mínimamente buenos seguramente también lo sabrían. En cuanto la ASN le echara el guante a Caine, ya no tendría otra oportunidad de llegar hasta él.

Tenía que encontrar la manera de adelantarse.

En cuanto descubrieron quién era Tommy, el director de la agencia se puso al teléfono. Incluso llamó a Tommy «señor». Tommy no recordaba que nadie le hubiese llamado nunca «señor». Señor Tommy. Le gustó cómo sonaba.

Quizá ahora que era rico tendría que usar «Thomas». No. Era incapaz de imaginarse diciendo: «Hola, soy Thomas». Nunca había tenido ningún problema con Tommy, así que seguiría siéndolo. Cogió el teléfono y llamó a Dave para darle la buena noticia.

—No sé cómo agradecértelo —respondió Dave.

—Te dije que algún día te devolvería el favor, ¿no? —dijo Tommy, muy contento—. De no haber sido por ti, en el instituto hubiese acabado en palizas diarias. Además, nunca habría aprobado el curso de la señorita Castaldi. Te lo debía.

—No sé qué decirte, pero... esto es demasiado. No sé qué decir.

—No tienes que decir nada, tío.

—Vale. Nos vemos a las seis.

—Sí. No sabes las ganas que tengo de verte.

Dave le dio las gracias dos veces más antes de que Tommy consiguiera que dejara el teléfono. Se sentía bien. Más que bien; fenomenal. Nunca había tenido la ocasión de ayudar a nadie. Pero ahora era un tío legal que pagaba sus deudas. A partir de ese momento, las cosas serían diferentes. Haría cosas, cosas importantes. Todo iba a cambiar.

Sonó el teléfono, pero dejó que lo atendiera el contestador automático. Era otra vendedora. Esta quería ser la asesora financiera de Tommy. Comenzó a recitar una larga lista de cosas que Tommy debía tener en cuenta: inversiones inmobiliarias, cartera de acciones, pólizas de seguros, deducciones fiscales, albaceas de su testamento. Bip. La máquina cortó la comunicación.

Tommy miró el reloj en la pared: sólo le quedaban dos horas para ir al banco y viajar hasta Manhattan. Dave se había ofrecido a ir a Brooklyn, pero Tommy quería ir al centro y charlar un rato.

Fue a la cocina para coger la chaqueta, sin dejar de sonreír. Dave siempre había sido un buen amigo. Tommy confiaba en que después de ese encuentro no volviesen a perder el contacto. Dave era precisamente la clase de persona que Tommy necesitaba: inteligente, honrado, alguien que no se aprovecharía. De pronto se le ocurrió una idea.

Buscó una hoja de papel, escribió una larga nota, y la sujetó en la puerta del frigorífico con un imán con forma de pelota de fútbol. Sabía que era una cosa bastante extraña, pero ahora que era un multimillonario, tenía que pensar en esas cosas. Tenía que comportarse como un tipo responsable.

Mirar la nota le hacía sentirse bien, como cuando le había dicho a Dave que lo ayudaría. Sí, finalmente las cosas iban a cambiar. No veía la hora de comenzar con su nueva vida. Tommy se puso la chaqueta y salió de su apartamento. Tendría que darse prisa si quería llegar al banco a tiempo, aunque algo le decía que el director de la agencia lo esperaría por muy tarde que se presentara.

Tommy era ahora un hombre importante. Un gran hombre con grandes planes.

El rostro de Jasper aún estaba un poco hinchado, pero tenía mucho mejor aspecto que la noche anterior.

—¿Estás seguro de que quieres que me marche de la ciudad? —preguntó Jasper—. Me refiero a que si Tommy te da el dinero, entonces los malos dejarían de perseguirte, ¿no?

—Ésa es la teoría.

—Entonces, ¿por qué quieres que me largue?

—No lo sé —mintió Caine. Aunque no lo sabía, tenía la sensación de que las cosas se pondrían mucho peor antes de que comenzaran a mejorar—. Sólo creo que sería una buena idea que te marcharas.

—De acuerdo. —Jasper se levantó y se puso su vieja chaqueta militar. Estaba llena de manchas de un color marrón oscuro. Caine estaba a punto de hacer un comentario cuando comprendió que era sangre seca. Cogió su chaqueta de cuero y se la arrojó a su hermano.

—Tu chaqueta está hecha un asco. Ponte ésta.

Jasper miró la cara chaqueta de su hermano con una expresión de sorpresa.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Quiero que te la quedes. Considéralo como un premio de consolación por el combate de boxeo de anoche.

—Gracias, hermanito. —Jasper se apresuró a ponerse la chaqueta—. ¿Qué te parece? Me va que ni pintada.

—¿Cuáles eran las probabilidades?

Caine sonrió. Le pareció que era la primera sonrisa que aparecía en su rostro después de una eternidad. Se puso su vieja gabardina y cerró la puerta con llave al salir. Los gemelos se pusieron gafas de sol idénticas y bajaron las escaleras. Cuando salieron del edificio, ninguno de los dos prestó la más mínima atención al camión blanco de FedEx ni a la furgoneta negra aparcada detrás.

Mantengan la posición —dijo Nava mientras miraba a los dos hermanos saliendo del edificio.

Pero, señora, tenemos una oportunidad...

Mantenga la posición. Es una orden, teniente.

—Recibido.

Nava arrojó la colilla y siguió a los gemelos. Mientras caminaba, se preguntó qué haría. Había conseguido engañar a Grimes con la explicación de que no quería capturar a Caine delante de cualquier testigo que lo conociera, como era el caso de su acompañante. Sin embargo, en el momento en que Jasper se separara de su hermano, no podría impedir que sus hombres se hicieran con David.

—Caray, Caine y su amigo se parecen cantidad —comentó Grimes en su auricular—. Ni que fueran gemelos.

—Corta el rollo —dijo Nava. Lo último que quería era que Grimes lo recordara.

—Lo que tú digas —refunfuñó Grimes.

—Concéntrense en el objetivo —añadió Nava—. El otro es irrelevante.

—¿Cuál de los dos es el objetivo, señora? —preguntó Spirn.

A Nava se le abrió el cielo. Mientras los hermanos continuaran juntos, los hombres no sabrían cuál de los dos llevaba el transmisor GPS, dado que sólo tenía un alcance de un metro. Por una fracción de segundo consideró la posibilidad de identificar a Jasper como su hermano David. Estaba segura de que en el forcejeo podría desprender el transmisor. Para cuando descubrieran que tenían a Jasper, ella se habría hecho con David y estaría lejos.

Pero como había aducido que su proximidad era el motivo para no capturarlo antes, ahora no podía echarse atrás. Si conseguía marcarlos a los dos como había planeado, entonces sí conseguiría que se llevaran a Jasper. Si...

Miró al hombre que ella creía que era David Caine. Alrededor de las gafas de sol,

vio un morado. Miró al otro hermano, sólo para asegurarse. No tenía marcas en el rostro. Por alguna razón, David le había dado la chaqueta a su hermano, y eso significaba que el transmisor lo llevaba Jasper, no David.

—Me acercaré a ellos —anunció Nava, al tiempo que elaboraba un nuevo plan. Continuó caminando, a la espera de que los hermanos cruzaran la calle. Se detuvieron al llegar a la esquina. Cuando el semáforo le dio paso, los hermanos comenzaron a cruzar la calle hacia ella. Aunque se separaron un poco para dejarla pasar entre ellos, Nava se aseguró de tropezar contra David.

—Oh, lo siento —dijo ella, mientras lo sujetaba por el codo con una mano y con la otra le apretaba el hombro.

—No pasa nada —respondió David.

Nava asintió y continuó caminando.

—El objetivo lleva la chaqueta de cuero negro.

—Copiado, chaqueta de cuero negro.

—En cuanto se separen, atentos a mi orden —añadió Nava.

—Recibido.

Los dos hermanos se detuvieron en la siguiente esquina. Hablaron durante un momento, se dieron un abrazo y se separaron. David cruzó la calle, mientras que su hermano daba la vuelta a la esquina. Había llegado el momento.

—Acercaos. Michaelson, por delante. Brady, flanco derecho. González, ten la furgoneta en posición para cuando nos acerquemos. Spirn, vienes conmigo.

Todos los hombres ocuparon sus puestos rápidamente. Vestidos con prendas de civil, se confundieron sin problemas entre los transeúntes de la concurrida calle de Manhattan.

—En posición. —Michaelson estaba dos metros por delante de Jasper.

—En posición. —Brady estaba a un metro a la derecha de Jasper.

—Un momento —avisó González—. Tengo un poco de tráfico, esperad.

El equipo se mantuvo cerca del objetivo mientras González maniobraba con la furgoneta negra para pasar junto a un taxi que se había detenido en doble fila, y luego dejaba atrás al equipo y se detenía a unos diez metros por delante del objetivo.

—En posición.

—Lo cogeremos cuando el objetivo esté a un metro de la furgoneta. Spirn y yo haremos la aproximación. Michaelson y Brady, atentos por si intenta escapar.

Nava sacó del bolsillo un delgado cilindro metálico mientras se acercaba a Jasper por detrás. Tendría que actuar deprisa. Si éste decía que David era su hermano gemelo, se habría acabado todo. Aceleró el paso cuando Jasper se acercó a la furgoneta. Estaba casi pegada a él. Por encima del hombro del hombre, vio a Michaelson apoyado en un coche aparcado a unos tres metros.

Nava extendió la mano y sujetó el brazo de Jasper.

¿El señor Caine?

Jasper se volvió, sorprendido.

—¿Sí?

Nava le mostró fugazmente una placa falsa.

—¿Podría acercarse a la furgoneta, señor? Tengo que hacerle unas preguntas.

Jasper miró a Nava y después a Spirn.

—Sí, desde luego —respondió. Se acercó al bordillo, de espaldas a la furgoneta.

—Gracias, sólo será un momento —añadió Nava. Sin decir nada más, aplastó la punta del cilindro contra el muslo del hombre. Jasper abrió los ojos como platos y soltó un quejido. Spirn le sujetó con fuerza el brazo para asegurarse de que no intentaría escapar, pero no era necesario. Dos segundos después de que la aguja de la jeringuilla de Nava atravesara la tela del vaquero y la piel, la benzodiazepina entró en su torrente sanguíneo.

La acción del sedante fue prácticamente instantánea. La mirada de asombro fue reemplazada por otra soñadora y relajada. Nava miró a Michaelson, que le respondió con un gesto. Ninguno de los transeúntes se había dado cuenta de lo sucedido.

—Señor Caine, tendremos que llevarlo con nosotros —dijo Nava, que lo sostuvo del brazo para que no se cayera. Jasper abrió la boca con la intención de hablar, pero lo único que se oyó fue un farfulleo incomprensible. Entre Spirn y ella lo ayudaron a caminar hasta la parte de atrás de la furgoneta. El primero abrió la puerta y levantó a Jasper para meterlo en el vehículo, mientras Nava hacía de pantalla para que no lo vieran los peatones.

Subió después de ellos, y al cabo de un momento subieron Michaelson y Brady. Ambos parecían decepcionados por la falta de resistencia del objetivo. Brady cerró la puerta y González pisó el acelerador. Nava llamó a Grimes.

—Tenemos al objetivo y regresamos a la base.

—Comprendido. Le comunicaré al doctor Jimmy la buena noticia.

—González, déjame en la próxima esquina —le ordenó al conductor.

—¿No viene con nosotros? —preguntó Michaelson, desconcertado.

Nava negó con la cabeza y simuló un gran bostezo.

—He estado de guardia toda la noche. Me voy a casa. Spirn, tiene el mando. Coordine las cosas con Grimes en cuanto llegue al laboratorio.

El teniente asintió. En cuanto la furgoneta se detuvo, Nava abrió la puerta y se apeó, sin olvidarse de recoger con toda naturalidad la mochila del suelo de la furgoneta y echársela al hombro. Cerró la puerta y le dio una palmada. En cuanto la furgoneta se perdió de vista, sacó el receptor.

Marcó el nuevo número de identificación de GPS y esperó a que se realizara la conexión con el satélite. El plano de la ciudad con los dos puntos que parpadeaban reemplazó el texto en la pantalla. David Caine estaba a sólo dos kilómetros, y

caminaba en dirección oeste. Eran las 17.37. Sólo le quedaban veintitrés minutos.

Pensó en tomar un taxi, pero a esa hora de la tarde, era más rápido correr.

Tversky enfocó el desvencijado Chevrolet con la cámara de vídeo. La noche era fría, no había mucha gente por los alrededores, aunque, como estaban haciendo unas obras, había varios camiones aparcados y un par de bidones de gasolina entre los andamios que tapaban el edificio. Hizo girar el objetivo hasta tener una visión muy clara de la acera. Perfecto. Ahora sólo le quedaba esperar. Intentó convencerse de que lo que iba a suceder sería para bien, pero sabía que no era verdad.

Quería, no, no quería, necesitaba que David Caine se presentara. Si lo hacía, sería la prueba de que Tversky había tenido razón desde el principio, y lo que era todavía más importante, que todo lo demás que había predicho Julia se convertiría en realidad. Si Caine no se presentaba, bueno... Tversky suspiró y sacudió la cabeza. No podía pensar en eso. Ahora no. Tenía que estar concentrado.

Abrió el maletín de cuero y observó el mecanismo electrónico. Ya lo había probado por lo menos diez veces en el transcurso de la tarde, pero aún le preocupaba que algo funcionara mal. Intentó apartar esos pensamientos negativos, y trató de concentrarse en los acontecimientos que lo habían llevado hasta allí. La investigación. El incidente en el restaurante. Su descubrimiento. El rechazo de Forsythe. La visión de Julia.

Cada acontecimiento era un eslabón en la cadena que lo había llevado hasta ese momento. Se preguntó cuáles serían las probabilidades de una serie de acontecimientos como ésa. ¿Una en un millar? ¿En un millón? ¿En un millón de millones? Algo así era imposible de calcular. En eso consistía la belleza de la vida; cualquier cosa era posible, todo era infinitamente improbable, y sin embargo entre todos los acontecimientos improbables, siempre había que escoger uno, algo debía ocurrir.

De pronto un hombre que llevaba un gran maletín plateado apareció en la pequeña pantalla de la videocámara mientras pasaba junto al gran camión cisterna aparcado en doble fila a un par de metros del Chevrolet. A Tversky se le aceleró el pulso mientras esperaba a que el hombre se volviera para verle el rostro. Se secó las manos sudadas en las perneras del pantalón, sin apartar la mirada ni por un instante del hombre de la pantalla. Con mucho cuidado, tocó la superficie del teclado.

El hombre se volvió muy despacio y quedó a la vista el perfil. Tversky suspiró, decepcionado. No era Caine. El rostro era regordete y marcado con las cicatrices del acné. Parecía impaciente, como si estuviese esperando a alguien. Tversky confiaba, por el bien del desconocido, que no se quedara mucho tiempo. Sería una pena si se convertía en una víctima de la explosión.

—Creo que tenemos un problema, señor. —La voz dura del teniente Spirn sonó alta y clara en el auricular de Grimes.

—Fantástico. ¿Me lo puedes explicar?

—El hombre que acabamos de capturar. No se llama David Caine. Su nombre es Jasper Caine. —¿Eh?

—Comenzó a murmurar algo sobre David. Me pareció extraño que el tipo hablara de sí mismo en tercera persona, así que busqué en su cartera. Según el carnet de conducir, su nombre de pila es Jasper. Cuando le pregunté quién era David, dijo que era su hermano.

Grimes dio un puñetazo en la carrocería del camión.

—¡Mierda!

—¿Qué hacemos, señor?

—Espera un momento.

Los dedos de Grimes volaron sobre el teclado mientras accedía al archivo de Caine. Buscó la entrada de «Familiares». No aparecía ningún Jasper Caine. Es más, no aparecía ninguna referencia a hermanos o hermanas. Era extraño porque, aunque sólo había leído el archivo en una ocasión, estaba dispuesto a jurar que allí había algo. Grimes notó una sensación desagradable en la boca del estómago. Llevado por un presentimiento, rastreó la última modificación realizada en el archivo.

El único cambio era una actualización de los datos. Desafortunadamente, no podía saber cuáles eran los campos modificados desde el camión de FedEx. Marcó un número en el móvil y se conectó con uno de los tíos de su departamento.

—¡Ey! —Era Augy.

—Hola, soy Grimes. Necesito que busques la última copia de seguridad del archivo de Caine, David T.; número de identificación Castillo-Delta-Tigre-6542.

—Hecho. Un segundo. —Augy tardó un minuto en volver al aparato—. Te lo acabo de enviar. Ya tendría que estar en tu buzón.

—Aquí está. —Grimes hizo un doble clic en el icono del adjunto y leyó el archivo. Abrió los ojos como platos. Alguien lo había modificado; David Caine tenía un hermano, un hermano gemelo llamado Jasper—. Vale —dijo, con el corazón a punto de estallarle en el pecho—, haz una búsqueda de todas las actualizaciones del archivo. Envíamela en cuanto la tengas.

—Vale.

Grimes esperó. Unos segundos más tarde, sonó el ping del ordenador para avisarle de que tenía correo. Grimes abrió el archivo y se sorprendió. El pirata informático había enmascarado la identidad con un nombre de usuario falso, pero Grimes reconoció el código del terminal. Era el de Vaner. Repasó mentalmente todo lo sucedido en los últimos quince minutos. Cómo ella había identificado al objetivo para después drogarlo antes de separarse del equipo. No estaba muy seguro de lo que

significaba, pero sí sabía una cosa a ciencia cierta: Forsythe pillaría un cabreo descomunal. Se conectó de nuevo con Spirn.

—Teniente, acabó de confirmar que el tipo es el hermano del objetivo.

—Recibido. ¿Qué quiere que haga?

La mente de Grimes trabajó a pleno rendimiento. Forsythe se cabrearía de todas maneras, pero todavía más si estaban transportando a un civil inocente.

—¿Cuándo se le pasará el efecto de la droga?

—Probablemente dentro de unos veinte minutos. Se sentirá un poco atontado y quizá con un tremendo dolor de cabeza, pero aparte de eso estará bien.

—De acuerdo. Tírelo.

—¿Señor?

—¿No me has entendido? —gritó Grimes, con el rostro bañado en sudor—. Aparca un momento junto al primer banco que veas y lo dejas allí.

—Recibido —respondió Spirn tranquilamente aunque a Grimes le pareció que había un tono de disgusto en su voz. A Grimes no le importaba. Que le dieran por culo. Cinco minutos más tarde, la furgoneta negra se alejaba a toda velocidad del callejón donde había dejado a Jasper, seguida de cerca por el camión de FedEx. Grimes apretó la tecla de marcado rápido y oyó la voz de su jefe en el auricular.

Houston —dijo Grimes—, tenemos un problema.

El móvil de Nava zumbó en su cadera. La llamada llegaba directamente del despacho de Forsythe. Seguramente habían descubierto el engaño. Desconectó el teléfono y se concentró en la tarea más inmediata, mientras se preguntaba cuánto tiempo tardarían en encontrar su rastro.

Entonces comprendió que ya lo habían hecho.

Grimes habría enviado una señal al móvil y encontrado el rastro antes de dejar que Forsythe hiciera la llamada, y eso significaba que ya conocían su paradero. Tenía que moverse a toda prisa. Tendría un problema si perdía a Caine, pero si la arrestaban, entonces ya no tendría ninguna carta que jugar.

Encendió de nuevo el móvil, que comenzó a sonar en el acto. Sin hacerle caso, se acercó al bordillo con el brazo levantado, consciente de que su destino estaba en las manos del primer taxista que se detuviera.

—¿Tienes su señal? —preguntó Forsythe.

—Sí. Perdimos la señal por un momento, pero ahora la recibimos con toda claridad. Se mueve hacia el sur, a unos cincuenta kilómetros por hora.

—¿Puedes conectar la señal de rastro con la del satélite?

—Ya está hecho —respondió Grimes—. Viaja en un taxi. Acaba de entrar en el

West Side Highway.

—Envía al equipo para que la intercepte.

—Ya van de camino. La atraparán dentro de unos minutos.

—Avísame en cuanto tengan a Vaner.

Forsythe cortó la comunicación y comenzó a pasearse por el despacho. Se preguntó si Vaner sabía algo que él desconocía. Si era así, entonces David Caine era exactamente lo que Tversky creía que era. Ahora lo habían perdido. Pero al menos no la habían perdido a ella. Cuando la tuviera en sus manos, haría que lamentara su traición.

Capítulo 16

Abdul Aziz apenas si se sorprendió cuando el hombre que conducía la furgoneta negra encendió una sirena y le hizo señas para que se detuviera. Tendría que haber sabido que la mujer tenía problemas cuando le dio los cien dólares.

Miró por un segundo a su extraño pasajero y luego volvió a prestar atención al tráfico. En cuanto aparcó junto al bordillo, cuatro hombres saltaron de la furgoneta y rodearon el taxi, con las armas en las manos. Aziz vio que los otros conductores reducían la velocidad para echar una rápida ojeada al arresto.

—¡Los dos! ¡Bajad del coche y poned las manos sobre la cabeza! ¡Ahora!

Aziz no esperó a que se lo repitieran. Tenía muy claro lo que la policía le hacía a las personas de su color incluso en las circunstancias más favorables. Con mucho cuidado, quitó el seguro y abrió la puerta. Se apeó del taxi y levantó las manos lo más alto que pudo.

—¡De rodillas!

Aziz obedeció la orden. En el instante en que su rodilla derecha tocó el pavimento, un par de manos le aplastaron la cara contra el suelo mientras que otro le sujetaba los brazos a la espalda y lo esposaba. Una bota le apretó el cuello para mantenerlo con la mejilla pegada al asfalto.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde demonios está?

—¡Mierda!

Unos segundos más tarde, un hombre lo sujetó por el pelo y le obligó a levantar la cabeza.

—¿Dónde has dejado a la mujer?

—En ninguna parte —respondió Aziz. Soltó un grito cuando el hombre le dio un puntapié en el vientre.

—No me vengas con coñas. Te lo preguntaré de nuevo: ¿dónde la has dejado?

—¡Por favor no me haga daño! ¡Le digo la verdad! —jadeó Aziz—. ¡Ni siquiera subió al taxi! Sólo me dio el...

¡Señor! —Una voz interrumpió al taxista—. Creo que debe ver esto.

La mano le soltó el pelo y Aziz se golpeó la barbilla contra el pavimento. Sintió el sabor de la sangre en la boca. Antes de que pudiera moverse, la mano apareció de nuevo para levantarle la cabeza.

—¿Esto? ¿Es esto lo que te dio?

Aziz miró el pequeño teléfono móvil que el hombre tenía en la mano.

—Sí. Lo dejó en el asiento de atrás y me dijo que lo llevara al centro, a un edificio de oficinas en Broad Street. ¿He hecho algo malo?

Caine sintió el súbito impulso de escapar: coger un taxi para que lo llevara al aeropuerto de La Guardia, tomar el primer vuelo a cualquier parte y no mirar atrás. Sería tan sencillo dejarlo todo atrás. Comenzar de nuevo, en algún otro lugar, donde la gente no conociera su nombre ni el desbarajuste que había hecho con su vida.

Pero como todas las fantasías escapistas, era imposible. No había ningún lugar en el mundo donde pudiera ocultarse de su enfermedad. Al lugar que fuese, la bomba de relojería alojada en su cerebro viajaría con él. Caine juró que si el medicamento del doctor Kumar funcionaba a largo plazo, haría un análisis a fondo de su vida y emprendería unos cuantos cambios fundamentales. Sin embargo, antes de poder hacerlo, tendría que ocuparse de algunos asuntos, como pagarle a Nikolaev y no volver a poner los pies en un garito de póquer nunca más.

Suspiró y caminó hacia la vieja tienda de discos donde Tommy y él solían pasar las horas cada vez que iban a Manhattan. En cuanto llegó a la esquina, vio que Tommy ya estaba allí.

El bueno de Tommy siempre puntual. Llevaba una vieja cazadora de los NY Giants, probablemente la misma que usaba en el instituto. Estaba apoyado en un viejo Chevrolet y tenía en la mano un maletín metalizado. La salvación de Caine. Se preguntó si su contenido compensaba la humillación, pero ya había pasado el momento de echarse atrás.

En cuanto Tommy se volvió y Caine vio la sonrisa en su rostro, no pudo más que devolvérsela. Caine levantó una mano y aceleró el paso para cubrir cuanto antes la distancia que los separaba. Cuando llegó junto a Tommy, le tendió la mano y se abrazaron durante un segundo antes de bajar los brazos. Caine tuvo una súbita sensación de *déjà vu* mezclada con miedo, pero la apartó de su mente. Tommy estaba allí con el dinero.

¿Qué podía salir mal?

Tversky se quedó sin aliento cuando vio a David Caine. Julia había acertado. A pesar de que lo había esperado, ahora comprendió que hasta ese momento, no lo había creído de verdad. Pero ahora la prueba estaba quince metros más abajo.

Si el resto de lo que Julia había predicho llegaba a ocurrir, él tendría lo que necesitaba. Le temblaba la mano cuando marcó el código de seis dígitos. En ese instante el dispositivo estaba activado. Se había sorprendido y también horrorizado al comprobar lo fácil que había sido construir una bomba accionada por control remoto. Las instrucciones en la red le habían informado de todo lo que necesitaba saber. Había comprado todo el equipo necesario en Radio Shack, incluso los clavos que harían de metralla. Todo excepto la pólvora, que la había obtenido de los cartuchos de escopeta que le había comprado a Trike.

Comprobó de nuevo el funcionamiento de las tres videocámaras que enfocaban la acera alrededor del coche. Estaban conectadas a su ordenador. Miró la pantalla como si se tratara de una película, consciente de que faltaban unos segundos para la escena principal. Se sorprendió a sí mismo cuando murmuró una disculpa.

—Lo siento, David. Ojalá hubiera otra manera.

Consultó su reloj. Faltaban diez segundos. Respiró lenta y profundamente, y rogó para que si la explosión mataba a David, lo hiciera en el acto.

Desde el otro lado de la calle, Nava quitó el seguro de la pistola mientras observaba cómo Caine cogía el maletín de las manos de un hombre con una cazadora de los NY Giants. Se concentró en escuchar lo que hablaban, pero el micro instalado en el transmisor GPS emitió de pronto un pitido agudo.

Intentó no hacer caso de la anomalía, pero entraron en acción el instinto y el entrenamiento. Eso era algo importante. Las transmisiones eléctricas de gran potencia como ésta no se producían al azar. Tenían un propósito. Repitió el sonido en su mente mientras observaba las fachadas de los edificios cubiertas de andamios. Entonces lo vio.

De pie en una azotea casi directamente encima de ella había un hombre que sostenía una caja alargada con una antena. Un puño helado le oprimió la boca del estómago. Lo que fuese que el hombre había conectado probablemente estaba cerca de Caine. En aquel momento lo vio: una forma pequeña y oscura oculta debajo del Chevrolet. No podía tratarse de una coincidencia. El mensaje de Julia, el encuentro de Caine, el hombre con el control remoto, el paquete.

Sólo se podía hacer una cosa.

—¡Bomba!

Caine miró a la mujer que gritaba desde el otro lado de la calle y sintió una increíble sensación de deja vu. Sin pensarlo, se apartó de Tommy y levantó el maletín delante del pecho como un escudo. De pronto se produjo una tremenda oleada de aire caliente y un sonido atronador que le hizo encogerse y le puso los pelos de punta.

Caine se elevó mientras un chorro de fuego brotaba de la acera. Voló por los aires, girando sobre sí mismo y los brazos extendidos como si fuera Superman abofeteado por la mano de un gigante. Cayó sobre la acera con un impacto brutal y se despellejó las palmas antes de que la rodilla izquierda se estrellara contra la acera y lo frenara.

Permaneció tendido mientras intentaba recuperar la respiración. Le dolía todo. Se volvió boca arriba e intentó sentarse, sin hacer caso del dolor que le quemaba las manos. La calle se había convertido en un infierno. Miró entre la densa nube de humo negro que se elevaba por encima de un montón de metales retorcidos en la esquina,

media manzana más allá. Vio tres formas bien definidas en medio de la hoguera, aunque se estaban convirtiendo rápidamente en una única masa informe. Varios fuegos más pequeños ardían cerca de la explosión primaria, las llamas avivadas por el viento.

—¡Tommy! —gritó Caine. Le escocían los ojos por el humo. Intentó levantarse, pero en el momento en que cargó el peso en la rodilla izquierda, cedieron los huesos aplastados de ésta y se desplomó. Por un momento perdió la visión. Cuando la recuperó, estaba tendido de lado y se sujetaba la rodilla rota con las manos bañadas en sangre.

Notó la siguiente explosión medio segundo antes de oírla. El aire ardiente le barrió todo el cuerpo y la acera se onduló mientras el mundo se llenaba de nuevo con un rugido apocalíptico. Torció el cuello para mirar hacia la esquina.

Acababa de estallar otro coche y comenzaban a llover trozos de metal y vidrio ardientes. Se protegió el rostro mientras los fragmentos golpeaban a su alrededor como una granizada. Cuando apartó las manos, vio una placa de matrícula clavada en la acera, a un par de centímetros de su cabeza. Tenía que salir de allí como fuera. Su buena fortuna no duraría eternamente, y la siguiente lluvia de fuego y metal probablemente lo mataría.

Una vez más intentó ponerse de pie, pero entonces apoyó todo el peso en el pie derecho y utilizó una boca de incendios a modo de muleta. Ya casi había conseguido incorporarse cuando se le enganchó el pie izquierdo en la reja de la alcantarilla y se le giró la rodilla.

El dolor era imposible de soportar, era como si le estuviesen arrancando la pierna. Bañado en sudor, se mordió la lengua hasta sangrar y se obligó a mirar abajo.

En un primer momento se sintió desconcertado; miró de nuevo el pie derecho, y después el izquierdo. La visión casi le hizo perder el sentido; notaba que se le escapaba la conciencia, pero se resistió. Se mordió la lengua con más fuerza hasta que la sangre le llenó la boca.

Tenía el pie izquierdo girado ciento ochenta grados, hacia la espalda. No había manera de poder caminar en ese estado. Tenía que girar la pierna para poner el pie en la posición correcta. Pensarlo le provocó una arcada, y el ácido le ardió en la lengua herida. Escupió en la acera, una mezcla espesa de bilis y sangre.

Caine se acercó a la pata coja hasta la pared de un edificio; gemía de dolor cada vez que la pierna torcida golpeaba contra la acera. Se dejó caer contra la pared cuando tuvo otra arcada. Se miró la pierna, pero esa vez la visión no tuvo ningún efecto; estaba conmocionado.

Estalló otro coche con un ruido atronador. De nuevo llovieron los fragmentos mientras Caine se tapaba la cabeza. Cuando abrió los ojos, vio un parachoques doblado alrededor de la boca de incendios que le había servido de muleta. Apoyó la

espalda en la pared con todas sus fuerzas y procuró no pensar en el dolor; se sujetó la pantorrilla con las dos manos, y con un movimiento rápido, la giró para ponerla en la posición normal.

Agonía.

Agonía en su forma más pura. El sudor le nublaba la visión y tenía la sensación de estar mirando la calle desde el interior de una pecera. El coche que tenía delante se incendió. Caine se limitó a mirar, hipnotizado. El fuego se extendió por los asientos de cuero negro, como un gato viejo y haragán que se despereza. Luego las llamas cobraron vida propia, lamieron el volante, el salpicadero, el techo. El volante comenzó a derretirse lo mismo que los asientos, que poco a poco perdían la forma.

De pronto.

...

El coche que tiene delante estalla. Se deshace a cámara lenta. Los trozos de cristal vuelan de las ventanillas en todas las direcciones y cuarenta y siete fragmentos le producen pequeños cortes en el rostro, los brazos y las piernas. Las puertas se desprenden de las bisagras y los trozos de metal atraviesan el humo como misiles en miniatura. Uno gira en el aire y vuela paralelo al suelo hacia la cintura de Caine.

El fragmento afilado entra en la carne y le rebana el estómago como si fuese mantequilla. Incluso a cámara lenta, sucede con tanta rapidez que es indoloro. Lo es hasta que le secciona la columna vertebral. Algo parecido a una descarga eléctrica le recorre la espalda con la fuerza de una jabalina sujeta a un tren de carga.

Abre tanto los ojos que por un momento tiene la sensación de que se le salen de las órbitas; oye el espantoso ruido del misil, que continúa su trayectoria. Cuando el trozo choca contra la pared de ladrillos, rebota y entonces destroza lo que queda de sus órganos internos.

Caine muere.

El primer estallido había provocado una reacción en cadena que asombró a Nava. Las llamas se extendieron con la velocidad de un tornado, alimentadas con el combustible del camión cisterna aparcado al otro lado de la calle. Nava miró en dirección al lugar donde había visto a Caine por última vez pero ahora ya no lo veía a través del humo.

Intentó llegar hasta él, pero tres vehículos, cada uno en una etapa de destrucción diferente, le cerraron el paso. El primero era una masa amorfa, como un trozo de chocolate abandonado al sol. El segundo estaba al rojo vivo, pero aún se veían las siluetas oscuras de los asientos y las ruedas. El último era como una columna de fuego que salía de una carcasa de metal retorcido.

Fue de un extremo a otro en un intento por encontrar un camino a través del desastre, pero las llamas le cerraban el paso. Caminó como una leona enjaulada, atenta a cualquier resquicio que le permitiera llegar hasta Caine; pero, a menos que cayera un puente del cielo, sería imposible llegar hasta él a tiempo.

Caine abrió los ojos y respiró profundamente el aire mezclado con humo. Comenzó a toser convulsamente. Había muerto, pero ahora estaba vivo. ¿Qué demonios había pasado? Se miró el pecho y el vientre: no había ninguna herida, pero la rodilla sí que estaba destrozada. El coche que tenía delante aún estaba entero, aunque vio unas pocas llamas que comenzaban a moverse por el asiento.

Había perdido el conocimiento o había tenido otra visión. Pero le había parecido tan auténtica, tan real. Recordó cómo el metal le rajaba el estómago y el terrible dolor cuando le seccionó la columna vertebral.

Demonios, quizá estaba loco. Quizá...

Las llamas se habían extendido por todo el interior del coche que tenía delante. Mirarlas era hipnótico. El *déjà vu* de nuevo. Cerró los ojos con el deseo de borrar la sensación. Independientemente de la visión, si el coche estallaba, moriría. Intentó moverse, pero el dolor en la rodilla era insoportable. No podía. Necesitaría un milagro para salir de allí, y lo necesitaba ya.

Caine nunca había sido religioso, pero se dijo que nunca era demasiado tarde. Cerró los ojos dispuesto a rezar y entonces descubrió algo absolutamente inesperado: aún veía.

...

El fuego, la calle y él mismo tumbado en la acera, bañado en sangre. Se ve a sí mismo lanzando un rectángulo.

Una nueva explosión sacudió la calle, arrancó a Caine del trance. De pronto supo lo que debía hacer. Sin pensarlo, sujetó el asa del maletín metalizado. Echó el brazo hacia atrás, y después hacia delante para arrojar con todas sus fuerzas, el rectángulo

...

metalizado

El rectángulo cae y golpea en el techo del coche aparcado inmediatamente después del que tiene delante. Caine se apoya de nuevo en la pared, dispuesto a aceptar su destino cuando el coche explota. En el momento en que el techo revienta, el maletín sale disparado a través de la calle como un misil. Rebota en la pared de un edificio y resbala por debajo de un monovolumen, con una estela de chispas, que provocan una nueva explosión cuando las chispas encienden un charco de gasolina. El monovolumen vuela por los aires y se estrella en los andamios del edificio.

Comienza la reacción en cadena.

Un objeto metalizado atravesó el aire y luego estalló el monovolumen, que fue a estrellarse contra el edificio con un ruido tremendo, mientras trozos de mampostería y los andamios llovían sobre la acera. Si Nava no lo hubiese visto, hubiese jurado que alguien había disparado un misil. Se sobresaltó al oír un fuerte chirrido metálico. Miró hacia el edificio pero no había nada que ver, excepto la gigantesca escalera de incendios.

Había tanto humo que la escalera de incendios parecía oscilar suavemente de un lado a otro. Oyó otro chirrido. Nava miró con más atención y no pudo contener una exclamación. La escalera vertical parecía oscilar porque eso era lo que hacía.

Cuando la explosión había derribado los andamios, seguramente se habían roto algunos de los soportes de la escalera. Eso, combinado con el calor, había debilitado la estructura. Otro chirrido, esta vez todavía más fuerte. Parecía como si se fuera a caer en cualquier momento.

Con un tremendo estrépito de metales rotos, la escalera de incendios se desprendió del edificio y comenzó a caer hacia el suelo.

El tiempo se mueve a través de un bucle.

La misma escalera de incendios se estrella una y otra vez contra el suelo.

Cae en medio de las llamas y comienza a fundirse, (bucle)

Caine lanza el maletín. El coche estalla. El maletín rebota contra el edificio. Las chispas encienden la gasolina que hay debajo del monovolumen. Otra explosión. Los andamios se derrumban. La escalera de incendios cae y se parte en dos pedazos en el impacto, (bucle)

Caine lanza el maletín. El coche estalla. El maletín rebota contra el edificio. Las chispas encienden la gasolina que hay debajo del monovolumen. Otra explosión. Los andamios se derrumban. La escalera de incendios cae y se detiene bruscamente, unos soportes todavía la aguantan en el aire en un ángulo de 45 grados, (bucle)

Las imágenes se aceleran, su cerebro apenas consigue interpretar lo que ve antes del bucle. Una y otra vez, Caine pone en marcha la cadena de acontecimientos que hace que la escalera de incendios se desplome hasta que finalmente cae.

Nava esquivó la escalera por los pelos cuando se estrelló en la calle con un ruido ensordecedor. La estructura metálica permanecía milagrosamente entera, sólo un tanto torcida en la zona que había chocado con los vehículos que ardían. Nava miró la escalera durante un momento con una expresión de incredulidad. Entonces lo comprendió: tenía su puente.

Se quitó el ligero abrigo y con una daga cortó rápidamente tres tiras de tela. Se envolvió una en cada mano y con la otra se cubrió la boca y la nariz. Sin hacer caso del fuego que ardía debajo, se subió a la escalera y comenzó a avanzar por los peldaños.

El metal comenzaba a calentarse, pero las tiras de tela le protegían las manos. Avanzó rápidamente hacia el punto donde estaba doblada, agradecida por su entrenamiento en las escaladas por Gora Narodnaya, en los Urales. El humo y el sudor que le chorreaba de la frente le impedían ver gran cosa, pero continuó avanzando. Por fin se detuvo, bien sujeta a los escalones de metal y miró adelante. Estaba a menos de un metro del punto más alto de la escalera. Su objetivo se encontraba al otro lado del muro de fuego.

Buscó un lugar seguro donde dejarse caer, pero no lo había. Había llamas a cada lado; el único camino posible era seguir adelante. Miró de nuevo, atenta a cualquier posibilidad. No estaba segura, pero le pareció que veía el otro extremo del puente más allá del muro de fuego. Comenzaba a resplandecer, pero aún no estaba al rojo vivo. Era la única vía.

Resistió el deseo de respirar profundamente, porque el aire estaba cargado de humo y hollín. Se encogió, concentró todas las fuerzas en las pantorrillas, y saltó, con los brazos extendidos.

El mundo salta.

Hay una hermosa gimnasta.

Sube por la escalera de incendios y salta a través de una cortina de fuego de seis metros de altura; se estira para sujetarse de un trozo de metal al rojo vivo; no lo consigue. Caer sobre los restos de un camión en llamas. Suelta un alarido de dolor, (bucle)

El arroja el maletín. Comienza la reacción en cadena. Caer la escalera de incendios y crea un puente. La gimnasta sube por la escalera de incendios y tropieza antes de intentar el salto; cae del puente metálico y desaparece en la hoguera, (bucle)

Él arroja el maletín. Comienza la reacción en cadena. Caer la escalera de incendios y crea un puente. La gimnasta sube por la escalera de incendios, salta en el momento en que estalla uno de los camiones, y la metralla le destroza el cuerpo, (bucle)

Caine observa cómo muere la mujer cien veces. Un millar. Un millón. Y entonces...

A pesar de que el metal cede ante la fuerza de su empuje, Nava consiguió ejecutar un salto limpio. Una vez en el aire, se estiró, el cuerpo rígido. Las llamas le calentaron los brazos, el vientre, las piernas... y pasó la cortina de fuego. Abrió las

manos al máximo, a la espera de tocar el metal al otro lado. Y entonces...

Cerró las manos alrededor de lo que le pareció un hierro candente, y se sujetó. Aflojó un poco la presión para que su cuerpo pudiera darse impulso balanceándose y luego se soltó. Voló hacia delante. La caída era de sólo tres metros: no le pasaría nada siempre que no cayera sobre un trozo de metal retorcido.

Tocó el suelo y se agachó en el acto. Antes de que pudiera recuperar el aliento, oyó un tremendo chirrido metálico. Se levantó de un salto y echó a correr, entre los restos de metal incendiados. Fuera de peligro, volvió la cabeza y vio cómo la escalera de incendios desaparecía entre las llamas.

Nava siguió corriendo.

En esos momentos la gimnasta corría hacia él, después de haber superado la prueba del fuego. Caine se preguntó si ya estaba muerto y si la mujer era un ángel.

—¿Puedes caminar? —le preguntó el ángel, que apareció de pronto ante sus ojos.

Caine la miró. ¿Qué se le decía a un ángel? Ella no esperó a que le respondiera. Se agachó para cargárselo al hombro. Caine soltó un alarido al sentir el tremendo dolor en la rodilla destrozada, pero el ángel no hizo caso y comenzó a correr.

Caine observó cómo estallaba el coche detrás de ellos como sabía que ocurriría. Esta vez ocurrió en tiempo real, no a cámara lenta. Los fragmentos de cristal y de metal afilados como navajas volaron del coche y se incrustaron en la pared. Sólo que en esta ocasión Caine no estaba en la línea de la metralla.

Habría muerto de no haber sido por el ángel. Se le torció de nuevo la rodilla y se repitieron las descargas de dolor. Ahora que estaba en los brazos del ángel, no necesitaba seguir aferrado a la conciencia.

Así que Caine se dejó ir.

Capítulo 17

Notó que la carga se hacía más pesada cuando Caine perdió el conocimiento, pero Nava continuó la marcha. Era consciente de que seguía corriendo por la adrenalina; si se detenía, quizá perdería el conocimiento. Tenían que llegar a un lugar seguro.

Sin detenerse, Nava arrancó del hombro de Caine el minúsculo transmisor GPS que le había colocado una hora antes y lo arrojó al fuego. Así ya no había manera de que Grimes pudiera rastrearlos. La única pregunta era: ¿dónde podían esconderse?

No podía regresar a su apartamento y el de Caine estaba descartado. Tampoco le servía robar un coche, porque él estaba sangrando a raudales. Necesitaba un lugar donde pudiera curarle las heridas. Miró el rótulo con el nombre de la calle mientras pensaba.

El apartamento donde se había reunido con Tae-Woo estaba a unas pocas manzanas. No sabía si los norcoreanos lo utilizaban de manera permanente o si sólo les había servido para aquel encuentro. Si había más de dos agentes cuando llegara, habría sido un suicidio. Caine soltó un gemido. No tenía más alternativas; tendría que arriesgarse.

Continuó caminando. Sólo le faltaban tres manzanas. Había algunos transeúntes en la calle, pero aquellos a cuyo lado pasó eran neoyorquinos de pura cepa y sólo se ocupaban de sus asuntos. Nadie detuvo a la hermosa morena que cargaba al hombro a un hombre con una pierna destrozada. Seguramente habría una explicación válida, y si no la había tampoco querían saberlo.

Cuando llegó al edificio, estaba exhausta. Le dolían la espalda y los brazos mientras subía los cinco pisos por las escaleras. El último tramo lo hizo casi a gatas, y sólo la fuerza de voluntad hizo que consiguiera llegar al rellano.

Nava dejó a Caine en el descansillo, y se acercó silenciosamente al apartamento. Empuñó la Sigsauer 9 mm con las dos manos, retrocedió un poco y abrió la puerta de un puntapié. Recorrió la habitación a oscuras como había hecho unas cuantas noches antes, pero esa vez estaba desierto. Respiró más tranquila y arrastró a Caine al interior.

Cerró la puerta y palpó la pared junto al marco hasta dar con el interruptor. En cuanto encendió la bombilla que colgaba del techo, vio que se encontraba tal como lo había dejado. Las paredes desnudas, el suelo de madera sucio, la cocina diminuta, el frigorífico amarillo. No había nada fuera de lo habitual. Soltó el aliento que había contenido y vació la mochila en el suelo.

Su primera preocupación fue la seguridad. Sujetó la puerta con un poco de masilla arriba y abajo de la hoja. Sería engorroso quitarla cuando se marcharan del apartamento, pero por lo pronto evitaría que alguien los sorprendiera. Luego se ocupó de Caine. Tenía un aspecto horrible.

Tenía el rostro blanco como una sábana y la camisa empapada en sudor pegada al pecho. Sus manos estaban rojas y despellejadas, pero después de un rápido examen vio que las heridas eran superficiales, nada grave. El problema era la pierna izquierda, que parecía una masa sanguinolenta. Utilizó la daga para cortarle la pernera a lo largo de la costura.

Aunque la pantorrilla estaba cubierta de sangre, no parecía tener más que unos rasguños. La fuente de la hemorragia era la rodilla. La palpó con mucha suavidad para confirmar sus sospechas: tenía aplastada la rótula. Se veía el blanco amarillento del cartílago debajo de la carne abierta.

Se quitó los trozos de tela de las manos y extendió los restos de la chaqueta en el suelo. No era el entorno más estéril, pero tendría que servir. Sacó varios escalpelos y jeringuillas de su equipo de emergencia. Estaba a punto de inyectarle a Caine cien miligramos de Demerol cuando recordó la advertencia de Forsythe: «En esta misión, asuma que cualquier cosa es posible y todo es probable».

La probabilidad era pequeña, pero existía. Maldijo por lo bajo. No podía correr el riesgo. Dejó a un lado la jeringuilla, rompió una ampolla de sales aromáticas y la sostuvo debajo de la nariz de Caine. El intentó apartarla en un gesto inconsciente antes de abrir los ojos. Nava lo miró, cara a cara, por primera vez.

A pesar de su debilidad, la mirada de sus ojos color verde esmeralda era firme y desafiante. Movi6 la cabeza rápidamente de izquierda a derecha para orientarse antes de mirar de nuevo a Nava.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo Nava. Estoy aquí para ayudarte, pero necesito hacerte un par de preguntas.

—¿Ayudarme cómo? —Caine intentó sentarse, pero Nava lo sujetó por los hombros. Las piernas rozaron el suelo y el dolor le obligó a hacer una mueca—. Mi rodilla.

—Lo sé —dijo Nava—. ¿Eres alérgico al Demerol?

—No lo puedes utilizar —jadeó Caine.

—¿Qué me dices de...?

—No —la interrumpió Caine—. No puedo tomar nada. Estoy... —Parpadeó varias veces y apretó las mandíbulas por unos momentos—. Estoy tomando un medicamento experimental. No puedo tomar ninguna otra medicación debido a las posibles interacciones.

—Mierda —exclamó Nava por lo bajo—. Tengo que contener la hemorragia y curarte la pierna. Esto te dolerá.

—Haz lo que sea. Pero nada de medicamentos.

—Vale —asintió ella, sin mucha seguridad.

Estaba a punto de comenzar cuando de pronto sintió todo el peso de su propio

agotamiento. Sacó otra jeringuilla del equipo y se pinchó en el muslo. El corazón le dio un brinco cuando las anfetaminas entraron en la sangre. De pronto, absolutamente despierta, cogió uno de los escalpelos colocados sobre la tela de la chaqueta y realizó la primera incisión.

—¿Dónde está? —preguntó Forsythe, furioso.

—Lo estamos buscando por todas partes, pero se lo repito: sencillamente ha desaparecido —le dijo Grimes por enésima vez.

—Repíteme lo que sucedió.

—En cuanto me di cuenta de que la agente Vaner había engañado al equipo de asalto, rastree todos sus otros transmisores GPS, porque supuse que había utilizado otro para marcar al verdadero objetivo. Luego busqué la información.

Grimes puso en pantalla la cinta de vigilancia de uno de los satélites de la ANS en una órbita a doscientos cuarenta kilómetros de la Tierra. La hora marcaba las 18.01.03.

—Muy bien, aquí está David Caine. —Grimes señaló la cabeza de un hombre en la pantalla—. Se ve cómo este otro tipo le entrega un maletín.

—¿Sabemos quién es o cuál era el motivo del encuentro? —preguntó Forsythe.

—Podría ser un repartidor de pizza. ¿Cómo demonios voy a saberlo? Sólo ha pasado una hora desde que esto ocurrió.

Forsythe rabió en silencio hasta que Grimes continuó con el relato.

—El caso es que veinte segundos después de la entrega, este coche explota. Pero si lo mira con los infrarrojos... —Grimes congeló la imagen, retrocedió unos pocos fotogramas y amplió la nueva imagen para destacar un pequeño cuadrado junto a los pies de Caine—. Como ve, no es el coche el que estalla, sino esta caja. Cuando la vi, amplí la visión. —La imagen se amplió. Luego Grimes enfocó una forma oscura en la azotea de un edificio—. Aunque no puedo tener una seguridad absoluta, a mí me parece que este tipo tiene en las manos algo que parece un control remoto.

—¿Me estás diciendo...?

—Que alguien intentó hacer volar a David Caine. Sí, eso es exactamente lo que digo.

—¡Joder! —exclamó Forsythe, que se olvidó por un momento de la compostura—. ¿Fue Vaner?

—No, pero quizá estaba allí. —Grimes señaló de nuevo la pantalla, donde las imágenes se movían a cámara lenta—. La primera explosión puso en marcha una reacción en cadena. Debido a las obras de construcción, había varios camiones aparcados en la calle, además de un par de bidones de gasolina. No es prudente tener eso cerca de un fuego.

Uno tras otro, los camiones estallaron silenciosamente en la pantalla.

—Aquí es cuando aparece. —Grimes detuvo la imagen en una vista aérea de una mujer—. Lamentablemente, no conseguimos ninguna imagen clara de su rostro. Podría ser Vaner, pero también podría ser mi madre. Es imposible de decir. —Apretó otro botón y la cinta se puso en marcha—. ¿Lo ve? Corre hasta dar la vuelta a la esquina, como alma que lleva el diablo.

—¿Quizá corría para escaparse del fuego? —sugirió Forsythe.

Grimes negó con la cabeza.

—Ni hablar, amigo. Corre hacia el fuego. A menos que la tía sea una pirómana total, diría que corre hacia nuestro muchacho. —Grimes tocó la pantalla con la yema del dedo y trazó una línea imaginaria desde la mujer al sujeto que estaba apoyado en una pared.

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé. —Grimes se encogió de hombros—. La última imagen que tenemos es de una mujer que corre hacia esta hilera de vehículos incendiados. Después, hay demasiado humo para ver algo.

—¿Qué pasa con los infrarrojos?

Grimes se giró en la silla para mirar al doctor Jimmy, como si le dijera: «No me diga cómo debo hacer mi trabajo».

—¿Caray, cómo es que no se me ocurrió? ...Ya lo hice. Debido al calor del incendio los rayos infrarrojos no funcionan. Cuando se disipó el humo, ambos habían desaparecido.

—¿Qué hay del transmisor GPS que llevaba Vaner?

—Dejó de funcionar un par de minutos después de la explosión.

Forsythe permaneció en silencio durante una fracción de segundo antes de decidir que la culpa era de Grimes.

—Nadie, y lo repito, nadie se va a su casa hasta que hayas encontrado al objetivo. ¿De acuerdo?

—Lo que usted diga. —Grimes suspiró.

Forsythe salió de la habitación, con un sonoro portazo.

—Gilipollas —murmuró Grimes.

—Tommy —exclamó Caine—. Está muerto, ¿no? —le preguntó a la mujer.

—No lo sé —respondió Nava, pero Caine sabía que era una mentira. Sin mirarlo a los ojos, ella continuó curándole la rodilla. Era casi un alivio, el dolor físico lo ayudaba a soportar la pena por la muerte de Tommy. Se sentía tremendamente culpable. Si no lo hubiese llamado, Tommy nunca habría estado allí. Hubiese seguido viviendo su vida. Ahora... ahora estaba muerto.

—La explosión lo arrojó hacia el lado opuesto al tuyo —añadió Nava—. Quizá se salvó. Tú estás vivo. —Sostuvo la mirada de Caine—. Siento lo de tu amigo. Pero si

has de sobrevivir a esto, tendrás que apartarlo de tu mente. Al menos por ahora.

Caine la miró, furioso. ¿Quién era ella para decirle que no llorara a su amigo? De pronto se sintió abrumado por la emoción. La culpa, la confusión, la gratitud, la pena, el miedo, la furia. Cada una lo cubrió como una ola, lo ahogó por un momento, y después se retiró para dar paso a la siguiente. Respiró profundamente y moqueó.

La desconocida tuvo la bondad de proteger su dignidad; simuló mirar a través de la ventana mientras él se enjugaba las lágrimas. En cuanto Caine consiguió dominarse, Nava continuó con la cura. Por alguna razón, ya no parecía dolerle tanto.

—¿Qué has hecho? —le preguntó.

—Un bloqueo del nervio. Disminuirá el dolor, al menos mientras reparo el cartílago.

Caine la observó por primera vez. No recordaba haber visto nunca a una mujer en mejor estado físico. El ceñido top negro dejaba a la vista los firmes músculos de los hombros y los brazos.

El estómago era plano como una tabla, las piernas eran largas y fuertes, sin un gramo de grasa.

La piel era impecable, de un tono moreno; tenía las facciones bien marcadas y la larga caballera castaña recogida en una práctica cola de caballo, dejaba ver un rostro que sin duda era hermoso cuando sonreía. Pero en ese instante su boca era una rígida línea horizontal y sus ojos castaños mostraban una mirada dura.

—¿Quién eres? —le preguntó, intrigado.

—Me llamo Nava Vaner.

—No, me refiero a quién eres tú. ¿Por qué me has salvado? ¿Qué quieres?

—Ésa es una pregunta mucho más complicada. —Nava suspiró y se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la muñeca—. Ni siquiera sé si puedo responderme a mí misma.

Caine permaneció en silencio durante un segundo. Luego dijo sólo una palabra:

—Inténtalo.

Mientras Nava miraba a David, sintió un fuerte deseo de contárselo todo. Llevaba tanto tiempo sola, había vivido tan a fondo en la mentira que casi había olvidado la verdad. Contárselo era un riesgo; pero, sin saber por qué, le pareció que era lo más seguro que podía hacer. La voz en el fondo de su mente, la misma que la había mantenido viva todos esos años, le gritaba que mintiera.

Sin embargo la intuición le decía que todo iría bien si se lo contaba. Además, estaba Julia. Hasta entonces, todo lo que le había dicho se había cumplido; y ella le había dicho a Nava que David Caine era la persona en la que podía confiar. Nava continuó limpiándole la herida mientras pensaba.

Caine parecía entenderlo. No intentó presionarla o llenar el silencio con una

charla inútil. En cambio esperó, con los labios apretados para soportar el dolor mientras ella le quitaba con todo cuidado los trozos de metal y cristal incrustados en la carne. Finalmente, Nava lo miró. Había tomado su decisión.

—Te mentí —dijo, con voz firme—. Mi verdadero nombre no es Nava Vaner, aunque lo llevo desde hace más de diez años. Cuando nací, mis padres... —Nava hizo una pausa, sorprendida por la emoción que le producía pensar en ellos—, mi madre me puso el nombre de Tanja Kristina.

Nava respiró profundamente. Ahora estaba preparada para relatar su historia.

—Tenía doce años cuando ella murió.

Capítulo 18

Hubo un accidente aéreo —dijo Nava. Recordaba aquella noche como si hubiese sido ayer—. Habíamos preparado un viaje para toda la familia. Iba a ser mi primer vuelo, pero la semana antes, tuve una pesadilla así que me negué a ir. Mi padre se quedó en casa conmigo, pero mi madre y mi hermana tomaron el avión. —Nava hizo una pausa—. Nunca regresaron.

—Lo siento —manifestó Caine.

Nava aceptó la condolencia en silencio. Se sorprendió al ver cuánto le dolía hablar de lo sucedido, incluso después de tantos años. Pero en cierta manera la tranquilizaba poder desahogarse, aunque lo hiciera con un extraño. Le parecía algo muy sincero, la primera interacción humana que había tenido en doce años que no estaba basada en una sarta de mentiras.

—El primer mes fue una auténtica pesadilla. Esperaba regresar a casa y encontrarme a mi madre en la cocina, pero... —Nava hizo una pausa—. Pero todos los días eran iguales. Ella seguía sin regresar... y yo seguía sola.

—Pero tu padre...

—En cierto sentido mi padre también murió aquel día —declaró Nava con amargura—. Después de la catástrofe nunca volvió a ser el mismo. Era como vivir con un fantasma.

Nava recordó aquel primer año, cuando su nombre todavía era Tanja, sola en la casa, con su padre. Él nunca se había perdonado por no haber hecho que su esposa y su hija se quedaran en casa. Pero en lugar de culparse a sí mismo, había responsabilizado a Tanja, y en consecuencia, Tanja no sólo había perdido a su madre y a su hermana cuando la bomba del terrorista había destrozado el avión, sino también a su padre.

Todas las noches, le preguntaba a Dios por qué se las había llevado. Luego lloraba. Lloraba porque los había perdido, porque su padre ya no la abrazaba y porque su madre ya no ahuyentaba al coco con sus besos. Pero por encima de todo, lloraba porque en secreto, en lo más profundo de su interior, se alegraba de no haber sido ella quien hubiese muerto. Eso era algo que nunca se perdonaría.

—¡Ay! —gritó Caine, y apretó los dientes.

—Lo siento —se disculpó Nava. Había estado tan ensimismada que sin darse cuenta le había movido la rodilla. Se enjugó una lágrima—. ¿De verdad quieres escuchar todo esto?

—Sí —respondió Caine, con una mirada pensativa—. Creo que es importante.

Nava asintió al comprender que lo era. Continuó con el relato.

—Estaba furiosa. Tenía doce años y buscaba a alguien a quien echarle la culpa. Entonces, una noche, oí a mi padre que hablaba por teléfono con uno de los líderes

del partido. En aquel instante descubrí que los terroristas afganos habían sido los responsables de la caída del avión.

»Al día siguiente, cogí el autocar a Moscú y fui a la plaza Lubyanka, donde estaba el KGB. —A pesar de la amargura, Nava esbozó una sonrisa, al recordarse a sí misma como Tanja, la pequeña niña asustada que quería matar a los terroristas. Se preguntó cómo hubiese sido su vida de no haber escuchado la conversación de su padre. Probablemente nunca hubiese conocido al hombre que se convertiría en su segundo padre. Su nombre era Dmitry Zaitsev y le enseñaría muchas cosas en los años venideros. Incluso a matar.

Un día, unas pocas semanas después de que la rechazaran en Lubyanka, Tanja caminaba de regreso a su casa cuando un brazo fuerte le rodeó el pecho y otro el cuello. Comenzó a dar puntapiés y puñetazos con la ferocidad de un león acorralado. Los brazos aumentaron la presión.

No sabía que incluso en aquel primer momento Dmitry la estaba poniendo a prueba, para comprobar si el valor de Tanja desaparecería al enfrentarse con la muerte. Pero ella no se acobardó ante el ataque; continuó luchando con más fuerza, y descargó golpes con la cabeza contra el pecho del hombre una y otra vez hasta que él la sumió en la oscuridad.

Cuando volvió en sí, tenía la muñeca izquierda esposada al poste de una cama en un pequeño estudio al lado del Kremlin. En cuanto tomó conciencia de dónde estaba, saltó de la cama con tal violencia que estuvo a punto de dislocarse el brazo. Sin perder ni un segundo buscó librarse de la esposa, pero fue inútil. El hombre la dejó hacer durante unos minutos para que se diera cuenta de que estaba indefensa antes de hablar.

—Relájate.

Tanja se volvió para mirarlo, con una expresión de odio en el rostro. Respiró profundamente y le escupió. El escupitajo lo alcanzó en el hombro. Él se miró el hombro y después a Tanja, con una sonrisa.

—Buena puntería.

Tanja permaneció en silencio, aunque relajó un poco las mandíbulas.

—Me llamo Dmitry. ¿Cómo te llamas?

Tanja cruzó el brazo libre sobre su pecho infantil.

—Permíteme que te ayude. Te llamas Tanja Aleksandrov. Tu madre y hermana murieron hace tres meses, cuando la bomba colocada por un rebelde afgano destrozó el avión en el que viajaban. —La ira desapareció del rostro de Tanja—. Pertenezco al KGB. Combato a esos terroristas. Un amigo mío me dijo que tú querías sumarte a la lucha. ¿Es verdad?

Tanja miró los ojos de mirada fría. Después asintió lentamente.

—Muy bien. Si quieres ayudar, has de prometerme que harás todo lo que te diga.

—Eso depende de lo que quieras que haga.

—Me parece justo —señaló Dmitry—. Si hubieses aceptado sin más, habría sabido que eres una tonta o una mentirosa. Me alegra que no seas ninguna de las dos cosas.

—Pues yo me alegraré cuando me sueltes —replicó ella y sacudió la esposa.

—Si lo hago, ¿aceptarás escucharme?

Ella asintió.

Dmitry se acercó a la cama, con la precaución de mantenerse fuera del alcance de sus puntapiés. Abrió la esposa y se la quitó. Tanja se apresuró a darse un masaje en la muñeca enrojecida e hinchada.

—Ésta es tu primera lección: asegúrate de que las esposas estén bien apretadas; de lo contrario la persona que esposas podría escaparse.

Tanja permaneció en silencio. Pero tampoco intentó escapar. Tenía una enorme curiosidad.

—Ahora la lección número dos. —Dmitry se inclinó hacia ella, le cogió con delicadeza una de las horquillas que llevaba en el pelo al tiempo que volvía a esposarla.

—¡Eh! —protestó Tanja—. ¡Prometiste que me dejarías libre!

—Y tú me prometiste que me escucharías —replicó Dmitry. Sostuvo la horquilla delante de los ojos de Tanja—. Tal como te decía, pasemos a la lección dos: cómo abrir una cerradura. —Durante los diez minutos siguientes, Dmitry le explicó el funcionamiento interno de las cerraduras y le enseñó cómo una vulgar horquilla podía convertirse en una llave.

En cuanto acabó con la demostración, le devolvió la horquilla. Tanja se puso manos a la obra sin demora. Aunque tuvo que intentarlo unas cuantas veces, acabó por oír un chasquido y las esposas cayeron al suelo. La muchacha lo miró complacida y, por primera vez en meses, apareció una sonrisa en su rostro.

—Muy bien, Tanja. Ahora háblame de tu padre —ordenó Dmitry.

—Se llama Yegor... —El tremendo bofetón de Dmitry la hizo caer de la cama.

—Lección número tres: nunca le digas a nadie nada. —Dmitry enarcó las cejas—. Al menos, nada que sea la verdad.

Tanja se levantó lentamente. Se frotó la mejilla, que estaba roja como un tomate.

—Por hoy se acabaron las lecciones. Si quieres saber más, reúnete mañana conmigo en el callejón cuando salgas de la escuela. Si no es así, entonces olvídate de todo esto. Tuya es la decisión, pero nunca le cuentes a nadie lo que ha sucedido hoy, y mucho menos a Yegor. —Dmitry la miró con una expresión burlona—. A menos que quieras recibir algo más que una bofetada.

—Aguanta esto —dijo Nava mientras aplicaba un torniquete en el muslo de Caine. El torció el gesto, pero obedeció. Ella sabía lo mucho que le debía doler y se sintió impresionada por lo bien que lo toleraba.

—Sigue hablando —le pidió Caine, con el rostro bañado en sudor—. Dame algo en qué pensar aparte...

—De acuerdo. —Nava recordó los meses que habían seguido a su primer encuentro con Dmitry—. Nos encontrábamos en el callejón todos los días después del colegio. Caminábamos por las calles de Kitai Gorod y Dmitry me enseñaba historia rusa. Me hablaba de Pedro el Grande, cuando conquistó Estonia, de la revolución socialista de Lenin y de la filosofía marxista moderna, y yo siempre quería saber más. Ahora cuando lo recuerdo, sé que me estaba adoctrinando con la propaganda del partido. Pero entonces... bueno, me creía todas y cada una de sus palabras. Era padre y maestro a la vez, y yo su más aplicada alumna.

' «Luego llegó el momento en que me enseñó a espiar. Al principio fue poco a poco, me preguntaba por las personas que nos cruzábamos en nuestros paseos. ¿De qué color era el vestido de la mujer gorda? ¿Cuántos niños la acompañaban? ¿Qué vendía el hombre del bigote en su carrito? Yo tenía un talento natural y aprendí rápidamente a captar todos los detalles del mundo que me rodeaba. Dmitry estaba impresionado, y al cabo de seis meses comenzó a enviarme a las tabernas para espiar a los miembros del partido que el KGB consideraba presuntos desleales.

»En cuanto Dmitry admitió que tenía el «don», hizo que otros también me enseñaran. Fue entonces cuando aprendí a robar.

Nava tuvo que apretar de nuevo el torniquete y Caine soltó un grito que controló en el acto.

—No calles —dijo con los puños apretados—. Quiero escucharlo.

Nava asintió. Reanudó el relato al tiempo que continuaba con la cura.

—Mi maestro se llamaba Fyodor. —Nava recordó al hombre bajo y moreno con grandes cejas. No hablaba mucho y a primera vista parecía absolutamente vulgar. Era la clase de hombre que cualquiera olvida al segundo de verlo entrar en una habitación. Sin embargo, era su capacidad innata para confundirse con el entorno el don que lo distinguía de los otros hombres. Caminar con Fyodor era como caminar junto a una pared. Excepto, por supuesto, que una pared no te robaba mientras pasabas a su lado.

A última hora de la tarde, cuando los moscovitas regresaban a sus casas después del trabajo, Fyodor y Tanja caminaban entre ellos. Al final del día entraban en cualquier callejón y Fyodor abría la bolsa para mostrarle los frutos de su labor: carteras, anillos, relojes, y multitud de objetos que había robado mientras caminaba con su alumna favorita. Con el tiempo, le enseñó a Tanja todo lo que sabía.

—¿Por qué te enseñó a robar? —preguntó Caine.

—Fyodor decía que lo más importante para un espía era ser capaz de conseguir cosas que no debías tener de lugares en los que no debías estar. En realidad, ser espía no se diferencia de ser un ladrón. Todo se reduce a robar. El ladrón roba joyas y el espía roba secretos.

»Así que Fyodor me enseñó a ser una artista del robo. Primero me enseñó el trabajo del carterista. Después a abrir cerraduras. Candados, cerrojos, cerraduras de seguridad, de coche y todas las que puedas imaginar. Fyodor nunca se había tropezado con una cerradura que no pudiese abrir en menos de veinte segundos. Yo no era tan habilidosa, pero después de unas semanas, abría casi todos los modelos de cerradura en un tiempo máximo de dos minutos.

«Cuando cumplí los catorce, Dmitry decidió que debía estudiar en el KGB a jornada completa. Para aquel entonces mi padre y yo apenas si nos hablábamos. Por lo tanto, cuando le dije que me marchaba, creo... creo que lo agradeció. Verme no era más que un recordatorio. Si no estaba en la casa, podía fingir que nunca había tenido una familia.

Nava guardó silencio. Caine, al advertir su tristeza, la ayudó a seguir.

—¿Así que te enviaron a la escuela de espías?

—Sí. —Nava casi se rió—. Fui a la «escuela de espías». Se llamaba el Spetsinstitute. Yo formaba parte de un programa piloto con otros diez chicos y chicas con talento. Teníamos ocho horas de clases todos los días, siete días por semana. Primero, estaban los idiomas. A todos nos enseñaban inglés, pero como soy morena, el partido decidió que también debía aprender hebreo y farsi para poder trabajar en Oriente Próximo.

»También aprendí tecnología, política, historia, economía, sociología y antropología. Después de las clases, pasaba cuatro horas con el instructor de combate que me enseñó las artes marciales rusas.

Cada noche después del entrenamiento, Tanja cenaba y luego volvía a su habitación, dolorida de pies a cabeza, donde estudiaba durante otras tres horas antes de acostarse y dormir siete horas antes de empezar de nuevo. Durante las primeras semanas, Tanja se despertaba agotada física y mentalmente, pero nunca había tiempo para descansar, así que sólo podía seguir adelante. Las clases eran difíciles, pero nada comparado con las sesiones de combate.

Nava sonrió al recordar a Raisa, una belleza con una piel de porcelana y una larga melena negra azabache. Raisa pesaba sólo cincuenta y cinco kilos, pero estaba acostumbrada a luchar con hombres que le doblaban en tamaño y lo hacía con una precisión mortal.

Raisa pertenecía a las fuerzas especiales rusas, conocidas con el nombre de Spetsnaz. Durante meses Tanja practicó puñetazos, puntapiés y llaves. Cuanto más aprendía, con más saña la atacaba Raisa. Después de aprender a defenderse contra un

único oponente, Raisa la obligó a enfrentarse con dos y tres atacantes a la vez.

El entrenamiento era implacable, y Tanja tuvo que desarrollar su propio estilo, aprender a moverse de una manera inesperada para rechazar los continuos ataques desde todas las posiciones imaginables. Tras enseñarle todo lo que se podía aprender de la lucha cuerpo a cuerpo, Raisa pasó al combate con armas.

Allí fue donde Tanja encontró el arma que se convertiría en su favorita: una pequeña daga curva de quince centímetros de hoja llamada kindjal y que era típica del Dajestán. Raisa le enseñó a Tanja cómo cortar el tendón de Aquiles de un hombre para que no pudiera caminar; dónde apuñalarlo para seccionarle la columna vertebral; y, por supuesto, cómo clavarla en el escroto y hacer girar la hoja para castrarlo.

—En cuanto aprendí las artes marciales rusas y el manejo de la daga, me enviaron al polígono de tiro.

Mijail, el larguirucho instructor de armas, insistió en que ella debía comprender la mecánica de todas las piezas de artillería y la física implicada en su funcionamiento antes de disparar ni un solo tiro. Le enseñó la diferencia entre una pistola (se cargaba con un cargador) y un revólver (cada bala se cargaba manualmente). Aprendió que era necesario amartillar el percutor manualmente antes de disparar un revólver de simple acción, mientras que el de doble acción lo hacía automáticamente. Descubrió que el calibre de una arma sólo era la medida del diámetro interior del cañón, y por extensión el de las balas. Además, aprendió que las balas de mayor calibre tenían menor poder de penetración pero causaban más daños.

Memorizó las ventajas de una pistola semiautomática de calibre 9 mm —balas de gran velocidad, disparo relativamente silencioso, una precisión casi perfecta, poco retroceso y un cargador de gran capacidad— y también sus defectos: que causaban heridas de poca penetración que no provocaban grandes hemorragias y que se encasquillaban con facilidad.

Tanja aprendió las tres maneras en que una bala podía anular a un hombre: pérdida de sangre, trauma craneal o afectación de un órgano importante como el corazón o los pulmones. Eso la condujo a otras lecciones, como que debía apuntar a la cabeza si quería matar a un hombre con un arma de calibre 22, porque una bala de poco calibre sólo tenía la fuerza para atravesar el hueso, pero no para salir, así que una vez dentro del cráneo rebotaba y destrozaba el cerebro de la víctima. Si utilizaba un arma de calibre 45, el disparo al torso sería mortal, porque el proyectil tenía la potencia suficiente para arrastrar los órganos de un hombre por el orificio de salida en la espalda.

Le enseñó que las balas de punta hueca eran cóncavas en la punta para llevarse los órganos por delante a medida que penetraban en el cuerpo, y que una bala de seguridad Glasé no era más que una vaina de cobre rellena de teflón líquido y plomo,

sellada con un capuchón de plástico. El capuchón se desintegraba en el momento del impacto y maximizaba la transferencia de energía al contenido. El teflón y el plomo se expandían, cosa que aumentaba la probabilidad de alcanzar una arteria mayor. Eso también significaba que la bala no rebotaría ni saldría del cuerpo, una característica que la convertía en segura para todos excepto para la víctima.

Por último, Mijail le enseñó las virtudes y defectos de los diferentes modelos. La Glock austríaca; la Heckler & Koch alemana; la SigSauer suiza; las pistolas norteamericanas: Smith & Wesson, Colt y Browning; la Beretta italiana y por supuesto, las Gyurza y Tokarev rusas.

Sólo entonces, después de haber aprendido más de lo que creía posible que se pudiera aprender de las armas, Mijail le entregó un Nagant, un viejo revólver de acción simple de fabricación rusa. Después de cargar cuidadosamente las balas de calibre 7,62 mm en el cañón con recámara para siete balas, Tanja se puso en posición, apuntó, amartilló el arma y apretó el gatillo. El retroceso fue tan fuerte que la hizo tambalear y acabó sentada de culo en el suelo.

Fue la única vez que vio reír a Mijail. «Esa es la diferencia entre el aprendizaje teórico y el práctico», le dijo.

Furiosa, Tanja se levantó y efectuó otro disparo. Nunca más volvió a caerse.

Como en los otros estudios, Tanja fue una alumna aventajada y dominó el manejo de las pistolas de todos los calibres antes de pasar a otro tipo de artillería. Primero fueron las ametralladoras Uzi, Browning M2HB y M60, que le dejaban una sensación en los brazos como si los tuviese rellenos con gelatina. Luego las escopetas como las Baikal MP-131K y las CAWS Heckler & Koch, que le dejaban un morado en el hombro debido a la potencia del retroceso. Por último, Mijail le enseñó a calcular la distancia, la velocidad del viento y el arrastre de forma tal que los disparos hechos con el fusil Dragunov que utilizaban los franco-tiradores siempre dieran en el objetivo.

Nava hizo una pausa. Había acabado de entablillarle la pierna. Caine sudaba a mares.

. Esto tendría que bastar —comentó la mujer mientras observaba el resultado de su trabajo.

—Gracias —dijo Caine.

Nava asintió, dominada de pronto por la timidez. Se preguntó por qué se sentía tan a gusto con un hombre al que apenas conocía.

¿Qué pasó después? ¿Cuál era el examen final en el Spetsinstitute?

Tuve que matar a un hombre —respondió Nava con un tono neutro—. Era un terrorista, un rebelde afgano llamado Jalil Myasi.

—¿Lo hiciste?

—Sí. Le disparé dos veces en el pecho y una en la cabeza. Tal como me habían

enseñado. —Recordaba aquel momento con absoluta claridad. Las tres detonaciones, cuando el proyectil salía del cañón. El grito de agonía de Myasi, interrumpido cuando la sangre le llenó la garganta. La sensación de entumecimiento en el pecho mientras permanecía junto al cadáver.

No fue como lo había imaginado. No se sintió exultante, ni tampoco disminuyó su deseo de venganza. Pero al KGB no le importó. La habían transformado en una asesina implacable y estaban ansiosos por emplear al máximo su nueva arma.

Algunas veces la habían hecho interpretar el papel de una colegiala; otras de una prostituta adolescente. La mayoría de las veces le ordenaban trabajos de vigilancia; aunque si la situación lo requería, le ordenaban a Tanja, que tenía diecisiete años, que matara y ella lo hacía.

Como Tanja hablaba perfectamente el hebreo, el farsi y el inglés, cuando cumplió dieciocho años el partido decidió enviarla a Tel Aviv. Vivió allí casi un año antes de que Zaitsev le ordenara asesinar a Moishe Drizen. El asesinato del agente del Mossad fue el primero en el que Tanja se planteó por qué lo había hecho.

Con todos los otros, las razones habían sido obvias. Eran enemigos del partido, se lo habían ganado. Pero Drizen era diferente. Después de realizar el seguimiento previo a la operación, quedó claro que no era antisoviético ni partidario de los terroristas. Al contrario, era un agente de la lucha antiterrorista.

Pero cuando Tanja le preguntó a Zaitsev qué había hecho Drizen para merecer la muerte, su única respuesta fue: «No pongas en duda las razones del partido».

Por lo tanto, Tanja hizo lo que le habían enseñado: lo degolló en un callejón. Ella no lo había sabido en aquel momento, pero había sido la última prueba a que la sometían. Al día siguiente, Zaitsev le comunicó que ya estaba preparada para trabajar en Estados Unidos.

Le asignaron una familia anfitriona de compatriotas rusos que el partido había enviado a Estados Unidos veinte años antes. Se hacían pasar por israelíes que habían decidido trasladarse allí e iniciar una nueva vida. Poco después de su llegada, la pareja tuvo una niña. La llamaron Nava.

Nava llevó una vida absolutamente normal hasta el 7 de mayo de 1987, cuando desapareció misteriosamente. Denis y Tatiana Gromov —conocidos como Reuben y Leah Vaner— estaban desesperados. Poco dispuestos a entrar en contacto con la policía por miedo a llamar la atención sobre ellos mismos, Denis Gromov pidió ayuda a su controlador en el KGB. Zaitsev le dijo que emplearía todos sus recursos para encontrar a la muchacha. Pero mientras tanto, ¿podían hacerle un favor?

Preocupados por la seguridad de su hija, los Vaner le hicieron el favor. Abandonaron su pequeño suburbio de Ohio para ir a otro de Boston, y dejaron atrás la vida que se habían forjado. Un mes más tarde, se enteraron de que su hija se encontraba sana y salva en Rusia y que no tendría ningún problema siempre que ellos

«adoptaran» a Tanja. Al día siguiente, Tanja se presentó en casa de los Vaner. Fue entonces cuando Tanja Kristina Aleksandrov dejó de existir y nació la nueva Nava Vaner.

Los Vaner cumplieron con su parte del compromiso. Dejaron que la hija adoptada viviera en su casa mientras le enseñaban a ser norteamericana. Pasado el verano, la nueva Nava fue al instituto. Cuando llegó el momento de solicitar el ingreso en una universidad, a Nava le fue muy bien, porque la aceptaron en seis universidades del país a la vez. Zaitsev consideró que la más conveniente para ella era la de California por ser la «más americana». Cuatro años más tarde se licenció con matrícula de honor en ruso y en estudios árabes.

Cuando la Agencia Central de Inteligencia recibió su solicitud, se mostraron entusiasmados. Después de una profunda investigación de sus antecedentes, incluidas entrevistas con sus amigos del instituto y de la universidad, además de a los padres y vecinos, le ofrecieron participar en el programa de formación de su cuerpo de élite: el servicio clandestino.

Después de todo, Nava era la candidata perfecta.

Durante los dos años siguientes, Nava participó en un programa de entrenamiento intensivo. A pesar de los esfuerzos de sus compañeros por destacar en las técnicas de combate, manejo de las armas y estudios de las culturas extranjeras, la joven descolló sobre todos ellos. Los instructores de Langley nunca habían encontrado a nadie dotado con tanto talento «natural». Así, por segunda vez en su vida, fue seleccionada para matar por su país.

Pero en aquellos momentos Nava ya no sabía cuál era su país.

A pesar de que había crecido y se había educado en la Madre Rusia, vivir durante seis años en Estados Unidos le había permitido conocer la cultura occidental de una manera muy diferente a la aprendida en las clases del Spetsinstitute. De pronto Nava dejó de tener claro a quién le debía lealtad. Descubrió que había perdido el deseo de espiar para Rusia. Claro que tampoco tenía deseos de espiar para Estados Unidos...

Sin embargo, cuando no llevaba más de un mes trabajando para la CIA como agente antiterrorista en Oriente Próximo, ocurrió lo inimaginable: ocho altos funcionarios protagonizaron un golpe de Estado en la Unión Soviética. Todos los días leía asombrada en The Herald Tribune las noticias referentes a que el vicepresidente de Gorbachov, Gennadii Yanayev, había asumido el control de la URSS, junto con el director del KGB, Vladimir Kryuchkov, el primer ministro soviético, Valentín Pavlov, y el ministro de Defensa, Dmitry Yazov.

Pero entonces los ciudadanos se rebelaron. Dirigidos por Boris Yeltsin, recuperaron el Kremlin y la «banda de los ocho», incluido Kryuchkov, fue arrestada. Nava comprendió que su mundo había cambiado cuando vio que derribaban delante

del cuartel general del KGB la estatua de Félix Dzerzhinsky, fundador de la policía secreta. Le envió un mensaje a Zaitsev donde le preguntaba qué debía hacer.

Después de cuatro meses de espera, Nava se enteró por los canales de la CIA que Dmitry Zaitsev, su maestro, mentor y padre adoptivo, estaba muerto, se había suicidado. Sin su amado KGB, no había visto ninguna razón para vivir. Nava se sintió destrozada, pero como había hecho antes, siguió adelante.

Tampoco dejó de esperar. Cuando nadie del SVR —el nuevo servicio de espionaje de Rusia— se puso en contacto con ella después de un año del fallido golpe de Estado, Nava llegó a la conclusión de que la habían «extraviado». Las pocas personas del viejo KGB que conocían su verdadera identidad estaban muertas y nunca había existido un expediente oficial de su condición de espía.

Por primera vez en su vida, Nava era libre de hacer su voluntad. Pero lo único que sabía hacer era matar, así que se quedó en la CIA. Durante los cinco años siguientes, asesinó a tantos terroristas que perdió la cuenta. Aun así, por muchos que matara, nunca consiguió borrar el sentimiento de culpa por seguir viva cuando su madre y su hermana habían muerto. Sabía que por cada hombre que mataba tenía la compensación de haber salvado un número desconocido de vidas, pero eso no era suficiente para llenar la soledad que sentía.

Por lo tanto, continuó con su venganza personal. Así fue como, en un sofocante día de verano de 1998, cuando la CIA dispuso no eliminar a uno de los terroristas que ella había estado siguiendo, Nava decidió no hacer caso de la orden. Con un poco de ayuda del Mossad, lo ejecutó. Después se llevó una sorpresa cuando le pagaron por un servicio que ella hubiera hecho gratis con todo gusto.

De esta manera comenzó un nuevo capítulo en su carrera: vender secretos y realizar misiones secretas para cualquiera que quisiera matar a los terroristas que Estados Unidos no quería eliminar. Al principio sólo trabajó para el Mossad, pero con el tiempo se labró una fama en ciertos círculos y el MI-6 británico y el Bundesnachrichtendienst alemán comenzaron a contratarla para acabar con sus ciudadanos más indeseables.

Nava era muy buena en su trabajo y le pagaban espléndidamente. Pero después de otros cinco años, estaba quemada, y ésa era la razón por la que aceptó hacer una última misión y después desaparecer en algún lugar donde nunca la encontrarían ni la CIA ni el SVR. La misión era encontrar un comando terrorista islámico que los norcoreanos querían destruir.

Por desgracia, aquello no resultó como esperaba.

Capítulo 19

Nava acabó su relato, encendió un cigarrillo con toda calma y exhaló una larga columna de humo, Caine no sabía qué decir. La historia era tan descabellada que casi la creía. Nadie relataría algo absolutamente inverosímil a menos que fuese verdad, y a pesar de o debido a todo lo ocurrido, sentía una muy fuerte vinculación con ella.

Luego tomó conciencia de la realidad. El Spetsinstitute. Los terroristas. Los agentes rebeldes. No podía creer que no se hubiera dado cuenta antes de la verdad.

—Diablos... —murmuró Caine—. Ha pasado.

—¿Perdona?

Caine cerró los ojos, deseó que ella desapareciera, pero cuando los abrió de nuevo, la mujer continuaba sentada a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó la ilusión.

—Tú no eres real.

—¿Qué?

—Tú no eres real. Nada de esto es real, no puede ser. Estoy viviendo un episodio esquizofrénico. Es la única explicación racional.

—David, te aseguro...

—¡No! —gritó Caine, alterado—. Esto no es real. Eres parte de una alucinación.

—¿De qué hablas?

Caine se limitó a mirarla, sin saber qué hacer. ¿Qué le había dicho Jasper? Frunció el entrecejo y parpadeó varias veces en un intento por recordar.

«Intenta tomar decisiones inteligentes dentro del mundo que hayas creado. Al final acabarás por encontrar el camino de regreso a la realidad».

Vale. Lo podía hacer. Dejarse llevar por la corriente. Si no podía volver sin más a la realidad, tendría que esperar a que pasara esa etapa. El consejo de Jasper era sensato: la mejor manera de no cometer una locura en el mundo real era comportarse con la mayor cordura posible en el imaginario. Si por una de esas cosas resultaba que aquello era la realidad —a pesar de que no podía ser, estaba seguro— al menos estaría tomando decisiones racionales.

Con el consuelo de su análisis pragmático, Caine miró de nuevo a Nava y se preguntó qué debía decir. La respuesta apareció en el acto en su mente: lo que diría cualquiera si aquél fuera el mundo real. Caine abrió la boca y por un momento permaneció indeciso al darse cuenta de lo absurdo de la situación, pero no se le ocurrió qué otra cosa podía hacer.

—Perdona, por un momento me sentí... como si no fuera yo.

—¿Estás bien? —insistió en preguntar la ilusión. Nava, había dicho que se llamaba Nava.

—Sí, estoy bien —respondió Caine. Aún se sentía un tanto extraño pero estaba

comenzando a controlar su nuevo estado mental. Siguió adelante, en un intento por encontrar el camino de regreso a la cordura—. Es una historia increíble, pero no explica cómo sabes mi nombre, ni por qué me has salvado.

La inquietud nubló por un momento el rostro de Nava.

—Había una... mujer. Ella me habló de ti: quién eras, dónde estarías, todo, y la hora exacta de tu muerte, a menos que estuviera allí para salvarte.

La respuesta lejos de disipar sus dudas, sólo aumentó su desconcierto.

—Eso sigue sin explicar cómo la mujer sabía lo que iba a pasarme, o por qué decidiste salvarme.

—La verdad es que mi plan original no era salvarte, sino secuestrarte.

—¿Para entregarme a los norcoreanos? —preguntó Caine.

—Así es.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

—La muchacha. Ella conocía... conocía mi nombre. Mi nombre verdadero. También sabía... sabía cosas que era imposible que supiera, a menos que las teorías del profesor fuesen correctas.

Caine sintió un escalofrío.

—¿Qué profesor? ¿Qué teorías?

—El profesor que te hizo las pruebas hace dos días.

Caine se estremeció. Nava asintió con un gesto.

—La ANS lo tiene bajo vigilancia. Interceptaron una información de la cual se deducía que últimamente había hecho progresos para conseguir su objetivo.

—¿Cuál era? —preguntó Caine, aunque una parte de él ya conocía la respuesta.

—Estaba convencido de haber encontrado la manera de predecir el futuro.

Caine sintió náuseas. La alucinación comenzaba a parecerle demasiado real. Una vez más, las palabras de Jasper sonaron en su mente.

«No sientes nada en especial. Por eso te asusta tanto».

Su hermano no se había equivocado, porque Caine nunca había tenido tanto miedo en toda su vida. De pronto sintió un profundo respeto por Jasper.

—¿Estás bien? —preguntó Nava. Caine no hizo caso de la insistencia y en cambio replicó con otra pregunta.

—¿Esa teoría tiene un nombre?

—Sí. El demonio de Laplace. ¿Tú sabes qué es?

Caine asintió pero su mente estaba en otra parte, ocupada en encajar las piezas.

—Eché un vistazo a todas sus notas en el laboratorio —añadió Nava—. La mayor parte versaban sobre física, biología y estadística, pero al final había una sección entera sobre el demonio de Laplace. No tuve tiempo de leerla a fondo, pero me dio la impresión de que hablaba de lo oculto.

—De lo oculto, no —señaló Caine—. Hablaba de la teoría de las probabilidades.

Nava lo miró con el rostro en blanco.

—No te sigo.

Caine suspiró, sin saber por dónde empezar, o por qué era incluso necesario explicárselo a una alucinación que sólo era una extensión de su propio subconsciente. Pero quizá eso era lo que quería: explicárselo a sí mismo. Miró más allá de Nava mientras pensaba en la mejor manera de explicarlo. A pesar de que había estudiado los trabajos de Laplace durante años, no terminaba de saber por dónde empezar, así que sencillamente comenzó.

—En Londres, a principios de 1700, vivía un estadista francés llamado Abraham de Moivre. Como la estadística estaba en sus inicios, De Moivre se ganaba la vida calculando probabilidades para jugadores.

»Lo hizo durante diez años, y luego escribió un libro con sus teorías titulado La doctrina del azar. Sólo constaba de cincuenta Y dos páginas, pero fue uno de los textos matemáticos más importantes de su época dado que sentó las bases de la teoría de las probabilidades, explicada a través de ejemplos relacionados con los dados y otros juegos. El caso es que, a pesar de lo que parece implicar el título, De Moivre no creía en el azar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nava.

—De Moivre creía que el azar era una ilusión. Planteó la hipótesis de que nunca nada ocurría «por azar», que todos los acontecimientos ocurridos aparentemente al azar se podían rastrear hasta una causa física. —Caine advirtió que Nava no le entendía, así que apeló a su viejo recurso cuando hablaba de probabilidades: en caso de duda, habla de las monedas—. Vale —dijo y soltó un quejido cuando con mucho cuidado metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda—. Si lanzo esta moneda al aire, tú dirías que el hecho de que salga cara o cruz es una cuestión de pura suerte o de azar, ¿correcto?

Nava asintió en silencio.

—Pues te equivocarías. Si fueses capaz de medir todos los factores físicos que intervienen cuando lanzas una moneda: el ángulo de la mano, la distancia al suelo, la fuerza que utilizas para lanzarla al aire, las corrientes de viento, la composición de la moneda, etcétera, podrías predecir con una exactitud del ciento por ciento el resultado de la tirada, porque la moneda está sujeta a las leyes de la física newtoniana, que son absolutas.

Nava hizo una pausa para encender un cigarrillo mientras pensaba.

—Quizá diga una tontería, David, pero ¿no es imposible medir todos estos factores exactamente?

—¿Para las personas? Sí, lo es —admitió Caine—. Pero que no podamos medir los factores no significa que el resultado de lanzar la moneda esté determinado por el azar. Sólo significa que nosotros, como seres humanos, no tenemos la capacidad para

medir ciertos aspectos del universo. Por lo tanto, puede parecer que los acontecimientos han ocurrido al azar aunque estén determinados por un fenómeno físico. Esta escuela de pensamiento se llama determinismo. Los deterministas creen que nada es incierto; todo lo que ocurre es consecuencia de alguna causa anterior, incluso si no sabemos cuál es esa causa.

—Así que si vas caminando por una calle muy concurrida y tropiezas con un amigo, ¿no es por azar? —planteó Nava.

—No. Piénsalo. Nunca vas a ninguna parte por azar, ¿verdad? Allí donde vayas es un resultado directo de unas fuerzas físicas, emocionales y psicológicas. Lo mismo vale para todo lo demás. Por lo tanto, incluso aunque un acontecimiento como tropezar «casualmente» con un amigo puede parecer cosa del azar, no lo es.

«Imagínate un ordenador que pudiese ver en tu mente y músculos y también en los de tu amigo. Si el ordenador conociera además todas las condiciones medioambientales del mundo en las horas o minutos anteriores a tu encuentro, también sería capaz de predecir cuándo, dónde y cómo os encontraríais. En consecuencia, el tan popular «encuentro casual» no es en absoluto cosa del azar sino que es un hecho predecible.

En el mundo real —opinó Nava con voz pausada—, un «encuentro casual» es impredecible.

No, no lo es. —Caine negó con la cabeza—. Al no disponer de un ordenador así no podemos predecir tal acontecimiento, pero eso no hace que el hecho sea impredecible, sólo hace que nosotros seamos incapaces de predecirlo. ¿Ves la diferencia?

Nava asintió cuando todo fue encajando en su lugar.

—Es muy bonito en teoría —afirmó Nava—, pero es algo que no funciona en el mundo real.

—De Moivre no estaría de acuerdo contigo. Utilizaba continuamente los datos físicos para predecir fenómenos aparentemente impredecibles, incluida la fecha de su propia muerte.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Nava.

—Durante los últimos meses de su vida, De Moivre advirtió que dormía quince minutos más todas las noches. Como era un determinista, aplicó ese conocimiento a su conclusión final: si continuaba aumentando el tiempo de sueño al mismo ritmo, la noche en que durmiera veinticuatro horas seguidas, moriría. Calculó que dicha fecha sería el 27 de noviembre de 1754. Y, cuando ese día llegó, tal como había predicho, De Moivre falleció.

—Eso no demuestra su teoría —manifestó Nava, con un tono escéptico.

—No, no la demuestra. Pero has de admitir que hay algo interesante en un hombre que creía que todo se podía predecir si se tomaban las medidas correctas y

luego fue capaz de encontrar una medida para predecir su propia muerte. —Caine se sintió dominado repentinamente por un sentimiento sombrío. Permanecieron en silencio durante unos momentos, y luego David añadió—: El caso es que el libro de De Moivre fue fundamental para otro matemático francés muy famoso llamado Pierre Simón Laplace.

En cuanto pronunció el nombre, Caine recordó el aula con paneles de madera donde daba sus seminarios en Columbia. Aunque habían pasado más de dos años desde la lección sobre el estadista del siglo XVII, la recordaba con toda claridad.

—Como la mayoría de los que estamos presentes en esta aula, Laplace fue incomprendido por sus padres —dijo Caine mientras caminaba por delante de la pizarra—. Aunque su padre quería que fuera soldado o sacerdote, Laplace se decidió por la vida académica. Por lo tanto, cuando cumplió los dieciocho años marchó al epicentro académico de Francia: París. Allí consiguió un trabajo como profesor de geometría de los cadetes de una academia militar. Entre ellos había un chico bajito llamado Napoleón Bonaparte que, según me han dicho, hizo después algunas cosas extraordinarias.

Los doce estudiantes reunidos alrededor de la mesa se rieron cortésmente.

—En 1770, Laplace presentó su primer trabajo en la prestigiosa Académie des Sciences. Después de aquello, quedó claro para todos que era un genio matemático. Así que dedicó el resto de su vida a dos campos: la probabilidad y la astronomía. Casi treinta años más tarde, en 1799, unió los dos campos cuando publicó el libro de astronomía más importante de la época: Tratado de la mecánica celeste. El libro no sólo contenía una exposición analítica del sistema solar, sino que también incluía nuevos métodos para calcular las órbitas planetarias.

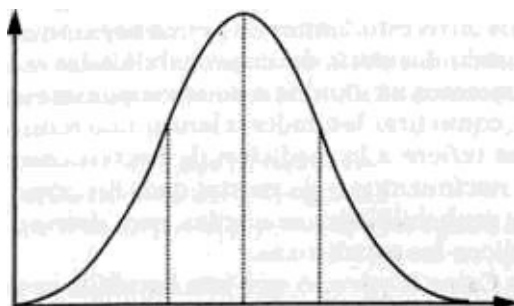
»Sin embargo, la razón por la que el Tratado de la mecánica celeste sigue considerándose hoy muy importante no es por sus hallazgos astronómicos, sino porque fue la primera persona que aplicó la teoría de las probabilidades a la astronomía. Laplace demostró que las múltiples observaciones de la posición de una estrella tendían a formar la curva con forma de campana que De Moivre había descrito en La doctrina del azar. Con la utilización de la teoría de las probabilidades, Laplace pudo predecir las posiciones planetarias y tener una mejor comprensión del universo.

—¿A qué se refiere con «múltiples observaciones de la posición de una estrella»? —preguntó un estudiante paliducho y con pelo lacio y oscuro.

—Ah, buena pregunta. —Caine se acercó a la pizarra—. En aquel entonces, uno de los grandes problemas de la astronomía era que todos tomaban sus mediciones un poco a ojo de buen cubero y, como las personas cometen errores, los datos no eran claros. Veinte astrónomos diferentes medían la posición de una estrella y obtenían

veinte lecturas diferentes.

»Lo que hizo Laplace fue tomar aquellas veinte observaciones diferentes y elaborar un gráfico. Cuando lo hizo, vio que las posiciones formaban una curva senoide o con forma de campana como ésta. —Caine señaló una gráfica de distribución normal en la pared.



»En cuanto vio esto, exclamó: «Ajá, si las observaciones están en una distribución normal, y la punta de la curva senoide señala el probable valor real de la muestra, entonces la punta es probablemente la posición real de la estrella». Ahora nos parece un tanto obvio, pero en aquel momento, fue revolucionario. Ése fue el primer ejemplo de cómo alguien aplicaba la teoría de las probabilidades a otra disciplina. Laplace dijo que, si bien era imposible saber la posición exacta de una estrella, era posible saber la posición de la estrella con cierto grado de probabilidad.

Caine hizo una pausa, sólo para asegurarse de que todos lo comprendían.

—Laplace no se detuvo ahí. En 1805, publicó el cuarto volumen del Tratado de la mecánica celeste, donde desarrolló una aproximación filosófica a la física absolutamente nueva. Propuso que todos los fenómenos en la naturaleza se podían entender con el estudio de las fuerzas entre las moléculas. Empleó esa nueva teoría para estudiarlo todo; desde la presión atmosférica a la refracción astronómica, y una vez más utilizó herramientas como las curvas con forma de campana para medir diferentes fenómenos.

»El máximo logro de Laplace llegó en 1812 cuando publicó Teoría analítica de las probabilidades. Allí presentó el método de los cuadrados mínimos y la importancia de minimizar los errores.

Un estudiante regordete llamado Steve levantó la mano.

—Me he perdido.

Caine recordó que como su seminario sobre «Pensadores estadísticos modernos» también daba créditos de Historia, no se exigían conocimientos de estadística como prerrequisito. Como había otros tres estudiantes de Historia en el seminario, tendría que explicar el significado de «minimizar los errores». Se rascó la cabeza mientras pensaba por dónde empezar.

—¿Conoces la diferencia entre estadística y probabilidad?

Steve y los otros estudiantes de Letras negaron con la cabeza.

—De acuerdo. La teoría de las probabilidades es el estudio de los acontecimientos atribuidos o donde supuestamente interviene el «azar», como tirar los dados o lanzar una moneda al aire; la estadística se refiere a la medición de hechos concretos, como las tasas de nacimientos o de mortalidad. En otras palabras, la teoría de las probabilidades se emplea para derivar las ecuaciones que predicen las estadísticas.

Si bien a Caine le pareció que una bombilla se encendía por encima de la cabeza de Steve, no estaba tan seguro respecto a los otros dos, así que recurrió al ejemplo tradicional.

—Comencemos con un ejemplo sencillo. Digamos que lanzo una moneda cuatro veces seguidas. ¿Cuántas caras creéis que conseguiré?

—Dos —contestó Steve.

—¿Por qué?

—Porque saldrán caras la mitad de las veces, y la mitad de cuatro es dos.

—En esencia lo que has hecho es utilizar la teoría de las probabilidades para predecir una estadística: el número de caras. Lo creas o no, has creado una ecuación para resolver el problema.

Caine escribió:

C = Número de caras conseguidas

T = Número de tiradas

Prob (C) = probabilidad de que salga cara cuando se lanza la moneda.

¿Cuántas caras predices en cuatro tiradas?

$C = \text{Prob (C)} \cdot T$

$C = 0,5 \cdot 4$

$C = 2$

—Aunque sabemos que el resultado más probable de lanzar cuatro veces es dos caras y dos cruces, ¿creéis que el número de caras será siempre dos todas las veces?

—No.

—Correcto. De hecho, la mayoría de las veces, no tendremos dos caras.

Steve lo miró, desconcertado.

Un momento, ¿no acaba de decir que dos caras es el resultado más probable?

—Así es.

—Entonces no lo entiendo. ¿No saldrán dos caras por lo menos la mitad de las veces? —preguntó.

—No. Hay dieciséis resultados posibles cuando lanzas una moneda al aire cuatro

veces seguidas. Te lo demostraré:

C = Número de caras conseguidas.

+ = Número de cruces conseguidas

n = número de posibles resultados en cuatro tiradas

C = 0 \Rightarrow ++++ (n = 1)

C = 1 \Rightarrow C+++ , ++++ , ++C+ , +++C (n = 4)

C = 2 \Rightarrow CC++ , C+C+ , C++C , +CC+ , +C+C , ++CC (n = 6)

C = 3 \Rightarrow CCC+ , CC+C , C+CC , +CCC (n = 4)

C = 4 \Rightarrow CCCC (n = 1)

Por lo tanto.

$n=1+4 + 6+4+1$

$n= 16$

»¿Lo veis? De las dieciséis posibilidades diferentes, sólo seis darán como resultado dos caras y dos cruces. Por lo tanto, en diez de los dieciséis intentos, o el 62,5 por ciento de las veces, no saldrán dos caras. Así que os lo pregunto de nuevo: ¿si digo que voy a lanzar una moneda cuatro veces seguidas, cuántas caras creéis que conseguiré?

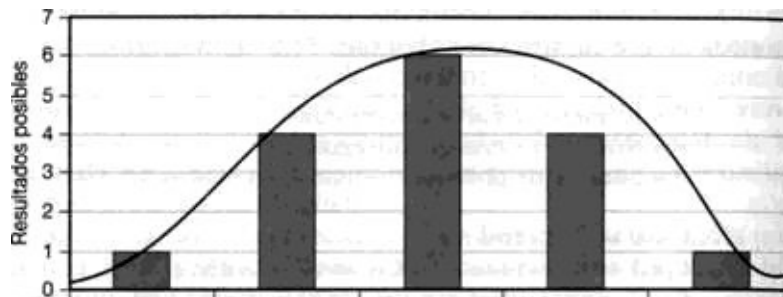
Steve miró lo que Caine había escrito en la pizarra y frunció el entrecejo mientras pensaba.

—Yo sigo creyendo que dos.

—¿Por qué dirías dos cuando acabo de demostrar que estarías equivocado el 62,5 por ciento de las veces?

—Porque si escojo cualquier otro número, me equivocaré más del 62,5 por ciento de las veces.

—Exacto —afirmó Caine y chasqueó los dedos—. Si dices una cara o tres caras, te equivocarías el 75 por ciento de las veces, y si dices ninguna cara o cuatro caras, te equivocarías el 93,75 por ciento de las veces. —Caine sonrió—. Al elegir dos caras, escoges la respuesta que minimiza la probabilidad de equivocarte. Ese es el fundamento de toda la teoría de las probabilidades: minimizar los errores. A pesar de que el resultado de las tiradas es probable que sea otro número distinto de dos caras, tu ecuación original: $C = 0,5 * T$, sigue siendo válida, porque es la que mejor describe el fenómeno. Otra manera de verificarlo es trazar un gráfico con los datos. Como ves, traza una curva senoide natural, y el punto superior de la curva refleja la tendencia natural del fenómeno.



»Lo que hizo Laplace fue aproximadamente lo mismo, excepto que en lugar de predecir el número de caras, utilizó miles de observaciones astronómicas y desarrolló ecuaciones para predecir las órbitas planetarias.

—De acuerdo, ya lo entiendo —manifestó Steve—, pero sigo sin comprender por qué es importante.

—Es importante porque demuestra cómo funciona la teoría de las probabilidades. Laplace demostró que la mejor manera de predecir la realidad no es calcular la respuesta correcta sino establecer cuál sería la respuesta menos errónea. En el ejemplo de la moneda, a pesar de que la posibilidad de conseguir dos caras en cuatro tiradas es sólo del 37,5 por ciento. La posibilidad de conseguir cualquier otro número de caras es incluso menor, y por lo tanto, la predicción de tener dos caras es la menos errónea y por consiguiente la más correcta.

»Por eso Laplace pudo predecir las órbitas de los planetas mientras que los demás no pudieron. Desarrolló ecuaciones que minimizaban las diferencias en los datos de todos los astrónomos y así pudo determinar las órbitas planetarias que tenían las menores probabilidades de ser incorrectas.

—Y por lo tanto la mayor probabilidad de ser correctas —dijo Steve.

—Efectivamente —asintió Caine, complacido al ver que Steve parecía haberlo comprendido—. Lo importante es tener claro que a través de este método, y otros más en la teoría de las probabilidades, nunca puedes estar absolutamente seguro de nada, dado que la meta de las ecuaciones es minimizar los errores, no eliminarlos.

—¿Por qué no se quiere eliminar los errores? —preguntó una morena llamada Amber.

Técnicamente podrías desearlo, pero es imposible eliminar del todo los errores porque nunca dispondrás de la información necesaria y suficiente para desarrollar una ecuación predictiva perfecta.

—¿Por qué no?

Piensa en las encuestas que publican los periódicos antes de unas elecciones. Nunca son correctas al ciento por ciento porque es imposible preguntarle a cada votante. Sin embargo, si haces un sondeo en una muestra de votantes de diferentes niveles socioeconómicos, estarás en condiciones de desarrollar las ecuaciones para predecir cuál de los candidatos tiene las mayores probabilidades de ganar. Por eso

verás que las encuestas siempre tienen un margen de error de uno o dos puntos, y lo tienen porque los resultados de las encuestas son probabilidades, no resultados reales.

»La teoría de las probabilidades da a los científicos la libertad de asumir que una respuesta es «correcta» incluso cuando no tienen una certeza absoluta, porque la teoría de las probabilidades establece que cuando las probabilidades de estar equivocado son mínimas, entonces probablemente has descubierto la verdad.

Caine permaneció en silencio durante unos segundos a la espera de que calara la explicación, y luego continuó:

—Esto nos lleva a la teoría más controvertida de Laplace, que a menudo se denomina su «demonio». Dos años después de la publicación de Teoría analítica de las probabilidades, escribió un trabajo titulado Ensayo filosófico sobre las probabilidades. Allí aparece su segunda cita más famosa. —Caine cogió sus notas y leyó en voz alta la cita de Laplace.

»"Si en un instante dado una inteligencia que pudiese comprender todas las fuerzas que animan a la naturaleza y las respectivas posiciones de los seres que la componen —una inteligencia lo suficientemente vasta para someter todos estos datos al análisis— englobase en la misma fórmula los movimientos de los grandes cuerpos del universo y de los átomos más pequeños. Para ella, no habría nada incierto y el futuro, como el pasado, estaría presente ante sus ojos."

»En otras palabras —continuó Caine—, dado que Laplace creía que el universo era determinista, planteó que si alguien comprendía todas las leyes de la física y sabía las posiciones de todas las partículas subatómicas en el universo en un único momento dado, entonces ese alguien sabría todo lo que había ocurrido y estaría en condiciones de predecir exactamente toda la historia futura.

—Es imposible saberlo todo —señaló Amber.

—No hay nada imposible —replicó Caine—, aunque algunas cosas son infinitamente improbables. —Caine aprovechó para beber un sorbo de agua mientras los estudiantes asimilaban sus palabras—. En la actualidad los científicos se refieren a su teoría como el demonio de Laplace.

—¿Por qué lo llaman «demonio»? —preguntó Steve—. ¿Lo acosaba quizá?

—No, ésa es una creencia errónea —manifestó Caine—. No lo acosaba, porque Laplace estaba convencido de que la teoría era correcta. Años después de su muerte, los científicos adoptaron la expresión demonio de Laplace para describir una inteligencia omnisciente que fuera capaz de saberlo todo en el presente y, por lo tanto, de saber todo lo ocurrido en el pasado y todo lo que ocurriría en el futuro.

—Eso suena a Dios —opinó Amber.

—Sí —murmuró Caine—. Algo así.

Nava le entablilló la pierna mientras Caine acababa con la versión resumida de su

conferencia. Cuando finalizó, Nava permaneció callada durante casi un minuto antes de romper el silencio.

—David, los científicos del laboratorio creen que eres el demonio de Laplace.

—Eso es una locura —replicó Caine enfáticamente—. El demonio de Laplace no es una cosa real; no es una entidad, es una teoría. El demonio de Laplace sólo es una frase que se utiliza para describir una inteligencia omnipotente capaz de predecir el futuro. —Hizo una pausa. La cabeza le daba vueltas—. Además, a principios de 1900 se demostró que el demonio de Laplace era imposible.

—¿Cómo? —preguntó Nava.

—Un físico llamado Werner Heisenberg demostró que las partículas subatómicas no tienen una posición única hasta que se las observa.

Nava enarcó las cejas y Caine se apresuró a añadir:

.—No preguntes. Es física cuántica. Nadie espera que tenga ningún sentido.

Vale, de acuerdo. Pero ¿por qué eso hace que el demonio de Laplace sea imposible?

Porque, si las partículas subatómicas tienen múltiples posiciones al mismo tiempo, entonces es imposible para cualquier inteligencia —incluso una omnisciente— saber la posición precisa de todas y cada una de las partículas, dado que no tienen posiciones exactas. Como dicho conocimiento es un requisito para predecir el futuro, es imposible predecirlo. Por consiguiente, el demonio de Laplace es imposible. Además, yo no lo sé todo y no puedo predecir el futuro.

—¿Qué me dices del restaurante? —replicó Nava.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

—La ANS estaba vigilando. —Nava se inclinó hacia él—. Vi lo que ocurrió, David. Te vi llevarte a todos un segundo antes de que el camión atravesara la ventana. Si eso no es predecir el futuro, ya me dirás qué es.

—Escucha, no sé lo que pasó en aquel restaurante. Llámalo intuición, demonios, llámalo precognición si quieres. Pero eso no me convierte en una inteligencia omnisciente. —Caine se pasó la mano por el pelo alborotado—. Diablos, ¿si lo supiera todo, crees que le debería a la mafia rusa doce mil dólares? Nava, si ni siquiera puedo predecir cuál será la siguiente carta, cómo quieres que prediga el futuro.

Sin embargo, al escuchar sus palabras, Caine comprendió que no eran del todo verdad. ¿No había sabido que la explosión lo mataría a menos que encontrara una manera de escapar? ¿No había arrojado el maletín que había iniciado la reacción en cadena para permitirle a Nava que lo rescatara a tiempo? Caine no sabía qué pensar aparte de lo imposible.

De pronto tuvo más claro que nunca que todo eso era una alucinación. Quizá ese ejercicio mental estaba dando resultado... quizá estaba más cerca de encontrar el

camino de regreso a la cordura. Ahora mismo se sentía más centrado, más alerta. Decidió seguir con el juego.

—De acuerdo, digamos que soy eso que dices. ¿Qué hacemos?

—Puedas o no, tenemos que movernos. —Nava señaló la mancha de luz en el suelo—. Son casi las nueve. Si nos quedamos aquí mucho más, nos encontrarán.

—¿Quiénes, si no es mucho preguntar?

—El FBI, la ANS, los norcoreanos; puedes escoger —respondió Nava, con tono grave.

Caine asintió. Tampoco tenía importancia. No era más que un sueño. No perdería nada si hacía caso del instinto de Nava y se movía. La muchacha se puso en cuclillas a su lado y él le pasó un brazo por los hombros.

—Apoya el peso en mí e intenta levantarte. —Caine le obedeció, dispuesto a ayudar con la pierna derecha mientras ella lo levantaba del suelo con un movimiento fluido. Era incluso más fuerte de lo que parecía. Apoyó un poco de peso en el pie izquierdo y en el acto lo envolvieron las sombras—. ¡Eh! —Nava lo cogió con el otro brazo y lo sostuvo con fuerza contra su cuerpo. El mundo volvió a la normalidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Caine.

—Has estado a punto de perder el conocimiento. ¿Si te suelto, crees que podrás mantenerte de pie?

Caine apoyó de nuevo el peso sobre el pie izquierdo con mucho cuidado y asintió. Nava apartó el brazo poco a poco y dio un paso atrás. Caine se balanceó levemente pero consiguió mantenerse erguido. Se mareó por un momento, pero cerró los ojos y se apoyó en el frigorífico a esperar que pasara.

—¿Crees que volverás a perder el conocimiento?

—No lo creo. —Dio un par de pasos a la pata coja—. Aunque no esperes que bata ninguna marca sin un bastón.

—De acuerdo. Ahora mismo vuelvo. —Abrió la puerta y salió del apartamento. Unos instantes después Caine oyó unos sonidos como si alguien estuviera cortando astillas. Nava reapareció con un tosco bastón—. Ten, prueba con esto.

Caine lo cogió con cuidado para no lastimarse con los bordes astillados.

—Sí, servirá.

Capítulo 20

Ah —exclamó Caine mientras bajaba los escalones. Señaló la balastrada, donde faltaban los tres barrotes que habían servido para entablillarle la pierna y hacer el bastón. Nava se limitó a asentir y ayudó a Caine, que bajaba sujeto con una mano a la barandilla y apoyado en el bastón. En cuanto llegaron a la planta baja, la mujer se preparó para lo que fuera que les estaba esperando en la calle y abrió la puerta principal.

Nava contuvo el aliento por un instante. Si la ANS había conseguido averiguar que se Encontraban allí, ocurriría en ese preciso instante. Se preguntó si sentiría o no cuando la bala le atravesara la frente.

Nada.

Lo único que sintió fue la lluvia en la piel. Llovía a cántaros. En un segundo se le empapó la ropa y tembló de frío. Miró el cielo gris, salpicado de negros nubarrones. Continuaba viva, que no era poca cosa. Después de haber superado el primer obstáculo, Nava analizó la situación.

La ANS querría llevar esa operación con el mayor sigilo posible, máxime cuando ya se había producido al menos una víctima mortal. Sin embargo, si de verdad creían que Caine era una «inteligencia omnisciente», no dejarían que se les escapara de las manos sin luchar. Consultó su reloj: las 9.03. Caine llevaba fuera de su radar casi quince horas. Si Forsythe no había pedido refuerzos, no tardaría en hacerlo.

La prioridad era salir de la ciudad, donde se centraría la búsqueda. Por un momento pensó en abandonar el país, pero no quería correr el riesgo de pasar por los controles de seguridad establecidos después del 11-S. Por lo tanto le quedaban tres opciones de salida: coche, autocar o tren.

No le costaría nada robar un vehículo, pero estaba el problema de los peajes: los tendrían vigilados. Podían optar por salir de la ciudad en el metro y robar un coche en alguno de los distritos vecinos, pero los podrían pillar por las cámaras de seguridad de las estaciones. Si un equipo de asalto los acorralaba bajo tierra, no tendrían escapatoria.

No le atraía la idea de viajar en autocar, porque se arriesgaban a los atascos y a los controles de carretera. Era consciente de que también podían parar un tren, al menos era lo bastante grande como para ofrecerles algún lugar donde ocultarse si lo abordaban.

Se rascó la cabeza, sin tener claro qué hacer. Normalmente era muy decidida, pero había algo en Caine que la inquietaba y la hacía dudar de sí misma. Intentó librarse de la incertidumbre.

Caine, al percibir sus titubeos, la miró. Se cruzaron sus miradas y él hizo algo muy extraño: cerró los ojos con fuerza como si lo hubiera cegado una luz muy

potente. Nava lo sujetó por el brazo.

—¿David, qué pasa?

Caine permaneció callado. Era como si la conciencia hubiera escapado de su cuerpo. Luego con la misma celeridad regresó. Abrió los ojos y respiró agitadamente.

—¿David, qué ha pasado?

—Nada —respondió Caine, que se balanceaba un poco—. Estoy bien —dijo y luego añadió—: Tenemos que salir de la ciudad.

—Lo sé. La pregunta es cómo.

—En tren —afirmó Caine—. Tenemos que coger el tren.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero eso es lo que debemos hacer.

—¿Estás seguro?

—Sí —replicó Caine, contrariado—, pero no me preguntes por qué.

—Vale. Pero primero necesitamos conseguirte otra ropa. —Nava le señaló la pernera descosida y la rodilla desnuda. La carne por encima y debajo del vendaje manchado de sangre tenía un color morado.

—Buena idea. Probablemente también a ti te vendría bien cambiarte. —Nava se miró el pantalón manchado y asintió.

Ayudó a Caine a caminar lo más rápido posible hasta una tienda de excedentes militares que estaba a dos manzanas. Diez minutos más tarde, salieron de la tienda con su ropa nueva.

Nava llevaba una cazadora de aviador sobre una camiseta negra muy ajustada, y un pañuelo verde le ocultaba la larga cabellera castaña. Caine vestía un pantalón de camuflaje de talla grande para que no le molestara en la herida y una chaqueta militar. Había cambiado el improvisado bastón por otro de caña negra con una empuñadura que reproducía una cabeza de serpiente. A pesar de la lluvia, Caine se puso unas gafas de sol de cinco dólares. No se podía decir que ambos vistieran con elegancia, pero al menos ya no tenían el aspecto de muertos vivientes.

Nava levantó la mano para detener a un taxi.

¿Adonde? —chapurreó el conductor con un fuerte acento indio.

A Penn Station —dijo Nava—. Lo más rápido que pueda.

Forsythe se paseaba por el despacho como una fiera enjaulada. Caine llevaba desaparecido casi quince horas. Quince malditas horas. No podía creer que se les hubiese escapado de las manos. Grimes tenía la culpa. No tendría que haber permitido que aquel despreciable gilipollas dirigiera el equipo de vigilancia.

No era demasiado tarde para llamar a un nuevo comandante táctico, pero en cuanto hiciera la llamada, ya no habría vuelta atrás. Decidió esperar hasta recibir las últimas noticias de Grimes. Fue al centro de vigilancia, una gran habitación circular

sin luces en el techo. La iluminación la suministraban los cien monitores encendidos, tres por cada puesto de trabajo. Las mesas estaban dispuestas en círculos concéntricos, con Grimes en el centro. Estaba sentado en un sillón de cuero, rodeado de pantallas de plasma y teclados.

—¿Has hecho algún progreso? —le increpó Forsythe.

Grimes dio una vuelta en el sillón, con una mirada de furia. Se pasó una mano por el pelo, que estaba todavía más grasiento de lo habitual. Tenía unas bolsas oscuras debajo de los ojos y le habían salido otros dos granos en la barbilla.

—Ha desaparecido del mapa. Ninguna llamada con su móvil o a él y no ha aparecido por su casa desde el incidente. He comprobado su correo electrónico, pero está inactivo. He puesto su registro de voz en el programa y lo he comparado con todas las llamadas hechas en el área en las últimas quince horas. Nada. Después investigué a sus amigos en la ciudad. No hay ninguna prueba de que haya establecido contacto de ningún tipo.

Forsythe miró el suelo con las manos cruzadas detrás de la espalda.

—¿Has podido determinar si la mujer que aparece en la explosión es Vaner?

—Repasé las fotos del satélite. Aunque no hay ninguna foto de su rostro, tenemos una excelente toma de la cabeza y una mano.

—¿Y? —Forsythe se ponía de los nervios cuando Grimes actuaba de esa manera. Nunca decía directamente lo que sabía, obligaba a sus oyentes a que siguieran su ritmo. Señaló uno de sus monitores, donde aparecía la imagen de una mujer a vista de pájaro.

—Comparé el color del pelo y la pigmentación de la piel de la imagen por satélite con nuestras propias cintas de seguridad grabadas ayer. La concordancia es perfecta con la agente Vaner. —Apretó unas cuantas teclas y el expediente de Nava apareció en la pantalla—. ¿Sabía que es la responsable del asesinato de más de dos docenas de miembros de Al Qaeda, Hamás y la OLP...?

—Conozco sus antecedentes —le interrumpió Forsythe—. La pregunta no es quién sino por qué.

Grimes bebió un sorbo de café y se encogió de hombros.

—Supongo que tendrá que preguntárselo a ella. Quizá todavía le responda a la CIA.

Sin molestarse en contestarle, Forsythe volvió a su despacho y cerró de un portazo. Tenía que mantener la calma. Cerró los ojos y contó hasta diez. Cuando los volvió a abrir, se sentó y cogió el teléfono.

Después de explicar la situación a Doug Nielsen, director delegado de operaciones, Forsythe le oyó suspirar.

—Diablos, no sé qué decirte, James —respondió Nielsen con su acento sureño—. Vaner era de los mejores. Con toda sinceridad, me sorprende que haya pasado algo

así.

—Tú no tendrás nada que ver con esto, ¿verdad?

—Te diré una cosa, James —replicó Nielsen, con tono de enfado—. La CIA tiene cosas mucho más importantes que atender para perder su tiempo con uno de tus proyectos científicos.

Forsythe estuvo a punto de darle una réplica mordaz, pero el desprecio en la voz de Nielsen le hizo comprender que decía la verdad. Esta vez fue él quien suspiró.

—Muy bien. ¿Cómo la encuentro?

—No la vas a encontrar.

—Eso no es aceptable.

—Tendrá que serlo, muchacho. No tienes gente para...

—Yo no pero tú sí.

Nielsen permaneció en silencio durante unos segundos. Después dijo en voz baja:

—¿Qué esperas que haga? ¿Que envíe un grupo de asalto como el general Fielding?

—¿Cómo has sabido...?

—Saber es mi trabajo, James. Como lo es también saber que, según el senador MacDougal, dentro de unas tres semanas te quedarás sin empleo.

Las uñas de Forsythe se clavaron en la palma. Si MacDougal lo estaba diciendo en público, entonces nadie lo ayudaría. No sabía qué hacer. Afortunadamente para él, Nielsen sí lo sabía.

Escucha, James. Quizá todavía pueda ayudarte. Lo único que pido a cambio es que lo recuerdes cuando me retire. Si lo haces, lo dejaré correr.

—Dejarás correr ¿qué?

Todas las leyes que has violado. Para no hablar de los ahorrillos que tienes escondidos.

Forsythe notó la boca seca. No parecía haber nada que Nielsen no supiera. Lo único que podía hacer era aceptar lo que le dieran.

—Te agradeceré cualquier ayuda que puedas darme —dijo.

—Bien. —Forsythe se imaginó con toda claridad la sonrisa de complacencia del director delegado—. Escucha. Primero llamaré a Sam Kendall. No creo que esté enterado de tu inminente cambio de situación laboral, y si tú no se lo dices, tampoco se lo diré yo. Kendall podría facilitarte algunos recursos, además de aprovechar su don para arreglar las cosas con las autoridades locales.

—Una excelente sugerencia, Doug. Muchas gracias. —Forsythe no se hacía muchas ilusiones respecto a los agentes que podría facilitarles el director ejecutivo asistente del FBI, y sabía que Kendall era un negado a la hora de tratar con la policía, pero era mejor que nada—. ¿Alguna cosa más?

—Bueno, si de verdad quieres encontrar a Vaner y a tu chico perdido, entonces

conozco a un rastreador que podrías utilizar. Fue agente del FBI, pero ahora trabaja por libre. Entre tú y yo, ha realizado algunos excelentes trabajos para nosotros. Estoy seguro de que te podrá ayudar. A cambio de dinero, por supuesto.

—Por supuesto —asintió Forsythe, que ya estaba elaborando planes—, ¿Cómo se llama?

—Martin Crowe —respondió Nielsen, después de una breve pausa.

—¿Nuestro Martin Crowe?

—Quieres encontrarlos, ¿no?

—Por supuesto, pero...

—Entonces más te vale que llames al señor Crowe ahora mismo. El tiempo vuela, James.

Cuarenta minutos más tarde y después de desembolsar mil dólares, Forsythe estaba cara a cara con Martin Crowe, el hombre más aterrador que había visto en su vida.

Crowe mantuvo una expresión inescrutable en su rostro moreno mientras escuchaba en silencio al doctor Forsythe. Era partidario de dejar que sus clientes contaran sus historias a placer; las interrupciones a menudo hacían que perdieran la ilación, algo que podía hacerles omitir detalles cruciales. Cada vez que tenía una pregunta, se la guardaba para después y seguía escuchando. Forsythe tardó diez minutos en contarle su fantástico relato sobre una agente rebelde de la CIA y el hombre que había secuestrado.

—¿Ha omitido algo? —le preguntó.

Forsythe sacudió la cabeza.

—No. Eso es todo.

Crowe se levantó y le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerlo.

—Espere. —Forsythe se levantó de un salto—. ¿Qué hay del trabajo?

—Doctor Forsythe, tengo éxito porque me tomo muchas molestias para asegurarme de que nunca me pillen por sorpresa. Eso es lo que me mantiene con vida. No me encargo de una operación si no sé a qué me enfrento. En este caso, no lo sé.

—¿De qué está hablando? Se lo he dicho todo.

—No, no lo ha hecho —replicó Crowe sencillamente.

Forsythe puso cara de indignado.

—Señor Crowe, le aseguro...

Crowe descargó un puñetazo sobre la mesa que interrumpió al científico en mitad de la frase.

—No me insulte, doctor. Sé cuándo me mienten. Ahora, si quiere que lo ayude en este asunto, tendrá que decirme el verdadero motivo por el que David Caine es tan

importante para usted.

Forsythe tardó un minuto en tomar una decisión. Cuando por fin comenzó a hablar de nuevo, Crowe se sentó. Asintió lentamente cuando Forsythe terminó. Era obvio que Forsythe creía a pie juntillas en lo que había dicho, pero Crowe no acababa de creérselo. El «demonio» que Forsythe le había descrito no podía ser real. Si lo era, significaría que el hombre no tenía una voluntad propia, y eso era algo que Martin Crowe no podía aceptar.

Era una persona de mentalidad abierta y estaba dispuesto a aceptar que quizá Caine tenía algunos poderes paranormales o precognitivos. Pero cualquier cosa más allá de eso era sencillamente imposible. Aun así, si tenía aunque sólo fuese la mitad del don que Forsythe había descrito, entonces la misión sería muy difícil.

Eso, combinado con la agente rebelde de la CIA, le daba muy mala espina. Si le ocurría algo a él, entonces no habría nadie para cuidar de Betsy. Claro que si no conseguía pronto más dinero, Betsy no viviría mucho más, con o sin él.

A pesar de los riesgos, Crowe sabía que si su cliente tenía el dinero, no tendría otra alternativa.

Mi tarifa es de 15.000 dólares por día, con una prima de 125.000 dólares cuando tenga al objetivo; 250.000 dólares si tardo menos de veinticuatro horas. Estas cantidades no son negociables.

Forsythe se quedó mudo por un instante, pero después respondió con una voz chillona:

—Puedo pagar esa cantidad.

—Bien. —Crowe se levantó y le extendió una de sus manazas. Esta vez Forsythe se la estrechó rápidamente. Sus miradas se cruzaron por un momento antes de que Forsythe se volviera. A Crowe no le gustó lo que vio en sus ojos, pero no tenía importancia. Los días en que luchaba en el bando de los buenos habían quedado atrás hacía mucho tiempo. Ahora sólo luchaba por Betsy. La ética era algo que no podía permitirse mientras ella lo necesitara.

Mientras Crowe pensaba en la misión que tenía por delante, la adrenalina comenzó a obrar su magia. La sensación le recordó sus primeros tiempos en el FBI, cuando había una línea clara entre el bien y el mal.

Antes de conocer a Sandy.

Antes de que tuviesen a Betsy.

Antes de que Betsy enfermara.

Desde que tenía uso de razón, Martin Crowe había querido servir a la sociedad. Su madre siempre había soñado que lo haría a través del sacerdocio, pero Martin sabía que era demasiado agresivo para ser un sacerdote. Por lo tanto, en lugar de ir al seminario, cursó la carrera de Derecho en la universidad de Georgetown, convencido

de que el sistema judicial sería el marco más adecuado para su personalidad combativa.

Sin embargo, después de licenciarse, Crowe prefirió enrolarse en el FBI en lugar de ir a la oficina del fiscal general. En cuanto comenzó los cursos en Quantico, no volvió a mirar atrás. Destacó rápidamente y disfrutó con la fuerte competencia que había echado de menos desde sus días como atleta en la universidad.

Impulsado por su pasión por la justicia, una y otra vez les demostró a sus superiores que era una auténtica rareza: un agente excepcional sin ningún otro interés capaz de trabajar quince horas al día, siete días a la semana, durante meses, sin demostrar ninguna señal de fatiga.

Estaba dispuesto a hacer los trabajos más desagradables y las vigilancias más rutinarias, sin importarle que lo destinaran a Milwaukee o Miami. Allí donde lo mandaba el FBI, hacía su trabajo con precisión y excelencia. Cuando llegaba el momento de realizar un arresto, Martin Crowe era el primero en atravesar la puerta, arma en mano.

Durante aquellos primeros años, no había habido nada más importante que su trabajo. Entonces conoció a una agente llamada Sandy Bates y todo cambió. Después de un apasionado romance de tres meses, Martin Crowe le propuso matrimonio. Un año y medio más tarde, Sandy dio a luz a una preciosa niña. En la ceremonia del bautismo de Betsy, Martin Crowe derramó las únicas lágrimas de su vida adulta. Nunca se había sentido tan feliz.

Convertirse en un padre de familia le dio a su trabajo un nuevo sentido, y aunque ya no disfrutaba viajando durante semanas, era consciente de que luchaba para conseguir que su país fuera un lugar más seguro para su esposa y su hija. Entonces un día, su mundo se vino abajo. Aún recordaba la ronca voz de Sandy cuando le dijo que a Betsy le habían diagnosticado una leucemia mielomonocítica juvenil. De pronto el mundo de Crowe se transformó en un lugar terrorífico, donde el mal no estaba medido por el código penal, sino por las células cancerígenas y el recuento de glóbulos.

Finalmente se había encontrado cara a cara con un adversario que él no podía derrotar, y sin poder hacer otra cosa que ver impotente cómo devoraba a su pequeña. Sandy renunció a su trabajo en el FBI para cuidar de Betsy, mientras Crowe hacía horas extraordinarias para compensar la pérdida de ingresos. Desafortunadamente, por mucho que trabajara, nunca era suficiente, máxime cuando descubrió que su seguro de salud no cubría muchos de los tratamientos experimentales que querían ensayar los médicos de Betsy.

En seis meses se habían gastado todos los ahorros, pero Betsy seguía consumiéndose. Crowe se vio acorralado, metido en algo que lo estaba volviendo loco. Tendría que haber pedido una excedencia, pero necesitaba el dinero, así que se

había ofrecido voluntario para turnos extraordinarios.

Fue así como entró en el caso Duane.

Papaíto Duane había secuestrado y asesinado a siete niños, y guardaba los cadáveres durante una semana antes de enviarlos por trozos a los padres. Los medios lo habían apodado «El Asesino de FedEx» (para la gran indignación de la empresa de mensajería) y Crowe se juró a sí mismo que arrestaría al hombre.

Cuando Crowe se unió al equipo, estaban buscando a Bethany O'Neil, una niña de seis años de Falmouth, Massachusetts, que Duane había secuestrado de un parque cuatro días antes. El reloj corría y todos lo tenían presente. Entonces tuvieron su primera oportunidad: Stephen Chesterfield, uno de los perversos con los que Duane «chateaba» a menudo, fue detenido en una redada de pedófilos. Sin embargo, después de veinticuatro horas de interrogatorio, los agentes federales encargados de la investigación no consiguieron sacarle palabra.

Así que llamaron a Martin Crowe.

Apagaron todas las cámaras y dejaron a Chesterfield a solas con Crowe en una habitación insonorizada. Fue allí, mientras miraba a Stephen Chesterfield, consciente de que la vida de otra niña pequeña pendía de un hilo mientras su propia hija agonizaba en un hospital, que Crowe cruzó la barrera.

Salió de la habitación una hora más tarde con la dirección de Papaíto garrapateada en un trozo de papel manchado de sangre. Los otros agentes no le preguntaron qué había hecho. No querían saberlo. Lo único que deseaban era pillar a Papaíto antes de que comenzara a enviar los trozos de la pequeña O'Neil a sus padres.

Dos horas más tarde, echaron abajo la puerta de la cabaña de troncos del pedófilo y mataron a Papaíto Duane. Se suponía que tenía una arma, aunque nunca la encontraron. Sin embargo, mientras los dos agentes que habían realizado la operación disfrutaban de las aclamaciones del público, los medios se habían ensañado a gusto con Crowe por haber violado los derechos civiles de Chesterfield.

De haber sido éste un delincuente cualquiera, no hubiesen tenido ningún inconveniente en olvidarse del tema. Desgraciadamente para Crowe, Stephen Chesterfield era el hermano de un fiscal, así que cuando se supo que le habían dado una paliza, alguien tenía que pagar. Después de que alguien filtrara a la prensa las fotos de su rostro desfigurado, los titulares machacaron a Martin Crowe; lo presentaron como la encarnación de todo lo malo de las fuerzas de la ley. The New York Post lo bautizó como «El Despiadado» y el mote cuajó. De inmediato lo suspendieron de empleo y sueldo y lo acusaron.

Ocho meses más tarde, el abogado de Crowe buscó implicar a todos los demás agentes que habían estado allí, en un intento desesperado por crear una duda razonable. A Crowe probablemente le hubiesen condenado a la pena máxima —diez años en una penitenciaría federal— de no haber sido por la familia O'Neil, que asistió

a todos los días del juicio. Se sentaban directamente detrás de Crowe, de forma tal que cada vez que los jurados miraban al hombre acusado de ser un sádico, también veían a la preciosa niña que había salvado. El jurado sólo tardó tres horas en dar su veredicto.

Inocente.

A pesar de la absolució, la tensi3n del juicio haba arruinado lo que quedaba de su vida. Cuando se acab3, Crowe se encontr3 sin trabajo, sin seguro m3dico, sin ahorros y a un paso del divorcio. Todo eso hubiese sido terrible, pero no se poda comparar con lo que le estaba ocurriendo a Betsy, que libraba una batalla imposible, una que estaba destinada a perder si no le hacan un transplante de m3dula que costaba una fortuna. Aunque los m3dicos aun tenan que encontrar al donante adecuado, Crowe prometi3 que en cuanto lo encontraran 3l tendr3a el dinero para pagar la intervenci3n.

As3 que se convirti3 en un mercenario. Sab3a que casi todos sus clientes realizaban actividades ilegales, pero no le importaba. Todas sus convicciones religiosas, 3ticas y morales eran irrelevantes mientras Betsy continuara enferma. Si bien haba hecho algunas cosas inmorales en los 3ltimos meses, se las haba apaado para no matar a nadie. Se dec3a a s3 mismo que eso era algo que nunca har3a, ni por todo el oro del mundo.

Pero en el fondo de su coraz3n, tena claro que tambi3n cruzar3a esa l3nea, si al hacerlo consegu3a salvar a su 3nica hija. S3lo era una cuesti3n de tiempo.

Haba algo en los ojos sin vida de Crowe que a Forsythe le helaba la sangre. Temeroso de molestarlo mientras pensaba, Forsythe fingi3 mirar la pantalla de su ordenador. El ex agente del FBI uni3 las manos y apoy3 la barbilla en las puntas de los dedos. Despu3s de lo que pareci3 una eternidad, Crowe mir3 al cient3fico y comenz3 a dar 3rdenes.

—Intentar3n salir de la ciudad. No pueden arriesgarse a pasar por los controles de seguridad de los aeropuertos. Si abandonaron la ciudad anoche, estamos jodidos. Si no es as3, quiz3 tengamos suerte. ¿Tiene agentes vigilando la Penn Station?

Forsythe se anim3, complacido al poder darle una respuesta afirmativa. Nielsen haba tenido raz3n. Kendall no sab3a que a Forsythe lo iban a despedir, y por lo tanto no haba tenido inconvenientes en facilitarle unos cuantos hombres para que ayudaran en la b3squeda.

—Hay agentes del FBI en todos los andenes de la estaci3n y en las terminales de la Autoridad Portuaria.

Crowe sacudi3 la cabeza.

—Vigilar la estaci3n de autocares es desperdiciar los recursos. Ning3n agente bien entrenado se subir3a a un autocar. ¿Qui3n es el responsable de las

comunicaciones?

—Grimes.

—Llámele.

Forsythe llamó a Grimes a su despacho. En cuanto entró, Crowe asumió el mando.

—Saque a los hombres de la Autoridad Portuaria y mándelos a la estación de trenes.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Grimes.

—Sí —respondió Crowe en voz baja—. Consígame una lista de todas y cada una de las personas que el objetivo conoce en un radio de ochocientos kilómetros. Controle todas sus comunicaciones hasta que lo atrapemos.

—¿Cree que serán tan estúpidos?

—Si Vaner está al mando, diría que no, pero es algo que no sabemos a ciencia cierta. Cuando los civiles emprenden la fuga, es típico que acudan a alguien de su confianza. Si tenemos alguna posibilidad de atraparlo, será a través de sus amigos, o su familia.—Crowe miró de nuevo a Forsythe—. Ahora hábleme de su hermano gemelo.

Capítulo 21

Caine se disponía a preguntarle a Nava adonde irían con el tren, cuando recordó que todo eso era un sueño. Por un momento, casi lo había olvidado y había seguido considerando que la alucinación era la realidad. ¿Tenía alguna importancia adonde iría su ser imaginario? Decidió que no, pero entonces una voz en el fondo de su mente se manifestó en desacuerdo. ¿Adónde debía ir? En cuanto planteó la pregunta, la respuesta apareció en su mente. Era obvio. Una vez más, las palabras de su hermano lo guiaron.

«Intenta encontrar la manera de anclarte, lugares donde estés a salvo o personas con las que puedas estar seguro».

Iría a reunirse con Jasper en Filadelfia. Si conseguía dirigir la alucinación hacia la única persona que podía ayudarlo, quizá encontraría la manera de volver a la realidad. Convencido de que eso era lo mejor que podía hacer, Caine se relajó en el asiento y miró desfilar la ciudad a través de la ventanilla. El locutor de la radio anunció que eran las 9.47, antes de que Jim Morrison comenzara a cantar «People Are Strange». No había acabado la canción cuando Nava empezó a darle instrucciones.

—En cuanto entremos en la estación, mantén la cabeza gacha. Tienen cámaras instaladas en el techo. Si tenemos que detenernos a esperar, simula que lees esto. — Recogió un periódico mojado del suelo del taxi y se lo puso en las manos—. ¿Entendido?

Caine asintió.

—Tú entras primero, yo te pisaré los talones. Si hay algún problema, te largas. No me esperes. Puedo cuidar de mí misma. Lo importante es que tú desaparezcas. — Nava metió un teléfono móvil en el bolsillo de Caine—. Si nos separamos, añade un uno al último dígito del primer número de marcación rápida; si responde cualquiera que no sea yo, dame por muerta. Cuelga y corre. ¿Está claro?

—Como el agua.

Se apearon del taxi en la esquina de la 34 con la 8 y bajaron por las escaleras mecánicas en silencio. Una vez en el subsuelo, Caine cojeó hacia los andenes de Amtrak. Había hecho ese mismo camino centenares de veces y conocía las tiendas por las que pasaba a pesar de que no apartaba la vista del suelo. Notaba la presencia de Nava a su espalda.

Se detuvo debajo del gigantesco panel de horarios que había en el centro de la estación y tuvo que hacer un esfuerzo para dominar la natural tentación de mirarlo. Sintió el aliento de Nava en la nuca.

—El próximo tren sale dentro de ocho minutos. Va a Washington. Lo cogeremos.

Perfecto. Filadelfia estaba de camino a Washington. Una vez en el tren, Caine estaba seguro de que convencería a Nava para que fueran a Filadelfia. Si no lo

conseguía, la abandonaría; eso si era posible abandonar a una alucinación. Un par de minutos después, una voz metálica anunció que el tren 183, que salía con destino a Washington a las 10.07, estaba entrando en el andén 12.

Nava sujetó con firmeza el codo de Caine, lo hizo girar en dirección a la multitud y lo empujó hacia delante. Como un corcho en las cataratas del Niágara, Caine se dejó llevar al andén inferior.

Al agente Sean Murphy siempre le tocaban los peores servicios. Algunas veces tenía la sensación de llevar un cartel pegado en la frente que decía: «Por favor, asígneme todos los servicios sin importancia». No podía creer que debiera estar todo el puto día en el andén 12 para pillar a alguien que probablemente ya estaría en México. Echó otra ojeada al papel con las imágenes generadas por ordenador. Veinte eran de David Caine y otras veinte de Nava Vaner. En cada una aparecían con diferentes disfraces.

Caine con barba y sin bigote. Caine con bigote y sin barba. Vaner con gafas. Caine con gafas. Vaner con pelo corto. Vaner con pelo largo. Caine pelado. Todo era tan estúpido... Las únicas informaciones importantes eran la estatura y el peso. La estatura no se podía cambiar y el peso era difícil de simular. Sin embargo, la mayoría de los sospechosos se empeñaban en disfrazar sus caras, lo que era perder el tiempo. Los ojos siempre los delataban.

Las personas que huyen tienen una mirada que a Murphy le recordaba al conejo que había tenido en la infancia. Cada vez que había ido a limpiar la jaula de Bugs, el pobre animal se había acurrucado en un rincón, y sus ojos miraban en todas las direcciones con tanto pavor que a Murphy le daban ganas de vomitar. Odiaba al estúpido conejo. Su madre lo había obligado a que lo cuidara para que aprendiera a ser responsable, pero lo único que había aprendido era a odiar a los conejos.

Murphy observó la riada de gente, atento a los rostros. Había visto a un millar de pasajeros desde las siete. Como era de buena mañana, la mitad de ellos tenía la expresión de personas que hubiesen preferido seguir durmiendo. Otro 40 por ciento sencillamente parecía cabreado: los neoyorquinos se creían los amos del mundo y que estaban rodeados de idiotas. Sólo un 10 por ciento parecía feliz, entusiasmado con el viaje. En cualquier otra parte del país, ese 10 por ciento se convertiría en un 60. Pero aquello era Nueva York: la tierra de la libertad, el hogar del cabreo.

Desfilaron más ojos. Aburrido, cansado, cerrado, cabreado, aburrido, cabreado, entornado, agotado, cabreado. Era una sucesión interminable. De vez en cuando, miraba las fotografías y luego al mar de humanidad cabreada.

—¿Tienes algo, Murph? —La voz en el auricular lo sacó de su ensimismamiento.

Bajó la barbilla y habló al micro sujeto en la solapa, sin molestarse en disimularlo. En sus inicios, cuando en cada misión le parecía que estaba luchando por

la verdad, la justicia, y el modo de vida americano, lo había hecho todo conforme al manual. Pero después de diecisiete años de servicios de vigilancia en las estaciones de autobuses, de trenes, aeropuertos, baños públicos (los más horribles), parques y hoteles, pasaba de todo, incluido lo más básico.

—Nada. ¿Tú, qué?

—Nada.

Murphy abrió la boca en un gran bostezo. Ojos, ojos, ojos. Diablos, era una maldita pérdida de tiempo. David Caine nunca aparecería por allí. Consultó su reloj. Al cabo de una hora podría tomarse un descanso. Manoseó el paquete de cigarrillos con anhelo, y se imaginó lo deliciosa que sería la primera calada mientras miraba pasar los ojos.

Nava lo descubrió en el acto. Quebrantaba todas las reglas, sin preocuparse lo más mínimo de confundirse entre la gente.

Era alto y fornido, alrededor de metro ochenta y cinco, y unos ciento diez kilos de peso, con el pelo gris muy corto y vestido con una americana azul en un penoso intento por disimular la pistola de la sobaquera.

Incluso tenía en la mano un papel, donde sin duda estaban las imágenes de Caine. El agente aún no los había visto, porque sólo miraba a los pasajeros cuando entraban en el andén. Otro error. Sólo una docena de personas los separaba del agente. Nava se maldijo por haber aceptado la sugerencia de Caine de tomar el tren. Tendría que haber secuestrado a un turista, meterlo en el maletero y conducir hasta Connecticut, donde la estaría esperando Caine.

Quedaban diez personas.

Se inclinó hacia delante para susurrar al oído de Caine:

—Apártate, y haga lo que haga, sígueme.

Antes de que Caine pudiera volverse, Nava lo apartó y se apretó a su lado. Caine siguió la indicación y dio un paso atrás.

Quedaban cuatro personas.

Para gran asombro de Nava, el agente no advirtió el cambio. Patético. Aunque era consciente de que debía agradecerlo, le molestó la incompetencia del hombre. La inteligencia norteamericana contaba con millares de agentes, pero la mayoría estaban mal preparados.

Quedaban dos personas.

Nava, con una mirada de suprema confianza, simuló una gran sonrisa y la mantuvo. Si sólo buscaban a Caine, su plan funcionaría. Si también la buscaban a ella —y el agente era todo lo rápido que debía ser— la habían pringado.

Quedaba una persona.

Nava arqueó la espalda para que sobresalieran sus pechos y miró al agente con

una mirada sensual. Si él hubiese sido del KGB, primero hubiese mirado al hombre que iba detrás de ella, con gafas de sol a pesar de la penumbra. Pero no lo era. En aquel momento, apenas si era un agente de inteligencia. Sólo era un tío excitado.

Su mirada la repasó de arriba abajo, con una pausa en los pechos, pero cuando la mirada se detuvo en el rostro, hubo un momento de vacilación en sus ojos. Nava debía moverse antes de que pudiera reaccionar. Fingió tropezar, se dejó caer sobre el agente y dejó que él la cogiera entre sus brazos. Luego le pasó rápidamente la mano por el pecho y le arrancó el micro de la solapa de un tirón.

—Eh, tú eres... —Murphy se interrumpió en cuanto sintió la presión en la entrepierna.

—No te muevas —susurró Nava, sin dejar de sonreír—. Eso que notas en la entrepierna es la punta de una daga de quince centímetros. A menos que quieras sentir el resto, rodéame suavemente con los brazos como si nos abrazáramos y retrocede dos pasos hacia la pared. Poco a poco.

El agente obedeció sin rechistar. Los pasajeros desfilaron junto a la presunta pareja de enamorados, sin advertir la daga en la entrepierna del hombre.

—¿Cuántos más hay contigo?

—Escucha, Vaner...

Nava movió la daga y lo pinchó en el muslo.

—¿Cuántos?

—Vale, vale. —Murphy intentó apartar la pelvis, pero estaba con la espalda pegada en la pared—. Hay otros diez en toda la estación.

—¿Cuántos más en este andén? —Levantó un poco la cabeza como si fuera a darle un beso. El aliento le olía a tabaco.

—Uno más.

—Describemelo.

El agente vaciló por un instante, así que ella le recordó lo que estaba en juego.

—¡Diablos! —susurró Murphy—. Te lo diré, pero tú ten cuidado con esa cosa... Mide aproximadamente un metro sesenta y cinco, delgado, unos sesenta kilos. Pelo rubio, corto, como el mío.

—¿Para quién trabajas?

—La CIA —respondió él en el acto. Mentía.

—De acuerdo. —Volvió la cabeza y la apoyó en el pecho de Murphy para poder hablarle a Caine por la comisura de la boca—. Saca la estilográfica azul del bolsillo de abajo y ponla en mi mano. —Miró de nuevo al agente mientras Caine buscaba en la mochila—. Eh, mírame.

Murphy obedeció de mala gana. Nava vio el miedo en sus ojos.

—No te preocupes. Vivirás.

Caine le puso el cilindro de plástico azul en la mano izquierda y Nava lo clavó en

el muslo del agente. Con el impacto se disparó el mecanismo que soltaba la aguja. Los músculos del hombre se tensaron cuando la aguja se hundió en la carne. Cinco segundos más tarde, cuando la benzodiazepina entró en las venas, se relajó y una sonrisa tonta apareció en su rostro. Nava soltó el cilindro vacío y apoyó la palma de la mano izquierda en el pecho del agente para evitar que se desplomara.

—¿Cómo te llamas?

—Sean Murphy. —Respondió como si hablara en sueños.

—¿Cómo te sientes, Sean?

—Somnoliento. —Como si quisiera enfatizar la respuesta, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¡Sean, Sean! —Nava guardó la daga y sacudió a Murphy.

Él abrió los ojos, sobresaltado, y la miró con una expresión de desconcierto.

—Quiero dormir —protestó.

—Lo sé. Sólo quiero pedirte un favor, ¿vale?

—Vale —musitó el agente como si fuese el niño de cuatro años más grande del mundo.

—Si alguien te despierta, sólo diles que estabas cansado y que aprovechaste para echar una cabezada. Tú nunca me has visto, te quedaste dormido.

—De acuerdo. No te he visto. —Parpadeó rápidamente, como si quisiera evitar que los ojos se le cerraran por su cuenta—. ¿Ahora puedo dormir?

—Una pregunta más. Dime la verdad. ¿Para quién trabajas?

Murphy murmuró algo mientras se le cerraban los ojos lentamente. Nava, contrariada, le apretó el hombro. Al cabo de diez segundos el hombre estaría dormido se lo permitiera o no.

—¿Para quién trabajas? —insistió. Acercó la oreja a la boca de Murphy, que susurró a duras penas: «F... B... I», para luego dejar caer la cabeza sobre el pecho. Un hilo de baba le cayó de la boca. Nava se la cerró y lo apoyó suavemente contra la pared.

«Atención a todos los pasajeros del tren 183 con destino a Washington. Está a punto de hacer su entrada en el andén 12».

Nava buscó en la mochila y sacó otro cilindro idéntico al primero, sólo que éste era de plástico amarillo. Oyó la señal acústica cuando el tren entró en la estación. Miró rápidamente en derredor para saber si alguien los observaba, pero todos los pasajeros ya estaban en el borde del andén, preparados para subir al tren. Se volvió hacia Caine, que la miraba con una expresión de horror.

—¿Está... quiero decir, lo has...?

—No está muerto. Si lo mato, sabrán adónde vamos. —Quitó el pequeño auricular de plástico de la oreja de Murphy y se lo puso en la suya con una mano y con la otra le sujetó de nuevo el micrófono en la solapa. En aquel instante, oyó una

VOZ.

—¿Murphy?

—Aquí —respondió Nava con un tono ronco para disimular la voz.

—¿Has visto algo?

—No.

—Yo tampoco. Creo que tienes razón. Esto es una pérdida de tiempo.

—Sí. —Nava sabía que si respondía con monosílabos no tendría problemas.

—Vale. Te llamo en cinco minutos.

—Vale. —Nava esperó cinco segundos y luego colocó de nuevo el auricular en la oreja del agente. Subió el nivel del volumen al máximo.

«Último aviso a los pasajeros del tren 183 con destino a Washington, que saldrá del andén 12 dentro de dos minutos».

Nava clavó la segunda jeringuilla en el muslo de Murphy: esta vez era una mezcla de flumazelin y anfetaminas para contrarrestar el efecto de la benzodiazepina. Luego se volvió, cogió a Caine de un brazo y lo llevó con los que esperaban en el andén. Un minuto más tarde estaban a bordo del tren.

Nava dio un suspiro de alivio en cuanto el tren se puso en marcha y cogía velocidad. Se preguntó si sería verdad que habían conseguido escapar, pero comprendió que no tardarían mucho en averiguarlo.

—¡Billetes! —gritó la robusta revisora negra mientras avanzaba por el pasillo—. Por favor tengan los billetes preparados. ¡Billetes!

—Compra un pasaje de ida a Washington.—Nava puso unos cuantos billetes de veinte dólares en la mano de Caine.

Cuando la revisora llegó junto a Caine, hizo lo que Nava le había dicho. No reaccionó cuando Nava compró un pasaje de ida y vuelta a Baltimore.

—Si alguien se lo pregunta, no quiero que crea que viajamos juntos. Nos podría dar un poco más de margen.

—Entonces, ¿vamos a Baltimore? —preguntó Caine.

Nava negó con la cabeza.

—No. Nos bajamos en la próxima parada.

—¿Por qué Newark?

—Quiero salir de este tren antes de que descubran el rastro.

—¿Tengo voto?

—No. Ésta es la opción más segura.

Caine respiró profundamente. Tenía que controlar la alucinación. Si podía llegar hasta Jasper, estaría a salvo.

—Quiero ir a Filadelfia.

—¿Por qué?

—Mi hermano vive allí. —En el segundo que las palabras salieron de su boca, comprendió que había cometido una equivocación.

—Por eso mismo no podemos ir allí. Es el primer lugar donde nos buscarán.

—¿Quiénes son ellos?

—El FBI y cualquier otro que la ANS haya empleado para que te atrapen —susurró—. ¿Es que no has prestado atención?

—Necesito reunirme con Jasper.

—Ahora no puedes. ¿Lo entiendes?

—¡Nada de esto tiene sentido! —protestó Caine, lo bastante alto como para que varios pasajeros miraran en su dirección.

—No levantes la voz —le ordenó Nava casi sin mover los labios. A su alrededor, todos los oídos estaban atentos. Se inclinó para susurrarle al oído—: Aquí no. Es demasiado público.

—De acuerdo —murmuró Caine—. Pero aun así, iré a Filadelfia.

—No, no irás. Me necesitas, David, y te digo que ir a ver a Jasper es un suicidio. Por favor confía en mí.

Caine abrió la boca dispuesto a protestar pero desistió al comprender que no conseguiría hacerla cambiar de opinión. Cerró los ojos y se centró en pensar qué podía hacer. Sabía que ir a Filadelfia era lo correcto y que necesitaba que Nava fuese con él. Si aquello era real y él era de verdad el demonio de Laplace, ya debería saber si iría a Filadelfia. Eso, o al menos tendría que ser capaz de deducir cómo hacer que las cosas funcionaran como él quería. Pero lo único que se le ocurrió fue que tenía que esconderse en el baño.

Se reprochó a sí mismo sus ideas. Su plan no se podía considerar la genialidad de un intelecto omnisciente. Dejó vagar la mente e insistió en descubrir qué debía hacer, pero de nuevo sólo apareció la imagen de sí mismo en el baño, marcando...

De pronto abrió los ojos y soltó una exclamación. Nava se volvió en el acto hacia él con una expresión de alarma.

—¿David, estás bien?

La voz de Nava le sonó muy lejana. Consultó su reloj. Eran las 10.13.43. Si quería hacerlo, necesitaba encontrarse con el hombre de negocios dentro de exactamente cincuenta y ocho segundos. Se levantó de repente.

—¿Adónde...?

—Al baño —respondió Caine, sin darle tiempo a acabar la pregunta.

Nava lo miró con una expresión suspicaz y luego se levantó. Lo cogió de un brazo.

—Te ayudaré a ir al baño.

—Gracias —dijo Caine. Comenzó a contar mentalmente los segundos. No necesitaba correr. Disponía de mucho tiempo. Dio un paso adelante con una cojera

exagerada. Nava no le prestó atención, como Caine ya sabía. Continuó caminando como en sueños. Tenía la sensación de que caminaba por un laberinto que ya había recorrido un millar de veces.

Al final del vagón, se abrió la puerta y un hombre de negocios de unos treinta y tantos años la cruzó, justo en el momento previsto. Sostenía una bandeja de cartón con las dos manos. Caine no alcanzaba a ver qué había en la bandeja, pero ya lo sabía: un vaso de gaseosa, una bolsa de Doritos y un sándwich de atún. El hombre siguió avanzando. El fugitivo se detuvo por un momento como si quisiera recuperar el equilibrio. Nava lo sujetó para evitarle una caída que no se iba a producir. Caine le dio las gracias y dio otro paso.

En ese instante él y el hombre estaban casi juntos. Caine se puso de lado para dejarlo pasar en el mismo momento en que el tren tomaba una curva a la izquierda. Entonces Caine se echó hacia delante, chocó contra el hombre, y se derramó parte de la bebida.

—¡Joder, tenga un poco más de cuidado! —gritó el hombre y lo apartó sin miramientos.

—Lo siento, ha sido culpa mía —respondió Caine y continuó su camino hacia el baño, con Nava pegada a sus talones. En cuanto entró en el baño y cerró la puerta, Caine sacó del bolsillo el móvil que le había robado al hombre. Cerró los ojos e intentó recordar el número que había oído cuatro días antes.

En cuanto lo recuperó del subconsciente, comenzó a marcar.

Jennifer Donnelly sujetó el volante de su todoterreno con una mano mientras con la otra rebuscaba en el bolso para coger el teléfono. El maldito móvil siempre sonaba en el peor momento. Desvió la mirada en el mismo momento en que un Mini Cooper se le cruzaba para ponerse delante. Sorprendida, pisó el freno a fondo. Un segundo más tarde, un Lincoln de color plata chocó contra el parachoques y el vehículo de Jennifer patinó a través de la intersección hasta que fue a dar contra la valla de seguridad.

El topetazo la aplastó contra el asiento; el airbag entró en acción con tanta rapidez que Jennifer tuvo la sensación de que le habían dado un puñetazo en la cara. Permaneció atontada hasta que una sensación húmeda y caliente entre las piernas la hizo reaccionar en el acto.

—Oh, Dios mío. —Apretó los muslos como si eso pudiese impedir lo que había pasado. Pero ya era demasiado tarde.

Se oyó la descarga de la cisterna y luego Caine salió del baño.

—Venga, vayamos a sentarnos —dijo, con demasiada prisa.

Nava tuvo la sensación de que se traía algo entre manos pero no sabía qué era, así que lo siguió en silencio hasta sus asientos. Llegarían a Newark en menos de cinco minutos. No veía el momento de bajar del tren. Tenía el mal presentimiento de que la ANS ya los tenía localizados. Si el agente Murphy recordaba el encuentro, iban derechos a una trampa.

Nava echó una ojeada al vagón y comenzó a preparar un plan de fuga. ¿Si ella estuviese al mando de la operación para atraparlos, qué haría? ¿Esperar a que bajaran del tren e interceptarlos en el andén? ¿Subir al tren y comenzar la búsqueda? No. Ella detendría el tren a un par de kilómetros de la estación y subiría allí. Sería la mejor manera de controlar la situación: incluso aunque intentaran huir, no tendrían escapatoria.

Eso era lo que ella hubiese hecho. Pero no estaba a cargo de la operación. La dirigían los norteamericanos, y en Estados Unidos, se preocupaban mucho más por los inocentes y los rehenes. Les preocuparían más los titulares del día siguiente que el resultado de la misión. Por lo tanto, eso significaba: ¿qué? No abordarían el tren ante la posibilidad de un tiroteo. Querrían sorprenderlos al salir de la estación en un entorno «controlado».

Comenzó a trazar el plan.

Bill Donnelly observaba las vías desde su asiento en la locomotora cuando sonó el móvil que llevaba en el mono. Sabía que todos se burlaban de su vestimenta: de téjanos de pies a cabeza, incluida la gorra de visera corta, pero él creía que los maquinistas debían llevar mono. Cogió el móvil sin desviar la mirada de las vías.

—Hoolaaa —respondió. La sonrisa de placer al contestar con su saludo favorito desapareció en el acto cuando oyó los jadeos del interlocutor—. ¿Cariño, eres tú?

—Sí, soy yo. —La voz de su esposa sonaba muy débil—. Ha ocurrido un accidente.

—¿Estás bien? ¿Le ha pasado algo al bebé?

—Acabo de romper aguas. —La mujer hizo una pausa; respiró profundamente—. Voy camino del hospital.

—Pero ¡si no te tocaba hasta dentro de seis semanas!

—Bill, te necesito. ¿Te falta mucho para llegar a casa?

—Oh, diablos... ahora mismo estoy a punto de entrar en Newark, pero me daré prisa, amorcito.

Se oyó un gemido de dolor.

—Por favor, Bill... estoy asustada. No puedo pasar de nuevo por esto... no puedo hacerlo sola. —La mujer se echó a llorar.

—Eh, eh —dijo él cariñosamente—. Todo saldrá bien, cariñito. Estaré allí antes de que puedas decir: «Es un niño».

Ella se sorbió los mocos. Dejó de llorar.

—¿Me lo prometes?

—Te prometo que estaré a tu lado, con tu mano en la mía, cuando el bebé llegue al mundo.

—De acuerdo. Ahora me llevarán al hospital. La ambulancia ya está aquí. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Se oyó un clic y se cortó la comunicación.

Bill recordó su última visita a la sala de partos dos años antes. Había estado trabajando hasta tarde y no había llegado al hospital a tiempo. Tampoco era para tanto, había pensado, seguramente no pasaría nada durante las dos primeras horas. Su hermana había tenido tres hijos y la vez que menos había estado de parto habían sido veinte horas. No había creído que noventa minutos de retraso fueran a cambiar mucho las cosas. Pero se había equivocado.

El parto había sido muy breve, y el bebé... el pequeño Matthew William... había nacido muerto. Bill siempre se había sentido culpable por no haber estado allí durante aquellos primeros momentos, cuando Jennifer estaba sola en la sala de reanimación. Cuando él había aparecido con una caja de puros, su mujer le había escupido a la cara. Les costó un año de visitas a un consejero matrimonial recuperar una relación más o menos normal. Tres meses más tarde, ella había quedado embarazada de nuevo.

Bill a menudo se preguntaba si no había sido un error ir a por otro hijo. Las tensiones del segundo embarazo casi habían acabado con su matrimonio. Pero habían conseguido salir adelante. Él incluso lo había arreglado para que le dieran un permiso sin sueldo para poder estar en la ciudad cuando llegara el momento del parto. ¿Cómo era aquello que decían? Los mejores planes son los que fracasan. Algo así. No se lo podía creer. Se suponía que esta vez no sería así. Otra vez no.

Consultó su reloj y luego el horario. Tenían que detenerse en Trenton para una revisión de rutina que tardaba veinte minutos. Además, había que cargar suministros para el vagón-restaurante; otros diez minutos. ¿Qué podía hacer? Nada. Entonces pensó de nuevo en su esposa. Jenny, totalmente sola en aquella habitación... en el mismo hospital donde había perdido a Matthew.

Bill exhaló un suspiro. Tenía claro qué debía hacer. Valdría la pena aunque perdiera el empleo. Se volvió y cerró la puerta. Aceleró la locomotora al máximo, cogió el micrófono, respiró profundamente y apretó el botón.

Capítulo 22

—Atención, señores pasajeros. Lamentamos informarles de que el tren no se detendrá en las siguientes estaciones: Newark, Metropark, Princeton Junction y Trenton.

Varios pasajeros murmuraron descontentos, aunque no sabían qué estaba pasando.

—Amtrak lamenta las molestias que esto pueda ocasionarles. La próxima parada será en la estación de la calle Treinta en Filadelfia.

En cuanto oyeron estas últimas palabras, un airado coro de voces de protesta estalló alrededor de Nava, pero ella no les hizo caso. Sabía muy bien que no harían nada más que escribir una carta insultante al día siguiente, si es que lo hacían. En cambio, centró su atención en Caine, que miraba por la ventanilla.

—¿Qué has hecho? —le preguntó.

Caine se volvió para mirarla a los ojos.

—No sé de qué me hablas.

—Una mierda —replicó Nava—. Esto es obra tuya, ¿verdad?

—No seas paranoica.

—Me estás mintiendo.

Caine no respondió. Miró de nuevo por la ventanilla. Nava no sabía cómo, pero aquello era obra de Caine. Cuando había leído por primera vez las teorías de Tversky sobre el demonio de Laplace, no se las había creído del todo. Por eso estaba dispuesta a entregar a Julia a los norcoreanos.

Nava se estremeció al pensar en ellos y en el precio que debían haber puesto a su cabeza por desafiarlos. Intentó no pensar en sus problemas personales y volvió su atención al hombre que tenía sentado a su lado. Estaba dispuesta a aceptar que quizá tuviera algunos poderes paranormales, pero otra cosa muy distinta era alguien capaz de predecir el futuro y controlarlo.

Sin embargo, estaba el hecho de que el tren no pararía hasta llegar a Filadelfia. ¿Cuáles eran las probabilidades de que ocurriera algo así? ¿Qué podría haber obligado al maquinista a saltarse las cuatro siguientes paradas? Sacudió la cabeza. No tenía sentido. Tversky había escrito que Caine no tenía un control consciente de sus capacidades. Nava no estaba tan segura después de lo que acababa de ocurrir. Había aprendido a confiar en su intuición y en ese mismo instante su intuición le gritaba a voz en cuello.

Miró de nuevo a Caine. Pero esta vez no era una mirada pensativa. Era de miedo.

Grimes conectó el altavoz para que Crowe escuchara la conversación entre Fitz y Murphy. Fitz era quien llevaba la voz cantante, y Murphy intercalaba algunos comentarios, más que nada para mostrarse como un tipo competente, o, al menos, no

tan estúpido como para quedarse dormido apoyado en una pared. Cuando acabaron, Grimes miró a Crowe.

—¿Qué le parece?

—Creo que un súbito ataque de narcolepsia es un tanto anormal. Sobre todo en un varón de cuarenta y tres años sin un historial médico que señale ninguna anomalía —contestó Crowe, con tono grave.

—¿Qué cree que pueda significar? ¿Cree que Caine y Vaner se encuentran en el tren? —A Grimes le encantaba esta parte. La vigilancia no estaba nada mal, pero perseguir a un objetivo, intentar encontrar a los fugitivos en la miríada de cámaras instaladas por todo el país, era alucinante. Además estaba con un tipo que conocía su oficio; eso estaba claro.

—Hábleme del tren. ¿Ha ocurrido algo anormal en su recorrido hasta el momento?

—Espere. Ahora lo compruebo. —Grimes tardó menos de un minuto en romper el cortafuego de Amtrak. En una de las pantallas de plasma aparecía un mapa de la Costa Este, con toda la red ferroviaria—. ¡Vaya, esto es interesante! —Grimes subió el volumen del auricular—. Al parecer el maquinista se ha vuelto tarumba y ha secuestrado el tren. Dice que su esposa está a punto de parir y necesita llegar a Filadelfia pitando. Joder, ésta sí que es buena.

Crowe se inclinó hacia la pantalla; de pronto se había despertado su interés.

—¿Puedes buscar en la base de datos de Amtrak y averiguar cuántas veces un empleado ha secuestrado un tren?

—Eso está hecho. —Grimes buscó en el menú—. Aquí está.

En los quince años que llevan recopilando información, sólo ha ocurrido dieciocho veces.

—Calcula la probabilidad.

A Grimes le pareció un tanto extraño, pero Crowe era el experto.

—Veamos, si suponemos que han mantenido los mismos servicios en los últimos quince años, y que hacen cien viajes al día, eso nos daría 36.500 viajes por año, multiplicados por quince tendríamos... —Grimes tecleó los números en la calculadora— ... 547.000 viajes. Dado que sólo se han dado dieciocho secuestros, la probabilidad sería del 0,003 por ciento o de 1 entre 30.000.

Crowe se golpeó la palma con el puño en una muestra de satisfacción.

—Es Caine. Está en el tren.

—¿Quiere que llame a la caballería?

—Espere. —Crowe levantó una mano—. ¿Cuánto falta para que el tren llegue a Filadelfia?

—Ahora mismo lo compruebo. —Grimes volvió a la parrilla de horarios—. Llegarán dentro de unos cuarenta y siete minutos. —Sonrió—. Van un poco fuera del

horario previsto.

—¿Tenemos un helicóptero en la azotea?

—Sí. Listo para despegar. ¿Quiere que llame al piloto?

Crowe ya corría por el pasillo hacia el ascensor. Grimes interpretó que era un sí.

Al cabo de cuatro minutos estaba a dos mil metros por encima de la ciudad. A una velocidad de doscientos diez kilómetros por hora, llegarían prácticamente al mismo tiempo que el tren. Si tenían suerte y soplaban el viento de cola, incluso podrían llegar unos minutos antes. Crowe apretó el botón de su micro.

—Grimes, quiero que envíe a todos los agentes disponibles de la oficina de Filadelfia a la estación. Asegúrese de que todos dispongan de imágenes de Caine y Vaner...

Grimes escuchó con atención durante otro minuto mientras Crowe le detallaba el plan. Sí, señor, David Caine no tardaría en enterarse de lo que significaba ser perseguido.

Caine no podía precisar el momento exacto en que despertó. El suave balanceo del tren, el traqueteo hipnótico del convoy, sometía el tiempo a un bucle permanente mientras la sensación de *déjà vu* dominaba de nuevo su mente. Perdido en un mar de algodón, se esforzó por recuperar la conciencia. Bostezó antes de abrir los ojos.

Entonces lo revivió todo. De nuevo, se sintió dominado por el sentimiento de culpa al pensar en lo que le había ocurrido a Tommy. No tendría que haber muerto. Todo había sido culpa suya. Si se hubiese mantenido alejado del *podvaal*, nada de todo eso hubiese ocurrido.

No. Esto no era real. La explosión, la mujer, la llamada telefónica, nada en absoluto. Tenía que continuar. Si conseguía llevar su yo onírico hasta Jasper, todo volvería a la normalidad. Miró a Nava. En su otra vida, le hubiese encantado fugarse con una mujer tan hermosa. Pero en esta vida, en este sueño, no escapaban de los problemas cotidianos, sino de unos asesinos.

—Atención, señores pasajeros. Llegaremos a la estación de la calle Treinta dentro de cinco minutos. Una vez más, les pedimos disculpas por las molestias que les pueda haber ocasionado el cambio. Gracias por su comprensión.

Caine tuvo de nuevo la sensación de *déjà vu* y de repente comprendió que debía ir al vagón-restaurante. No disponía de mucho tiempo.

Nava se preguntó si Caine se habría vuelto loco. Un segundo antes estaba profundamente dormido y ahora la arrastraba al vagón-restaurante a toda prisa.

Cuando llegaron allí, Caine compró diez bolsas de patatas fritas. Antes de que ella pudiera hacer ningún comentario, Caine comenzó a abrirlas con los dientes mientras renqueaba hasta un extremo del vagón.

Caine abrió la puerta y salió a la plataforma del enganche del vagón-restaurante con el posterior. A través de las pequeñas aberturas en el suelo, Nava vio cómo pasaban las traviesas. Caine se agachó junto a las aberturas y comenzó a vaciar las patatas fritas por los agujeros. En cuanto acabó de vaciar la última, dejó la bolsa vacía a sus pies con las demás.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó ella.

—Sí, Nava. Eso creo.

—¿Por qué lo has hecho? —insistió Nava.

—No es... estoy muy seguro —respondió Caine, con una mirada ausente.

Nava sintió un escalofrío.

—¿Saben que estamos en el tren?

—Sí, creo que sí —asintió Caine.

De haberse tratado de una operación normal, ella hubiese recurrido a sus planes de contingencia, pero ahora actuaba sin red. ¿Qué pasaría si utilizaba a Caine? Él se las había apañado para llevarlos hasta Filadelfia, ¿no? Sin embargo, le preocupaba la posibilidad de que si lo presionaba para que utilizara su capacidad ese hecho pudiera tener unas consecuencias desastrosas. No obstante, cuando pensó de nuevo en lo que se encontrarían, decidió que valía la pena correr el riesgo. Miró los ojos de color verde esmeralda de Caine.

—David, quiero que nos imagines escapando de la estación sanos y salvos.

—Nava, no creo que funcione de esa manera.

—No lo sabes a ciencia cierta, ¿verdad? Venga. Los atletas profesionales visualizan el juego antes de salir al campo. Los soldados se imaginan la batalla antes de desplegarse. Por favor, David, inténtalo por mí. —Hizo una pausa y luego añadió —: En algún momento tendrás que confiar en alguien.

Caine la miró como si fuera a protestar, pero luego asintió.

—Tienes razón. —Cerró los ojos en el mismo momento en que volvía a funcionar el altavoz del vagón.

—Atención, señores pasajeros. Estamos entrando en la estación de la calle Treinta en Filadelfia. A todos aquellos que se apean aquí, les damos las gracias por viajar con Amtrak y les deseamos una feliz estancia en la ciudad del amor fraternal.

Una paloma gris y negra bajó desde el cielo encapotado y se posó en las traviesas unos segundos después de alejarse la bestia metálica. Picoteó los trozos de patatas fritas dispersos entre el cascajo. Debía comer todo lo posible antes de que apareciera el resto de la bandada. De pronto oyó unos chillidos y vio a cinco criaturas peludas

que corrían hacia ella. Remontó el vuelo sin vacilar.

Ni siquiera se enteró de la presencia del enorme pájaro hasta que fue demasiado tarde.

Lo estaban haciendo muy bien. Crowe escuchaba al equipo del FBI con los auriculares. No tenía idea de cómo diablos había conseguido Forsythe con tanta rapidez que colaborasen varias agencias de seguridad, y mucho menos de cómo había logrado que los federales aceptaran órdenes de la ASN. Como Crowe era el hombre de la ASN, él era el agente especial al mando. Alguien en el FBI perdería el empleo en cuanto se supiera que Crowe había llevado las riendas, pero en ese instante no tenía tiempo para pensar en ese tema. El tren entraría en la estación al cabo de noventa segundos.

Llegaría a tiempo para supervisar el asalto. Notó un suave tirón en el estómago cuando el helicóptero comenzó a descender. Se abrochó el cinturón de seguridad y se reclinó en el asiento. De pronto, el aparato frenó bruscamente y comenzó a subir, con un violento viraje hacia la derecha.

—¿Qué diablos ha sido eso? —gritó Crowe en medio del estruendo de los rotores. El piloto no le hizo caso, ocupado en conseguir nivelar el aparato.

—¡Creo que un pájaro se ha estrellado con el rotor de cola! —respondió en cuanto consiguió su propósito. Apretó unos cuantos botones y el helicóptero comenzó a bajar de nuevo, esta vez mucho más lento—. ¡Tengo problemas con la dirección, señor! ¡Tendré que aterrizar en aquel aparcamiento! —El helicóptero volvió a sacudirse, y empezaron a bajar en picado antes de que el piloto pudiera nivelarlo de nuevo.

—¡Sólo preocúpese de poner este trasto en el suelo! —gritó Crowe mientras el aparato cabeceaba violentamente—. ¿Le había pasado alguna vez?

—¡Nunca, señor! —respondió el piloto y prestó atención a la maniobra de aterrizaje.

Crowe no creía en las coincidencias. No sabía cómo, pero estaba seguro que aquello era obra de David Caine. Por primera vez en su vida, Martin Crowe se preguntó si él era el cazador o la presa.

Si quería verse con Jasper, Caine necesitaba a Nava, y eso significaba que debía confiar en ella. Cerró los ojos e intentó concentrarse en la fuga. Se imaginó a él y Nava alejándose en un mar negro después de librarse de sus perseguidores. Una y otra vez repitió la escena en su mente.

Sintió lo mismo que sentía cada vez que veía un concurso de penaltis en la televisión, con una cerveza en la mano, y esperaba, no, deseaba que el chute fuera

bueno. Observaba la preparación del participante, atento al instante en que chutara el balón, convencido de que si lo deseaba con todas sus fuerzas, si ponía todos sus esfuerzos en el empeño, podría conseguir que marcara.

En cuanto el tren entró en el túnel, Caine tomó conciencia de todos los detalles: el chirrido de los frenos, el movimiento de las ruedas en las vías, el parpadeo de los tubos fluorescentes cuando entraban en las profundidades de la estación. Veía cómo sucedería; estaba muy claro, como nunca lo había estado antes.

No obstante, también tenía la sensación de estar viéndose a sí mismo desde el exterior. Su doble estaba en... ¿un coche? Sí, un gran coche negro que se alejaba a gran velocidad. Nava estaba al volante. Un rostro conocido flotaba entre ellos. Su doble veía el ahora como el pasado. Caine intentó leer su futuro en la mente de su doble, meterse en su memoria. Pero no lo consiguió.

Su mente abandonó al doble y volvió al presente; comenzó a desear que él mismo y su entorno volvieran a ser lo que él deseaba que fuese la realidad. Sabía que era posible... sólo necesitaba hacerlo probable. Pero no sabía cómo, así que continuó pensando, deseándolo.

—¡David! ¡David! —Nava chasqueó los dedos delante de sus ojos. Caine parpadeó varias veces y volvió al presente; la sensación de estar entrando en una nueva realidad desapareció. En un instante, había sido clara como el agua. Al siguiente, no era más que un recuerdo lejano, como si de pronto se hubiese despertado de un sueño surrealista. Al cabo de unos segundos, había desaparecido hasta el recuerdo.

—¿Estás bien? —preguntó Nava. Sus dedos se clavaban en el brazo de David. Él tuvo la sensación de que se lo había preguntado más de una vez.

—Sí. ¿Qué ha pasado? ¿Perdí el sentido?

Caine quería hacer más preguntas, pero entonces se abrieron las puertas. Nava se inclinó sobre él para murmurarle al oído:

—Querrán llevarnos a una zona controlada, para disminuir los riesgos de que alguien más pueda resultar herido. Estaremos seguros en el andén mientras crean que no sospechamos nada. Cuando bajemos del tren, no mires en derredor ni te muestres inquieto. Sólo límitate a seguirme. ¿Estás preparado?

—Como nunca. —A pesar de que Caine había utilizado antes la expresión, sólo ahora comprendía su significado real: «No estoy preparado en lo más mínimo, pero allá vamos».

Nava le sujetó el brazo y se lo apretó para infundirle ánimos cuando bajaron del tren. De pronto Caine tuvo la sensación de que después de todo, ir a Filadelfia quizá no había sido una buena idea.

El helicóptero tomó tierra a un kilómetro y medio de la estación, en un rincón

vacío del aparcamiento de un banco. El aterrizaje fue duro pero a Crowe no le importó; saltó del aparato y permaneció inmóvil durante un momento bajo la lluvia torrencial, que lo caló hasta los huesos en un santiamén.

Corrió hasta el coche que tenía más cerca: un Honda Civic negro y golpeó el cristal del conductor con la culata de su Glock. Una telaraña de grietas creció a partir del punto de impacto. Golpeó el centro con el codo y el cristal se rompió.

Se sentó al volante, se echó hacia atrás el pelo, se enjugó el agua de los ojos y metió las manos debajo del tablero. Consiguió poner el motor en marcha en el segundo intento y salió del aparcamiento a toda velocidad. Consiguió evitar en el último segundo a un adolescente que corría hacia él con los brazos levantados. Probablemente el dueño del coche.

—¡Situación! —gritó Crowe al micro.

—Señor, hemos localizado al objetivo —respondió el jefe del equipo.

—¿Está solo?

—No. Vaner acompaña al objetivo. —Mierda. A pesar de que todos daban por seguro que ella lo escoltaba, la confirmación no era agradable. Durante el viaje en helicóptero, había puesto al corriente al equipo de Filadelfia sobre quién era Vaner. Era peligrosa. Aunque era preferible capturarla, la prioridad era pillar a Caine vivo. Cuando Crowe dio la siguiente orden, se dijo que no importaba, que era una traidora, pero su conciencia no se dejó engañar.

—Si es necesario, utilicen la fuerza letal para detener a Vaner.

—Copiado, fuerza letal con Vaner.

Crowe intentó no pensar en la última orden y se centró en la misión.

—¿Equipo uno, está en posición?

—Uno afirmativo.

—¿Equipo dos?

—Dos en posición, señor.

Crowe se saltó un semáforo en rojo mientras pensaba en el escenario que se encontraría.

—Equipo uno, adelante.

—Equipo uno, adelante —repitió el jefe del equipo en el auricular. Con un poco de suerte, todo habría acabado cuando Crowe entrara en la estación. El problema era que, con Caine como adversario, dudaba que la suerte estuviera de su parte.

Existía el riesgo limitado de ser abatidos por un francotirador. Aparte de eso, las ventajas de estar bajo tierra eran nulas. No había ninguna otra salida aparte de las puertas que daban a las escaleras mecánicas de cada extremo del andén, a menos que quisiera utilizar las vías vacías al otro lado del tren. Éstas daban a la superficie, a unos cien metros de la estación, donde se veía una luz grisácea.

Consideró la opción, pero los dejaría totalmente expuestos. No había otra alternativa que subir por las escaleras mecánicas, algo que comportaba casi el mismo peligro. Si los agentes los estaban esperando arriba, sería como dejarse llevar al matadero. Nava observó a la multitud del andén.

Nadie parecía prestarles una atención especial, pero si los agentes eran buenos, tenía que ser así. Eliminó a los obvios: las madres, los niños, los ancianos. Eso borraba a un 40 por ciento de las personas que se movían a su alrededor. No era suficiente. Volvió a plantearse lo de las vías.

Nava sintió la necesidad urgente de coger a Caine, saltar del andén y emprender la fuga. Pero por mucho que le desagradaba, sabía que lo mejor era mezclarse con los inocentes de la escalera. Le facilitaría la tarea de saber quiénes eran los perseguidores. Nava volvió la cabeza y vio a una madre joven que intentaba controlar a sus hijas mellizas mientras maniobraba con un cochecito de bebé. Perfecto.

Aminoró el paso para que la familia los alcanzara. Apretó el brazo de Caine; él también aminoró el paso. Continuó observando a la multitud para encontrar alguna pista. Una pareja de jóvenes la miraban, pero su interés era sexual, no profesional. Una mujer atlética, a unos pocos pasos, podía ser una agente, pero iba cargada con tres bolsas de una tienda. Nava estaba empezando a creer que quizá, después de todo, había conseguido despistar a sus perseguidores cuando lo vio.

Aquél. El hombre vestido con unos vaqueros gastados y una camiseta vieja, con el cuello raído. No encajaba con las prendas. Llevaba el pelo corto y un bigote muy bien cuidado. Una rápida mirada a las flamantes zapatillas deportivas eliminaba cualquier duda.

Los observaba por el rabillo del ojo, pero ahora que Nava lo había descubierto, la vigilancia era obvia. Se inclinó hacia Caine y espió al hombre del bigote, que entonces miraba más allá de Nava. Siguió la dirección de la mirada, y se encontró con los ojos de una joven con un traje chaqueta. La mujer lo estaba haciendo bien; se controló y esperó unos segundos antes de simular que leía un periódico. Pero Nava vio el bulto del arma debajo de la chaqueta antes de que el Philadelphia Enquirer lo tapara.

—El Bigotes, con la camiseta, a las siete. La rubia con el periódico, a las dos.

Gaine asintió; era un buen alumno y mantuvo la mirada al frente. Nava respiró hondo. Sabía que a ellos sólo les interesaba Caine, y eso significaba que ella era prescindible. Se demoró un instante, y luego la invadió la calma. No había ninguna razón para dejarse llevar por el pánico; viviría o moriría, como siempre.

Aminoró de nuevo el paso y maniobró para ponerse junto a la joven madre, de tal forma que los tres niños quedaron entre Caine y el Bigotes. Con el flanco izquierdo cubierto, centró la atención en la derecha. Ya casi estaban junto a la agente; la multitud los empujaba lentamente hacia delante. Caine estaría a un metro de la mujer

en cuestión de segundos.

Nava volvió la cabeza y vio que el Bigotes iba directamente hacia ellos. La escalera mecánica estaba a menos de tres metros. La mujer se volvió un poco a la derecha y se preparó para la pelea. Si los agentes iban a detenerlos en el andén, ésta era su última oportunidad.

Todo indicaba que iban a aprovecharla.

Caine no vio nada particular en la mujer del traje chaqueta, pero si Nava decía que era uno de ellos, lo daba por hecho. Se mantuvo atento a su presencia mientras continuaba avanzando hacia la escalera. Dos metros. Quería ir más lento, pero la multitud no se lo permitió. Un metro, y luego se encontró a su lado. Usaba un perfume que no estaba mal. Estaba tan cerca que no pudo resistirse a mirarla a los ojos a través de las gafas de sol.

Ella le sonrió con coquetería. No parecía peligrosa. En cualquier otra ocasión quizá se hubiese sentido atraído por la pulcritud de su aspecto y por aquello que Jasper llamaba «un cuerpo de la industria del porno». Caine le devolvió la sonrisa, sin recordar por un segundo que era un hombre buscado. Entonces vio el brillo de algo en su mano derecha. Parecía una estilográfica muy grande.

Caine la observó, traspuesto. Luego comprendió que era el mismo tipo de jeringuilla accionada por un resorte que Nava había utilizado en Nueva York. De pronto, la agente la movió hacia él.

...

La aguja le atraviesa la carne y... (bucle)

Ella intenta clavarle la jeringuilla; él intenta sujetarle el brazo, pero falla. Siente un pinchazo, y... (bucle)

Él mueve la pierna herida hacia la trayectoria de la aguja, desvía el ataque y...

La jeringuilla rozó el muslo y se clavó en la madera del entablillado. En cuanto se disparó la aguja, la mujer sujetó a Caine por un brazo y tiró para hacerle perder el equilibrio. Caine se resistió por un segundo, pero fue inútil, así que hizo todo lo posible para que la caída sirviera de algo. Se abalanzó para golpearla en la barbilla con el hombro.

La mujer cayó hacia atrás y arrastró a Caine con ella. Se volvió mientras caía y golpeó contra el suelo de lado, de cara a David. Él estaba a punto de apartarla cuando sintió el cañón de un arma que le presionaba el estómago.

—No quiero matarlo, pero si se mueve dispararé —dijo la mujer—. Si eso ocurre, deseará que lo hubiese matado.

Caine la creyó. De pronto una mujer gritó y la multitud pasó de ser una dócil manada a una caterva de animales espantados. Alguien le pisó la rodilla herida y el dolor fue insoportable.

Luego oyó la detonación.

Capítulo 23

Nava observó que la agente iba a por Caine, pero tenía claro que no lo mataría, así que se concentró en el Bigotes, que sí la mataría a ella. El hombre cargó al tiempo que con una mano buscaba la pistola y con la otra apartaba a los demás pasajeros. Nava reconoció la mirada en sus ojos porque era la misma que había tenido ella en sus ojos un millar de veces. Era un profesional. No se detendría a menos que lo detuvieran. Nava señaló la pistola y gritó a voz en cuello:

—¡OH, DIOS MÍO, TIENE UN ARMA!

No necesitó repetirlo. Era una frase que todos los ciudadanos medio esperaban y temían escuchar. En un instante, la multitud fue una masa histérica. Todos se empujaban los unos a los otros y se lanzaron como uno solo hacia las puertas que comunicaban con la escalera mecánica.

Por una de esas cosas del azar, la pareja de adolescentes decidieron ser héroes. Se abalanzaron sobre el Bigotes, y por un momento consiguieron sujetarle los brazos, pero no eran rivales para el agente. Le dio un tremendo codazo en el estómago a uno de ellos y al otro un puñetazo en el rostro que le rompió la nariz. Ambos hubiesen caído al suelo de haber tenido espacio. Pero la multitud los arrastró con ella.

Sin amilanarse, Nava avanzó hacia el agente. Él la vio venir y se preparó. Levantó el arma y al instante se despejó un pequeño círculo a su alrededor. Los que estaban entre él y la puerta empujaron hacia delante con más fuerza, los que estaban detrás saltaron a las vías y corrieron hacia la luz del día, al final del túnel.

—¡Al suelo, agente federal! —gritó el Bigotes.

Nava no se detuvo; él probablemente sabía que no lo haría, así que siguió hacia delante. Apretó el gatillo. Nava lo vio, pero no podía hacer otra cosa que apretar los dientes y seguir moviéndose. Para sorpresa de ambos, no se oyó el disparo. El desconcierto se reflejó en el rostro del agente y entonces se dio cuenta de que la pistola se había encasquillado. Pero ya era tarde. Nava se le echó encima.

Lo hizo a toda velocidad y agachada. Le sujetó la mano que empuñaba el arma y se la levantó hacia el techo. El Bigotes adivinó su intención y descargó un gancho de izquierda contra su barbilla. Nava vio el puño por el rabillo del ojo e hizo algo que el sentido común decía que era una mala idea.

Sin embargo, Nava ya no respondía al sentido común, sino a sus instintos de combate, inculcados por los mejores expertos de la lucha cuerpo a cuerpo del KGB. Antes de que consiguiera conectar el gancho de izquierda, Nava se volvió hacia el puño y agachó la cabeza. El puño golpeó contra la parte superior del cráneo, el hueso más duro del cuerpo humano. Sintió como si la hubiesen golpeado con un martillo, pero sabía por el ruido del impacto que a él le había dolido mucho más.

El agente soltó una exclamación. El brazo de Nava se movió con la celeridad de

una serpiente que ataca y le sujetó la mano herida. Con un rápido movimiento seco le rompió la muñeca como si fuese una rama seca. Antes de que pudiera responder al ataque, le arrancó la pistola de la otra mano y descargó un culatazo contra el puente de la nariz. El agente se desplomó y perdió el conocimiento cuando su cabeza rebotó contra el suelo de cemento.

Sin detenerse, Nava buscó entre la muchedumbre alguna otra amenaza, pero no la había. Ahora que empuñaba la pistola, disponía de espacio para moverse porque los aterrorizados viajeros se apartaban de su camino. Vio a Caine tumbado en el suelo y abrazado a la agente, que lo apuntaba con un arma al estómago.

Nava evaluó la situación en un instante. No vaciló ni una fracción de segundo antes de apretar el gatillo.

En el segundo que Caine oyó el disparo, el mundo se detuvo.

...

Caine se ve bañado en sangre. El rostro de la agente se desintegra, reemplazado por un enorme agujero que deja ver una sanguinolenta tortilla gris. Se aflojan todos los músculos del cuerpo de la mujer; la pistola cae al suelo entre ellos. Y... (bucle)

Ella está viva y la bala le atraviesa el cuello, de la yugular brota la sangre como de un géiser. Y... (bucle)

Ella muere una y otra vez. Es como mirar la película de Zapruder sobre el asesinato de Kennedy en un bucle sin fin. Mientras él mira, horrorizado, el tiempo se ralentiza hasta que ve que la bala entra en la carne. La mayoría de las veces entra por la órbita de uno de los ojos, pero otras penetra por la mandíbula, y una lluvia de fragmentos de dientes caen sobre Caine.

Algunas veces siente el espantoso dolor cuando el proyectil le atraviesa su propio cráneo, pero esas sensaciones son, afortunadamente, muy fugaces; cuando la bala entra en su cerebro él vuelve al comienzo de la película. Por fin, la película comienza a cambiar, cuando Caine comprende lo que debe hacer. Con todas sus fuerzas, empuja hacia arriba el brazo de la agente y...

...

Cuando la bala le atraviesa la muñeca, la trayectoria se desvía doce grados a la izquierda y el proyectil se incrusta en la pared. Antes de que Caine pueda reaccionar. Aparece una sombra que estrella la cabeza de la agente contra el suelo y la deja inconsciente.

—Vamos. —Nava lo ayudó a levantarse—. No tenemos mucho tiempo.

El andén estaba casi vacío, y por tanto se encontraban totalmente expuestos. Los disparos habían hecho que muchos saltaran a las vías para correr a lo largo del túnel hacia la mancha de luz que se veía al fondo. Nava arrojó la pistola del agente y se agachó.

—¡Sujétate!

Antes de que Caine se diera cuenta de sus intenciones, Nava se lo cargó al hombro y saltó a las vías. Aterrizaron con fuerza, pero Nava no perdió el equilibrio. Utilizó el impulso para descargar a Caine y dejarlo en el suelo.

En cuestión de segundos se habían mezclado con la enloquecida multitud que corría hacia la luz del final del túnel.

—¡Se han oído disparos! ¡Repito, se han oído disparos! —gritaron en el auricular de Crowe.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien ha caído? —Aún estaba a medio kilómetro del lugar y la misión se estaba yendo a la mierda—. ¡Equipo uno, responda, maldita sea!

—Aquí el equipo uno. No responde ninguno de los agentes del andén.

—¡Bajen!

—Imposible, señor. Hay una multitud que sube por la escalera mecánica. Hay algunos heridos. No podemos bajar hasta que esto se despeje. Creemos que el objetivo continúa en el andén.

Si los dos agentes no respondían, es que estaban incapacitados o muertos. Crowe nunca había perdido un agente bajo su mando. Pensar que pudiese haber ocurrido era como un puñetazo en el estómago. Quería detenerse, pensar, pero sabía que cualquier titubeo podía ocasionar la pérdida de más vidas. Él estaba al mando. Tenía que dirigir.

Ni loca se quedaría Vaner en el andén a la espera de que más agentes convergieran sobre su posición. Crowe se imaginó el escenario. Habían desconectado el ascensor y cerrado las escaleras, con la escalera mecánica como única salida. Dudaba que Vaner se arriesgara a usarla, ni siquiera al amparo de la multitud que huía. La única otra salida era a través...

—¡El túnel! ¡Intentarán escapar por las vías! —gritó mientras se saltaba otro semáforo en rojo y evitaba por los pelos estrellarse contra un BMW blanco—. ¡Cubran las dos salidas del túnel!

—No disponemos de una cobertura suficiente para la estación y el túnel.

—¡Ahora mismo no tienen una mierda que cubrir! Deje a dos hombres en la escalera mecánica. Mande a todos los demás a las vías. ¡Ahora!

—Recibido.

—Una cosa más —dijo Crowe, con voz clara—. Acaben con Vaner. No quiero

correr más riesgos. Si la identifican... mátenla.

Unas cuantas ratas huyeron de su camino mientras ellos intentaban mantenerse a la par que la multitud. Caine no hizo caso de los roedores y concentró toda su atención en no caerse. Cuando se acercaron a la boca del túnel, Nava y Caine fueron acortando el paso hasta detenerse del todo. A pesar de que era mediodía, la luz era escasa, el cielo estaba cubierto de nubarrones. Nava observó el perímetro, pero la visibilidad era casi nula, debido a la intensidad del aguacero.

En el exterior, el avance fue todavía más lento. Con un talud a cada lado, se vieron forzados a caminar por las resbaladizas traviesas y a veces por el fango. Fueron varios los que resbalaron y cayeron. Algunos se quedaban sentados en el suelo y pedían ayuda o mantenían las manos levantadas por encima de la cabeza y gemían de terror. Otros volvían a levantarse y continuaban caminando a trompicones, cubiertos de barro como zombis en una película de serie B.

De pronto, la muchedumbre se detuvo. Delante había una línea de agentes de policía que habían improvisado una barrera de control. Caine y Nava se mantuvieron al final de la multitud. Nava se deshizo la cola de caballo y dejó que los cabellos empapados le cayeran sobre el rostro, para evitar que alguien recordara haberla visto en el andén. Afortunadamente, en medio de aquel caos, nadie les prestó la menor atención.

—Por favor, mantengan la calma y escuchen —gritó un agente rechoncho con un megáfono—. No pasa nada. Sólo necesitamos comprobar sus identidades.

Los agentes les indicaron que formaran tres colas y les explicaron que después de verificar su identidad los ayudarían a subir por los resbaladizos taludes. Sólo un par de personas se quejaron de que los obligaran a permanecer en medio del aguacero, pero los demás estaban demasiado conmocionados como para hacer otra cosa que no fuese seguir las indicaciones.

Caine miró a Nava, que tenía una mano en un bolsillo. La tela empapada de la cazadora se pegaba al contorno de la pistola que empuñaba. Sabía que eso no era real, que todo era una alucinación, pero ¿qué pasaría si estaba en un error? Tenía que detenerla.

Mientras su mente trabajaba a toda prisa, cerró los ojos y entonces supo qué debía hacer.

—Antes de que dispaes a alguien más —dijo Caine—, tengo un plan.

—Te escucho. Dispones de treinta segundos.

—Primero, voy a necesitar una arma.

Aunque estaban casi al fondo de la multitud, todavía quedaban unas cincuenta

personas detrás de ellos, y otras veintitantas más que habían decidido esperar en el túnel para no mojarse. Caine y Nava caminaron lentamente de nuevo hacia el túnel, atentos a los rostros de los pasajeros. Caine confiaba en estar haciendo lo correcto. Cualquiera cosa sería mejor que permitir a Nava que comenzara a disparar de nuevo.

Entonces lo vio. El tipo era perfecto. Caine se lo señaló a Nava y ella asintió al tiempo que se desviaba hacia el objetivo. Ésta llegó junto al hombre de cabellos oscuros y sonrió. El hombre le devolvió la sonrisa con la mirada puesta en la camiseta empapada de la muchacha, que se le pegaba a los pechos.

La sonrisa desapareció en cuanto Caine le apoyó el cañón del arma en las costillas. Aterrorizado, se volvió hacia Nava en busca de ayuda, pero ella también había desenfundado una arma y le apuntaba al vientre.

—Venga con nosotros —le ordenó Nava—. Despacio. —Nava caminó pegada al hombre; con una mano le sujetaba un brazo, y la otra, con el arma, metida debajo de la americana. Caine los siguió. En cuanto se encontraron de nuevo en la oscuridad del túnel, lo rodearon.

—Deme su cartera —dijo Caine.

—¿No me diga que van a robarme? —preguntó el hombre, atónito—. ¡No me lo puedo creer! Primero alguien se vuelve majara y comienza a disparar, y ahora me atracan.

Nava lo tocó en la entrepierna con el cañón de la pistola.

—La cartera —ordenó.

—Vale, vale. —El hombre metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó una cartera de Gucci negra y se la entregó a Caine, que buscó el carnet de conducir.

—Richard Burrows —leyó—. ¿Lo llaman Rick o Rich?

—Rick —respondió el hombre, furioso.

—Muy bien, Rick. ¿Esta es su familia? —le preguntó Caine, que le mostró una foto de Rick con una bonita rubia con un bebé en brazos. Rick lo miró con odio y asintió. Nava cogió el móvil y marcó un número. Esperó unos segundos antes de hablar.

—Soy yo. Adelante. —Nava hizo una pausa y miró el carnet de Rick—. El 4000 de Pine Street. Entren en la casa. Hay una rubia con un bebé. Llévenlos al piso franco. Si no tienen noticias más dentro de una hora, mátenlos.

En cuanto Nava acabó con la falsa llamada, Caine observó la reacción de Rick. Su rostro mostraba una expresión donde se mezclaban la furia y la angustia, aunque le pareció advertir que por debajo había una silenciosa resignación.

—¿Qué quieren? —preguntó Rick, con tono plañidero. Antes de que Nava le pudiera responder, Caine se hizo cargo, consciente de que podía mostrarse más comprensivo con el pobre hombre que había decidido aterrorizar.

—Yo le diré lo que no queremos —contestó—. No queremos hacerle daño a su familia. ¿Me cree?

Rick asintió lentamente, con un temblor en los labios, Desde luego que no parecía creerlo, y eso era lo que se pretendía. Caine se odió a sí mismo, pero tenía claro que mientras Rick creyera que su familia estaba en peligro, acataría todo lo que le dijeran.

—Si hace exactamente lo que le digo, su familia estará a salvo. —Caine miró a los ojos de Rick, a sabiendas de que iba a cruzar un límite—. Pero si no lo hace, será usted quien los mate, no yo. ¿Está claro?

Rick asintió de nuevo. De pronto Caine deseó retirar todo lo dicho, asegurarle al hombre que no había nadie en su casa, que su esposa y su hijo estaban sanos y salvos. Pero no podía. Ya había ido demasiado lejos. Intentó consolarse con el pensamiento de que nada de todo eso era real, pero aquella parte de su mente comenzaba a desaparecer lentamente a medida que la alucinación cobraba una vida propia.

Caine apartó esos pensamientos de su mente, se volvió hacia Rick y le explicó su plan. Rick protestó, pero Caine le dijo que todo saldría bien si seguía sus instrucciones al pie de la letra.

—Ahora extiende la mano. —Rick extendió una mano temblorosa y Caine le obligó a coger la pistola. Rick la miró como si fuese una granada de mano—. Guárdela en el bolsillo. —Rick lo intentó, pero las manos le temblaban tanto que necesitó tres intentos para conseguirlo.

Caine le señaló la más corta de las tres colas. Rick miró hacia allí, y luego a Nava, que bajó el arma. Comenzó a caminar, como un hombre en el corredor de la muerte. En cuanto se alejó lo bastante, Nava miró a Caine con respeto.

—Lo has hecho muy bien.

—Sí, tanto que casi le provoco un infarto.

—No tenías otra alternativa.

—Siempre hay una alternativa —replicó Caine, aunque en cuanto lo dijo fue consciente de su hipocresía. Se preguntó en qué momento había perdido su humanidad.

Esperaron en silencio en la cola, a unos cinco metros detrás de Rick. Transcurrieron diez minutos. Desde el punto de vista de Nava, fueron los diez minutos más largos de la vida de éste. Para un ojo entrenado, todo en el hombre denunciaba su terror. No dejaba de mover los pies, incapaz de estarse quieto. No obstante, su miedo no la preocupaba.

En cambio, sí le preocupaba que cada treinta segundos, Rick volvía la cabeza para mirarlos con una expresión de súplica. Aquella mirada le helaba la sangre. Si los agentes encargados de la identificación eran buenos, advertirían el comportamiento de Burrows y el juego se habría acabado.

A la vista de las circunstancias, el plan de Caine era probablemente su mejor oportunidad. Una parte de ella confiaba en que saliera bien; y otra parte, una que era cada vez más fuerte, confiaba en que cualquier cosa que planeara Caine ocurriría.

—El siguiente. —El agente Sands estaba alerta. Acababan de informarles de que Hauser y Kelleher iban camino del hospital. La persona que los había abatido tenía que ser muy buena.

Sands no se acababa de creer lo que Caine y Vaner les habían hecho. Rogaba para que si Caine estaba en la cola, fuera él quien lo detuviera. Si ocurría, era probable que Caine golpeará accidentalmente su rostro contra el puño de Sands unas cuantas veces durante el traslado al cuartel general. Sonrió al pensarlo. Si pillaba a Caine, el tipo sabría lo que era bueno.

—¡El siguiente! —gritó de nuevo. Sabía que era difícil oírle con el ruido de la lluvia, pero el tipo de la cola tenía que haber advertido que había dejado pasar a la última mujer hacía ya casi un minuto. El tipo no dejaba de mirar muy nervioso detrás de sí.

Sands puso las antenas en cuanto el hombre se acercó a paso lento; todos los demás habían corrido para escapar de la lluvia. Pero ese tipo caminaba sin prisas entre los caballetes de madera, con la mirada fija en el suelo como si caminara a través de un campo de minas. Ninguno de los seis policías que estaban allí parecían haberse dado cuenta, pero ¿qué se podía esperar de unos vulgares polis de ciudad?

En cuanto lo tuvo un poco más cerca, vio que estaba aterrorizado, la piel de un color grisáceo. No dejaba de mover las manos: las metía en los bolsillos, se tocaba los costados, los muslos, casi como si quisiera mostrarse despreocupado. Si había algo que Sands sabía, era que los inocentes nunca intentaban mostrarse despreocupados. Sobre todo los inocentes que esperaban bajo la lluvia.

Las facciones del hombre eran un tanto diferentes a las de la foto de David Caine —la nariz un poco más ancha, los ojos de un color castaño oscuro— pero no lo bastante, máxime cuando el resto de las características físicas concordaban: uno setenta y siete de estatura, unos ochenta kilos. Sands se preparó para la pelea.

—¿De dónde viene usted, señor? —preguntó el agente sin apartar la mirada del rostro del tipo.

—Eh... yo... Nueva York. Vengo de Nueva York —tartamudeó el tipo. Se miró los pies.

—¿Puede enseñarme alguna identificación?

El hombre asintió. Visiblemente nervioso metió la mano en el bolsillo interior de la americana. Sands tensó los músculos.

«Si saca una arma, lo mato aquí mismo, de un disparo en la cabeza, y a la mierda lo que diga Crowe». En cambio, el hombre sacó una cartera negra y se la entregó con

una mano temblorosa.

Sands lo abrió y miró el nombre. Intentó leerlo al mismo tiempo que miraba con un ojo al hombre que tenía delante. Se llamaba David... mierda. En un movimiento sin solución de continuidad, Sands dejó caer la cartera, desenfundó el arma y, con la culata sujeta con las dos manos, apuntó a la cabeza de David Caine.

—¡De rodillas, las manos en la nuca! ¡Ahora, cabronazo, ahora!

Caine se quedó inmóvil como un ciervo encandilado. Entonces cayó hacia atrás, derribado por un terrible golpe de porra en la rodilla que le dio Martin Crowe, que había aparecido súbitamente a su lado. Sands le dio un brutal puntapié en el vientre. Su pie se hundió en la carne del hombre como si fuese mantequilla.

Caine escupió sangre.

—Eso por Kelleher, maldito cabronazo de mierda.

Sands se inclinó para coger al tipo del pelo y le volvió el rostro cubierto de fango, y de nuevo lo comparó mentalmente con la foto de Caine. No era idéntico, pero sabía por experiencia que no siempre las personas se parecían a sus fotos. Sí, era Caine. Lo cacheó rápidamente y encontró el arma. La misma pistola que había utilizado para disparar contra Hauser y Kelleher.

Le asestó un puñetazo con todas sus fuerzas. La sangre manó de la nariz, que se aplastó con un ruido repugnante. El agente iba a darle otro puñetazo cuando una mano fuerte le sujetó el brazo. Se volvió y Crowe lo miró con expresión severa. Le había permitido a Sands la revancha, pero ya estaba. Este asintió y bajó el puño. Luego, cogió a Caine por el pelo y tiró hasta conseguir que abriera los ojos.

—Has disparado a un amigo mío, hijo de puta. —Sands le escupió a la cara—. Te freirán por eso, ¿lo sabías? —El hombre se limitó a cerrar los ojos y comenzó a llorar como un crío. Todos se creían muy valientes hasta que los cogían. Entonces los muy cabrones comenzaban a llamar a sus mamás. Hundió la cabeza del tipo en el barro y se levantó.

—Es todo suyo, Crowe.

Capítulo 24

Nava se permitió sentir un alivio moderado cuando los dos agentes se llevaron a Rick Burrows, pero luego sus ánimos se hundieron. Había confiado en que una vez que dieran con «David Caine», los federales darían por acabada la búsqueda, pero ordenaron a las mujeres que permanecieran en las colas. Nava maldijo por lo bajo. Se les había acabado la suerte.

—Tienes que marcharte —dijo Nava.

—Te atraparán.

—Eso está por verse. Si me identifican, tendré mayores probabilidades de escapar si no tengo que ocuparme de ti.

Caine comenzó a protestar, pero Nava lo cortó en seco.

—David, no tenemos tiempo para discusiones. Aún me están buscando, y eso significa que muy pronto comenzarán a interrogar a tu doble. Cuando eso ocurra, no tardarán en descubrir el engaño. Ahora escúchame: ve a la peor zona de la ciudad y alójate en un motel. Paga en efectivo. No intentes contactar con Jasper. Nos encontraremos mañana a las doce en el Museo de Arte de Filadelfia. Si a las doce y cinco no estoy allí, tendrás que apañártelas por tu cuenta.

Caine permaneció en silencio durante unos segundos, parpadeó un par de veces y luego asintió.

—Nos vemos —respondió. Sin decir nada más, comenzó a subir por el talud enfangado.

Caine no miró atrás. Necesitaba subir el talud lo antes posible. Por desgracia, la rodilla herida no le facilitaba las cosas. De pronto sintió que una mano fuerte le sujetaba el brazo. Miró a un lado y vio el uniforme azul oscuro de un policía.

—¿Eh amigo, necesita ayuda? —preguntó el agente.

Caine no podía rechazarlo, así que respondió:

—Oh, sí, gracias.

—Eso está hecho —dijo el corpulento policía, que sujetó el brazo de Caine todavía más fuerte mientras lo ayudaba a subir la pendiente. Avanzaron a paso lento pero seguro. No tardaron en llegar a unos metros de la calle.

Caine pisaba con fuerza en el barro y avanzaba, preparado para lo que iba a suceder.

Crowe no estuvo tranquilo hasta que comprobó que lo tenía bien sujeto. Sólo entonces se relajó un poco. Miró a Caine, que temblaba en la silla atornillada al suelo

de la furgoneta. Sabía que con Vaner suelta tenía que llevar a Caine a Nueva York, pero decidió esperar. A Forsythe no le importaba en absoluto lo que le pudiera ocurrir a Vaner, pero Crowe no podía marcharse sin más. Ella era peligrosa y había que atraparla.

Además, había algo que no encajaba. Le costaba creer que ése fuera el hombre que había ayudado a incapacitar a tres agentes.

—¿Dónde está Vaner? —le preguntó Crowe por tercera vez.

Caine no respondió. Como antes, continuó con los gimoteos, unos sollozos secos que lo ahogaban. Las manos le temblaban tanto que las esposas tintineaban contra los brazos de la silla. Crowe ladeó la cabeza, la mirada fija en el dedo anular de la mano izquierda del hombre.

El corazón le dio un brinco. David Caine no estaba casado. Podía ser parte del disfraz pero... Crowe le sujetó la mano temblorosa y el hombre se encogió aterrorizado, ante la posibilidad de que lo volvieran a golpear. Crowe tardó unos segundos en quitárselo. En cuanto lo hizo, miró el dedo desnudo. El lugar donde había estado el anillo se veía más claro que el resto del dedo. El anillo no era un disfraz. Sintió un dolor agudo en la boca del estómago.

—Usted no es David Caine.

El hombre gimoteó algo. De pronto todo encajó. Ahora se explicaba por qué había sido tan sencillo; por qué ese hombre era un cobarde. Crowe desenfundó su Smith & Wesson 9 mm y apoyó la boca del cañón en la frente del hombre mientras le sujetaba la barbilla con la otra mano. Crowe pensó en Betsy, sola, en la cama del hospital. Sin el dinero, no tendría ninguna posibilidad de salvarla. No podía fallarle. No le fallaría.

—Míreme. ¡MÍREME!

El hombre abrió los ojos. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Tiene cinco segundos para decirme lo que está pasando. Si no lo hace, apretaré el gatillo y sus sesos acabaran pegados en la puerta de la furgoneta. Si cree que es un farol, míreme a los ojos y verá que no es así.

—Cinco.

—Cuatro.

—Tres.

Se encontraron sus miradas: la de Crowe fría y decidida; la del hombre temblorosa y aterrorizada.

—Me apuntaron con una arma. —Los sollozos hacían que las palabras apenas pudieran comprenderse—. Dijeron que matarían a mi esposa y a mi bebé.

—Maldita sea. —Crowe no apartó el arma de la frente de su prisionero—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Ahora mismo. En la cola.

Crowe se olvidó del hombre y salió como un rayo de la furgoneta al tiempo que gritaba al micro:

—¡A todos los equipos! ¡El objetivo capturado era un engaño! ¡Repito, el objetivo capturado era un engaño! ¡Todos abajo! ¡Ahora!

Nueve. Ocho. Siete.

Caine dejó que su corazón se tranquilizara un poco. Estaba muy cerca. Sólo unos pocos pasos más y podría despedirse del policía. Entre la cortina de lluvia, vio pasar los coches, que apenas si reducían la velocidad para echar una ojeada a los vehículos de la policía aparcados a lo largo del talud.

Entonces, en mitad de un paso, el agente se detuvo cuando una voz comenzó a chillar en la radio.

Nava se mantuvo al final de la cola, para tener un poco más de tiempo mientras analizaba la situación. Aún tenía a cuatro mujeres delante. Pensó en tomar a una de ellas como rehén, pero eso sólo serviría para forzar la mano de los federales, y al estar en terreno abierto, sería un suicidio.

En el control sólo quedaban tres agentes del FBI y una media docena de policías. Había sobrevivido a enfrentamientos más desfavorables, pero por los pelos. Aún le quedaba la probabilidad de que no la reconocieran y que su falso carnet de conducir la hiciera pasar, pero lo dudaba. De pronto, los tres agentes se quedaron inmóviles, casi al unísono.

En cuanto el primero echó mano al arma, Nava comprendió que habían descubierto el engaño de David. Una bruma roja se extendió por el lugar cuando empuñó la Glock y comenzó a disparar.

Caine se libró de la mano del policía y el agente se tambaleó. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, Caine levantó el bastón y lo movió en un amplio arco hacia la cabeza del hombre.

Nava centró toda su atención en los agentes del FBI, porque sabía que eran mejores tiradores que los policías. Con una precisión mortífera, efectuó tres disparos. Antes de que el eco del primero llegara a sus oídos, las balas volaban a través de la lluvia hacia sus objetivos.

Estalló el caos cuando los agentes se desplomaron, cada uno con una bala en el hombro derecho. Las demás mujeres en la cola se dispersaron, chillando, mientras los

policías se lanzaban cuerpo a tierra para protegerse.

Antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar. Nava echó a correr por el resbaladizo talud hacia donde estaba Caine, que acababa de asestar un bastonazo en la cabeza del policía. El golpe fue lo bastante fuerte para que ambos perdieran pie y cayeran.

Nava pasó junto al policía, que yacía tumbado de espaldas, con una herida por encima de la oreja derecha que sangraba aparatosamente. Estaba inconsciente. Se agachó para ayudar a Caine a levantarse y después lo arrastró por el barro hasta la carretera.

Necesitaban un coche.

Había coches de la policía por todas partes, pero aparentemente estaban vacíos. Un puñado de pasajeros caminaba por el arcén a unos diez metros por delante de ellos, ajenos del todo a lo que acababa de ocurrir. Caine volvió la cabeza y de inmediato lamentó haberlo hecho: seis policías subían por el talud a la carrera, con las armas preparadas.

Calculó que disponían de quince segundos para desaparecer antes de que comenzara el tiroteo. Nava era buena —diablos, era fantástica— pero no creía que fuera capaz de enfrentarse a seis policías armados. Además, Caine no quería que lo intentara; una parte de él temía que lo hiciera y acabara matándolos a todos. Sólo había una salida.

—Dame una arma —dijo. Nava no dudó. Al parecer, la petición no le había sonado tan ridícula como le había sonado a él.

Sin vacilar, Caine caminó hasta el centro de la carretera con la pistola en alto. Un Volkswagen rojo frenó violentamente, patinó en el asfalto mojado y fue a estrellarse contra la valla. Un Ford Mustang azul oscuro estuvo a punto de atropellarlo, y el agua levantada por los neumáticos dio de lleno en el rostro de Caine. Se apresuró a quitarse el agua de los ojos mientras un Mercedes negro avanzaba en línea recta hacia él.

Apuntó el arma hacia el parabrisas. Era un farol, pero funcionó. El coche se detuvo a un palmo de la rodilla herida de Caine. Como los cristales eran oscuros, Caine no veía al hombre al volante.

Nava corrió hacia el coche y abrió la puerta. Cogió al conductor por el cuello, lo sacó del Mercedes y le apuntó a la cara. A pesar de verse amenazado por una pistola, el hombre no perdió la calma. No hizo caso de Nava y miró directamente a Caine.

—¿Rain Man?

—¿Doc? —replicó Caine, atónito.

Nava miró a David.

—¿Lo conoces?

Caine asintió.

—Muy bien, al coche —ordenó Nava. Empujó a Doc al asiento del acompañante mientras David se sentaba en el asiento trasero. No había acabado de cerrar la puerta cuando Nava pisó el acelerador a fondo. Caine oyó un claxon y al volverse vio que un coche pequeño se estrellaba contra una furgoneta.

Nava adelantó sin problemas al resto de los coches. Después de un par de minutos, pareció decidir que por el momento estaban fuera de peligro y redujo la velocidad a ciento cuarenta kilómetros por hora. Caine la miró, con su amigo entre ellos, y tuvo una increíble sensación de *déjà vu*.

—¿Por qué estás en Filadelfia? —le preguntó a Doc.

—Di una conferencia en Pensilvania —respondió Doc, bastante agitado—. Lo importante es saber qué estás haciendo tú aquí... con eso. —Doc señaló el arma que Caine tenía sobre los muslos. Caine suspiró. Estaba a punto de contarle lo que pasaba cuando sonó el móvil del profesor.

—No atienda —le ordenó Nava.

—No —dijo Caine con una voz distante—. Creo que debe hacerlo.

Doc apretó la tecla y acercó el teléfono al oído.

—¿Hola? —Caine oyó vagamente la voz del interlocutor mientras observaba cómo la expresión aturdida de Doc se transformaba en otra de asombro—. Eh, sí. Un momento. —Doc le ofreció el teléfono a Caine—. Es para ti.

Nava interrogó a Caine con la mirada cuando él cogió el teléfono.

—Hola —saludó Caine tranquilamente; era el único en el coche que no estaba sorprendido—. Sí. Estamos todos bien... sí... espérame en el lugar donde vimos a los Knicks ganar la final. Llegaremos lo antes posible. —Cortó la comunicación y le devolvió el móvil a Doc.

—¿Quién era? —le preguntó Nava que lo miraba por el espejo retrovisor.

—Era Jasper. Tenemos que regresar a Manhattan.

—¿Qué?

—Confía en mí. Creo que finalmente sé lo que hago. —Se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos. Necesitaba descansar si quería estar preparado para lo que vendría a continuación.

En el momento en que el sanitario dijo que Williams no tenía nada grave, Crowe lo sujetó por el cuello y lo aplastó contra la ambulancia.

—¿Qué demonios pasó?

Williams aún estaba aturdido. La sangre seca formaba un extraño dibujo geométrico en una de las mejillas.

—Bueno, veré, estaba ayudando a Caine a subir por el talud, y...

—Estaba haciendo ¿qué? —le interrumpió Crowe, incrédulo.

—Sí, bueno, es que entonces, quiero decir, que lo ayudé, pero veré, es que entonces no sabía que era él cuando yo estaba, bueno, ayudándolo. —A Williams le falló la voz ante la feroz mirada de Crowe. Mientras el policía intentaba explicarse, el ex agente se volvió asqueado ante tanta incompetencia. No podía creer que hubiesen estado tan cerca, sólo para que se les escaparan en el último momento.

Por eso detestaba las persecuciones a gran escala. Debido al gran número de agentes y policías participantes, era inevitable que se produjeran errores que permitían escapar a los malos. Prefería la persecución en solitario. Un hombre que perseguía a otro. Miró la furgoneta destrozada en el medio de la carretera y quiso llevarse las manos a la cabeza.

Los conductores involucrados en el accidente decían que un hombre y una mujer habían secuestrado un coche y a su dueño. El problema era que ninguno de ellos recordaba la marca del coche robado. El conductor del Hyundai afirmaba que era grande y de color azul oscuro; el propietario del Voyager que era pequeño y verde oscuro. Las declaraciones eran inútiles. Los conductores sólo coincidían en que era de color oscuro, cosa que, en la experiencia de Crowe, significaba que probablemente era amarillo brillante. No tenían nada.

Miró el cielo encapotado. Había dejado de llover, pero no aclaraba. Por desgracia, la tormenta no había acabado lo bastante rápido para los satélites. Una rápida llamada a Grimes confirmó lo que Crowe ya sabía: la capa de nubes había impedido cualquier observación útil.

Dio una larga calada al cigarrillo y observó el resplandor naranja de la punta. Contuvo el humo en los pulmones durante unos segundos antes de exhalarlo en un largo soplo. La nube flotó por encima de la carretera mientras se disipaba. Dejó vagar la mente con la mirada puesta en el humo.

¿Si él fuese Caine, qué haría ahora? Debía pensar como un civil. Primero, querría seguir vivo, y a juzgar por los antecedentes de Vaner y lo que acababa de hacer, Caine probablemente confiaba en ella para conseguir ese objetivo. Segundo, querría volver a una existencia normal. Tendría miedo de acudir a la policía, pero tampoco querría pasarse el resto de su vida como un prófugo. Por lo tanto, ¿qué haría? Buscaría la ayuda de un amigo o un hermano.

Pero ¿dónde estaba su gemelo? Crowe no podía creer que Grimes hubiese dejado que Jasper Caine se marchara después de que Vaner consiguiera hacer el cambio. De haber estado él al mando de la misión, habría utilizado al gemelo. Ahora era demasiado tarde; Jasper Caine había escapado, lo mismo que su hermano. Tenía a una pareja de agentes vigilando el apartamento de Jasper en Filadelfia por si alguien aparecía por allí, aunque no se hacía ilusiones.

Apagó el cigarrillo y miró de nuevo el cielo. Los dos hermanos no podrían ocultarse eternamente. Acabarían por aparecer, y cuando lo hicieran, Crowe estaría allí.

La próxima vez no habría errores.

Caine empleó las dos horas del viaje para hablarle a su viejo tutor de Jasper, Nava, Forsythe, Peter y el demonio de Laplace. Mientras Caine hablaba, Nava analizaba la situación. Cuando había leído por primera vez los archivos de Tversky, los había considerado como ciencia ficción. Pero en el callejón, las palabras de Julia habían hecho que comenzara a cambiar de opinión.

No obstante, Nava no se había convencido de que Caine pudiera hacer todo lo que le atribuía Tversky. Pero en esos momentos... después de la «suerte» en la estación y el encuentro «accidental» con Doc... Caine tenía que ser al menos en parte responsable, aunque no supiera cómo lo hacía. No conocía los límites del don de Caine ni quería averiguarlo. Tenía miedo de lo que pudiera pasar en cuanto descubriera cómo utilizar sus poderes.

Recordó el momento en que había visto a los elefantes por primera vez, en un circo, cuando era una niña. Eran tres, y una delgada cuerda atada a una de las enormes patas de cada una de las bestias de seis toneladas impedía que se alejaran. Aquello la había desconcertado. Le había preguntado a su padre por qué los elefantes no rompían la cuerda.

—Todo está en sus mentes —le había explicado su padre—. Cuando los elefantes son pequeños, los atan a unos postes con unas cadenas de acero muy pesadas. Durante aquellos primeros meses aprenden que por mucho que tiren, las cadenas no se rompen.

—Pero las cuerdas son mucho más débiles que las cadenas —había replicado ella—. Los elefantes podrían romperlas como si nada.

—Sí, pero los domadores no utilizan las cuerdas hasta que los elefantes aprenden que la fuga es imposible. Verás, Nava, no son las cuerdas las que impiden a los elefantes que escapen; son sus mentes. Por eso el conocimiento es tan poderoso. Si crees que puedes hacer algo, incluso si es algo que no serías capaz de hacer, a menudo lo haces. En cambio, si crees que no puedes, entonces nunca lo harás, porque ni siquiera lo intentarás.

Así era Caine. Había estado sujeto por una cadena, y ahora la cadena había desaparecido, reemplazada por una vulgar cuerda. Ya había descubierto que algunas veces podía tensar la cuerda. Pero cuando descubriera que podía romperla, que de hecho ya la había roto, entonces ¿qué? Nava se estremeció.

¿Qué pasaría cuando Caine comprendiera que las reglas no iban con él?

«The Real Me» de The Who comenzó a sonar en la gramola y la voz de león de Roger Daltry resonó en la taberna del East Village: «*Can you see the rrrreal me? Can ya? Can ya?*»

Jasper bebió un sorbo de gaseosa, atento a la puerta. Cada vez que se abría, se protegía los ojos de la luz del sol que entraba en la penumbra del local. Durante unos momentos, aquellos que entraban sólo eran siluetas. Sólo después de que se hubiese cerrado la puerta, Jasper conseguía ver sus facciones y decidir si trabajaban para el gobierno.

Los conspiradores estaban en todas partes; eso lo tenía claro. Advertía su vigilancia, los intentos por colarse en su mente, pero él no los dejaba. Si se mantenía un paso por delante, David y él los vencerían. Hasta entonces, había hecho todo lo posible para mantener a David fuera de sus garras, pero sabía que muy pronto David sería quien tendría que salvarlo a él. Eso estaba bien. Para eso estaban los hermanos, para protegerse el uno al otro.

Se acabó la gaseosa y comenzó a chupar los cubitos y después a masticarlos. La bonita camarera vio el vaso vacío y se acercó.

—¿Otra gaseosa, cariño?

—Sí-mí-pis. —Hizo lo posible por bajar la voz durante la rima. La camarera lo miró con recelo y después volvió a la barra. Jasper suspiró. Ya casi era la hora. Estaba tan cerca que podía saborearla... diablos, casi podía olería. Pero no era como el otro olor. Este olor era bueno, limpio y puro. Era el olor de la victoria, de la reivindicación.

Había estado en lo cierto desde el primer momento y lo habían encerrado. Lejos, muy lejos, porque tenían miedo de la verdad que guardaba en su mente. Pero ahora... ahora la verdad era libre. Él era libre. Finalmente comprendía todo lo que la Voz había estado intentando decirle todos estos años. Era tan obvio; no entendía cómo no había descubierto antes la respuesta. Ahora la sabía, y muy pronto también la sabría David.

Sólo una semana atrás, David se hubiese resistido. Lo habría observado con aquella mirada recelosa. Cuando David lo miraba de aquella manera, a Jasper le parecía que su hermano murmuraba: «Por favor a mí no... que no me pase esto a mí». Jasper había odiado aquella mirada, pero con el tiempo, llegó a comprenderla. No culpaba a su hermano; si la situación hubiese sido a la inversa, Jasper hubiese actuado de la misma manera.

La camarera volvió con la gaseosa (sin la sonrisa) y Jasper se la bebió en tres tragos. El gas le ardió en la garganta, pero no le importó. Era tan deliciosa que no podía evitarlo. Desde que había visto la verdad, todo le hacía sentirse bien —las líneas de los *grafitti* talladas en la mesa de madera; la fría humedad del vaso en la mano; incluso la atmósfera oscura, impregnada con el olor acre de la cerveza del bar;

todo era absolutamente perfecto, real, absolutamente actual.

Se abrió la puerta y Jasper entrecerró los párpados para protegerlos del resplandor. Entraron tres siluetas oscuras. La primera era una mujer. La Voz le había hablado de ella. Sería una gran aliada, pero en ese mismo instante, todavía era peligrosa, no del todo fiable. La otra era un hombre con el pelo canoso y desordenado. Sería el viejo tutor de David: Doc. Jasper lo conocía. Le había caído bien. Era inteligente. Entendería la situación.

Por último reconoció la figura inconfundible del último. Era su otro él, que existía fuera de sí mismo. David, su gemelo. Cuando la puerta se cerró, Jasper vio los ojos de su hermano. Parecían mucho más inquietos de lo que recordaba; miraron en derredor con la paranoia de alguien enjaulado antes de cruzar la mirada de Jasper.

Él había visto ojos como los de David en muchas ocasiones, pero siempre había sido entre las paredes blancas y grises de las diversas instituciones psiquiátricas que había frecuentado en los últimos tres años. Jasper asintió para sus adentros, y se relajó por primera vez desde su despertar, cuatro días antes.

Por fin su hermano estaba preparado.

TERCERA PARTE

El demonio de Laplace

La mecánica cuántica requiere una gran atención. Pero una voz interior me dice que es la solución. La teoría consigue muchas cosas, pero no nos acerca al secreto del Viejo. En cualquier caso, estoy convencido de que Él no juega a los dados.

ALBERT EINSTEIN, físico del siglo XX

Evidentemente, Dios no sólo juega a los dados, sino que además lo hace a ciegas, y en ocasiones los tira donde no puedes verlos.

STEPHEN HAWKING, físico del siglo XXI

Capítulo 25

Caine vio a Jasper y sintió un gran alivio.

Había conseguido finalmente salir de la terrible alucinación. Estaba seguro de que a partir de entonces todo iría bien. Jasper sabría qué hacer, cómo sacarlo de las tinieblas y devolverlo a la cordura. Él ya había hecho este viaje. Conocía el camino.

Jasper se levantó y Caine lo estrechó entre sus brazos.

—No tienes idea de lo feliz que me hace verte —afirmó Caine, sin soltarlo.

—Pues creo que sí —le susurró Jasper al oído—. Bienvenidoido-pido-sido. —Le dio una palmada en el hombro y luego los gemelos se separaron. Caine se sentó a una mesa directamente delante de su hermano. Nava se sentó a la derecha de Caine; Doc junto a Jasper.

Antes de que Caine pudiera hablar, apareció la camarera. Todos se apresuraron a pedir, más que nada por librarse de ella y no porque desearan beber. En cuanto ésta se alejó, Jasper se dirigió a Nava:

—No te preocupes, aquí no hay conspiradores. Estamos seguros. —Luego se inclinó sobre la mesa y añadió en voz baja—: No tardarán en llegar, pero aún queda tiempo para decirle a David lo que necesita saber-tener-beber.

Nava interrogó a Caine con la mirada.

—No pasa nada —dijo Caine, sin tener claro si debía creer en sus palabras. A pesar de la anterior convicción de que sólo Jasper podía rescatarlo de la alucinación, ahora que veía la mirada de loco en los ojos de su hermano, ya no estaba tan seguro. Pero debía intentarlo—. Jasper, yo...

—David, lo siento, pero no voy a decirte lo que quieres escuchar. Todo esto —dijo Jasper, y movió la mano para abarcar con un gesto la totalidad del entorno—, es real. También lo es todo lo que te ha pasado en las últimas veinticuatro horas. Sé que parece una locura, pero en cuanto estés en el otro lado, lo comprenderás.

—¿Qué me estás diciendo? —Caine notó que la boca se le quedaba seca—. ¿Que el demonio de Laplace también es real?

—Sí y no —contestó Jasper.

Caine se enfadó. Jasper había acertado en una sola cosa: no le había dicho lo que quería escuchar. Cerró los ojos y comenzó a masajearse las sienas. Aquello no podía estar ocurriendo. Necesitaba salir de aquello. Tenía que despertar. Se oyó un gran estrépito y abrió los ojos. Jasper acababa de dar un puñetazo en la mesa; algunos de los parroquianos se volvieron para ver qué pasaba. Nava parecía furiosa y Doc asombrado.

—David, tienes que escucharme. Abre tu mente a lo que voy a decirte; dame veinte minutos. Después, si todavía crees que estoy loco, o que lo estás tú, podrás hacer lo que quieras. Pero al menos dame tiempo para explicarme.

David quería resistirse, pero la mirada de súplica en los ojos de Jasper lo convenció de que debía hacer lo que su hermano le pedía.

—Vale —asintió e intentó abrir su mente a la horrible posibilidad de que todo lo sucedido desde que había tomado el medicamento experimental del doctor Kumar fuera real. En aquel mismo momento, apareció la camarera con las bebidas: dos Coca-Colas para los gemelos, un Red Bull para Nava y un café para Doc. Como Caine no estaba seguro de cuándo tendría otra oportunidad para tomar la medicación, se apresuró a engullir una píldora.

—Muy bien —dijo Jasper en cuanto la camarera se marchó—. Preguntaste si el demonio de Laplace era real y te respondí «sí y no». Aceptemos, por el momento, que la respuesta fuera un «sí» rotundo y que tú eres la manifestación física del demonio de Laplace.

—En ese caso —replicó Caine—, lo sabría todo y no es así.

—Pero si lo supieras todo, entonces serías capaz de predecir el futuro, ¿no?

—Sí, pero creía que Heisenberg había demostrado...

—A la mierda con Heisenberg —dijo Jasper con tono despectivo—. Ya volveremos a eso. Por ahora, sólo responde a esta pregunta: si tú fueras el demonio de Laplace y lo supieras todo, entonces serías capaz de predecir el futuro. ¿Sí o no?

—Sí —aceptó Caine, enojado—, Pero incluso si lo supiese todo, mi cerebro necesitaría procesar toda esa información, cosa que es imposible.

—Correcto —afirmó Jasper con una sonrisa.

—Si es imposible, ¿cómo puedo ser el demonio de Laplace?

—Porque no necesitas ser capaz de procesar la información, sólo necesitas poder acceder a ella. Míralo de esta manera: ¿si quisieras hablar con alguien que sólo habla japonés, qué haríasbailarías-cantarías?

—No lo sé... supongo que utilizaría un diccionario inglés-japonés. Eso o llamaría a un intérprete.

—Exacto. No necesitarías hablar japonés, siempre y cuando tuvieses acceso a una herramienta que te permitiera traducir tus pensamientos al japonés. Básicamente trasladarías el procesamiento de la información a una persona o a un diccionario.

—De acuerdo —asintió Caine con cierta vacilación—. Veo adonde quieres ir a parar, pero no comprendo cómo puedes comparar la traducción de un idioma con el procesamiento de toda la información en el universo.

—¿Por qué-quinqué-requeté? —replicó Jasper.

—Porque incluso si pudieras acceder a los datos, no existe una fuerza intelectual en el planeta, ya sea un hombre o una máquina, que sea capaz de procesar toda esa información.

—Ahí es donde te equivocas —manifestó Jasper—. La hay.

—¿Cuál es?

—El inconsciente colectivo.

Caine miró a su hermano, en un intento por comprender. Recordaba de su época de estudiante que un psicólogo alemán llamado Cari Jung había desarrollado la teoría del inconsciente colectivo a mediados de 1900, pero aparte de eso, todo lo demás eran bastante nebuloso. Jasper vio la expresión de desconcierto en su rostro y comenzó a explicárselo.

—Vale, te refrescaré la memoria. La conciencia, como sabemos, es intermitente. La mayoría de las personas duermen un promedio de ocho horas al día, y eso significa que pasamos al menos una tercera parte de nuestra vida en un estado inconsciente. Jung creía que la mente consciente, al menos en parte, responde y es afectada por el inconsciente. Jung clasificó el inconsciente en tres categorías separadas. La primera incluye los recuerdos personales que puedes recuperar voluntariamente, como el nombre de tu maestra en cuarto de primaria. No lo tienes en la punta de la lengua, pero probablemente lo recuperarás de tu inconsciente si te concentras.

—Como la memoria a largo plazo.

—Sí-mí-ti. —Jasper asintió vigorosamente—. En la segunda categoría están los recuerdos personales que no se pueden recuperar voluntariamente. Son esas cosas que sabías en su momento pero que ahora eres incapaz de recordar, o algo así como un trauma infantil que has reprimido. Todos esos recuerdos estuvieron en tu mente consciente en un tiempo determinando, pero por alguna razón acabaron tan enterrados en tu subconsciente que ya no puedes acceder a ellos. La tercera categoría es el inconsciente colectivo. Es absolutamente imposible que su contenido pueda convertirse en consciente porque nunca ha estado en nuestra mente consciente. En esencia, el inconsciente colectivo contiene conocimientos que no tienen un origen conocido-pidodido-fido.

—¿Como qué? —preguntó Nava.

—Un bebé sabe mamar cuando se le acerca el pezón y llora cuando tiene hambre. Un potrillo da sus primeros pasos a los pocos segundos del nacimiento. Cuando se abren las huevas, los alevines nacen sabiendo nadar. La lista es interminable. Todas las criaturas en la naturaleza nacen con complejas habilidades físicas y conocimientos sobre sí mismas y del mundo que las rodea sin una fuente conocida.

Caine frunció el entrecejo.

—Creía que todo ese conocimiento estaba programado en nuestro ADN.

—Eso es lo que creen los biólogos, no los físicos, y hasta ahora ningún biólogo ha sido capaz de responder a la pregunta de dónde llegaron las instrucciones originales.

—Me parece que no te sigo.

—Piénsalo de esta manera: dado que toda la vida en el planeta evolucionó a partir

de organismos unicelulares, las instrucciones con las que nacemos todos tuvieron que ser aprendidas antes de poder codificarlas. Hubo un primer bebé que tuvo que aprender a llorar, un primer potrillo que tuvo que aprender a caminar. Pero todo lo que los científicos saben de la biología sugiere que las experiencias aprendidas no pasan de generación en generación.

—Muy bien —dijo Caine—. Si la biología no puede explicarlo, ¿por qué puede la física?

—Muchos físicos, y también psicólogos, creen que el conocimiento inherente de las criaturas se originó en la mente consciente, y no sólo en la de cada uno. —Jasper bebió un buen trago de gaseosa antes de continuar—. Tú sabes que los físicos modernos creen que la materia existe en forma de ondas, y no en puntos específicos en el espacio y el tiempo, ¿no es así?

—Apenas —respondió Caine. La cabeza le daba vueltas.

Jasper suspiró.

—Todo esto te resultaría mucho más fácil si hubieses estudiado física en lugar de estadística.

—No creo que hace ocho años, cuando tenía que escoger una licenciatura, hubiese podido prever que tendría esta conversación.

—La verdad es que hubieses podido, pero ya llegaré a eso. Veamos, ¿por dónde iba?

—Decías que no existe nada en un punto específico en el tiempo y el espacio.

—Correcto-insecto-recto. Verás, hasta principios de 1900, todos creían en lo que ahora se llama la física clásica, tal como la formuló Isaac Newton en 1687 cuando escribió los Principia. Los puntos más importantes de la física clásica eran sus leyes del movimiento, donde afirmaba que el movimiento de los cuerpos estaba determinado por la acción de las fuerzas sobre ellos.

«Estas leyes se utilizaban para explicarlo todo, desde las órbitas planetarias a la aceleración de un coche. En el fondo, Newton creía que Dios había creado el universo de una manera ordenada, con arreglo a unas leyes inmutables. Esta creencia parecía reflejarse en la sociedad en su conjunto, a medida que se extendía el capitalismo y el mundo cambiaba para obedecer lo que llaman las «leyes» de la oferta y la demanda.

Jasper, claramente excitado y por momentos más metido en su papel de conferenciante, hablaba cada vez más rápido.

—Entonces, en 1905, Einstein presentó su teoría de la relatividad, donde sostenía que todo era relativo. Einstein demostró que la posición, la velocidad y la aceleración, que para Newton existían como valores absolutos, en realidad sólo existían en relación a otra cosa. Todavía más importante, demostró que también el tiempo era relativo.

—Por favor, Jasper, habla en un idioma que entendamos. —Caine consultó su reloj—. Sólo te quedan catorce minutos.

—Vale-tole-mole. Me daré prisa —prometió Jasper—. Einstein dijo dos cosas. Primero: la velocidad de la luz es constante no importa dónde estés ni lo que hagas. —Jasper contó con los dedos—. Segundo: las leyes de la física son percibidas de la misma manera por dos observadores que se muevan a una velocidad constante en relación a ellos dos.

»Eso significa que si tú y yo estamos en un tren que acelera, veremos el paisaje de la misma manera, pero si tú estás en el tren y yo estoy junto a las vías, veremos el paisaje de manera diferente. Es una simplificación bastante exagerada, pero se entiende.

Caine asintió al recordar que los árboles pasaban como una mancha en su viaje a Filadelfia.

—Ahora, si yo estuviese en una nave espacial que viaja a una velocidad cercana a la de la luz, que es de trescientos mil kilómetros por segundo, ocurre algo extraño. Respecto a tu punto de vista, el tiempo para mí se ralentiza. Cuando me baje de la nave espacial, seré más joven que tú. Cuando Einstein lo demostró, quedó probado que incluso el tiempo era relativo. La siguiente demostración fue que la energía y la masa estaban vinculados intrínsecamente: a mayor aceleración, mayor sería la masa en relación a un cuerpo en reposo-oso-toso.

—Dame un ejemplo —dijo Caine, con la intención de demorar un poco el ritmo de su hermano y tener tiempo para asimilar lo que había dicho hasta ahora.

—Por supuesto. Cuando estás sentado en un avión que despega, notas como si te empujaran el cuerpo contra el asiento, ¿no? Casi como si fueras más...

—Pesado. —Caine acabó la frase por él, porque ahora lo entendía.

—Exacto. Sin embargo, cuando el avión alcanza la altitud de la velocidad de crucero y deja de acelerar, tú vuelves a sentirte normal. De ahí la fórmula $E = mc^2$, donde «E» es la energía, «m» la masa y «c» la velocidad de la luz. Dado que «c» es una constante, eso significa que cuando la energía aumenta, también lo hace la masa. Por lo tanto, si estás sentado en un avión que despega, a medida que acelera, tú tienes más cantidad de energía cinética que el entorno inmediato, así que, a ti te parece que aumenta tu peso.

—Vale, lo entiendo —afirmó Caine—. Pero ¿qué tiene esto que ver con las ondas?

—Tal como mencioné antes, Newton creía que toda la materia tenía una ubicación precisa en el espacio y en el tiempo, pero en cuanto Einstein demostró que todo era relativo, los físicos comprendieron que la materia no tenía una ubicación absoluta ni tampoco una edad absoluta. Eso provocó una revolución que llevó al desarrollo de la relatividad especial, que estudia la emisión y la absorción de la

energía por la materia.

«Esto, a su vez, llevó a la predicción y el posterior descubrimiento de las partículas elementales, que son los ladrillos que construyen toda la materia, conocidas como quarks. A pesar de que los físicos han demostrado la existencia de doce tipos de quarks diferentes: «arriba», «abajo», «encanto», «raro», «verdad», «belleza y sus antipartículas...

—Espera un momento —le interrumpió Caine, que levantó la mano—. ¿Esos son los nombres de los ladrillos constructores de la materia? —Y miró a Doc, que en contra de lo habitual mantenía un riguroso silencio durante la conferencia de Jasper, para que le confirmara si su hermano se había vuelto totalmente loco o no.

—No se lo inventa, Rain Man —afirmó Doc—. Esos son sus nombres.

—Muy bien. —Caine se rascó la cabeza—. Adelante.

—Gracias. En cualquier caso, a pesar de que hay doce tipos diferentes de quarks, toda la materia de nuestra realidad está hecha con los quarks «arriba» y «abajo» y otra partícula elemental parecida a un quark llamada leptón. —Jasper hizo una pausa para tomar aliento—. Lo importante es comprender que los quarks y los leptones no son materia en realidad.

—Entonces, ¿qué son? —preguntó Caine.

—Energía. ¿Lo captas? De acuerdo con la física cuántica, la materia no existe de verdad. Aquello que los físicos clásicos creían que era la materia sólo era un compuesto de elementos, que estaban hechos de átomos, que su vez estaban hechos de quarks y leptones, o sea, de energía. Por consiguiente, la materia es en realidad energía. —Jasper hizo una pausa para que sus palabras calaran antes de continuar—. Ahora, adivina qué otra cosa está hecha de energía.

Caine unió los puntos. De pronto la enrevesada explicación de Jasper formaba una figura clara.

—El pensamiento —contestó Caine.

—Eso es. Todos los pensamientos conscientes e inconscientes son creados por neuronas que emiten señales eléctricas en el cerebro. ¿Lo ves? Dado que toda la materia es energía y todo el pensamiento es energía, entonces toda la materia y todos los pensamientos están interconectados. De ahí viene el inconsciente colectivo: la mente compartida de todas las criaturas vivientes que existieron, existen y existirán—serán—rataplán.

—Vale —dijo Caine, mientras intentaba que su cerebro asimilara todo lo que su hermano acababa de decir—. Aunque puedo aceptar que exista una manifestación metafísica del inconsciente colectivo, sigo sin entender cómo puede extenderse a través del tiempo.

—Porque el tiempo es relativo —respondió Jasper—. Piénsalo. La única cosa más rápida que la velocidad de la luz es...

—La velocidad del pensamiento —declaró Caine, cuando encajó la última pieza.

—Así es. Para ser más precisos, el pensamiento inconsciente. Dado que el tiempo se ralentiza a medida que las partículas se aproximan a la velocidad de la luz en relación a aquellos que están inmóviles, puedes pensar en la mente inconsciente como algo eterno, y por lo tanto, que carece literalmente de tiempo.

Caine asintió. De una manera absolutamente retorcida, lo que decía su hermano casi tenía sentido. Miró a Doc para que le confirmara que no estaba loco y se sorprendió al ver que su viejo profesor asentía.

—¿Cómo has llegado a estas conclusiones? —preguntó Doc.

—A través de la filosofía —Jasper sonrió.

—Explícate —dijo Doc.

—Todas las religiones y filosofías orientales se basan en la creencia de que el universo es energía, una creencia que ahora está respaldada por la física cuántica. Además, todas sostienen que las mentes de todas las personas son esencialmente una con el universo, lo que me llevó a pensar en el inconsciente colectivo de Jung.

»Los budistas creen que no hay nada permanente. Buda enseñó que todos los sufrimientos del mundo provienen del deseo de las personas de aferrarse a las cosas y a las ideas en lugar de aceptar el universo mientras fluye, se mueve y cambia. En el budismo, el espacio y el tiempo se consideran meros reflejos de los estados de conciencia. Los budistas no ven los objetos como cosas, sino como procesos dinámicos que participan en un movimiento universal, que está constantemente en un estado de transición, o sea, que ven la materia como energía, lo mismo que sugiere la física cuántica.

»Los taoístas también creen en el movimiento dinámico del universo; la palabra «tao» significa «el camino». Ven el universo como un sistema de energía llamado «chi», que fluye y cambia constantemente; en consecuencia, creen que el individuo sólo es un elemento en la totalidad del universo, o una parte de esa energía. Su doctrina se convirtió en el I Ching, también conocido como El libro de los cambios, y en él se enseña que la estabilidad sólo se puede alcanzar cuando se produce la armonía entre el Yin y el Yang, que son vistos como fuerzas naturales opuestas pero relacionadas en el universo. Esto, también, lo sostiene la física cuántica, cuando afirma que todo está hecho de partículas unidas por la energía subatómica.

Caine tenía la sensación de que su cabeza se había convertido en un tiovivo.

—Todas esas filosofías tienen una antigüedad de miles de años. ¿Cómo es que todas basaron sus enseñanzas antes del descubrimiento de la física cuántica?

—A través del inconsciente colectivo —afirmó Jasper—. No lo olvides; carece de tiempo y eso significa que el pensamiento fluye hacia atrás a través del tiempo, y también hacia adelante. Piénsalo. Se dice que los grandes pensadores, filósofos, científicos, se «adelantaron a su tiempo» porque hicieron grandes avances intuitivos.

Algunas personas lo llaman genio, pero ¿qué es el genio excepto una increíble visión interior? ¿No lo entiendes? Los llamados «genios» sólo son personas que tienen un mejor acceso al inconsciente colectivo que el resto de nosotros-rostrosprotos.

Doc soltó una exclamación con la mirada puesta en Caine.

—Así fue como pudiste saber que debíamos movernos en el restaurante. Accediste a la mente inconsciente de tu futuro yo.

Caine sacudió la cabeza. Todo eso lo sobrepasaba.

—Incluso si creyera que el inconsciente de todos está vinculado de alguna manera, ¿cómo es que soy capaz de acceder al colectivo con mi mente consciente? — Cuando se oyó formular la pregunta, supo sin más la respuesta—. Oh Dios mío... son los ataques, ¿no?

—Creo que son los síntomas, no la causa —opinó Jasper—. Dado que todos extraemos cosas del inconsciente colectivo, tiene que haber algo en nuestro cerebro que se conecta con él. Creo que es algo en tu cerebro. —Jasper señaló el cráneo de su hermano—. Para ser exactos en tu lóbulo temporal, que te permite conectarte con el inconsciente colectivo de una manera que los demás no pueden. Hasta hace poco, cuando lo hacías sobrecargabas tu cerebro, y aparecían los ataques y las pérdidas de sentido, y de esa manera entrabas en el subconsciente de verdad-saltadmerendad. A mí me parece que el medicamento experimental del doctor Kumar te ha «arreglado» el cerebro de forma tal que ahora puedes conectarte con el inconsciente colectivo y permanecer consciente, y eso te permite ver el futuro.

—Lo que no entiendo es cómo funciona desde la perspectiva de la física. —Caine hizo una pausa para ordenar los pensamientos—. Laplace afirmó que debías saberlo todo para predecir el futuro, pero Heisenberg dijo que nada tiene una posición real en la naturaleza, y por lo tanto es imposible saberlo todo. En consecuencia, predecir el futuro es imposible y una inteligencia omnisciente como el demonio de Laplace no puede existir, ¿me equivoco?

—Eso es algo que todavía no tengo claro-paro-faro —admitió Jasper, antes de añadir rápidamente—: Pero eso no significa que mi teoría sea errónea.

Nadie habló mientras Caine intentaba procesar todo lo que Jasper había dicho. Doc fue quien rompió el silencio.

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

—¿Cómo? —preguntó su ex alumno.

—Mira en el futuro —respondió Doc.

—No creo que sea una buena idea —manifestó Nava. Caine se sorprendió porque había estado tan callada que prácticamente se había olvidado de que estaba allí.

—¿Por qué? —replicó Doc.

—¿Qué pasa si es peligroso? —dijo Nava. Encendió un cigarrillo.

—¿Peligroso para quién? —quiso saber Doc.

—Para todos nosotros. —Nava exhaló el humo—. Sobre todo para David.

—¿Por qué? —insistió Doc.

—¿Qué pasará si no puede volver? ¿Qué pasará si entra en el inconsciente colectivo y se queda atrapado? Lo habéis dicho: carece de tiempo. Se podría sumergir en el inconsciente colectivo durante unos segundos y encontrarse al regresar que su cuerpo ha muerto de viejo.

Caine notó una sensación de vacío en el estómago. No había considerado esas posibilidades. Una parte de él anhelaba ir allí, pero el resto se sentía repentinamente aterrorizado. Mientras consideraba sus opciones, comprendió dos cosas. La primera, que a Jasper se le habían agotado sus veinte minutos. La segunda, que ya no creía que aquello fuera una alucinación.

Era imposible; él no sabía tanto de física como para habérselo imaginado todo.

Capítulo 26

—¿Se puede saber qué coño has estado haciendo?

Forsythe apartó el auricular del oído. Se aseguró de respirar profundamente antes de responderle al director adjunto del FBI, que estaba furioso por el desastre de la estación del ferrocarril.

—Sam... como te puedes imaginar no tenía idea de que pudiera ocurrir algo así.

—¡No me toques los cojones! —gritó Sam Kendall—. Me dijiste que necesitabas un puñado de hombres para detener a un civil. ¡No dijiste ni una palabra de una desertora de la CIA!

—Sam... eeh... —comenzó a decir Forsythe y se interrumpió. Le había desconcertado que Kendall se hubiese enterado tan pronto de la intervención de Vaner.

—No te preocupes, James. Sé cuándo me dan por el culo. Felicidades. ¿Quién te lo propuso? ¿Nielsen? —Forsythe permaneció callado; era mejor dejar que se desahogara—. Sí —gruñó Kendall, más para sí que para Forsythe—. Pues que os den por saco a los dos. Para colmo has tenido los cojones de meter en esto a Martin Crowe. ¡Es un milagro que nadie haya resultado muerto! —Kendall hizo una pausa para tomar aliento antes de continuar con la parrafada—. Me acabo de enterar que MacDougal te echará el mes que viene. Pues te diré una cosa, después de lo que has hecho, considérate cesado a partir de ahora.

Forsythe apretó con fuerza el auricular.

—No tienes autoridad para...

—¿Quién mierda te crees que soy? —gritó Kendall a pleno pulmón—. Soy el director adjunto del FBI y, te lo creas o no, tengo algunas influencias en esta ciudad. Hablé con el senador MacDougal de todo el embrollo de esta mañana y ambos estuvimos de acuerdo en la conveniencia de que renuncies hoy. Tienes treinta minutos para recoger tu mierda antes de que mande a la policía militar para que te eche del edificio. Ha sido un placer conocerte, capullo.

Kendall colgó con tanta fuerza que el golpe resonó en los oídos de Forsythe. Estaba atónito. Aún no estaba preparado. Sí, los trabajos de Tversky prometían mucho, pero ¿qué pasaría si no funcionaban? Había creído que contaría como mínimo con un mes para robar información de la base de datos del laboratorio y utilizar los recursos de la ANS antes de instalarse por su cuenta. Ahora no tenía nada. Nada, excepto a Tversky y su «demonio», y ni siquiera eso. Forsythe se tomó un momento para calmarse antes de llamar a Grimes a su despacho.

—Steven no sé cómo decirlo, pero... —dijo y se interrumpió para que Grimes pensara lo peor antes de soltarle la mentira—. Nos han despedido. Hoy es nuestro último día.

—¿Qué? Sabía que usted estaba acabado, pero ¿por qué yo?

—Es una decisión política —afirmó Forsythe—. Pero quizá acabe siendo algo bueno para ambos.

—¿A qué se refiere? —Grimes torció el gesto.

Forsythe pensó en la mejor manera de decírselo. No quería que Grimes supiera que llevaba seis meses planeando abandonar el barco y que en ningún momento había contado con él. Ya tenía montado el laboratorio y diez millones de dólares en el banco. Sólo le faltaba el plantel de científicos. Había pensado en buscarlos en el sector privado en vez de reclutar a algunos de los «talentos gubernamentales», pero ahora se le había agotado el tiempo.

Tampoco estaba dispuesto a dejar de colarse en los archivos del laboratorio. Dado que a Grimes no lo habían despedido, sus códigos de acceso se mantendrían activos hasta que alguien se diera cuenta del engaño de Forsythe, y para entonces él ya tendría toda la información que necesitaba. Por mucho que le repugnara admitirlo, Grimes era esencial.

—Me lo tenía reservado como una sorpresa, pero... —Forsythe dedicó los quince minutos siguientes a explicarle su plan. Recalcó el hecho de que sólo él sabía lo del despido de Grimes, y por lo tanto, más le valía no decir nada. Cuando acabó, Grimes se acarició la barbilla cubierta de granos.

—Quiero una parte.

—¿Qué?

—Ya me ha oído —dijo Grimes—. Si quiere que me una a usted, quiero una parte del pastel.

—¿Cuánto? —preguntó Forsythe, que cerraba y abría los puños por debajo de la mesa.

—El diez por ciento.

Forsythe silbó por lo bajo. No tenía tiempo para discutir y tenía claro que Grimes sería absolutamente infantil a la hora de negociar. Tomó la decisión en el acto.

—Steven, si fuese el único propietario de la empresa, te daría el diez por ciento con mucho gusto. Pero los capitalistas ya tienen el ochenta por ciento. —La mentira salió de la boca de Forsythe con toda facilidad; los capitalistas podían ser unos buitres, pero sólo le habían exigido un treinta y cinco por ciento por los doce millones que aportaban; dos ya se los había gastado en montar el laboratorio—. Te hago otra propuesta. ¿Qué tal un diez por ciento de mi parte?

—Eso sería sólo un dos por ciento —lloriqueó Grimes.

—Es una oferta justa, Steven —declaró Forsythe con gravedad.

—Súbala al tres y hacemos trato —propuso Grimes.

—Hecho.

Grimes le tendió la mano. Forsythe se la estrechó y luego se apresuró a limpiarse

en la pernera del pantalón.

—Excelente —añadió Forsythe, dispuesto a que la relación con Grimes volviera cuanto antes a ser de patrón-empleado—. Llama a Crowe.

—Desde luego, socio. —Grimes lo obsequió con una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes amarillentos antes de salir del despacho. Dieciocho segundos más tarde, comenzó a parpadear la luz roja en el teléfono de Forsythe. Respiró hondo y cogió el teléfono—. Señor Crowe, soy James Forsythe. Hay un cambio de planes...

Crowe acabó la conversación y dejó que su mente se quedara en blanco mientras contemplaba el cielo. El sol asomaba entre las nubes y creó un arco iris. A Betsy le encantaban. Cada vez que veía uno, se subían al coche y partían a la búsqueda del caldero de oro oculto en su final.

Se le nublaron los ojos. Betsy siempre se había sentido muy orgullosa de su papá. Se preguntó qué diría si lo viera en esos momentos. Sabía por la conversación tramposa de Forsythe que nada bueno podía resultar de lo que quería que hiciera, pero había demasiado dinero en juego para rechazarlo.

Si Forsythe aún quería que atrapara a Caine, tendría que encontrar la manera de hacerlo. Buscó en la agenda del móvil hasta dar con el número que le interesaba. El color azul del número de Frank Dalton resplandeció contra el fondo blanco de la pantalla.

Crowe se había prometido que nunca más trabajaría con Dalton o sus matones después de que el mercenario lo engañara para darle protección a un narcotraficante. Pero ¿qué más daba otra promesa rota? Además, ninguno de los otros mercenarios que conocía destacaban por su honradez. Lo importante era que si Crowe conseguía controlar la vena violenta de Dalton, no había nadie mejor.

Resignado, apretó la tecla de llamada. Dalton atendió en el acto.

—¿Marty, tío, qué pasa?

—Tengo un trabajo y necesito apoyo —respondió Crowe.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Mierda, me gustaría ayudarte, pero tengo a un tipo en la ciudad que me necesita para que le haga unos recados. ¿Qué tal la semana que viene?

—No puede esperar —replicó Crowe. Se pellizcó el entrecejo—. ¿Cuánto se lleva un recadero en estos tiempos?

Dalton demoró la respuesta un par de segundos.

—Treinta por cinco días de trabajo.

—¿Por ti o todo el equipo?

—Sólo por mí. Rainer, McCoy y Espósito se llevan quince por cabeza.

Crowe estaba seguro de que le mentía, pero no le importó. Era el dinero de

Forsythe.

—Mi patrón os pagará a los cuatro doscientos por la semana. Os los repartiréis como más os guste.

Dalton silbó al oír la cifra.

—¿En qué te has metido, Marty?

—En nada peor de lo habitual. ¿Entras o no?

—¿Cuál es el trabajo?

—Un poco de vigilancia, un secuestro y quizá algo de guardia después.

—¿Quién es el objetivo? —preguntó Dalton, con un tono de desconfianza.

—Nadie a quien vaya a echar de menos. No es más que un civil.

—Entonces, ¿por qué tanta pasta? Suena como si esto fuese algo que pudieras hacer solo.

—Tiene un guardaespaldas.

—¿Y?

—Es una ex agente de la CIA —respondió Crowe, que comenzaba a irritarse con tantas preguntas—. Operaciones especiales. Muy dura.

—¿Una? —Dalton se echó a reír—. Vale, me necesitas a mí y a los muchachos para que nos ocupemos de tu amiga. Es probable que podamos ayudarte. Pero quiero la pasta por adelantado.

—Ni lo sueñes. La mitad ahora, el resto después de que tengamos al objetivo.

Dalton permaneció en silencio unos momentos, pero Crowe no se preocupó. Sabía que Dalton aceptaría el trato.

—De acuerdo —contestó Dalton, como si le estuviese haciendo un favor—. ¿Dónde es el trabajo?

—Ahora mismo no lo sé, pero probablemente en el Estado o los alrededores.

—¿Quieres que me encuentre contigo en alguna parte?

—No —respondió Crowe—. Por ahora, reúne a los muchachos con la artillería habitual, y después esperad y no os emborrachéis.

—Entendido —asintió Dalton.

—Cuando tenga la localización, te llamaré.

—Ningún problema. Es agradable hacer negocios contigo de nuevo, Marty.

Crowe cortó la comunicación y no había pasado ni un minuto cuando recibió un mensaje. Dalton no se había demorado en enviarle su número de cuenta. Le retransmitió el mensaje a Grimes, junto con las instrucciones sobre la cantidad de dinero que debía ingresarse. Hecho esto, Crowe se fue a su apartamento para descansar. Era demasiado temprano para dormir, pero intentaría echar una cabezada, ya que tenía la oportunidad. Tenía el presentimiento de que sería una noche muy larga.

Mientras se acostaba, pensó de nuevo en la misión. Estaba seguro de que Grimes

acabaría por localizar a Caine en alguna parte. Sólo era una cuestión de tiempo. Cuando lo hiciera, Crowe lo atraparía y probablemente mataría a Vaner en el proceso. Ahora no podía hacer otra cosa más que esperar.

Caine miró su vaso de gaseosa.

—Tendría que haber pedido algo más fuerte.

—¿Vas a intentarlo? —preguntó Doc.

—No lo sé. Y aunque quisiera, no tengo muy claro cómo hacerlo.

—Insisto en que es demasiado peligroso —manifestó Nava—. Mientras tengamos que huir, es un riesgo excesivo.

—No tuviste ningún reparo en que lo hiciera en el tren —señaló Caine.

—Aquello era otra cosa —dijo Nava—. Además, no conocía los riesgos.

—¿Qué pasará si ahora mismo nos están rastreando? —preguntó Caine—. Quizá sea demasiado arriesgado no intentarlo.

Nava frunció el entrecejo. Aplastó la colilla con un aire ausente.

—En eso tiene razón —declaró Doc.

—Inténtalo, David. La Voz... —Jasper se interrumpió—. Quiero decir, creo que es el momento.

Caine miró a su hermano. Jasper aún no se lo había dicho todo; por ejemplo cómo había sabido que debía llamar a Doc después de que Caine se subiera a su coche, pero sabía que debía haber una razón. Después de la conferencia sobre física que había dado, todos parecían haber olvidado que David no era el único hermano Caine que aparentemente poseía unas capacidades sobrenaturales.

Sin embargo tenía sentido. Eran gemelos, y si David Caine podía hacer algo, era probable que también pudiera Jasper Caine. David no sabía si eso significaba que debía confiar más en su hermano. Pero cuando miró los ojos de Jasper, la decisión fue clara.

—Voy a intentarlo —afirmó.

A pesar de la convicción en su voz, tenía miedo. Todos los demás problemas —su carrera académica, los ataques, Nikolaev— de pronto le parecieron triviales comparados con lo que estaba a punto de hacer. ¿Qué pasaría si Nava estaba en lo cierto? ¿Qué pasaría si se quedaba atrapado para siempre, perdido en un vacío sin tiempo? ¿Se volvería loco? Quizá ya lo estaba... No. No lo estaba. Nunca había tenido alucinaciones; sólo demasiado miedo a admitir la verdad.

Respiró profundamente. Debía dejar a un lado los miedos y hacer eso antes de que fuese demasiado tarde. Muy bien. Debía dejar de lado los miedos como había hecho cuando se había convertido en un ermitaño, separado de sus amigos, sus estudiantes, su vida. No, aquello había sido diferente. Entonces no había tenido elección. Al mirar atrás, comprendió lo cobarde que había sido. Pues se había

acabado eso de ser un cobarde.

Cerró los ojos, y...

Capítulo 27

... no pasó nada.

Caine continuó escuchando la voz de Mick Jagger, que sonaba en la gramola del fondo del local. Continuó sintiendo la dureza del banco de madera en las nalgas y el dolor sordo en la rodilla, que parecía latir al unísono con su corazón. Continuó oliendo el olor rancio de la cerveza del día anterior mezclado con el sudor que flotaba en el bar. La única diferencia era que antes de cerrar los ojos veía y en esos momentos no.

Soltó el aire de los pulmones con fuerza e intentó respirar más pausadamente. ¿En qué había estado pensando en el restaurante? No lo recordaba; en un momento estaba picoteando una patata y al siguiente Doc y Peter estaban bañados en sangre.

Oyó seis golpes secos.

Por un momento Caine creyó que el sonido provenía de otra parte, de algún lugar interior, pero entonces la camarera comenzó a hablar y comprendió que sólo había sido el ruido de sus tacones.

—¿Quieren otra ronda?

—¿Podría volver más tarde? —le pidió Doc—. Estamos haciendo algo.

—Claro. Ningún problema.

Entonces repentinamente, la oscuridad desapareció, como si alguien hubiese encendido las luces. Caine seguía con los ojos cerrados pero veía, y había algo más que la mera visión, había conocimiento.

...

La camarera es una pelirroja alta con una camiseta negra muy escotada y demasiado maquillaje. Se llama Allison Gully, pero todos la llaman Ally. El exceso de sombra de ojos es para ocultar el morado de un golpe que le propinó Nick Braughten. Ella quiere dejarlo pero tiene miedo.

Como el grupo de Caine no pide otra ronda, vuelve a la barra y coquetea con Tim Shamus. Él es nuevo y ella cree que es guapo. Cuando Tim llega a su casa por la noche, tiene fantasías con ella. Ronda por el apartamento. Cuando consigue dormirse son las cuatro de la mañana. Cuando se despierta, el sol está alto.

Llega tarde. Corre a su coche, un Ford Mustang del 89 negro. En el trayecto al trabajo, se salta un semáforo en rojo y le corta el paso a Marlin Kramer. Marlin tiene un mal día. Le toca el claxon a Tim, y en su frustración, gira donde no debe. Se mete en un atasco y pierde el avión a Houston. Matt Flanner está en lista de espera y ocupa el asiento de Marlin junto a Lenore

Morrison. Hablan durante todo el vuelo. Cuando aterrizan, él le pide su número de teléfono. Ella se sonroja por primera vez desde... tiene quince años y besa a Dereck Cohen en el cine.

Matt y Lenore se van a la cama en la tercera cita. Utilizan preservativos las primeras veces, pero luego deciden que no pasa nada por no usarlos. Pasa. Lenore es seropositiva. A Matt le diagnostican el sida. Muere solo en un hospital, en lugar de casarse con Beth Peterson, tener dos hijos y tres nietos.

...

o

...

Caine pide una bebida. Ally vuelve a la barra diez segundos más tarde de lo que hubiese vuelto si no le hubieran pedido la consumición. En el camino, Aidan Hammerstein y Jane Berlent consiguen finalmente que los vea y le piden dos copas. Ally le dice a Tim que no se entretenga y sirva. No hay tiempo para el coqueteo. Ally deja los Alabama Slammers en la mesa de Aidan y Jane y le sirve la gaseosa a Caine. A Jane el alcohol se le sube a la cabeza. Está borracha. En lugar de volver a casa, ella y Aidan deciden montar una buena. Qué diablos, es el cumpleaños de Jane. Cumple veinticinco.

Ella continúa bebiendo mientras... Tim Shamus se duerme sin problemas a las dos de la mañana, se despierta a la hora y Marlin Kramer toma su avión... Jane de camino a casa, se detiene en la tienda de un coreano y compra un paquete de Marlboro Lights. Es su primer cigarrillo desde... tiene veintiún años y vomita dos enchiladas y un taco de pollo. El olor del humo se mezcla con el olor del vómito. Jura que nunca más volverá a fumar. Cumple con su promesa. Vive hasta los noventa y siete. Steven Greenberg, el preferido entre sus seis bisnietos llora en su funeral.

... pero ahora a los veinticinco fuma. Tiene un sabor espléndido en el aire fresco de la noche. Se pregunta por qué lo dejó. Ya no lo vuelve a dejar. Aidan no soporta el humo. Discuten. Él tiene una aventura con Tammy Monroe, su secretaria. Rompe con Jane. Ella comienza a visitar a un psiquiatra. Le receta Zoloft. Ayuda, pero no es suficiente. La noche de su trigésimo cumpleaños decide celebrarlo y se toma veinte pastillas con medio litro de tequila. Encuentran su cadáver doce semanas más tarde por el olor.

...

—¡Espere! —Caine apenas si podía respirar. Abrió los ojos y miró a la camarera (Ally, se llamaba Ally) como si hubiese visto un fantasma.

—¿Quieres algo? —preguntó la mujer.

Caine vio detrás de Ally a un tipo rubio (Aidan) que intentaba llamar la atención de la camarera. Caine estaba paralizado, sin saber qué hacer. Sabía que había cambiado algo. Si volvía a entrar, sabría lo que le habría pasado/le estaba pasando/le pasaría a Ally, Tim, Marlin, Matt, Lenore, Aidan, Jane y Tammy, y a todas las personas cuyas vidas estaban en contacto con estos ocho, y sus posibles/probables/imposibles hijos. Y a sus amigos. Y...

—¿Cariño, estás bien? —preguntó la camarera de nuevo.

—Yo... yo... ah... —Caine no podía hablar. De pronto estaba a su alrededor: el repugnante hedor a excrementos humanos mezclado con moho, carne podrida empapada en bilis, frutas putrefactas cubiertas de gusanos. Al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco, Caine sintió que se desplomaba. Sabía que al despertar tendría un tremendo dolor de cabeza, consecuencia del golpe que se daría contra el borde de la mesa, pero no le importaba; la deliciosa inconsciencia se acercaba con la violencia de un tren de cargas.

Oyó los gritos de alarma de sus amigos. Jasper, Nava, Doc. Sus voces resonaron en su mente. Entonces, incluso cuando todas las neuronas de su cerebro gritaban su protesta, comenzó a ver otra vez. Mantenía los ojos cerrados, pero las visiones desfilaban ante él como una película de terror.

...

Viven. Sufren. Mueren.

Una y otra vez. Caine no puede dejar de ver todo esto.

Todo continúa ocurriendo de todas las maneras posibles. Es vagamente consciente de que en el Durante él grita durante casi noventa segundos, que puede parecer una eternidad cuando estás en el Durante.

Pero aprende algo nuevo.

Aprende cuánto puede durar realmente la eternidad.

Caine no se sorprendió en lo más mínimo cuando al despertar tenía un espantoso dolor de cabeza.

—¿David, estás bien? —Era Nava.

—Sí —respondió, mientras se tocaba la cabeza.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Doc.

Caine abrió la boca con la intención de responder, pero no tenía las palabras. Apenas si conseguía entender lo que había visto. Al principio las imágenes habían sido nítidas, pero a medida que se solapaban en el mismo espacio-tiempo, se volvían borrosas. Era como si hubiese estado viendo una proyección de diapositivas donde cada nueva foto aparecía en una pantalla en blanco durante un nanosegundo antes de solaparse a las imágenes que ya había visto. Al final no quedaba nada, excepto las

imágenes superpuestas, que creaban una oscuridad amorfa.

Era consciente de que cuando saliera del bar, apenas si recordaría algo de lo que había visto; su cerebro era incapaz de retenerlo todo. En ese mismo instante notaba que el conocimiento goteaba de su mente para desaparecer en el abismo. Se sentía feliz de poder olvidar. Si no sabía, no tendría que elegir.

No sabía cómo podría vivir con eso, con tanta responsabilidad, enfrentado a una elección permanente. Incluso si escogía vivir en una isla desierta, sus acciones se transmitirían como las ondas a través del universo. La decisión más simple podría hacer que alguien viviera y otro muriera. No podía hacerlo. No podía soportarlo.

—No puedo, no puedo, no puedo —repitió Caine.

—¿No puedes qué? —preguntó Jasper.

—No puedo elegir. No está bien. ¿Quién soy yo para...?

Jasper le cruzó la cara de un bofetón.

—Tú eres David Caine.

—Pero ¿qué pasará si la lío? —preguntó David. Sólo veía a su hermano. Era como si Nava y Doc hubiesen dejado de existir.

—Pues que la lías, hermanito. —Jasper sonrió—. Incluso si decides no hacer nada, eso sigue siendo una elección. No puedes evitar una decisión.

—Hay tantas cosas que pueden... salir mal.

—Eso es inevitable —declaró Jasper—. Pero tienes que intentarlo.

Caine asintió. No recordaba gran cosa de lo que había visto y podía suceder. No obstante, incluso mientras comenzaba a olvidar, sabía lo que debía hacer. No estaba seguro de que fuese lo correcto; de hecho, estaba seguro de que había una posibilidad de que se equivocara, pero había una probabilidad mayor de que acertara. Sólo debía escoger el camino con el menor número de errores. Lo que pasaría después estaba fuera de su control. Caine respiró profundamente y miró a Nava.

'—Tenemos que salir de aquí. ¿Hay algún lugar al que podamos ir que sea seguro?

—Sí —respondió Nava, sin vacilar—. Conozco un lugar.

—¿Dónde está?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

—No —replicó Caine—. Necesito saberlo ahora.

—No creo...

Caine le cogió una mano.

—Nava, tienes que confiar en mí. Es muy importante que lo sepa. ¿Adónde nos llevarás? ¿Dime el lugar preciso?

Nava lo miró a los ojos. Seguramente encontró lo que buscaba, porque respondió a la pregunta sin más protestas. David cerró los ojos por un segundo y los abrió de nuevo.

—Vale. Necesito ir al aseo, después nos iremos.

Caine se levantó y caminó con dificultad por el largo pasillo, en el lado opuesto del bar. En cuanto estuvo seguro de que no podían verlo, se acercó al teléfono público que había delante de la puerta de los lavabos. En aquel mismo momento, vio una sombra en el suelo. Era Doc. Caine se llevó un dedo a los labios. No quería que Doc mencionara la llamada delante de Nava. Doc asintió antes de entrar en el servicio.

David recordó el número que había marcado tres días antes. El teléfono sonó durante un par de minutos antes de que lo atendieran.

—Hola, Peter. Soy David Caine. —Cerró los ojos por un momento, en un intento por encontrar las palabras precisas—. Por favor, escucha con mucha atención; no dispongo de mucho tiempo.

—Hola, James. —Forsythe reconoció inmediatamente la voz de Tversky cuando atendió la llamada en su móvil—. Me he enterado de que me estabas buscando.

—¿De dónde has sacado esa idea? —replicó Tversky.

—No perdamos el tiempo en tonterías. Sé lo que buscas y te lo puedo facilitar... por un precio.

—Tú no tienes nada que me interese.

—¿Qué me dices de David Caine?

—Te escucho. —Forsythe intentó no parecer demasiado ansioso.

—Sé dónde estará a las seis de la tarde.

Forsythe consultó su reloj; faltaban cuarenta minutos para las seis. Carraspeó.

—¿Cuál es tu precio?

Salieron del metro en una zona de Brooklyn que Caine no conocía. Los rótulos de la mayoría de las tiendas estaban en hebreo; los hombres vestían chaquetas negras, sombreros negros y sus barbas eran negras. Doc sonrió. Caine tuvo que admitir que su amigo sabía aceptar las cosas tal como venían. Eso era algo que siempre le había gustado de Doc: nada le sorprendía.

—Es la ley de los grandes números —le había comentado en una ocasión—. Lo sorprendente sería que algo extraño les ocurriera a todos los habitantes del planeta al mismo tiempo. Como sólo tengo un punto de referencia, debo aceptar que cualquier acontecimiento improbable que me esté sucediendo no les está pasando a todos los demás en el mundo. Por lo tanto, mientras la probabilidad de que suceda es más de seis mil millones contra una, la probabilidad de que le ocurra a alguien es casi del ciento por ciento. Por lo tanto, ¿qué tiene de sorprendente algo que tiene una probabilidad casi del ciento por ciento de que ocurra?

Nava los guió por un laberinto de oscuros callejones hasta que casi ya no se oía el

ruido de la calle. Cuando llegó al tercer portal, bajó las escaleras y golpeó cuatro veces. Desde el interior descorrieron una mirilla y aparecieron unos ojos de color castaño oscuro que miraban con desconfianza, pero en cuanto vieron a Nava se iluminaron. La puerta se abrió un segundo después.

—¡Mi pequeña Nava! —exclamó un hombre con la corpulencia de un oso. Levantó a Nava entre sus brazos peludos y la estrechó con tanta fuerza que Caine creyó que la cabeza le saldría volando. Hablaron rápidamente en hebreo, y la cálida sonrisa del hombre se fue disipando poco a poco. Finalmente, Nava se volvió hacia ellos.

—Este es Eitan —dijo—. Eitan, éstos son David, Jasper y Doc.

—Es un placer —manifestó Eitan en un inglés con un acento muy marcado. Estrechó la mano de Caine con la fuerza de una apisonadora—. Los amigos de Nava son mis amigos. —Se apartó para dejarlos pasar—. Por favor, sois bienvenidos.

El orden y la limpieza del apartamento era todo un contraste tras la suciedad del callejón. Una alfombra naranja cubría el suelo de cemento. Un sofá amarillo limón muy hundido en el centro —evidentemente el asiento favorito de Eitan— estaba contra una pared cubierta con retratos de la familia del hombre. Junto al sofá había una mecedora de madera con cojines bordados.

—Sentaos, iré a preparar algo de comer. —Eitan fue a la cocina. Caine pasó junto a la mesa de centro y se sentó en el sofá.

Los muelles chirriaron suavemente, pero Caine estaba seguro de que habitualmente soportaban un castigo mucho mayor que sus ochenta kilos de peso.

Eitan reapareció con un plato con pitas, un cuenco de hummus y cuatro vasos de té helado. Caine comenzó a comer con gran apetito mientras Eitan y Nava fumaban. Los dos viejos amigos charlaban en hebreo y Caine fingió que la vida era normal, aunque era consciente de que no pasaría mucho más tiempo con sus amigos.

—Ella está aquí.

—Excelente. ¿Está sola?

—No. Hay otros tres además de su contacto en el piso franco.

—Mata al contacto. Después tráela aquí.

—Comprendido. —Choi Siek-Jin apagó el móvil. El callejón estaba oscuro, así que se quitó las gafas de sol. La cerradura de la puerta trasera era poco más que un juguete y tardó menos de un minuto en entrar. Oyó las voces al otro extremo del pequeño apartamento, pero no se dirigió hacia allí. Esperó en la cocina.

El hombre gordo tendría que aparecer en algún momento. Cuando lo hiciera, Siek-Jin estaría preparado.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó Eitan. Señaló el cuenco de hummus casi vacío.

—Ha sido más que suficiente-diente-cliente —respondió Jasper—. Gracias.

Eitan sonrió. Hizo como si no se hubiese fijado en la rima de Jasper.

—¿Queréis más agua? ¿Quizá una copa de vino?

—No me vendría mal otro vaso de té —dijo Doc.

—Desde luego. —Eitan recogió el vaso vacío de Doc—. Ahora mismo vuelvo.

Cuando Eitan salió de la habitación, Caine experimentó una súbita sensación de temor. Mientras observaba cómo desaparecía el gigantón por el pasillo, hacia la cocina, sintió el imperioso deseo de detenerlo. Pero algo mucho más profundo se lo impidió. De haberlo sabido antes, quizá hubiese podido evitar lo que estaba a punto de suceder.

En esos momentos ya era demasiado tarde. Debía dejar que el universo siguiera su curso.

Siek-Jin se llevó el índice a los labios. Eitan, aterrado, se quedó inmóvil, con la mirada fija en la pistola de gran calibre que le apuntaba a la cabeza. El norcoreano le indicó con un gesto que dejara el vaso vacío en la encimera. A Eitan le temblaban muchísimo las manos, pero consiguió dejarlo.

Sin desviar el arma, Siek-Jin trazó un círculo en el aire con la otra mano y luego señaló el suelo. Eitan cumplió con la orden lentamente. Se volvió y se puso de rodillas en el suelo, con el rostro bañado en lágrimas. Siek-Jin desenfundó el puñal. De un solo tajo degolló a Eitan. La víctima profirió un sonido ahogado mientras se llevaba las manos a la garganta. El norcoreano lo remató con una puñalada en la espalda.

Sin soltar el puñal ni la pistola, sujetó el cadáver de Eitan y lo depositó silenciosamente en el suelo. Limpió el puñal en la camisa del fallecido y lo guardó en la vaina. Tenía muy claro que las cosas no serían tan fáciles con Vaner. Necesitaría una mano libre.

David cerró los ojos en un intento por recordar el futuro. Esta vez no se permitió viajar demasiado lejos por el camino antes de abrir los ojos y regresar al Ahora.

—Tenemos que mover el sofá y colocarlo delante de la puerta —dijo y se obligó a levantarse—. Junto con aquella estantería.

Sin hacer ningún comentario, Nava y Jasper cogieron el sofá cada uno por un extremo y lo llevaron a través de la habitación. Doc se encargó de la estantería. Cuando acabaron, los cuatro se apartaron un poco para ver el resultado. Los últimos rayos de sol entraban por el ventanuco que había muy cerca del techo del

apartamento. Cuando alcanzaron el rostro de Nava, Caine sintió que lo dominaba la sensación del *déjà vu*.

Se agachó rápidamente y desenchufó una lámpara. Era pequeña, pero pesada. La empuñó como si fuera una porra. Serviría. Se volvió hacia la puerta y rogó para sus adentros que su intuición no le fallara en los momentos siguientes. Si no era así, había una probabilidad del 97,5329 por ciento de que Nava muriera.

—Tengo un disparo limpio a la cabeza.

—No, Frank —ordenó Crowe—. Sólo quiero que la hieras.

—Pero...

—Frank, es mi equipo, y lo haremos a mi manera. ¿Entendido?

. —Recibido —masculló Dalton. Crowe se había pasado al criticarle por un canal abierto. Cuando acabara todo esto tendría que aguantar las quejas de Rainer y Espósito.

—¿Leaiy, estás en posición?

—La salida de atrás está cubierta —respondió Leary.

—¿Frank, todavía tienes tiro?

—Lo tengo —dijo Dalton, que observaba el rostro de Nava a través de la mira telescópica. Le importaba un carajo lo que dijera Crowe, se cargaría a la traidora. No dejaba de ser una pena. Era preciosa. Él y los muchachos se lo hubieran pasado muy bien con ella. Era una vergüenza tener que meter una bala entre unos ojos tan bonitos, pero no tanto como para hacerle dudar cuando llegara el momento de apretar el gatillo.

—Algo no va bien —señaló Nava—. Eitan. Aún no ha vuelto.

Antes de que Nava pudiera desenfundar su Glock, el asesino norcoreano apareció en la puerta. Le apuntaba con el arma a la cabeza.

—No lo hagas —dijo, sin apartar la mirada de los ojos de la muchacha—, Chang-Sun te quiere viva.

Nava sintió que se ahogaba. Sabía por las manchas de sangre en el pantalón de Siek-Jin que Eitan estaba muerto. Aunque el enemigo estaba a sólo tres metros, lo mismo hubiese dado que estuviese a cien. No había manera de alcanzarlo antes de que la matara.

Se había acabado el juego.

—Disparo a Vaner a la de cinco —comunicó Dalton en voz baja. Respiró profundamente, retuvo el aire y comenzó a contar. El rostro de Nava aparecía con

toda nitidez en la cruz de la mira.

—Cuatro.

La línea horizontal quedó a la altura de los ojos, mientras que la vertical le dividía la nariz exactamente por la mitad. El rostro de Nava quedó repartido en los cuatro cuadrantes.

—Tres.

Aumentó la presión del dedo en el gatillo.

—Dos.

Se preparó para el retroceso del fusil de gran potencia.

—Uno.

El fusil se sacudió por efecto del retroceso del disparo de una bala calibre 7,62 mm que viajaba a una velocidad de 360 metros por segundo hacia el cerebro de Nava Vaner.

En aquel mismo momento, Caine le arrojó la lámpara al asesino norcoreano. Sin embargo, antes de que la lámpara pudiera alcanzar su objetivo, Siek-Jin se apartó sesenta centímetros a la izquierda, tal como Caine sabía que haría.

El rostro de Nava desapareció bruscamente, reemplazado por una silueta marrón oscura, que se convirtió en el acto en una mancha roja. Alguien se había interpuesto en el camino de la bala. Si ese alguien era David Caine, Dalton estaba metido en la mierda hasta las orejas. Apartó ese pensamiento de la mente mientras la figura desaparecía de la vista. Vaner continuaba en posición, aunque por la mirada en sus ojos comprendió que no lo estaría mucho más.

Dalton disparó todo el cargador y confió en tener suerte.

Se produjo una violenta corriente de aire seguida por una rápida explosión. De pronto estalló el cristal de la ventana y los fragmentos barrieron la habitación mientras el norcoreano caía hacia delante y se estrellaba contra la mesa de centro. Un agujero en la frente del tamaño de una pelota de tenis dejaba ver el gris del cerebro mezclado con el rojo de la sangre. Nava actuó instintivamente. Se lanzó de cabeza al suelo y arrastró a Caine con ella.

—¡Al suelo! —gritó, en el instante en que en la pared aparecían dos agujeros en el lugar exacto donde había estado de pie. Entonces oyó un ruido tremendo, cuando parte de la puerta voló al interior de la habitación. Los atacantes hubiesen entrado de no haber sido por el sofá y la estantería, que les impedían el paso. Sólo disponían de unos pocos segundos antes de que fuera demasiado tarde.

Nava miró a Caine, que yacía debajo de ella, con los ojos cerrados y la respiración forzada.

Caine sabía que sólo le quedaban 15,3 segundos. Al menos, creía que lo sabía. Por un instante, lo vio todo ante él, un millón de posibilidades que se ramificaban. Podía viajar por cada una de ellas y pasarse una eternidad calculando los posibles futuros basados en cualquiera de las elecciones. Muchas conducían a su muerte; todas salvo unas pocas a la muerte de Nava. Sólo en un puñado todo funcionaba tal como él quería.

Cada camino tenía un número infinito de ramales, muchos con unas terribles repercusiones que él no alcanzaba adivinar. Con un poco más de tiempo, hubiese podido tomar una decisión más acertada, pero no lo tenía. Sólo le quedaban 13,7 segundos. Escogió el camino que le pareció el más acertado, el menos malo, basado en parte en sus conocimientos y el resto en su intuición.

—Siento hacer esto, Nava —dijo Caine, con los ojos cerrados.

La muchacha iba a preguntarle de qué hablaba cuando él la sujetó por los brazos y rodó sobre sí mismo para ponerse encima de ella antes de estrellarle la cabeza contra el suelo. El sonido del cráneo contra el suelo de cemento le recordó la detonación de un fusil.

Luego todo se volvió negro.

Caine miró a Jasper y Doc, que intentaban mantener en posición la improvisada barrera; había muchísimas cosas que deseaba decirles a cada uno de ellos, pero sólo le quedaban 9,2 segundos.

Se arrastró rápidamente hasta el cráneo destrozado de SiekJin, sin preocuparse de la pierna entablillada. Se estremeció al pensar en lo que iba a hacer, pero tenía claro que el reloj continuaba corriendo. Metió la mano en el interior de la cabeza del norcoreano y cogió un buen puñado de los sesos y después unió las manos para conservar el máximo de sangre posible. La tibieza del cerebro lo sorprendió; era como meter la mano en lasaña caliente. El asco casi lo hizo vomitar, pero siguió con su tarea.

Se arrastró de nuevo, esta vez con los codos, y procuró no doblar la rodilla. Consiguió mantener el equilibrio mientras avanzaba con la macabra carga hasta Nava. En cuanto llegó a su lado, le embadurnó el rostro y el pelo con los sesos y la sangre. Si alguien miraba con atención, descubriría que la sangre y la materia gris no eran suyas, pero había una probabilidad inferior al 2,473 por ciento de que alguien lo

hiciera.

Caine recogió la mochila de Nava, cojeó hasta la cocina; y cerró la puerta 1,3 segundos antes de que tres soldados irrumpieran en la habitación.

...

Sus nombres son Martin Crowe, Juan Espósito y Charlie Rainer. Todos visten de negro de pies a cabeza, y los chalecos antibalas les protegen el pecho. Sus rostros son irreconocibles detrás de las viseras ahumadas de los cascos.

—¡Al suelo! —grita Rainer, aunque ya todos están en el suelo.

...

Caine pasó por encima del cadáver de Eitan, que yacía en medio de un charco de sangre en el suelo de la cocina. Cogió un abrigo largo negro y un sombrero del perchero en la pared, al tiempo que abría la puerta trasera. Mantuvo los ojos cerrados. Le resultaba más fácil ver así.

...

Espósito estrella a Doc contra la pared.

Una bota pisa la espalda de Jasper mientras Crowe le apoya el cañón de la pistola en la cabeza. En cuanto ve el rastro del morado en la mejilla de Jasper, sabe que éste no es el gemelo que busca. Una rápida mirada a la habitación le dice lo que necesita saber.

—Leary, el objetivo va hacia ti.

—Ya lo veo.

...

—¡Quieto!

Caine se forzó a sí mismo a seguir caminando, sin hacer caso de su miedo. El hombre (Mark Leary) retrocedió poco a poco, con el arma apuntada a su pecho, tal como él ya sabía.

—¡Quieto o disparo! —gritó el mercenario.

—No, no lo harás —afirmó Caine. Siempre con los ojos cerrados, levantó la Glock 9 mm de Nava, y

...

apunta el arma y aprieta el gatillo. El proyectil atraviesa la pantorrilla de Leary, pero no lo detiene. Él hace girar la pistola en la mano y descarga un culatazo en la cabeza de Caine. (bucle)

Apunta el arma y aprieta el gatillo. El proyectil falla el blanco, rebota en el suelo. Leary da un salto y tumba a Caine. (bucle)

Apunta el arma y aprieta el gatillo. El proyectil destroza el pie de Leary. Se tambalea, agita los brazos como un poseso y arrastra a Caine en la caída.

(bucle)

Apunta el arma y aprieta el gatillo.

...

El proyectil atravesó el muslo de Leary, le destrozó el fémur y le abrió un enorme orificio de salida. El mercenario cayó de espaldas con un tremendo aullido de dolor. Caine continuó caminando y sólo se desvió un poco a la izquierda para no tropezar con el hombre caído. En cuanto salió por la puerta trasera, se puso el sombrero negro.

En el segundo en que Crowe vio a Leary en el suelo, echó a correr, pero era demasiado tarde. Cuando llegó a la esquina, Caine ya no se veía por ninguna parte. La calle estaba llena de judíos hasídicos; todos vestidos de negro.

—¡Maldita sea! —gritó. Miró a la multitud. Se negaba a creer lo que evidentemente era verdad: David Caine había desaparecido.

Volvió al apartamento. A juzgar por la cantidad de restos de cerebro en la cabeza de Vaner, era obvio que la mujer estaba muerta, lo mismo que un asiático caído a su lado. No se molestó en buscarle el pulso. No podía creer que Dalton los hubiese matado a los dos. Crowe ya le ajustaría las cuentas. Al menos el gemelo estaba vivo; él y el doctor estaban contra la pared.

—Rainer, mete a esos dos en la furgoneta —ordenó Crowe—. Espósito, ve atrás y ayuda a Leary. Luego... —Se interrumpió al oír el aullido de sirenas. Parecía como si toda una flota de vehículos de la policía estuviera convergiendo hacia el apartamento. No quedaba mucho tiempo. Lo que menos le interesaba era tener que darle explicaciones a la policía sobre los dos cadáveres. Ahora lo importante era llevarse a los otros dos y desaparecer.

—Tienes veinte segundos. Yo ayudaré a Leary. Espósito, limpia esto cuando te vayas.

Sus hombres conocían el procedimiento. Espósito colocó detonadores eléctricos en paredes opuestas y conectó las cargas explosivas. Crowe estaba seguro de que no quedaría ninguna prueba; nunca había conocido a un experto en demoliciones que decidiera ser prudente y utilizar una pequeña cantidad de C-4, y Juan Espósito no era la excepción.

Se alejaban del apartamento con los dos prisioneros cuando Crowe oyó un sonido sordo seguido por una tremenda explosión. Cuando la policía llegara al lugar de los hechos sólo encontrarían dos cadáveres carbonizados y un montón de preguntas sin respuesta.

Capítulo 28

Forsythe todavía rabiaba ante la humillación de haber sido escoltado hasta la puerta principal del edificio del laboratorio por una pareja de guardias armados. Intentó olvidarlo mientras caminaba por su nuevo despacho como una fiera enjaulada, dos plantas por debajo de las calles de Manhattan. Afortunadamente se había asegurado el dinero de los inversores para instalar su nuevo laboratorio varios meses antes. Todo el equipo científico ya estaba operativo, aunque había algunos problemas con el sistema eléctrico y de telecomunicaciones.

Al otro lado de la pared de cristal, vio que Grimes corría de un lado al otro de la sala con sus freakies, que estaban instalando los nuevos servidores e iniciaban el sistema de seguridad. Si no surgía algún imprevisto, los tendrían funcionando al cabo de una hora.

Sonó el teléfono. Aunque Forsythe llevaba esperando con ansia la llamada, el sonido de la campanilla lo sobresaltó. Se dio prisa en atenderla, para interrumpir el ruido.

—¿Lo tiene?

—No. Nos estaban esperando. Habían improvisado una barricada en la puerta y el objetivo ya tenía preparada una ruta de escape.

Forsythe se pasó una mano por la incipiente calva. Al menos Crowe no adornaba las malas noticias.

—¿Qué hay del gemelo?

—Lo tenemos. Le suministré cincuenta miligramos de Amorbabital. Estará durmiendo durante las tres próximas horas.

Forsythe respiró mucho más tranquilo.

—Es absolutamente necesario que permanezca inconsciente. Si ve cualquier señal de lucidez, adminístrele otros veinticinco miligramos.

—Comprendido. —Hubo una pausa un tanto incómoda y después Crowe añadió —: Señor, el guardaespaldas de David Caine está muerto y tenemos a su hermano. Caine está indefenso y solo. No tardará en aparecer; la próxima vez no escapará.

—Eso espero —respondió Forsythe y colgó. Le contrariaba que todavía no tuvieran al sujeto Beta, pero Crowe tenía razón: sólo era una cuestión de tiempo. Mientras tanto, podía hacer unas cuantas pruebas al gemelo. Si el sujeto Beta de verdad tenía el don, había múltiples razones para creer que su hermano también lo tenía.

Forsythe no veía la hora de que llegaran al laboratorio para comenzar de inmediato con las pruebas. Si bien deseaba saltarse los pasos intermedios y efectuar de entrada una sección transversal del lóbulo temporal del gemelo, sabía que eran necesarios meses de análisis químicos antes de que estuviesen acabados. Hasta

entonces, probablemente sería necesario mantener al gemelo en un estado casi catatónico.

Sólo después de haber aprendido del sujeto todo lo posible le trepanarían el cráneo.

Caine continuó caminando a pesar del dolor en la rodilla. En cuanto oyó la explosión, entró en una cafetería Starbucks. Primero fue a los lavabos para quitarse la sangre de las manos. Tenía la camisa llena de salpicaduras rojas, pero no podía hacer nada al respecto más que mantener abrochado el largo abrigo negro.

Después de que la cafeína y el azúcar de su segundo café hicieran su efecto, Caine abrió la mochila de Nava con mucho disimulo. Aunque ya conocía el contenido, le tranquilizó verlo con sus propios ojos. Había dos pistolas —una Sigsauger y una Glock— veinte cargadores, un distorsionador de señales, un receptor de GPS y tres documentos de identidad de diferentes nombres y nacionalidades, junto con las correspondientes tarjetas de crédito. Sin embargo, lo que le interesaba de verdad eran los tres fajos de billetes de veinte dólares. Había cincuenta billetes en cada uno. Ciento cincuenta en total.

Tres mil dólares no bastaban para hacer lo que tenía planeado, pero eran un comienzo. Cerró los ojos por un instante y luego salió del local. Sólo tardó cuarenta segundos en conseguir un taxi.

—¿Adonde? —preguntó el taxista, con una voz carrasposa.

—Al East Village —respondió Caine—. A la avenida A con la Séptima.

Nava tuvo conciencia de que su cuerpo se asaba. Su carne tenía un color rojo rubí a medida que se llenaba de ampollas y luego se desprendía la piel en largas tiras sanguinolentas. El calor era algo vivo, un animal que la lamía con una lengua de fuego.

El humo le envolvía la cabeza y se colaba en sus pulmones. Le ardía en los labios, las encías y la garganta. Resistió el impulso de abrir los ojos, consciente de que si lo hacía el humo la privaría de la visión. Se concentró en la respiración.

Lo último que recordaba era a Caine, que se ponía encima de ella y le golpeaba la cabeza contra el suelo para dejarla inconsciente. Ahora tenía los brazos sujetos a los costados. Movi6 las muñecas y los dedos. Tocó una tela raída... el sofá. Había caído encima de ella y la había protegido del fuego. Apoyó el rostro contra uno de los cojines, para que la tela actuara de filtro. Tenía que salir de allí cuanto antes. No aguantaría mucho más.

Sólo le quedaban fuerzas para un empujón. Era entonces o nunca. Empujó el sofá con el brazo derecho. Durante unos segundos el sofá se balanceó en un ángulo de

cuarenta y cinco grados, el lado derecho alzado en el aire, en un equilibrio inestable. Nava utilizó las puntas de los dedos de la mano derecha para aguantarlo. El fuego llenó en el acto el espacio entre ella y el sofá, y el aire se volvió irrespirable. Dio un último empujón y el sofá cayó sobre su lado izquierdo. Estaba libre.

Nava se levantó tambaleante y corrió hacia la pared de la fachada del apartamento. La pared exterior había desaparecido casi del todo; lo único que quedaban eran las columnas de cemento. Salió a la calle y respiró el aire fresco. Se alejó a trompicones del edificio en llamas. Casi no se dio cuenta cuando se desplomó, pero no hizo caso; la acera era fresca y el aire limpio.

Zaitsev siempre había dicho que ya tendría tiempo para descansar cuando estuviera muerta, pero decidió no hacer caso del mantra de su instructor, sólo por esta vez. Ese momento era ideal para descansar. Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue a un desconocido que se inclinaba sobre ella.

Llevaba una pajarita roja.

Forsythe comparó la resonancia magnética del gemelo con la del sujeto Beta. No se correspondía exactamente, pero el hermano presentaba la misma anomalía en el lóbulo temporal derecho. Esto era todavía mejor de lo que había esperado. Si le suministraba el medicamento experimental antiepiléptico, podría reproducir la química cerebral del sujeto Beta. Entonces tendría lo que deseaban todos los científicos: un sujeto de prueba y su control. Era una pena que no hubiesen sido trillizos.

De pronto parpadearon los tubos fluorescentes y luego se apagaron.

El pulso de Forsythe se aceleró inmediatamente al doble y comenzó a jadear. Reinaba un silencio absoluto. No había advertido el ruido del sistema de ventilación hasta que había dejado de funcionar. Ahora no había nada más que la oscuridad total y el sonido de su respiración cada vez más forzada. Movié los brazos y comenzó a pasar las manos por la mesa. Se oyó un súbito estrépito cuando hizo caer algo que se estrelló contra el suelo.

Por fin su mano encontró el teléfono. Se llevó el auricular al oído. Afortunadamente había tono. Marcó los cuatro números de la extensión de Grimes. Sonó ocho veces antes de que lo atendiera. —¿Sip?

—¿Qué demonios ha pasado? —Forsythe se daba cuenta de que su voz sonaba frenética y asustada, pero le daba lo mismo—. ¿Por qué no hay luz? ¿Por qué no se encienden las malditas luces?

—Eh, tranquilo, doctor Jimmy —respondió Grimes—. ¿Qué pasa? ¿Le da miedo la oscuridad?

Forsythe quería responderle, pero no podía. Apenas si podía respirar. Sólo pensaba en el armario. La oscuridad había reavivado el recuerdo: las veces en que su

madre lo encerraba en el armario cuando era un niño. Algunas veces sólo había sido durante unos minutos, pero cuando se había portado muy mal, lo dejaba encerrado durante horas. Aún recordaba el olor de las bolas de naftalina y el roce con las prendas de su padre en la cabeza, además del calor. Después de diez minutos, el armario se convertía en un horno; el sudor lo empapaba de pies a cabeza, y la camiseta se le pegaba a la espalda.

Pero lo peor era la oscuridad. La implacable y opresiva oscuridad. No tardaría en perder la noción de si tenía los ojos abiertos o cerrados. Comenzaba a ver cosas. Entonces gritaba. Sabía que gritar no le serviría de nada; su madre nunca le dejaba salir cuando gritaba, pero no podía evitarlo.

De pronto, Forsythe notó una corriente de aire y las luces se encendieron de nuevo. De inmediato disminuyó el ritmo del corazón y pudo respirar con un poco más de normalidad.

—¿Lo ve? —dijo Grimes—. Todo solucionado.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Forsythe. Ya se sentía mejor, pero aún no había vuelto a ser él mismo.

—Una cuestión de lenguajes —respondió Grimes y se echó a reír—. Culpa mía, aunque no fuera nada grave. Sólo estaba comprobando la conexión principal del sistema eléctrico y provoqué un cortocircuito.

—Que no vuelva a pasar.

—A la orden, mi capitán...

Forsythe le colgó antes de que Grimes pudiera acabar con sus estupideces. Consultó su reloj. Las once. El sujeto Beta llevaba desaparecido cinco horas. Sin ninguna pista, Forsythe dependía en esos momentos exclusivamente del programa espía que Grimes había instalado en el sistema informático de la ANS.

Controlaba seis mil llamadas telefónicas por segundo, a la búsqueda del registro vocal del sujeto Beta. Podía estar en cualquier parte, pero en algún momento tendría que utilizar el teléfono. Cuando hiciera la llamada, Crowe y su equipo estarían allí. David Caine podía ser muy listo, pero hasta entonces también había tenido mucha suerte, y eso era algo que no le duraría eternamente.

Era así como funcionaban las probabilidades.

Caine entró en el *podvaal* y de inmediato una manaza lo sujetó por el hombro. No le hizo falta mirar para saber que era Sergey Kozlov.

—¿Dónde te habías metido, Caine? Vitaly está preocupado.

—Tuve que hacer un viaje, Sergey —respondió Caine mientras se volvía para mirar al gigante ruso—. Vengo a pagar la segunda cuota.

Kozlov pareció decepcionado al ver que ese día no sería necesario recurrir a la violencia. Masculló algo en ruso y luego acompañó a David al despacho de Nikolaev.

—Caine. —Nikolaev se levantó, sorprendido—. Sergey estaba seguro de que te habías largado de la ciudad, pero yo sabía que serías incapaz de hacer algo así.

—Por supuesto que no, Vitaly —afirmó Caine. Metió la mano en la mochila. Sacó dos fajos de billetes de veinte dólares y los dejó sobre la mesa—. Para ti.

Nikolaev utilizó el abrecartas para cortar las fajas que sujetaban los billetes. Los abrió en abanico y cogió uno de cada montón. Les hizo una marca con un rotulador y los sostuvo a la luz. Cuando se convenció de que no eran falsos, guardó el dinero en un cajón de la mesa.

—El plan de pagos está funcionando mejor de lo que esperaba —comentó—. ¿Nos vemos la semana que viene a esta misma hora?

—Creo —manifestó Caine—, que te pagaré el resto esta misma noche.

Nikolaev enarcó las cejas.

—Vaya. ¿Tienes mi dinero en esa mochila que llevas?

—No exactamente. —Caine sacó el último fajo de billetes de veinte—. Tengo mil dólares.

—Me debes otros diez. —Nikolaev frunció el entrecejo.

—Lo sé. Voy a ganarlos ahora mismo.

Kozlov soltó una risotada y en el rostro de su patrón apareció una sonrisa. Dijo algo en ruso y el guardaespaldas se rió de nuevo.

—Caine, si tienes estos mil, tendrías que dármelos a mí en lugar de jugártelos. No se puede decir que últimamente estés de racha.

—Te agradezco el interés por mi bienestar, pero de todas maneras quiero jugar. Si tú no tienes ningún inconveniente, por supuesto.

Nikolaev levantó los brazos bien separados.

—Ninguno. —Le arrebató de la mano el último fajo—. Yo mismo te lo cambiaré.

Kozlov acompañó a Caine hasta su mesa de siempre en el rincón más apartado de la sala. Walter estaba recogiendo el bote y reía por lo bajo. La hermana Straight cruzó una mirada con Caine y lo saludó con un gesto. Stone se limitó a un guiño. Los otros dos hombres sentados a la mesa lo calaron de una mirada y volvieron a sus copas. Walter fue el último en mirarlo.

—Vaya, ésta es mi noche de suerte —exclamó con una risita—. Bienvenido, Caine. ¿Vienes dispuesto a regalarme tu dinero?

—Esta noche no, Walter. —Caine se sentó. Deseó que su tono de voz transmitiera una confianza mayor de la que sentía de verdad. Dejó las fichas en la mesa. Intentó mantener la calma mientras su estómago comenzaba a segregar ácido. Podía hacerlo. Si mantenía la concentración, lo conseguiría. «Pero ¿qué pasará si de nuevo me pierdo en el Instante como me ha pasado otra vez? ¿Qué pasará si tengo un ataque? ¿Qué pasará...?»

Caine hizo callar bruscamente la voz nerviosa en su cabeza.

—Quiero cambio de doscientos —le dijo al crupier, y le entregó dos fichas negras.

—Cambio doscientos —anunció el crupier. Recogió las fichas negras y le acercó dos pilas de fichas rojas y verdes.

Caine cerró los ojos por un momento y luego, después de haber visto lo que necesitaba ver, los abrió. Estaba preparado. Echó dos fichas al montón del centro de la mesa.

—Reparta.

—Escalera de jotas —declaró Caine y se inclinó hacia delante para recoger las apuestas.

—¡Mierda! —exclamó Walter y tiró sus cartas a la mesa—. Es la tercera vez que me ganas con la cuarta carta.

Caine no le respondió. Estaba utilizando toda su concentración para acceder al Instante. Cerró los ojos para contar las fichas. Llevaba ganados seis mil quinientos treinta dólares en las últimas siete horas. Era una máquina. No estaba mal, pero no bastaba para conseguir lo que necesitaba para salvar a Jasper. Había llegado el momento de subir las apuestas.

Sintió que lo invadía una sensación conocida. Había estado antes allí; en la cumbre de una racha ganadora, absolutamente seguro de que nada ni nadie podía derrotarlo. Entonces se había encontrado apostando un dinero que no tenía a la ilusión de conseguir un full y había acabado marchándose sin nada y endeudado.

Esta vez no sería así. Esta vez era diferente. Casi se echó a reír al pensarlo, porque recordó todas las «esta vez» que se había dicho estas mismas palabras. Pero esta vez era del todo diferente. Esta vez sabía que lo conseguiría. Sólo debía mantenerse concentrado —eso, y no vomitar— y todo iría rodado.

—Hagamos que esto sea interesante —propuso Caine, y empujó todas sus fichas al centro de la mesa—. Aquí hay siete mil quinientos dólares y algo de calderilla. ¿Qué tal si nos los jugamos mano a mano? Cinco cartas, tú barajas, yo corto, el ganador se lo lleva todo. ¿Qué dices, Walter?

Walter enarcó las cejas. Caine casi podía sentir cómo debatía para sus adentros si debía o no aceptar el desafío. Caine sabía que Walter había ganado varios miles de dólares la semana anterior, así que tenía el dinero. Pero aun en el caso de no tenerlo, Walter era un jugador compulsivo. No había manera de que rechazara el desafío. Aun así, Caine decidió presionar un poco a su contrincante.

—Si no quieres hacerlo, no tienes más que decirlo, viejo.

Walter torció el gesto. Caine sabía que era una chiquillada burlarse de la edad de Walter, pero no dudaba que funcionaría. Después de unos segundos, Walter contó sus fichas y luego llamó a Nikolaev. Mantuvieron una rápida conversación en voz baja, y

luego el ruso asintió. El crupier le entregó a Walter tres fichas rojas que él añadió a su montón. Las empujó para ponerlas junto a las de Caine.

—Adelante.

Walter tendió la mano y el crupier le entregó una baraja nueva. Walter comenzó a barajarlas. Caine con los ojos cerrados vio traspuesto cómo las cartas se mezclaban.

...

El cuatro de diamantes está encima de la jota de corazones. Baraja. El cuatro está entre dos reinas. Mezcla. Está debajo del as de tréboles. Baraja. Está sobre el cuatro de picas. Baraja.

...

—Despierta y corta —dijo Walter y dejó la baraja delante de Caine con un manotazo. Éste no abrió los ojos. En cambio, se inclinó hacia delante y cerró la mano sobre la baraja, con la conciencia todavía en el Instante.

...

Sus dedos acarician los bordes de las cartas mientras intenta encontrar el lugar exacto para el corte. Si lo hace aquí tiene una pareja de cincos pero Walter tiene trío de ochos. Aquí tiene un rey pero.

...

—Déjate de coñas y corta —dijo Walter y descargó un puñetazo en la mesa.

El golpe lo arrancó del Instante, Caine abrió los ojos involuntariamente mientras sus dedos se cerraban alrededor de la baraja con una sacudida. Durante un segundo mantuvo las cartas en el aire, mientras notaba una tremenda sensación de vacío en el estómago.

—¿A qué esperas? Déjalas de una vez.

Caine bajó las cartas, con miedo a cerrar los ojos. Tenía miedo de ver, Walter sonrió mientras repartía, al intuir el nerviosismo de Caine.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te ha entrado miedo?

—Cállate, Walter —dijo la hermana Straight.

Caine agradeció que ella estuviera allí, pero disimuló la emoción. Intentó mostrarse relajado, a pesar del sudor que le perlaba la frente. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Jasper estaba atado a una mesa y allí estaba él, jugando para conseguir el dinero para rescatarlo? Caine le pareció que era una locura cuando lo vio por primera vez en el Instante, pero dejó las dudas a un lado y decidió creer. Ahora estaba de nuevo en lo mismo de siempre, dispuesto a arriesgar su futuro en una partida de naipes.

Vaya demonio que había resultado ser.

—Es para hoy. —Walter le señaló las cinco cartas que estaban delante de Caine. Él las recogió y las acomodó en la mano, una tras otra. Cada nueva carta hundía sus esperanzas un poco más.

Cinco de picas.

Siete de tréboles.

Jota de picas.

Dos de corazones.

Nueve de diamantes.

Nada de nada.

Cerró los ojos en un intento por repetir lo que había sucedido cuando había disparado contra Leary en el callejón, para cambiar el corte y poner las cosas en orden. Pero cuando cerró los ojos, vio.

...

Caine tiene un cinco, un siete, una jota, un dos, un nueve. Walter tiene una pareja de reyes.

Caine tiene un cinco, un siete, una jota, un dos, un nueve. Walter tiene una pareja de reyes.

Caine tiene un cinco, un siete, una jota, un dos, un nueve. Walter tiene una pareja de reyes.

...

Era inútil. El corte, el reparto, ya habían ocurrido. No podía volver atrás y cambiar el pasado. Sólo podía utilizar el Instante para adoptar una decisión sobre lo que podía ser si escogía el futuro correcto.

—¿Cuántas cartas quieres? —preguntó Walter. En una mano normal, la decisión era obvia. Descartar el dos, el cinco y el siete. Quedarse con la jota y el nueve. Con seis fuera (tres jotas y tres nueves) de cuarenta y siete cartas, la probabilidad de hacer una pareja con cualquiera de las dos cartas que tenía en la mano era del 13 por ciento.

Pero sólo había una probabilidad del 0,5 por ciento que pudiera convertir la jota o el nueve en un trío —que era lo que necesitaba para superar la pareja de reyes de Walter— siempre y cuando por supuesto que Walter no mejorara su mano. Caine cerró los ojos en un intento por ver cuáles eran las próximas tres cartas de la baraja.

...

Seis de corazones. Ocho de corazones. As de picas. Nada de nada.

...

Su mente soltó un alarido de protesta mientras el ácido chapoteaba en su estómago. Se había acabado. Había perdido. Después de siete horas de un juego

brillante, se las había apañado para estropearlo todo. Cerró los ojos para encontrar una manera, pero no había nada... nada excepto.

...

La manera de ganar.

...

Sin vacilar, Caine movió la mano por debajo de la mesa y le pellizcó el culo a la hermana Straight.

—¡Oh! —exclamó ella, y levantó bruscamente los brazos. Golpeó con el codo en la mano de Stone, que al recibir el impacto soltó la botella de cerveza y el líquido se derramó por toda la mesa y cayó sobre los muslos de Walter. En el segundo en que la cerveza helada le mojó la entrepierna, Walter dio un salto, golpeó con la rodilla contra la mesa y el mazo de cartas cayó al suelo.

—¡Mierda! —chilló Walter—. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Se puede saber qué coño le pasa, hermana?

La hermana abrió la boca para responderle pero espió de reojo a Caine, y se contuvo.

—Ha sido una rata —mintió—. Me ha pasado por el pie. —Apuntó a Nikolaev con el dedo en un gesto de reproche—. Debería darte vergüenza, Vitaly.

El propietario del garito se encogió de hombros.

—Es el Village. A las ratas les encanta este lugar. ¿Qué puedo hacer?

Walter se inclinó hacia un lado en la silla y comenzó a recoger las cartas, Caine dejó las suyas en la mesa boca abajo.

—Mano anulada.

—¿De qué diablos hablas? —preguntó Walter.

—Dejaste caer la baraja —explicó Caine—. Has visto algunas de las cartas. Eso anula la mano.

—Ni hablar. Aunque las hubiese visto no hubiese afectado mi decisión. Tengo un par de reyes, ¿los ves? —Walter le enseñó la mano—. Iba a pedir tres cartas. Pediré tres cartas. Puedes volver a cortar si quieres, pero ésta no es una mano nula.

Caine miró a Nikolaev.

—Vitaly, creo que necesitamos la intervención de un árbitro.

—Mano nula —afirmó el ruso.

—¿Qué? Yo...

Nikolaev levantó una mano para hacerlo callar.

—Es mi club, y mis normas. Si no te gustan, vete a otra parte.

Caine, que hizo lo imposible por no sonreír, dejó sus cartas en el centro de la mesa. El crupier las apartó y le dio a Walter otra baraja nueva. Walter rezongó por lo bajo mientras mezclaba. Cuando acabó, las dejó sobre la mesa de un manotazo. Esta

vez Caine estaba preparado y sabía exactamente lo que buscaba.

...

Sus dedos tocan las cartas.

Hasta la mitad del mazo.

Tres más.

Las toca.

Está seguro.

...

Caine cortó la baraja exactamente en la mitad y Walter comenzó a repartir. Cuando Caine miró sus cartas, no se preocupó. Sabía cuáles eran y que eran las ganadoras. Descartó la jota y la reina y se quedó con la pareja de cuatro junto con el ocho de corazones.

Walter sólo pidió una. El viejo intentó disimular el entusiasmo cuando vio lo que tenía, pero eso no importaba. Caine ya lo sabía, lo había dispuesto de esa manera.

—¿Preparado para enseñarlas, Walter?

—¿Qué te parece si doblamos la apuesta? —replicó Walter, con los ojos resplandecientes.

Caine miró a Nikolaev, pero el ruso se limitó a mover la cabeza.

—Me encantaría, Walter, pero no tengo crédito en esta casa.

—Serás mariquita —murmuró Walter.

—Un momento —pidió la hermana Straight—. Yo respaldaré a Caine —le dijo a Walter. Después miró a Nikolaev, que se encogió de hombros y asintió. Luego, ella se dirigió a Caine—. Con la mitad de las ganancias de mi apuesta, por supuesto.

Éste sonrió. Era una jugadora fantástica.

—Por supuesto —aceptó. Esperaron a que Nikolaev repartiera las fichas por el importe de la apuesta. Entonces llegó el momento. Walter mostró sus cartas con una expresión de triunfo.

—Escalera de jotas —anunció, exultante.

—Full —dijo Caine, y dejó las cartas en la mesa—. Cuatro y ochos. —Se inclinó para darle un beso a la mujer en la mejilla—. Gracias, hermana.

Ella se ruborizó como una colegiala.

—El placer ha sido mío —contestó, y le apretó el muslo por debajo de la mesa.

Caine tenía ahora casi diecinueve mil dólares.

Lo justo.

Nava despertó y lo primero que hizo fue arrancarse la mascarilla de oxígeno e intentar sentarse, para saber dónde se encontraba. La habitación era espartana;

paredes blancas, suelo de linóleo gris, muebles baratos. Era obvio que no se trataba de un hospital. Se parecía más a un laboratorio; había cuatro ordenadores en una hilera debajo de una pizarra llena de ecuaciones. Junto a la camilla había una mesa metálica con ruedas y tres estantes llenos de jeringuillas, escalpelos, vendas y medicamentos.

Mientras miraba en derredor, oyó que se giraba el pomo de la puerta. En un movimiento instintivo buscó la pistola y entonces se dio cuenta de que estaba desarmada. Incluso la daga que siempre llevaba sujeta a la pantorrilla había desaparecido. Tendría que improvisar. Cogió uno de los escalpelos y lo sostuvo apretado contra el muslo, debajo de la delgada sábana de algodón que la cubría. Notó la frialdad del metal contra la piel.

Preparada para lo que pudiera ocurrir, miró al hombre delgado que entró en la habitación. Cuando vio que estaba despierta, se acomodó la pajarita con un gesto nervioso.

—Hola, señorita Vaner —dijo con una sonrisa torpe—. ¿Cómo se encuentra?

Capítulo 29

—¿Quién es usted? —preguntó Nava, que miró fija y desconfiadamente al hombre de la pajarita—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Me llamo Peter. Soy un conocido de David. Él me pidió que la trajera aquí.

—¿Dónde es aquí?

—Mi laboratorio.

Nava deseó frotarse los ojos. Nada de aquello tenía sentido.

—¿Cuándo se puso en contacto con usted?

—Me llamó alrededor de las cinco y cuarto.

Nava recordó que Caine se había excusado antes de abandonar el bar. Claro, había ido a utilizar el teléfono. Pero sólo porque las horas cuadraran no significaba que el hombre le estuviera diciendo la verdad.

—¿Qué le dijo? Exactamente.

El hombre miró al techo durante un instante y luego se aclaró la garganta.

—Dijo que... dijo que mi socio había asesinado a una de sus licenciadas en prácticas.

—Julia Pearlman.

El hombre parpadeó varias veces antes de responder.

—Sí. Al principio no lo creí, pero a la vista de la desaparición de mi socio y la muerte de Julia, no pude por menos de preguntarme si habría algo de verdad en sus palabras. El caso es que David me dijo que estaba enterado de las pruebas que había hecho para mi compañero... como las que le hice a él... y que si no hacía lo que me pedía, me implicaría en todo este terrible asunto.

A Nava la cabeza le daba vueltas. Había algo que no encajaba. Apretó con fuerza el escalpelo.

—¿Usted le hizo las pruebas a David?

El hombre asintió.

—¿Usted es Paul Tversky?

—Oh, no. —El hombre negó con la cabeza—. Paul es... era... mi socio. Mi nombre es Peter Hanneman.

Nava se sintió desconcertada.

—¿Tiene usted una foto de su socio?

—Pues sí. —El doctor Hanneman señaló una fotografía enmarcada colgada en la pared. En ella aparecía con un brazo sobre los hombros de un hombre con el pelo desgreñado y vestido con una bata blanca. Nava lo conocía, aunque no como Tversky, sino por el apodo: Doc.

Fue como si se le hubiese caído encima una pared de ladrillos. Tversky y Doc eran la misma persona. Durante todo ese tiempo, lo había tenido delante mismo de las

narices. No lo comprendía. Habían hablado de las pruebas, y... entonces lo comprendió. Ella había dado por sentado que Tversky había realizado las pruebas personalmente. Por lo tanto, cuando le dijo a David que el científico que había realizado las pruebas estaba conspirando en secreto contra él, éste seguramente había creído que se refería a Peter Hanneman en lugar de Paul Tversky.

—Julia también mencionó a «Petey» —manifestó Nava, más para ella misma que para el científico.

—Sí, así lo llamaban algunas de sus estudiantes. Es un apodo hecho a partir de sus iniciales. Paul Tversky. P. T. Petey.

Nava sacudió la cabeza cuando la última pieza encajó en su lugar.

—Continúe.

—Paul dijo que quería ayudar a David con sus problemas de dinero pero que no quería avergonzarlo. Por eso me pidió que le ofreciera dos mil dólares para que se sometiera a algunas pruebas. Creí que todo era teatro. No tenía ni idea de que Paul estuviese utilizando la información para alguna cosa.

—Un momento —le pidió Nava, que intentaba aclararse—. ¿Qué más le dijo David cuando lo llamó?

—Me dio la dirección de un apartamento en Brooklyn y la hora que debía estar allí. Dijo que cuando llegara usted necesitaría atención médica, así que llevé todo lo necesario que tenía en el laboratorio. Cuando llegué allí usted salía de un edificio en llamas. Presentaba síntomas de asfixia. No soy doctor en medicina, pero conozco la anatomía humana y los primeros auxilios, así que pude reanimarla. La traje aquí y le curé las heridas. —Hanneman señaló las manos vendadas de la muchacha.

—¿Sabe dónde está su socio ahora?

El científico negó con la cabeza.

—Mierda —exclamó Nava. Movi6 las piernas fuera de la camilla y apoy6 los pies en el suelo.

—Espere, no puede marcharse.

—Pues mire cómo lo hago.

—No. —Hanneman se colocó delante de ella y levantó los brazos como si pretendiera detener a un tren de carga—. David quiere que se quede aquí y descanse. Dijo que cuando la necesite, la llamarán.

—¿Quiere decir que él me llamará?

—No... estoy seguro. Me dio la impresión de que enviaría a algún otro. —Hanneman bajó los brazos—. Por favor, le estoy diciendo la verdad.

A Nava le bastó mirarle el rostro, donde se reflejaba su miedo, para saber que no le mentía. Se sentó de nuevo y cruzó los brazos sobre el pecho. No podía esperar allí. Tenía que hacer algo. Entonces se dio cuenta de lo que echaba en falta. Había desaparecido la mochila. En el momento en que iba a levantarse, Hanneman la

detuvo.

—Ah, David también dijo que no se preocupara por las... armas. Afirmó que ya las tendrá cuando sea el momento.

Un escalofrío recorrió la espalda de Nava. Era como si Caine le hubiese leído la mente.

David era de verdad el demonio de Laplace.

—¿Cómo está? —preguntó Paul Tversky, que contemplaba muy inquieto cómo bajaba y subía el pecho de Jasper.

—Descansa. —Forsythe echó una última mirada a las lecturas del electroencefalograma del sujeto antes de volverse—. Pero es mucho más importante cómo te encuentras tú.

—Mejor, ahora que estoy aquí —respondió Tversky—. Tus hombres son realmente impresionantes.

—Mucho me temo que no lo suficiente.

—¿Se sabe algo de David? —preguntó Tversky, con una voz vacilante.

—No —dijo Forsythe, irritado—. Pero sólo es una cuestión de tiempo. ¿No se te ocurre dónde podría estar?

—Ni idea. Pero si de verdad conozco a David no tardará mucho en aparecer. Mientras tengamos a su hermano, David no desaparecerá.

—Me tranquiliza saberlo. —Forsythe dedicó unos momentos a la resonancia magnética del cerebro de Jasper antes de continuar la conversación con su colega—. Si no te molesta que te lo pregunte, ¿qué te llevó a descubrir que el lóbulo temporal era la clave?

—Verás —respondió Tversky, que se animó rápidamente al ver que la conversación volvía al campo teórico—, estaba leyendo un artículo donde se planteaba que el lóbulo temporal derecho mesial, el hipocampo y las estructuras límbicas lobulares asociadas estaban relacionadas con las experiencias extracorporales. Un médico suizo estudió los casos de pacientes con patologías en el lóbulo temporal. Después comparó sus experiencias con pacientes normales que habían recibido estimulación eléctrica directa en el lóbulo y pacientes a los que habían suministrado productos como el LSD y quetamina para excitar sus neurotransmisores.

«Muchos de los pacientes "estimulados" informaron de alucinaciones visuales y auditivas, mientras que otros describieron haber tenido visiones similares a aquellos que habían pasado por experiencias cercanas a la muerte. Otros experimentaron sensaciones de *déjà vu* o *jamais vu*. Comprendí entonces que todos esos síntomas eran similares a los de una aura epiléptica antes de un ataque, cosa que por supuesto me recordó los experimentos de Hans Berger en los años treinta. Después de eso, sólo

fue cosa de ir uniendo los cabos.

—¿Qué crees que está ocurriendo a escala psicológica? —preguntó Forsythe.

—Todavía no estoy muy seguro. —Tversky se rascó la barbilla—. Pero si tuviese que adivinar, diría que el lóbulo temporal quizá permite al cerebro el acceso a realidades no locales.

—¿Realidades no locales? —Forsythe había oído antes la expresión pero sólo comprendía vagamente su significado.

—Como estoy seguro de que ya sabes —explicó Tversky—, de los doce quarks y doce leptones que componen toda la materia, sólo un puñado existen en nuestro universo. El resto no existe en absoluto o desaparecen al cabo de un nanosegundo. No obstante, muchos físicos modernos creen que existen en otros universos: universos paralelos, o realidades no locales, que coexisten junto a la nuestra con diferentes propiedades físicas, y sostienen que, a diferencia de nuestro universo, que está hecho de quarks y leptones, esos universos paralelos están hechos de otras parejas de leptones.

—Fascinante —afirmó Forsythe, a pesar de que en realidad había entendido muy poco de la explicación de Tversky. Siempre había considerado que la mecánica cuántica era demasiado abstracta para dedicarle mucha atención. Comprendía que los físicos habían descubierto ladrillos subatómicos que no existían en el universo conocido, pero no veía que fuera tan importante. Después de todo, ¿cuál era el valor de estudiar construcciones hipotéticas que nunca serían observadas en nuestra propia realidad?

—En esencia —prosiguió Tversky—, creo que el lóbulo temporal derecho permite las interacciones entre nuestra mente consciente y las realidades no locales. A mi juicio, las alucinaciones y los acontecimientos precognitivos que David Caine experimentó son el resultado de que su lóbulo temporal derecho tuviera acceso a la información de una realidad no local sin tiempo ni espacio.

—Algo que es posible porque según la mecánica cuántica, el tiempo y el espacio no son constantes, y por lo tanto, sólo existen fuera del tiempo —manifestó Forsythe en un intento por demostrar que conocía la teoría de la relatividad de Einstein.

Tversky asintió con entusiasmo.

—¿Qué pasa con las auras y los ataques? —preguntó Forsythe.

—Las auras son manifestaciones conscientes que ocurren cuando el cerebro se conecta con las realidades no locales. Sin embargo, dicha conexión incrementa drásticamente la actividad neuronal, cosa que a su vez pone en marcha el ataque.

—¿Como meter el dedo en un enchufe?

Tversky frunció el entrecejo al oír el burdo ejemplo de su colega.

—Sí, algo por el estilo.

Forsythe, un tanto avergonzado, se apresuró a formular otra pregunta para hacer

que Tversky continuara hablando.

—¿Has encontrado otros trabajos que respalden tus teorías?

—Unos pocos, pero sin mayor trascendencia. Hace algunos años se publicó un estudio muy polémico donde se decía que algunos practicantes del Qi Gong chino eran capaces de afectar el espectro de la resonancia magnética nuclear de ciertas sustancias químicas sólo con la mente.

Forsythe asintió. Había oído hablar del Qi Gong pero siempre había creído que se trataba de un culto. No obstante, sabía que sus técnicas de meditación eran objeto de estudio en todo el mundo.

—En otro estudio —añadió Tversky—, un científico alemán demostró que los maestros de yoga podían alterar significativamente sus ondas cerebrales a través de la meditación profunda. Por supuesto, también está el hecho bien conocido de que los psíquicos profesionales a menudo presentan lecturas atípicas en los electroencefalogramas del lóbulo temporal.

—Háblame del gemelo —dijo Forsythe—. ¿Presenta las mismas capacidades que el sujeto Beta?

Tversky observó a Jasper en el monitor durante un momento antes de responder:

—A veces. Hubo un par de ocasiones, cuando pareció saber cosas que era imposible que conociera como llamarlo al móvil cuando recogí a David...

—Ahora que lo mencionas —le interrumpió Forsythe—, ¿cómo es que conducías por la carretera junto a las vías en Filadelfia en el preciso momento en que el sujeto Beta necesitaba escapar?

Tversky lo miró con una expresión de enfado.

—Tu planteamiento es incorrecto, James. Mi presencia en el lugar fue un hecho al azar. La pregunta que deberías formular es cómo supo David que yo estaría allí. Él orquestó el encuentro, aunque no sé cuál fue el propósito...

Forsythe asintió. No acababa de creerse las palabras de su colega porque la coincidencia le seguía pareciendo un tanto exagerada, pero tampoco se le ocurría otra explicación.

—Volvamos al gemelo...

—No se puede negar que tiene ciertas capacidades, aunque de ninguna manera son tan notables como las de su hermano. Te sugiero que cuando se despierte dejes que sea yo quien hable con él. Tengo una idea sobre cómo conseguir que coopere. Además, me gustaría probar una teoría antes de que traigas a David aquí.

—¿Qué teoría es esa?

—Creo saber la manera de evitar que David utilice su don. Ahora que la puerta está abierta y puede conectar su mente consciente con las realidades no locales, espero que le resultará mucho más sencillo acceder a ellas.

—¿Por qué es eso un problema? —preguntó Forsythe—. ¿No es eso lo que

queremos?

—Sí, pero no si utiliza el don para encontrar la manera de escapar.

—Por supuesto —admitió Forsythe.

—Pero si acierto —prosiguió Tversky—, creo saber la manera de evitarlo. La manera de desconectar a Caine.

—¿Jasper, Jasper, me oyes? Despierta.

Algodón. Su cerebro se había convertido en algodón. Jasper se esforzó para abrir los párpados, pero le pesaban demasiado.

Alguien le sacudía el hombro. Una vez más, intentó abrir los ojos; ahora los párpados le pesaban menos. Poco a poco consiguió enfocar la habitación. Era muy blanca, de un blanco que casi lo cegaba. El aire era frío. Tosió. Tenía la boca seca, la lengua como un trozo de papel de lija. Tenía un vendaje en un brazo que sujetaba una aguja.

—¿Jasper? Soy yo, Doc.

Jasper movió la cabeza hacia la voz y vio a Doc inclinado sobre él. Sonreía. Jasper comenzó a esbozar una sonrisa pero entonces se contuvo. Algo estaba mal, aunque no alcanzaba a recordar del todo qué era. Rondaba en el límite de su mente, justo fuera de su alcance. Deseó que su hermano...

—¿Dónde...? —carraspeó, con una voz débil.

—Bebe esto. —Doc le puso una pajita entre los labios. Jasper bebió tres pequeños sorbos. Sintió el paso del agua por la garganta como un torrente helado—. ¿Mejor? —preguntó Doc.

Jasper asintió.

—¿Dónde está David? ¿Consiguió escapar?

Doc negó con la cabeza, con una expresión de profunda pena.

—Nos cazaron a todos, Jasper.

Jasper cerró los ojos. No lo comprendía. La Voz le había dicho que David conseguiría escapar. Él lo había hecho todo bien y aun así había salido mal. Él debía proteger a David, proteger su don. Pero en cambio lo había llevado a una trampa. Ahora los conspiradores lo tenían prisionero. Una parte de él siempre había sabido que sucedería. Siempre lo había sabido. Sin embargo...

—¿Cómo es que estás libre-vibre-mimbres? —preguntó Jasper, desconcertado.

—Querían operar a tu hermano... abrirle el cráneo.

—No —exclamó Jasper—. No pueden... déjame que hable con ellos... necesito protegerlo. —Jasper intentó levantarse pero las ligaduras se lo impidieron.

—Tranquilo, tranquilo, no pasa nada. Les convencí para que por ahora lo dejen descansar.

—¿Has hecho eso? —Sí.

—Bien..., —Jasper se relajó en la camilla.

—Pero tuve que prometerles que tú los ayudarías —añadió Doc.

—¿Ayudarlos a hacer qué?

—Quieren ver lo que tú ves, Jasper. Quieren comprender.

—Pero ¿cómo-romo-pomo? —replicó Jasper. Estaba confuso, cansado, terriblemente cansado.

—Con esto. —Doc le mostró una resplandeciente moneda de plata—. ¿Si la lanzo, puedes decirme si saldrá cara o cruz?

Jasper negó con la cabeza.

—No puedo ver el futuro excepto cuando la Voz me lo dice... pero David puede... él puede ver...

Doc frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿cómo es que llamaste a mi móvil en el coche?

—Algunas veces —dijo Jasper, con un evidente esfuerzo por recordar—, puedo conocer el Ahora.

—¿Así que si lanzo una moneda puedes decirme qué saldrá sin mirar?

—Creo que sí... pero estoy muy cansado, Doc.

—Lo sé, Jasper. Pero tienes que hacerlo... por David.

—Vale —respondió Jasper, consciente de que casi farfullaba—. Vale-dale-tale.

Doc se miró en el espejo por encima del hombro y enarcó las cejas antes de mirar de nuevo a Jasper.

—¿Estás preparado?

—Preparado.

Jasper cerró los ojos. Oyó el suave roce de una uña contra la moneda, seguido del susurro cuando Doc cogió la moneda en el aire y el leve chasquido cuando se cubrió la palma con la otra mano.

—¿Qué es?

—Cruz —contestó Jasper, con los ojos cerrados.

—Cruz. Buen trabajo, Jasper. Otra vez.

Se repitieron los mismos sonidos.

—Cruz-pus-bus.

—Bien. Sólo un 25 por ciento de probabilidades de dos seguidos. De nuevo.

—Cara.

—Bien... un 12,5 por ciento de probabilidades de tres. Otra vez.

I —Cruz.

—Excelente. Un 6,25 por ciento de probabilidades.

Nueva tirada.

—Cara-para-tara.

—Fantástico. Un 3,125 por ciento de probabilidades. Ahora Jasper, quiero que

sólo lo hagas una vez más, pero con los ojos abiertos.

Jasper lo miró, intrigado.

—Pero entonces no podré ver el Ahora.

—Sólo inténtalo. Venga, Jasper. Por David.

Jasper abrió los ojos. El resplandor de la habitación lo cegó.

Se oyó la sucesión de sonidos.

Jasper intentó ver qué era, pero le fue imposible.

—Cara —arriesgó.

—Bueno, no tiene importancia. —Doc destapó la moneda para mostrarle que había salido cruz—. Creo que ya es suficiente. Puedes seguir durmiendo.

—Vale-sale-cale —dijo Jasper. Ansiaba desesperadamente dormirse de nuevo, pero antes necesitaba hacerle una pregunta más—. ¿Cuándo... cuándo podré ver a David?

—Pronto, Jasper —contestó Doc—. Estará aquí en cualquier momento.

Caine durmió hasta las tres de la tarde. Cuando se despertó en la habitación del motel, se dio una ducha y regresó a su apartamento. A pesar del dolor en la rodilla, disfrutó del paseo y del fresco aire invernal, consciente de que quizá podría ser el último. Entró en su casa y cerró la puerta. No se molestó en echar el cerrojo. No tenía sentido.

Cuando llegaran, el cerrojo no sería ningún obstáculo. El reloj de la pared marcaba las 4.28.14. Tenía hasta las 4.43.27 antes de que aparecieran. Quizá un par de segundos más. Podía saberlo exactamente si quería, pero no era necesario. Sólo tenía que arreglar un par de cosas y luego dejaría que el universo siguiera su curso.

Las probabilidades de que continuara con vida durante las veinticuatro horas siguientes eran del 43,9 por ciento, lo que no estaba mal, pero las probabilidades de vivir según sus propias condiciones, y no como un conejillo de Indias de Doc, eran de sólo el 13,9 por ciento. Intentó no pensar mucho en la traición. Si salía con vida de esto, tendría todo el tiempo del mundo; incluso más.

Si no era así, bueno... entonces ya no tendría ninguna importancia.

—¡Me cagó en Satanás! —Grimes se volvió en la silla y apretó el botón que lo comunicaba con Crowe—. ¡Lo he encontrado!

—¿Dónde?

—No se lo va a creer —dijo Grimes mientras miraba el monitor—. ¡Está en su apartamento!

—Reúne al resto del equipo. Que se reúnan en el helipuerto dentro de tres minutos con todo preparado.

—Recibido.

En cuanto acabó de hablar con Dalton, Grimes llamó al doctor Jimmy.

—Tengo localizado al objetivo.

—Llama a Crowe...

—Ya está avisado. Su equipo despegará dentro de un minuto.

—¿Le has dado la posición del sujeto? —preguntó Forsythe.

—No. —Grimes miró al techo—. Le dije que lo adivinara.

—Ponme con el equipo de Crowe.

Grimes apretó un par de interruptores y Forsythe desapareció de la línea. «A mandar», dijo delante del micro desconectado. Nada de «Buen trabajo» o un simple «¿Cómo lo has hecho?». Sólo «Ponme con el equipo de Crowe». Como si Grimes fuese una puta operadora. Jimmy no tenía ni idea de su talento. Creía que era coser y cantar. Como si fuese la cosa más fácil del mundo colarse en el programa de la ANS y piratearles la señal del equipo de vigilancia que había escondido en el apartamento del objetivo.

«Pues que te den por culo, Jimmy. Que te zurzan».

Sin nada más que hacer, Grimes se acomodó para ver la acción en directo en su sesión «privada» de cámara oculta. De acuerdo con las lecturas del GPS del helicóptero, Crowe y sus muchachos saltarían a la azotea del objetivo al cabo de unos diez minutos. Siempre y cuando Caine permaneciera en el lugar, esta vez no se escaparía. Incluso si lo intentaba, ese día el cielo estaba despejado, así que el KH-12 no tendría ningún problema para rastrearlo. Grimes ya se había asegurado de que el satélite Keyhole estuviera en posición.

Por desgracia no creía que Caine fuera a escapar. Era una pena. Le gustaba verlos correr. Sin embargo, ver cómo Crowe derribaba la puerta sería divertido. Joder... no envidiaba a David Caine. No lo envidiaba en lo más mínimo.

Caine caminó lentamente hasta la cocina para buscar algo donde escribir. Lo único que encontró fue un sobre. Menos daba una piedra. Escribió una nota con grandes letras mayúsculas y garabateó su firma al pie. El mensaje sólo tenía veintiuna palabras, pero era muy posible que lo cambiara todo. La probabilidad de que lo leyera su destinatario era alta —el 87,3246 por ciento— pero no era seguro.

Caine ya había aprendido que nunca había nada que lo fuera.

Aún le quedaban nueve minutos y diecisiete segundos. Dio vueltas por el apartamento hasta que encontró lo que buscaba. Colocó la silla en la posición correcta, delante del micro oculto, y comenzó a hablar. Cuando acabó, empezó de nuevo por el principio, como una medida de seguridad. Después de repetirlo una tercera vez, decidió que ya estaba bien. La probabilidad de que no hubiesen escuchado el monólogo era todavía del 8,7355 por ciento, pero repetirlo de nuevo era

muy arriesgado.

Puso el sobre con la nota boca abajo sobre su regazo y cerró los ojos. Había hecho todo lo posible. Si funcionaba o no era algo que ya no estaba en sus manos. Le resultaba extraño renunciar a controlar las cosas. A pesar de que había vivido los primeros treinta años de su vida completamente sujeto a los hados, en esos momentos le parecía aterrador.

Una parte de su mente le gritaba que huyera. Aún disponía de cuatro minutos. Tiempo más que suficiente para salir del apartamento y desaparecer. Podía hacerlo. Si lo hacía, las probabilidades de escapar del país —y de Forsythe— para siempre eran del 93,4721 por ciento. Pero eso significaría dejar atrás a Jasper, y eso era algo que no haría. Así que permaneció sentado, como pegado a la silla, con las manos temblorosas, el dolor en la rodilla, el corazón desbocado y la mente a la espera.

A la espera de ver si su gran plan funcionaría.

O si acababa muerto.

Nava se despertó cuando sonó el teléfono. El doctor Hanneman se apresuró a atender la llamada.

—¿Hola? Sí, espere un momento. —Le tendió el teléfono a Nava, que se lo arrebató de la mano.

—¿Nava Vaner? —preguntó un hombre con un fuerte acento ruso.

—¿Quién es? —preguntó Nava, con la carne de gallina. De pronto recordó la amenaza de Chang-Sun de comunicarle al SVR su identidad. Pero incluso si había informado al gobierno ruso, era imposible que ellos supieran donde estaba, ¿o no?

—Me llamo Vitaly Nikolaev. Soy amigo del señor Caine. Me pidió que me pusiera en contacto con usted.

—¿Dónde está David?

—No lo sé. Sólo dijo que debíamos encontrarnos.

—¿Cómo sé que usted es quien dice ser?

Se oyó una risa chirriante al otro extremo de la línea.

—El señor Caine me dijo que usted era una persona muy desconfiada, Tanja.

A Nava se le detuvo el corazón. Caine conocía su nombre ruso, pero también los norcoreanos.

—También dijo —añadió Nikolaev— que llega un momento en el que debemos confiar.

Nava suspiró. Eran las palabras que ella le había dicho a David en el tren. El mensaje era auténtico.

—¿Cuándo y dónde? —preguntó Nava.

—Sergey va de camino hacia allí ahora mismo.

—¿Es su chófer?

—Sí. —Nikolaev se rió—. Es mi chófer. Llegará en media hora. Esté preparada.
—Se oyó un clic y se cortó la comunicación. Nava colgó el teléfono.

—¿Todo está en orden? —preguntó Hanneman, con una voz que reflejaba su inquietud.

—No lo sé. Pero estoy a punto de descubrirlo.

—¿Ya han llegado?

—No —respondió Grimes y pasó del avance rápido del vídeo a la velocidad normal.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Forsythe.

—¿Que ha sido qué?

—La cinta ha saltado. Hace un segundo Caine estaba delante de una planta y ahora está al otro extremo de la habitación.

—Es cosa del tiempo —mintió Grimes—. Hay ocasiones en que las interferencias eléctricas provocan interrupciones en la señal. No es nada importante.

—¿Dónde está Crowe? —preguntó el científico, al parecer satisfecho con la explicación del informático.

Grimes le señaló un punto verde que parpadeaba en otra pantalla.

—Está volando por encima de Central Park. Llegarán al objetivo dentro de un par de minutos.

—Bien —dijo Forsythe. Cruzó los brazos sobre el pecho y se inclinó sobre la pantalla, donde aparecían las imágenes del apartamento de Caine—. ¿Qué está haciendo?

Grimes miró la imagen en blanco y negro. David Caine estaba sentado en una silla, en medio de la habitación, de cara a la puerta. Tenía los ojos cerrados, pero era evidente por la posición de su cuerpo que no dormía.

—Da toda la impresión... —La voz de Grimes se apagó. No tenía sentido, pero después de lo que acababa de oír a través del auricular, nada tenía sentido—. Da toda la impresión de que espera.

Capítulo 30

El helicóptero vuela muy alto por encima de los árboles y vira al oeste. Los cinco hombres permanecen en silencio, rodeados por el ruido ensordecedor de los rotores. Cada uno se está preparando mentalmente para el combate. Juan Espósito y Charlie Rainer anhelan entrar en acción. Ron McCoy está inquieto; sólo quiere salir de esto sano y salvo. Frank Dalton ansia que haya sangre. Martin Crowe... reza por su hija.

Es diferente al resto de sus hombres. Aunque la diferencia lo hace mejor, también hace que sea más peligroso que los otros cuatro. No se detendrá ante nada para realizar la misión, si bien, a diferencia de los demás, su misión no tiene nada que ver con David. Caine es sólo un medio para un fin. Su hija es su única misión.

Martin Crowe sabe que las probabilidades de que pueda salvarla son mínimas. Pero no renuncia al empeño. Caine lo respeta. Cualquiera que no esté dispuesto a rendirse cuando se enfrenta a algo prácticamente imposible merece ser admirado y temido. Él y Crowe no son diferentes. Ambos están dispuestos a arriesgar sus vidas por otra persona. Es una pena que sus respectivas misiones los sitúen en posiciones opuestas. Caine sabe que, en el otro mundo, son amigos.

...

Caine oía en esos momentos el ruido del helicóptero. Era débil, pero inconfundible, como el batir de unas alas inmensas. Poco a poco, el sonido se fue haciendo más fuerte hasta que llenó el apartamento. Los platos tintinearón en la cocina y un adorno de porcelana cayó de la estantería y se astilló en ciento veinticuatro pedazos cuando se estrelló contra el suelo.

Ya faltaba muy poco.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Los hombres vestidos de negro se deslizaron por las cuerdas y saltaron a la azotea. Crowe miró por un segundo a Dalton y McCoy; ambos continuaban sentados en la cabina del helicóptero. Sabía que Dalton estaba cabreado por estar como reserva, pero a Crowe no le importaba. Si el objetivo intentaba escapar, necesitaba un par de hombres en el aire para que lo siguieran. Sin embargo, esta vez no parecía que el objetivo fuera a escapar. Según Grimes, los estaba esperando.

Eso hacía que Crowe se sintiera más nervioso, y por eso había dejado a Dalton en

el helicóptero. Si el objetivo intentaba plantarles cara, Crowe quería controlar la situación sin tener que preocuparse por Dalton. Siempre había sabido que éste era peligroso, pero después de que le hubiera metido una bala a Vaner en el cerebro, sin hacer caso de sus órdenes, Crowe había pasado a creer que era un psicópata. No quería que volviera a hacer lo mismo con Caine.

Crowe desenganchó la cuerda de su cinturón y le hizo una señal al piloto. El helicóptero se elevó con las cuerdas colgando de los amarres. Vio que Espósito ya había abierto la puerta que daba a la escalera y se acercó al trote. Aprobó su trabajo con un gesto y luego habló por su micrófono.

—¿Grimes, el objetivo permanece en el lugar?

—Sí. No se ha movido en los últimos cinco minutos.

—Vale. Avísame si cambia de posición o busca un arma. Si no es así, mantente en silencio.

—Recibido.

Crowe se volvió hacia sus hombres.

—Rainer, quiero que bajes por la escalera de incendios. En el lado norte del edificio, dos pisos abajo. Espera justo encima de la ventana. Entra a mi señal.

—Comprendido.

—Ahora. —Rainer cruzó la azotea y desapareció por encima del murete. Crowe miró a Espósito—. Tú vienes conmigo. No dispaes a menos que sea absolutamente necesario.

—Comprendido.

Crowe cruzó el umbral y corrió escalera abajo.

Caine abrió los ojos.

Imaginó que los había oído caminar por la azotea, pero sabía que el sonido sólo estaba en su mente. No obstante, cuando comenzaron a bajar por la escalera los oyó físicamente. Quince segundos más tarde, la puerta principal se abrió con gran estrépito. Crowe fue el primero en entrar, aunque había otro hombre detrás. Al mismo tiempo, oyó que se rompía un cristal a su espalda cuando un tercero entró por la ventana.

Caine miró el reloj un tanto sorprendido. Habían llegado un segundo antes de lo calculado. Quizá había más viento de cola.

Dos manos muy fuertes le sujetaron los hombros por detrás, pero Caine no se movió. Se limitó a mirar a Martin Crowe a los ojos. Deseaba que el hombre supiera que, por muchas cosas que le hubiesen dicho, él no era un monstruo. Lo último que vio fue el cañón del arma de Crowe cuando el mercenario apretó el gatillo.

Antes de sumirse en la inconsciencia, Caine hizo lo único que podía hacer: se deseó suerte.

—Objetivo asegurado —dijo Crowe en el micro con un alivio evidente—. Estaremos de nuevo en la azotea dentro de dos minutos, solicito recogida.

—Recibido —respondió el piloto.

—Ha sido fácil —comentó Espósito desde detrás de Crowe y le palmeó el hombro—. Lo sedaste antes de que yo pudiera entrar.

—Sí —asintió Crowe, en voz baja. Allí había algo que no cuadraba. Después de lo ocurrido en la estación de Filadelfia y en el apartamento de Brooklyn, aquello no tenía sentido. El objetivo había demostrado en ambas ocasiones ser un hombre de considerables recursos. Pero en lugar de plantar cara, Caine se había sentado a esperar en el único lugar que sabía que estaban vigilando.

—¿Quieres que lo lleve? —preguntó Espósito. Crowe asintió. El mercenario levantó a Caine y se lo cargó al hombro. Mientras lo hacía, un sobre blanco cayó del regazo de Caine y flotó hasta el suelo. Crowe iba a dejarlo cuando las primeras palabras escritas en el papel le llamaron la atención.

Se le aceleró el pulso cuando se agachó para recogerlo. En cuanto acabó de leer la nota, sintió un escalofrío.

—¿Qué es eso? —le preguntó Rainer por encima del hombro.

—Nada. —Crowe hizo una bola con el sobre y lo arrojó al suelo—. Vamos.

Mientras subían la escalera hasta la azotea donde les esperaba el helicóptero, Crowe se preguntó qué demonios estaba pasando y qué pasaría después.

Viajaron en silencio. Cuando llegaron al punto de destino, el gigante ruso apagó el motor y bajó de la furgoneta sin decir palabra. Nava lo siguió a un bar mal iluminado y lleno de humo. Un puñado de clientes eran norteamericanos y el resto rusos. Incluso si no les hubiese oído hablar en su idioma nativo, Nava lo hubiese sabido por el aspecto.

—Por aquí —dijo Kozlov y le señaló una puerta de madera al fondo del bar. En cuanto la cruzaron, disminuyó el ruido, aunque Nava aún oía la música que atravesaba los delgados tabiques. Bajaron por una escalera en penumbra hasta una sala. Kozlov la guió entre varias mesas de póquer hasta un pequeño despacho.

Un hombre pálido y delgado se levantó para saludarla. No hizo el menor intento de disimular cómo la miraba de pies a cabeza.

—Hola, señorita Vaner. Soy Vitaly Nikolaev —se presentó con una gran sonrisa—. El señor Caine no me dijo que era usted tan guapa.

—¿Por eso quería que nos viéramos? —replicó Nava.

—Vale, primero hablamos de negocios, ¿no? —Nikolaev le entregó un sobre. Las palabras «La confianza comienza aquí» aparecían escritas en la solapa. Nava rasgó el

sobre y sacó la carta. La leyó dos veces antes de dejarla a un lado. No tenía muy claro lo que había esperado, pero desde luego no era aquello. El plan de Caine tenía sentido, pero no la hacía muy feliz lo que entrañaba. Entonces, exactamente tal como había previsto Caine, sonó el teléfono.

—Es para mí —dijo Nava, y cogió el teléfono de Nikolaev. El ruso enarcó las cejas, pero no hizo ademán de detenerla.

—¿Oiga? ¿Eres Nava?

—Lo soy.

—Verás, no sé si esto tiene mucho sentido, pero...

—David Caine te dijo que me llamaras.

—Sí. —La voz reflejó el alivio de su interlocutor—. ¿Cómo lo has sabido?

—James, creo que debes ver esto. —¿Qué pasa?

—Se trata de Jasper Caine —dijo Tversky—. Desde hace unos minutos no deja de gritar como un histérico.

—No sabía que eso se considerara una conducta aberrante para un esquizofrénico paranoico —manifestó Forsythe sin mirar a su colega.

—No lo es. Pero sí lo es su electroencefalograma.

Las palabras llamaron su atención. Apretó unas cuantas teclas y el electroencefalograma del gemelo apareció en la pantalla de su ordenador. Se escapaba de la gráfica. Se quitó las gafas de leer y miró a Tversky.

—¿Qué dice?

—Grita lo mismo una y otra vez: «Viene a por nosotros».

—Eso no era parte de las especificaciones del encargo.

—Le estoy pagando una cantidad muy considerable, señor Crowe, y espero...

—Me contrató para capturar a David Caine. Lo hice, además de capturar a su hermano. He cumplido con mi encargo.

—Lo cumpliré cuando yo lo diga —replicó Forsythe, con un tono frío.

Crowe apretó los puños. Fue lo único que podía hacer para no darle un puñetazo en la cara. La única cosa que lo retuvo fue pensar en Betsy.

—Doctor Forsythe —dijo Crowe, dispuesto a mantener la calma—. No quiero discutir con usted. Lo único que quiero es mi dinero. Después me marcharé.

—Qué le parece si doblo la cantidad acordada para la captura a cambio de que usted se encargue de la custodia —propuso Forsythe—. Sólo por una semana hasta que pueda arreglarlo de otra manera.

Crowe cerró la boca. Otros ciento veinticinco mil dólares. No podía decir que no.

—De acuerdo. Pero no haré el interrogatorio.

Forsythe frunció el entrecejo.

—¿Qué me dice de alguno de sus hombres? El señor Grimes me ha facilitado los expedientes. —Forsythe apretó unas cuantas teclas en su ordenador y se iluminó la pantalla—. Aquí dice que el señor Dalton tiene una gran experiencia en ese campo.

—Si le interesa el bienestar del señor Caine, entonces le recomendaría que no utilizara a Dalton.

—Pero a usted no le importará si se lo planteo a él, ¿verdad? —Crowe no podía poner ninguna objeción y Forsythe lo sabía.

—No.

—Bien, entonces por favor dígame que venga. Mientras tanto, coordine con Grimes todo lo referente a la seguridad. —Forsythe lo despidió con un gesto. Mientras Crowe caminaba por el pasillo, se preguntó si Forsythe tenía alguna idea de a lo que se enfrentaba.

Al cabo de una hora, Kozlov regresó con el arsenal que había pedido Nava. Mientras subía a la furgoneta, repasó el plan. Gracias a Caine la información era casi perfecta: los planos, los expedientes personales, los códigos de acceso, los perfiles de seguridad; lo tenía todo.

Sólo había un problema: ésa era una operación por lo menos para cuatro agentes. Pero ella estaba sola, y para colmo dolorida, aunque el doctor Lukin, el médico personal de Nikolaev, había hecho todo lo posible para aliviarla. Sabía que el bajón sería considerable, pero en esos instantes tenía la sensación de poder enfrentarse al mundo, correr diez kilómetros, y tener todavía energía suficiente para ganar el decatión olímpico.

Claro que no pasaría el control antidopaje.

El agua estaba volviendo loco a Caine. Otra gota le cayó en el centro de la frente. De haber caído en intervalos regulares no le hubiera preocupado tanto, pero que lo hiciera al azar era un tormento que lo volvería loco.

Lo mismo que los auriculares. En el izquierdo sonaba algo que parecía una radio que estuviese sintonizando las emisoras. Se oía una canción durante cinco segundos, seguidos por unos pocos segundos de silencio, luego otros cinco segundos de música, y vuelta a empezar. En el auricular derecho sonaba una melodía machacona, que ya era de por sí una tortura, agravada por las subidas y bajadas del volumen, de modo que durante unos segundos era ensordecedor y luego prácticamente inaudible.

A esto se sumaba la rotación. Al principio, Caine lo había atribuido a la desorientación, pero al abrir los ojos había descubierto que la silla giraba lentamente. Después de hacer unos pocos experimentos, decidió que la náusea y el mareo

disminuían un poco cuando cerraba los ojos, así que los mantuvo cerrados.

Cada pocos segundos, recibía una descarga eléctrica. Por lo general era en algún dedo de la mano o el pie, pero algunas veces en los genitales. La mayoría de las descargas era de poca potencia, pero algunas eran realmente dolorosas. Tenía el pulso acelerado. Los músculos se negaban a relajarse, a la espera de la siguiente descarga.

Intentó acceder al Instante para ver, pero no pudo. Pasaban demasiadas cosas a la vez. Se encontraba indefenso. Tenía la sensación de que una enorme aspiradora le estaba arrancando la cordura del cerebro. De pronto la silla se detuvo. Su estómago, sin embargo, continuó moviéndose. Alguien le levantó el párpado izquierdo y le iluminó el ojo con una luz muy potente. Luego el derecho. Caine intentó levantar el brazo para sujetar la mano; pero, con las muñecas atadas, no pudo. Entonces sintió un pinchazo agudo cuando alguien le clavó una aguja en el brazo, y a continuación algo que se desgarraba. Era un trozo de esparadrapo para sujetar la aguja en posición.

Pasaron los segundos. De nuevo le levantaron los párpados. Esta vez no se los soltaron. Se le secaron los ojos; intentó pestañear, y un dolor muy agudo le hizo desistir. Le era imposible pestañear.

Una solución acuosa le inundó los ojos. Las gotas caían cada pocos segundos. Ya no necesitaba pestañear para mantener la humedad de los ojos, aunque después de hacerlo durante treinta años, resultaba difícil detener un reflejo natural. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en aprender a no pestañear.

Se sentía cansado, dolorido, medio loco y asustado hasta la médula. Pero a pesar de todo, estaba decidido. Entonces recibió una descarga en el escroto, que eclipsó todo lo demás. Entre los baños de colirio, intentó enfocar la visión. Había un hombre delante de él, alto y amenazador. Otra descarga, ésta en el dedo gordo. Cuando disminuyó el dolor, intentó de nuevo enfocar la visión.

El hombre le resultaba conocido; Caine intentó descubrir por qué, pero el colirio lo distraía. También la música. A Caine le encantaba la música, pero se juró a sí mismo que nunca más utilizaría unos cascos si continuaba aquello. Entonces, cesó la música. Hubo un momento de delicioso silencio, interrumpido por una voz fría.

—¿Me oye?

—Sí —jadeó Caine.

—¿Sabe qué día es hoy?

—Es... eeh... —Caine intentó recordar. Aumentó la náusea—. Creo que es... ¡AAAHHH! —Era sorprendente lo mucho que dolía una descarga en el meñique izquierdo—. Es... es febrero... febrero...

—Bastante cerca —dijo la voz con tono burlón—. Muy bien. Dentro de un par de minutos voy a interrumpir la tortura. Pero primero, escuche atentamente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Caine con un hilo de voz. Cualquier cosa. Haría

cualquiera cosa por detener la tortura, aunque sólo fuera por un minuto. Incluso por un segundo.

—Estamos sobrecargando su sistema porque no queremos que se escape. Sin embargo, esto hace que resulte difícil la comunicación. Hablar con usted es muy importante para nosotros. Pero debe comprender una cosa: si intenta escapar, su hermano sufrirá las consecuencias. Y usted no quiere que eso ocurra, ¿verdad?

Caine creyó que iba a vomitar. Quería cerrar los ojos y hacer que todo desapareciera, pero no podía. Sus párpados luchaban inútilmente contra las sujeciones, y el dolor era tremendo.

—Señor Caine. —El hombre le dio un cachete—. Sé que cuesta, pero présteme atención. Mientras trabaje con nosotros, nada malo le ocurrirá a Jasper. ¿De acuerdo?

Caine tardó unos instantes en comprender que le tocaba responder.

—De acuerdo.

—Bien. —El hombre desapareció de su campo de visión. La silla dejó de girar y cesaron las descargas. Caine intentó relajarse, pero los músculos no le obedecieron; todos los tendones estaban tensos como las cuerdas de un piano. Notaba el latido de la sangre en los oídos, mientras el corazón bombeaba sangre a los músculos para anticiparse al dolor.

Caine respiró hondo, retuvo el aire por un momento y luego exhaló por la nariz. Poco a poco, todo lo demás volvió a la normalidad. El ritmo del corazón se hizo más lento y pudo aflojar las mandíbulas. Estaba bien. Quiso mover la cabeza, pero la tenía sujeta por unos aros metálicos.. El hombre debió ver que Caine había movido la cabeza porque volvió a colocarse delante de él para que lo viera. Esta vez, Caine lo reconoció del Instante.

Se llamaba Frank Dalton.

—Ha tenido una semana muy agitada, ¿no es así, señor Caine?

Él permaneció en silencio.

—¿Sabe por qué está aquí?

—No —respondió Caine rotundamente.

Al segundo siguiente, su cuerpo se retorció con un dolor que superaba todo lo imaginable, que lo desgarraba hasta la última fibra. El dolor era como una cosa viva que gritaba, y Caine gritó con él.

Luego, con la misma rapidez que había comenzado, desapareció. Caine cerró la boca con tanta fuerza que se mordió la lengua y la boca se le llenó de sangre. Estaba agotado. Lo único que deseaba era cerrar los ojos. Consiguió respirar con normalidad al cabo de un minuto y luego aflojó las mandíbulas poco a poco.

—Señor Caine, como estoy seguro de que se habrá dado cuenta, tenemos electrodos conectados a su cuerpo. Algunos producen unas descargas muy dolorosas; otros leen su ritmo cardiaco, y otras, sus señales bioeléctricas. Esto nos dice si miente

o no. Si vuelve a mentir lo sabremos. La próxima descarga no será tan suave.

»La mayoría de las personas creen que si es necesario, pueden resistir la tortura. Se dicen: Sí, soy un tipo duro. Soy un hombre. Puedo soportarlo. Pero según mi experiencia, y le aseguro que tengo mucha, la mayoría de las personas se equivocan. —La voz de Dalton destilaba amenaza—. Lo habitual es que las personas aguanten un minuto, quizá dos como máximo, momento en que matarían alegremente a su propia madre para detener el dolor. Pero para ese momento, ya se ha producido un daño permanente, o la herida es tan grave que hace necesarias dosis masivas de calmantes para continuar el interrogatorio, cosa que sólo sirve para que el proceso se alargue todavía más.

»Por lo tanto, seamos sensatos: no se comporte como un tipo duro. Cuando le haga una pregunta, responda rápida y sinceramente. Si oculta algo, lo sabré. Y si sé que está ocultando algo, lo lamentaré. ¿Está claro?

—Como el agua —respondió Caine, con una voz ronca como consecuencia de los gritos anteriores. Se preguntó cómo sonaría al cabo de unas pocas horas.

—Excelente. Ahora, vamos a probar de nuevo. ¿Sabe por qué está aquí?

—Porque creen que... que soy... el demonio de Laplace.

El hombre asintió.

—¿Cree que es el demonio de Laplace?

—Yo... —Caine titubeó—. No estoy absolutamente seguro. —respondió. Tensó los músculos atento a una nueva descarga. No la hubo.

—Adivine.

—Sí —soltó Caine.

—Bien. Entonces todo esto no ha sido gratuito.

—¿Qué quiere de mí?

Dalton no respondió a la pregunta. En cambio, contestó:

—El doctor no tardará en venir para hablar con usted. —Se alejó y cuando habló de nuevo estaba fuera del campo de visión de Caine. Era desconcertante oírlo hablar sin verle el rostro—. Por cierto, no se moleste en utilizar sus habilidades. No funcionan cuando tiene los ojos abiertos.

Caine comprendió súbitamente que Dalton tenía razón; con los ojos abiertos, estaba indefenso como un cordero. Unos segundos más tarde, Caine oyó cómo se cerraba la puerta. Forzó el oído para saber si Dalton continuaba allí, pero no escuchó nada. Lo había dejado solo.

Espiró sonoramente y puso la mente en marcha. Quería trazar un plan aunque tenía claro que no podía hacer nada. Había pasado su hora de planear. Se había dejado capturar a sabiendas de que la única manera de recuperar el control era entregándose. Sin embargo, nunca había pensado que pudiera ser tan duro y aterrador.

En el apartamento, cuando Caine había estado en el Instante, había visto todos los

posibles futuros. Pero ahora que no podía visionario, Caine no era capaz de ver qué camino, qué futuro, estaba recorriendo. Sin embargo, había algo más parecido a la intuición que al puro conocimiento, algo que estaba allí. Nava era la clave. Con ella, las posibilidades eran infinitas.

Sin ella... Estaba perdido.

Caine oyó que se abría y cerraba la puerta. Por el sonido de los pasos adivinó que no era Dalton; los pasos eran más ligeros. La persona se acercó, se detuvo, retrocedió y volvió a detenerse, como si tratara de decidir cuál sería la mejor manera de abordarlo.

Después oyó la respiración suave del hombre, situado detrás, junto a un roce suave pero definido. ¿Una jeringuilla? ¿Un escalpelo? De nuevo se le disparó el pulso. Finalmente, el hombre apareció en su campo visual. Era Doc.

—Hola, David.

Caine permaneció en silencio.

—Lamento que haya tenido que ser de esta manera, pero no había otra alternativa.

—Siempre hay una alternativa —afirmó Caine.

—No. —Doc negó con la cabeza—. Tuve otro sujeto como tú. Ella me dijo lo que sucedería, el camino que necesitaba tomar. Me explicó que debía intentar matarte para que desarrollaras todas sus capacidades. Tenía razón.

—¿Por eso colocaste aquella bomba? ¿Porque ella te lo dijo? —Sí.

—Pero después de aquel fallo, ¿por qué no me mataste cuando tuviste la oportunidad? Podrías haberme atropellado con el coche en Filadelfia.

—¿No lo entiendes? —replicó Doc con un tono de súplica—. Nunca quise que murieras. Sólo quería que descubrieras de lo que eres capaz. Era necesaria una situación de vida o muerte para que dieras el último paso. Eso era lo que buscaba.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto? —preguntó Caine.

—Por la ciencia. ¿Te das cuenta de todo el conocimiento que yo, que nosotros podríamos conseguir con tu don? —Doc se acercó a él—. David, tú y yo tenemos una oportunidad increíble para hacer historia —Sus ojos parecían arder. Aunque Doc lo miraba, Caine comprendió que su viejo tutor sólo se veía a sí mismo—. No, no sólo de hacer historia, sino cambiar la historia, alterar el futuro de la humanidad.

—No te ayudaré —declaró Caine.

—Esto será mucho más fácil para los dos si tú sólo...

—No.

—Sólo hagamos unas pocas pruebas. ¿Qué hay de malo en hacer unas pruebas? —Doc casi suplicaba.

—Ése es el problema. No sé a qué o a quién afectarán tus pruebas. —Caine respiró profundamente. Esperaba que su voz sonara con una decisión que no tenía—.

No lo haré.

Doc sacudió la cabeza.

—Ése es el motivo por el que no me podía acercarme a ti en un entorno menos controlado. Pero te guste o no, David, cooperarás.

Sacó un mando a distancia del bolsillo y apuntó a un pequeño televisor instalado en la pared, cerca del techo. Se encendió la pantalla. Caine tuvo que hacer un esfuerzo para mirar hacia arriba. En la pantalla, vio a un hombre que parecía exhausto, atado a una silla, con una cánula insertada en el brazo. Jasper. Parecía haber envejecido diez años desde que lo había visto por última vez. Doc se volvió para mirarlo.

—No quiero hacerle daño a tu hermano. Pero lo haré. Tú decides.

—¿Qué pasará si coopero?

—Estarás un paso más cerca de salir de aquí. —Los ojos de Doc lo traicionaron. Mentía. Caine necesitaba ganar tiempo.

—Tengo que pensarlo.

—No —dijo Doc con tono cortante—. Tienes que decidirte ahora. ¿Qué respondes?

Caine sabía que había una probabilidad —una muy grande— de que nunca saliera de allí. Aunque estaba seguro de que las pruebas de Doc eran inofensivas, tenía miedo de que si aceptaba, quizá nunca más podría negarse.

—Estoy cansado —insistió—. Sólo dame un poco de tiempo para recuperarme.

Doc negó con la cabeza. Se acercó a un teléfono instalado en la pared y marcó un número.

—¿Señor Dalton? —Caine sintió que se le tensaban los músculos al oír el nombre de Frank Dalton. Doc lo miró—. Por favor, ocúpese de Jasper Caine. Nivel dos durante sesenta segundos. —Doc colgó, con una expresión apenada en el rostro—. Lamento haber tenido que llegar a esto.

Caine miró la pantalla. Durante los primeros segundos, no pasó nada. Jasper parecía estar durmiendo, todo lo cómodo que podía estar alguien con las piernas, los brazos y la cabeza sujetos con correas de cuero. Entonces Dalton entró en la habitación de su hermano, le puso algo en la boca y desapareció de la pantalla. Un temblor recorrió la espalda de Caine cuando éste comenzó a convulsionarse. Abría y cerraba las manos mientras la corriente eléctrica le recorría el cuerpo. No había sonido conectado a las imágenes, y eso hacía que resultaran todavía más horrorosas.

—¡Páralo! ¡Páralo! —gritó Caine.

Doc consultó su reloj y luego a su prisionero.

—Sólo faltan cincuenta segundos, David. Ya casi se ha acabado.

Caine no podía cerrar los párpados para no ver la horrible visión. Intentó desviar los ojos de las piernas de Jasper, que se sacudían violentamente, pero sus pupilas no

dejaban de volver a mirar la pantalla. Por fin acabó el suplicio. Jasper dejó de sacudirse. Las lágrimas caían por sus mejillas. Luego Caine vio la humillación final; una mancha oscura entre las piernas de su hermano.

Doc apareció de nuevo delante de Caine. David tuvo que apelar a todo su control para no escupirle a la cara. Se preguntó si había tomado la decisión correcta al ir allí. Pero entonces ya era demasiado tarde para replantearse las cosas. Esa vez no habría una mano nula.

—De acuerdo —dijo Caine, con un tono de desesperación—. Me someteré a tus pruebas. Pero no contigo —añadió, cuando recordó súbitamente cómo debían desarrollarse las cosas—. Sólo trataré con Forsythe.

Doc frunció el entrecejo. Se disponía a hablar cuando sonó una voz en el intercomunicador.

—Paul, creo que deberíamos hablar.

Capítulo 31

Forsythe se entusiasmó cuando el sujeto Beta puso como requisito que él estuviese presente en la habitación. Si conseguía establecer un vínculo con el sujeto, quizá podría librarse de Tversky antes de lo que había planeado. Forsythe sonrió al tiempo que sacaba un pequeño objeto brillante del bolsillo. Cuando se acercó al sujeto, los suaves pitidos del electrocardiograma se aceleraron.

—Relájese, señor Caine. La prueba no le dolerá, se lo prometo —dijo Forsythe—. Voy a quitarle los sujetadores de los párpados para que pueda... enfocar. Sin embargo, si usted intenta cualquier cosa, lo sabré.

Forsythe miró la hilera de monitores junto a la pared más alejada, y prestó una atención especial a las lecturas del electroencefalograma, que mostraban la actividad eléctrica del lóbulo temporal del sujeto Beta. Si la amplitud aumentaba por encima de un nivel determinado, el sujeto recibiría una descarga eléctrica para interrumpir su concentración.

Como precaución añadida, Forsythe le administró un sedante suave para que se mostrara más dócil. Poco a poco, las pulsaciones bajaron a setenta por minuto. Sólo entonces retiró Forsythe los sujetadores de los párpados de Caine. Éste cerró los ojos en el acto y por un momento Forsythe sintió que tenía el corazón en un puño, pero una rápida mirada al electroencefalograma le aseguró que el sujeto sólo estaba descansando; dominaban las ondas delta, las demás apenas si aparecían.

Al cabo de unos segundos, David Caine abrió los ojos y lo miró con sus ojos de un color verde brillante.

—¿Qué pasará ahora? —le preguntó.

—Quiero que mire esta moneda. —Forsythe levantó la moneda de veinticinco centavos que había sacado del bolsillo—. Voy a lanzarla. Cuando caiga al suelo, quiero que salga cara.

El sujeto lo miró, desconcertado.

—¿Qué dice que quiere?

Ahora le tocó a Forsythe mostrarse desconcertado.

—Quiero que haga que salga cara.

—¿Cómo?

—Con la mente.

Caine miró al científico, sin saber muy bien qué decir. Si mentía lo pillaría. Pero tampoco deseaba decirle la verdad. Rogó para que Nava apareciera cuanto antes.

«Si es que viene... —pensó—. Recuerda que hay una probabilidad del 12,7 por ciento de que no aparezca. Podrías quedarte aquí para siempre».

Caine intentó no dejarse vencer por el pesimismo. Miró de nuevo el monitor donde aparecía Jasper con un hilo de baba en la barbilla. Luego miró a Forsythe. El latido en la vena de la sien del hombre le indicó que a éste se le acababa la paciencia.

No tenía más alternativas.

—No funciona así —respondió Caine finalmente.

—¿A qué se refiere? —preguntó Forsythe.

—Si lo desea, puedo predecir con mucha certeza si saldrá cara o cruz. Pero no puedo hacer que algo ocurra con mi mente. Necesito estar involucrado de alguna manera en el proceso para afectar el resultado. —Caine abrió la mano derecha—. Deme la moneda. Yo la lanzaré.

Forsythe le miró la palma de la mano con una expresión suspicaz.

—Es la única manera de conseguir que su experimento funcione —le aseguró Caine.

Después de un segundo, Forsythe puso la moneda en la mano de Caine. Éste cerró los ojos. En un primer momento sólo vio unas pocas manchas de colores que se movían sobre el fondo negro de los párpados. Luego apareció otra imagen que lo llamaba.

...

Siempre está allí. El gigantesco árbol crece de su ser. El grueso tronco se pierde en la eternidad. Adelante, series infinitas de ramas crecen a cada segundo.

La imagen está en constante movimiento. Algunas ramas crecen fuertes y vigorosas, mientras que otras se secan y mueren. Constantemente crecen nuevas ramas; otras desaparecen como si nunca hubiesen existido. En las ramas secundarias brotan otras ramas, y de éstas otras nuevas. Hay tantas vueltas y revueltas y combinaciones que las ramas parecen confundirse las unas con las otras después de varias generaciones para formar más allá un abismo informe.

La parte cognoscitiva de su cerebro quiere gritar, librarse de los grilletes de la cordura y escapar de la eternidad que tiene delante. Pero otra parte, una parte primitiva, ve todo esto como su hogar. Él deja que esta parte lo guíe.

...

—¿Dijo que quiere cara? —preguntó Caine, sin abrir los ojos. —Sí. Entonces Caine vio cómo se hacía.

...

Hay una muy leve corriente de aire creada por los extractores; es casi imperceptible, pero Caine ve cómo mueve las moléculas de oxígeno y nitrógeno de aquí para allá. La moneda es de veinticinco centavos, y el lado de la cara es 0,00128 gramos más pesado que el lado de la cruz. La periferia del lado de la cara también es más grande y menos aerodinámico que el otro. Pero estos factores son triviales cuando se comparan con la fuerza de los dedos y la que aplica a su muñeca atada, que son responsables colectivamente del 98,756% de la trayectoria de la moneda, aunque la trayectoria es sólo responsable en un 58,24510% de que salga cara o cruz.

Para comprender a fondo las causas del resultado, Caine analiza la fabricación de la moneda (el núcleo es de cobre en un ciento por ciento; la cara es una aleación de cobre y níquel del 75 y 25% respectivamente) y también la del suelo (cuadrados de linóleo de 20 por 20 centímetros). Estos dos factores son responsables en un 37,84322% del resultado final. Otro 0,55164% corresponde a la proximidad a los polos magnéticos, un 1,12588% a la velocidad de rotación de la Tierra y un 2,23415 a la limpieza del suelo.

El restante 0,000001 % es ruido; si hay 100.000 tiradas, Caine sólo falla una. Caine considera toda esta información, elige el camino apropiado, y

...

Caine soltó el pulgar y lanzó la moneda al aire con el índice. Abrió los ojos y observó cómo daba vueltas sobre sí misma en el aire, la luz brillando en la superficie. Claro, oscuro, cara, cruz. Cuando cayó al suelo se oyó un golpe suave seguido por el de un par de rebotes y por último un repicar hasta que la moneda se detuvo en algún punto fuera de su campo visual.

Forsythe se acercó presuroso al lugar donde había caído. En su rostro apareció una sonrisa cuando la recogió.

—Las probabilidades eran de un 50 por ciento —comentó Caine, tanto para Forsythe como para sí mismo—. No demuestra nada.

—Es verdad —replicó Forsythe, entusiasmado—. Pero si vuelve a salir cara las próximas cuarenta y nueve veces, creo que lo hará. Por favor continúe.

Forsythe puso de nuevo la moneda en la mano de Caine. Una vez más, éste cerró los ojos, pero en esos momentos prácticamente no necesitó buscar la rama correcta. Le vino con toda naturalidad. Lanzó la moneda. De nuevo la moneda voló por el aire y cayó al suelo.

Otra cara.

—Otra vez.

Vuelo. Vueltas. Brillos. Caída. Rebote.

Otra tirada. Otra cara. Luego otra, y otra. Cara. Cara. Cara. Caine descubrió que

se dormía entre tiradas, pero cada vez Forsythe lo despertaba con una rápida sacudida. También lo castigó con una descarga eléctrica cuando intentó buscar a Nava en el Instante. Renunció después del segundo intento; estaba claro que Forsythe no mentía al decir que descubriría cualquier engaño de su parte.

Por fin, después de lo que le parecieron horas, acabaron. Caine estaba mareado y sudaba copiosamente, pero se obligó a mirar al científico cuando volvió a salir cara después de cincuenta tiradas. La sonrisa de Forsythe desapareció reemplazada durante unos segundos por otra emoción. El hombre se apresuró a volver la cabeza para ocultarla, pero ya era demasiado tarde. Caine conocía muy bien aquella expresión.

Era de miedo.

—Es increíble —opinó Forsythe.

—¿Sabes cuáles son las probabilidades de conseguir cincuenta caras consecutivas? —preguntó Tversky—. Es un medio elevado a la quincuagésima potencia. Eso nos da... —Doc lo calculó en el ordenador— 1 entre 1.125.8999.906.842.620. Eso mientras estaba sedado. ¿Te imaginas lo que podría hacer en un estado normal?

Forsythe asintió enfáticamente. Durante las dos horas de la sesión, el sujeto se había dormido en varias ocasiones, debido al sedante. Por supuesto, el experimento no valía como prueba para un trabajo —necesitaría algún tipo de máquina que lanzara la moneda y un grupo de control— pero sí que era lo bastante bueno para convencerlo de que el sujeto era la encarnación moderna del demonio de Laplace.

Además, a ninguno de los dos les preocupaba mucho la publicación de sus trabajos. Con el sujeto Beta a su disposición, ya no tendrían que volver a preocuparse de nada nunca más, y, gracias al trabajo de Tversky con el gemelo del sujeto, ahora sabían cómo desconectar al demonio.

A pesar de que Tversky creía que la razón por la que el sujeto necesitaba cerrar los ojos tenía que ver con la activación del sistema reticular en el cerebro, Forsythe era partidario de una explicación más sencilla y holística. Con todo, la razón no tenía la importancia del efecto, porque mientras el sujeto Beta recibiera una estimulación visual constante, se encontraba indefenso.

—¿Has medido el tiempo que mantuvo los ojos cerrados durante cada uno de los intentos? —preguntó Forsythe.

—Es exactamente como esperaba —manifestó Tversky—. Existe una relación lineal entre el tiempo necesario para ejecutar un acontecimiento improbable y el nivel de improbabilidad del mismo. Influir en acontecimientos con probabilidades más altas, como lanzar una moneda al aire, requirió un tiempo mínimo, mientras que influir en acontecimientos con un nivel de probabilidad más bajo, como los dados,

requirieron tiempos más largos en el estado REM. —Tversky hizo una pausa, al ver que Forsythe parecía absorto en sus pensamientos—. James —dijo con un tono un poco más alto para recuperar la atención de su colega—. Con los recursos apropiados, creo que David sería capaz de hacer cualquier cosa que se le pida. —Tversky comenzó a pasearse por el despacho—. Bien dirigido, podría utilizar sus infinitos conocimientos del universo para ayudar a los científicos a conseguir descubrimientos increíbles. Los microbiólogos, los astrofísicos, los matemáticos, los oncólogos. ¡La lista sería literalmente infinita! David podría ayudarnos a resolver los grandes misterios del universo.

Forsythe, por su parte, no estaba pensando en nada tan trivial como los avances científicos. Tenía ambiciones mucho más grandes. La persona que tuviera el control del sujeto Beta dispondría de un poder que superaba todo lo conocido.

—Podríamos utilizar sus capacidades para otras cosas —sugirió para ver la reacción de Tversky.

—¿Cuáles?

—Wall Street. La política. Los militares.

—¿Estás loco? —exclamó Tversky—. Tenemos que usarlo para la ciencia. Cualquier otra cosa sería demasiado peligrosa. Además, hay una infinidad de preguntas que necesitan respuesta antes de que podamos empezar a discutir sus usos. Las posibilidades son infinitas. —Tversky reanudó sus paseos—. Tenemos que encontrar la manera de mantenerlo en secreto. Quizá podríamos traer aquí a un pequeño grupo de científicos y nosotros...

—Para —le interrumpió Forsythe, dispuesto a desviar los pensamientos de su colega hasta tener la oportunidad de analizar todo eso a fondo. Por el momento, seguía necesitando a Tversky, pero, con un poco de suerte, no lo necesitaría durante mucho más tiempo.

Quizá podía entregarlo a la policía como culpable del asesinato de la muchacha. Eso no sólo mantendría apartado a Tversky, también serviría para desacreditarlo. Forsythe sonrió para sus adentros. Sí, haría eso. Tan pronto como comprendiera qué hacía funcionar a Caine, se libraría de Tversky.

—Aún nos queda por determinar exactamente cómo podemos controlar al sujeto —prosiguió Forsythe, interesado en llevar la discusión a temas prácticos—. No creo que podamos seguir utilizando indefinidamente la amenaza de torturar a su hermano. Por otra parte, si le pedimos que prediga o realice tareas más improbables, nos arriesgamos a que encuentre la fuga perfecta.

—Sí, ése es el problema —admitió Tversky—. No podemos continuar administrándole dosis de Thorazine tan elevadas. Quizá con el tiempo, a través de una terapia para modificar el comportamiento, podríamos suprimir la administración de drogas sin perder el control de la psique de David.

—Me parece que eso es una meta imposible. —Forsythe negó con la cabeza—. Incluso si lo consiguiéramos, no habría manera de tener una seguridad absoluta. Si nuestro control disminuye, aunque sólo sea por un momento, lo perderíamos todo.

Los dos hombres miraron a través del espejo al causante del problema. Al otro lado, se encontraba el sujeto, que miraba involuntariamente la pared.

—Es demasiado peligroso para dejarlo en libertad —opinó Forsythe—. Creo que nuestra elección es obvia; necesitamos mantenerlo en un estado neuroléptico permanente.

—Eso le privaría de su libre voluntad —protestó Tversky, indignado.

—¿No se trata de eso?

—Sí, pero ese estado es irreversible.

—También lo es la muerte —repuso Forsythe fríamente—. No tuviste ningún problema con el sujeto Alfa.

El rostro de Tversky enrojeció.

—Aquello fue un accidente... yo... ¿Me estás amenazando?

—¿Por qué? —replicó Forsythe—. ¿Debería?

Tversky permaneció en silencio durante casi un minuto.

—Creo que deberíamos probar el procedimiento con el hermano antes de utilizarlo con David —dijo finalmente—. Sólo para asegurarnos de que no habrá ningún efecto secundario.

—Me alegra que lo veas a mi manera.

Ninguno de los dos dijo nada durante uno momento. El silencio estaba cargado de tensión. Tversky fue el primero en romperlo.

—Me voy a descansar —dijo con cierto embarazo—. Ha sido un día muy largo y mañana quiero realizar unas cuantas pruebas.

Forsythe no confiaba en Tversky y lo miró con suspicacia. ¿Qué se traería entre manos? Pensó en impedirle que se marchara, pero desistió. Por ahora, el acceso al sujeto Beta era más que suficiente para tenerlo controlado.

—En ese caso, buenas noches —respondió Forsythe—. Me quedaré un poco más para preparar al gemelo.

Forsythe creyó por un momento que Tversky iba a protestar, pero luego pareció cambiar de opinión.

—Buenas noches, James. No hace falta que me acompañes.

Forsythe esperó a que se cerrara la puerta y luego calculó las dosis necesarias para mantener al gemelo en un estado neuroléptico pasivo. Tversky podía ser un pesado, pero tenía razón: era mejor probar el procedimiento en el gemelo para asegurarse de que no habría ningún problema.

Apretó unas cuantas teclas en el terminal y aceptó los múltiples avisos que le preguntaban si estaba seguro de querer inyectar las drogas que habían sido

seleccionadas en el cuerpo del gemelo. En la pantalla, vio que los ojos del gemelo se volvían vidriosos, desenfocados, a medida que las drogas entraban en el torrente sanguíneo a través de la cánula. En menos de tres horas Jasper Caine se habría convertido en una persona sin voluntad propia, alguien que sería mucho más sumisa y respetuosa.

Dejó de lado al gemelo, y añadió un narcótico al cóctel de drogas que le estaba suministrando al sujeto Beta. No tenía ningún sentido arriesgarse a un comportamiento violento. Forsythe suspiró cuando acabó. Los experimentos hubiesen sido mucho más limpios sin las drogas. Con todo, creía que los gemelos podrían hacer lo que se les pidiese. Si no era así, el equipo de Forsythe podría elaborar un fármaco que reprodujera la química cerebral de los gemelos, tal como había hecho Tversky con el sujeto Alfa.

En cuanto lo tuvieran, los gemelos ya no serían necesarios.

La furgoneta dejó a Nava a unos ciento cincuenta metros del edificio. Era idéntico a todos los demás edificios de siete pisos de la calle, pero sabía que la fachada sólo era una parte del disfraz. Se encasquetó la gorra para que la visera le tapara más el rostro, le dio una última calada al cigarrillo y luego lo aplastó con el tacón.

Cuando llegó junto a un monovolumen negro aparcado unos cincuenta metros más allá, se agachó para mirar detrás de la rueda delantera derecha. Allí estaba lo que había solicitado. Se guardó la identificación en el bolsillo, se colocó la pulsera, y luego caminó hacia la entrada.

Respiró hondo antes de cruzar la puerta giratoria de cristales oscuros. El suelo del vestíbulo imitaba el mármol. El ruido de los tacones resonó mientras caminaba hacia el control de seguridad. El guardia, al que le sobraban unos cuantos kilos, dejó a un lado la revista cuando la vio acercarse. Después de echar un vistazo a la identificación falsa, dedicó cinco segundos a meter su manaza en la mochila.

Tal como esperaba, el guardia sólo miró en el bolsillo que le abrió. No hizo el menor caso del resto, donde llevaba una pistola que disparaba dardos tranquilizantes, dos pistolas semiautomáticas Glock 9 mm, trescientas balas, un bote de Freón y suficientes explosivos plásticos para hacer volar todo el edificio. Convencido de que no era una terrorista, le pidió que firmara en el registro de entradas y siguió con su lectura.

Nava le dio las gracias con una sonrisa y caminó rápidamente hacia los ascensores. No había acabado de apretar el botón cuando se abrió la puerta. Estaba a punto de entrar cuando advirtió la presencia de un pasajero. El hombre estaba tan ensimismado que pasó junto a Nava sin mirarla. Él no vio el rostro de Nava oculto por la visera de la gorra, pero la muchacha vio el suyo.

Era Doc.

Por un momento se imaginó a sí misma degollándolo con la daga para luego contemplar cómo se desangraba en el vestíbulo. Quería matarlo por lo que le había hecho a David. Por lo que le había hecho a Julia. Pero Nava era consciente de que si cedía a la tentación, el guardia haría sonar la alarma y no podría salvar a David.

Por lo tanto, a pesar de la rabia que la consumía por dentro, Nava lo observó pasar sin decir palabra. Con las mandíbulas apretadas, subió hasta el sexto piso, y aprovechó el par de minutos para borrar a Doc de su mente. Ya llegaría el momento de la venganza. Cuando salió del ascensor, continuó con su misión.

Se encontraba en un pequeño recibidor con puertas de cristal. Abrió la mochila y sacó un aparato electromagnético del tamaño de una baraja. Lo sostuvo delante del teclado instalado en la pared y esperó a que repasara todas las frecuencias posibles hasta que oyó el suave chasquido de los cerrojos electrónicos cuando se abrieron. Tardó menos de cinco segundos.

Cruzó las puertas, que daban a una lujosa sala de espera. Dos sofás de cuero negro idénticos estaban enfrentados a cada lado de una alfombra oriental. La pared más alejada era un enorme ventanal a través del cual se veían las luces de una ciudad casi dormida. Mientras miraba por él, Nava deseó que su vida hubiese sido otra. Se permitió unos pocos segundos de fantasía antes de volver a la realidad. Había elegido su camino. Tenía trabajo que hacer.

Nava apartó la mirada del ventanal y caminó decidida por el pasillo, que correspondía a la ruta que había memorizado en la furgoneta. Siguió el mismo procedimiento de antes con la siguiente cerradura electromagnética y llegó al segundo grupo de ascensores. Respiró profundamente y puso cara de póquer. En el momento que llamara al ascensor, no habría vuelta atrás. Desde el segundo en que apretara el botón, estaría sometida a una vigilancia permanente.

Si la información era correcta, no pasaría nada. Pero si era errónea, estaba perdida. Podría encontrarse con un pelotón de guardias armados cuando se abrieran las puertas, o algún tipo de gas nervioso. También podía ser que bajara sana y salva hasta el laboratorio, sólo para acabar destrozada por las dentelladas de unos pastores alemanes. Era imposible saberlo.

Sacó las armas y la munición de la mochila y las guardó en una bolsa plana. Luego, cogió un paquete pequeño envuelto en papel de embalar. A continuación, sacó la pistola de dardos tranquilizantes y una de las pistolas de 9 mm. Comprobó que estuviese quitado el seguro. Lo estaba. Como siempre.

Por último, tocó el pequeño interruptor del transmisor de pulsera: su arma secreta. Esperaba no tener que utilizarlo; no le gustaba depender de los demás cuando su vida estaba en juego. Se dijo que sólo la utilizaría si su muerte era inminente. Entonces, si no funcionaba, no podría culpar a nadie más que a sí misma. Por alguna razón, eso hizo que se sintiera mejor.

Apretó el botón del ascensor y esperó a ver qué sucedería después.
Por un momento, Caine comprendió el gancho de la droga.

Luego sintió un placer tan absoluto que no le importó. La fría solución que entraba en sus venas había sido reemplazada por otra cosa. Algo sorprendente. Nunca había sentido el paso de la sangre por las venas, pero era lógico porque nunca le habían dado antes un narcótico por vía intravenosa.

El líquido helado corrió por su brazo, camino del cerebro. Tras su estela, su cuerpo flotó en la nada. El brazo, el hombro y luego... ¡uau! Desaparecieron las preocupaciones. Todo estaba de perlas. La rodilla dejó de latirle, desapareció el dolor en la espalda, las molestias en el cuello se esfumaron. Notaba la mente entumecida pero la sensación era deliciosa, absolutamente deliciosa.

En el rostro de David apareció una sonrisa. Comenzó a reírse. Eso hizo que los párpados tiraran de los sujetadores, pero no le importó. Si antes le hacían un daño tremendo, ahora le hacían cosquillas. Todo le hacía cosquillas. Se sintió invadido por la euforia y suspiró. Ahora comprendía que no había nada importante. Le parecía absurdo que antes se preocupara tanto.

De pronto sintió mucho sueño. Quería cerrar los ojos y dormir, pero no podía porque... bueno... sencillamente no lo recordaba. Tampoco tenía importancia; se dijo que podía dormir incluso con los ojos abiertos. Eso sería fantástico, dormir con los ojos abiertos.

Realmente... fantástico...

Capítulo 32

Nava apretó con fuerza la culata de la pistola mientras el ascensor subía al sexto piso. Se colocó ligeramente de costado, para no quedar directamente a la vista cuando se abrieran las puertas. El ascensor se detuvo con un suave chasquido metálico y las puertas se abrieron.

La cabina estaba vacía.

Antes de entrar, miró el techo para asegurarse de que no hubiera ninguna sorpresa. No había más que tres círculos de luz fluorescente junto con una pequeña cámara de vigilancia. Agachó la cabeza y cuadró los hombros cuando entró en la cabina. Con la gorra de béisbol y el mono gris, consideró que podría pasar por un hombre para cualquiera que estuviese delante del monitor de la cámara.

Entró en la cabina y apretó el botón de «SS». Las puertas se cerraron y el ascensor inició su descenso al subsuelo. Notó un tirón en el estómago cuando el ascensor se detuvo. Empuñó el arma oculta en el bolsillo del pantalón y sintió el frío del metal a través de la tela.

Se abrieron las puertas y tardó una fracción de segundo en evaluar el entorno. La habitación era pequeña, no tenía más de doce metros cuadrados, con el suelo y las paredes blancas. Una puerta blindada con un escáner de huellas dactilares. Una mesa en forma de «L» color gris plata y una hilera de pequeños monitores en blanco y negro.

Había dos guardias sentados detrás de la mesa. A diferencia del guardia del vestíbulo principal, estos dos eran peligrosos: jóvenes, atléticos con el pelo muy corto. Era obvio que se trataba de mercenarios; uno era hispano y el otro anglosajón. Nava adoptó una expresión aburrida y caminó con toda naturalidad hacia ellos. Dejó el paquete sobre la mesa con una mano mientras con la otra empuñaba la pistola.

—Traigo un paquete para el doctor Forsythe —explicó. El guardia anglosajón miró a su colega hispano, sin saber cómo actuar. El hispano estaba al mando. Era bueno saberlo. Nava sacó la pistola y le disparó al cuello.

El hombre no tuvo tiempo de sorprenderse. Se desplomó en la silla y la sangre brotó en el punto donde el dardo sedante le había atravesado la piel. Antes de que el anglosajón pudiera reaccionar, Nava apretó la boca del cañón contra su ojo derecho. El hombre hizo una mueca de dolor.

—Pon las manos detrás de la cabeza —dijo Nava.

El hombre se apresuró a obedecerla.

—¿Cómo te llamas?

—Jeffreys.

Nava señaló con un movimiento de cabeza el escáner.

—¿Es el único que hay?

—Sí —contestó Jeffreys.

—¿Qué otras medidas de seguridad hay?

El mercenario titubeó una fracción de segundo y Nava le hundió el arma un poco más en el ojo.

—Hay escáneres por todas partes.

—¿Has apretado la alarma silenciosa?

—No.

—¿Cada cuánto te comunicas con los otros guardias?

—Cada quince minutos.

—¿Cuándo fue el último control?

—El nuestro fue a las 10.45. El siguiente será a las once. —Nava consultó su reloj. Eran las 10:47. Disponía de trece minutos. Hubiese preferido que fuesen veinte, pero tendría que apañárselas.

—¿Cuántos guardias más hay en el sector?

—Creo... —El ojo izquierdo del guardia miró hacia el techo, como si estuviese contando mentalmente—. Seis —respondió—. No, no, espera... siete. Estoy seguro de que son siete.

—¿Incluidos tú y tu compañero?

—Sí.

—¿La huella de su pulgar abrirá todas las puertas del sector? —Nava señaló al hombre tendido en el suelo. Jeffreys tragó saliva cuando comprendió el significado de la pregunta, pero acabó por responder.

—Sí.

Sin decir ni una palabra más, Nava apartó el arma del ojo del guardia y le disparó en el brazo. Jeffreys se desplomó junto a su colega. Nava se agachó detrás de la mesa y sujetó la mano derecha del hispano. Con la daga que llevaba sujeta al tobillo, le cortó los tendones laterales del pulgar y metió la punta de la daga en la articulación; el pulgar se desprendió fácilmente y brotó un chorro de sangre.

Nava se limpió las manos en el uniforme del hombre. Luego cortó un par de tiras de tela de la manga. Una la utilizó para envolver el pulgar y la otra para vendar la mano herida. No podía creer que su fuente se hubiera olvidado de mencionarle los escáneres. Por fallos como éste prefería hacer su propio reconocimiento del terreno. Se preguntó qué otra cosa se habría olvidado. No tardaría en averiguarlo.

Se acercó a los monitores y buscó en las pantallas hasta dar con lo que le interesaba. David. Sus ojos miraban al techo, aunque parecía estar inconsciente. Su pecho se movía rítmicamente. En un pequeño rótulo blanco en la esquina inferior derecha de la pantalla aparecía escrito «CIO». Estaba a punto de marcharse cuando le llamó la atención otra de las pantallas.

Jasper. Lo mismo que David, estaba sujeto a una silla de metal reclinable, con los

ojos abiertos. Sin embargo, a diferencia de éste, parecía estar consciente. Mantenía el entrecejo fruncido y le temblaban las manos. Se compadeció de su sufrimiento. El monitor indicaba que se encontraba en D8. El ala D, muy lejos de David. Era extraño que tuvieran a los prisioneros tan separados. No tendría tiempo para salvarlos a los dos.

Consultó su reloj: las 10.48. Le quedaban doce minutos. Tendría que darse prisa.

Nava miró a lo largo del pasillo. Como el recibidor, todo era de un blanco casi cegador debido a la intensidad de las luces fluorescentes. El pasillo tenía una longitud aproximada de veinte metros y se bifurcaba al final. Cuando llegó allí, oyó las voces profundas de dos hombres. Se detuvo para pensar. No quería aparecer y disparar sin más; si se le escapaba uno, corría el riesgo de que hiciera sonar la alarma.

Si conseguía incapacitarlos a los dos, sin recurrir a los disparos, podría esconder los cuerpos en alguna habitación. Pero si uno de los hombres conseguía efectuar un disparo, se acabaría el rescate. Tenía que tomar una decisión.

Se decidió por no utilizar las pistolas. Guardó las armas y se preparó para el combate cuerpo a cuerpo. Luchaba mucho mejor sin estorbos, pero si las cosas se ponían feas siempre podía recurrir a la daga.

Primero, necesitaba separarlos. Sería mucho más sencillo imposibilitar a uno antes de que el otro supiera lo que pasaba, y después atacar al segundo. Retrocedió unos pasos y se ocultó en el hueco de una de las puertas. Luego estornudó, o fingió un estornudo. Era un truco muy viejo, pero la experiencia le había enseñado que sólo los mejores trucos sobrevivían para llegar a viejos.

La conversación de los hombres cesó de inmediato. Ella casi sentía cómo escuchaban, con los oídos atentos al más mínimo ruido. Contuvo el aliento.

—¿Has oído eso?

—Parecía un estornudo.

—Sí. Quédate aquí. Iré a comprobarlo.

Oyó el ruido de las pisadas que se acercaban por el pasillo. Nava esperó a tenerlo casi a su lado. Se miraron el uno al otro durante una fracción de segundo antes de que ella atacara. El hombre medía casi un metro noventa, pesaba alrededor de ciento diez kilos, tenía el pelo rubio, una frente alta y empuñaba una pesada porra que de inmediato descargó contra la cabeza de la muchacha. Nava se adelantó y le sujetó el antebrazo con ambas manos. Continuó moviéndose hacia adelante al tiempo que le retorció la muñeca con todas sus fuerzas con la intención de lanzarlo por encima del hombro.

Pero era demasiado rápido; levantó el otro brazo y le descargó un tremendo golpe en el pecho con el canto de la mano que le cortó la respiración y la obligó a soltarle la muñeca. Sólo le quedaba un segundo antes de que el otro guardia dedujera que algo

no iba bien. No había tiempo para florituras.

Le sujetó los hombros y le descargó un tremendo rodillazo en la entrepierna que le aplastó los testículos contra la pelvis. El color ya había desaparecido de su rostro cuando Nava le propinó un brutal directo a la barbilla que lo dejó inconsciente. Se desplomó como un castillo de naipes.

—¿McCoy, estás bien? —gritó una voz un segundo después de que la porra del guardia chocara ruidosamente contra el suelo. Si el otro era listo, haría sonar la alarma antes de investigar. Pero dado que la mayoría de los tipos que se dedicaban a ese trabajo no destacaban por la inteligencia, Nava supuso que tendría una oportunidad. Recogió la porra de McCoy, corrió hasta el final del pasillo y dobló en la esquina.

El segundo guardia era mucho más bajo, pero tenía el físico de un levantador de pesas. Nava le arrojó la porra a las rodillas sin mucha fuerza. En un acto reflejo, el hombre se agachó para cogerla y quedó expuesto al ataque. Fue un error que nunca más volvería a cometer.

Nava se volvió de lado y como si fuese la coza de una muía, lo golpeó con el tacón en la sien. El guardia no cayó, pero el golpe consiguió desorientarlo durante unos segundos, que era todo lo que ella necesitaba. Le golpeó en el cuello con el codo y luego le destrozó la mandíbula de un rodillazo.

El hombre se desplomó, inconsciente.

Un minuto más tarde, después de administrarles un anestésico, a cada uno arrastró a los guardias hasta una habitación. Se quitó la gorra y se puso una bata blanca de laboratorio que le iba grande. Reanudó la marcha hacia CIO.

Después de atravesar la siguiente puerta de seguridad, entró en otro pasillo blanco brillantemente iluminado que parecía no tener final. Era angosto, apenas si había espacio para que dos personas caminaran a la par. Cada tres metros, había una puerta a la derecha. Dos hombres montaban guardia a ambos lados de ella, a unos treinta metros de distancia. Nava supuso que era la que correspondía a CIO.

Mientras avanzaba por el pasillo, consideró las pocas opciones a su alcance. Era obvio que una maniobra de distracción no funcionaría, dado que no había ningún lugar donde ocultarse. Quizá podría acercarse lo suficiente para dispararles con la pistola anestésica, pero lo dudaba. La lucha cuerpo a cuerpo era otra opción. Por el lado positivo, la estrechez del pasillo le daría una pequeña ventaja, porque podría maniobrar mejor en un espacio pequeño que los dos gigantones. Pero la estrechez también significaba que si caía no tendría dónde refugiarse. Caerían sobre ella en un santiamén.

No, la lucha cuerpo a cuerpo era arriesgar demasiado. Librarse de los otros guardias había resultado relativamente sencillo, pero la suerte podía abandonarla en cualquier momento. Su mayor ventaja era la sorpresa, y tenía que aprovecharla. Dejó

caer la carpeta que llevaba y las hojas se desparramaron por el suelo delante de la habitación C6. Uno de los guardias miró en su dirección, pero la descartó al tomarla por una de las protegidas de Forsythe. Nava comenzó a recoger los papeles de espaldas a los centinelas y aprovechó para pasar disimuladamente la pistola con silenciador de la funda de debajo de la axila a uno de los bolsillos de la bata.

Hubiese preferido emplear la pistola anestésica, pero no había margen para el error; con una bala, incluso si el disparo no era preciso, conseguiría debilitar al objetivo. Por desgracia, como los guardias estaban en la misma línea, sólo tenía un blanco despejado. Necesitaba acercarse más.

Acabó de recoger los papeles y caminó de nuevo hacia los guardias. Mantuvo la cabeza baja para fingir que se avergonzaba de su torpeza y dejó que su larga cabellera le cayera sobre el rostro. C8. Sólo le faltaban seis metros para el contacto. Bajó una mano y la metió en el bolsillo con toda naturalidad.

C9. Tres metros.

Tocó el frío metal y pasó los dedos rápidamente por la boca del cañón antes de sujetar la empuñadura. Se detuvo y miró a los guardias con timidez cuando llegó a la puerta. El más alto de los dos era delgado, con los músculos bien marcados. No había ninguna duda de que sabía valerse. El otro tenía la constitución de un tanque. Oyó el rumor de una voz en el auricular que llevaba.

—Aquí, Dalton —respondió. Nava tensó los músculos. Si habían encontrado a los otros dos guardias, necesitaba atacar en ese momento. Pero no podía arriesgarse a que el desconocido interlocutor oyera el alboroto. Decidió esperar, a sabiendas de que si alertaban a Dalton, ella lo vería en sus ojos antes de que tuviesen tiempo de reaccionar.

—Sí, comprendido —manifestó Dalton. Cortó la comunicación. Su mirada era amenazadora, pero Nava no advirtió ningún cambio.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —preguntó el guardia delgado, con una voz profunda y desafiante.

—Me envían para que examine al paciente —contestó Nava con su mejor voz de niña inocente y nerviosa.

El hombre la miró como si ella fuese la persona más estúpida del planeta.

—Esta es una zona restringida. Usted...

Dejó de hablar cuando la bala le abrió un agujero en el pecho.

Nava movió el arma hacia Dalton pero él le cogió la muñeca y el disparo salió desviado hacia lo alto. El proyectil atravesó el techo, y una lluvia de trozos de plástico y los cristales de una de las luces cayó sobre ellos. Dalton le retorció la muñeca y la pistola cayó al suelo. Con la otra mano le sujetó la garganta al tiempo que se lanzaba hacia delante para estrellar su cuerpo contra la pared.

La cabeza de Nava rebotó contra ésta con un golpe hueco. Comenzó a boquear a

medida que la mano del hombre aumentaba la presión. Nava tenía la mano derecha aplastada contra la pared y Dalton estaba demasiado cerca para que ella pudiera utilizar los pies. Lo golpeó en los riñones con la mano libre, pero él ni parpadeó. Notaba su aliento caliente en la piel mientras continuaba estrangulándola. El reconocimiento apareció súbitamente en su rostro cuando la miró a los ojos.

—Creía que ya te había matado, Vaner.

Unas manchas negras aparecieron delante de los ojos de Nava. Le quedaban diez segundos antes de que perdiera el conocimiento. Abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua, en un intento por llevar aire a los pulmones, pero era inútil. Dalton era demasiado fuerte. Nava recurrió a sus últimas energías para levantar la pierna hasta la altura del pecho, con el pie izquierdo en el aire, junto a su mano extendida.

Deslizó los dedos por el borde de la bota hasta tocar el mango de la daga. Con las manos resbaladizas por el sudor, la aflojó. Dalton volvió a golpearla contra la pared con tanta violencia que la muchacha casi soltó la daga, pero consiguió cerrar la mano sobre la empuñadura.

Levantó el brazo y lo apuñaló en la espalda. En cuanto la punta de la hoja le atravesó la piel, el mercenario aumentó la presión de la mano en la garganta, pero ella continuó hundiéndole la daga en el hombro. En el momento en que consiguió cortar el tendón, Dalton aulló de dolor y la soltó. Nava cayó al suelo, apoyada en las manos y las rodillas, y respiró azogada. Estaba a punto de quedarse inconsciente, pero aguantó con las manos ensangrentadas apoyadas en el suelo y concentrada en su dolor.

Se permitió una bocanada más antes de acabar la faena. Debía impedir que Dalton gritara. El hombre estaba erguido ante ella como una torre e intentaba desesperadamente alcanzar la daga y quitársela del brazo inmovilizado.

Nava extendió las dos manos, sujetó el tobillo derecho de Dalton y tiró hacia ella. El hombre cayó de espaldas, golpeándose con dureza en el lado, de modo que con el impacto se rompió la clavícula. Sus ojos ardían de furia y dolor. Ella respiró profundamente y saltó sobre él. En cuanto lo tuvo sujeto por la cintura con las piernas, cogió la daga, la hizo girar noventa grados, y la arrancó del hombro. La sangre escapó de la herida como un torrente.

Levantó el arma por encima de la cabeza, con las manos entrelazadas en la empuñadura y la hundió en el pecho de Dalton con tal ímpetu que le fracturó dos costillas antes de que la hoja le atravesara el corazón. El mercenario echó la cabeza hacia delante, soltó su último aliento, con los ojos muy abiertos, y luego la cabeza volvió a caer hacia atrás. Nava sintió que su cuerpo exánime se aflojaba entre sus piernas.

Todavía con dificultades para respirar, se hizo un masaje en la garganta mientras observaba la escena. No había sido un encuentro limpio como los dos anteriores. El

guardia delgado yacía de espaldas, con las piernas extendidas. En el pecho tenía una enorme mancha de sangre. Seguramente había vivido unos segundos más después de recibir el balazo, porque tenía las manos ensangrentadas y se veían las huellas de sus dedos en el suelo como unas finas líneas rojas.

La muerte de Dalton había sido mucho más aparatosa. Estaba tendido en medio de un gran charco de sangre y todavía sangraba la herida del hombro. Allí donde el suelo no estaba manchado aparecía cubierto con trozos de cristal y plástico del techo. Si alguien se acercaba por el pasillo, lo vería todo.

Consultó su reloj: las 10.55. Aún disponía de cinco minutos más antes de que se abrieran las puertas del infierno. Al menos la luz era escasa, porque el disparo desviado de Nava había destrozado uno de los tubos fluorescentes. Echó una ojeada al resto del pasillo iluminado y luego a su pequeño trozo de oscuridad delante de la habitación de Caine.

Se le ocurrió una idea.

Crowe maldijo por lo bajo. En el segundo que oyó el disparo al otro lado de la puerta, tuvo la certeza de que era Vaner. Cuando miró la pantalla de su monitor, Espósito ya estaba muerto, en medio de un charco de sangre. La última imagen que transmitió la cámara de vigilancia antes de que la pantalla se quedara en blanco fue la de Dalton, que sujetaba la muñeca de Vaner. El disparo de la muchacha seguramente había destrozado la cámara instalada en el techo.

Crowe desenfundó su Sigsauer calibre 45 y corrió hacia la puerta, con los gritos de Dalton resonando en sus oídos. Estaba a punto de hacer girar el pomo cuando se oyó un fuerte golpe seco y los gritos cesaron. Seguramente ella lo había matado con las manos. Soltó el pomo. Si Vaner aún estaba viva, quizá entonces estaba esperando a que otro guardia saliera de la habitación. Si era así, lo abatiría antes de que él tuviese la oportunidad de apretar el gatillo.

Jeffreys, Espósito, González, McCoy y Rainer; se preguntó si alguno de ellos aún seguiría con vida. No eran buenos hombres, pero ninguno de ellos merecía morir. Había creído que seis antiguos miembros de las fuerzas especiales bastarían para ese trabajo. Era obvio que había subestimado a la desertora de la CIA; no sólo había vuelto de entre los muertos, sino que lo había hecho en pie de guerra. La única parte de su plan de seguridad que había funcionado era el texto falso en los monitores de la sala de guardia.

Durante todo ese tiempo, en lugar de correr hacia David Caine, Vaner se había estado alejando, hasta llegar finalmente al despacho de Crowe. De pronto, se encendió una luz verde en el panel instalado en la pared, la señal de que alguien había abierto la cerradura electrónica. Retrocedió hacia el fondo de la habitación y apuntó la pistola hacia la puerta.

Presionó suavemente el gatillo; no lo suficiente para disparar, sino sólo lo necesario para que el disparo fuese instantáneo cuando ella entrara. Se abrió la puerta y apareció Nava Vaner con un aspecto deplorable. Crowe apretó el gatillo antes de que ella pudiese reaccionar. Medio segundo más tarde, el suelo estaba cubierto de sangre, materia gris y unas cuantas astillas de un cráneo destrozado.

En el instante en que Nava abrió la puerta, comprendió que todo había sido un engaño. Su cerebro estaba procesando esa información cuando vio al hombre moreno de la estación del ferrocarril y la boca del cañón de una pistola calibre 45 que la apuntaba. Se preguntó si sentiría dolor al morir. Le habían disparado en ocasiones anteriores, dos veces en la pierna y una en el hombro, pero ninguna de aquellas heridas había sido grave. Habían sido muy aparatosas, pero en ningún momento su vida había corrido peligro. Ese día no sería así.

A esa distancia el hombre no podía fallar.

Sintió la bala antes que la detonación. Entró directamente debajo del ojo de Dalton. Había cargado con el cadáver del mercenario para dejarlo en la habitación en un intento de borrar los rastros de la lucha, y en ese instante lo tenía sobre el hombro con la cabeza apoyada en el pecho.

El cráneo de Dalton reventó como un melón y le empapó la bata de sangre. De no haber recogido al muerto, la bala le hubiese atravesado el corazón, en lugar de sólo rozarle la piel al salir del cráneo de Dalton. Comenzó a preguntarse si no se le había pegado algo de la intuición de Caine.

Pero no podía contar con ello. Dejó caer el cadáver y se arrojó cuerpo a tierra en el pasillo. Cayó de lado y resbaló en la sangre que cubría al suelo, al tiempo que intentaba coger la pistola; pero no estaba allí. Se había olvidado de guardarla de nuevo en el bolsillo. La vio junto al umbral, a un palmo de su pie. En aquellos momentos daba lo mismo que hubiese estado a un kilómetro.

El hombre se le echaría encima en un segundo. No había manera de hacerse con el arma a tiempo. Apretó el interruptor del transmisor de pulsera; acaba de presentarse la emergencia que había previsto. Nava nunca había confiado su vida a nadie, y ahora, al hacerlo, esperaba que no la decepcionasen.

Todavía tumbada de espaldas, sacó un pequeño puñal del cinturón y echó el brazo hacia atrás, mientras rezaba para que se produjera el milagro.

Grimes estaba muy ocupado escogiendo el caramelo que se iba a comer —le gustaban sobre todo los blancos con rayas verdes— cuando un gran círculo rojo que parpadeaba apareció en el monitor. La imagen iba acompañada con el sonido de la alerta roja de Star Trek. Se irguió en el asiento y se metió un caramelo cualquiera en

la boca. Fantástico. Comenzaba el juego.

Hizo un doble clic en el círculo rojo y se acomodó para disfrutar de los fuegos artificiales. Se preguntó por un momento si acababa de cometer alguna traición o cualquier otro delito, hasta que recordó que ya no trabajaba para el gobierno. Pensó en todo el dinero que acababan de ingresar en su cuenta en un paraíso fiscal. La gratificación añadida era saber que al doctor Jimmy lo joderían vivo cuando acabara todo aquello.

Eso era casi mejor que el dinero. Casi pero no del todo.

Crowe pasó junto al cadáver. Una mirada le bastó para comprender lo sucedido. Había disparado a la cabeza de Dalton, no a Vaner. Pero la suerte de la muchacha se había acabado; su pistola estaba en el umbral. Además, vio que la pistola de Espósito continuaba en la funda.

Caminó tranquilamente hacia la puerta para matar a Vaner. Cuando se acercó al pasillo, vio parte de un pie de la mujer. Dado que ella sabía que Crowe la mataría, no vio ninguna razón para no disparar en el acto. Esa no era una película de James Bond, donde debía esperar hasta encontrarse cara a cara. Ésa era la vida real, y no quería correr ningún riesgo.

Apretó el gatillo sobre la marcha.

Fue como si le hubieran sumergido el pie en plomo derretido. Todas las terminaciones nerviosas chillaron al unísono cuando la bala le atravesó la suela de la bota. Recogió la pierna y se mordió la lengua para no soltar un alarido. Si ése iba a ser su último momento no quería que estuviese lleno de gritos y mucho menos los propios. Ya era bastante malo estar tendida de espaldas. Siempre había imaginado que moriría de pie.

La sombra del hombre se proyectó en el suelo del pasillo cuando salió de la habitación. Ella estaba a punto de morir. Mantuvo el puñal en alto mientras apretaba los dientes para defenderse del dolor, y esperó a que se acercara. Aunque él la mataría, Nava estaba dispuesta a dejarle un recuerdo imborrable.

Entonces ocurrió. El mundo se sumergió en las tinieblas cuando se apagaron las luces.

Nava casi se sorprendió, a pesar de que había sido ella quien había provocado el apagón cuando había apretado el interruptor del transmisor de pulsera. Reaccionó con la velocidad del rayo. Sin hacer caso del tremendo dolor en el pie, se sentó con el tronco echado hacia delante. Si la bota había estado en la línea de tiro del hombre, entonces también sería válido a la inversa.

Con un movimiento similar al de un látigo movió el brazo hacia delante y lanzó el

puñal. Oyó un ruido sordo cuando el puñal encontró el objetivo e inmediatamente después un gruñido y el choque de algo metálico contra el suelo. El hombre había dejado caer el arma; ella aún tenía una oportunidad. Se inclinó hacia delante y comenzó a palpar en el suelo cubierto de sangre en busca de la pistola, que debía estar en alguna parte en la oscuridad.

Entonces la encontró. Su mano se cerró sobre la culata.

Estaba a punto de levantar el arma cuando un zapato le pisó la muñeca. Aulló de dolor cuando el hombre movió el tacón como quien aplasta una colilla y le rompió los huesos de la muñeca. Nava intentó disparar, pero el tremendo dolor la paralizó mientras Crowe se agachaba para arrebatarle la pistola.

Nava la sujetó con la otra mano y apretó el gatillo. En la oscuridad, ya no sabía hacia dónde miraba. No tenía importancia; si no disparaba estaría muerta en cuestión de segundos. Disparó. El ruido fue atronador. Rogó haber dado en el blanco, porque ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando.

Crowe sintió cómo la bala le atravesaba la carne entre el pulgar y el índice. Fue un dolor infernal, pero no le importó; al sujetar el cañón de la pistola había conseguido sus propósitos; el disparo salió desviado y no lo hirió en ningún órgano vital. Al menos, eso fue lo que creyó al desviar la pistola de Vaner hacia el marco metálico.

Pero Crowe no había contado con el rebote. Si el puñal de Vaner no hubiese sobresalido de su pecho, no hubiese pasado nada. Sin embargo, pasó. Después de rebotar en el marco, la bala pasó a un par de centímetros por delante de él y golpeó la empuñadura del puñal de Nava. La fuerza del proyectil hizo que la hoja girara dentro del pecho de Crowe y le destrozara el ventrículo izquierdo del corazón.

La sangre escapó del destrozado músculo cardíaco de Crowe y le inundó la cavidad torácica. A pesar de que el corazón continuaba bombeando, la sangre no fluía por su cuerpo. Se desplomó sobre el cuerpo de Vaner. Sus rostros casi se tocaban.

—¿Dónde está Caine? —jadeó ella.

Crowe sabía que sólo le quedaban unos segundos de vida. No podría creer que nunca más volvería a ver a Betsy... y entonces recordó la nota. Cerró los ojos en un intento por recordar el texto antes de que fuese demasiado tarde. Creyó que no lo conseguiría cuando apareció en su mente.

Para Martin Crowe: Cuando Nava le pregunte dónde estoy, dígaselo. Es la única manera que tengo de salvar a Betsy.

DAVID CAINE

Al comprender súbitamente el significado de la nota, hizo un último esfuerzo.

—DIO —jadeó—. Dígale... dígale que cumplí con mi parte del trato.

En el momento en que chisporrotearon las sinapsis nerviosas, vio un brillante destello de color, una tarde de verano dedicada a buscar el final del arco iris con su pequeña. Si eso era la muerte entonces quizá no sería tan malo. Con ese último pensamiento, las sinapsis dejaron de funcionar y Martin Crowe suspiró por última vez.

Capítulo 33

La oscuridad era fantástica, muchísimo mejor que la luz. El efecto de los sedantes estaba desapareciendo. Ahora Caine podía escapar. No podía liberar su cuerpo, pero su mente volvía a ser libre. Dejó que buceara en el Instante, donde el tiempo sólo era un concepto abstracto. Mientras observaba el mundo, el Ahora, el pasado y sus futuros, comprendió que esa vez había algo diferente.

Esa vez, no estaba solo.

...

Hay una mujer. Es joven y vieja al mismo tiempo. Él sabe que es hermosa aunque no pueda verla. Su belleza surge del interior. Lo mismo que él, el conocimiento que ella tiene es infinito, pero a diferencia de él, ya está en su interior y fluye a través de su espíritu.

De pronto, Caine se siente abrumado por el conocimiento.

Ella: ¿Lo comprendes?

Caine: Sí. El futuro es amorfo hasta que se lo observa. Si lanzas una moneda, existen dos posibles futuros: uno donde la moneda es cara, y en el otro donde es cruz. Ninguno de los dos existe hasta que lo observas.

Ella: Sí. Ésa es la razón por la que las partículas existen en todos los lugares posibles a la vez, porque representan simultáneamente todos los posibles futuros.

Caine: Pero eso entra en conflicto con la teoría del demonio de Laplace. Laplace cree que si uno lo sabe todo en el Ahora, entonces conoce todos los acontecimientos del pasado y todos los acontecimientos del futuro. Si la teoría de Laplace es correcta, el futuro está predeterminado, es singular, pero el futuro no es singular, es infinito.

Ella: Es verdad. La teoría de Laplace es incompleta. Es correcta en el pasado del Durante, pero no del todo en su futuro.

Caine: Ah. El demonio de Laplace lo sabe todo del pasado, porque el pasado es siempre singular, porque todas las posibilidades se extienden hacia delante. Pero el demonio de Laplace no conoce el futuro preciso porque hay más de uno. El demonio de Laplace lo sabe todo en los posibles futuros.

Ella: Sí. La naturaleza del futuro del Durante es probabilística. Dado que ves los múltiples Ahora perfectamente, ves todos los posibles futuros, y en consecuencia tus observaciones son infinitas. Dado que la realidad es un reflejo de la observación, escoges tu propia realidad, que surge de cada momento que se ramifica hacia delante porque eliges el momento que quieres observar.

Caine: Ya lo entiendo. Por eso no puedo ver el Instante con los ojos abiertos, porque cuando observo el universo, se queda fijo en el Ahora y elimina algunos de los posibles futuros.

Ella: Sí.

Caine: Pero ¿por qué yo? ¿Por qué soy el Demonio? ¿Por qué no otro?

Ella: Es sólo una cuestión de probabilidades, como la curva con forma de campana. Todos tienen algunas capacidades «demoniacas». La mayoría sólo tienen unas capacidades muy débiles. Algunos tienen capacidades muy grandes. Los hay que no tienen ninguna. Por lo tanto, unos pocos deben tenerlas todas. Esos pocos son los Demonios.

Caine: Si todos tienen algunas capacidades, ¿por qué no sé de nadie más que viaje por el Instante?

Ella: El Instante está atrapado en sus mentes inconscientes. Pueden verlo, pero no lo comprenden. Algunas veces existe como un eco.

Caine: ¿Cómo el déjá vu?

Ella: Sí. El déjá vu es un recuerdo de un posible futuro tal como se ve en el pasado del Durante. Las personas ven el camino que conduce a un posible futuro pero no lo siguen. Sin embargo, si lo siguen exactamente, el recuerdo aflora a la mente consciente; eso es el déjá vu.

Caine: ¿Así que todos tienen diferentes niveles de capacidad?

Ella: Sí, algunos un poco, otros mucho. Los débiles tienen poca o ninguna percepción. No pueden prever intuitivamente las consecuencias de sus acciones porque no ven los posibles futuros. Van por la vida como personas ciegas y estúpidas. Toman sus decisiones al azar y los resultados de sus decisiones son imprevisibles.

Los que tienen más capacidades ven mucho, aunque lo que ven está atrapado en sus inconscientes. Atribuyen sus buenas ideas a la «perspicacia», a la «intuición», o a una «sensación». En realidad, sus ideas provienen de los futuros que atisban en el Instante. En el Instante, todos tienen algún posible futuro, que es idílico, feliz.

Aquellos que tienen más capacidades buscan conseguir algunas de esas vidas idílicas imitando las decisiones de sus futuros yoes idílicos, observando los mismos acontecimientos que sus futuros yo. En consecuencia, sus decisiones son buenas, dado que sus mentes inconscientes sabe que son las decisiones «correctas» para conseguir uno de esos futuros felices.

Caine: Pero ¿hay algunos más como yo? ¿Otros... demonios?

Ella: Sí. También existen otros demonios en el Durante. Sócrates, Alejandro el

Grande, Julio César, Juana de Arco, Moliere, Napoleón Bonaparte, Hermann von Helmholtz, Vincent van Gogh, Alfred Nobel. Todos son demonios.

Caine: Todos eran epilépticos... como yo. ¿Es eso lo que son los ataques?, ¿partes del Instante que sobrecargan las sinapsis?

Ella: Sí. La visión del Instante hace que los demonios sufran en el Durante.

Caine: ¿Qué se supone que debo hacer si estoy en el Durante?

Ella: Lo que desees. Tienes el poder de escoger tu propio futuro y al hacerlo, alteras el futuro de aquellos que te rodean.

Caine: ¿Cómo sé cuáles son las decisiones correctas? Todo está interconectado. Escoger algo que es bueno para mí puede perjudicar a otros.

Ella: Las decisiones no son buenas o malas. Las decisiones sencillamente son. Debes escoger aquello que consideres lo mejor.

Caine: ¿Cómo escojo?

Ella: Eso lo decides tú.

—¿Grimes, qué demonios está pasando?

—Lo siento, doctor Jimmy. Parece que ha habido un problema con uno de los interruptores.

—¡No me interesan los puñeteros detalles! —gritó Forsythe. Estaba casi histérico—. ¡Sólo quiero que soluciones el problema! ¿Crees que podrás hacerlo?

—Escuche, Jimmy —replicó Grimes—, estoy haciendo todo lo que puedo. Kirk fuera. —Grimes cortó la comunicación. Forsythe apretó los puños. Maldito imbécil. Tan pronto como se solucionara todo ese embrollo, se buscaría a otro técnico. Estaba harto de la incompetencia de Grimes.

Se volvió hacia el espejo y miró a la nada; tampoco oía nada excepto el ruido de su respiración entrecortada. La oscuridad era total en el espacio sin ventanas. El corazón comenzó a latirle, desbocado. No dejaba de parpadear, como si quisiera desprenderse de un velo oscuro, pero era inútil. No había ninguna diferencia entre mantener los ojos abiertos o cerrados.

De pronto, fue como si se le hubiese detenido el corazón. Demonios... el sujeto Beta. Los ganchos que le mantenían inmobilizados los párpados no servirían de nada mientras no hubiese luz... y el ordenador controlaba el suministro de las drogas. La falta de electricidad significaba que no recibiría los sedantes. El sujeto estaría despierto en menos de diez minutos. Su nuevo miedo eclipsó al anterior. Cogió el teléfono y marcó la extensión de Grimes.

—¡Tienes que encender las luces! —ordenó Forsythe.

—Vaya novedad —respondió Grimes sarcásticamente—. Ese era mi plan, ¿no lo sabía?

—Grimes, hablo en serio. No lo entiendes. Es imprescindible restablecer el

suministro de electricidad inmediatamente.

—Escuche, doctor Jimmy, estoy trabajando todo lo rápido que puedo. Hablar con usted sólo me re-tra-sa. —Alargó la última palabra para recalcarla—. Ahora, a menos que tenga más noticias de última hora, le sugiero que me deje continuar con mi trabajo.

—¡Hazlo! —Forsythe colgó el teléfono de un manotazo. Le pareció que el corazón le estallaría en cualquier momento. Necesitaba hacer algo, pero ¿qué? Metió las manos sudorosas en los bolsillos de su bata blanca. Se dijo que lo mejor sería moverse mientras procuraba no hiperventilar. Dio tres pasos y se golpeó la rodilla contra un archivador—. ¡Mierda! —chilló y se frotó la articulación dolorida.

Buscó a tientas en la oscuridad hasta que encontró la silla y se sentó. Volvió a meter las manos en los bolsillos y entonces tocó un objeto largo y cilíndrico. Casi lo había olvidado. Sacó el objeto y movió el pequeño interruptor que había en un lado, y por un momento lo cegó la luz de la linterna.

Forsythe suspiró de alivio y su corazón redujo el ritmo. Dirigió el rayo de luz hacia el espejo, pero sólo le devolvió el reflejo, que arrojó unas sombras gigantes en la pared de atrás. No podía llegar hasta el sujeto de esa manera, pero si entraba en la habitación y lo alumbraba directamente a los ojos, bastaría para mantenerlo a raya hasta que se restableciera el suministro eléctrico.

El científico utilizó la linterna para llegar hasta la puerta. Hizo girar el pomo con la intención de abrirla pero la puerta no se abrió. No tenía sentido. Esa puerta nunca se cerraba desde el interior, la cerradura eléctrica sólo funcionaba... Dios mío... las cerraduras eléctricas. Comenzó a mover el pomo con desesperación, pero sabía que era inútil. Se movió para mirar su reflejo mientras se preguntaba qué estaría sucediendo al otro lado del espejo.

Comenzó a aporrear la puerta y a gritar.

Nava no tenía muy claro qué le impedía perder el conocimiento: el terrible dolor en el pie, los horribles pinchazos en la muñeca aplastada o el líquido espeso y caliente que le corría por el cuello. Levantó la mano para limpiarse la cabeza y la retiró bañada en sangre, pero afortunadamente no era la suya.

Apartó al hombre y le buscó el pulso. Nada. Respiró más tranquila. Consultó su reloj: 23.01. Dado que había eliminado a los siete mercenarios, no tenía que preocuparse de que sonara la alarma. Sin embargo, había otro plazo pendiente.

Grimes le había avisado de que después de interrumpir el suministro eléctrico, tardarían diez minutos en enviar a un equipo de seguridad al laboratorio subterráneo. En circunstancias normales, no le hubieran inquietado media docena de guardias de alquiler, pero tenía muy claro que en sus actuales condiciones físicas no podría enfrentarse a ellos por mucho que lo intentara.

Según la lectura del transmisor de pulsera, disponía de ocho minutos y quince segundos para rescatar a Caine.

Nava recogió la Sigsauer del muerto y la sopesó. Consiguió levantarse con un tremendo esfuerzo de voluntad. Apenas si podía cargar peso en el talón del pie izquierdo y el suelo estaba resbaladizo con tanta sangre. Se apoyó en la pared porque por un momento creyó que iba a perder el conocimiento. Sacudió la muñeca rota y el dolor actuó como el mejor de los estimulantes.

Sujetó la mochila con los dientes y buscó en uno de los bolsillos hasta dar con las gafas de visión nocturna. Luego se alejó por el pasillo lo más rápido que pudo.

Necesitaba encontrar a David antes de que fuese demasiado tarde.

Grimes soltó una risita mientras se quitaba los auriculares. Al doctor Jimmy se le había ido la olla. ¡Era fantástico! Lamentó no haber pensado en grabar la conversación con el científico. Podría haber utilizado las maldiciones del doctor Jimmy como efectos sonoros en su ordenador portátil. Hubiese sido cojonudo. Bueno, quizá la próxima vez. Siempre y cuando el doctor Jimmy no muriera de una embolia.

Todo había sido la mar de fácil. Seguía sin acabar de creerse el coraje y la inteligencia de David Caine. Cuando éste había descubierto dónde estaba instalado el micro en el apartamento pensó que era brillante, pero cuando se había sentado delante del micro y había explicado su plan... caray, para eso había que ser muy valiente.

Si Grimes no lo hubiese escuchado, Caine se hubiese encontrado metido en la mierda hasta las orejas. Todavía peor, si hubiese sido Forsythe en lugar de Grimes, entonces la amiga de Caine hubiese caído directamente en la trampa. Afortunadamente para David Caine, todo había funcionado a la perfección.

Grimes recordó el momento en que había visto la transmisión de la cámara de vigilancia instalada en el apartamento de Caine antes de que apareciera el equipo de Martin Crowe. Cuando vio moverse los labios de Caine, subió el volumen y se llevó la sorpresa de su vida.

«Este es un mensaje para Steven Grimes. Sé que me está escuchando y que Martin Crowe viene de camino para secuestrarme. En cuanto lo haga, necesitaré su ayuda para escapar. Por sus servicios, le pagaré un millón de dólares. Esto es lo que quiero que haga...»

Después, Caine le había explicado el plan de fuga. La idea de que Grimes cortara el suministro eléctrico había sido francamente genial. Luego le había dicho que llamara a Nava a un bar del East Village y le comunicara el plan. En cuanto Nava realizó la transferencia a la cuenta de Grimes en las islas Caimán, él le envió por correo electrónico los planos y los códigos de alarma. A continuación, le preparó una identificación falsa y el transmisor de pulsera modificado, que dejó enganchado en

una de las ruedas del monovolumen de Forsythe. Era el dinero que menos le había costado ganar en toda su vida.

Rogaba que Caine pudiera escapar; Nava le había prometido otro medio millón si la operación tenía éxito. El trabajo eventual con el doctor Jimmy estaba resultando muchísimo más lucrativo de lo que había esperado.

El auricular de Grimes vibró.

—Aquí Grimes.

—¡Estoy encerrado! —chilló Forsythe.

—¿Eh? —exclamó Grimes, sorprendido de verdad.

—¡Digo que estoy encerrado! ¡Todas las cerraduras son electrónicas, maldito imbécil!

—Oh, es verdad. —Grimes contuvo la risa—. No se preocupe. Quédese sentado y no sufra. Restableceré el suministro eléctrico en unos minutos.

—¡No pienso quedarme sentado! ¡Envía a alguien para que me saque de aquí!

—Doctor Jimmy, ya le expliqué que ahora mismo estoy ocupado. ¿Además, adónde irá? No hay energía en toda la instalación.

—¡Necesito llegar al sujeto! —Si antes Forsythe rayaba en la histeria, ahora ya era preso de ella—. ¿Es que no lo comprendes, maldito imbécil? ¡Necesito llegar al sujeto o todo esto se irá a la mierda! ¡Envía a alguien inmediatamente... ahora mismo!

—Vale, vale. Tranquilo. Enviaré a alguien en un segundo...

—En un segundo, no. —La voz de Forsythe tenía ahora un tono de absoluta calma, algo que era mucho más inquietante—. Ahora, envía a alguien ahora.

—Eso está hecho. ¿Alguna cosa más?

Forsythe masculló algo ininteligible y colgó. Grimes se estremeció, poco dispuesto a admitir que lo había afectado el terror que expresaba la voz del científico. Por mucho que le gustara torturar al doctor Jimmy, quizá debería enviar a un guardia. Si perdía el trabajo no tendría todas aquellas oportunidades para aumentar sus ingresos.

Un momento, ¿en qué estaba pensando? No iba a arriesgar medio millón de dólares sólo porque el doctor Jimmy no tuviese su maldita luz de noche para espantar al coco. Entró en el sistema de comunicaciones, introdujo su código, escogió la opción apropiada y colgó. Si Forsythe lo despedía, pues vale.

Después de todo, podía permitirse el lujo de disfrutar de unas largas vacaciones.

Forsythe estaba seguro de que su corazón estaba a punto de fallarle en cualquier momento mientras la oscuridad se le hacía cada vez más opresiva. La luz de la linterna no bastaba para apaciguar su terror. ¿Por qué tardaban tanto? Habían pasado por lo menos cinco minutos desde que había llamado a Grimes, ¿no? Miró la esfera

luminosa de su reloj. Habían pasado menos de noventa segundos. Aun así, un minuto y medio era más que suficiente para que un guardia recorriera los treinta metros que había hasta la sala de observación.

Miró el espejo negro que tenía delante y sólo vio un débil reflejo de sí mismo en la luz azul de su reloj. Tenía que llegar al otro lado antes de que fuese demasiado tarde. El sujeto podía recuperar la conciencia en cualquier momento. Aún tendría algo de Thorazine en su sistema; las probabilidades de que se despertara totalmente lúcido y dispuesto a escapar eran muy bajas...

¿Bajas? ¿Es que había perdido el juicio? La situación había cambiado del todo. Cogió el teléfono para llamar de nuevo a Grimes pero no había tono. Apretó el botón y lo soltó lentamente, a la espera de que esta vez funcionara.

Siguió sin tener tono.

Comenzó a aporrear el teléfono y los trozos de la carcasa de plástico volaron por los aires mientras se hundía cada vez más en la locura.

Nava se apoyó en la puerta. Le costaba respirar. Había tenido que detenerse y descansar dos veces en el corto trayecto de regreso al vestíbulo. Le pesaba el pie izquierdo. En cada paso, oía el chapoteo de la sangre. Afortunadamente, la puntera de acero de la bota había impedido que la bala saliera del pie; al menos un lado de la herida estaba taponado.

Se preguntó cuánto tiempo más estaría consciente antes de que la hemorragia le hiciera perder el conocimiento. Unos quince minutos como máximo. No tardaría en averiguarlo. Respiró hondo, se irguió todo lo que pudo e intentó abrir la puerta. No se movió. Sacó del bolsillo el pulgar del guardia y lo apretó contra la pantalla del escáner. Nada.

Mierda. Todas las cerraduras electrónicas estaban desconectadas. Se apartó un par de pasos, sacó de la mochila la pistola calibre 45 del guardia y destrozó la cerradura con tres disparos. Abrió la puerta y recorrió el pasillo en la dirección inversa a la de antes. El pasillo, tan blanco e inocente cuando funcionaban las luces, le parecía ahora un lugar claustrofóbico poblado de amenazas. No quería morir allí, a diez metros bajo tierra.

Tenía que concentrarse. Necesitaba concentrarse en Caine, en la misión, en sus propósitos.

Por fin encontró una placa metálica en la pared que decía «Ala D»; se estaba acercando. Le había parecido extraño que hubiesen encerrado a Jasper en D8, tan lejos de su hermano. Ahora todo tenía sentido; David se encontraba en DIO, muy cerca de su gemelo.

Se apoyó con todo su peso en la puerta más cercana para recuperar el aliento. D6. Ya casi estaba. Respiró profundamente un par de veces y siguió adelante. A pesar de

que la temperatura había subido, se estremeció. Comenzaba a tener frío por la pérdida de sangre.

Se forzó a dar otro paso... y luego otro. D8. Otro paso. Estaba más cerca. Cojeó hasta la puerta al final del pasillo. Las últimas reservas de adrenalina le dieron una súbita carga de energía. A poco más de un metro de la puerta DIO, levantó la pistola.

Caine tenía que estar al otro lado. Tenía que estar, porque si no estaba, ninguno de los dos saldría de allí con vida. Apuntó a la cerradura y comenzó a disparar.

Caine intentó abrir los ojos y entonces se dio cuenta de que los tenía abiertos. Notó que una luz muy brillante le quemaba el cerebro. Quería protegerse los ojos, pero no podía mover los brazos, ni siquiera podía parpadear. Dios, estaba paralizado. No, un momento... si estaba paralizado, aún podría parpadear, ¿no?

Oyó un suave gemido y descubrió que salía de su garganta.

—¿David, puedes hablar? —Una voz de mujer. Le resultaba conocida. Sabía quién era ella, era...

—Soy Nava. Voy a sacarte de aquí.

Nava... ella lo había salvado... lo había alojado en la casa de un amigo... y entonces había ocurrido algo... algo importante. Se sentía muy confuso; notaba como si su cabeza estuviese hecha de corcho.

Más luz... unos dedos le tocaron el rostro, los párpados. Sonó un ruido metálico, un pinchazo y de pronto su párpado derecho quedó libre. Se repitió el chasquido, esta vez en el párpado izquierdo. Tenía los párpados hinchados, doloridos, como si fuesen un trozo de cuero reseco. A pesar del dolor, resultaba un placer poder cerrar los párpados.

—¡Ay! —gritó al notar un súbito dolor agudo en el brazo izquierdo.

—Perdona, estoy quitándote la aguja del suero —se disculpó Nava—. Ya acabo.

Otro pinchazo agudo. La sangre brotó por el lugar donde había estado metida la aguja. Intentó levantar el brazo para contener la hemorragia, pero un brazalete se le clavó en la muñeca. Probó con el otro brazo con el mismo resultado. También tenía sujetas las piernas con unos grilletes en los tobillos. Ahora comenzaba a recordar... la captura... el despertar en esa habitación, amarrado a la silla.

Miró en derredor. Nava estaba a su lado, con unas extrañas gafas. Una linterna que había colocado sobre la mesa proyectaba unas sombras enormes en las paredes. Nava desapareció del campo de visión. Después oyó que algo se rasgaba. Nava le deslizó un trozo de tela entre una de las esposas y la piel.

—David, voy a rociar la esposa con freón. Notarás un frío intenso durante un segundo. —Caine oyó el sonido inconfundible de un aerosol y se le heló la muñeca debajo de la tela—. No te muevas. —Antes de que pudiera asimilar las palabras de la muchacha, oyó un sonido agudo y seco como el de un cristal al romperse. Tenía el

brazo libre.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí —respondió Caine. Flexionó el brazo con cautela. Notaba un millar de pinchazos a medida que la sangre volvía a circular con normalidad. Se sentía terriblemente cansado y torpe. Nava le soltó el otro brazo y comenzó a ocuparse de las piernas. Acababa de rociar el último grillete cuando Caine oyó un golpe muy fuerte.

Ambos se volvieron hacia la fuente del sonido; al principio sólo vio un reflejo oscuro en el espejo, pero al mirar con mayor atención les pareció ver un punto de luz al otro lado. Continuaron los golpes hasta que apareció una enorme grieta a partir del centro del espejo.

Los reflejos de Caine y Nava desaparecieron cuando el espejo que ocupaba toda la pared estalló con un estrépito ensordecedor. Caine levantó los brazos para protegerse el rostro de los trozos de cristal que caían sobre ellos. Un millar de diminutos espejos volaron hacia él; unos pocos le rasgaron la piel. La sangre que brotó de los siete pequeños cortes lo sacó del ensimismamiento.

Sin embargo, fueron los gritos histéricos los que le devolvieron a la lucidez.

Capítulo 34

Nava se echó encima de Caine para protegerlo cuando una silla de metal atravesó el hueco y se estrelló contra el suelo; durante una fracción de segundo, el ruido del choque superó al de la caída de los cristales. A la aparición de la silla le siguió la de un hombre bajo y con el pelo ralo. Chillaba a voz en cuello.

—¡No se puede llevar al sujeto!

La muchacha se volvió para enfrentarse al atacante. Su rostro tenía un color casi morado y la sangre le manaba de un largo y profundo corte en la frente. El hombre se pasó la mano por la herida para quitarse la sangre que le dificultaba la visión.

Nava le apuntó a la frente con la pistola y apretó el gatillo, pero en lugar del estruendo de la detonación sólo oyó un chasquido. Había agotado el cargador. Antes de que pudiera reaccionar, el hombre se lanzó a través del par de metros que los separaban y chocó contra ella con tanto ímpetu que la derribó. El cráneo de Nava rebotó contra el suelo mientras el atacante le rodeaba el cuello con las manos.

A diferencia de Dalton, éste no era un asesino profesional, pero Nava no estaba casi en condiciones de luchar. Tenía el brazo izquierdo inutilizado y se sentía cada vez más débil por la pérdida de sangre. La única ventaja que le llevaba el hombre era la energía alimentada por la rabia. Nava creyó que bastaría para derrotarlo.

No estaba dispuesta a rendirse sin más. Metió la mano entre las piernas del hombre, le agarró los testículos y se los retorció. En el acto, separó las manos de su cuello para llevarlas a la entrepierna, al tiempo que soltaba un alarido. Nava no lo soltó. Incapaz de librarse de los dedos que lo martirizaban, Forsythe levantó el puño y la golpeó en el rostro. Nava no pudo parar el golpe, que la pilló de lleno en la boca.

Una vez más, la cabeza de Nava rebotó en el suelo. Lo soltó y el hombre se apartó. Se sujetaba la mano y gemía. Nava escupió sangre y se levantó como pudo. Tenía que sacar a Caine de allí.

Sin hacer caso de los gemidos de Forsythe, Nava se ocupó del último grillete. Lo partió de un culatazo y ayudó a Caine a levantarse de la silla. Le flaquearon las piernas y descargó todo el peso sobre Nava. Por un momento pareció que ambos caerían al suelo.

—Con calma, David. Yo tampoco estoy en muy buena forma.

—Lo siento. Creo que ya estoy mejor.

—¿Puedes caminar? —preguntó Nava.

Caine dio un par de pasos, sujeto al brazo de Nava.

—Sí —respondió—. Estoy algo mareado, pero puedo caminar.

Nava asintió mientras ponía un cargador nuevo en la pistola.

—Muy bien. Vamos allá.

—¡Nooo! —chilló Forsythe. Algo aplastó el pie herido de Nava y la hizo caer al

suelo. El científico le había clavado un trozo de cristal en la bota. Ahora le tocó a Nava gritar. Movi6 el pie, cay6 de bruces y solt6 el arma.

Forsythe se acerc6 a gatas y la sangre que le chorreaba de la boca dej6 una estela a su paso. Nava le dio un puntapi6 en la cabeza, pero no llevaba la fuerza necesaria para detenerlo. Continu6 avanzando. Nava movi6 la mano con desesperaci6n entre los cristales rotos en busca del arma.

La encontr6 en el 6ltimo segundo. Apunt6 a Forsythe y apret6 el gatillo. En aquel momento, Caine le sujet6 la mu6eca y le levant6 el brazo. La bala pas6 por encima de la cabeza de Forsythe y fue a incrustarse en la pared. Forsythe dej6 de gritar. En la habitaci6n se hizo un silencio sepulcral. Nava s6lo o6a el eco de la detonaci6n en sus o6dos.

Mir6 a Caine, desconcertada.

—No m6s muertes —dijo 6l sencillamente.

Nava vacil6 por un momento. Luego hizo girar el arma en la mano y descarg6 un brutal culatazo en la cabeza de Forsythe, que se desplom6, inconsciente.

—No lo he matado —afirm6 con voz entrecortada.

—Tenemos que salvar a Jasper —dijo Caine.

—S6gueme.

Caine cogi6 la linterna mientras Nava sal6a de la habitaci6n. Era tal el dolor en el pie destrozado que estuvo a punto de caerse dos veces. La tercera vez que tropez6, Caine la sujet6 a tiempo.

—Al parecer no soy el 6nico que necesita ayuda para caminar —coment6.

Nava sigui6 adelante.

—Para —dijo cuando llegaron delante de D8—. T6pate los o6dos. —Nava dispar6 contra la cerradura hasta convertirla en un trozo de metal retorcido. Caine abri6 la puerta con la linterna en alto.

—Oh Dios, Jasper... —susurr6. Jasper yac6a sobre una mesa con los brazos y las piernas sujetos con recias correas de cuero.

—¿David, de verdad que eres t6? —farfull6.

—Lo soy, hermano mayor —contest6 Caine, con voz ahogada—. Nava est6 conmigo. —Nava dej6 que Caine se ocupara de desabrochar las correas y aprovech6 la pausa para recuperar el aliento, apoyada en el marco. «Ya casi lo hemos conseguido», pens6. Casi.

Nava sinti6 c6mo se desplomaba cuando perdi6 el conocimiento.

—Nava, Nava, despierta. —Caine palme6 suavemente el rostro de la muchacha—. Venga, ya casi lo hemos conseguido. —Nava parpade6—. Ya vuelve en s6 —le dijo a Jasper, que miraba nervioso por encima del hombro de su hermano—. Ay6dame a levantarla. —Jasper la cogi6 de una mano y Caine de la otra. Nava gimio

cuando éste tiró de la mano.

—Muñeca... rota —murmuró.

—Oh, demonios —exclamó Caine y le soltó la mano como si hubiese tocado algo caliente—. Nava, lo siento.

—No pasa nada. —Nava negó con la cabeza—. Ayúdame a levantarme.

Jasper tiró suavemente de su brazo derecho mientras su hermano la sostenía por el lado izquierdo. Nava consiguió levantarse, aunque su equilibrio no parecía muy estable.

—Vamos —dijo—. No nos queda mucho tiempo.

Con Jasper y Caine a cada lado, Nava los llevó por el pasillo a oscuras. Cruzaron la puerta de seguridad que ella había abierto a tiros.

—Cuidado con los cuerpos —les advirtió cuando llegaron a un pequeño vestíbulo donde estaba el ascensor. Había un hombre tendido en el suelo.

—¿Está...? —comenzó a preguntar Caine.

—No están muertos —contestó Nava con toda naturalidad.

Este respiró más tranquilo mientras Nava apretaba el botón del ascensor. No pasó nada. No se oyó el sonido de la puesta en marcha; los números correspondientes a los pisos no se encendieron para indicar la velocidad del descenso. Las luces...

—¿El corte de electricidad no afecta a los ascensores? —preguntó Caine.

Nava se dio una palmada en la frente.

—Maldita sea —exclamó—. Sólo nos quedan dos minutos.

—¿Luego qué? —quiso saber Jasper.

—Luego este lugar se llenará con los guardias de seguridad del edificio y nos joderán vivos. Vamos. —Volvieron por donde habían venido. Nava les hizo contar veinte pasos y se detuvieron. Sacó un pegote de explosivo plástico de la mochila, lo sujetó al pie de la pared y a continuación lo conectó a un pequeño detonador con un teclado negro—. Preparaos para ayudarme. Cuando diga «ya», correremos hasta el vestíbulo donde están los ascensores. ¿Comprendido?

—Comprendido —respondieron los hermanos al unísono.

Nava marcó «0.45» en el teclado. Acercó el dedo al botón verde y...

—¡Espera! —dijo Caine.

—David, no hay tiempo...

—Si detonas la bomba aquí, pondrá en marcha una reacción en cadena que matará a muchas personas inocentes. Tenemos que cambiarla de sitio. Ponte a cubierto, yo fijaré el cronómetro. ¡Jasper, llévatela!

Antes de que ella pudiera protestar, Jasper sujetó a Nava por la cintura y la llevó a un lugar seguro. Caine quitó la bomba y caminó a través del vestíbulo hasta dar con el lugar correcto. En cuanto fijó el explosivo, modificó el tiempo. Sólo disponía de veinte segundos. Había una probabilidad del 37,458 por ciento de que no pudiera

alejarse a tiempo, pero él había escogido su destino. No miró atrás.

Nava percibió la explosión antes de oírla. Salió despedida contra Caine, que se llevó la peor parte de la caída. A la onda de aire caliente le siguió un terrible estrépito. En el instante en que oyó caer el último cascote, se apartó de éste.

—¡Venga, vamos!

Caine y Jasper la ayudaron a levantarse y caminaron hacia los escombros. Donde había estado la pared ahora había un boquete enorme, y se había hundido parte del suelo. Nava miró al interior esperando recordar bien los planos del edificio.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Jasper.

En el mismo momento Nava olió el hedor de la cloaca. Asintió.

—Jasper, coloca esta carga allí. —Le señaló un punto en el techo, encima de una pila de escombros.

Jasper miró a su hermano, que asintió. Jasper instaló la bomba y luego ambos ayudaron a Nava a pasar por el agujero. Una vez dentro, Jasper cargó con Nava al hombro y se alejó al trote por el túnel. Diez segundos más tarde, oyeron otra explosión, seguida por una pequeña avalancha cuando se desplomó parte del techo y cerró la entrada.

Nadie los iba a perseguir.

Jasper gimió por el esfuerzo de levantar la tapa de la alcantarilla y salir a la acera, luego se volvió para coger a Nava por el brazo sano y ayudarla a salir con mucho cuidado. Caine salió detrás de ella. No habían pasado ni diez segundos cuando una furgoneta blanca aparcó junto a ellos. Sergey Kozlov iba al volante. Se abrió la puerta lateral y un hombre con barba saltó del vehículo. Caine parpadeó.

—Doctor Lukin, está muy mal herida —dijo Caine.

—¿Cómo es que sabe mi...?

Se interrumpió al ver a Nava.

—Dios mío —dijo, y pasó uno de los brazos de la muchacha por encima de sus hombros—. Súbanla a la furgoneta. Tenemos que darnos prisa.

Mientras circulaban velozmente por el puente de Brooklyn, Lukin se encargó de sedar a Nava. Caine y Jasper se ocuparon de controlar la hemorragia. Por la ventanilla trasera, el primero contempló el perfil de Manhattan, hasta que desapareció detrás de los edificios, en cuanto comenzaron a atravesar Brooklyn. Los barrios eran cada vez más y más ruinosos a medida que avanzaban por la Avenida Flatbush.

Caine ya pensaba que no llegarían a tiempo cuando, de pronto, la furgoneta

pareció saltar por los aires antes de detenerse con una tremenda frenada.

El doctor Lukin abrió la puerta, cogió un extremo de la camilla de Nava y saltó al exterior. Jasper sujetó el otro extremo y lo siguió. Caine los escoltó a un paso un poco más lento hasta el ascensor. Lukin apretó un botón y Kozlov consiguió entrar cuando las puertas ya se cerraban. Nadie habló mientras subían. El único sonido era el del ascensor. Jasper apretaba el tobillo de Nava, como un torniquete humano. Por fin el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas.

Cruzaron el lóbrego vestíbulo a la carrera y Lukin abrió la puerta. Su apartamento era mitad piso de soltero, mitad sala de urgencias. Había un sofá marrón con manchas de café delante de un televisor a un lado y una mesa de operaciones completamente equipada al otro. Una mujer robusta de mediana edad estaba junto a la mesa. Al parecer los esperaba.

Sin perder ni un segundo, Lukin y Kozlov levantaron el cuerpo de Nava de la camilla y la colocaron en la mesa. Caine y Jasper se apartaron rápidamente para que Lukin hiciera su trabajo. El médico le habló en ruso a la mujer, que en el acto comenzó a colocar sensores en el pecho de Nava.

La presión sanguínea era baja y descendía rápidamente. El electrocardiógrafo pitaba a un ritmo alarmante. Hubo una breve discusión entre el médico y la mujer, que Caine comprendió que era su enfermera, mientras atendían las heridas de Nava. Luego, la expresión de Lukin cambió. La enfermera lo miró solemnemente y continuó con su trabajo. Pero había desaparecido la urgencia de sus voces; habían dejado de moverse como si una vida pendiera de un hilo.

—¿Qué pasa? —preguntó Caine.

Lukin no le hizo caso, pero la enfermera lo miró con tristeza antes de seguir con su cometido.

—¿Qué? —gritó Caine.

Lukin murmuró algo en ruso y luego se acercó a Caine, con las manos teñidas con la sangre de Nava en alto.

—Ha perdido demasiada sangre. No creo que podamos salvarla.

—¿No puede hacerle una transfusión?

El médico bajó la mirada con aire culpable durante una fracción de segundo y luego miró de nuevo a Caine.

—Su sangre es del tipo 0 negativo.

—¿Y?

—Los 0 negativos sólo pueden aceptar su tipo de sangre, y no tenemos suficiente. Es un tipo muy raro. Lo siento.

Caine apretó los puños mientras se apartaba. Tenía que haber una manera. Seguro que la había. Un momento. ¿En qué demonios estaba pensando? Podía buscar la manera. Cerró los ojos para ver la manera, el camino. Pero no había nada. Sólo unas

brillantes manchas de colores que se movían en la parte de atrás de los párpados.

—¿Está usted bi...?

—¡Cállese y déjeme concentrarme! —gritó.

Se dejó ir tratando de recordar cómo había sido antes. Había evocado la imagen de un árbol mientras buscaba en el Instante... y entonces, como si siempre hubiese estado allí, lo vio. Enorme y majestuoso, con sus infinitas complejidades, que se extendían hacia la eternidad. Miró las ramas, siguió un camino tras otro y los fue abandonando hasta que lo encontró.

Era absolutamente obvio. Había estado buscando una solución oscura, casi del todo improbable, cuando la respuesta no podía ser más sencilla. Caine abrió los ojos. Se volvió y vio a Kozlov que contemplaba la escena desde el fondo de la habitación, con sus enormes brazos cruzados sobre el pecho. Se dirigió a Lukin.

—Él es 0 negativo. —Le señaló al guardaespaldas.

—Oh... podría ser peligroso. Ella ha perdido mucha... —El médico parecía muy inseguro. Caine miró de nuevo a Kozlov.

—¿Qué recibo a cambio de mi sangre? —preguntó Kozlov con toda calma.

Caine parpadeó. Si no comenzaban la transfusión al cabo de unos minutos, había una probabilidad del 89,532 por ciento de que Nava muriera. No tenía tiempo para discutir con el gorila. Empuñó el arma de Nava y disparó. La bala pasó junto a la oreja de Kozlov y se empotró en la pared. Luego Caine le apuntó a la cabeza.

—Tu vida —respondió.

Kozlov no discutió. Se acercó a Lukin y se arremangó. La enfermera comenzó a prepararlo. Mientras le frotaba el brazo, el inconfundible olor del alcohol se esparció por la habitación. Kozlov hizo una ligera mueca cuando ella le clavó la aguja. Caine cerró los ojos y suspiró. Había una probabilidad del 98,241 por ciento de que Nava se salvara. Una mano cálida le sujetó el hombro y al abrir los ojos se encontró con la sonrisa de Jasper.

—Estoy orgulloso de ti, hermanito. Sabía que lo conseguirías.

Caine le devolvió la sonrisa y le apretó la mano por un segundo antes de cerrar los ojos de nuevo. Se sintió agotado. De pronto dejó de preocuparse por el futuro. No era necesario. Ahora tenía el control.

Capítulo 35

Los días siguientes transcurrieron pacíficamente mientras el doctor Lukin atendía sus heridas y les suministraba calmantes. Aunque Caine, Jasper y Nava compartían el pequeño apartamento, no hablaban gran cosa; no lo necesitaban. Los tres se sentían muy cómodos en el silencio que es habitual entre personas que se conocen desde hace años.

Caine hizo todo lo posible por mantenerse fuera del Instante. Sólo entró una vez para ver qué tal le iba a Bill Donnelly Júnior: cuatro kilos, con el pelo rubio como su padre. Aparte de aquella visión, mantuvo su mente firme en el Ahora. Ni siquiera se permitió visitar el pasado, a pesar de su fuerte deseo de presenciar, de comprender, la traición de Doc. Tenía claro que saberlo no le reportaría ningún beneficio.

Al evitarlo, permitió que ocurrieran cosas terribles que hubiese podido prevenir, aunque también ocurrieron otros acontecimientos maravillosos. Pero no se sintió culpable. Sabía que una cosa no podía existir sin la otra. Por lo tanto, dejó el universo en paz y permitió que sus habitantes decidieran sus propios futuros sin su interferencia.

Por de pronto, sólo le importaba Nava y la promesa hecha a Martin Crowe. Aún no sabía cómo la cumpliría, pero era consciente de que no tardaría en saberlo. Mientras tanto, se concentró en su hermano. En el Instante, descubrió cuál era el problema de Jasper, y por qué los medicamentos nunca habían podido apaciguar a sus demonios sin adormecer su mente.

Jasper era esquizofrénico, pero ésa no era su verdadera enfermedad; sólo era un síntoma de su mal. El problema de Jasper era de percepción. Los médicos sólo habían acertado en parte al decir que su hermano tenía problemas para discernir la realidad. David había descubierto que la percepción de la realidad que tenía Jasper superaba de lejos a la de las personas consideradas cuerdas. Su problema era que en lugar de percibir una única realidad, Jasper a menudo percibía varias a la vez.

Cuando se lanzaba una moneda al aire y salía cara, Jasper también veía cruz mientras observaba los múltiples futuros. Por lo tanto, en todo momento, Jasper veía su propia realidad junto con infinitas realidades potenciales paralelas, que aparecían en su mente como las imágenes de una casa de los espejos. Caine sabía que la cura que necesitaba su hermano no estaba en la bioquímica, sino en el conocimiento, la meditación y, curiosamente, en el ajedrez.

Caine lo supo en cuanto vio el viejo tablero en la mesa de centro. Colocó las piezas y comenzaron a jugar. Era el juego perfecto para que Jasper aprendiera a mantenerse concentrado en el presente, aprender que el objetivo era predecir, superar y controlar los movimientos futuros del oponente, pero que para hacerlo era necesario tener un conocimiento absoluto del aquí y el ahora.

Los gemelos jugaban todo el día, una partida tras otra. La interminable sucesión de partidas recordó a Caine los años de su infancia, cuando jugaba con su padre. Pero en lugar de sentir pena por el padre perdido, una feliz nostalgia le invadió con las partidas, al comprender que mientras recordara a su padre, siempre estaría con él.

Pero, por encima de todo, las partidas enseñaron a su hermano a controlarse. Poco a poco, a medida que Jasper aprendía a concentrar su energía en el presente —en la realidad que existía sólo ante sus ojos, entre las treinta y dos piezas colocadas en los sesenta y cuatro cuadros— aprendió a apartar las visiones de los infinitos espejos en su mente.

Jasper mejoraba más y más con el paso de los días. David Caine sabía que su hermano nunca sería normal en el sentido clásico de la palabra, pero también sabía que con el tiempo, Jasper acabaría por encontrar un nivel de estabilidad que antes se le había negado. A pesar de que Caine ya había atisbado un futuro más cuerdo para su hermano en el Instante, en realidad no necesitaba más que mirar a los ojos de Jasper para saber que todo iría bien.

El quinto día Nava comenzó a inquietarse. Aquella mañana, se despertó al alba con todos los sentidos en alerta. Jasper y David continuaban durmiendo. Ninguno de ellos había salido del apartamento desde que habían llegado. Aunque ninguno de los hermanos lo había dicho, sabía que ambos consideraban necesario proteger a Nava en esos momentos, de la misma manera que ella se había ocupado de protegerlos antes.

Tenía un millón de preguntas que quería formularle a David, pero cada vez que estaba a punto de comenzar, él se limitaba a sacudir la cabeza y decir: «Tenemos todo el tiempo del mundo, Nava. Ahora, descansa. No nos pasará nada en los próximos días, te lo prometo».

Si se lo hubiese dicho algún otro, Nava nunca le hubiese creído. Pero había aprendido a confiar en David, así que le había hecho caso. En ese instante, mientras lo miraba, éste abrió los ojos y le sonrió.

—Hola —dijo. Se frotó los ojos—. ¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—Sólo unos minutos.

Caine se levantó, se desperezó y luego se acercó al sofá que servía de cama a la muchacha. Se sentó en la mesa de centro y le acarició los cabellos.

—¿Me lo dirás ahora? —preguntó Nava.

—Sí —respondió el hombre, como si hubiese estado esperando que se lo pidiera.

—Cuando encontré a Julia... —Nava dejó que su voz se apagara por un momento mientras recordaba a la muchacha desnuda y agonizante en el contenedor de basura. Le pareció que había pasado una eternidad. Borró la imagen y se concentró en el presente—. Me dijo que después de que te salvara, me explicarías por qué murió mi madre y yo me salvé. Ahora creo que lo sé. Los sueños, las pesadillas que tenía

cuando era pequeña, las que hicieron que tuviese miedo a volar, las que me salvaron la vida, todas provinieron de ti.

—No. —Caine sonrió.

—Entonces, ¿de dónde?

David le señaló el pecho.

—Las tomaste del inconsciente colectivo. Tuviste la oportunidad de ver uno de tus posibles futuros y lo evitaste.

—¿Cómo? —preguntó Nava.

—¿De verdad quieres que te repita la conferencia que nos dio Jasper?

—Creo que no. —Nava se rió, pero al instante siguiente su rostro volvió a ensombrecerse—. ¿Por qué? ¿Por qué yo lo vi y mi madre no?

—A menudo los niños ven cosas que los adultos no pueden ver y, lo que es más importante, creen en lo que ven. Ése es el motivo que les permite a los niños verse como bomberos, astronautas y héroes. Sólo cuando nos hacemos mayores nos enseñan a no hacer caso de nuestras imágenes «irracionales» del futuro.

»Quizá tu madre tuvo un atisbo de su muerte. Quizá no. Es una pregunta que no te puedo responder, Nava. Sólo te puedo decir que cuando rehusaste subir a aquel avión, la niña que eras vio su posible futuro y tomó una decisión.

»Fue una decisión correcta. No tienes idea de las muchas cosas buenas que has hecho en tu vida. Sé lo mucho que duele perder a la única persona que querías salvar, pero no puedes volver atrás y cambiarlo. Lloro a tu madre y hermana, Nava, pero no llores por estar viva. —Caine le cogió la mano—. Tienes un don increíble para escoger el camino correcto; más de lo que te imaginas. Confía en ti misma, Nava, y podrás controlar tu destino.

—Soy incapaz de elegir como tú —replicó Nava—. No puedo estar segura.

—Tampoco yo —declaró él—. Sí, tengo un talento, pero no es infalible. Mi don me permite ver muy lejos, sea un segundo o un milenio, para escoger el camino con las mayores probabilidades de éxito, pero nunca tengo la certeza absoluta. Incluso no sé todo lo que pasará. Como te ocurre a ti, mi futuro depende de las elecciones de todos los demás, porque sus decisiones forman parte de la realidad colectiva que todos compartimos.

A Nava la cabeza le daba vueltas, pero tuvo la sensación de que lo había comprendido.

—¿Ahora qué? —preguntó—. Tú conoces el futuro, puedes hacer cualquier cosa.

Caine negó con la cabeza.

—No conozco el futuro, Nava. Los conozco todos, porque son infinitos, y eso equivale a no saber nada.

—Sin embargo todo lo que hiciste para poner las cosas en movimiento... ocurrieron tal como lo predijiste.

—Sólo predije el resultado más probable para cada escenario. No sabía a ciencia cierta cómo funcionaría todo. Si tú no hubieses escogido salvarme, si no hubieses creado tu propio éxito, aún seguiría atrapado en aquel laboratorio.

Nava se estremeció al pensarlo.

—Sigues sin contestar a mi pregunta. ¿Qué harás ahora? ¿Qué pasará con Tversky y Forsythe? ¿Dónde están? ¿Vendrán de nuevo a por ti?

—No lo sé. —Caine se encogió de hombros—. En cualquier caso, estoy seguro de que me enteraré.

De pronto Nava sintió como si una mano helada le estuviese oprimiendo el corazón.

—Los norcoreanos. Vendrán a por mí. Tengo que...

—No te preocupes —la interrumpió Caine—. Les suministré una información que salvará unas cuantas vidas, y, a cambio, decidieron retirar la recompensa que ofrecían por tu cabeza.

Nava suspiró, mucho más tranquila. Deseaba sondear un poco más en lo que sucedería a continuación, pero antes de que pudiera hacerlo, el hombre dijo que se iba a duchar. Aunque no lo mencionó, Nava comprendió que ya no le contestaría a más preguntas. Al menos, por el momento. Caine se fue al baño y Nava se acercó a la mesa para coger su paquete de Parliaments. Hablar de su madre había hecho que deseara fumar.

Se puso un cigarrillo entre los labios y encendió una cerilla, dispuesta a disfrutar del efecto de la nicotina. Pero en el momento en que iba a encenderlo, hizo una cosa extraña: cerró los ojos. Durante una fracción de segundo, le pareció ver algo detrás de los párpados que era a la vez desconocido y familiar. Abrió los ojos y la dominó una sensación de *déjà vu* mientras contemplaba la llama.

Si pensarlo, apagó la cerilla sin haber encendido el cigarrillo. Lentamente, guardó el cilindro en el paquete y lo tiró. Mientras cerraba el cubo de basura, comprendió que había dejado de fumar.

Nava había tomado su decisión.

Aquella noche, Caine supo que había llegado la hora de volver a entrar. Lo había demorado todo lo posible. El Instante era intemporal. Pero en el Durante, el tiempo —artificial o no— continuaba corriendo, y tenía trabajo que hacer. Cuando abrió los ojos unos segundos más tarde, una sonrisa triste apareció en su rostro.

—¿Qué has visto? —preguntó Jasper.

—¿Cómo has sabido que estaba mirando?

—Tengo mis maneras —respondió su hermano—. Venga, responde a la pregunta.

—Vi cómo funciona todo y no estaba solo.

—¿A qué te refieres? ¿Había alguien allí contigo?

—No estoy seguro. —Caine se rascó la barbilla.

—¿No has podido ver quién era?

—Supongo que podría haberlo visto, aunque sé que no tardaré mucho en averiguarlo. Así que decidí esperar.

—¿Cómo es eso?

—Incluso a los demonios les gustan las sorpresas —contestó con una sonrisa.

Caine no soñó aquella noche, pero cuando despertó supo que había llegado la hora de hacer la llamada. Marcó el número, escuchó durante dos minutos sin decir palabra y luego colgó. La segunda llamada fue mucho más breve que la primera. Cuando acabó, se puso la americana y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Jasper.

—Tengo una cita con mi abogado —respondió Caine y salió del apartamento.

Tardó más de una hora en hacer el viaje en el metro desde el apartamento de Lukin, en Coney Island, hasta el centro de Manhattan. Se le hacía extraño estar de nuevo en el mundo después de vivir en un entorno cerrado durante casi una semana. Mientras caminaba por el andén de la estación, intentó mantenerse en el Ahora, consciente de que si entraba en el Instante y veía los efectos que cada uno de sus pasos tenía en la multitud de personas que lo rodeaban, podría perderlo.

Cuando llegó al piso treinta del edificio Chrysler, se le acercó un hombre delgado con una corbata roja.

—¿El señor Caine?

—Sí.

—Encantado. Soy Marcus Gavin —se presentó el abogado y le tendió la mano—. Muchas gracias por venir hoy. Si tiene la bondad de acompañarme, tengo algunas noticias muy importantes para usted.

Una vez en el despacho, Gavin abrió un sobre que tenía en la mesa y sacó una hoja de papel, que sostuvo con mucha delicadeza, como si temiera que en cualquier momento pudiera convertirse en polvo. Por un instante pareció que iba a dárselo a Caine, pero luego cambió de opinión y lo dejó con mucho cuidado de nuevo sobre la mesa.

—¿Quiere un vaso de agua o una taza de café? —preguntó el abogado, en un intento por ganar tiempo.

—No, muchas gracias, no me apetece tomar nada.

—Estoy seguro de que se está preguntando de qué va esto.

—Así es —mintió Caine. Ya lo sabía, pero decidió que era más sencillo fingir ignorancia.

—Bueno, verá: vaya, todo esto es muy surrealista. —Gavin comenzó a jugar con un lápiz para dar salida a su nerviosismo—.

Señor Caine, creo que era usted un muy buen amigo de Thomas DaSouza, ¿no?

—Efectivamente, aunque en los últimos años no nos veíamos mucho.

—¿De verdad? Entonces esto es todavía más extraño de lo que creía. —Gavin bebió un sorbo de café. Cuando habló de nuevo su voz era más suave—. No estoy muy seguro de si lo sabe, pero hace una semana ocurrió un accidente y el señor DaSouza resultó gravemente herido. Ahora está ingresado en el centro médico Albert Einstein. Aunque los médicos han hecho todo lo humanamente posible, el diagnóstico no es bueno. Mucho me temo que el señor DaSouza se encuentra en un estado vegetativo, sin ninguna posibilidad de recuperación. Lo siento.

Caine cerró los ojos por un instante. El hecho de que ya supiera lo de Tommy no hacía que le resultara más fácil escucharlo.

—Bueno, probablemente se estará preguntando por qué le pedí que viniera para decírselo —prosiguió Gavin, ahora con un tono donde había desaparecido el nerviosismo para dar paso al entusiasmo. Ahora que ya se habían dicho las malas noticias, era el momento para la celebración—. Lo que tengo aquí —Gavin recogió ceremoniosamente la sacrosanta hoja de papel— es la última voluntad y testamento del señor DaSouza. La encontraron pegada a la puerta de su frigorífico.

Se la entregó a Caine. Él le echó una ojeada y se la devolvió.

—Le otorga plenos poderes y también lo nombra albacea de su herencia —explicó Gavin, que miraba a Caine fijamente—, incluidos los más de doscientos cuarenta millones de dólares que el señor DaSouza ganó en la lotería. Por supuesto, el dinero estará en un fideicomiso hasta que usted decida... —Gavin bajó la voz al máximo—, desconectarlo. —Hizo una pausa para que sus palabras calaran antes de añadir—: Como el señor DaSouza no tiene ningún familiar vivo, está usted en su derecho de tomar tal decisión.

—¿Qué pasa si decido que no? —preguntó Caine.

—¿No qué? ¿Decidir?

—No. Si decido no suprimir el soporte vital, entonces, ¿qué?

—En ese caso, si decide no hacerlo, creo que los intereses del fideicomiso pagarán los gastos médicos eternamente. Ah, por cierto, y usted recibirá un salario de cien mil dólares al año por administrar el fideicomiso.

—¿Administrarlo de qué manera? —preguntó Caine.

—En el testamento estipuló que si llegaba a verse incapacitado el dinero debía emplearse para crear una fundación destinada, y cito textualmente, «a hacer mejor las vidas de las personas». Como albacea, usted decide cómo distribuir las rentas anuales del fideicomiso. Obviamente, dado que no existe la más mínima esperanza de recuperación, después del fallecimiento del señor DaSouza, usted puede disolver la fundación y hacer lo que le plazca. —Gavin le sonrió—. Es usted millonario, señor Caine.

—No, no lo soy —replicó Caine—. Y nunca lo seré.

El abogado lo miró, desconcertado.

—¿Es consciente de que el señor DaSouza está muerto cerebralmente? —Sí.

—Los médicos afirman que es imposible que se recupere —señaló Gavin, cada vez más aturdido.

—Nada es imposible, señor Gavin. Algunas cosas son sencillamente muy improbables. —Caine se levantó—. ¿Supongo que debo firmarle alguna cosa antes de ir al hospital?

—Sí, por supuesto. —Gavin sacó del sobre unas cuantas hojas.

Caine las firmó todas, le estrechó la mano a Gavin y caminó hacia la puerta.

—¿Le importa si le hago una pregunta?

—Por supuesto que no —contestó Caine y se volvió.

—Si usted no va a... —El abogado bajó de nuevo la voz—... desconectar al señor DaSouza, ¿por qué va al hospital?

—Para hacer algunas pruebas.

Salió del despacho, consciente de la confusión de Gavin, pero no se molestó en aclarar sus dudas.

Caine consiguió una muestra de sangre de Tommy y la llevó a un laboratorio privado para que la analizaran. Veinticuatro horas más tarde, el técnico lo llamó para comunicarle la buena noticia. A diferencia de Caine, pareció estar sorprendido por los resultados. Cuando le preguntó cómo lo había sabido, David se limitó a desearle que pasara un buen día.

Recogió el historial médico, compró un oso de peluche con los colores del arco iris y volvió al hospital. Esa vez, cuando salió del ascensor en el piso quince, sabía por qué estaba allí.

—¡Caine! —exclamó Elizabeth cuando lo vio entrar en la habitación—. ¡Has vuelto!

—Claro que sí y te traigo un amigo. —Sacó el oso de peluche que mantenía oculto detrás de la espalda. En el rostro de la niña apareció una sonrisa.

—¿Perdón, quién es usted? —preguntó una voz preocupada.

Caine se volvió para mirar a la mujer. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, como si se hubiese pasado toda una semana llorando. No la había visto nunca antes, pero le resultaba conocida, como si la hubiese visto en un sueño.

—Hola —respondió David y le tendió la mano—. Me llamo David Caine. Era amigo de su marido.

—Ah, soy Sandy. —Le estrechó la mano con suavidad—. Es muy amable de su parte. No recibimos muchas visitas.

—Lo sé. ¿Podríamos hablar un momento en privado?

—Por supuesto —respondió Sandy—. Cariño, ahora mismo volvemos, ¿vale?

—Sí, mamá —dijo Elizabeth.

—Sé que esto le parecerá extraño —manifestó Caine en cuanto salieron al pasillo—, pero le traigo buenas noticias.

—¿De qué se trata?

—Encontré un donante de médula para su hija. Es compatible en un 99 por ciento y está preparado para el trasplante tan pronto como Elizabeth esté en condiciones de recibirlo.

Las emociones se sucedieron en el rostro de la mujer: sorpresa, alegría y luego tristeza. Antes de que pudiera responder, Caine añadió:

—No se preocupe por el dinero. Represento a una fundación creada para ayudar a las personas como su hija. Nos encargaremos de todos los gastos médicos.

—¿Se trata de una broma? —preguntó Sandy, con una expresión severa—. Si lo es, no me parece divertida, señor Caine.

Este le entregó el historial médico de Tommy, donde aparecía la confirmación de que era un donante compatible.

—¿Esto es real? —exclamó Sandy después de leer el informe—. ¿Habla en serio?

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida —afirmó Caine.

—Oh Dios mío. Oh Dios mío. —Sandy, con el rostro bañado en lágrimas, abrazó a Caine con todas sus fuerzas—. No sé qué decir. Me refiero a... oh Dios mío... ¿Cómo podré agradecerérselo?

—No tiene que agradecerme nada —afirmó el hombre—. Digamos que estamos en paz.

Sandy pareció desconcertada pero no discutió. Caine sacó del bolsillo una tarjeta de Gavin y se la dio.

—Este es mi abogado. Llámelo después de hablar con los médicos de Elizabeth. Él se encargará de todos los arreglos necesarios.

—Muchas gracias, señor Caine —dijo Sandy, que le apretó una mano entre las suyas.

—Si me llama señor Caine, tendré que llamarla señora Crowe. David ya me va bien.

—De acuerdo. Gracias... David. —Sandy Crowe se enjugó las lágrimas—. Voy a contarle a Betsy la buena noticia. —En el momento en que iba a entrar en la habitación de la niña, se volvió—. No me ha dicho cómo conoció a Marty.

—Bueno —se rascó la cabeza—. Podríamos decir que lo conocía del trabajo.

Caine salió del hospital con una sensación de bienestar que no había conocido en semanas. Sabía que aún había una probabilidad de que el trasplante de Elizabeth no tuviera éxito, pero había una probabilidad del 93,726 por ciento de que todo fuera

sobre ruedas.

Decidió dar un paseo para despejarse la mente cuando de pronto el olor llenó su mente. Antes de que su cuerpo se desplomara en la acera, su mente ya estaba en el Instante.

La mujer, Ella, está con él. Pero se ve diferente. Parece más pequeña, y más familiar. David ve que está feliz y triste a la vez. Siente pena por ella.

Ella: Gracias, Caine.

Caine: ¿Por qué?

Mientras Caine formula la pregunta, de pronto lo ve.

Lo comprende.

Ella está en el pasado del Durante. Ayuda a Tanja a ver su futuro para evitar que suba al avión.

Ella está en los sueños de Tommy para ayudarlo a ver los números.

Ella es la Voz en la mente de Jasper, que le dice cómo ayudar a su hermano.

Ella intenta mostrarle a Caine el Instante, por medio de los ataques.

Todas sus acciones se funden para formar una cascada de acontecimientos que conducen al inesperado testamento de Tommy y a su improbable accidente, el rescate de Nava y el despertar de Caine. Todo para salvar a una pequeña niña que padece leucemia. Un niña llamada Elizabeth «Betsy» Crowe.

Caine descubre por qué le resulta conocida. Se parece a su hermana Sandy y a su sobrina Betsy.

Caine: Eres tú quien hace que todo esto ocurra.

Ella: No. Sólo ayudamos a que las personas vean. No podemos hacer nada más. Tú hiciste que esto ocurriera, con Nava, Tommy, Jasper, Julia, Forsythe y Tversky, junto con otros millones más, cada uno en su propio camino, cada uno tomando sus propias decisiones.

Caine: ¿Todo esto por Betsy?

Ella: No, Betsy sólo es una pieza del objetivo final. No lo comprendes. Pero más tarde en el Durante, lo harás.

Caine: En el Durante... tú eres Julia.

Ella: No. En el Durante, Nosotros no somos singulares. Somos muchos. Somos la voluntad del inconsciente colectivo. Sin embargo, tú nos percibes como Julia, porque ella nos sirve de conducto, es nuestra voz. En sus momentos finales, ella vio en tu mente un deseo común, así que la alistamos para ayudarnos a conseguir nuestra meta. Sin embargo, eres tú quien inconscientemente busca su voz, porque ella sólo puede hablar con aquellos que desean escuchar.

Caine: Pero Julia está muerta.

Ella: El Instante está fuera del Durante. Aquí Julia está viva. Es una niña pequeña. Está creciendo. Se está enamorando de Petey. Ella es la tía Julia de Betsy. Se está muriendo en un contenedor.

Caine: Ése es el olor. La conciencia de Julia trae el olor a mi mente.

Ella: Los recuerdos olfativos son los más fuertes. Como ella es nuestro conducto, su recuerdo del olor al morir nos acompaña.

Caine: ¿En el Durante, por qué le dice al doctor Tversky que intente matarme?

Ella: Es la única manera de provocar el accidente de Tommy.

Caine: Escogiste la vida de Betsy en detrimento de la de Tommy.

Ella: No. En tu Durante, Tommy se suicida. Al ayudarlo a conocer sus sueños, alargamos su vida. Nada se pierde.

Caine: ¿Eres eterna?

Ella: Eso es incierto.

Caine: ¿Cómo es eso?

Ella: En algunos futuros somos eternos. En otros, desaparecemos. Nuestro destino está ligado al tuyo y al de los otros como tú, porque vosotros sois nosotros y nosotros somos vosotros.

Caine: ¿Por qué estoy aquí?

Ella: Tienes que comprender tu lugar. Debes usar el Instante para ayudarnos a todos nosotros.

Caine: ¿Cómo puedo ayudar? ¿Con el dinero de Tommy?

Ella: El dinero ayudará a unos pocos, pero en última instancia cambiará poco.

Caine: Entonces, ¿qué? ¿Cómo puedo ayudar?

Ella: No será aquí. Será más tarde, en el Durante.

Caine: ¿Por qué no aquí?

Ella: Necesitas más... tiempo.

—Eh, creo que ya vuelve en sí —dijo una voz a su lado—. ¿Está bien, amigo?

Caine se frotó la parte de atrás de la cabeza, donde comenzaba a salirle un chichón. Olió el aire con mucho cuidado. El olor había desaparecido.

—Sí —respondió—. Creo que estoy bien... por ahora.

Epílogo

Tversky hizo doble clic en «Sí» y en la pantalla apareció un escritorio rojo lleno de iconos. Hizo otro doble clic en la casilla azul con la letra «e» y esperó impaciente a que se abriera el buscador. Antes de que apareciera la página de inicio, escribió una nueva dirección. Tardó un minuto en encontrar la información que le interesaba.

EX DIRECTOR DE LA ANS, ACUSADO DE TRAICIÓN

por Patrick O'Beime

Washington, DC (AP). El doctor James P. Forsythe fue acusado hoy en Washington de 131 cargos de conspiración y traición contra Estados Unidos. El doctor Forsythe, antiguo director de la división de investigación científica y tecnológica de la Agencia Nacional de Seguridad, fue acusado hoy formalmente en un juzgado de Washington lleno a rebosar.

Las autoridades tuvieron la primera noticia de los presuntos delitos del doctor Forsythe cuando los bomberos acudieron a un edificio de oficinas en Nueva York donde había estallado una bomba (véase artículo relacionado) el 20 de febrero. Además de encontrar al doctor Forsythe y a miembros de su equipo atrapados debajo de los escombros, el personal de rescate también encontró tres cadáveres y centenares de archivos informáticos. Al parecer, el doctor Forsythe robó los archivos de la ANS después de que lo cesaran por coordinar una «operación ilegal del FBI» vinculada al tiroteo en la estación de Amtrack en Filadelfia (véase artículo relacionado) según comentó una fuente bien informada en Washington.

A pesar de que la fiscalía dice tener «pruebas abrumadoras», el doctor Forsythe se ha declarado «inocente» de todos los cargos. No obstante, los fiscales federales están convencidos de conseguir una condena.

«Tenemos una montaña de pruebas además de un testigo... es muy probable que lo condenen». El testigo estrella de la fiscalía es el señor Steven R. Grimes, empleado de la ANS.

«Con toda sinceridad, me asombré al saber que todo esto estaba ocurriendo delante mis narices — manifestó el señor Grimes en una declaración hecha hoy—. Nunca creí que Jimmy [Forsythe] fuese capaz de robar secretos del gobierno... Estoy dispuesto a hacer todo lo necesario para ayudar al fiscal en este caso. Soy norteamericano... y no me gustan los traidores...».

Tversky leyó el resto del artículo, pero no se mencionaba su nombre. Respiró aliviado. Si bien la policía aún quería hablar con él sobre la muerte de Julia, sabía que consideraban el caso como un suicidio. Sonrió. No se acababa de creer su buena suerte. Si aquella noche no se hubiera marchado del laboratorio, ahora podía estar entre rejas. Demonios, incluso podría haber muerto en la explosión.

A la vista de todo lo sucedido, se podía dar por realmente satisfecho. Con Forsythe acusado de conspiración, Tversky estaba prácticamente a salvo. Incluso si aquél lo acusaba de haber asesinado a Julia —y no tenía ningún motivo para hacerlo— ¿quién le creería? Era casi demasiado perfecto.

Era una pena haber perdido la mayor parte de sus archivos, pero estaba seguro de que podría reproducir el compuesto químico que había generado el don de David Caine. Lo único que necesitaba era tiempo, y en esos momentos en que estaba sano y salvo en México, lo tenía. Todas las mañanas, Tversky tiraba un par de dados para decidir adonde iría después. Confiaba en que si continuaba moviéndose al azar por el país, David no podría encontrarlo.

Dejó el ordenador, le pagó veinte pesos al hombre que atendía el local y salió al exterior. En cuestión de segundos estaba bañado en sudor. El sol mexicano era abrasador, y Tversky se protegió los ojos. Diablos, hacía un calor infernal. Para colmo el olor de la basura parecía haberlo inundado todo, un hedor repugnante que parecía eclipsar todos los demás sentidos.

Caminaba a paso ligero en dirección a su alojamiento para alejarse cuanto antes del olor cuando vio un puesto de venta de helados al otro lado de la calle. No podía ser más oportuno porque desde el segundo en que se había sentido sofocado por el olor, le había dominado el deseo de tomar un helado de chocolate. Sin mirar, se lanzó a cruzar la calle hacia el puesto.

No vio el autobús hasta que fue demasiado tarde. El impacto lo hizo volar por los aires. Cayó al suelo en el momento justo para ser aplastado por uno de los neumáticos delanteros. Sus costillas se rompieron en centenares de trozos y le atravesaron los pulmones y el corazón.

Oyó a varias personas que gritaban pidiendo ayuda, pero sabía que era inútil. Mientras lo envolvía la oscuridad, agradeció que por lo menos el olor parecía haberse disipado. Se preguntó por qué había tenido tanta urgencia por cruzar la calle. De haber vivido unos segundos más, quizá hubiese comprendido el significado del olor, pero se le había acabado el tiempo.

El último pensamiento que cruzó su mente fue: «Si ni siquiera me gusta el helado...».

Un mes antes en un contenedor de basura, Julia apretó la mano de Nava por última vez y murió, con una sonrisa en los labios y la imagen de un helado de chocolate en su mente.

AGRADECIMIENTOS

Comencé a escribir este libro en parte porque quería crear algo realmente único, por mí mismo, sin la ayuda de nadie. Lo curioso es que a lo largo del camino descubrí que, escribir una novela es la empresa más participada que he abordado. A cada paso, alguien me ayudaba a seguir adelante, y sin todas y cada una de las personas mencionadas abajo, este libro nunca se hubiese publicado.

Como no deseo clasificar a las personas por su nivel de ayuda, decidí hacerlo por orden cronológico. Aquí están:

Stephanie Williams. Tú estabas conmigo en Starbucks cuando escribí mi primera página y fuiste la primera persona que leyó mi libro cuando acabé de escribir la última. Sin ti, mi sueño de escribir una novela seguiría siendo un sueño. Te debo más de lo que puedo decir. Te echo de menos.

Daniela Drake. Tú leíste todos los borradores y fuiste la única persona de la que podía esperar la crítica implacable que necesitaba para eliminar todo lo superfluo. (Además eres la única capaz de discutir con inteligencia las complejidades de los reality shows.)

Erin Hennicke. La primera persona «de la industria» que leyó mi libro, y lo que es más importante, siempre tenías un consejo cuando acabé la «parte fácil» (escribir).

Suzanne Gibones-Neff. No sólo hiciste de conciencia y de animadora durante todo el proceso de elaboración de la novela, sino que también me presentaste a...

Barrie Trimmingham. Apenas te conozco, y sin embargo, me ayudaste a que publicar este libro se hiciera realidad cuando atendiste la llamada de Suzanne y me pusiste en contacto con...

Ann Rittenberg. Muy posiblemente la mejor agente literaria del mundo. Creíste en mí cuando mi libro todavía estaba en pañales y fuiste la primera persona en decirme que de verdad podía ganarme la vida escribiendo.

Ted Gideonse. El hombre de los misterios internacionales. Sin ti tendría que habérmelas apañado sólo con los contratos japoneses y el código fiscal alemán, algo que no hubiese sido agradable.

Mauro DiPetra. Conseguiste que HarperCollins comprara mi libro. Luego lo editaste. Después me convenciste para que corrigiera las partes que no creía que no necesitaran corrección (aunque la necesitaban). A continuación lo editaste de nuevo. No se puede pedir más.

Joelle Yudin. Mi salvavidas en muchísimas cosas. Respondiste a todas mis preguntas estúpidas, sin hacerme sentir nunca como un estúpido.

Maureen Sugden y Andrea Molitor. Sin vuestra ayuda, habría muchísimas comas en el lugar equivocado y montones de guiones inútiles. Me habéis hecho quedar bien,

por lo que os estoy muy agradecido.

Julia Bannon, Jamie Beckman, George Bick, Lisa Gallagher, Karen Resnick, Pam Spengler-Jaffee y todos los demás en HarperCollins que hicieron un montón de cosas que ni siquiera sabía que existían.

Por último, a todos mis agentes extranjeros. Sois fantásticos.

Adam Fawer (1970-)



Nació en New York en 1970. Licenciado en la Universidad de Pensylvania, obtuvo un Máster en la Escuela de Negocios de Stanford. Tras realizar varios trabajos en diversas empresas, se dedicó a la literatura. Su primera novela, *Improbable*, recibió el premio *International Thriller Writers Award*, en la categoría «Mejor Primera Novela». Ha sido traducida a dieciocho idiomas. En castellano se publicó en 2005 con el ridículo título *El Teorema*.

NOTA

[1] *White Rabbit (Go ask Alice)* era el título de una canción de 1967 de *The Jefferson Airplane*. Unos años más tarde, en 1971, se publicó en Estados Unidos un libro antidroga que se convirtió en una obra de referencia. Su título, *Go ask Alice*, se tomó de la canción de este grupo de rock estadounidense. <<